3 1761 05239047 3

7.°

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/losinvenciblesel02parr

LOS INVENCIBLES
LA HOGUERA

P2597un

LOS INVENCIBLES,

EL MONARCA

Y LA HOGUERA.

NOVELA HISTORICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.

TOMO II.

235519.
6. 9. 29

MADRID:

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1865.

CAPITULO PRIMERO.

De la ilusion á la realidad.—Los ayes de un criminal.—El solo nombre de la inquisicion aterra.—La cárcel más célebre de Nápoles.—Cambio completo.

Dejamos al conde Vignati sentado en un cómodo y ancho sillon de raso y nogal, saboreando la idea de una venganza, cuya realizacion consideraba próxima. En estos instantes veia alzarse el puñal envenenado de Vitali y hundirse luégo en el hidalgo pecho de su enemigo con furia satánica; es decir, con la que él sentia, con la que ansiaba destrozar el corazon más noble acaso que existia en Nápoles. En su torpe ilusion juzgaba contemplar al héroe pálido, ensangrentada su epidermis, exhalando el último suspiro, y al capitan Augusto huyendo del sitio de la catástrofe aterrado, ciego, confuso y aturdido; se figuró después que entraba en su cámara enseñándole la daga homicida, y soltando una carcajada aplaudia su valor, le llamaba hijo querido, y se disponia á envenenarlo en union del alférez, sargento y cien soldados de la compañía, todos los cuales eran españoles, veteranos y tan valientes y aguerridos como miserable y tímido el malvado que intentaba inmolarlos en aras de perfidia, que no hallamos frases con qué calificar.

Su gozo aumentaba por momentos, y hubiera llegado al colmo, si el oficial que obedecia á Vitali no se presentara seguido de vários soldados, y con rostro feroz, que á la simple vista aterró al cobarde conde, hiciera cambiar sus ilusiones en un principio de realidad tan terrible como las ideas que poco ántes emanaban de su torpe y descompuesto cerebro. El aturdido señor hizo, no obstante, un esfuerzo sobre sí, y con la altanería que le era peculiar, le preguntó:

—¿Qué quereis? No os he mandado llamar.

El aludido, léjos de contestarle, se volvió á la tropa, diciendo con imperio:

—Desarmad á ese hombre, y si resiste, atadlo de piés y manos.

—¡Miserable!—exclamó el conde fuera de sí.—¿Quién tiene poder suficiente para ordenar eso después de perdonado por el duque del Imperio? ¡El que ose tocarme!..

—Puesto que resiste,—añadió el alférez,—sujetadlo como he dispuesto.

—¡No será, voto al infierno!

Y tiró de la espada, gritando á la vez:

—¡Favor! ¡Llegad aquí, leales servidores!..

Cuatro robustos manchegos lo tumbaron como pudieran hacerlo con un niño, atándole las manos y los piés. Tendido cuan largo era, le fijó uno la punta de la espada en la garganta, diciéndole:

—¡Si vuelves á hablar te ensarto!

Vignati enmudeció; al coraje, la ira y sorpresa reemplazaron un miedo y pavura superiores á toda descripcion.

—Ese pintor maldito,—se decia,—me ha vendido, y en vez de asesinar al duque, manda que me maten á mí. ¡Oh, qué torpe fuí! ¡Y juzgaba que lo tenía engañado, que era ya ciego instrumento mio! ¡Fingió el canalla, pero qué bien! ¡Y eso que me valí de un medio capaz de descomponer el cerebro más privilegiado! ¡Yo no conozco á los hombres, ó ese duque es el mismo Lucifer!

Estas tristes reflexiones del prisionero fueron interrumpidas por la voz del alférez, que gritó á su gente:

—Cogedlo, y seguidme. Si llama ó da alguna voz, cerradle la boca con la daga.

Y echó á andar, caminando en pos los soldados, llevando en vilo á Vignati.

De este modo atravesaron dos pasillos, deteniéndose el jefe militar al final del segundo.

—Metedlo ahí,—exclamó, señalando con el índice un cuarto oscuro y solitario del palacio.—Dos de vosotros quedais á la puerta, respondiéndome con vuestras cabezas de la suya. Quiso asesinar al duque, lo cual os disculpa si, en el caso de pretender ganaros ó pedir auxilio, le dais una estocada á lo Osorio. Los restantes pueden retirarse, y ayudar á sus compañeros á cumplimentar mis órdenes.

En el acto fué obedecido sin réplica ni vacilacion, y ya iba á abandonar aquel sitio, cuando oyó la voz del conde que le decia:

—Señor alférez, oidme por Dios; invoco en favor mio, además, el nombre del señor duque del Imperio.

—Los españoles somos generosos; pero todo tiene en el mundo su límite, y con un miserable como vos no hay clemencia posible.

—Os han engañado, y debo advertiros que el invicto Osorio ama á mi hija, vendrá á verla, y cuando sepa lo que estais haciendo conmigo, sin siquiera oirme, os mandará castigar cruelmente. Juro que me han calumniado: vuestro capitan queria más de lo que yo podia darle, me negué, y se venga inícuamente de mí.

—Eso luégo lo veremos.

—No os quede duda; estais siendo un instrumento...

En este instante oyó Vignati la voz de su hija que pedia explicaciones de lo que pasaba en su casa, por lo cual gritó:

—¡Angelina, sálvame! Hija del alma, no abandones al autor de tus dias, al que tanto te amó...

—Basta,—exclamó el alférez;—cerrad esa puerta,—dijo á los soldados,—y si vuelve á hablar, cumplid en el acto lo que os he mandado.

Después se volvió á Angelina, y cuando le hubo contestado lo que ya sabemos, dejó el piso principal del palacio para averiguar si estaban tomadas las entradas y salidas. Satisfecho de su reconocimiento, se sentó en un sillon, en tanto que Angelina, visto que nádie la daba explicaciones, y creyendo que era injusto el excesivo rigor con que se trataba á su padre, subió á una carroza, dirigiéndose á casa del duque del Imperio, segun dijimos ántes.

El conde quedó, en consecuencia, recostado sobre la pared de su oscuro encierro, trémulo, agitado, y más temeroso que nunca de ver llegado su último instante.

—¡Qué fatalidad!—exclamaba.—Después de haber salvado milagrosamente, y cuando me hallaba en posesion de mi título y bienes, caer de nuevo en otra prision; y lo peor es que si Vitali cuenta á Osorio todo lo que yo le dije, entónces no hay remedio para mí. ¡Qué mal juzgué á ese pintor, qué mal! ¡Qué confiado fuí, qué necio! ¡Maldicion! ¡Todo mi plan vino abajo; perdí la segunda jornada, y habré de resignarme á morir! ¡Ahora no me llevarán al patíbulo, no; me ahorcarán en el jardin de mi casa, ó con la misma daga que yo envenené me atravesará el corazon uno de esos soldados tan forzudos y tan bárbaros! El tal Augusto se portó; sin embargo de sus pocos años, fingia haber entrado en la red que le tendí, y apénas me perdió de vista, daba ya órden para que me tratasen peor que á un perro. ¡Qué alma tiene ese diablo barbilampiño! ¡Si yo pudiera vengarme de él! Medio habia; con que mi hija dijese que su amante quiso deshonrarla, que yo me opuse, y que entónces él dispuso que el alférez me prendiera y atase, me justificaba á los ojos del duque, apareciendo como miserable calumniador ese villano capitan. La idea es buena; Angelina es posible que la apoye por temor de que me maten; mas ¿cómo hablarla; cómo prevenirla, si tienen órden esos centinelas

de destrozar mi pecho en el momento que dé una voz? Yo no debo consentir que me priven de la vida por tan poca cosa; perdonado lo principal, negaré, y seremos uno á decir que no y otro á contestar que sí. ¿Y si no me oyen? ¡Maldita suerte! Osorio es clemente, justiciero, y acaso me escuche. ¡Oh, como llegase á encontrarme delante de él, improvisaré cosas que le horroricen; me las ha de pagar Vitali! Este se concretará á relatar la verdad; yo mentiré cuanto quepa en lo posible, y lo he de confundir con invenciones verosímiles. Entretanto me destrozan las muñecas estas ligaduras; me duelen los tobillos; tengo dormidas las piernas, y apénas puedo moverme. ¡Qué cambio tan inusitado y terrible! ¡Mi aficion, mi deseo de venganza lo han motivado; á nádie puedo culpar! ¡Por segunda vez, y con intermedio bien corto se agolpan las lágrimas á mis ojos; vacila la esperanza, y torno á contemplar mi porvenir negro, horripilante, feroz!

Vignati fué poco á poco perdiendo la fuerza física y moral hasta caer en un abatimiento y debilidad grandes. Desde este momento comenzaba á expiar su último crímen.

Lloró más de una hora; luégo fué poco á poco reponiéndose, y como la esperanza rara vez abandona del todo al hombre, inventó un cuento, con el cual se proponia salvar su existencia, sin agravar demasiado la suerte de Vitali. Este cambio era hijo de la postracion á que las horas trascurridas y lo triste de su estado le habian conducido.

—Sólo quiero la vida,—exclamó;—con tal que me la concedan, no me importa que se case mi hija con el pintor ni áun dejar de ser conde; todo, todo ménos perecer, cuando aún podia vivir veinte ó más años.

Y continuó mucho tiempo meditando sobre su último plan. Media hora después se abrió la puerta de su improvisado calabozo, y á la luz de dos blandones que sostenian, no ya los indivíduos de la compañía de Vitali, sino otros hombres enlutados, graves y de aspecto severo, vió acercarse uno, á quien no conocia, el cual le preguntó:

—¿Sois el conde Vignati?

—Sí,—respondió;—ved cómo me tienen la injusticia y maldad de un loco. Le perdono la ofensa; sus pocos años é insensatez...

—¡Silencio! Sólo se os concede derecho para contestar á mis preguntas.

—¿Puedo saber al ménos quiénes sois? No os conozco, ni ese traje...

—Soy un familiar, y estais en poder de la santa inquisicion.

Estas frases helaron la sangre de Vignati; quiso hablar, y le faltó la voz; recordaba que era protestante, y la idea de morir abrasado en terrible hoguera, fué para él el rayo que más destrozó su alma.

Estaban en su encierro el familiar, un notario y cuatro esbirros. El primero dijo á uno de los últimos:

—Reconoced los bolsillos del conde, sacando las llaves que encontreis en ellos.

El aludido obedeció sin hallar resistencia alguna por parte del preso.

—Aquí están todas,—contestó aquél, enseñando un manojito.

—Seguidme los tres.

Añadió el familiar, y desaparecieron.

El conde miró á la derecha, notando con dolor que los soldados españoles se habian retirado, quedando en su lugar los dos esbirros que sostenian los blandones. Su plan en ciernes fracasó por completo; contra la inquisicion nada podia alegar; dió por hecho que lo delató Busato ó alguno de sus correligionarios; suponia que en aquellos instantes se apoderaban de la biblia y comentarios de Lutero, y vió claro el abismo en que la suerte concluia de colocarle. Por eso exhaló un hondo suspiro, é inclinando la cabeza, se dispuso á confesarlo todo por temor de sufrir tormentos que le horrorizaban tanto como la muerte.

Media hora más tarde volvieron los cuatro con vários libros, diciendo el familiar:

—Levantad al reo, soltad sus ligaduras, y que nos siga.

Dos esbirros le ayudaron á ponerse en pié, y lo desataron, llevándolo en medio hasta el zaguan de su palacio. Nádie halló á su paso; los criados y dependientes de la casa estaban presos tambien ó huian de las miradas de un hombre acusado ante el tribunal más terrible que se conocia en aquella época.

Ya en el piso bajo le hicieron subir á una carroza en que estaban dos soldados de la Fe, le acompañó el familiar, é inmediatamente se dirigieron á Nápoles, en carruaje estos cuatro y á pié los cinco restantes.

Le parecia al conde que el ruido de aquel coche era siniestro; que sus ruedas apénas se movian, y que, no obstante, caminaba muy de prisa é impelido por un misterioso poder. Quiso hacer algunas preguntas, pero al expresar la primera frase, sus tres acompañantes se acercaron el índice á los labios, fijándose en él con enojo é imponiéndole silencio con la actitud.

—Me llevarán al fatal brasero,—dijo el conde para sí,—y ántes iré al auto con coroza é insignias de hereje. ¡Maldicion! ¡Todo se ha perdido! ¡Entre estos enlutados hábiles y misteriosos no sirven la calumnia ni la mentira; en cuanto hallan contradiccion, dan tormento, trituran los huesos, y conducen al hombre á una agonía larga, fiera, horrible como nada! Siento un frio glacial que enerva mis facultades físicas y morales. ¡Dios mio, Dios mio, tened misericordia de mí, y yo os ofrezco una enmienda verdadera y tan constante como la contricion que ya llega á mí! ¡Morir, y morir deshonrado, destrozadas mis carnes y abrasado entre llamas!

Y cayó de nuevo en un abatimiento más grande y terrible que el anterior.

La carroza se detuvo á la puerta de la inquisicion, siendo inmediatamente conducido el conde á la sala de tormentos. Allí lo dejaron solo media hora, cuyos treinta minutos le parecieron un siglo. Le horrorizaban cuantos objetos tenía delante,

y léjos de pensar ya en vengarse de nádie ni entregarse á la ira y encono á que era tan propenso, rogaba amargamente, pedia á Dios misericordia, aumentando por instantes la excitacion nerviosa y el temblor consiguiente.

Se abrió una puerta, y saliendo por ella dos atormentadores, sujetaron sus manos y piés con grillos y cadenas. Luégo aparecieron un inquisidor, notario, el duque del Imperio, cuatro familiares, Busato y otros dos atormentadores. Los tres primeros se sentaron junto á una mesa, que contenia recado de escribir y los libros que cogieron al conde, permaneciendo en pié los restantes indivíduos.

Se habian situado frente á Vignati y á dos varas de distancia. El inquisidor mandó al notario que se dispusiera á escribir, y comenzó seguidamente un interrogatorio relativo á la edad, estado y circunstancias del reo; luégo le dijo:

—Se os prohibe comentar; concretaos á contestar á mis preguntas lisa, llana y terminantemente.

Seguia aumentando el temblor del conde; se le iba la vista, y sólo tuvo aliento para fijarse en Osorio, demandándole con la mirada clemencia y compasion.

—¿Profesais,—le interrogó su juez,—la falsa doctrina del perjuro y hereje Lutero?

Vignati nada contestó por faltarle la voz.

—Preparad ese tormento.

Añadió el inquisidor, dirigiéndose á sus dependientes; entónces el preso hizo un esfuerzo, contestando:

—Sí, señor. ¡Perdon, me engañaron!..

—¡Silencio! Os prohibo por segunda y última vez que os salgais de la contestacion que os demando. ¿Son vuestros esta biblia y escritos del hereje que he citado ántes?

—Sí, señor.

—¿Quién os los facilitó?

—Los mandé traer de Alemania.

—¿Quién se encargó de ello?

—Un flamenco que há tiempo desapareció de Nápoles.

—Decid su nombre y señas.

El conde obedeció; su juez le dijo:

—¿Qué uso hacíais de estos libros?

—Los leia.

—¿Contínuamente?

—No, señor.

—¿Cuántas veces al dia ó á la semana?

—Tres ó cuatro durante la última.

—¿Solo?

—Siempre.

—¿Se los prestásteis á alguno?

—No.

—¿Quién los vió?

—El que me los trajo y yo nada más.

—¿Aconsejásteis á algun desgraciado que profesara las perniciosas ideas que á vos os imbuyeron?

—Sólo recuerdo á Busato.

—Está bien. Que salga de aquí el que concluís de citar.

Un familiar sacó á aquél de la sala de tormentos, cerrando la puerta. El inquisidor prosiguió:

—¿Es cierto que acusásteis á vuestra hija Angelina de haber sostenido relaciones criminales con S. E. el duque del Imperio?

Vignati miró á Osorio con más miedo y terror que nunca, y quiso contestar, pero le faltó la voz ó no supo qué decir. El juez añadió:

—Esos tormentos hacen hablar, y vos...

—¡Piedad, señor, piedad! Responderé al momento.

—Al instante y sin ocultar nada ni mentir.

—Mi hija...

—Sí ó no.

—Sí, señor.

—¿En qué os fundásteis?

—Angelina distinguió al señor duque; se hallaron solos en mi jardin y en su cámara, y sospeché de ellos, visto el interés y deferencias de mi hija.

—¿Quién os refirió esas citas?

—Ella.

—¿Después de contar á Vitali lo expuesto y de exagerar y mentir, le dísteis una daga envenenada?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto?

—Para que...

Volvió á faltarle la voz; el inquisidor alzó la mano para que los atormentadores cogieran al conde, mas éste se apresuró á replicar:

—Para que hiriese al señor duque del Imperio.

—Basta con lo declarado para merecer la muerte; en consecuencia, me contraigo á deciros que vuestra hija Angelina, segun resulta plenamente probado, es sólo la protegida de S. E. el duque del Imperio. Ante nosotros aparece pura é inocente del delito que la acusais, y sólo la maldad pudo calumniar á quien no dió motivo alguno. Tambien quisísteis envilecer á la digna esposa de otro caballero, y son tantos vuestros crímenes, que la inmensa bondad Divina acaso no alcance á perdonároslos. El duque del Imperio salvó vuestra vida devolviéndoos con ella hacienda, títulos y honores; meditad la manera que tuvísteis de agradecérselo, y si contais con un átomo de conciencia, ella os presentará la enormidad de un delito que asombra. Todavía pide por vos la ilustre víctima de una saña que carece de rival; su inconmensurable clemencia aún excita la nuestra, pero en balde; la inquisicion sólo ve la falta y el castigo. Pensad en Dios; despreciad la materia; fortaleced el espíritu, y preparaos, seguro de que os será imposible continuar perverso el corto ó largo plazo que os quede de vida.

El inquisidor se levantó, y cogiendo lo escrito por el notario, dispuso que dejasen solo al reo, yéndose él con Osorio á la estancia donde les esperaba el tribunal.

Media hora después volvió el duque adonde estaba el conde, y le preguntó:

—¿Deseais vivir?

Vignati le miró sorprendido, sin atreverse á contestar otra cosa que:

—Sí, señor; acepto cuanto me impongais.

—Escuchad las condiciones con que me será dable defender vuestra existencia: ahora mismo debeis renunciar en favor de vuestra hija cuantos bienes y títulos poseeis; luégo vendrá un sacerdote que se encargue de confesaros, atraeros al catolicismo, y si lo consigue, como creo, de perdonaros en nombre del Altísimo. Seguidamente entrareis en una órden monástica que os designará el tribunal, y siempre vigilado por éste, profesareis en el momento que se os juzgue en disposicion de pronunciar un juramento tan sagrado. De ese modo os salvo cuerpo y alma. Elegid entre esto ó el tormento y la muerte en la hoguera. Ofrecí á vuestra hija libertaros del crímen y la muerte, y la he de demostrar que el duque del Imperio nunca falta á su palabra, cuando lo imposible no sale á su encuentro.

—Comprendo vuestra idea, admiro su grandeza y la acepto. Vos no sabeis lo que yo acabo de sufrir; la revolucion que han causado en mí vuestra noble conducta y todo este aparato terrorífico; no me conceptúo ni la sombra de lo que fuí; Satanás tiene aprisionado por completo mi alma, y ya no se cuida de mí, ó la desprecia por ver en ella más crímenes de los que anhelaba en su infernal codicia. Esa verdad me ha permitido por primera vez de mi vida pensar en otro mundo, implorar la clemencia Divina, si bien con el fundado temor de que la Providencia me niegue un perdon que no merezco. ¿Creeis vos, tan grande entre los pequeños, tan gigante entre los poderosos, tan noble entre los hidalgos, que Dios se dignará perdonarme?

—Sí, con tal que vuestro arrepentimiento sea sincero, que la enmienda corresponda á aquél, y continúe sin tregua ni descanso miéntras vivais. Tal es lo sublime de la bondad celeste que, cubierto con un sayal, escudado por la Providencia, aún os será permitido ver el sol, oir el canto de las aves, contemplar vuestros hijos y nietos, y en el santo retiro que os ofrezco dis-

frutar una paz, sosiego y bienestar de que carecísteis hasta hoy.

—Quiero eso; lo anhelo; ¡por Dios, señor duque, no retraseis un momento lo que ya me pide el alma á gritos, la conciencia á voces y el corazon con palpitante frenesí! Renuncio gustoso á mis títulos y bienes, y pretendo sólo de este valle de amargura que me otorguen un confesor, un hábito y una celda. Todo lo demás me sobra, lo detesto, y... no tardeis, señor; temo que Satanás se aperciba y vuelva á posar sobre mí su férrea mano.

—Ya estará extendida la cesion; en breve la firmareis, y acto contínuo os llevarán á la estancia que teneis destinada en este local, hasta tanto que os halleis en disposicion de pertenecer á la órden monástica de que os hablé ántes. Adios, Vignati; voy á salvar vuestra vida; ayudadme luégo á que no se pierda un alma que Dios me pide y deseo regalarle.

—Esperad un poco, por favor. ¿No pensais volverme á ver?

—No; sería inútil.

—Os equivocais; vuestras frases, presencia y actitud ejercen en mí influencia mágica que no puedo explicar, pero que siento. No me abandoneis, y vuestro aliento engrandecerá mi pequeñez, dándome fuerza para andar por el recto y espinoso sendero que acabais de trazarme.

—Os haré una visita diaria durante el tiempo que permanezca en Nápoles.

—Gracias, señor. ¿Me permitís que bese vuestra mano?

—No; ese ósculo de amor mandádselo al bondadoso Señor que me inspira y se dispone á perdonaros; ved su efigie, por nosotros murió enclavado; comparad la suerte que aún os ofrece el destino, y os juzgareis dichoso. Hasta mañana.

El duque volvió á reunirse con el tribunal, conferenció con los indivíduos que le componian, y acto contínuo pasaron un notario y vários familiares á la prision de Vignati, leyendo á éste la cesion que hacía en su hija, la que fué aceptada y firmada por él, en union de los testigos que exigia la ley.

En tanto que se verificaba esto acompañó el maestre Zalla á Busato al convento de capuchinos, donde lo dejó de órden del duque. A la vez se encerraban Osorio y el prior de dicho convento, discutiendo ámbos sobre los medios que debian emplearse para excitar el arrepentimiento y enmienda del conde. Así permanecieron hasta el momento en que entregaron al duque el documento que concluia de autorizar Vignati, cuya renuncia debia aprobar él en nombre de S. M.

Durante este período fué cuando llegó el príncipe de Italia, y tuvo la corta entrevista, á que asistimos, con los cinco inquisidores. Así es que al entrar el prior en la estancia que habian destinado al padre de Angelina, é ir Osorio á dar las gracias al tribunal por las deferencias que tuvo con él y lo benigno que se mostró con Vignati, fué sorprendido por la misteriosa é inesperada presencia de su hermano y jefe Julio de Silva, al cual lo dejamos abrazado en el capítulo anterior.

Oigamos el diálogo que sigue al primer acto de cariño entre los dos primeros caudillos del imperio español.

CAPITULO II.

Terrible nueva.—Abatimiento de Osorio.—Una ráfaga de esperanza.—El protector y sus protegidos.

El duque del Imperio sintió más placer que sorpresa, más alegría que admiracion al encontrar en Nápoles al príncipe de Italia. Nada podia justificar ante sus ojos aquella marcha repentina é inusitada, y otro cualquiera la habria juzgado hija de desconfianza ó temor; pero Flaviano amaba á Julio de Silva más que á un hermano, y sólo se cuidaba en estos instantes de estrecharlo contra su pecho y gozar con su presencia.

Por último, se desprendieron, y entónces preguntó Osorio:

—¿Cómo dejas á tu esposa, á la mia y á las de nuestros cuatro hermanos restantes? ¿Qué noticias tienes de Odon, Roberto, Mauro y Rogelio? ¿Triunfaron? Dirás que el dudar de ellos es una falta en mí, pero te equivocas; comprendo que los dos primeros vencerian en las Alpujarras, como lo hicieron en todas partes los hijos de Pedro Navarro, y los segundos habrán imitado á tu padre y al mio en Francia; vale poco el *Pretendiente* á la corona de Francisco I, para detener el arrogante paso de nuestros hermanos Mendoza y Nuñez de Lara.

El príncipe miró á Flaviano con dolor, apresurándose á contestarle:

—No es cierto por desgracia.

—¿Qué dices, Julio? ¡Tus ojos se humedecen; bajas la vista! ¡Oh, todo lo comprendo! Tú no podias venir á Nápoles por sólo el gusto de verme, cuando te hallabas en Madrid gobernando á nombre de Felipe II los dos mundos en que ondea el pabellon español. Tu genio indispensable allí, ha necesitado que un acontecimiento grande, terrible, inconmensurable le impeliese á esta ciudad próxima á Francia, donde acaso murieron mi pobre Mauro y mi querido Rogelio. Habla, príncipe; ve que tu silencio destroza mi alma con la más horrible incertidumbre.

—¿Nos escucharán?

—No; ocupemos el centro de este salon. Desplega tus labios, y si nuestros hermanos han muerto, recuerda como yo aquel solemne juramento: «La suerte de uno será la de los seis.» Eso dijimos, y eso ha de ser.

—No corras tanto, Flaviano; que áun cuando la desgracia es muy sensible y harto dura, la empequeñece tu exagerado temor.

—Veo lágrimas en tus ojos.

—¡Qué te extraña! ¿No os amo á los cinco más que á mí mismo?

—Luego alguno de los otros sufre, y tardas en decírmelo, mal hermano.

—Oye; tu esposa, la mia y restantes hermanas quedan buenas; Odon y Roberto fueron á las Alpujarras, y les bastó un mes para no dejar vivo un moro traidor ni un mahometano que resistiera al gobierno de Felipe II. Conmigo vienen, en tu palacio se encuentran, y ellos te contarán la manera que tuvieron de arrancarle á la suerte los nuevos triunfos que España aplaudia á mi salida de Madrid. Los Navarros quisieron rivalizar en heroismo desde Andalucía con Osorio en Nápoles.

—¿Y Mauro y Rogelio?

—Esos fueron más desgraciados; comprendiendo el ene-

migo el peso y lo incontrastable de sus espadas, les tendió inícua red, y se hallan prisioneros.

—¡Prisioneros, maldicion! ¡Prisioneros como tu padre! ¡Víctimas acaso de una infamia igual! Julio, ¿por qué estás en Nápoles? ¿Cómo no has muerto ó los has dejado en libertad, segun hicieron nuestros padres con el tuyo? ¿Qué hay en el mundo más sagrado é interesante para tí que la libertad de tus hermanos?

—El cumplimiento de mi deber. La calma de Julio de Silva fué siempre augurio del éxito.

—¡Maldita calma en la ocasion presente! ¡Horrible sangre fria que admiré en los combates y ahora me destroza el alma! Si tú quieres quedarte, hazlo: yo parto á Francia. ¡Pobre Mauro, infeliz Rogelio; siempre *invencibles* hasta este momento en que se hallarán presos, humillados, solos y sin un amigo que intente abrirles la puerta de hierro que los esconde! ¡Salid, lágrimas mias; vosotras ahogais mis triunfos de Nápoles; vosotras costareis á la Francia un mar de sangre humana!

Y los dos héroes se miraron, los dos lloraban, y á la vez volvieron á abrirse los brazos, exclamando el príncipe:

—Ya que tu acento osa herir mi pobre corazon, consuéleme tu cariño, mayor aún que nuestras desgracias. Ingrato, ¿por qué dudas del que fué para vosotros padre, maestro, amigo y hermano?

—Primero atravesaria mi pecho que abrigar en él la más leve desconfianza respecto de tu amor é interés; maldigo únicamente tu calma, Julio, tu inalterable sangre fria.

—Juntos peleamos, Flaviano; unidos siempre, parecemos gemelos; ¿notaste alguna vez que justificasen los hechos tu impaciencia, respecto de lo que juzgas mi sosiego?

—No, pero en la ocasion presente...

—Será como en todas.

—Habla.

—Me consta que el *Pretendiente* tiene gran interés en que vivan; se hallan sanos, gracias á Dios, y á la vez de pro-

curar su libertad, quiero realizar una idea que asombre al mundo, y ponga fin á la fratricida guerra de Francia.

—¿Estás cierto de su realizacion?

—Nací falible, y en verdad que ignoro hasta dónde podré llegar; mas la Providencia no puede abandonarme en empresa tan magna, y si cuento con su proteccion, claro es que el triunfo es seguro.

—¿Cuándo partimos?

—Antes debo ir á Roma, que es la verdadera causa de haber tocado aquí. Miéntras yo hablo con Su Santidad, terminas tú la gran obra que te trajo á Nápoles, y á mi regreso pisaremos los cuatro el suelo francés.

—¿No es posible marchar ahora mismo?

—No.

—Sea en buen hora; donde tú estás, sólo manda el príncipe de Italia, sólo á tí te es dado obligarme á inclinar la frente. ¿Cuándo sales?

—Al rayar el alba.

—¿Tardarás mucho?

—Cuatro ó cinco dias.

—Tengo suficiente tiempo para dejar concluidos los asuntos pendientes en Nápoles. ¿Quiénes te van á acompañar?

—Mi criado y un salvo-conducto del que apellidan héroe napolitano.

—¿Viajas de incógnito?

—Sí; conviene que todos me juzguen en Madrid.

—¿Te han dicho la causa que me trajo á este lugar de llanto y desolacion?

—La conozco; mas di: ¿os vísteis obligados á atormentar al conde?

—No; aquí llevo la renuncia de sus títulos y bienes; queda confesándose, y en breve tomará el hábito sin que haya sufrido otra cosa que una prision y la idea que tuvo hasta hace poco de que iba á perecer en la hoguera.

—¡Otra Syra hallaste en Nápoles!

—Otra tentacion, Julio, que me dió muy malos ratos. Fué una corona de lealtad para mi esposa, de espinas para mí.

—Continúa así, Flaviano. Dicen ya que te sobrepones á mi padre...

—No mientas, Julio; tu excesiva modestia te obliga á citar al santo, que valia más que tú. Pretenden únicamente que me igualé á tí; pero no te conocen los que refieren eso.

—En Nápoles, hermano, no habria hecho yo más, si acaso tanto; escuché el relato de tus triunfos con admiracion; vi tu grandeza...

—Bah, bah; guarda ese cuento que parece historia para referírselo muy quedo á mi esposa Adela; pero que no lo oiga la tuya, porque se va á reir.

—¿Hablas con ingenuidad?

—Buenos tengo el alma y corazon para expresarme de otro modo.

—Bien, Flaviano, muy bien; sólo faltaba á tu elevada frente una orla de modestia, innata en el que se eleva donde tú, y ya la tienes.

—Estás haciendo tu retrato.

—El tuyo, que me enorgullece más que el mio.

—Dame otro abrazo, y partamos. ¡Pobre Mauro; infeliz Rogelio!

—Estréchame, y marchemos á tu palacio.

—¿Ya existe tuyo y mio entre nosotros? ¿Qué quieres decir, príncipe?

—A nuestro palacio.

—Eso es. En la habitacion contigua estará Alvaro Zalla; subid ámbos á mi carroza, y esperadme en casa; yo ántes debo despedirme de los inquisidores, y luégo visitaré á mi Syra número dos.

—Comprendo, mas no tardes; quiero descansar algunas horas, y ántes deseo que hablemos.

—Pues no perdamos tiempo.

Llamaron á Zalla, el cual fué estrechado por el príncipe,

y ámbos partieron de la manera indicada por el duque, en tanto que éste daba las gracias al tribunal y se despedia, saliendo acto contínuo por una puerta excusada de aquellas cárceles. Embozado en su capa, solo, y con los ojos húmedos, se dirigió al palacio de Angelina.

Iba ahora el venturoso guerrero triste, ensimismado y muy abatido; sus labios murmuraban de vez en cuando las palabras Mauro, Rogelio, y no obstante hallarse templada y agradable la noche, un sudor frio bañaba su frente, llegando á sus ojos algunas lágrimas que él se apresuraba á deshacer con las yemas de los dedos.

De este modo cruzó cási todo Nápoles, sin reparar en el inmenso pueblo que le vitoreaba ni escuchar las voces con que atronaba el espacio. Solo, echado el embozo y hablando consigo mismo, llegó al campo, siguiendo por una vereda que acortaba la distancia, y que muy en breve lo llevó á la puerta del edificio que habitó Vignati.

Era cerca de la media noche; el palacio se hallaba cerrado, y no obstante la mucha gente que se encontraba dentro parecia un castillo encantado.

—¡Silencio sepulcral,—exclamó el duque;—á nádie se ve ni se oye, y sin embargo de esto permanecerá en pié su dueña, abatida y triste como yo, húmedos sus ojos como los mios, y con poca esperanza de vislumbrar un porvenir alegre y risueño! ¡Hasta en eso nos parecemos, y nos separa, ¡ay Dios! un mundo; un mundo que me aleja de su hermosura contra la voluntad de ámbos! ¡Cómo ha de ser; tendré paciencia, arrancando aquí un triunfo que acaso me niegue el destino en Francia! ¡Sí; los haré felices á ellos, por si yo no puedo serlo el resto de mi vida! ¡Mauro, Rogelio! ¡Prisioneros vosotros; víctimas de la saña de un francés, maldicion!

Y comenzó á golpear en la puerta, hasta oir la voz de un soldado que le preguntó:

—¿Quién es?

—El duque del Imperio.

—¡El duque del Imperio!

Repitió el español, atronando el palacio, y bien pronto le dejaron expedita la entrada.

—¿Qué hace Vitali?

Preguntó Osorio al alférez, que fué el primero en presentársele.

—Lo ignoro, señor; me encargó que estuviese en vela por si veniais, y prosigue en el piso principal.

—Retiraos todos á descansar; no es preciso centinelas ni aparato alguno de fuerza; dejad que los criados de esta casa se cuiden de ella sin la ayuda de vosotros.

Y se dirigió á las habitaciones de Angelina, hallando á sus doncellas en la estancia contigua á la cámara donde aquella se encontraba.

—¿Qué hace vuestra señora?

Les preguntó.

—Sentada, triste y llorosa.

—¿Quiénes la acompañan?

—El capitan Vitali y una camarera.

—Abrid la puerta.

Sin anunciarse penetró el duque en el saloncito de la bellísima jóven, encontrándola en la forma que concluian de decirle sus sirvientas. Vitali se hallaba cerca contemplándola con amoroso éxtasis, pero sin atreverse á decirla nada. Al ver al duque, los dos se pusieron de pié, preguntándole ella:

—¿Y mi padre?

Augusto le hizo una reverencia y fué á partir, pero le detuvo Osorio, diciendo:

—Quedaos junto á mí. Vos,—añadió dirigiéndose á la camarera,—salid, cerrando á la vez esas puertas. Vuestro padre, Angelina,—contestó á la jóven,—se halla bueno. Acabo de dejarlo en vias de un arrepentimiento, de una contricion sincera, y es posible que en breve se haya trocado el mayor criminal de Nápoles en un religioso, modelo de caridad y vida cristiana.

—¿Le han dado tormento?

—No.

—¿Sufrió mucho?

—Su parte física nada, bastante la moral; tanto cuanto era preciso para realizar una completa revolucion en sus ideas, pensamientos y modo de vivir.

—¡Luego se ha salvado!

—Creo que por completo. Ningun peligro amenaza á su existencia, y todas las probabilidades están porque se gane su alma.

—Gracias, señor; os debo la vida, la felicidad y un porvenir que acaso sea dichoso. Dejad que bese vuestra diestra y la empape en mis lágrimas.

—Soltad.

—No me negueis este último bien; mi llanto ahora es el presagio de la ventura; es el agradecimiento grande y sublime que el débil ofrece al hombre fuerte y poderoso; es, por fin, el dolor que parece abandonar mi alma para no volverla á atormentar. Gracias, duque. Ayúdame, Vitali; demostremos á nuestro protector cuánto le amamos.

Los dos jóvenes cayeron de rodillas y cogido cada cual á una mano de Osorio, estampaban en ellas ósculos que expresaron el cariño que ámbos le tenían.

—Hijos, levantad; venid á mis brazos y contemple yo más de cerca vuestra felicidad. ¡Ay! Sed vosotros dichosos, ya que el cielo me lo niega á mí.

Los dos se pusieron de pié, preguntándole á la vez:

—¿Por qué decís eso? Hablad, señor.

—No; gozad vosotros, que harto sufrísteis; ahora soy yo el que debe padecer.

—¿Y creeis acaso,—le preguntó Angelina con viveza,—que nos será dable entregarnos á la alegría siendo vos infortunado? Nosotros no podemos enjugar vuestro llanto, que está muy alto el héroe para que otro remedie el mal que él no destruya; en cambio lloraremos vuestras penas, participan-

do de ellas, y acaso os robemos una parte del daño que os causan.

—A mí me es dado más,—dijo Vitali;—yo intentaré lo imposible muriendo en la demanda si no logro destruir lo que motiva vuestra amargura. ¡Inclinais la cabeza! ¡Vuestros ojos se humedecen! Señor, dejadme que confunda á los que os causan ese duelo y me dareis el instante más dichoso de mi vida.

—Decidnos, señor,—exclamó Angelina,—¿qué acontecimiento es ese que acerca el llanto á los párpados del hombre más fuerte que ha nacido hasta ahora?

—¡Fuerte decís! ¡Eso creemos, sin perjuicio de probar á cada instante lo débil y quebradizo del barro qué constituye nuestro sér! El poder del hombre es una quimera, otra ilusion de las muchas que se hace.

—No os comprendo.

—Há poco era yo el rey de Nápoles; me obedecian millones de almas; una gran parte de ellas pronunciaba mi nombre con amor y respeto; le aplaudian, le vitoreaban, y el ídolo permanecia elevado sobre un pedestal de amor que debian envidiarle todos los monarcas de la tierra. Pero el destino, envidioso de mis triunfos, destruyó con su potente mano la base, y el héroe rodó por el suelo, confundiéndose otra vez con el polvo de donde salió.

—Ahora me explico ménos vuestras frases. ¿No os aman ya los napolitanos? ¿Cesaron de aplaudiros, de reconocer en vos al más noble, valiente y caballero?

—¡Ellos seguirán entusiasmados viendo en mí todo eso; pero ¡ay! yo no puedo oirlos; mi corazon rechaza ya lo que no sea llanto y luto, y de poco sirve que me eleve si me contemplo rodando por el suelo!

—¿Ha muerto vuestra esposa? ¿Os venció algun hombre? ¡Hablad, señor, que la incertidumbre es peor mil veces que la muerte!

—Es un secreto, Angelina; pero á vosotros dos, que tanto me amais, sería una ingratitud el ocultároslo. ¿Es cierto?

—Sí, sí.

—Decidme, ¿oísteis hablar de mis cinco hermanos?

—Sí, sí.

—¿Os dijeron que nos unia el cariño más acendrado; que entre nosotros existia una sola voluntad, un deseo?

—Sí, sí.

—Juntos desde la infancia corrimos el mundo cual jemelos que nada les separa en la tierra; la vida de uno era la de los seis, y triunfantes hasta ahora en la corte, en los campos de batalla, ante los reyes, frente á los poderosos, nos apellidaban *invencibles*, y acaso con razon, porque la union nuestra constituia una fuerza superior á cuanto pudiera expresar. Pues bien, esta noche llegaron el príncipe de Italia, el duque de los Andes y el conde de Santomera...

—¿A Nápoles?

—A Nápoles, sí. Figuraos cuál sería mi gozo al estrechar al primero, después de lograr la contricion del conde Vignati y el arrullo de una ovacion tributada por el pueblo de todo un reino. Aquel abrazo... No os puedo yo decir la venturosa impresion que me hizo. Luégo pensé que la venida de mis hermanos á Italia era el presagio de un catástrofe horrible, y me separé de Julio con miedo. No me habia equivocado. ¡Asombraos, hijos, asombraos; nuestros dos restantes hermanos, aquél gigante que apellidan marqués de Abella, y no halló rival en el mundo en valor, generosidad y fuerza; aquel poderoso conde de Monterubio, que era mi sombra en asuntos amorosos y mi egida en las batallas, esos dos héroes se encuentran prisioneros, encerrados acaso en oscura mazmorra, y próximos, sin duda alguna, á perecer!

—¡Jesús!—exclamó Angelina cubriéndose el rostro con las manos.—¡No hay dicha posible en este mísero valle!

—¡Corramos, señor!—Añadió Vitali, tirando de una mano del duque.—¿Qué os detiene?

—¿A dónde, Augusto?

—A salvar á vuestros hermanos; mi cuerpo servirá á vos,

el héroe, de muralla; de este modo escalaremos las torres, minaremos la tierra, no descansando un instante hasta dejar en libertad al conde de Monterubio y al marqués de Abella.

—¡Loco! ¡Qué valemos nosotros contra media Francia que defiende la prision y guarda sus calabozos!

—Moriremos en la contienda, si otra cosa no es posible conseguir.

—No; intentaremos más adelante cruzar por medio de los diez millones de almas que aprisionan á esos valientes; y la destreza unida al valor jugarán como nunca; pero bastan para eso mis tres hermanos y yo.

—Permitidme que os siga; es el mayor favor que podeis hacerme en el mundo.

—Hijo, hasta que vino el príncipe de Italia mandé yo; ya él aquí sólo á su genio le es dado dirigir, encaminar y disponerlo todo. Tened muy en cuenta que si vos me admirais á mí mucho, más admiro yo á Julio de Silva.

—Yo se lo rogaré con llanto en los ojos. ¿Dónde está? Facilitadme los medios de que le vea.

—Imposible; recordad que os he contado un secreto y sabed que la lucha en pro de la libertad de mis hermanos no debe ser sostenida por la fuerza, que ésta sería inútil contra un reino tan poderoso; irá apoyada con la destreza, la habilidad, el silencio; y para esto, si no basta con nosotros cuatro, serán infructuosos los demás.

—Deduzco de vuestro relato que me negais el gran favor que anhelaba.

—Sí, Augusto; nada hariais en Francia, y en Nápoles me sois indispensable. Os voy á dejar un cargo elevado, y puesto que junto á mí pudísteis aprender á disfrazaros y á averiguar cuanto conviene á la tranquilidad de este país, os dejaré, si no en mi lugar, un poco más bajo, pero con facultades suficientes para que os sea dado combatir y aniquilar el primer síntoma de revolucion que viniera con tendencia á destruir la tranquilidad y sosiego de este país. Cuanto os he dado y concedi-

do debeis agradecérselo á España; velad dia y noche por sus intereses y no os mostreis jamás ingrato con quien fué tan generosa para con vos.

—Hubiera preferido mil veces partir á Francia, buscar á vuestros enemigos, y ya frente á ellos ayudaros á dar fin de todos. ¡Cuán feliz sería de ese modo!

—¿No os importaria abandonar á Angelina?

—Mucho la amo, pero es ántes mi deber.

—Os equivocais; el cumplimiento de vuestra obligacion está aquí, donde tendreis ocasiones de vengar la muerte de vuestro padre y de probarme que basta con vos, es decir, con la representacion que os dejo, para que nádie ose atentar contra mi querida patria. Mañana por la noche se efectuará vuestra boda, siendo padrinos la duquesa de Mántua y yo; y para que podais vivir en Nápoles como conviene á vuestra clase y á la difícil mision que os dejo, os cedo, como regalo de boda, mi palacio y cuanto se encierra en él. Este podeis dejarlo como casa de recreo.

—¡Es demasiado!

—Vuestro padrino no puede daros ménos, ni á la distancia en que se halla de su familia y estados le es dado añadir más; por consiguiente os entrega lo justo. Eso es para vos, Vitali; á Angelina le adelanto este título que la deja desde ahora en posesion de todos los bienes y honores que tenía el conde Vignati.

—Basta con lo que posee Vitali; que conserve mi padre su condado y riquezas.

—Renunció en vos á cuanto le pertenece, porque le es imposible retener nada en su calidad de religioso capuchino.

—Mucho se habrá violentado al firmar ese escrito; ¡era tan avaro de su fortuna!

—No lo creais; con lágrimas en los ojos me pedia que abreviase la cesion de sus bienes y la hora de entrar en el convento. Abrigo hoy la esperanza de que el criminal Vignati llegará á ser un modelo en el claustro.

—Acaso; vos haceis milagros, y ese será uno de tantos como vais dejando atrás en el camino de vuestra vida.

—Ya sois condesa, Angelina; mañana os unireis á Vitali, y acabará de cumplirse mi deseo si ámbos os demostrais el amor que yo tengo á mi esposa, si procurais, como nosotros, una felicidad que envidian cuantos nos conocen.

—Será así, y todo os lo deberemos.

—Hijos, anhelaba este instante, y en verdad que hice con vosotros una excepcion tan rara para mí, que acaso sea la primera; preferí participaros vuestra próxima union, arrepentimiento del conde y completo arreglo de vuestros asuntos, á estrechar á mis hermanos Odon y Roberto Navarro. Me estarán llamando ingrato y no debo darles motivo para que justifiquen la frase. Adios, Angelina. Vitali, entendeos mañana con el obispo de Nápoles, facilitándole los documentos que os pida para el logro de nuestro comun deseo. A las nueve de la noche se efectuará la boda, sin ruido ni aparato alguno. ¿Comprendeis la causa?

—Sí, sí.

—Cenarán con vosotros los duques de Mántua, mis dos hermanos, el obispo, Zalla, Roch y yo; á eso estará reducida la fiesta.

—¿No volvereis hasta el momento del desposorio?

—No; pero estaré á la hora convenida.

—¿Cuándo podré ver á mi padre?

—Después que haya profesado; Vignati, hija mia, ha muerto para el mundo; idlo olvidando poco á poco, y no le robeis un tiempo que necesita emplear en un verdadero arrepentimiento, tan difícil como graves son las culpas que cometió.

—Os obedeceré.

—¿Deseais alguna otra cosa de mí? Ahora estais á tiempo.

—No.

—¿Vais ámbos al tálamo nupcial con voluntad decidida y la santa conviccion que requiere la solemnidad del acto?

—Sí, sí.

—¿Nada más se os ocurre decirme?

—Nada.

—Estrechadme, y hasta mañana.

—¿Vinísteis solo?

—Sí.

—Permitidme que os acompañe.

—¿Para qué? Cuidad de Angelina, hablad con ella, y sed tan felices como yo infortunado.

Y después que los hubo estrechado, se embozó el duque, abandonando el palacio, tan triste y taciturno como entró en él.

Los jóvenes le vieron salir, brotando en sus ojos lágrimas de agradecimiento, y cogidos de las manos corrieron á un balcon, permaneciendo en él hasta que se confundió con los árboles y las plantas la arrogante figura de su generoso protector.

La nueva condesa dispuso que una de sus doncellas trasladase su lecho á la misma alcoba donde ella iba á dormir; verificado lo cual, dió la órden de que todos se retirasen á descansar, y cuando se despidió de Augusto, se acostó, quedando el palacio sumido en el silencio.

Vitali durmió poco, pensando unas veces en su amada, en la dicha que el destino le ofrecia, y otras en las desgracias que atormentaban al duque, pasando del placer á la tristeza, con lo cual se cumplia tambien en él el tan sabido axioma de que no existe en el mundo felicidad completa.

Nuestro caudillo, satisfecho por el buen resultado que le ofrecian sus asuntos de Nápoles, dejó de pensar en ellos para entregarse de lleno á la idea de que sus pobres hermanos estaban prisioneros y sufriendo acaso los rigores de un enemigo que los aborrecia y odiaba cuanto era posible. Llevaba la frente contraida, era torva su mirada, y solia tropezar á cada instante en el sinuoso sendero que atravesaba, efecto de lo absorto en que le llevaban sus ideas.

Habia dejado el arrecife, y seguia ahora por una vereda

que acortaba la distancia; de pronto, y cuando más ensimismado se hallaba, vinieron á distraerle las siguientes frases:

—¡Inspiradme, Dios mio!.. ¡Salvad, Señor, á ese hombre incomparable!.. ¡Gracias, gracias, egregio Padre! ¡Cuán grande sois, cuán sublime, cuán bondadoso!

La voz que pronunció las anteriores palabras imitó al vibrante sonido de la campana y parecian salir del corazon de un hombre. El duque se estremeció á su pesar, quedando como embargado por lo mágico de un acento que se confundia con el del padre Alberto. Instintivamente se bajó el embozo, cruzando las manos y permaneciendo un minuto en actitud ascética; miraba al cielo, y no se movia ni hablaba. Luégo giró la vista en torno, pero nada distinguió.

—¡Sí,—dijo,—oí una voz que conmovió mi sér, agitando mi espíritu; era la del santo; mas á nádie veo! ¡Sería una ilusion de mi mente! ¡En mis conflictos siempre invoco la proteccion del padre Alberto, y rara vez dejo de contemplar en sueños su venerable figura! ¡Me amaba tanto, le queria yo tan profundamente!.. ¡Mi pobre cerebro se descompuso con la fatal noticia de la prision de mis hermanos! ¡Ay, Dios sea con nosotros! ¡El santo que nos protegió en vida incline la Providencia en favor nuestro!

Y tornó á embozarse, siguiendo adelante por el estrecho sendero que lo encaminaba á Nápoles; mas á los pocos pasos que dió, se detuvo de nuevo, añadiendo:

—¿Qué es aquello? Parece el bulto de un sér humano tendido en tierra... Sí, un religioso... ¿Será tambien delirio de mi mente?

Y acercándose al objeto que llamaba su atencion, trató de reconocerle, diciendo á la vez:

—¡Es el prior del convento de Capuchinos! ¡Cuando yo le creia confesando al conde!.. ¿Qué acontecerá? ¡Está frio, yerto; infeliz! ¡Padre, padre mio! Vive. ¡Oh, le echaré mi aliento, y lo cubriré con mi capa!

—¿Quién es?—exclamó el religioso alzando la cabeza.—

Mísero mortal, ¿por qué interrumpes el delicioso sueño de un cristiano?

—¡Padre, estais frio! Abrazaos á mí.

—¡Ah! ¿Sois vos? Cierto; sólo el duque del Imperio podia llegar aquí en este instante.

Y el fraile se levantó, palpando las ropas de Osorio con alegría febril.

—No, no me cubrais con vuestro manto; estoy bueno; soy feliz, y léjos de sentir frio arde mi cabeza.

—¿Por qué abandonásteis la santa mision que os confié?

—Porque Dios me lo mandó.

—¡Padre, la Providencia no podia oponerse á que me ayudáseis á encaminarle un alma que en concepto vuestro y en el mio tenía perdida!

—Cierto; mas se encargó de preparar al penitente el tribunal de la inquisicion en pleno, en tanto que yo venía á buscaros; luégo le confesaré, separando á Satanás de su espíritu, y todo se habrá ganado.

—No os comprendo, santo varon.

—¡Qué frase tan grata y seductora para mí! ¡Santo varon! Mil y mil veces ofrecí al cielo mi vida y cuantos sacrificios caben en cabeza humana por lograr ese título que acaso me dais sin razon. Os he dicho y repito, que los cinco inquisidores permanecerán disponiendo á la confesion á vuestro protegido, en tanto que yo vengo á hablaros.

—¿Quién os ha dicho que yo debia pasar por este sitio?

—Nádie; lo adiviné.

—Vos, padre mio, no podeis engañarme, y de ser cierto lo que decís, sois otro padre Alberto.

—El santo; aquel tipo de virtud, abnegacion y caridad. ¡Oh! No lo creais. Oidme.

Y el prior comenzó de nuevo á palparle el pecho y los hombros, continuando:

—Vuestra conducta con Angelina Vignati la aplauden los ángeles; vuestra generosidad con los napolitanos la elogian los

santos, y lo que haceis con ese desgraciado conde embellece vuestra alma, que veo en este instante y envidio.

—¿Vos, padre mio?

—Yo, sí; lo difícil y grande no es practicar la virtud en el aislamiento, sino como vos lo haceis, en medio del peligro, combatido por Satanás y halagado por pasiones que vence uno de cada cien mil que lo intentan.

—¡Señor, estais adivinando!

—Sí, posible es; he visto á un protector que teneis muy alto y que os ama cási tanto como el príncipe de Italia.

—¡El padre Alberto!

—Eso es.

—¡Qué inefable gozo siento al oiros esta noche! Me parece vuestra voz más dulce, vuestro acento más sonoro y grato, y vuestra faz infinitamente más venerable que los dias anteriores. Continuad expresándoos; vuestra adivinacion me encanta.

—Temí que os asustara.

—No; la supersticion y el miedo jamás logran dominar á un verdadero católico.

—¿Amais mucho á Dios?

—Oh, sí; me enseñó á hacerlo el primer príncipe de Italia, el santo, y le imito en cuanto es dable á un mísero pecador.

—Leo en vuestro corazon la verdad; pero noto que ahora sois desgraciado.

—Vuestra presencia me hizo olvidar mis penas. ¡Ay, padre, mi infortunio es terrible!

—¿Desconfiais de la Providencia?

—No.

—Pero vacilais.

—¡Es tan grave mi daño!

—¡Insensato, matad la duda, que os perdeis! Esperadlo todo de ese almo y sublime poder que sostiene los mares y el equilibrio del mundo. ¿Qué imposible habrá para Dios? Creed en su bondad; fortaleced la idea. Eso es; ya no dudais.

—Cierto, padre mio: llegó á mí una esperanza que destierra mis males y me hace ver el porvenir de diferente modo. Proseguid palpando mi pecho, ¡qué consuelo hallo con ese flúido que domina mi espíritu y arraiga una creencia de que carecia ántes! Padre, padre mio, ¿qué suerte les reserva el destino á mis pobres hermanos Rogelio Mendoza y Mauro Nuñez de Lara? Si ellos mueren, yo tambien dejaré de existir.

—¿Otra vez vacilais? ¿De nuevo llega á vos la desconfianza?

—Sí; mas vuestras palabras la destruyen, la aniquilan. Hablad. ¿Podreis contestar á mi pregunta?

—Todo es posible si el Eterno gusta de que suceda. Cuando se quiere una cosa, se le ruega con fervor, se tiene fe, mucha fe y se aguarda, que nada puede negar á sus hijos predilectos la misericordia Divina.

—¿Fe, mucha fe decís? Yo la tengo; en cuanto á suplicar á Dios, hace una hora que, humilde y anheloso, le suplico con más entusiasmo que nunca.

—Verdad es, pero hasta há poco no abrigásteis confianza.

—Ya la tengo.

—La veo.

—¿Vos? ¿Conque no me equivoqué? Abrazadme, señor, abrazadme; vuestro aliento ejerce en mí un mágico bienestar que se siente, pero que no se explica.

—Ahora todo puedo decíroslo: seguid con la vista el camino que yo os trace.

—Me dispongo á hacerlo.

—Cruce vuestra imaginacion los campos de Nápoles, Toscana, Lombardía, y llegue á Suiza; ahora atraviese los Alpes y éntre en Francia, continuando sin detenerse hasta percibir un castillo antiguo, pero fuerte y muy bien defendido.

—Lo veo, señor; mas no le reconozco.

—Consiste en que es la primera vez que lo contemplais.

—Cierto. Ondea en él la bandera de Francia: ese trapo que yo arrollé cien veces; ese estandarte que defendí en Dreux y lo elevé más que ningun francés.

—Profundizad vuestra mirada, y desechad todo rencor, de lo contrario se apagará la luz que os ilumina.

—Perdonad; al fijarme en esos colores que tanto aborrezco...

—¡Cese vuestro ódio; si continuais!..

—Lo comprendo. Por todas partes hay hugonotes armados... Padre mio, son enemigos de nuestra santa religion.

—Compadecedlos y proseguid observando.

—Oficiales, jefes y hasta un general de los que defienden al *Pretendiente*. Tambien reconozco al último; no le maté en Dreux porque confió su salvacion á la velocidad de su caballo.

—¡Hijo, que se oscurece mi antorcha!

—Unid mi pecho al vuestro más de lo que está; seguid estrechándome. Vuelve la claridad. Largos pasillos, una escalera estrecha y tortuosa...

—Subid.

—¡Cuán larga es! Al terminar hay dos soldados.

—Entrad.

—No puedo; es de hierro la puerta, y tan grande su espesor...

—Yo os la abriré.

—¡Mauro, Rogelio, hermanos mios!

—No os movais.

—Hablan los dos; sonrien, y no les sujetan cadena ni ligadura; mas es imposible la evasion.

—Observad bien.

—¡No puedo, no puedo! ¡Sus miradas atraen la mia; cautivan mi sér! ¡Qué desdeñosos y altaneros están!

—Separad la vista, así.

—¿Qué habeis hecho? Sólo distingo sus sombras; pero se vienen en pos de mí. ¿Y los soldados? ¡Los van á matar! No; todos duermen. Ahora nos impele un poder mágico. ¡Corramos, corramos! ¿Me seguís? ¡Ya lo creo! ¡Qué chasco van á llevar vuestros opresores! ¡Qué veo! Todos, desde el general hasta el último peon, tendidos en tierra. ¡Qué me extraña,

si he sido yo el que los ha narcotizado! Pero, ¿con qué? Ah, sí; con unas antorchas preparadas por el mágico... No; la mágia es mentira. Al hombre que hizo eso se le llama químico y es un sábio, que gastó los años de su vida ojeando libros y haciendo experimentos. Se mueve un oficial. ¡Volemos, Mauro y Rogelio! No me toqueis; continuad en pos. Ya estamos al aire libre. Ahora que vengan todos los ejércitos de Enrique *el Navarro*, de ese partidario del fementido Lutero. ¡Hereje, pronto sabrás quiénes somos los seis reunidos! ¡Qué asombro tan agradable, qué sorpresa tan grata van á recibir Julio, Odon y Roberto! ¡Volemos, hermanos mios! ¡Viva España! ¡Viva la religion catolica! ¡Abajo la secta infame del renegado Lutero! La suerte nos ofrece una magnífica cacería; asistamos á ella. Mirad al *Pretendiente*, su caballo se desboca. ¡Entra en el bosque! ¡Ya es nuestro! ¡Santiago y Castilla! ¡Ay de vos, rey sacrílego, si osais moveros! ¡Já, já, já! ¡Ved, hermanos mios, ved á Julio, Odon y Roberto qué tarde llegan, qué tarde, qué tarde!

El duque del Imperio cayó al suelo sin sentido y como aletargado; el religioso que lo estrechaba le miró con placer, y desapareció como ráfaga eléctrica.

Lo acontecido en esta escena era la inspiracion materializada. Veamos si se realiza.

CAPITULO III.

La fe vence imposibles.—Alegría mal disimulada del duque del Imperio.—Breve reseña de lo que acontece en Francia.

Dejamos á Flaviano de Osorio tendido en tierra en un estrecho sendero que atravesaba la vega de Nápoles; su capa de grana y ricas vestiduras nadaban sobre el polvo, y el héroe á quien tres millones de almas aplaudian con loco entusiasmo, yacia en el suelo falto de sentido y sin amparo alguno. Bañaba su frente un sudor copioso, respiraba con dificultad, y aún permanecia víctima de terrible letargo, cuando se estremeció todo su sér, exhaló un ay lastimero, abriendo los ojos, velados hasta entónces por un paño que le ocultaba los objetos que tenía en torno.

—¿Dónde estoy?—exclamó volviendo á la vida.—¿Qué ha sido de mí?

Y se pasó várias veces la mano por el rostro, continuando:

—Rodé por la tierra, y no me explico... ¡Ah! ¡sí; el religioso, sus frases y aliento!.. ¡Todo lo recuerdo! ¡Salvé á mis hermanos!.. No; los salvaré; estoy seguro; mi caida y letargo no fueron sueño, ni la presencia del santo una vana ilusion. ¡Gra-

cias, Dios mio! ¡Padre Alberto, tu espíritu voló al cielo, pero tu bondad quedó cobijando á los seis hijos que tanto protegiste en vida! Por primera vez tendré que combatir una idea de Julio, y haré lo contrario de lo que él disponga; mas cuando contemple el resultado me dará las gracias, si se lo permite el asombro que se apoderará de él. Ahora á Nápoles; Odon y Roberto me esperan con los brazos abiertos; ocultaré á todos lo que concluye de sucederme, y con sentimiento dejaré que sola mi alma goce con la halagüeña esperanza, con la realidad que le ofrece el porvenir. Mi sueño es un misterio que á nádie puede contarse; se abrió el arcano, y me permitieron asomar la cabeza; pero el que logra tan señalada merced se hace digno de ella sellando sus labios, sin que en esta regla quepa excepcion alguna.

Osorio, sin ser fanático ni supersticioso, creyó firmemente en la certeza de su letargo, y era tan grande su fe, que iba decidido á subordinar todos sus pasos y acciones á la idea de salvar á Mauro y Rogelio en la forma descrita anteriormente.

Hechas sus últimas reflexiones, realizada su invariable decision, cubrió su cabeza con la gorra que tenía léjos de sí, y limpiando la capa y vestiduras, se echó el embozo, caminando aceleradamente en direccion de Nápoles. Le aguardaban efectivamente con gran ansiedad Odon y Roberto Navarro, y cerca de éstos el príncipe de Italia, el general Roch y Alvaro Zalla. El duque se presentó á ellos demostrando una alegría que en vano trataba de ocultar; al ver tristes y pesarosos á los tres *invencibles*, inclinaba él la cabeza, queriendo imitarles; pero bien pronto brillaba en su mente la idea de salvar á los prisioneros, y sonreia á su pesar, apareciendo en sus ojos una satisfaccion que Julio miraba con asombro, y con disgusto el duque de los Andes y conde de Santomera.

Antes de pasar adelante es indispensable que digamos á nuestros lectores cuál era el estado de Francia en los momentos que pasa nuestra historia, para que puedan comprender mejor los acontecimientos que van á provocar nuestros cuatro *invenci-*

bles, las dificultades con que tienen que luchar, y hasta los medios y recursos de que disponen en el país enemigo, donde penetrarán en breve. Seremos concisos, pues juzgamos á nuestros lectores enterados de la historia de Francia.

Sabido es que Enrique III, rey de Francia, fué asesinado en su propio palacio por un religioso que fingió ser portador de vários documentos, y al cogerlos el monarca é intentar leerlos, le hundió aquél en el vientre un enorme cuchillo. Enrique, que no era cobarde, se arrancó el arma homicida, é hirió con ella en el rostro á su asesino, sobre el cual cayeron además las espadas de cuantos rodeaban á S. M. El regicida quedó muerto en el acto, pagando así su nefando delito; pero el rey, á quien se creyó salvar en un principio, espiró tambien á las veinticuatro horas, poco más ó ménos, de haber recibido la puñalada, dejando el derecho á reinar, estados y bienes á su hermano político Enrique de Navarra.

Se hallaba la Francia á la sazon dividida en dos bandos, formados el uno de cuantos profesaban la religion católica, y el otro, llamado el de los *hugonotes*, se componia de todos los partidarios que hizo en la patria de San Luis el renegado Lutero, conocidos entre nosotros con el nombre de protestantes. Há mucho tiempo que venía destruyendo la sociedad francesa la guerra moral y material que se hacían en todas partes y á todas horas hugonotes y católicos. Se dieron batallas, sucumbiendo en ellas miles de hombres; se realizaron asesinatos, cuyo número de víctimas espanta, y demostraron, en fin, por centésima vez, que el fanatismo religioso es el peor de los fanatismos. Hasta la muerte de Enrique III todos los reyes de Francia se habian declarado jefes del partido católico, y áun cuando no faltaron príncipes y generales de prestigio, como lo fueron Condé, Enrique de Navarra y otros, que se pusieran al frente del bando contrario, el prestigio y poder del trono inclinaron cási siempre la balanza en favor de los primeros, ayudados además por el mayor número de que se componian los católicos.

Pero al pisar las gradas del trono Enrique IV la cuestion cambiaba de aspecto, toda vez que era protestante, jefe del partido de los *hugonotes*, y el poder é influencia del trono se declaraban ahora en contra del partido católico, nivelando de este modo las fuerzas de los ejércitos beligerantes, y haciendo, en consecuencia, más sangrienta y terrible la pelea.

Interin el ejército y todo el bando *hugonote* proclamaban rey de Francia á Enrique de Navarra y aplaudian con entusiasmo su elevacion al trono, los católicos daban la corona al cardenal de Borbon, á quien eligieron monarca y jefe, resultando de aquí que media Francia obedecia al Navarro y la otra al cardenal. Y no fué esto sólo: los *hugonotes* se coaligaron con los protestantes de Alemania, y los del partido contrario con los católicos de España y otras potencias de Europa. Desde este instante se llamó á los primeros el partido del *Pretendiente* y á los segundos el de la *Liga*. Aquellos eran mandados por Enrique IV y el príncipe de Condé, y éstos por el duque de Mayena y el de Guisa. El sucesor de Enrique III buscó á sus contrarios, ganándoles entre otras las batallas de Arques y de Ibrí, en las que Guisa y Mayena perdieron mucha gente y parte de su prestigio como generales; pero léjos de acobardar esto ó los católicos, aumentaron considerablemente las filas de sus ejércitos, y, fiados en el mayor número y en los refuerzos que esperaban de España, Italia y otros países, perdian un combate y se disponian á dar otro, con ánimo resuelto de no desistir de su empresa hasta colocar en el trono de San Luis un monarca católico.

Tal era el estado de Francia en los momentos en que el príncipe de Italia se presentó en Nápoles y meditaba su entrada en Francia, donde le llamaba la *Liga*, visto su renombre europeo y las derrotas sufridas por sus dos jefes Mayena y Guisa. Silva hubiera renunciado de buena gana á mandar á los franceses y mezclarse en asuntos contrarios á sus convicciones; pero la prision de sus dos hermanos le obligaba á salir de su retraimiento, si bien se proponia la realizacion

de un pensamiento enteramente contrario al deseo de los *ligados*, á cuyo fin ocultaba cuidadosamente el secreto, pensando sorprender á los dos bandos en el momento que le fuera posible llevarlo á cabo. Conocia de antiguo á los *hugonotes* y á los católicos, y sabía que eran muy malos los primeros y terribles los segundos, como lo atestiguaban la noche de San Bartolomé y otros asesinatos dispuestos por los últimos. En su rectitud de ideas habria combatido con gusto contra los dos partidos, léjos de apoyar á ninguno de ellos; pero en la imposibilidad de hacerlo buscó un término medio, difícil, mas no irrealizable para su genio, destreza, valor y energía. Creemos que basta lo expuesto para que nuestros lectores puedan entrar de lleno en los acontecimientos que siguen, sin necesidad de más datos ni antecedentes. Lo que les falte se lo iremos diciendo poco á poco.

Penetremos ahora con Flaviano de Osorio en la estancia donde le esperan Odon y Roberto para abrazarle, Julio para hablar con él, y Roch y Zalla para vislumbrar algo del porvenir que ya preven.

A la puerta de la habitacion donde se encontraban halló el duque á su criado.

—¿Qué acontece, Ros?—le preguntó.

—Poco más de lo que ya debeis saber.

—¿Qué es eso que yo sé y el poco más que añades?

—La llegada de vuestros tres hermanos y prision de los señores conde de Monterubio y marqués de Abella...

—¿Quién te ha dicho lo último?

—Señor, nosotros, á imitacion de nuestros amos, no tenemos secretos; y el criado del príncipe, que es tan buen servidor como yo...

—Muy débil ha sido.

—¿Dudais de nuestra lealtad?

—Tienes razon. ¿Y eso otro qué es?

—Ha entrado un correo de Francia con vários pliegos para Don Julio; éste los ha contestado en el acto, y aquél acaba de

partir, sin otro tiempo que el indispensable para alimentarse y cambiar de caballo.

—¿Dió el nombre de mi hermano?

—No, señor; el príncipe le aguardaba, y se reconocieron por una contraseña.

—¿Quién le encaminó aquí?

—Traia órden de buscar en el palacio del señor duque del Imperio al sujeto á quien debia entregar los pliegos.

—¿Dónde están mis hermanos?

—En esa estancia.

—Abre, y aguárdame cerca de aquí.

El duque le dió su capa, y un minuto después formaban un solo grupo Odon, Roberto y Flaviano.

—¡Hermano!

Dijeron los tres, se abrazaron, mirándose primero con amoroso interés y más tarde con el sentimiento que les inspiraba el cautiverio de Mauro y Rogelio.

Cuando hubieron cruzado algunas frases relativas á sus esposas y á los triunfos conseguidos por el duque del Imperio, se sentaron junto al príncipe, á Zalla y á Roch, exclamando Julio:

—En esta ocasion, señores, vuelve á unirnos la desgracia; resignémonos con lo que el destino nos impone, sin perjuicio de intentar combatir á aquella por todos los medios que están á nuestro alcance.

—Antes de seguir adelante,—le interrumpió Odon Navarro,—justo es, hermano, que nos permitas á Roberto y á mí felicitar á Flaviano, no sólo por el valor, destreza y energía que acaba de demostrar, sino tambien por su clemencia, generosidad y portentosa conducta; pues segun el relato de Roch, todos sus actos, acciones y pensamientos en Nápoles merecen nuestra admiracion.

—Lo mismo que hice yo,—contestó el duque,—hubiérais practicado vosotros, hermanos; que entre los seis sólo hay un genio privilegiado, y éste es el del príncipe de Italia.

—Esa modestia,—añadió Silva,—te honra, Flaviano; pero como algo te queda aún de aquella vanidad que un tiempo aparecia en tu rostro, por eso sin duda brilla ahora un átomo de alegría, el cual atraviesa el dolor que causa en tí la prision de nuestros hermanos, para decir á Odon y Roberto como César: *llegué, vi, vencí.*

—Mal me juzgas esta noche, príncipe; desde el momento que logré cuanto me propuse en Nápoles, y vi dominada la única cabeza que osó resistirse á lo que yo queria, desde aquel instante, repito, que fué el mismo en que tuve la dicha de estrecharte, no he vuelto á recordar la revolucion ni nada que tenga relacion con ella. Fija la idea en mis dos pobres hermanos prisioneros en Francia y en vosotros, que me esperábais aquí, no era dable que á mi pobre cerebro llegara otro pensamiento que el de salvar á los unos y el de correr junto á los otros. Es cierto que hirió mi sér una ráfaga de alegría, la misma que distinguió tu profunda mirada, Julio; mas no era hija de la vanidad ni de ninguna otra pasion mezquina; la causa se elevaba más.

—¿Has hecho algun descubrimiento sobre Rogelio y Mauro?—le preguntó el príncipe con viveza.—Habla, hermano.

—Sí.

—¿Y es grato?

—Ya lo ves.

—Todo lo creo en tí; sepamos qué nuevo prodigio vamos á admirar en el duque del Imperio.

—Después de hecho; ántes es imposible.

—¿Luego en el tiempo que has permanecido separado de mí te has ocupado de ellos?

—Hasta que los vea en libertad serán mi único pensamiento, el objeto á que se dirijan mis pasos y acciones.

—Dime algo más, Flaviano; yo te lo ruego.

—No, Julio; es pronto.

—¿Te lo impide algun juramento?

—Acaso.

—¿Por qué me has hablado entónces de eso?

—Tú me obligaste; creias vanidad lo que era otra cosa, y siendo tan buen hermano como tú, claro es que debí defenderme.

—¿Tienes plan?

—Sí.

—¿Se opondrá á la realizacion del mio?

—Interin no sepa cuál es, nada puedo contestarte.

—Oidme.

El príncipe inclinó la cabeza por un momento, y alzándola luégo, dijo á los cinco que le rodeaban:

—Todos sabeis el orígen de la guerra que há tiempo estalló entre los *hugonotes* y católicos de Francia; bien comprendeis, además, lo que podia perjudicar á España el triunfo de los primeros, y éste era seguro, teniendo en cuenta que el ejército obedecia á Enrique de Navarra. Por esas razones acordó mi primo Felipe, que nuestras huestes de Flandes atravesasen la frontera, y unidos el gran duque de Parma, Rogelio y Mauro, formasen parte de la *Liga*, y ayudasen á Mayena á combatir al *Pretendiente*, sentando en el trono de San Luis al cardenal de Borbon. El plan no estaba mal combinado, y es indudable que las espadas de nuestros dos hermanos, puestas en la balanza, la habrian inclinado en favor de los católicos; pero Dios no quiso que sucediera así, y comenzaron á llover desgracias sobre el suelo francés y el partido que nosotros defendiamos. Cuando llegó á los Países-Bajos la órden de que saliera el duque de Parma al encuentro de nuestros dos hermanos, acababa de espirar aquél, y con su muerte, claro es que los protestantes flamencos debian alzar la cabeza é imposibilitar á España para que sacase un solo soldado de aquellos Estados. Léjos de eso, fueron los partidarios de Lutero los que entraron en Francia y acrecieron las filas de nuestro enemigo Enrique de Navarra. Mauro y Rogelio se unieron á Mayena y Guisa, y áun cuando les avisé lo difícil de mandarles soldados españoles por las causas expuestas, no

por eso desistieron de su empresa, comenzando acto contínuo á infundir valor en el decaido ánimo del soldado francés. Hallaron el partido católico minado por el miedo; contaba tantas derrotas como batallas dadas al enemigo; no les inspiraban los jefes confianza alguna, y todo era desórden y anarquía entre ellos. Mas el conde de Monterubio y el marqués de Abella les hablaron; eran conocidos de cuantos les escuchaban, y sus nombres y frases corrieron de boca en boca, infundiendo valor y ardimiento hasta en los más tímidos. Ellos por su parte aprovecharon tan feliz recibimiento para empezar con la energía y talento que les distingue á organizar á aquellas dispersas huestes é introducir el órden y concierto, presagio seguro de la victoria. Y la hubieran alcanzado; Enrique de Navarra y el príncipe de Condé, sin negarles yo ninguna de las buenas cualidades que tanto les han hecho sobresalir en asuntos de guerra, sucumbirian ante el genio de Mauro y la intrepidez y arrojo de Mendoza. Pero al entusiasmo del soldado católico siguió la envidia de Mayena, Guisa y restantes jefes, sacrificando en aras de tan mezquina pasion la suerte de su patria, el porvenir de su partido. Una noche sacaron el ejército de un pueblo pequeño en que descansaba de las fatigas del dia, verificándolo con tal silencio y prontitud, que no pudieron notarlo el conde de Monterubio y el marqués de Abella. Nuestros dos hermanos dormian, en tanto que los católicos se retiraban sin excepcion á paso de carga, siendo algo después reemplazados por las tropas que mandaban Enrique de Navarra y Condé. De los católicos sólo habian quedado en el citado pueblo Mauro, Rogelio y sus dos criados, los cuales, al despertar, se hallaban ya indefensos y en medio de cuarenta mil *hugonotes*.

—¡Infame traicion!—exclamaron el duque del Imperio, Roch y Zalla; el primero añadió:—¡Mayena y los restantes jefes que le acompañan merecian la muerte! ¡Sólo de ese modo podian hacer prisioneros de guerra á mis pobres hermanos Nuñez de Lara y Mendoza!

—Fué ciertamente una horrible traicion que inspiró la en-

vidia á los generales católicos; pero, Dios mediante, la pagarán con creces. Enrique IV, Condé y los principales caudillos que les seguian, trataron al conde de Monterubio y al marqués de Abella con todas las consideraciones que ellos merecian; sólo oyeron nuestros hermanos de sus enemigos elogios y aplausos tan justos como admirablemente tributados. Más tarde se encerró con ellos Enrique; les demostró que el haber caido en poder suyo era efecto de una traicion de Mayena y Guisa, invitándoles á que la vengasen puestos al frente de su ejército. «Rey de Francia por derecho propio,—les dijo,—derecho fundado en la voluntad de mi antecesor Enrique III, y en lo que previenen las leyes de mi país, me retiraré á la capital, si vosotros cargais mañana sobre mis enemigos, seguros de que al destruir vuestras espadas sus locas pretensiones, os elevaré á los dos puestos más altos de Francia, ó regresareis á España, de cuya potencia seré miéntras viva un aliado, amigo y leal.» Mauro y Rogelio le dieron las gracias por sus ofrecimientos y la galantería y consideraciones que usaban con ellos, terminando su réplica con las siguientes frases: «Nuestro rey y nuestro hermano el príncipe de Italia nos han mandado aquí contra los *hugonotes*, y preferimos las cadenas y oscuros calabozos de la peor cárcel de Francia y áun la muerte á hacer nada contrario. Si nos conoceis, comprended lo inútil de insistir sobre un asunto, cuya terminante decision acabais de oir.» «En ese caso,— añadió Enrique,—continuareis como prisioneros de guerra por tiempo indeterminado.» Nuestros hermanos se encogieron de hombros, siendo en el acto trasladados á una fortaleza inexpugnable, situada á diez leguas del pueblo en que se hallaban. Allí prosiguen, sin que un sólo católico francés se haya vuelto á acordar de ellos y sin que se le ocurriera á Enrique ni á ningun jefe *hugonote* interceder en su favor y mandarlos á España ó Flandes, vista la injusticia de su prision. Los retiene en su encierro la envidia de los que se llamaban sus amigos y el miedo de los contrarios. Creo que sus vidas no peligran, pero mi confianza no es absoluta, teniendo en

cuenta que están en poder de franceses, y que éstos ódian con toda su alma á los españoles.

—¿Y cuál es tu plan, hermano?—preguntó el duque del Imperio al príncipe.—¿Qué luminosa idea llegó á tu privilegiado ingenio, salvadora de conflicto tan grave?

—Creo, Flaviano, que Dios me la ha inspirado.

—Habla, por Dios.

—Oid: ni los jefes católicos de Francia son verdaderos católicos, ni los *hugonotes* presentan otra cosa que una ambicion y aparente fanatismo en el que no creo. Satisfecha la primera pasion, es fácil arreglar ese asunto de un modo en que quedarán lo mismo los últimos, y perderán mucho los primeros.

—Sepamos.

—Mi pensamiento se reduce á que Enrique de Navarra abjure de sus ideas religiosas, se haga católico, y ocupe el trono de Francia, el cual le corresponde sin duda alguna por derecho propio.

—Idea magnífica, pero muy difícil si no imposible de realizar.

—Todo es fácil cuando la Providencia lo quiere. El navarro no puede olvidar las frases que le dijo su antecesor cuando, herido de muerte, se hallaba en la agonía: «Hermano,—exclamó,—no serás rey de Francia ínterin no te hagas católico.» Y tenía razon; pues áun cuando hoy se conceptúe más fuerte en aquel país el bando *hugonote*, no hay posibilidad de consolidar con él un poder estable, fuerte y seguro.

—¿Crees tú que le perdonará el Padre Santo?

—A eso voy á Roma; á las razones que yo dé á Enrique sólo puede oponerme la dificultad de que Su Santidad no se avenga á levantarle la excomunion y á abrirle los brazos. Por eso le llevaré arreglado ese asunto.

—¿Accederá el Pontífice?

—Creo que, inspirado por el Eterno, ni áun vacilará.

—¿Y cómo piensas penetrar en Francia, llegar á Enrique,

y hacerle la proposicion? Si te cogen los *hugonotes,* positivamente te mandan con Mauro y Rogelio; y si los de la *liga*, te entregarán al enemigo, andando el tiempo, como hicieron con nuestros hermanos.

—No temo á los primeros, siendo así que de encontrarme con ellos me llevarian á la presencia de Enrique, y con eso me bastaba; los segundos, después de presos Rogelio y Mendoza, han reconocido su torpeza, y me han llamado con insistencia, no sólo directamente, si que tambien por conducto de Su Santidad, de mi primo Felipe, y del emperador de Alemania. Por separado recibí invitaciones y súplicas de cási todos los grandes de Francia que profesan la religion católica; pero unidos los cuatro y acompañados únicamente de Zalla, Roch y nuestros sirvientes, llegaremos, muy bien disfrazados, al punto donde se halla el de Navarra, procurando sorprenderlo como él lo hizo con nuestros hermanos. Presos Rogelio y Mendoza cayeron los *hugonotes* sobre los católicos, los derrotaron por quinta vez, y miéntras estos últimos se rehacen descansa Enrique de las fatigas de la guerra, entregándose, segun las noticias que concluyo de leer, á la caza y los placeres. En una de sus excursiones al bosque le saldremos al encuentro, y ya en nuestro poder, se le arrancará un decreto por el cual deje en libertad en el acto á sus dos prisioneros. Verificado esto, trataré de convencerle para que abjure; si lo logro, habremos prestado un servicio importante á la humanidad; de lo contrario, nos volveremos á España, dejando á unos y otros entregados á guerra civil, que acabará por dar fin de todos.

Flaviano de Osorio oyó las últimas frases de Julio con alegría que sorprendió á Silva y molestó á los restantes; la cacería y el acto de coger prisionero á Enrique eran los dos acontecimientos capitales de su adivinacion; viendo, en consecuencia confirmado lo que creia firmemente. Así es que, notando el mal efecto que causaba en aquellos su natural sonrisa, soltó una carcajada, exclamando después:

—¡La caza: una sorpresa á que llegareis tarde! Bravo, her-

mano Julio; tu plan está muy de acuerdo con el mio, y me crispa de alegría la pariedad de nuestras ideas. Contemplo ya fuera de su prision al gigante Mendoza y al incomparable Mauro.

—¿En qué te fundas, Flaviano?

—Ya lo verás, Julio. Contesta á una pregunta: ¿Conoces el castillo donde encierran á nuestros hermanos?

—No lo visité, pero es el famoso de Ibrí, tan renombrado en Europa.

—¿Oiste su descripcion detallada?

—Pardiez, á tu mismo padre, al mio y á muchos otros.

—Que me place; yo sé que existe, pero no me contaron nada relativo á su forma. Por eso me he visto obligado á forjar en mi imaginacion una fortaleza como creo que debe ser, y en verdad que anhelo oirte si me he equivocado en todo ó en parte. ¿Quieres escuchar mi relato y decirme si he adivinado, ó fué un delirio de mi mente?

—Bueno, mas creo inútil...

—Todo lo contrario, hermano.

—Esta noche, Osorio, estás incomprensible.

—Tú apareces cási siempre, y como dicen que me he igualado á tí, puede que tengan razon, y hasta en eso nos parezcamos.

—Tambien cuentan que adivino, y de ser cierto, acaso sorprenda tu secreto...

—Ojalá, que así lo sabrias sin haber faltado yo á mi deber, en lo cual tendria una gran satisfaccion.

—Entónces hablemos del castillo de Ibrí. ¿Cómo lo ves?

—Ocupará próximamente doscientos mil piés cuadrados; tiene tres órdenes de muros, una sola puerta de hierro, muchos baluartes, y en el centro se eleva una torre, que sirve hoy de prision á Rogelio y Mauro. Más detalles: cuenta con muchos cañones, pasarán de treinta; lo defienden cuatro mil hombres, y está situado á un extremo del pueblo que lleva su nombre. ¿Me he equivocado?

—No; cuanto acabas de decir es exacto.

—¿Todo, todo?

—Absolutamente, y en verdad que la adivinacion no llega á tanto. ¿Quién te hizo ese relato?

—Nádie; lo he visto yo.

—¿Qué dices, Flaviano?

—La verdad.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿Por Dios Santo?

—Por Dios Santo, al que amo sobre todo lo que existe, al que debemos mucho más de lo que nos es posible agradecerle.

Silva miró á Osorio con más sorpresa que nunca; luégo inclinó la cabeza, meditando un minuto. Después la alzó, y cogiéndole una mano con cariño paternal, le preguntó:

—¿Con quién has hablado esta noche después de nuestra entrevista en la inquisicion?

—Con los cinco jueces que componen el tribunal del *Santo Oficio,* con un alférez que abrió la puerta del palacio Vignati, con el capitan Augusto Vitali, y con su futura Angelina.

—¿Qué te dijeron esos ocho personajes sobre el castillo de Ibrí?

—Nada.

—Entónces debes haber tenido un encuentro que no esperabas.

—Acaso.

—¿Quién era?

—Debo callarlo.

—¿Se parecia á mi padre?

—Mucho; no hallé en la tierra sér más idéntico.

—¿Soñaste?

—Fué un letargo producido no sé por qué.

—¿Buscado por tí?

—No; me lo proporcionó el destino.

—¿Crees en él?

—Con toda la fe de mi alma.

—Tú no eres supersticioso ni fanático.

—Como tú.

—Mi padre te amaba cási tanto como á mí.

—Y yo á él más que tú, si cabe.

—¡Más que yo! Te perdono la exageracion por el bien que me causas oyéndola. ¿Perdiste el conocimiento?

—Eso parece, mas yo creo lo contrario.

—¿Qué opinas tú?

—Que dormido vi lo que no podia despierto.

—Ya sé lo mismo que tú, Flaviano.

—Me alegro, Julio, y de ser cierto, se evitará entre los dos una cuestion grave, la primera acaso que hubiéramos tenido en la vida.

—Dicen todos, mi querido hermano,—exclamó el príncipe con intencion,—que en Nápoles te sobrepusiste á mí.

—Y yo añado que sólo te imité.

—Me conviene creer lo primero.

—Me aventajas en modestia, pero estás en tu derecho juzgando como gustes.

—Doy por hecho que no se han equivocado Zalla, Roch, ni ese inmenso pueblo que te aplaude con loco entusiasmo.

—¿Y qué consecuencia deduces?

—Una muy lógica.

—Sepámosla.

—Oye: no traigo poderes de S. M. para sobreponerme á tí, ni en Nápoles valgo yo lo que tú; en cuyo caso me hallo completamente á tus órdenes. ¿Qué debo hacer, hermano?

—¡Cuánto sabes, Julio! Si yo puedo adivinar por inspiracion ajena, tú lo haces por la tuya propia.

—Eso no es del caso; contesta á mi pregunta.

—Ve á Odon, Roberto, Zalla y Roch con qué asombro nos miran; estoy seguro que no comprenden nada de cuanto hablamos.

—Cierto,—dijo el conde de Santomera.—Si no os explicais de otro modo, estamos aquí demás.

—No importa,—añadió el príncipe.—¿Qué debo hacer, señor virey de Nápoles?

—Descansa, y seguido luégo de tu criado, vé ganando horas á Roma, procurando realizar tu plan con entera independencia del mio.

—¿Y tú, cuándo sales de Nápoles?

—Marcharemos juntos en direccion de Francia; al poco tiempo nos separará el destino, y al volvernos á reunir, todo habrá concluido. ¿Dudas?

—No, hermano; jamás me faltó la fe que parece fijada en mi alma por aquel santo que tanto te amó.

—Que aún me quiere, distingue y considera.

—Verdad es.

—Convenidos ya, hablemos de otra cosa. Noto con placer que te encontré llorando y te dejo sonriendo.

—Sí; mi corazon late como el tuyo, y sólo hallo contrario á mi deseo el que Odon, Roberto, Roch y Zalla no puedan participar de nuestra alegría.

—Que tengan paciencia.

—Ocupémonos de los asuntos de este país. ¿Qué hiciste con el virey?

—Me concreté única y exclusivamente á mandarle la órden de S. M., en la cual le anunciaba mi llegada, y se le imponia el secreto, ordenándole que miéntras yo permaneciese aquí gobernara á Sicilia, sin mezclarse en nada que tuviera relacion con Nápoles.

—¿Obedeció?

—Ciegamente.

—¿Qué intentas ahora?

—Dejarlo como lo encontré; la tranquilidad está asegurada, muerta la revolucion, acaso para siempre, sin que tenga queja alguna de los servidores con que cuenta España en este país.

—¿No hallaste dormidas é ignorantes de todo á las autoridades?

—Sí; pero no ocurrirá de nuevo, ni debe extrañarte su ante-

rior conducta, vista la habilidad, destreza y recato de nuestros enemigos.

—¿Cuántos murieron en la calle de Toledo?

—Muy pocos; la mayor parte de los jefes principales y un ciento de temerarios; procuré presentarme á tiempo en los parajes donde era indispensable mi presencia, y de ese modo conseguí el objeto deseado.

—El reloj que tengo en frente marca las tres, y quisiera partir á las seis. ¿Qué escribes, Flaviano?

—Un salvo-conducto que impedirá el que te reconozcan, proporcionándote á la vez caballo y cuanto necesites. Toma.

—Lo cojo con gusto, que tu firma vale hoy en Nápoles más que la de Felipe II.

—Mucho debo á la bondad de mis paisanos.

—Y á la de mi padre.

—Mi cariño recompensa su generosidad.

—Y tus acciones te hacen digno de la una y de la otra.

—Te acompañaré hasta tu lecho. Vosotros, descansad tambien.

Dijo á Odon, Roberto, Roch y Zalla; abrazó á los primeros, y cogido al brazo de Silva, lo llevó á su alcoba, añadiendo:

—Duerme, hermano, en mi lecho, que á mí no me será dado hacerlo hasta mañana.

—¿Por qué?

—El elevado cargo que tuviste á bien conferirme no carece de espinas, y en verdad que son muchas las noches que paso en blanco en este delicioso país.

—De antiguo se sabe que para mandar bien es preciso sacrificarse.

—Todos dicen eso, pero son muy pocos los que lo realizan.

—Hé ahí la razon de que haya un solo gobernador por cada cien que nombran los reyes.

—Adios, Julio.

—¿Te vas sin estrecharme?

—Lo haré ántes de que partas.

El príncipe se acostó, encargando á su criado que lo despertase á las seis ménos cuarto.

Flaviano buscó á su sirviente, al cual dijo:

—Dame la capa y el sombrero.

—Volveos, señor. Ya están. ¿Os sigo?

—No; descansa dos horas y media, y cuida que tenga el príncipe dispuestos á las seis en punto mis dos mejores caballos.

Y muy embozado, salió de su palacio, dirigiéndose al tribunal de la inquisicion.

CAPITULO IV.

Osorio busca la ampliacion de su sueño.—Su fe le anima y salva.—Preliminares de un viaje proximo.—Despedida.—Historia de los dos Navarros.

Eran las tres y media cuando Flaviano acabó de atravesar Nápoles, sin hallar á su paso sér humano ni estorbo alguno que osara interrumpir su marcha. Cansados los nobles y el pueblo de aplaudir y estar en pié todo el dia y la mayor parte de la noche, se habian ido poco á poco retirando, hasta dejar completamente solitarias las plazas y calles de la poética ciudad.

La luna brillaba en toda su redondez, y el silencio era profundo y continuado, cuando el duque del Imperio descargó dos aldabonazos en la puerta de la inquisicion.

En el mismo instante se abrió el ventanillo, asomando los largos bigotes de un soldado de la fe, que le preguntó:

—¿Quién osa interrumpir á estas horas el silencio del Santo Tribunal?

—El duque del Imperio.

—Perdonad, excelencia; os habia desconocido.

La entrada quedó expedita, no viendo Osorio á otro que al centinela con quien concluia de hablar.

—¿Estás solo?—le preguntó.

—No, señor; debe andar cerca el familiar de guardia.

—Se habrá dormido.

—Imposible.

Y el soldado oprimió un timbre, apareciendo instantes después el sujeto á quien concluia de citar. Osorio se adelantó, preguntándole:

—¿Me conoceis?

—Sí, señor, y estoy á las órdenes de V. E.

—¿Se retiraron los inquisidores?

—Todos.

—¿Quiénes habeis quedado?

—El prior de capuchinos, el conde Vignati y vários dependientes.

—¿Qué hacen los primeros?

—El uno confiesa al otro.

—¿Salió el fraile esta noche después que yo?

—Sí, señor; pero no tardó en volver; desde ese instante se encerró con Vignati, y aún continúa desempeñando el acto de que he citado ántes.

—Quiero hablar con el prior, pero sin interrumpir la sagrada mision que ahora desempeña. Poned un sillon á la puerta de la estancia donde se halla, y dejadme allí, si no existe nada que se oponga á mi presencia.

—Al contrario, señor; tenemos órden del tribunal para obedeceros en todo cuanto mandeis.

—Pues abreviad.

Dos minutos más tarde se arrellanaba Osorio en un sillon de vaqueta, situado de modo que no pudiera salir el capuchino sin tropezar con él. Solo y embozado, inclinó la cabeza sobre el respaldo de su asiento, exclamando:

—Quiero ver á ese santo varon ántes de dar paso alguno relativo á mi partida á Francia; tarde mucho ó poco, aquí le he de esperar. Oigo su voz y los sollozos del conde; para no escuchar lo que no debo, dormiré; falta me hace á fe mia; los

párpados pesan ya lo bastante para que pueda unirlos sin trabajo y prestar á mi materia un alimento de que carece há mucho tiempo. La cama no es muy cómoda, pero tampoco despreciable para el que está acostumbrado á las de los campamentos.

Y se quedó profundamente dormido.

Un cuarto de hora después se acercó de puntillas el familiar, quedando parado junto al duque.

—¡Duerme!—exclamó sorprendido.—No osa interrumpir á un pobre religioso, y aprovecha los instantes de espera para conceder á su cuerpo algun descanso. ¡Qué hombre tan admirable! Su valor asombra; la generosidad y nobleza demostradas por él cautivan y entusiasman; su genio encanta, y la fe cristiana de que está dando pruebas lo eleva cuanto es posible imaginar. Reposa, sublime señor; nádie aquí se atreveria á tocar ni áun la grana de tu manto. Yo velaré, para que ruido alguno pueda perturbar tu sueño.

Y desapareció, dejando á Osorio como lo habia encontrado. Dos horas descansó nuestro caudillo sin que ninguno intentara turbar el silencio de aquel lóbrego edificio. Al cabo de este tiempo se abrió la puerta de la estancia en que se encontraban Vignati y el prior, apareciendo el último recitando un salmo de David.

—¡Quién es!—exclamó el religioso, tropezando con el sillon donde estaba Osorio.—¡El duque del Imperio!—añadió.—Duerme, y me da lástima privarle de un sueño tan tranquilo; mas desea, por lo visto, hablar conmigo, y no debo marcharme sin oirle.

Y cogiéndole la diestra, prosiguió:

—Señor, ¿por qué abandonais vuestro lecho?

Flaviano abrió los ojos, y se puso en pié, separando el sillon. Con el sombrero en la mano, preguntó al fraile:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¡Cuánto he dormido! pero aún me queda tiempo de sobra.

Dejadme ante todo que estampe un ósculo en la diestra rugosa y venerable del santo.

—Soltad.

—No, padre mio; vuestro calor rejuvenece mi sér, y parece purificar mi alma. ¿Y Vignati?

—Ya es nuestro; concluyo de confesarle, y esta mañana recibirá al Señor.

—¡Tan pronto!

—Sí; nada se opone á ello, y en abreviar gozo lo indecible.

—La noticia me agrada sobremanera. ¿Qué hace ahora?

—Yo mismo le quité la cadena y grillos, ayudándole á subir á la cama, donde le he mandado descansar. ¿Oís? continúa llorando: no dudo ya que su alma pertenecerá al Dios de Misericordia.

—¿Puedo verle? Sin violencia...

—Ninguna; entrad; vuestra visita es conveniente.

—Pero no os marcheis vos; os cojo la mano, y no la soltaré hasta luégo.

Ambos se dirigieron á una pequeña estancia, separada de aquella en que estaban por puerta y tabique delgados, presentándose á sus ojos la figura de Vignati, el cual seguia pálido, lloraba, y con los brazos levantados parecia demandar clemencia á la efigie del Redentor que tenía no léjos de él. Al ver al duque, se incorporó, exclamando con viveza:

—Acercaos á mí; sois mi egida, y ese religioso la fuente que lava de mi sér la podredumbre. Duque, duque, os amo tanto como os odiaba; más aún. ¡Qué grande sois; qué ruin y miserable fuí! Perdonadme, señor; beso el paño de vuestra capa, y lo haria con gusto en la huella que marca vuestra planta.

—Muy bien, Vignati,—contestó Osorio;—vuestro arrepentimiento es sincero, y este triunfo me envanece más que todos los que arranqué á la suerte de las armas. Os traigo buenas noticias. En la próxima noche unirá el santo lazo á vuestros hijos Angelina y Vitali. Ambos os aman...

—Señor, permitidme que os interrumpa; no me halaga esa

noticia ni ninguna otra relativa á lo terrenal; murieron para mí los que llamais mis hijos; acabó el mundo, y sólo deseo escuchar la voz del cielo. Vos únicamente podeis hablarme en estos instantes supremos; pero os ruego que se contraigan vuestras ideas al castigo que merezco, á lo que debo hacer para salvarme. Desde el momento que escuché las frases de ese santo que está á vuestra derecha, sentí el malestar consiguiente, producido por la enfermedad que padece mi alma; vi lo cenagoso del lodazal donde me hallaba; contemplé las consecuencias de continuar como hasta hace muy poco, y retrocedí asustado. Anhelo penitencia; deseo la estrecha celda que he de regar dia y noche con llanto amargo; quiero tener constantemente delante esa preciosa imágen del que murió por mí, y es tan bueno, que no obstante el cúmulo de delitos que forman la cadena de mi vida, me castiga tendiéndome su mano y atrayéndome á sí con sublime caridad. ¡Gracias, Señor; gracias, Padre mio!

Vignati rompió á llorar, ahogando sus frases un torrente de lágrimas. Osorio y el prior cambiaron una mirada satisfactoria; cada uno le cogió una mano, é iban á fortalecer su contricion, cuando aquél se tranquilizó, volviendo á exclamar:

—A vosotros dos deberé mi felicidad eterna. Duque, lo que vos hicísteis por mí no se puede pagar en la tierra, no tiene precio; mas ya he rogado á Dios que os premie tanto bien, y no es posible que un Sér tan grande y generoso se niegue á demanda tan justa. El pueblo os juzga un héroe; yo os veo mucho más alto; las masas miran en vos al valiente, al hombre de talento; yo al predestinado, al justo.

—Ahora, Vignati, soy yo el que os ruego penseis en vos. Pobre mortal, tambien fuí pecador, y más de una vez caí á las plantas de esa Divina efigie demandando un perdon que se apresuró á concederme.

—Es que yo cási os doblo la edad, y no recurrí á su misericordia hasta hace muy poco.

—No importa; llegais á tiempo, y con eso basta.

—Creo que sí.

—Continuad, amigo mio, en el recto sendero en que acabais de entrar; me falta tiempo, y sólo vengo á preguntaros si deseais algo de mí.

—¡Amigo vuestro! ¡Qué frase tan dulce! ¿Por qué os vais tan pronto?

—Me llama á otra parte el deber y me echa de aquí el deseo de no distraeros.

—Verdad es. Nada necesito, á excepcion de la clemencia Divina, de la vuestra, que tambien bendigo. Estrechad mi mano; no me negueis esta gracia, noble señor.

—Me complace abrazaros. Así. Adios, Vignati; proseguid ganando vuestra alma sin cuidaros para nada de la materia.

—La Providencia os acompañe siempre, vele por vos, defienda vuestra preciosa vida. Padre prior, no tardeis, que la vida es corta, insegura, y pudiera sorprenderme la muerte.

—Orad, hijo, orad, y nada temais; á las once os reconciliaré, á las doce vendrá á visitaros el Señor, y morará con vos, honrándoos más de lo que merece un mísero mortal.

Osorio volvió á coger una mano del religioso, saliendo con él de las estancias destinadas á Vignati. Al llegar al centro de un pasillo largo y oscuro, le detuvo, preguntándole:

—Padre mio, ¿recordais haber hablado conmigo hace algunas horas en sitio despoblado?

—Sí.

—¿Me buscásteis?

—Vacila vuestra fe, duque.

—No; consiste en que es tan grande mi dicha, que no me conceptúo acreedor á ella.

—Dios da siempre lo suyo, y áun cuando lo reparte con justicia, se muestra pródigo con muchos de sus hijos.

—Un hombre que vale más que yo me hizo preguntas á que yo contesté como él merecia; luégo adivinó...

—El príncipe de Italia. Seguid imitándole, hijo mio, y no os sorprenda lo que pasó anoche entre ámbos; lo habia dispuesto así la Providencia. Noto que os ha admirado escuchar

de mis labios el nombre que acabo de citar, y acreció vuestra fe cuanto cabe en lo posible.

—Verdad es.

—Lo siento; era más conveniente que aumentara léjos de mí y debida á vuestro único deseo.

—¡Las seis!

—Partid; vuestro hermano, en cariño, os busca con la mirada.

—¿Llegaré á tiempo?

—Sí. Decidle que no se apresure tanto.

—¡Y yo culpaba su calma y sangre fria!

—El hijo del santo rara vez se equivoca.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Luégo.

—¿Y Busato, señor?

—Ese nos pertenece ya en cuerpo y alma.

—¡Qué buena eleccion hice!

—¿Fuísteis vos?

—No; me inspiraron la idea, y me envanece ser instrumento...

—El príncipe os llama.

Osorio cayó de rodillas, besó la diestra que oprimia, y desapareció de la inquisicion, volviendo á cruzar algunas calles de Nápoles en poco más de cinco minutos. Cuando llegó á su palacio se hallaba el príncipe de Italia reconociendo el potro que le acercaba el criado de Flaviano.

—Buenos dias, Julio,—le dijo acercándose.

—Hermano, creí marcharme sin verte.

—Mal pensado.

—Ya lo veo. ¿Qué hiciste?

—Dormí más de dos horas, hablé con Vignati y con el religioso encargado de dirigir su espíritu.

—¿En la inquisicion?

—Sí.

—¿Qué te dijeron?

—Lo suficiente para que pueda darte un consejo con sobrado fundamento.

—Habla, que lo oiré con gusto.

—Roma está cerca; el Padre Santo te recibirá en el momento que tú lo desees; juzgo que nada te negará, y opino que no corras mucho; la calma, príncipe, es, como tú dices, el presagio del triunfo.

—¿Es hipotético?

—No, seguro.

—¿Y tu prisa de anoche?

—Ha desaparecido ya.

—¿Luego tenía yo razon?

—Como siempre; sólo que ahora la tenemos los dos.

Silva miró á Osorio como pudiera hacerlo un tierno padre, y oprimiéndole contra su pecho, añadió:

—Adios, hermano; di al religioso con quien acabas de hablar que á mi regreso iré á besar la huella que él deje en el suelo. Odon y Roberto deben ignorarlo todo.

—No corras. ¿Lo oyes? A un castellano largo, duerme de noche y come de dia. Adios.

El príncipe salió, yendo en pos su criado; Osorio se volvió cuando lo hubo perdido de vista, diciendo á Ros:

—Que enganchen mi carroza al momento. Sube luégo, y me darás otro traje.

El duque supo que Odon, Roberto, Zalla y Roch dormian, y dió órden de que no entrasen en sus alcobas hasta que ellos llamasen; después se entregó á Ros, encargándole que le cambiara las vestiduras y lo aseara.

—¿No reposais hoy, señor?—le preguntó el sirviente, presentándole una jofaina de plata con agua.

—Ya lo hice. Abrevia.

—¿Iremos á Francia?

—Probablemente.

—¿Traje negro?

—Sí, de terciopelo.

—¿Banda?

—Tambien.

—¿Alguna otra insignia?

—No.

—Está fresca la madrugada.

—Trae un gaban de pieles.

—¿Cuándo tenemos boda?

—Esta noche.

—¿Asistiré á ella?

—No.

—Sois un tirano, amo mio; tanto como yo gocé oyendo los aplusos que os tributa la multitud, y qué mal pagais mi entusiasmo.

—En Madrid lo recompensaré uniéndote á una mujer casta, inocente, bella, y que te quiera tanto como yo por lo ménos.

—*¡Abrenuntio!* ¡Huye de él, Satanás; no lo tientes, y me elijas á mí por víctima!

—No es el diablo, Ros, sino el cielo el que me inspira.

—Mal me quieren entónces los ángeles y los santos. Os advierto que me han traido la ropa; pero debo al suizo unos maravedís, y mi honra y fama...

—Vitali los pagará.

—Tengo noticia de que hay en campaña otra morena más, de ojos negros, talle pequeño y timidez que encanta; pertenece á mi repertorio.

—¿Qué quieres decir?

—Que Angelina admitió una doncella llamada Orsola.

—La conozco. ¿Quién te enteró de eso?

—El criado que me trajo el baul.

—Es hermana de Busato.

—Pues si tiene tan buena sangre como el polizonte, renuncio á ella.

—Renuncia, sí; de lo contrario te sucederá lo mismo.

—¡Déspota!

—Bribon, estás abusando de mi paciencia.

—¡Ay! y vos de mi libertad; de mi albedrío.

—Si te pesa, te quedas en Nápoles.

—Prefiero seguiros, fiero señor; mas tengo curiosidad de saber si serías capaz de dejarme aquí sin condicion alguna.

—Claro es; como á Busato.

—¡Es decir, con cogulla y rosario! Muchas gracias; no tengo vocacion.

—Tampoco él, y ya me da las gracias.

—Era un criminal.

—Cierto; pero tú tambien cuentas con algunos pecadillos.

—No, señor; debilidades hijas de la naturaleza del barro, y nada más.

—Acaba.

—¿Cinto de pedrería?

—Sí.

—¿La espada de vuestro padre?

—No; la que me regaló el gran maestre de la Orden de San Juan.

—Volveos un poco. Ahora el gaban. Inclinad la cabeza, y torceré más la pluma. Bien; no hay en Nápoles ni en el mundo caballero más apuesto y gentil.

—Adulador.

—Juro por Dios Santo que es así. Con ese rostro, talle, maneras, y en Italia... ¡Ay, qué lástima de general con tanta conciencia! ¡Ay, qué lástima de mujeres sin ella!

—Los guantes, bribon.

—Los guantes, padre Flaviano.

—Ojalá y pudiera igualarme al reverendo Alberto de Silva.

—Ya estais en camino, y como continueis así, habreis de superarle.

—¡Quiéralo Dios!

—Él os haga un santo.

—*Amen.*

—¿Almorzais en casa?

—Sí.

Osorio halló su carroza al pié de la escalera, y al montar en ella, dijo al lacayo:

—A casa de mi nodriza.

Y partió el carruaje, deteniéndose á la media hora en el punto indicado.

Comenzaba á amanecer, cuando Flaviano golpeó fuertemente en la puerta hasta que le abrieron, hallándose rodeado de Marta, su marido y dos hijos.

—Gracias á Dios que te vemos,—exclamó la primera.—Tus triunfos han sido desgracias para mí.

—¿Por qué?

—Unas veces con las audiencias, otras por estar recibiendo á lo rey, y siempre por algo, la verdad es que ni mis hijos, mi marido ni yo hemos podido hablarte en las muchas veces que lo intentamos.

—Pues hoy te va á costar lágrimas mi presencia.

—¿Por qué, hijo mio?

—Necesito de tu esposo y dos hijos para que me acompañen muy léjos de aquí.

—¿Ya te marchas?

—Yo todavía no; ellos deben adelantarse, á cuyo fin saldrán hoy.

—Si te hacen falta llévatelos.

—Me son indispensables, pero me duele que te dejen sola.

—No importa; con tal que cuiden de tu vida y te defiendan, quedaré contenta y satisfecha.

—Gracias, Marta; no esperaba otra cosa de tí.

—Si hubieras dudado, no te lo perdonaria nunca. Te dí cerca de dos años mi sangre, y eres tan bueno, que añadí mi amor y mi vida, si algun dia necesitaras de ella. ¿Vas á exponer otra vez tu existencia?

—¿Cuándo la tengo asegurada? Mi carrera lo quiere así, y al desaparecer un peligro, otro asoma más terrible que el anterior. No temas por Gabriel, Ramiro ni Víctor; los defenderé yo...

—No es eso; si perecen por tu causa habrán cumplido con su deber; lo malo será que al quedarme sin ellos te perderé á tí tambien.

—Te repito que no es lo probable; la empresa podrá ser arriesgada, mas unidos los cuatro, saldremos adelante. No perdamos tiempo, Gabriel; durante el dia cambias cuatro mil ducados en oro, que te entregará mi criado Ros, por el equivalente en dinero francés, cuya suma llevareis en buenos cintos; luégo os ceñís finas y tupidas cotas de malla, que os facilitará mi sirviente; las cubrís con trajes calabreses, é inmediatamente partís los tres á la subida de los Alpes por la parte de Suiza. Me esperais en la posada del Aguila, que está en la falda de dicho monte. Ros os facilitará un par de pistolas á cada uno, cargas y daga. Llevad las armas bien escondidas, y en la mano vuestros instrumentos de música. Vamos á imitar á esas familias italianas que recorren parte de Europa, tocando, cantando y entreteniendo á bobos; de esta manera cruzaremos vários países hasta llegar á un sitio donde nos esperan dos víctimas que es preciso salvar á toda costa.

—¿Tambien vos,—le preguntó Gabriel,—usareis traje igual al nuestro?

—Idéntico; nos acompañarán mi criado, y seremos Zalla y seis músicos que han de meter mucho ruido.

—¿Qué hacemos en la venta del Aguila?

—Os hospedais, aguardando tranquilos mi llegada. Podeis marchar á caballo hasta el lago de Ginebra; desde ese punto en adelante ya es indispensable fingir, empezando por ir á pié como lo requiere la ocupacion. Este documento os facilitará el tránsito por toda Italia.

—Comprendo, y estaremos en los Alpes con la brevedad posible.

—Abrazadme, y no dilateis vuestra partida. Adios, Marta; nosotros nos veremos todavía várias veces.

—¿No almuerzas conmigo?

—No.

—¿Qué nueva empresa va á acometer el héroe?

—A su regreso te la referirán Gabriel y tus hijos; luégo compras con el dinero que traigan una posesion grande y productiva, y acabais los cuatro el resto de vuestra vida tranquilos y dichosos.

—¿No piensas volver á Nápoles?

—Marta, ignoro lo que el destino dispondrá; pero es probable que sea esta la última vez que contemple el delicioso país que me vió nacer.

—¿Vendrás á verme, ó voy yo á tu palacio?

—No te molestes; te ofrezco una visita por lo ménos cada dia de los cuatro ó cinco que permaneceré aquí.

—Adios, hijo del alma.

Y el duque, después que hubo estrechado á los cuatro, montó en la carroza, diciendo al lacayo:

—A casa del gobernador de Nápoles.

El coche partió, deteniéndose nuevamente á la puerta del citado edificio.

—¿Dónde está vuestro jefe?—preguntó Osorio al oficial de guardia.

—Duerme, señor.

—¿Todavía?

—Acaban de dar las siete, y se acostó muy tarde.

—Que le avisen inmediatamente.

—¿Le aguarda V. E?

—Sí; llevadme á su despacho.

Entró el duque en el sitio indicado, sentándose en el sillon del dueño del palacio. Minutos después apareció aquél, diciéndole:

—Mucho madruga el héroe de Nápoles.

—Dormí poco más de dos horas vestido y sentado sobre un duro sillon de vaqueta.

—¿Qué acontece, señor?

—El que manda, el que gobierna, vela mucho, y de este modo logra que nada pueda sorprenderle.

—Miéntras vos esteis en Nápoles viviré descuidado; luégo será otra cosa; tomé la leccion, y me bastó siempre con una.

—Sois leal; amais á vuestra patria como yo, y no hay secreto alguno que esté mal en vuestro pecho.

—Me haceis justicia; pero no comprendo...

—¿Quiénes llegaron anoche?

—No lo sé.

—¿Ignorais que existe á la vista de Nápoles un navío de guerra español?

—Nada me han dicho.

—Pues está desde ayer, y después de anochecido desembarcaron tres generales á quienes conoceis mucho.

—Os darian parte á vos, y creyendo que con eso bastaba...

—Gobernador, el caudillo ó jefe debe saber algo más de lo que le dicen.

—Mi confianza la motiva únicamente vuestra residencia en Nápoles. ¿Quiénes eran esos tres españoles?

—El príncipe de Italia, el duque de los Andes y el conde de Santomera.

—¡Jesús! ¡Y no he corrido á estrecharlos!

—Sentaos y bajad la voz, que os estoy refiriendo un secreto.

—¡Ah! ¿Vienen de incógnito?

—Sí, y costará la vida al que los descubra.

—Entónces nada tiene de extraño que yo ignorase su arribo. Permitidme que los vea; que vuelva á estrechar...

—Calma, gobernador; el príncipe mi hermano corre ya léjos de Nápoles; Odon y Roberto duermen en mi palacio.

—Su presencia me anuncia nuevas desgracias.

—Há tiempo que ocurrió la más grande que debiamos tener; pero no es aquí sino muy léjos; los tres vienen por mí, y al regresar Julio partiremos todos para no volver probablemente: mi mision en Nápoles ha concluido.

—¿A dónde vais? ¿Fué indiscreta mi pregunta?

—No; partimos á Francia.

—Cada vez os comprendo ménos.

—Gobernador, se hallan prisioneros de guerra en el castillo de Ibrí y en poder de Enrique IV el marqués de Abella y el conde de Monterubio.

—¡Maldicion! Lo oigo, lo dudo, y quisiera que os hubieran engañado.

—Por desgracia me dijeron la verdad. Una infame traicion del partido católico que ellos capitaneaban, los entregó dormidos é indefensos al *Pretendiente hugonote,* que se apresuró á encastillar su rica presa.

—Con vosotros cuatro y veinte mil españoles no hay ejército francés capaz de deteneros.

—Pero existen hachas que segarian las cabezas de mis hermanos, y preferimos la vida de éstos á la conquista de ese reino. A este fin emplearemos la astucia, anteponiendo á la guerra la destreza y sagacidad. Cuando nos veamos juntos los seis, entónces será otra cosa, gobernador.

—La idea es buena, mas su realizacion difícil.

—Antes de un mes direis probablemente lo contrario.

—Reunidos los cuatro, todo se puede esperar de séres tan privilegiados.

—Acaso no os equivoqueis; pero se trata de lo que más nos interesa en el mundo, y es indispensable obrar con mucha prudencia y discrecion. Oidme ahora: tengo noticia de que llegan contínuamente á Nápoles poderosos franceses que vienen á ver, unos las erupciones del volcan, otros á contemplar este país, y doy por hecho que su primer visita será al gobernador de esta plaza, de cuyos finos modales y trato amable y bondadoso irán encantados.

—Me haceis mucho favor.

—¿Me he equivocado? ¿Conoceis ó no á los que diariamente vienen y se van?

—Cierto; me tengo por amigo de muchos de ellos.

—Todos os dejarán las señas de sus palacios ó casas, y una recomendacion vuestra será atendida por tan opulentos señores.

—Así lo creo.

—En ese caso, luégo os mandaré para que firmeis un pasaporte, y al devolvérmelo tened la bondad de añadir algunas cartas de recomendacion en favor de seis calabreses que piensan internarse en Francia, ganando su vida como esos pobres músicos y comediantes que apellidamos vagabundos.

—¡Comprendo!

—El pasaporte será para ellos tambien, y cruzarán los Alpes por la parte de Suiza, dirigiéndose desde allí por el camino más corto al castillo de Ibrí: procurad que vuestras cartas y recomendaciones les impidan tropiezos desagradables.

—En Nápoles residen hoy vários franceses que añadirán lo que á mí me falte.

—Buena idea.

—¿Qué tiempo me dais?

—Cuatro dias por lo ménos.

—Entónces llevarán más aún de lo que pudiera hacerles falta.

—¿Todo lo habeis comprendido?

—Todo.

—¿Sereis discreto?

—Cuanto es preciso.

—Nada averiguareis que tenga relacion con mis cinco hermanos restantes.

—No temais; quisiera ver á los tres...

—Id á mi palacio, y siempre que esté yo, lograreis vuestro deseo.

—Hoy mismo.

—Fio en vos, gobernador.

—Seré el sétimo, si no en valor y genio, en cariño y estimacion.

—Ya os recomendaré al capitan Vitali, el cual reemplazará en lo sucesivo á la segunda autoridad de Nápoles.

—Muy jóven es, mas se cumplirá vuestro deseo.

—A vuestro lado aprenderá lo que le falta, y con el tiempo

rivalizará con vos; ese dormirá poco, velando por los intereses de España lo que sea necesario.

Ambos se despidieron, volviendo á montar el duque en su carroza, para cruzar la calle y entrar en su palacio.

—Desenganchad,—dijo al cochero,—y avisad á Ros que vaya á mi despacho.

Poco después preguntaba el amo al criado:

—¿Duermen mis hermanos?

—Sí, señor. Pronto habeis dado la vuelta.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las ocho.

—Sal, y en cuanto despierten el señor duque de los Andes y el conde de Santomera les dices que aquí les espero. Hasta después de las once no recibiré á ningun otro.

El criado partió, y el duque se puso á escribir vários pliegos, que iba mandando á su destino segun los concluia.

A las nueve y media terminó su trabajo, quedando en actitud de meditar. Su frente se plegó de arrugas, é inclinando la cabeza, prosiguió triste y ensimismado algunos minutos. Luégo fué poco á poco tranquilizándose hasta brillar en sus labios una grata sonrisa.

En este instante oyó dos voces que conmovieron su corazon, las cuales exclamaron á duo:

—¡Hermano!

Eran Odon y Roberto que entraron y le alargaban los brazos, formando los tres un solo grupo.

—Sentaos,—les dijo el duque,—junto á mí. ¡Oh, hace muchos meses que suspiraba por este bien!

—Sí, Flaviano,—le contestó el conde de Santomera;—pero no somos más que tres, y creo difícil que nos volvamos á reunir los seis.

—Opino lo mismo,—añadió el duque de los Andes con sentimiento.

—No desconfieis tanto; Julio regresará de Roma muy pronto.

—Pero, ¿y Rogelio y Mauro? ¿Cuándo veremos sus varoniles rostros?

—Pronto.

—Tu seguridad y áun la que has prestado al príncipe nos admira; mas no conocemos su orígen ni nos es dado participar de ella. Flaviano, ¿desde cuándo hay secretos entre nosotros?

—No son secretos, Roberto; Julio y yo, fundados en el presagio de un sér que nos es desconocido, vemos ya en lontananza lo que vosotros contemplareis más tarde. De nada os servirian más explicaciones; confiad en Dios, y si nos veis reir, hacedlo tambien vosotros; pues sería una accion indigna desconfiar de Silva y de Osorio, ó suponerlos crédulos ante una vana ilusion.

—Cierto, y en lo sucesivo participaremos de vuestras alegrías, comprendamos ó no la causa.

—Hablemos de vuestra llegada á las Alpujarras, de nuestras esposas, de España, en fin, por la que suspiro hace más de cuatro meses; pero empezad por vuestros hechos de armas.

Roberto y Odon se pusieron de acuerdo, y dió principio el segundo con el siguiente relato:

—Recordarás que salimos á la vez, tú en direccion de Alicante, y nosotros, al frente de numerosa escolta, camino de Granada. Escondidos en nuestras armaduras, siempre echada la visera, y sin darnos á conocer, llegamos á la referida ciudad como dos simples capitanes. Ya allí, descansamos dos dias, adquiriendo al efecto cuantas noticias creimos necesarias. Con pocas tuvimos bastantes, pues Julio, que adivina y prevé, nos dió instrucciones por escrito, suficientes por sí solas á guiarnos sin preguntar á nádie. En Granada dispusimos nuestro plan de ataque, y á las cuarenta y ocho horas salimos para Almería, yendo el ejército por un lado, y nosotros, seguidos de nuestra escolta, por otro.

—¿No tuvísteis ningun encuentro en el camino?

—Vários; pero derrotamos al enemigo á la primera carga,

y por eso los callé. Eran partidas de Zegríes y Abenamares, que recorrian la comarca en busca de dinero, armas, caballos y alimentos. Nos lo dijeron en Granada, y por esa razon atravesamos dicho reino, el de Málaga, y últimamente el de Almería por caminos excusados, y saliéndoles al encuentro diariamente.

—¿De qué número de hombres se componia vuestra escolta?

—Doscientos jinetes elegidos por el príncipe.

—Entónces podiais muy bien penetrar con ellos hasta en medio de las Alpujarras.

—Hubo ocasiones en que atacamos partidas de quinientos y más árabes; como nos desconocian, comenzaban bien; es decir, con entusiasmo y brio; pero al poco tiempo huian desalentadas, dejando un tercio ó más tendidos en tierra.

—¿Qué hacíais de los muertos y heridos?

—Nosotros nada; encargábamos á los alcaldes que recogieran unos y otros, y seguiamos adelante.

—¿No os tendieron ninguna emboscada?

—Sí, y en verdad que pagaron bien cara su loca osadía.

—Refiéremela.

—Nos hallábamos á cuatro leguas de Almería y en terreno dominado por ellos. Con las precauciones consiguientes pernoctamos en una aldea situada á la falda del monte, paraje poco á propósito para que maniobrase la caballería. Era esta la última jornada; el camino hasta la capital ofrecia idénticos accidentes, y se hizo indispensable descansar allí ó continuar marchando toda la noche, lo cual era peor. Entramos, pues, en un gran caseron donde nos fué fácil habilitar cuadras para los caballos y abrigo para los jinetes. No obstante hallarnos al Sur de España, se dejaba sentir el frio con gran intensidad, por cuya razon dispuse que se quemara mucha leña, y en tanto que nuestra gente se calentaba, Roberto y yo mandamos exploradores, con órden de que nos avisasen cada dos horas de lo que pudieran ver ó escuchar en los alrededores. La aldea se componia de una veintena de labradores honrados,

buenos cristianos, y entre los que me fué fácil hallar cuatro que se encargasen de desempeñar con lealtad la difícil comision de que te he hablado ántes. La rapiña árabe dejó sus graneros vacíos, cometieron con ellos toda clase de tropelías, y al llegar nosotros nos aclamaron con júbilo indescriptible. Hecho aquello, cenamos todos, buscando luégo camas y sitios donde descansar de la fatigas del dia. Mi hermano y yo nos arrellanamos en dos viejos sillones que nos mandó el cura, y conservando parte de la armadura, tratamos de dormir, logrando realizar nuestro deseo dos horas escasamente. Serían las doce cuando nos despertó uno de los emisarios, diciendo que habia visto descender por el monte una columna de árabes á pié, pero armados de sendas picas. No tardó en llegar el segundo, refiriéndonos una cosa análoga, y lo mismo sucedió con el tercero y cuarto. Era indudable que intentaban sorprendernos, á cuyo fin venían sobre nosotros fuerzas muy respetables. Mandé á mis cuatro agentes que espiasen el pueblo, hice despertar á la tropa, dispuse el segundo y último pienso, y ántes de las dos sujetábamos los potros del diestro en el extenso corral de la casa. Los moros, segun las noticias que nos iban trayendo, rodearon la aldea en número de ochocientos á mil peones. Luégo entraron dos ó tres disfrazados de castellanos, tratando de descubrir las casas en que nos suponian dormidos; pero encontraron las puertas cerradas, oscuridad completa y un silencio profundo. Se vieron en consecuencia obligados á esperar los albores de la mañana para caer de improviso y con toda seguridad sobre nosotros, y esto constituia la base de mi plan. Mis cuatro emisarios, arrastrándose por el suelo unas veces, saltando las tapias de los corrales y metiéndose por las ventanas, avisaron en las cuatro casas que yo tenía enfrente, obligando á sus habitantes á que encendiesen luz y á que promovieran ruido, con el objeto de que los sectarios de Mahoma creyesen, como así sucedió, que nos hallábamos guarecidos en ellas. En la nuestra reinó por el contrario un completo silencio; mis jinetes enmudecieron, y hasta los ca-

ballos parecian adivinar lo que pasaba, y no se oyó en el resto de la noche un solo relincho ni señal alguna que indicase al enemigo el sitio donde estábamos. Mi hermano quedó al frente de la tropa, y yo me subí al terrado de la casa, desde el cual, y á favor de las luces situadas convenientemente en las cuatro casas que cité ántes, vi las compañías de Zegríes y Abenamares que llegaban en el mayor silencio, é iban sitiando los referidos cuatro edificios. Cuando hubieron concluido, dejé al dueño de la casa en mi lugar, y me bajé, dando en el mismo instante órdenes terminantes y concretas. Seguidamente montamos á caballo, guardando siempre el mayor silencio; y dividida mi escolta en dos mitades, que mandábamos Roberto y yo, aguardamos la última señal. Media hora después bajó el patron, y me dijo:—Señor, se disponen á asaltar las casas de enfrente.—Muy bien, le contesté; que se sitúe vuestro hijo en la puerta del corral, y vos en esa que da á la calle, abriéndolas en el momento que yo lo mande. En cuanto salgamos, las cerrais, procurando no temer nada, que basta y sobra con nosotros para dar fin de esa canalla morisca. Con estas breves frases y unas cuantas monedas de oro se conceptuó satisfecho, permaneciendo á mis órdenes padre é hijo y muy dispuestos á obedecer. Llevábamos tres horas y media de esperar parte de pié y el resto sobre el caballo; nuestra paciencia desaparecia por momentos, y la ansiedad aumentaba considerablemente, cuando oimos un solo acento que dijo en árabe:—¡A ellos! ¡Mueran todos!—A este grito reemplazó una espantosa algarabía promovida por ochocientas ó mil voces que repetieron lo propio. A la vez forzaron las puertas de las cuatro casas. Empezaba á amanecer, y en el mismo instante salimos Roberto por la puerta del corral y yo por la de la calle, atacando á la vez el flanco derecho é izquierdo con sorpresa de ellos y empuje de parte nuestra, que acabó de aterrarlos. Como el camino que nos quedaba hasta Almería era sinuoso y fatal para los caballos, debiamos evitar el ser acometidos en él, por cuya razon me vi obligado á gritar:—No haya cuar-

tel.—Y en verdad que mis soldados lo hicieron harto bien. Cogidos en medio, sorprendidos y sin comprender de dónde saliamos, cuántos éramos, ni nada, en fin, comenzaron á desbandarse, cerrando los oidos á la voz de los jefes que les mandaban atacar. Víctimas de espantosa pavura, escaparon unos por entre los piés de nuestros caballos, saltando otros como la pantera, y con agilidad pasmosa todos. Pero como á nosotros nos convenia dejar en tierra al mayor número, estrechamos nuestras filas, dando fin de la mayor parte de los jefes, y de muchos, muchísimos peones. A la hora de empezado el ataque no quedaba en la aldea un solo mahometano en pié: de los ochocientos ó mil hombres, el que no besaba el polvo habia huido indefenso y veloz como un metéoro. A la clara luz del sol contemplamos la calle cuajada de árabes tendidos y el monte y los campos de picas y espadas musulmanas. Con algunas de aquellas armamos á los aldeanos, encargándoles que cuidasen de los heridos y diesen fuego ó sepultura á los cadáveres; y sin detenernos un instante más, corrimos hácia la capital, viendo á derecha é izquierda capuchones árabes y rostros desencajados que buscaban la espesura del bosque ó lo elevado de la sierra. Como los doscientos cuatro íbamos armados de punta en blanco, sólo resultaron diez hombres contusos y quince caballos heridos; pero unos y otros pudieron continuar hasta Almería, en cuya ciudad entramos cinco horas más tarde sin impedimento alguno.

—¿Cuántos muertos dejásteis en la aldea?

—Por el pronto no lo supimos, efecto de nuestra precipitada marcha; pero luégo me dieron el parte del alcalde de un pueblo vecino, en que detallaba la accion, y pedia fuerza para custodiar los heridos. De éstos, segun decia, cogieron ciento sesenta y siete, habiendo quemado setenta y ocho cadáveres.

—Si se descuidan dais fin de todos.

—Además de la razon que ya expuse ántes, era conveniente infundir el terror en ellos, y si tuvieron prisa para huir, más demostramos nosotros en matar.

—Pobre gente; la emboscada que os tendieron se parece á la sorpresa en que quisieron envolver á nuestros soldados los revolucionarios de Nápoles. Continúa, hermano, que, á juzgar por los primeros encuentros, la batalla que siguió debia durar poco.

—Fué, no obstante, sangrienta, y aunque breve, sucumbieron miles de hombres.

—Ya la escucho.

—Reuní en Almería seis mil peones y dos mil caballos; gente buena y aguerrida. Sabido esto por los moros, se replegaron á las Alpujarras, formando en el corto plazo de ocho dias un ejército que no bajaria de trece mil hombres, medianamente armados, escasos de caballería, y sabido es lo aficionados que son á la última. Yo les dejé que se juntasen todos, y cuando supe que me esperaban, entónces me dirigí en su busca, sin precipitacion y con completo conocimiento de lo que hacía. Los hallé acampados en la falda del monte, y yo lo hice en el llano á media legua de ellos. De este modo trascurrió una tarde y la noche siguiente. Al ser de dia nos dirigimos adonde estaban, y á poco más de las siete de la mañana nos hallábamos frente á frente, deseando unos y otros un combate imposible ya de rehusar. Hasta este momento habiamos guardado Roberto y yo un riguroso incógnito; siendo ya inútil, corrieron nuestros nombres de boca en boca, y desde los maestres de campo hasta el infeliz arcabucero, brilló la alegría en sus semblantes, saludándonos con una aclamacion tan unámine como entusiasta. —¡Vivan los *invencibles!*—decian;—la batalla se ganará, y el vil mahometano habrá de esconder en las entrañas de la tierra sus locas y postreras pretensiones.—Los aceros se alzaban, la ovacion crecia, el júbilo se multiplicaba, precisándome á imponer silencio con los atambores y clarines. Encargué á Roberto que tomase el monte, al maestre Tellez que atacara el ala derecha, á Giron la izquierda, y yo caí por el centro sin disparar un tiro, con órden y con todo el acierto que nos era permitido. La batalla comenzó sangrienta y terri-

La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas.

ble como pocas. Nuestras maniobras convencieron al musulman de que no le quedaba otro remedio que vencer ó sucumbir, debiendo jugar el todo por el todo, en razon á que le era imposible escapar por los frentes ni costados. Llegaron á sus oidos nuestros nombres, que el soldado español seguia pronunciando con entusiasmo, y algo influyeron en el ánimo de los contrarios, siendo así que Roberto tomó una hora ántes de lo que yo calculé la falda del monte, obligándoles á avanzar al llano, donde fueron encerrados en un círculo de hierro. Duque de los Andes, somos hijos de unos mismos padres, y mis elogios valen poco; no obstante lo cual, debo decir que ese dia te sobrepusiste á lo creible, dejándome admirado, no de tu valor, que se iguala al del príncipe de Italia, sino del genio, del heroismo que árabes y cristianos contemplaron en todos tus hechos. ¡Qué talento, Flaviano; qué disposiciones tan acertadas; qué arrojo y qué oportunidad! Como es menor que yo y le quiero tanto, más que al enemigo miraba el penacho negro de su casco...

—Odon, calla ó me retiro. Describe la batalla, y oculta tu nombre y el mio.

—¿Pues qué, no es hermano nuestro el que nos oye? ¿Entre los tres puede disimularse nada? Dejemos á nuestro querido Julio que sea depositario de la modestia de los seis, y hablemos nosotros sin consideracion alguna.

—Cierto,—contestó Flaviano;—prosigue, conde; sé lo que valeis los dos; os amo, y vuestros triunfos los hago propios.

—Extractaré, que á nada conducirian los detalles ni debo tampoco molestar mucho á nuestro querido Roberto.

—Con poco que me digas, tengo bastante para comprender lo que hicísteis en esa gloriosa jornada.

—Aun cuando llevábamos artillería, sólo dispuse que se efectuaran los primeros disparos; tambien ellos contaban con algunos cañones, pero pronto se los quitamos, quedando reducida la batalla al juego del arma blanca, que en verdad fué terrible como pocos. Desde un principio imitamos á los ejérci-

tos antiguos; los trece ó catorce mil árabes representaban las hordas indisciplinadas y faltas de instruccion que se batian á la desbandada, miéntras que nosotros éramos el ejército romano, compacto, uniforme, que obedecia una sola voz y atacaba por efecto de un plan bien combinado. Sostenido con bravura el primer empuje mahometano, parado ese golpe fatal, en el que ellos cifraban la victoria, comenzamos á dominar el campo, y desde este instante hubiera empezado la dispersion á no haberlo impedido Roberto, el cual corrió sus huestes á derecha é izquierda, dejando encerrados á los moros en un anillo de acero.

—Tú verificaste lo mismo por el otro frente, fuiste el autor del plan, el general en jefe, y cási toda la gloria es tuya, Odon.

—No le hagas caso, Flaviano; su penacho negro se veia correr por la línea, que era muy extensa; á imitacion de Julio, mandaba, dirigia, y ganando siempre terreno, estrechaba el mencionado círculo, sin dejar por eso de atacar al enemigo ni de defender á los suyos.

—Más realizabas tú, y lo callas.

—Nos separaba el grueso del ejército musulman, y oia, no obstante, las aclamaciones y vivas que daban al duque de los Andes sus valerosas y aguerridas huestes. Cuando vió mi hermano que su línea dominaba completamente la de los contrarios, dejó en su lugar al maestre Ramiro, y al frente de quinientos ligeros se precipitó en medio de los árabes, matando é hiriendo, no al débil soldado que apénas tenía ya aliento para sostenerse en pié, sino á los jefes que rodeaban al pretendiente á la rota corona de Boabdil, á los generales, á todo mahometano, en fin, que intentaba sostener la batalla, prestar ánimo y hacerle frente.

—Eso es cierto, Odon; pero te se olvida decir que nos encontramos de pronto, yendo tú seguido únicamente de doscientos hombres. Con ellos hizo el conde lo mismo ó más que yo, que mandaba quinientos.

—Lo creo,—contestó Flaviano;—las dos cabezas son muy buenas, y en cuanto á las lanzas, no las tiene mejores el mundo. Doy por hecho que al reconoceros, sonreísteis, marchando el uno por la derecha y el otro por la izquierda, prosiguiendo en vuestro tema de dar cima á una empresa, cuyo desenlace preví desde el momento que os encargaron de ella.

—Sí; cada uno se fué por su lado, ofreciendo cuartel á los soldados y dando muerte, de caballero arriba, á cuantos hallamos.

—Que serían todos los que tomaron parte en la batalla.

—Muy pocos debieron sobrevivir; y como estaban allí reunidos los que defendian la bandera musulmana...

—Resultó que al terminar ese combate, al espirar el último caudillo, quedó muerta para siempre la loca pretension de los descendientes de Boabdil.

—A eso nos mandaron el rey y nuestro querido hermano Julio, y fuerza era darles gusto.

—Resultado final.

—Este fué el de sucumbir cási todos los jefes y caballeros y un millar de soldados; el resto marchó á Africa, unos que escaparon de la accion en los buques que tenían dispuestos, y otros por cuenta nuestra, que fueron los más.

—Se hallarán en consecuencia las Alpujarras libres por completo de mahometanos.

—Muchas familias nos han pedido que las dejásemos, y sabiendo que no tomó parte en la batalla ninguno de sus indivíduos, accedimos á su deseo.

—Bien hecho.

—Al completo triunfo y consolidacion del poder castellano en todas las Andalucías, sucedieron, como era consiguiente, los aplausos, vítores y ovaciones que empezaron en las Alpujarras y nos fueron siguiendo hasta Madrid. Felipe II nos abrazó; Julio esperó á que la corte estuviese reunida para referir nuestros hechos de armas; los cortesanos se humillaron

por centésima vez ante las seis espadas que miran con más terror que alegría, y á Morata se le ocurrieron cincuenta epigramas, en todos los cuales éramos nosotros los héroes y los palaciegos las víctimas. ¡Poco nos duró, sin embargo, el place consiguiente á tan completa victoria! A los tres dias de haber llegado, recibió el príncipe la noticia de la prision de Mauro y de Rogelio, y al quinto nos vimos obligados á abandonar nuevamente á nuestras esposas, para venir á Nápoles, segun estás viendo. El viaje fué rápido y feliz, pero ¡ay, cuántos suspiros exhalamos al cruzar frente á las costas de Francia! ¡cuántos votos salieron de nuestros labios; qué de juramentos y exclamaciones!

—Pronto se cumplirán vuestros deseos, y volveremos á estar reunidos los seis. ¿Llora mucho mi esposa?

—En público demuestra como las otras resignacion; pero, como todas, humedecerá por la noche la almohada con torrente de lágrimas.

—¿Y nuestros hijos?

—Inocentes aún, juegan, rien y empiezan á educarse como nosotros.

—¿Y el rey?

—Cada dia más débil y achacoso; temo una desgracia próxima.

—¿Qué dice el príncipe de Astúrias?

—Nada; se dispone á gobernar sin el talento y brio de su padre. El dia que éste muera dejaremos nosotros de ser los jefes del ejército y los consejeros de la corona.

—Lo sentiré por mi patria, me alegraré por mí, que me van doliendo ya mucho las contínuas lágrimas de mi Adela y el sufrir tanto azar, insomnios y molestias. Pardiez, desde que tengo uso de razon habré dormido en mi cama una vez por cada ciento que lo hice al frente del enemigo.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Y á mí.

—Pues al morir Felipe lloraremos su pérdida, aplaudiendo

la elevacion al trono de su hijo, y más que eso aún su desden respecto de nosotros.

—Seremos tan desgraciados, que es posible varíe de opinion al encontrarse monarca.

—No lo creas, Odon; el gran Cárlos I supo lo que eran nuestros padres desde el momento que habló con ellos por primera vez; Felipe II tardó mucho en conocerlos, y más aún en comprendernos á nosotros, y su hijo, futuro rey de España, no sabrá nunca quiénes somos ni lo que valemos.

—Quiera Dios que suceda así.

Cortó la conversacion de nuestros tres *invencibles* la entrada de Zalla y Roch, los cuales, después de cruzar algunas frases con aquellos, les invitaron á pasar al comedor, donde les esperaba el almuerzo. Los cinco se levantaron, sentándose luégo á la mesa, tristes y meditabundos Odon, Roberto, Alvaro y Roch, y alegre y satisfecho el duque del Imperio.

CAPITULO V.

Más preliminares sobre el viaje próximo.—La boda.—El convento y los dos penitentes.

Concluido el almuerzo, encargó Flaviano á los dos Navarros que entretuvieran el dia en recorrer Nápoles, disfrazados y seguidos del general de marina y del maestre de campo, procurando distraerse en cuanto les fuera posible. Indicó á los dos últimos los sitios á que debian llevar al duque de los Andes y al conde de Santomera, y después de enterarles de la boda de Angelina y Vitali, les dijo que los cinco asistirian á ella, en union de los duques de Mántua y del prelado de Nápoles, únicos que la celebrarian. Seguidamente se despidió de ellos, entrando en su despacho.

—Que vuelvan á enganchar mi carroza,—dijo á un paje,—y que éntre Ros.

Poco después volvió el enviado, contestándole:

—Señor, disponen el coche, pero vuestro criado no parece.

—¿Qué dices?

—Que ha salido, excelencia.

—¿A dónde fué?

—Todos lo ignoran, pero hay quien le ha visto entrar en casa del gobernador.

—Que lo busquen, y lo traigan á mi presencia.

Salió el paje, quedando Osorio entregado á profunda meditacion. No tardó en aparecer Ros, llegando un poco receloso, pero con su innata osadía.

—¿Me llamábais, señor?—le preguntó.

—Sí. ¿Desde cuándo acá sales del palacio sin mi permiso?

—Perdonadme, fué sólo un instante, y como era al zaguan de enfrente...

—¿En casa del gobernador?

—Justamente.

—¿Quién te mandó llamar?

—Nádie.

—¿A qué fuiste entónces?

—Os diré, que una de las doncellas de la esposa del señor gobernador es hermana de otra de las de Angelina.

—¿Qué tienes tú que ver con eso?

—Fuí á preguntar á ésta por la salud de aquella. Como no me permitís que vaya al palacio Vignati...

—¿Es guapa la de aquí?

—Como un sol; tiene ojos negros, sólo quince años, y se expresa á imitacion de los ángeles.

—¿Cuenta con muchas doncellas y camareras la señora del gobernador?

—Cuatro.

—¿Jóvenes todas?

—Sí, señor; la mayor veinticinco años, poco más ó ménos.

—¿Bonitas todas?

—Dos sí, una es regular, y la otra no vale nada para hombres de mi posicion.

—Pronto te has enterado.

—Hablé con ellas várias veces.

—¡Con las cuatro!

—Sí, señor.

—¿Es decir, que en el momento que yo salgo, tú cruzas la calle?

—No; en el instante que no me necesitais y ellas están desocupadas, me avisan, y paso un rato en conversacion con ellas.

—Ya sé cuanto deseaba, y como vuelvas á pisar el zaguan del palacio de enfrente, lo ménos que hago contigo es casarte con la cuarta, con esa que tú dices que no vale nada.

—Pero señor, ¿por qué sois tan cruel conmigo?

—Ros, jamás falté á mi palabra, y no dudes cumpliré lo que acabo de ofrecerte.

—¡Vaya un regalo que íbais á hacerme! Se parece al orangutan.

—Me alegro; de ese modo empezarás á pagar lo mucho que debes.

—Yo tuve la culpa; pero como no sé engañaros ni callar nada cuando me preguntais...

—De bastante te serviria lo contrario.

—Ya lo creo; fuísteis cazador ántes que guarda...

—No vuelvas á salir del palacio sin mi permiso.

—Lo haré así.

—En breve vendrán á buscarte el marido de mi nodriza y sus dos hijos; dales cuanto te pidan, encargándoles que compren tres trajes calabreses; uno para Zalla, otro para tí, y el mio.

—¿Qué más, señor?

—Entérate de si está ya enganchada mi carroza.

Ros lo hizo así, contestándole:

—En este momento se detiene al pié de la escalera.

—No regresaré hasta la hora de comer; ten dispuesto para la noche mi mejor traje.

—¿Para la boda?

—Sí.

—¿Asisto?

—No.

—Gracias por la bondad.

—Cuidado, Ros, que te llevo casado á Madrid.

—Os estimo el favor.

Nuestro general montó en su carruaje, ocupando parte del dia en visitar al prelado de Nápoles, á los cinco inquisidores, á los duques de Mántua y á algunos otros personajes con quienes tenía asuntos pendientes. Supo que vários grandes deseaban celebrar sus triunfos con bailes y banquetes, y encargó á dos de ellos que corrieran la voz de su próxima marcha á Madrid, dispuesta por S. M., y la imposibilidad en que este acontecimiento le ponia de asistir á saraos.

Cuando hubo terminado, regresó á su palacio, hallando en él á Odon, Roberto, Zalla y Roch, los cuales empezaron por cuestionar sobre la prision de Mauro y Rogelio, y no salieron en todo el dia. El duque les reprendió por la tristeza y aislamiento á que se condenaban, pasando luégo una hora en compañía del gobernador, que quiso saludar á los recien venidos. Comieron más tarde, y á las ocho montaron los cinco en la carroza, dirigiéndose acto contínuo al palacio Vignati. Angelina y Vitali les salieron á recibir entre los duques de Mántua, que estaban allí desde las seis, y no tardó en llegar el prelado que debia autorizar la boda.

Osorio halló tristes á los novios, en vista de lo cual aprovechó un momento oportuno para preguntarles:

—¿Qué teneis? ¿Por qué no demuestran vuestros semblantes la alegría propia de un acto que debe haceros dichosos?

—Señor,—le contestó Angelina,—sois desgraciado, y en tanto que vuestros hermanos no estén en libertad, es imposible que la felicidad llegue á nosotros.

—Y vos, Augusto, ¿qué decís?

—Lo mismo, añadiendo que seré infortunado el resto de mi vida si no me permitís que os siga á Francia.

—Acercaos más; oidme los dos: anoche todo lo veia negro, y en verdad que me juzgué el hombre más desventurado de la tierra; pero cesaron mis afanes cuando supe el estado de los acontecimientos y los muchos medios de que disponemos para combatir el mal. Hijos, hallé en Nápoles el remedio contra las

desgracias que nos afligen, y puedo aseguraros que las vidas de mis hermanos no peligran, y que no tardarán en correr junto á nosotros.

Calló el duque, fijándose en Angelina, la cual movia la cabeza demostrando incredulidad.

—Sois tan noble, tan generoso,—le dijo,—que haceis el sacrificio de fingir en la noche de nuestra boda, para arrancar de nosotros una tristeza que en vano intentareis ahuyentar.

—Estais en un error, Angelina; mi abnegacion no llega nunca á convertirme en embustero por esa ni otra razon, y cuanto os he dicho es la verdad.

—Señor, ¿es cierto?..

—Os lo juro por el alma de mi madre.

—Dios os premie el favor que acabais de hacernos. Noto, sin embargo, que los señores duques de los Andes y el conde de Santomera inclinan á menudo la cabeza en señal de abatimiento.

—No os extrañe; sólo el príncipe y yo conocemos el secreto, y áun que les hemos dado las seguridades que á vosotros, aman tanto á nuestros hermanos, que dudan de todo, y cierran de contínuo su corazon á lo que no sea el sentimiento y la pena que causa en ellos la prision de Mauro y Rogelio.

—¡Conque sois feliz!

—Tanto no; me falta para eso que nos reunamos los seis, regresemos á Madrid, y al lado de nuestras esposas é hijos, podamos verlos á cada instante, léjos del campo de batalla y en medio de la paz y sosiego que nos ofrecen el hogar doméstico. Mas desapareció de mí la tristeza, me hallo satisfecho en parte, y siento ya la alegría que me presagia un porvenir despejado y como yo se lo pedia al cielo.

—Entónces, Augusto y yo comenzamos á ser dichosos.

—Eso deseo; brille en vuestros rostros el placer, y que no enturbie ráfaga alguna de pesar la boda que yo hice y apadrino.

—Vednos ya, señor; siempre obedientes á vuestro acento, os complacemos en este instante sin violencia alguna.

—Ambos teneis talento; acercaos al duque de los Andes y conde de Santomera, y habladles de sus esposas, del príncipe y de mí.

—Al momento.

—Decidme ántes. ¿Dónde está Orsola?

—En la estancia contigua á mi cámara. ¿Qué quereis?

—Concluye de llegar el prelado, y miéntras se viste y dispone el solemne acto que va á tener lugar, deseo hablar con ella.

—¿Necesitais alguna cosa?

—Ocuparme del porvenir de esa desgraciada.

—¿No basta que la hayais puesto bajo nuestra proteccion?

—Sí, y toda vez que pensais realizar mi intencion, le daré únicamente dos ó tres consejos.

—¡Qué bueno sois!

—Hasta luégo.

El duque dejó la reunion, dirigiéndose á las habitaciones donde estaban las camareras y doncellas de Angelina. Después de saludarlas, se fijó en Orsola, diciendo:

—Bien, hija mia; te sientan admirablemente esas galas, y cuadra mejor á tu índole hallarte cerca de la condesa Vignati que al lado de tu hermano Busato.

—¿No es V. E. el señor duque del Imperio?

Preguntó la jóven mirándole con asombro.

—Sí; ¿por qué te sorprendes?

—¡Quiero reconocer esa voz, vuestra mirada, estatura y forma!.. Pero no, aquél era más moreno, más...

—Dilo sin temor.

—Más gracioso. ¡Oh, mucho vale el señor duque; pero aquél!

—¿Por quién me tomas, Orsola? Habla con ingenuidad; nada temas, que soy tu protector.

—Por un soldado cuyo acento encantaba, sus ojos atraian su figura admiraba, y el conjunto era portentoso.

—¿Uno á quien diste en el bosque la llave de tu casa?

—Y algo más.

—Exprésalo.

—Mi corazon.

—¿Uno á quien serviste jamon de Nápoles, embutidos de Génova, frutas de Sicilia y vino de *lácrima?*

—Sí; recuerdo que me apoyé en su hombro izquierdo, y me enamoró con sus frases seductoras.

—Tu aliento llegaba á él.

—Y el fuego de sus miradas prendia un volcan en mi pecho.

—¿Te requirió de amores?

—El deseo me hizo interpretarlo así; pero me engañé.

—¿En qué te fundas?

—No ha vuelto á verme.

—Te equivocas.

—No recuerdo...

—Lo estás viendo ahora.

—¿Eres tú?.. ¿Es V. E?

—Sí.

—¡Imposible!.. Pero no; esos ojos son aquellos; la misma mirada; idéntica figura; más fino el cútis; más distinguidos los modales. ¡Oh, disfrazado, no valeis ménos que de duque y grande!

—Gracias. ¿Qué deseas de mí?

—Que me digais algo de mi hermano.

—Arrepentido de sus pasadas faltas, entró en una órden monástica, donde acabará sus dias tranquilo y dichoso.

—Y á mí, ¿qué porvenir me espera?

—Sirve con lealtad á los condes de Vignati, que no serán amos para tí, sino padres; sé honrada, muy honrada; te casarán un dia con hombre digno de tí; la dote que llevarás será espléndida, y la ventura que te anuncié el dia que me regalabas un almuerzo, llegará sin dificultad alguna.

—¿Luego el venir yo aquí, el arrepentimiento de mi hermano, su entrada en el convento, todo, todo es obra vuestra?

—Sí.

—En ese caso me permitísteis que os tratara de igual á igual, dejásteis que mi imaginacion se remontara á la cumbre, y que no viera en V. E. lo que miro ahora en el privilegiado sér que tengo delante.

—¿Qué mal habia en eso?

—Uno grande.

—No lo contemplo.

—Descendísteis tanto que os confundísteis conmigo.

—Los duques ganan bajando hasta la desgracia para ahuyentarla del infortunado á quien aflige.

—Las pobres pierden subiendo y subiendo hasta que caen sin nuevas ilusiones que les sirvan de alas.

—Mucho sabes, Orsola.

—Llegó á mí el aliento de aquel soldado, y separó los párpados que me ocultaban la luz.

—Es preciso, indispensable que lo olvides para siempre.

—Bien haya la que logra ser obedecida por su corazon.

—Eso se consigue fácilmente.

—Si el héroe que el mundo aplaude se dignara enseñarme el modo...

—Te lo demostrará el leal esposo de la señora duquesa del Imperio.

—Veámoslo.

—Para dominar el corazon, bastó siempre adornar las ideas con la honradez, y sacarlas de la virtud.

—¿No es posible ponerlo más al alcance de mi pobre imaginacion?

—Sí. Busca la dicha entre tus iguales; jamás pienses en imposibles, ama á Dios, ruégale que te inspire, agradece lo que te da el poderoso, y no suspires por lo que te niega.

—¿Piensa V. E. establecerse en Nápoles?

—No.

—¿Marchará pronto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la presente semana.

—¿Volvereis?

—Lo ignoro, pero no es probable.

—Entónces tomaré vuestros consejos, subordinando á ellos todas mis acciones.

—¿Me lo juras? No mientas á Dios.

—Sí.

—Recuerda siempre lo que acabas de ofrecer.

—No lo olvidaré un solo instante de mi vida.

—¿Qué anhelas del duque del Imperio?

—Su felicidad.

—Tus señores me impidieron que te dotase; quieren ellos hacerlo en nombre mio.

—Me lo han dicho.

—¿Ninguna gracia pides al virey de Nápoles?

—Que me deje besar su mano.

—Tómala; pero no estampes el ósculo; estréchala; es la de tu protector.

—Gracias.

—Recuerda á tus compañeras que hay muchos hombres en la tierra parecidos á mi criado Ros, al que pienso casar en cuanto llegue á Madrid; dilas que imiten tu virtud, y que si aspiran al lecho nupcial, se hagan dignas de él en palabras, acciones y pensamientos. Adios, hija, adios.

Orsola le vió partir, limpiándose dos lágrimas que corrieron por sus mejillas.

Sus compañeras tenían los rostros encendidos, inclinadas las cabezas, y el rubor aparecia en sus semblantes más claro que la luz de las antorchas de que estaban rodeadas.

Cuando llegó Osorio, le esperaban ya para entrar en la capilla improvisada aquel dia por Angelina.

El duque dió el brazo á la novia, Vitali á la duquesa de Mántua, y precedidos del prelado, se dirigieron á la estancia destinada á tan solemne acto, yendo seguidos de los duques de

Mántua y de los Andes, del conde de Santomera, general Roch, maestre Zalla, pajes y principales dependientes de la condesa.

Nuestro galante y apuesto caballero miró á sus hermanos Roberto y Odon, imponiéndoles con la vista la conducta que debian seguir durante la ceremonia y estancia en el palacio. Y olvidándose él, al parecer, de todo lo que no fuese la boda de Vitali, demostraba alegría, completa satisfaccion, y su actitud correspondia al acontecimiento que estaba teniendo lugar.

Los novios creyeron en las sinceras frases del duque, y comenzaron á ser felices; Augusto amaba ciegamente á Angelina; ésta, resignada con su suerte, multiplicaba el cariño que le tenía, disponiéndose tambien á amarle un dia no lejano, aquel en que Osorio desapareciese de Nápoles para no volver más.

El prelado les echó la bendicion, saliendo todos de la capilla para ser abrazados los esposos por sus padrinos y testigos. Luégo cambiaron aquellos de traje, con objeto de asistir al banquete que tuvo efecto acto contínuo. Las miradas y conducta de Osorio lograron entibiar del duque de los Andes y conde de Santomera la tristeza motivada por la prision de sus hermanos, y aunque corto el número de convidados, reinó entre ellos expansion y alegría.

Angelina se presentaba en estos instantes arrebatadora; el duque del Imperio rehuia sus miradas, y Vitali la devoraba con la vista.

Terminó el banquete á las diez y media de la noche, con brindis y felicitaciones. El prelado se retiró, los duques de Mántua le siguieron, en cuyo instante dijo Flaviano á Odon, Roberto, Zalla y Roch:

—Partid vosotros tambien, amigos mios; á mí me resta dar un consejo á mis ahijados y visitar seguidamente el convento donde probablemente me esperan los religiosos Vignati y Busato.

—Osorio, —replicó Odon, —apénas dormiste anoche, es

tarde y creo más conveniente que nos acompañes al palacio; descansa hoy, y mañana podrás hacer lo que gustes.

—Veo, hermano,—le contestó el duque,—un sagrado deber en ámbas cosas, y jamás fué causa el desvelo de que yo dejase de cumplir lo que juzgo una obligacion. Marchad inmediatamente, encargando á mi cochero que regrese por mí.

—¿Para qué?—preguntó Angelina.—Mi carroza os llevará donde querais.

—No es necesario,—añadió Roberto;—la noche está templada, agradable, y puesto que Flaviano insiste en quedarse, nos iremos á pié.

—Aprobado,—exclamaron los tres restantes.

Y despidiéndose los cuatro de los recien desposados, salieron del palacio, encaminándose á Nápoles en la forma que expresó el duque de los Andes.

Una orquesta hábilmente dirigida continuaba haciendo oir sus melodiosos acordes muy cerca del salon donde tuvo lugar el banquete; allí proseguian solos los condes de Vignati y Flaviano; éste miró á aquellos con profunda satisfaccion, diciéndoles:

—Amigos mios, despedid ya á los músicos, que se retiren vuestros criados, y que vuelva todo á su estado normal; en la cámara de la condesa os aguardo.

Y lo hizo así, en tanto que aquellos le obedecian.

Paseaba Osorio por la referida estancia, cuando vió entrar á los novios; Augusto le dijo:

—Se acaba de llevar á efecto lo dispuesto por vos y aquí nos teneis.

—Entónces acercaos; sentaos conmigo en este divan, testigo un dia, no lejano, de la admiracion que causaba en mí la belleza de Angelina. Tambien lo fué de un juramento sagrado, el de libertar á su padre y el de uniros á vosotros. Ambas cosas eran difíciles, muy difíciles; para lograrlo tuve que luchar con los hombres y conmigo mismo; mucho trabajo me costó, pero lo conseguí, y el ejemplo debe serviros

de estímulo en el espinoso sendero por que vais á empezar á caminar.

Calló el duque, hizo un esfuerzo supremo sobre sí, y sentándose en medio de los condes de Vignati, le cogió á cada uno la mano que tenía más cerca, añadiendo:

—Hijos, os hallé al parecer enamorados; por eso os he unido, que es muy grave violentar el libre albedrío de los séres humanos, y suelen dar terribles resultados. El amor es tan efímero como la dicha y los placeres; puede, no obstante, reemplazarle un cariño que crece á medida que avanza la existencia; y hé ahí el todo á que deben aspirar los casados más felices. Para lograrlo, es preciso, indispensable, que hagais uso de una no interrumpida tolerancia; que vea cada cual en su compañero ó compañera un pedazo suyo unido por lazo indisoluble y bendito por Dios. De esta manera mira el esposo perdonable el defecto de su mitad, la guia, la ilustra y la conduce, si no á la dicha, á lo único agradable que el cielo nos concede en este mísero valle de amargura en que habitamos. El corazon suele ser el enemigo del hombre en ocasiones dadas; acostumbraos á vencerlo, á dominarle; procurad que la sana razon impere sobre las pasiones, que predomine siempre la clara inteligencia; y si alguna vez vacilais, recordad mi ejemplo y la verídica historia que os voy á referir. Yo me casé, ignoro si más ó ménos enamorado que vosotros; pero es el caso que me unieron á una mujer parecida á Angelina en su pureza de ideas, hermosura y castidad. Más infortunado que vosotros, tuve que abandonarla al dia siguiente de mi boda; regresé al año; sufrí la pérdida de mi segundo padre y protector el primer príncipe de Italia, el santo, pasando al lado de mi Adela dos meses que dejé de contar por horas para hacerlo por lágrimas. Cuando empezaba á amortiguarse el cruento dolor de tan fiera desgracia, volvió á rugir el huracan de mi destino, impeliéndome al otro lado de los mares, á más de dos mil leguas de mi esposa. Ya no me separaba de ella la tierra, era un mundo, y de lucha en lucha, de combate en combate, la juzgué perdida para

siempre en muchas ocasiones. Debí perecer en el Perú y luégo en Venecia, pero no fué así; torné á su lado para volver á dejarla, y vivir, en fin, separado de ella un mes por cada hora que permanecí en mi casa. Ausencias tan largas, mi corta edad, los mil azares del soldado y el peligro que á cada paso corria mi vida, fueron otros tantos motivos que pretendieron trastornar mi cerebro y conducirme al crímen. Yo, el fuerte, el venturoso caudillo que dominé á cuantos hombres osaron detener mi paso, vacilé ante mis propias ideas; me conceptué débil, y hubo muchas ocasiones en que osé llegar á los bordes del precipicio. Conseguí dominarme, hijos mios; triunfé de mí mismo, pero vosotros no podeis comprender aún lo difícil de esa victoria. Las ocasiones se multiplicaban en torno mio; Lucifer sonreia con sarcástico furor, y yo, tan arrogante en los campos de batalla y ante los hombres, temblaba junto á las mujeres, á los piés del demonio. Pero no obstante lo cerca que me encontré del lodazal, vencí: la frase vale para mí un mundo; esas victorias, que cási todos ignoran, es la única inmarcesible corona que debeis envidiarme, á que habeis de aspirar. La que ofrecen los entusiastas se compone de flores que van poco á poco deshaciéndose hasta servir de juguete al viento del olvido: esta otra, es, por el contrario, imperecedera; forma la tranquilidad del hombre unas veces, algunas su dicha, y á la postre la fija Dios sobre la frente del que se la presenta. Ambos teneis talento, y creo que basta con lo expuesto para que me imiteis.

—Sí,—dijo Angelina con resolucion;—vuestra grandeza se eleva al cielo; mas yo os juro que haré subir la mia cuanto pueda.

—Sin gran esfuerzo,—exclamó Vitali,—conceptuaré á mi esposa miéntras viva el pedazo más querido de mi corazon.

—Hacedlo, y no hablemos más de eso, que la noche avanza, y me esperan dos religiosos. Ahora ocupémonos de vuestra posicion: sois condes, ricos, y protegidos por mí os sobrarán poder é influencia; figuraos, como yo, que no hay nada sobre

vosotros, y no teniendo cosa que mirar arriba, es inútil que dirijais la vista á lo alto; léjos de eso, bajadla, que llegue á la cabaña del mísero *lazaroni*, del infortunado que suspira por lo que á vosotros os sobra; sed grandes entre los pequeños, dadles lo que necesiten, y jamás os salgais de sus viviendas sin dejarles un buen consejo. Al alargarles el oro, enseñádselo á gastar; al convertiros en su providencia, recordadles lo que deben á la bondad Divina. Cuanto más bajeis, más os elevará el cielo, más os aplaudirán los hombres; nada encuentro en la sociedad tan ruin como el poderoso engreido. Vos, Vitali, sereis la segunda autoridad de Nápoles; obrad con justicia, sacando ésta de vuestra conciencia, nunca de la torpeza de los séres humanos. Recordad siempre que España es vuestra madre, y ántes que ingrato á ella, atravesaos el corazon: es un crímen el suicidio, pero no llega ni con mucho al que marca la traicion en el miserable que vende y humilla á su patria. Con esto, mi palacio y trenes de Nápoles, os he dado, hijos mios, cuanto podia. Antes de buscar el lecho nupcial id á la capilla, caed de hinojos ante Dios, y rogadle que lo bendiga. La felicidad que halleis en él no será cierta, segura ni estable si no va regada con llanto de amor al sublime Sér á quien tanto debeis. Estrechadme ámbos, coged mi calor, y no olvideis nunca que es el de un hombre que nunca se enturbian sus ideas al pensar en su esposa. Hasta mañana.

Osorio les dirigió su última mirada, y desapareció de la cámara, dejándolos confusos, aturdidos, perplejos; las frases del duque les hicieron ver el mundo por un prisma que desconocian; sus almas se elevaron, y atraidos por el mágico acento del héroe, por una columna de su poderoso flúido, llegaron hasta las puertas de la estancia sin desplegar los labios, quedando cual mudas estatuas.

Cuando pudieron reflexionar, se miraron con amoroso éxtasis, exclamando á la vez:

—¡Augusto!

—¡Angelina!

Y se abrieron los brazos, cayendo el uno sobre el otro.

—Basta,—añadió él, desasiéndose y cogiendo la mano de su esposa.—A la capilla, condesa.

—Oremos, Vitali, cambiando la corona de conde que ciñe nuestras sienes por otra igual á la que hemos visto en la frente del duque del Imperio, de ese venturoso caballero á quien debemos obedecer é imitar.

Unidos ámbos por el amor y más felices de lo que es posible imaginar, regaron con llanto el mármol del pavimento de la capilla y luégo con ventura indescriptible su noche de bodas.

El duque del Imperio exhaló un suspiro al abandonar la cámara de Angelina, exclamando á la vez:

—El novecientos noventa y nueve desde que me casé. Sea todo por Dios.

Y entró en su carroza, diciendo al lacayo:

—Al convento de Capuchinos; llamas hasta que despierte el portero y abra; das al efecto mi nombre.

El coche partió, perdiéndose el ruido de sus ruedas y herraduras de los caballos en el blando y nivelado piso de la vega de Nápoles, por donde corrió.

La noche aparecia, como dijo muy bien Roberto, templada y agradable; Osorio comenzó á aspirar las brisas del golfo, perfumadas con las plantas odoríferas de los jardines, y su frescura y fragancia dilataron sus pulmones, le enfriaron la sangre, y poco á poco fué quedando tranquilo y sereno.

Un cuarto de hora después paró la carroza á la puerta del convento, viendo Osorio con sorpresa que estaba abierto el postigo y á la parte adentro el prior cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Inmediatamente se tiró del carruaje, y besando la mano del anciano monje, le preguntó:

—¿Me esperábais, señor?

—Sí.

—No he podido venir ántes.

—Lo sé.

—¿Quién os lo ha dicho?

—La duda destruye la fe.

—Teneis razon. ¿Por qué no me aguardásteis en vuestra celda?

—Me hallaba en el coro y quise salir á recibiros. Llegué há un instante.

—Gracias, padre.

—¿Son felices los condes de Vignati?

—Creo que sí.

—Cuánto os deben, duque; Dios os agradece lo que hicísteis por ellos.

—Vuestras frases me envanecen, señor.

—Noble orgullo que logran pocos hombres.

—Merecí tantos dones á la Providencia.

—Cierto.

—¿Qué hacen mis protegidos?

—Ambos están cubiertos con tosco sayal que ciñe á sus cinturas grosero cordel; ruegan á Dios que los perdone, y aunque grandes pecadores, llegaron á tiempo á la *viña*, y recibirán la misma recompensa que los que se adelantaron á ellos.

—Eso prueba lo grande y magnífico de la bondad Divina.

—Así es.

—¿Duermen?

—No; el insomnio es otro preludio de la verdadera contricion de ámbos.

—¿Puedo hablarles?

—Sí.

—¿No se opone consideracion alguna?

—No.

—¿En dónde se encuentran?

—En sus respectivas celdas, divididas por delgado tabique.

—¿Qué os proponeis con tenerlos tan cerca?

—Que los sollozos del uno estimulen los del otro, y *vice versa*.

—¿Lo necesitan?

—Todo es poco cuando se trata de amar á Dios y pedir

perdon de las faltas. Hasta el presente, me hallo, sin embargo, satisfecho.

—¿Profesarán pronto?

—Sí.

—¿Lo desean ellos?

—Con gran insistencia.

—¿Me acompañais?

—Con mucho gusto.

—Cogeos á mi brazo, padre.

—Por aquí; los he aislado en aquel extremo del monasterio para que nada pueda distraerlos.

—¿Entrais conmigo, ó me esperais en vuestra celda?

—Ni lo uno ni lo otro; os dejo con ellos, y me vuelvo al coro; mañana hablaremos.

—Gracias, señor.

—¿A cuál deseais ver ántes?

—A Busato.

—Hé aquí la puerta de su celda; levantad el picaporte y pasad.

—¿La del conde será aquella?

—Sí. Adios, hijo mio, hasta mañana.

—Dios os acompañe, padre.

El uno se retiró donde acababa de decir, y el otro penetró en la estrecha y desmantelada habitacion del ex-polizonte.

CAPITULO VI.

Trasformacion.—No haria más Alberto de Silva.—Continuan los preliminares de marcha.

La celda de Busato era un cuadrilátero de siete varas de longitud y seis de latitud. Una tarima cubierta con estera formaban su lecho, situado á un extremo de la habitacion. Enfrente se veia una mesa con libros y sobre ella la efigie del Redentor; junto á la primera habia sillon de vaqueta, silla de madera; á dos varas un pequeño baul, y ese era el todo del ajuar del arrepentido y contrito religioso.

Cuando entró el duque se encontraba Busato sentado en el sillon, cruzadas las manos, y apoyando éstas en la mesa, miraba la imágen del Señor con interés creciente. Sus labios murmuraban frases ininteligibles, y era tanto lo abstraido que estaba en su meditacion, que no oyó el ruido del picaporte ni las pisadas de Osorio.

Se hallaba la celda alumbrada por una sola luz opaca, vacilante y triste; el virey tendió una mirada sobre el espacio y los objetos, fijándose luégo en el penitente; en sus labios brilló dulce sonrisa, y con voz grata articuló:

—Dios misericordioso perdona al culpable, le tiende sus paternales brazos, y lo atrae á sí con su Divino amor.

Busato alzó la cabeza sin demostrar sorpresa alguna, y reconociendo al duque, se puso en pié, anduvo pausadamente el terreno que lo separaba de aquél, concluyendo por caer de rodillas, cogiéndose á la vez á su diestra.

—Gracias,—le dijo;—esta mano me ha conducido aquí; bendita sea.

—Alzad, amigo mio.

—No; quiero besarla y patentizar mi gratitud, como cumple al miserable que tiene la dicha de hallarse ante su señor.

—Basta; sois un religioso, y esa humildad me abruma, Busato.

El penitente se puso en pié, retrocedió un paso, y fijándose en Flaviano con creciente asombro, añadió:

—Felipe II mandó á Nápoles un guerrero que debia combatir, aniquilar á sus enemigos; y en verdad que si sólo eso se propuso, la equivocacion fué completa.

—¿Por qué, Busato?

—Porque vino aquí un conquistador de corazones, de almas que suspiran por él, que le aman y que sucumbieron ante su talento, generosidad y nobleza; el que apellidábamos tirano fué la egida; si el rey supo lo que mandaba, gran monarca debe ser.

—¿Estais contento en el monasterio?

—Me agradan esos lóbregos cláustros; me complacen las voces que en el coro elevan dia y noche preces al Altísimo; bendigo el silencio y la quietud de esta santa mansion; mi duro lecho, silicios y penitencia me enorgullecen; gratos me son el ayuno, el aislamiento, mi presente y el porvenir; pero me horroriza, señor, mi pasado.

—¿Por qué? Tened confianza absoluta en la misericordia de Dios; continuad en vuestro firme propósito, y nada temais; de los grandes pecadores suelen salir los mejores religiosos.

—Señor duque, he robado á mis hermanos cuanto pude;

me burlé de la casta doncella, y mis manos están manchadas con la sangre de cinco víctimas, inmoladas bárbara y cobardemente. Vedlas; contínuamente me las froto, así; mas no me es dado arrancar de ellas las marcas de la sangre ni de las monedas que usurpé. ¿Qué agua lograria lavar los estigmas que veo en mi cútis y no me es permitido quitar?

—Ya la teneis en este convento; proseguid orando, y ese remordimiento que tanto os molesta cesará poco á poco.

—¿Remordimiento decís? ¿Pues no veis las manchas reales y efectivas?

—No.

—Fijaos bien en mis manos. ¿Qué es esto?

—Una epidermis que empieza á blanquear desde el momento que no la hieren los rayos del sol.

—¿No os equivocais?

—Os repito que es sólo el remordimiento lo que os hace distinguir esas manchas que dejareis de contemplar en breve.

—Lo mismo me dice el padre prior, ese santo que en buen hora conocí; pero yo dudo...

—Esa vacilacion es hija de falta de fe. Creed, Busato, en lo inmenso de la bondad de Dios, y cesará de atormentaros la terrible idea que os conmueve de ese modo.

—¡Fuí tan malo, tan criminal!

—Eso no es razon para que se os cierre la puerta del cielo.

—¿Os habeis puesto de acuerdo con el padre superior?

—No.

—Es que aquél me dice lo mismo.

—La verdad fué siempre una sola.

—¿Venís únicamente á verme?

—Sí.

—Sentaos en este sillon; no lo quise; con el suelo tenía bastante, pero se han empeñado, y áun cuando no lo necesito, tuve que aceptarlo. ¿Por qué os molestais visitando á este desgraciado?

—Cuando érais perverso y me vi obligado á conferenciar con

vos, me violentaba más de lo que yo puedo expresar; hoy gozo á vuestro lado; el penitente merece todo mi aprecio y consideracion.

—¿Por qué no me tuteais como ántes?

—Jamás juzgaré inferior á un siervo de Dios.

—¿Seguís protegiendo á mi pobre hermana?

—Sí; hace poco se unieron la condesa de Vignati y el capitan Augusto, en cuya casa está Orsola; asistí á la boda, hablé con ella, y sólo pude darle un buen consejo, siendo así que nada más le hacía falta. Los desposados la dotaron, velan por su suerte, y en vez de amos hallará en ellos protectores.

—Dice el padre superior que aún la veré.

—Cierto; todavía os será dado salir al mundo, contemplar el sol y sonreir junto á los séres á quienes ameis; la Providencia, grande y sublime, perdona, ampara y proteje; por cada oracion que dirijais al Altísimo recibireis un premio superior á cuanto imagineis.

—Más aún que mandarle preces, regaré este pavimento con lágrimas, mortificaré dia y noche mis carnes, y el amor superará en mí á los sacrificios.

—Muy bien; me hallo satisfecho de vuestra conducta.

—Yo no; cuanto hago me parece poco.

—Esa desconfianza es plausible; tened fe, y paulatinamente ireis desechando todo temor.

—Muy tarde debe ser.

—Cerca de la media noche; elevad vuestra última oracion, y descansad algunas horas. Adios, Busato; los pocos dias que aún permaneceré en Nápoles los contaré por cada visita que os haga.

—Gracias, señor; el cielo os premie tanta bondad.

—Alzad; esos hábitos á mis piés me humillan. Abrazadme.

—¡Eso más!

—Sí; todo lo que sufro viéndoos en tierra, gozo estrechando al religioso penitente.

—El Señor os siga y colme vuestra vida de bienes.

—Orad, y hasta mañana.

Busato cayó á los piés de la efigie, y el duque salió, cerrando tras sí la puerta. Seguidamente abrió la contigua, penetrando en otra celda, idéntica en espacio y muebles á la anterior. Para el conde Vignati concluyeron las gerarquías sociales; en el convento de capuchinos era un penitente aspirante á religioso é igual en todo al pobre Busato.

Al entrar Osorio en la celda se hallaba Vignati recostado sobre la tarima, vestido y rezando. No se movió tampoco al escuchar el ruido del picaporte; pero al ver á Flaviano se le cayó el rosario de la mano, y poniéndose en pié, exclamó:

—Os esperaba, señor; y áun juzgué oir vuestra voz no léjos de aquí. Dejadme que bese la mano que tanto bien me hizo.

—Estrechadla; otra cosa no. ¿Qué os parece vuestra celda?

—Demasiada buena para lo que yo merezco.

—¿Quereis que hablemos esta noche de vuestra hija?

—Desde que hoy al mediodía recibí al Señor y quedé bajo el peso de la penitencia, me encuentro más tranquilo y satisfecho. Decidme en consecuencia lo que querais; escuche yo vuestra voz; vea ese rostro noble y generoso, y lo demás me es indiferente.

—Angelina, que os amó siempre como hija tierna y cariñosa, complacida al saber por mí el completo cambio que hizo la religion en vuestra vida, pensamientos é ideas, dejó de llorar por vos, y esta noche se ha enlazado al capitan Augusto Vitali.

—¡Angelina!.. ¡Qué recuerdo tan terrible! Esa desgraciada es un fiel retrato de su madre, y mi esposa murió por culpa mia. La infeliz debia contar las horas de su vida por los disgustos que la daba. Era una santa, y yo tan perverso, que la maté á pesadumbres. ¡Oh, cuánto me aflige la memoria de aquella mártir! ¡Si yo pudiera recompensar en la hija lo que quité á la madre!..

—Yo lo haré.

—¿Creeis que será dichosa con vuestro protegido?

—Sí, mucho.

—¡Con qué alegría lo oigo! Habladme de ellos, señor. ¿Se aman?

—Bastante, y siguiendo mis consejos y ejemplo tendrán la lealtad por guia, caminando siempre unidos y venturosos por el sendero de la vida.

—Lo creo; al hombre que consiguió de mí una enmienda y contricion verdaderas, le será facilísimo desterrar el infortunio de mi inocente hija y del noble jóven que ya es su esposo. ¿Apadrinásteis esa boda?

—Sí.

—Gracias. Son ricos, y vuestra dote se contraeria á consejos tan sábios como elevados.

—Añadí además mi palacio y trenes de Nápoles y un título que eleva á Vitali al puesto de la segunda autoridad de este reino.

—Citadme, señor duque, un emperador que os iguale en generosidad; vos, que nada ignorais, sabreis la historia de todos los monarcas de la tierra.

—No os extrañe; nací rico, heredé luégo el ducado del Imperio y el condado de Arahal, el rey aumentó mi fortuna, y la suerte de las armas me hizo poderoso en Malta y en el Perú.

—Más tiene Felipe II, y nunca se le ocurrió dar de ese modo. ¡Cuán dichoso nacísteis; cuánto os envidio vuestro pasado!

—Y yo á vos el porvenir.

—¿Lo decís de veras?

—¡Ay! Creedme.

—¿Qué males os amenazan, noble señor?

—Vignati, vos os hallais escudado con la proteccion Divina; habitais un santo lugar donde os será fácil bendecir contínuamente á la Providencia y labraros poco á poco un futuro que en su dia os abrirá las puertas de los cielos. Por este retiro daria yo mi pasado y presente.

—¿Para qué lo quereis? Al hombre que obra como vos le sigue el Altísimo á todas partes, mueve su brazo, inspira sus acciones, y no le abandona jamás. Para mí es todavía dudosa la salvacion; para vos segura.

—¡Quién sabe! En breve tornaré á barnizar mi cútis, cubrirá mi cuerpo grosera lana, volveré á enarbolar el acero, y la sangre de mis hermanos correrá de nuevo.

—¿Qué importa? En el mundo hay perversos que imitan á Lucifer, y contra ellos son indispensables arcángeles como vos.

—Exagerais, Vignati; nací débil, soy hombre, falible, y puedo ofuscarme y rodar por el precipicio.

—Imposible; vos no os conoceis; la grandeza de vuestra alma os salvará siempre.

—La lucha que voy á emprender es difícil, y más que el cuerpo se puede en ella arriesgar el alma.

—Nada temais; oidme: el cambio completo que he sufrido me condujo, como es natural, del ódio al amor, y tanto como os aborrecia os quise luégo. Desde ese instante claro es que vuestra suerte me interesa como la mia, en cuyo caso pregunté por ella al santo.

—¿A quién os referís?

—Al padre superior. ¿Dudais que el cielo le inspira?

—No. ¿Qué os dijo sobre mí?

—Me dió noticias claras y terminantes.

—¿Se referian á mis hechos futuros?

—Sí, señor.

—¿Buenas ó adversas?

—Satisfactorias.

—¿Me las podeis contar?

—Con mucho gusto.

—¿Por qué tardais, Vignati?

—Dice el santo que sois predestinado, y que él, cuya vida es ejemplar, os envidia.

—¡A mí! ¿En qué se funda?

—No me lo ha dicho.

—Se referiria á mi pasado y presente.

—Y á vuestro porvenir.

—¿Estais seguro?

—Como de que me hablais ahora.

—Entré aquí con ánimo de consolaros y prestar fuerza á vuestro débil espíritu, y sois vos el que me la ha dado á mí.

—Yo entendia que vos, tan noble, generoso y bueno, no podiais dudar de vuestra suerte.

—¡Ah, Vignati! sólo Dios vino infalible al mundo, y es natural que los que carecen de ese don vacilemos á cada paso que damos.

—¡Tan fuerte y tal incertidumbre! Ahora comprendo la mia y la de Busato; al oiros aumenta mi fe, me explico mi desconfianza, y mi esperanza llega hasta el ocaso de mi existencia y áun más allá. Al prestaros ánimo y lo que llamais fuerzas, crecen las mias lo increible. Nada de lo que pasa fuera de este santo asilo me importa, á excepcion de lo que tenga relacion con vos: decidme, señor, ¿qué nuevos peligros se os presentan para que pueda abrigar temor el invicto héroe?

—Mi miedo se contrae á mí mismo, Vignati; estoy seguro de vencer, mas ignoro si los medios que voy á emplear serán ó no dignos del predestinado, como me llama el santo.

—La duda os honra, amigo mio; pero el que obra como vos no resbala nunca.

—Qué torpe fuí, Vignati; vine á ocuparme sólo de vos, y estoy haciendo lo contrario.

—Ojalá que mis frases os tranquilizaran.

—Mucho gané con ellas, y en verdad salgo de aquí satisfecho. ¿Deseais algo de mí?

—Que me visiteis á menudo.

—Poco será, que tengo contadas las horas de mi permanecian en Nápoles.

—Lo siento, pero me resigno; ya no aspiro á otro bien en el mundo que al del inefable emanado de la religion.

—Adios, Vignati; hasta mañana.

—Permitidme que os acompañe.

—No; coged vuestro rosario y recostaos en la tarima; quiero dejaros como os hallé.

—Sea así. Bendito lecho que auyenta el sueño y me facilita algunas horas más que poder dedicar á la salvacion de mi alma. Retiraos cuando gusteis; continúo mi interrumpido rezo.

Osorio miró por última vez á Vignati, desapareciendo de allí acto contínuo. En medio del claustro le esperaba un lego para alumbrar y acompañarle hasta la portería.

El duque entró en su carroza, diciendo al lacayo:

—A palacio.

Partió el carruaje, exclamando Flaviano para sí:

—¡Los medios que se me ocurren son indignos!.. Acaso tenga razon Vignati; para los diablos de la tierra es preciso una espada como la de Gabriel. Sí; esta visita dió á mi espíritu la tranquilidad que le faltaba.

Y brilló en sus labios una sonrisa que no le abandonó hasta que le dijo su criado, abriendo la portezuela:

—Vuestros dos hermanos, el general marino y el maestre os esperan en el despacho.

—¿Qué acontece, Ros?

—A ellos nada; sólo desean veros para acostarse; á mí una cosa grave, muy grave, amo mio; ¡qué infortunado es vuestro leal sirviente!

—Bien, hombre, ¿qué es ello?

—Las vecinas me han mandado llamar, viéndome obligado á contestarlas que estaba preso.

—¿Por qué has mentido?

—¿De qué modo habia de disculpar la iniquidad que estais cometiendo conmigo?

—No siendo bribon.

—Si dejáseis por un momento de ser virey, duque, grande, valiente y otra porcion de cosas, os diria que me calumniábais; yo soy un hombre de bien, que amo á las mujeres porque son bonitas, porque se parecen á mi madre y porque me

son necesarias. Mi defecto está en el excesivo cariño que las tengo, y en mi concepto es plausible la falta.

—En el convento de capuchinos donde acabo de ver á Vignati y Busato hay celdas que esperan penitentes.

—Señor, no hagais ese disparate; morirá de dolor mi noble señora al escuchar que pensais encerraros en un monasterio. Si es empeño, que os reserven una para en el caso de enviudar, segun lo hizo el padre Alberto; como trascurran siquiera setenta años, os acompañaré, á imitacion de Pedro.

—Me referia á tí.

—Carezco de vocacion.

—Basta con que yo lo quiera.

—Señor, ¿ó casado ó fraile? ¡Vaya unos deseos! No me obligueis, amo mio, á desertar de vuestra honrosa bandera.

—¿En qué punto del globo te esconderias que yo no diera contigo?

—En el Olimpo, señor.

—Aguárdame en mi alcoba.

—¿Os acostais esta noche?

—Sí.

—Falta nos hacía.

—Pronto dormiremos ménos, en peores camas, y sabe Dios cómo.

—¿Habrá?..

—¿Qué?

—¿Enemigos?

—Muchos.

—¿Y enemigas?

—No.

—Pues en Francia se encuentran con facilidad.

—Probablemente permanecerás siempre junto á mí.

—Que me place; miéntras vos dormís yo velaré... vuestro sueño.

—Y yo el tuyo. Espera donde te he mandado.

Flaviano entró en el despacho donde le aguardaban sus

cuatro compañeros; Odon le miró con interés, preguntándole:

—¿Diste un buen consejo á la novia?

—Sí.

—¿Y al novio?

—Otro.

—No he visto mujer más hermosa.

—Cierto; se iguala á la tuya en los modales finos y corteses, á la de Roberto en lo atrevida y elevada de ideas, á la mia en lo cariñosa y amante, y á las tres en belleza.

—Mucho te entusiasmas, Flaviano.

—Demasiado.

—¿Tanto te gusta?

—Más aún, me encanta.

—¿La requeriste de amores?

—Sí, á fe mia.

—Y el pobre Vitali, ¿qué dice á eso?

—Cree, y no se equivoca, que le dí un ángel por mujer, una dama de gran valía por compañera, y una doncella casta y pura por esposa.

—¿Te costó trabajo hacerlo dueño de perla tan envidiable?

—¡Ay, hermano, tanto, que sólo Dios y yo lo podemos comprender!

—¿Para qué se la diste?

—Porque no debia quedarme con ella.

—Casado y todo es posible que te prefiera á tí.

—Dalo por hecho.

—¿Se enamoró de Flaviano?

—Desde ántes de verle.

—¿Cómo se explica eso?

—Le bastó oir á la trompa de la fama.

—¡Ya! La opinion pública te preparó el camino.

—Sí.

—¿De flores?

—No, de espinas.

—Hoy de abrojos; ayer, sábelo Dios.

—Hoy, Odon, de gloria; ántes, de disgustos, sinsabores, violencias y sacrificios.

—Hermano, es muy natural mi duda; tu grandeza, que yo aplaudo, se oculta, desaparece mejor dicho, ante las mujeres.

—Tambien yo veo lógico que desconozcas aquello que no comprendes.

—Explícate.

—Tú, fuerte ante los hombres, incontrastable para con tus enemigos, buscas el peligro porque estás seguro de vencer; pero débil y cobarde ante las hijas de Eva, sólo te acercas á tu esposa, temiendo que te venza otra y puedas faltar á aquella. Yo no temo á los unos ni á las otras, y lo que es más, no me temo á mí mismo; por eso lucho con toda clase de pasiones, seguro de no ser dominado por ninguna.

—En cuyo caso, Angelina será la segunda edicion de Syra.

—Sí, pero mayor mi sacrificio.

—¿Por qué los buscas?

—Por lo mismo que tú la guerra, para alcanzar una corona.

—¿Y si llegase un momento en que te venciera el demonio?

—¿Te se ha ocurrido á tí esa idea el provocar alguna batalla ó combate?

—No, mas creo que es diferente.

—Lucha es lo uno y lo otro.

—Las que tú sostienes con el bello sexo las conceptúo más expuestas, difíciles, y de ménos valía la recompensa.

—Yo la estimo en bastante más, porque de ese modo logro vencer al *invencible* Flaviano de Osorio.

—Y que te admiren tus cinco hermanos, y que Julio te aplauda, y que hombres como Zalla se conviertan á tu lado en lebreles. Abrázame, y hasta mañana. Roberto y yo quisiéramos que fueses tú el que nos enseñaras á Nápoles.

—Os dedicaré todo el dia.

—El famoso Roch sólo sabe hablarnos de mástiles, timones, hachas de abordaje y *zafarranchos*, y el buen Alvaro em-

pieza contigo para concluir con Syra, vuelve á emprenderla con su protector, y no sale del uno y de la otra.

—Recorreremos los tres la ciudad y sus pintorescos alrededores. Para ganar tiempo y economizar paciencia, iré yo tambien disfrazado como vosotros, y pasearemos á caballo.

—¡Brava idea!—exclamó Roberto.

—Entónces, hasta mañana.

Los cinco se estrecharon, retirándose á sus respectivos lechos.

—El duque del Imperio, solo ya con su criado Ros, se dejó desnudar sin expresar frase alguna. Cuando estuvo en cama, dijo al sirviente:

—Nuestra marcha se realizará en breve, y áun cuando vamos disfrazados y así probablemente permaneceremos ínterin estemos en Francia, es preciso añadas un par de trajes por si tuviera necesidad de hacer uso de ellos. Las armaduras y el resto de mi equipaje lo mandas á Madrid.

—¿Llevo para mí ropas decentes?

—No, y entiende que nos servirás á Zalla y á mí, pues no conviene que vayamos juntos más de seis. Doy por hecho que sólo usaremos traje calabrés, por cuya razon únicamente para mí guardas los dos trajes de que te he hablado ántes. De este modo nuestras maletas serán, al parecer, propias de miserables vagabundos.

—¿Andaremos mucho por ese delicioso país?

—Par diez, cruzaremos toda Francia de Norte á Sur y de Este á Oeste.

—¿Menudearán los lances?

—Acaso.

—¿Las espadas se aburrirán dentro de las vainas?

—¡Ay, Ros! más que estocadas serán intrigas lo que realizaremos allí. Posible es, sin embargo, que haya de todo.

—¡Bonito viaje!

—Delicioso.

—Si conseguimos dejar en libertad á los señores conde

de Monterubio y marqués de Abella, entónces será completa la diversion.

—Sí, por el estilo de las que nos proporcionaron Catalina de Médicis y sus agentes en París.

—Ahora que conocemos perfectamente el terreno, juzgo que los músicos calabreses, llevando de director de orquesta al duque del Imperio y por batuta su invencible espada, nada dejarán por hacer.

—No piensas mal.

—Como las faldas son el alma de las intrigas, tambien habrá mujeres de por medio, entre las que ya veo una aristocrática dama enamorada de mi señor, y una dulce camarera contando sus cuitas á este mísero criado.

—Podrá ser, pero estaré alerta, Ros.

—No importa, amo mio; las francesas las cogen al vuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada; que vuestra desconfianza en mí disminuirá en breve. Ya ardo en deseo de que dejemos á Nápoles.

—Yo tambien, y á la vez me espanta la idea de lo que vamos á sufrir.

—No os entiendo.

—Me van ya molestando las camas de las posadas, las comidas de las ventas, las nieves de los Alpes y el polvo de los llanos.

—Ya estamos acostumbrados, y para que á vos os falte un colchon de lana y un ave en la mesa, es preciso que no existan en la comarca donde nos encontremos.

—Prefiero los de mi palacio.

—Lo creo; pero aquellos están verdes, y en mucho tiempo no hay que pensar en ellos.

—Cómo ha de ser; durmamos esta noche, y que el destino disponga lo que quiera de nosotros.

—¿Os dejo ya?

—Sí.

—¿A qué hora entro?

—A las ocho.

Media hora después reposaban todos los habitantes del palacio, á excepcion de los indispensables centinelas pertenecientes á la guardia del virey.

A la mañana siguiente pasaron Osorio, Roberto y Odon á saludar á los desposados, ocupando el resto del dia en admirar las bellezas de Nápoles y sus pintorescos alrededores. Comieron en Pórtici, y no regresaron á su casa hasta las ocho de la noche. Apénas hubieron entrado, dijo Ros á su amo:

—Señor, el gobernador estuvo hace poco, y no hallándoos, me dijo que le avisara en el momento que viniéseis.

—Bien; que enganchen mi carroza, y cambia mi disfraz por un traje de terciopelo. Abrevia.

Cuando el sirviente hubo evacuado el encargo, preguntó á su amo:

—¿Qué digo al señor gobernador?

—Vísteme, y en concluyendo le pueden anunciar que le espero á las diez.

Poco después montó el duque en el carruaje, partiendo solo al convento de capuchinos.

Hora y media más tarde regresaba á su casa, donde permaneció encerrado con el gobernador hasta las doce de la noche. Al despedirse brillaba la alegría en el rostro de Osorio.

Durante los tres dias que aún tardó en llegar el príncipe de Italia, continuó Flaviano visitando á sus cuatro protegidos Angelina, Augusto, Vignati, Busato y Marta; enseñó á sus dos hermanos lo que les restaba ver de la poética ciudad, y tuvo várias entrevistas con el gobernador, de todas las que salia muy satisfecho y provisto de documentos que aquél le daba y el duque leia y ocultaba cuidadosamente.

Los condes de Vignati eran ya dos tórtolas, cuyo amor crecia por momentos; los penitentes estaban siendo modelo de abnegacion, arrepentimiento y vida ejemplar; el pueblo de Nápoles bendecia á Osorio; los nobles le adulaban pública y privadamente, y la sociedad toda miraba un gobierno paternal

en la dominacion española. Algunas medidas del duque bastaron para mejorar la condicion de las clases menesterosas, la justicia se aplicaba con rectitud, y al caos de las conspiraciones y revolucion siguieron la paz, el sosiego y la quietud. La presencia de Flaviano era ya inútil en el reino de Nápoles; así lo comprendia él, y en verdad que le iba molestando la ausencia del príncipe. Hasta el quinto dia de la marcha de Silva entretuvieron á Osorio sus cotidianas visitas, no interrumpidos paseos y una intriga del gobernador, relativa á su próximo viaje á Francia; pero aquella se realizó á medida de su deseo, y desde este instante, fija la idea en el castillo de Ibrí, no pensaba en otra cosa que en la libertad de Mauro y de Rogelio, tan ansiada por él como dilatada por la ausencia de Julio.

En tal estado se metió en cama en la noche del quinto dia que faltaba el príncipe, molestado por la incertidumbre y con un principio de hastío que el sueño destruyó por algunas horas.

CAPITULO VII.

Regreso.—Conferencia.—Despedidas.—Principio de un viaje que Dios sabe cómo concluirá.

Serian las siete de la mañana cuando el duque del Imperio abrió los ojos, y notando que su criado se hallaba en la alcoba, le preguntó:

—¿Qué hay, Ros?

—Esperaba á que despertáseis para daros una agradable noticia.

—Habla.

—A las dos de la madrugada entraron en el palacio el señor príncipe de Italia y su criado.

Osorio se sentó, y tirando la ropa de la cama, le interrogó con viveza:

—¿Qué dices, insensato?

—La verdad, señor.

—¿Por qué no me has avisado?

—Nada supe hasta esta mañana que me enteró el sirviente de Zalla, único que estaba despierto y pudo, en consecuencia, recibirlo.

—¿Dónde se encuentra?

—En la alcoba y cama que usó el capitan Augusto; como era la única que estaba dispuesta, allí se acostó. Segun me ha dicho mi compañero, le prohibió que molestase á nádie, encargándole que nada dijese hasta que nos viera en pié.

—¿Sabes si duerme?

—Creo que sí, señor.

—Vísteme al momento.

Quince minutos después entraba Flaviano en la estancia de Julio; éste se hallaba en cama aún, pero al ver á su hermano, se incorporó para estrecharle con la ternura que tenía de costumbre. El duque le preguntó:

—¿Llegas bueno?

—Sí.

—¿Cómo te recibió Su Santidad?

—Lo mismo que yo imaginaba.

—¿Luego traes la bula en favor del Navarro?

—En toda regla.

—Trabajo te habrá costado conseguirla.

—Bastante; pero con ella destruiré, Dios mediante, las locas pretensiones de los católicos de Francia, el error en que están los hugonotes, y la insensata idea de mi primo Felipe, pues has de saber que aspira á la corona de Francia.

—No me extraña; heredó esa idea de su padre, y cuando aquél no lo consiguió...

—Fué porque el mio se opuso.

—Como tú ahora lo haces con el hijo.

—Hay alguna diferencia; Cárlos I apoyaba tan colosal pensamiento en el derecho de conquista, y Felipe II en el que realmente tiene su hija como heredera de la reina Isabel de Valois. Cuenta además con un partido respetable y con cási todo el pueblo de París; pero así y todo daria lugar á una guerra sangrienta, y mi conciencia me impone la obligacion de evitarla.

—Supongo que la corte de Roma conoceria esa intriga.

—Y la apoyaba con insistencia.

—¿Cómo has logrado convencerla?

—Me he entendido con Su Santidad, único á quien visité y dí conocimiento de lo que me proponia. Al principio vaciló; le recordé el nombre de mi padre, algunos de sus hechos, y ante su memoria accedió á mi deseo á la tercera entrevista, y después de muchas horas de debate. Intervinimos en el desenlace de este acontecimiento el Padre Santo, un cardenal secretario y yo; los demás ignoran lo pactado.

—¿Se habrá extendido la noticia de que estuviste allí?

—No.

—¿Estás seguro?

—Muy cierto.

—¿Cuándo marchamos?

—Para evitar que me descubran aquí, despídete hoy de las personas que juzgues necesario, sin decirles la hora de la marcha; evacua á la vez los asuntos que tengas pendientes; á las ocho de la noche tendremos una corta entrevista con el prior del convento de capuchinos, y seguidamente nos trasladaremos al navío de guerra *San Quintin*, que permanece esperándonos en el golfo. ¿Podrá ser?

—Sí, y en verdad que me ha de sobrar tiempo; me despedí ya de cási todas las personas que debia hacerlo, terminé todos mis negocios, y sólo esperaba tu regreso para que partiésemos.

—Me alegro.

—Te advierto que desea visitarte el gobernador, y creo conveniente que accedas á su demanda.

—Que venga cuando quiera. ¿Y el santo, qué dice, Flaviano?

—Se incomoda cuando supone que vacilo, y me aconseja con insistencia la fe.

—Esos privilegiados séres, hermano, no suponen nunca; distinguen la verdad como tú el sol que nos alumbra; por eso te recomiendo yo tambien que deseches la más leve duda.

—Ya no abrigo ninguna.

—¿Persistís los dos en aquella idea?

—Julio, yo tengo mi plan concluido y en toda regla. ¿Y el tuyo?

—Por el camino lo tracé, y ya me esperarán algunos partidarios franceses en Niza.

—¿Luego vas por ese condado?

—Sí.

—¿Te guiarán bien?

—No lo dudes; me acompañarán algunos grandes, é iré seguido de un fuerte destacamento hasta París, donde nos hospedaremos de incógnito.

—¿Gente leal?..

—Compañeros de Dreux y á los que conozco como á tí.

—Yo voy por camino más corto; desembarcaré en Génova, y por Suiza entraré en Francia; entraremos, mejor dicho, pues me llevo á Zalla y mi criado.

—¿A nádie más?

—En la subida de los Alpes me aguardan tres pobres músicos calabreses, con los cuales formaremos una orquesta de seis, que ha de asombrar con sus preludios.

—Zalla y Ros, bien; pero examina á los otros, porque los italianos...

—En mi pueblo natal hay de todo, y los tres supuestos calabreses se dejarian matar por mí.

—¿Los conozco yo?

—De nombre.

—¿Quiénes son?

—El marido é hijos de mi nodriza.

—¡Ah! Nada replico. ¿Se aviene ella á que la abandonen?

—La visito diariamente, y es tan ciego su amor hácia mí, que sólo habla de mi presente y futuro.

—En ese caso, y puesto que tú sólo mandas aquí, dispon lo conveniente para nuestra partida, despídete, y á las ocho regresa por mí.

—Muy bien; entera á Odon y Roberto, y no esperadme á almorzar ni á comer.

—Lo habia supuesto. Adios.

Osorio buscó á su criado, al cual dijo:

—Nos embarcaremos después de anochecido en el navío *San Quintin* que está en el golfo; di que preparen mi carroza, y no me aguardes hasta la hora de marchar.

—¿Qué más?

—Eso sólo. Abrevia.

—Pero...

—¿No está todo corriente?

—Sí, señor.

—Entónces, ¿por qué vacilas?

—Bueno, haré eso y lo demás que se me ocurra.

El duque entró en la habitacion de Zalla, el cual se disponia á visitar á Julio de Silva, cuando le detuvo Osorio, diciéndole:

—Maestre, partiremos esta noche en el navío *San Quintin*.

—¿Llegó bueno el señor príncipe?

—Sí.

—¿Puedo verle?

—No hay inconveniente; pero ántes oidme: me acompañais á Francia.

—Me alegro.

—Traje, el que os dé mi criado.

—¿Otra vez nos disfrazamos?

—Y por mucho tiempo.

—Sea en buen hora.

—Guardad vuestro instrumento de música, que áun cuando lo haceis mal, es necesario en esta ocasion.

—Os empeñais en que toque, y la verdad es que no tengo inclinacion á la música.

—Ya sé que os gusta más el manejo de la espada; pero el hombre debe saber de todo.

—Eso lo logra el que puede.

—Lo consigue el que quiere. Es una vergüenza que mi criado os aventaje.

—Feliz ocurrencia; el virey de Nápoles reprendiendo á un maestre de campo porque maneja mal la cítara.

—Verdad es; pero ese instrumento me va á ser más necesario que vuestro acero, valor y denuedo en lo futuro.

—Maestro, ya me aplicaré.

—Lo dudo; pero malo y todo no puedo prescindir de vos.

El duque montó seguidamente en su carroza, y visitó al gobernador, despidiéndose de él y encargándole que fuese á ver al príncipe cuando quisiera. Después le dió algunas instrucciones, añadiendo el despacho por el que volvia su poder al antiguo virey; otro con el nombramiento de Vitali, y acto contínuo se dirigió á casa de su nodriza. Marta supo con alegría que Osorio almorzaba á su lado y con profundo sentimiento que era aquella la última vez que le veia. La infeliz humedeció con lágrimas las viandas que probaba, y al recibir el postrer abrazo de Osorio cayó sin sentido en brazos de sus dos criados.

Afectado el duque, partió de allí, hizo várias visitas, y terminadas á las tres de la tarde entró en el palacio Vignati, comiendo y pasando la tarde junto á Angelina y Augusto. Les refirió su próxima partida, y ámbos lloraron como la nodriza. Flaviano añadió algunos consejos, dió instrucciones á Vitali, les invitó á que fuesen á Madrid después que él hubiera regresado, y á las siete volvió á hacer uso de su carroza, afectado nuevamente y dejando á los condes de Vignati en el zaguan del palacio, tristes, afligidos y bañados en lágrimas.

El duque se encaminó á su morada, dió las últimas órdenes á Zalla y Ros, se despidió de sus criados, y nuevamente del gobernador, al que halló hablando con Odon y Roberto, y entrando en la habitacion del príncipe de Italia, exclamó:

—Hermano, mandé á decir desde el palacio Vignati al prior de capuchinos que nos esperase, y es la hora señalada al efecto.

—¿Está todo corriente?

—Todo.

—Entónces salgamos.

Y cogidos ámbos del brazo, se dirigieron al mencionado convento. Ya en él, preguntaron por el superior, y sabiendo que les aguardaba en su celda, penetraron en ella. Osorio fué á hablar, pero se levantó el anciano religioso, y sin que pudiera evitarlo Julio, besó su mano derecha, exclamando:

—Príncipe, sois digno del venturoso mortal á quien debeis la existencia.

—Soltad, por Dios,—dijo Silva sorprendido.—¿Quién os ha dicho mi nombre?

—¿Me he equivocado? ¿No sois el digno heredero de Alberto de Silva?

—Tengo á dicha contestaros afirmativamente, si bien un padre tan bueno merecia un hijo más perfecto.

—Tambien era él modesto como vos; en su mirada ardia ese fuego que veo en la vuestra; su blanca y despejada frente se trasladó á vuestra cabeza, y os pareceis, en fin, tanto, que en iguales circunstancias obrariais lo mismo.

—Me juzgo, padre, bastante inferior en todo; mas sea de esto lo que quiera, os ruego contesteis á mi pregunta.

—No recuerdo.

—¿Quién os ha dicho que yo soy el príncipe de Italia?

—Básteos, señor, con que no me haya equivocado.

—Me complace la adivinacion del uno y la sorpresa del otro, — exclamó el duque del Imperio;—y en tanto que debatís sobre ese ú otro tema, permitidme que vea por última vez á mis protegidos.

Y desapareció, dejando á Julio frente al capuchino absorto y admirado. Ambos se contemplaron algunos segundos, diciendo por fin el superior:

—Acercaos; ocupad ese sillon, yo este. Supe que queriais verme, y os conocí al entrar, mas ignoro el objeto de vuestra visita. ¿A qué debo tan señalada merced?

—El hombre como vos, modelo de caridad cristiana y de

abnegacion, no puede hallar favor en los que venimos á interrumpir sus oraciones; lo recibe el que entra aquí, y eso me trajo ante vos. Mi padre, señor, vestía tambien un grosero sayal como el vuestro; su barba espesa y larga se parecia á la que usais; al fuego de sus ojos habia ido reemplazando la bondad que asoma á los vuestros; sus acciones eran semejantes á las vuestras, y le llamaban el santo como á vos. Sois, pues, el retrato más parecido que tuvo en el mundo, y lo que yo gozo al contemplaros no hay palabras con que describirlo.

—Son sinceras vuestras frases; teneis por cierto lo que expresan; pero no lo es ménos, príncipe, que os trae aquí una segunda idea.

—Adivinadla, señor.

—Se refiere al duque del Imperio; nada más sé.

—Bastante es, sin embargo; dijísteis lo que sentí y no comuniqué á nádie.

—Hablad, hijo mio.

—Es torpe y ruin abrigar dudas cuando deben ser reemplazadas por ciega fe; mas en la ocasion presente las tengo yo, y me disculpa el amor que profeso á Flaviano de Osorio. Decidme, padre, ¿debo dejarle que atraviese Italia, Suiza, Francia, y que en medio de sus enemigos obre con entera independencia y á merced de un millon de puñales que se alzarán contra su pecho si llegan á descubrirlo?

—El virey, vuestro hermano, príncipe, acaba de demostrar en Nápoles cordura, acierto y prudencia que superan á toda exageracion.

—Ya sé que fué un héroe; pero se trata de asunto más difícil, complicado y expuesto.

—¿No os merecen confianza su genio y valor?

—Absoluta.

—Entónces dejadlo que vaya á Francia solo ó como quiera.

—Si él hace allí lo más, es inútil que yo...

—Intentad vos lo ménos.

—¿Creeis, por ventura, que está asegurado su triunfo?

—Entiendo, príncipe, que mereció la proteccion Divina.

—¿Y no le abandonará?

—Si él no falta, segura la tiene.

—¿Opinais que en una ocasion cualquiera se hará indigno de tan supremo bien?

—Lo probable es lo contrario.

—¿Por qué no sois más explícito con quien tanto os admira?

—¿Por qué no imitaís tambien á vuestro padre en la fe?

—¿Lo veis? Recordad que os dije no nos pareciamos con la identidad que suponiais.

—Por qué vos no quereis.

—Me juzgo mucho más débil.

—Sed justo con vos.

—¿Nada más os es dado decirme sobre el duque?

—Eso sólo.

—Hablemos de otra cosa, si lo teneis á bien.

—Con mucho gusto.

—Vengo de conferenciar con el Padre Santo.

—¡Ah! lo aplaudo.

—Logré convencerle de la justicia que asistia á la demanda que me llevó á Roma.

—Es una idea que debió apoyar.

—¿Conque la conoceis?

—Sí, señor.

—Me alegro mucho. ¿Lograré realizarla?

—Acaso; depende de lo acreedor que se haga Enrique de Navarra al bien que de ella pueda resultarle.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Siento, padre mio, que no esteis conmigo tan explícito como lo fuísteis con Osorio.

—Mísero siervo, hago en la tierra lo que me manda mi Señor.

—Dadme siquiera un consejo.

—Oidlo: vacilais en la ocasion presente por lo difícil y arriesgada que creeis vuestra mision; os sobran interés, acierto y discrecion; añadid la fe, mucha fe, y seguid adelante sin temor ni duda. Cuando toqueis el resultado, sea cual fuere, hijo mio, bendecid á Dios, aplaudiendo con entusiasmo el que se haya cumplido su voluntad.

—Gracias; eso mismo creo, y si me vísteis vacilar, lo motivó el que en la ocasion presente me salgo de los preceptos de mi soberano, pienso regalar una corona real, y en este juego tomarán parte millones de almas.

—Nada de eso importa; vuestra conciencia está más alta que el cetro de los monarcas, y cuando se obra con el rigorismo que vos puede intentarse todo, inspirado por aquella, y sin reparar en las oposiciones y obstáculos que se encuentren.

—Pensé al principio que os negábais á satisfacer mi deseo, y ahora confieso el error; perdonad mi torpeza.

—Tuve á gran dicha complacer al hijo del santo, del privilegiado sér cuya memoria admiro y respeto.

—Cuánto bien emana para mí de esas frases; tales elogios en vuestros labios prestan á mi alma dicha suprema.

—Hago sólo justicia al que fué superior de la órden de Trinitarios, al inquisidor que quemó únicamente con las llamas de amor que brotaban de su pecho.

En este momento apareció el duque del Imperio, llevando el rostro encendido y húmedos los ojos. Julio se puso en pié, y estrechándole una mano, le preguntó con interés y afecto:

—¿Qué acontece, hermano?

—Nada, Julio; al despedirme de mis protegidos fueron tantos sus extremos por mí, que me conmovieron hasta el punto de arrancar lágrimas de mis ojos. Huyamos de este lugar, que me atormenta demasiado la pena.

—¿Eso dices delante de tan venerable anciano?

—Sí; tambien siento abandonarle; esta despedida no destroza ménos mi pobre corazon.

El sacerdote los miró con creciente alegría, se puso en pié, alargó los brazos, y alzando la frente, les dijo:

—Partid donde Dios os manda; pero ántes arrodillaos.

Los dos le obedecieron; el religioso fijó las manos en sus cabezas, añadiendo:

—La Providencia os acompañe; su bondad inmensa, admirable, os inspire y guie. La bendicion que os echo sea el agua santa que os separe del mal y os conduzca al bien. Alzad, hijos mios; es la última vez que nos vemos en el mundo; abrazadme, y hasta que un dia no lejano ¿lo oís? no lejano, nos volvamos á unir en otra region donde no se llora ni se sufre.

Hubo entre los tres una escena muda que no podemos describir, pero que adivinarán nuestros lectores, terminada la cual, cayó el fraile sobre su sillon miéntras el príncipe y el duque abandonaban el convento, llevando los ojos humedos y el corazon comprimido. Ya al aire libre, preguntó Julio:

—¿Dónde vamos, Flaviano?

—Al muelle, hermano. Aligera el paso; temo que los condes de Vignati, Marta ó algun otro de los muchos séres á quienes amo y dejo en Nápoles, nos salga al encuentro y me acabe de acibarar estos penosos instantes.

—¿Saben á la hora que partimos?

—Tuve buen cuidado en callarla.

—¿Y el sitio por donde salimos?

—Ménos aún.

—Entónces nada temas.

En este momento dieron vista al muelle; en el centro distinguieron á un hombre que, con los brazos cruzados y la mirada fija en ellos, les esperaba. Era Roch, el cual mandó retirar hasta los centinelas para que nádie pudiera reconocer al príncipe y al duque.

—¿Podemos partir?—le preguntó Osorio llegando.

—Cuando gusteis.

—¿Hay bote dispuesto?

—El mejor que tiene el navío *San Quintin*.

—¿Y nuestros hermanos, Zalla y criados?

—Los tres primeros nos aguardan en el esquife; los últimos há tiempo que se embarcaron en union de los equipajes.

—A la mar.

—Pues á la mar.

Y guiados por nuestro bravo catalan, bajaron la escalera, saltando al bote donde esperaban seis marineros del navío, Odon, Roberto y Alvaro.

Un minuto después partió la diminuta embarcacion en busca del *San Quintin*. Osorio tendió la última mirada sobre el poético Nápoles, y ahogando un suspiro arrancado del corazon, se volvió hácia sus hermanos, triste, ensimismado y pesaroso. Ninguno desplegó los labios ni intentaba otra cosa que dejarse conducir al buque.

Nádie estorbó la marcha de nuestros viajeros; la noche estaba oscura, y el bote cruzaba el agua sin otro ruido que el indispensable producido por el choque de sus seis remos sobre las rizadas ondas del puerto.

De este modo llegaron á la escala real del navío, por donde subieron los cinco generales y el maestre, sin recibir honores de ninguna clase. El príncipe lo habia dispuesto así, y los doscientos hombres, entre soldados y marineros que contaba el *San Quintin*, le obedecian con ciega sumision.

El comandante y oficiales del navío les salieron al encuentro, y después de saludarles, dijo el primero á Roch:

—Mi general, cumpliendo con las órdenes de S. M., os entrego el mando del navío *San Quintin*.

—Ese es vuestro deber; pero se halla presente su excelencia el príncipe de Italia, generalísimo de mar y tierra, y no puedo aceptarlo sin su permiso.

—Conducidnos, general Roch,—exclamó Julio,—primero á Génova y luégo á Niza; sed absoluto en vuestras determinaciones, viendo en mis hermanos y en mí cuatro compañeros únicamente.

Silva comprendió lo afectado que se hallaba Flaviano,

y cogiéndose á su brazo, bajó á la cámara de popa, seguido de Odon, Roberto y Zalla, procurando entre los cuatro distraerle.

Nuestro marino Roch, rodeado del comandante y oficiales del navío, respiró con orgullo y satisfaccion: se hallaba en uno de los buques más grandes de los que contaba entónces la primera marina de Europa: disponia de veinte cañones del mayor calibre, de doscientos hombres diestros unos en el manejo de las armas y los otros en el del barco, y con éste y aquellos no temia el valeroso catalan á todas las escuadras de la nacion inglesa.

Lo primero que hizo fué reconocer el buque y la gente; luégo miró al cielo, y seguidamente dijo al comandante:

—Sopla viento del segundo cuadrante, y aunque con trabajo, podemos salir; mandad al momento levar ancla, proa al Oeste, y abandonemos el golfo con la posible brevedad.

El segundo jefe ocupó su puesto, comenzando á dar voces de mando, que eran obedecidas instantáneamente por la ligera y hábil tripulacion del *San Quintin.*

La escala real empezó á subir; á la vez lo verificaba la cadena del ancla hasta quedar ésta colgada en su sitio; las velas principiaron á desplegarse; el timonel se colocó en su lugar, y un cuarto de hora más tarde viró en redondo el enorme barco, cortando luégo su quilla las negras y silenciosas aguas de los mares de Italia.

Roch, desde el castillo de popa, gozaba viendo la destreza de los marineros, la rapidez de los grumetes, la práctica de todos y lo acompasado y exacto de sus movimientos. Cuando el navío anduvo, y se convenció de que era inútil su presencia sobre cubierta, delegó en el comandante sus facultades, y se bajó á la cámara, donde halló sentados á los cuatro generales y al maestre. Al verlo el príncipe, le dijo:

—Creo que vamos ya hácia Génova.

—Sí, en un hermoso buque parecido á nuestro *Leon.* ¿Recordais?

—Perfectamente. ¿Qué viento sopla?

—Contrario; pero andaremos algo; al amanecer variará, y adelantaremos con el sol lo que perdamos á la sombra.

—¿Por qué os bajais?

—No hago falta alguna, ni pienso subir hasta que sea de dia.

—Veo que dais á vuestra faja la importancia que merece.

—En el sitio por donde cruzamos ahora la gané; vamos dejando debajo los cascos, los mástiles, cañones, hombres y cuanto traian aquellos piratas que yo en media hora mandé al fondo del mar.

—¿Os entusiasma el recuerdo?

—Mucho.

—No teneis corazon.

—Al contrario; en aquellos momentos se convirtió en bronce.

—¡Si yo hubiera estado aquí!..

—Hariais lo que el señor duque del Imperio, ni más ni ménos; cuando él llegó se hallaba terminada la refriega, y sólo pudo ver las masas que me aplaudian y oir los vítores que me tributaban.

—Pero debísteis notar que la gloria de Flaviano apagó la vuestra.

—Verdad es; mas entre los marinos quedó grabada con caractéres indelebles.

—Uno y otros se olvidaron del fiero Roch para elevar sobre él al generoso y humano vencedor.

—Contra las panteras del Mediterráneo preciso era un tigre español.

—Pudísteis destruir los barcos, triunfar de todos vuestros enemigos y luégo salvar sus vidas, llenando de asombro, más aún que con vuestro valor y acierto, con la hidalguía del perdon.

—Eso se logra en tierra; en la mar es muy difícil, si no imposible.

—¿Por qué?

—Las distancias son mayores, fácil la retirada, y en ocasiones como aquella, cuando llega la piedad al corazon del marino suelen estar sus contrarios en el fondo del agua.

—Asoma tan tarde al vuestro...

—Prefiero eso á que desaparezcan del sitio de la pelea con buque, armas y cuanto traen.

—Ya sé que os pude hacer lo que me propuse, con la sola excepcion de generoso.

—¿Qué tiene el señor duque del Imperio esta noche?

—Le aflige abandonar para siempre los objetos queridos que deja en Nápoles.

—Ya; y por eso está tan triste.

—Sí; á vos no os sucederá lo mismo.

—Claro es; yo me llevo las únicas afecciones que traje.

—Pocas serían, Roch.

—Dos nada más.

—¿No cobrásteis cariño,—le preguntó Osorio,—al patron de la galera *Trinidad?*

—Sí, á fe mia; pero ese habrá regresado ya á España.

—Segun me ha enterado Zalla estuvísteis poco pródigo con él.

—No; le dí quinientos ducados por los desperfectos que sufrió su barco, é igual cantidad por los servicios que nos prestó durante el tiempo que ha permanecido á mis órdenes.

—¡Y todavía dice el príncipe que no sois espléndido! Otro hubiera añadido dos mil más por la lealtad y heroismo con que nos sirvió.

—Deseaba vengar la afrenta recibida, y en obedecernos ganó él más que nosotros. Recordad que en las costas de España salvé su barco, y vos hicísteis lo mismo frente á Córcega.

—Cierto; mas él es un pobre navegante y nosotros ricos y poderosos.

—Pues marchó tan contento y satisfecho, que bendecia vuestro nombre y el mio, sintiendo no poder acompañarnos á todas partes.

—Parece que no anda el navío, Roch,—dijo el príncipe.

—Va muy despacio por falta de viento y serle contrario el poco que sopla.

—¿Estais seguro que cambiará pronto?

—Al amanecer, segun os he dicho.

—Entónces aprovechémonos de esta calma para dormir con más tranquilidad.

—Opino lo mismo.

El príncipe, Flaviano, Odon y Roberto ocuparon el principal camarote, Zalla y Roch el que les seguia, y una hora más tarde reposaban los seis. Acostumbrados á la navegacion, se hallaban á poco de entrar en un buque como en su propia casa, no siendo motivo el columpio y vaivenes para que ellos dejasen de entregarse al sueño, comer y pasear segun lo verificaban en tierra.

No consiguiendo el príncipe de Italia arrancar del cerebro de Osorio la idea que le atormentaba, dejó de hablarle, juzgando que la quietud y el reposo lo lograrian.

CAPITULO VIII.

Las costas de Italia.—Tierna despedida.—Génova, Cerdeña, Milan y Suiza.—Entrada en Francia.

Antes que Julio, Odon y Roberto, se levantó Osorio sin hacer ruido alguno para no despertar á sus compañeros, y cogiendo un anteojo corrió al castillo de popa, dirigiendo una mirada ávida en busca de las costas de Nápoles. Pero llevaba el navío algunas horas de caminar de bolina, y se hallaba ya frente á los estados Pontificios.

Todavía el duque anhelaba distinguir á favor de la óptica lo que era imposible ver, cuando se le acercó el general Roch, diciéndole:

—No os molesteis, señor duque; contra el *San Quintin*, no hay pirata posible ni enemigo capaz de hacerle frente.

—No miraba eso, amigo mio; intenté vanamente percibir mi pueblo natal.

—Si estamos á cincuenta millas de Nápoles.

—Ya noto que el navío corre segun anunciásteis anoche.

—Par diez, olvidaos de ese pueblo donde intentaron asesi-

naros várias veces y en el que no sucumbimos todos por milagro de Dios. Cierto es que os aplaudieron mucho y que vuestra nodriza y los condes de Vignati os aman y suspirarán por vuestra ausencia; pero eso no merece la pena de estar triste, ni lograis otra cosa que atormentaros y aburriros. Mirad hácia la izquierda; el espacio nos esconde los Alpes, pero allí están, y á la parte opuesta el reino de Francia.

—Ya lo sé.

—Pues bien; en ese suelo maldito suspiran entre cadenas y muros el conde de Monterubio y el marqués de Abella.

—No lo creais; mis hermanos tienen por cárcel un paralelógramo extenso; ven el sol desde que nace en Oriente hasta que llega á su ocaso; pasean, hablan, y léjos de suspirar, están más altaneros que nunca.

—Eso es una vana suposicion.

—No, es la realidad.

—Señor duque, aunque empezaran como decís, se encuentran en poder de sus enemigos, éstos son implacables, y áun cuando principien bien, acabarán mal.

—Acaso digais verdad. ¡Oh, esa idea me martiriza más que la otra!

—No importa; ocupaos de vuestros hermanos, de su anhelada libertad, olvidando lo que ya no tiene remedio.

—Vos, marino de vocacion, educado en el agua y sin otra poesía que la poca que puede inspiraros el proceloso Mediterráneo ó el rugiente Océano, no os es dado admirar como á mí las bellezas y encantos de mi pueblo natal.

—Claro es; en los árboles no vi jamás otra cosa que los padres de la fruta; en las plantas sólo encontré el orígen de aromas que comienzan agradando para concluir promoviendo hastío; en las mujeres, no siendo la mia, veo demonios, y en los hombres contemplé diablos que intentaron asesinarme dormido, despierto, á todas horas, en mi casa, en la calle y en la mar.

—¡Qué disparates! ¿Nada decia á vuestro entendimiento

el horripilante Vesubio en aquellas noches que arrojaba torrentes de lava, y á cuya siniestra luz veiamos el mundo por un prisma sorprendente, aterrador, sublime?

—Nada; huia de él como hubiera podido hacerlo de una boca de infierno.

—¿Nada tampoco aquellos bosques de tilos, plantas odoríferas, flores de mil clases, los cuales formaban un contraste risueño, arrebatador con el perfume que exhalaban, con el canto matinal de las aves, con la brisa de la mañana y con las castas doncellas de ojos negros y rasgados, talle esbelto y mirada seductora?

—Todo eso me decia que me escondiera en casa y mirara el retrato de mi mujer. Se huye de las malas tentaciones, y para no caer en la sima, previene el confesor que se camine siempre por el llano.

—Aquella temperatura siempre agradable, aquellos rostros alegres y encantadores, aquella naturaleza, en fin, que convida á la dicha y los placeres, ¿no os inspiraban ideas llenas de encantos?

—No.

—Roch, vos no sois de carne y hueso como los demás hombres.

—¿Pues de qué me hizo Dios?

—De piedra, pero ordinaria y tosca.

—Gracias. Voy á probaros que al marino no pueden causarle efecto alguno eso que llamais encantos, y que no son otra cosa que puerilidades vuestras.

—¡Insensato!..

—Os he dicho la verdad, y hé aquí la demostracion: volveos á la derecha; ahora fijaos al Este; de pronto no, por grados. Ved esas ondas que van prolongándose hasta el infinito; reparad en aquella vela que en lontananza va poco á poco creciendo; eso os prueba que el buque viene subiendo una pendiente y por consecuencia que el mundo es redondo; admirad ahora cómo aparece el sol por entre las aguas, convir-

tiendo éstas en oro y diamantes; distinguid la majestuosa faz del rey de los astros, y decidme luégo si hay algo en tierra poético, después de haber contemplado ese cuadro.

—Es grandioso; pero eso no roba á los jardines, á los montes, á las aves y ni á las mujeres su innegable belleza.

—Deducid entónces que nosotros encontramos la poesía en los mares y vosotros en la tierra.

—Os equivocais; yo la miro en todas partes donde se halla.

—Es que vos sois poeta, la veis donde existe y la creais donde no está.

—¿De qué os ocupais?—preguntó el príncipe de Italia acercándose, seguido de Odon, Roberto y Zalla.

Los cinco amigos continuaron hablando sobre las deliciosas costas de Italia, los buques y los mares, luégo se ocuparon del conde de Monterubio y marqués de Abella, logrando, por fin, distraer á Osorio é ir poco á poco obligándole á olvidar la idea que tanto le molestaba.

Comiendo unas veces, conversando otras, y siempre de bolina, consiguieron á la cuarta noche de navegacion dar frente á Génova, punto en el cual debian detenerse lo indispensable para que saltaran á tierra el duque, Zalla y el criado del primero. No siendo posible entrar en el puerto por lo tarde que llegaron, dispuso el príncipe que quedara el navío en medio de la extensa bahía genovesa, sin perjuicio de acercarse al amanecer, para que á Osorio le fuese ménos molesto el desembarque.

Los cuatro generales y el maestre cenaron aquella noche, entrando en sus camarotes, pesarosos por la separacion que tan cercana veian.

A las cinco de la madrugada entró Ros, y después que hubo despertado á su amo, fué barnizándole el cútis hasta dejarlo parecido al de los mulatos. Después le ciñó una tupida y fina cota de malla que le cubria todo el cuerpo, con la sola excepcion de la cabeza, piés y manos. Encima fué poniéndole gruesas calzas de grosera lana, chupa de bayeta, gaban de manga

perdida y un sombrero de ala muy ancha, con el cual se completaba el traje calabrés. Zalla iba lo mismo, y de idéntico modo el criado de Osorio, ahora de ámbos.

Cuando estuvieron vestidos los tres, se guardaron sendas dagas y un magnífico par de pistolas cada uno con gran provision de cargas, cogieron sus instrumentos músicos, y esperaron el momento de saltar en tierra.

Llegado aquél, rodearon á Flaviano Julio, Odon y Roberto, diciéndole el primero:

—Hermano, nosotros tres, con Roch y cinco criados, nos uniremos en el condado de Niza á vários grandes franceses; y seguidos luégo de numerosa escolta, atravesaremos la Francia sin miedo á sorpresa ni desastre alguno. Contamos con miles de parciales que nos saldrán al encuentro; con diestros y leales espías, y con el incógnito que usaremos hasta llegar á París. Tú, mi querido duque, caerás en medio de tus enemigos con sólo el amparo y proteccion de Dios; que para tantos como son aquellos, nada valen los cinco que te acompañan. Por eso te recomiendo calma, prudencia, mucha discrecion y no ofender á la Providencia con temeridades que se negaria á apoyar.

Calló el príncipe; Odon y Roberto dieron á Flaviano consejos idénticos, concluyendo por quedarse los tres mirándole fijamente. Nuestro vencedor de Nápoles inclinó su hermosa y ahora barnizada frente, alzándola luégo con noble orgullo y satisfaccion; en sus finos labios apareció una sonrisa placentera; brillaron sus ojos, y con su habitual aplomo les contestó:

—Hermanos, llegaré á París ántes que vosotros, que mi camino es más corto y correré mucho; llevo encima salvo-conductos que equivaldrán á un ejército defensor; me sobran calma y prudencia, esprimiré el entendimiento, y con la ayuda de Dios, acaso logre lo que me propongo; esto es, que os presenteis tarde en Ibrí.

—No confies demasiado, Osorio,—exclamó el príncipe;—los extremos son siempre viciosos.

—¿No te recomendó la fe el prior de capuchinos?

—Sí.

—Pues bien; el término medio es tibieza, y yo no quiero aparecer de ese modo ante Dios ni ante mí. No temais, hermanos. Me llaman al bote; estrechadme, y hasta que la suerte más benigna y bondadosa con nosotros nos vuelva á reunir.

Los tres abrazaron al duque, luégo oprimieron la mano de Zalla, rodeándolos el corto trecho que les separaba del agua.

Osorio y Alvaro saludaron al comandante y oficiales del *San Quintin*, dieron el último adios á Silva, Odon y Roberto, y saltaron al bote, acompañados de Roch y seis remeros.

Cinco minutos más tarde pisaban el muelle de Génova; allí estrecharon al general de marina que regresó acto contínuo, movieron un pañuelo blanco, cuyo saludo fué contestado por tres idénticos desde el navío, dirigiéndose al centro de la plaza que tenían enfrente.

—Ros,—dijo el duque á su sirviente,—¿recuerdas la hostería *Imperial*?

—Sí, señor.

—Pues allí te esperamos; son las siete, á las nueve estarás en el zaguan con tres caballos de buena sangre y arreos que correspondan á nuestro traje. Los hallarás...

—Lo sé, y ántes de esa hora estaré en mi puesto.

—Si te sobra tiempo almuerza.

—Lo haré.

Y desapareció el criado, encaminándose el general y el maestre á un extenso establecimiento situado al extremo opuesto donde se hallaban. Ya en él, entraron en el comedor, diciendo al sirviente que se les presentó:

—Que preparen con calma y nos sirvan un buen almuerzo.

—¿Abundante?

—Cuanto lo permita la hora y la casa.

—Al momento, ca... caballeros calabreses.

—Pobres músicos querreis decir; pero tenemos hambre, y pagaremos bien.

—Con eso último basta.

Media hora después comenzaban á almorzar, permaneciendo largo tiempo sentados á la mesa. Cuando hubieron concluido, pagaron, preguntando al criado:

—¿Qué hora es?

—Las nueve ménos cuarto.

—Quisiéramos saber si han entrado en el zaguan tres caballos que esperamos.

—Há un instante los vi llegar.

—Gracias.

Y se incorporaron con Ros, preguntándole su amo:

—¿Has almorzado?

—Cuanto me pidió el deseo.

—Pues á caballo.

Y montaron, saliendo al trote hasta llegar á la puerta de la ciudad, en cuyo instante les dijo Osorio, que iba entre Zalla y Ros:

—Echaos hácia delante, imitad al mal jinete, y á escape.

Picaron los caballos, y éstos, que eran potros fuertes y ligeros, partieron como flechas por el camino de Génova á Cerdeña. Este era conocido de los tres y muy particularmente de Osorio, y sin duda ni vacilacion podian meterse en Suiza y luégo en Francia, excusando toda pregunta relativa á su marcha.

Nuestros viajeros corrieron cuatro horas sin interrupcion alguna, deteniéndose á la puerta de una venta, donde dieron pienso y treinta minutos de descanso á los cuadrúpedos. En cuanto á ellos, bebieron un vaso de agua mezclada con vino, y con esto se conceptuaron satisfechos.

—Señor,—dijo Ros á su amo,—¿pensais llegar con esos potros á Alejandría?

—Sí.

—Bravos son, pero dudo que resistan otra carrera igual á la que hemos traido.

—Yo respondo del mio.

—Y yo.

—Entónces que descansen un poco más, si os parece.

—A la parte afuera de la venta te esperamos; obsérvalos, y cuando juzgues que es llegado el momento, sácalos.

Y quedaron aguardando á que el criado volviese.

El ventero y demás personas que estaban allí miraban con recelo á los tres viajeros que, mudos é impasibles, permanecian en pié, mostrando indiferencia y desden á cuanto les rodeaba. Habia momentos en que la actitud solia contrastar con el traje, pero no de una manera tan extraña que mereciese dar un parte ó delacion verbal.

Pronto salió Ros, pagó al dueño de la posada, y volviendo á montar los tres, corrieron nuevamente en direccion de Lodi, dejando Pavía á la derecha.

Otra vez el poderoso duque del Imperio se veia obligado á caminar como un pechero y á sufrir las consecuencias de una travesía larga, incómoda y molesta como pocas; pero con dificultad hallaria ocasion en que el noble caballero lo hiciese con más gusto é interés. Ahora no era su patria únicamente la que le impelia á arriesgar la vida, arrostrando toda clase de penalidades; eran aquella y el acendrado cariño que profesaba á sus queridos hermanos Mendoza y Nuñez de Lara. Por esa razon volaba sin tregua ni descanso, cruzando á veces por junto á destacamentos que los hubieran detenido si no atravesaran el camino como relámpagos.

A las dos horas tuvieron que detenerse en medio del camino, echar pié á tierra y dar algun descanso y respiro á sus fatigados potros.

—Señor,—exclamó Ros,—hemos andado en siete horas diez y seis leguas, y nos hallamos en la frontera de Lombardía.

—Ya lo sé; pero es indispensable llegar temprano á Lodi, donde pasaremos la noche.

—Faltan cinco leguas mortales.

—Será á tí al que matarán.

—No, señor, á los caballos.

—Pues es preciso andarlas á caballo ó á pié.

—Nunca corrimos de este modo sin renovar cuadrúpedos.

—Jamás estuvieron prisioneros mis hermanos, ni me interesaba arribar tan pronto al punto de nuestro destino.

—¿Pensais,—dijo Zalla á Osorio,—que lleguemos á París á este paso?

—Ojalá y nos fuera posible. Por desgracia tendremos que cruzar á pié una parte del suelo francés, que ahora vamos por país amigo y luégo sucederá todo lo contrario.

—Opino, señor duque, porque sigamos á un trote ó castellano hasta que logremos mudar de caballos; quedan más de dos horas de luz, hay tiempo suficiente, y de no hacerlo así, es muy posible que esos animales revienten.

—Sea en buen hora; montemos y sigamos hablando.

Así lo hicieron, consiguiendo por fin penetrar á las ocho en Lodi. Dos veces los detuvieron en la Lombardía, pero los documentos que llevaban iban en toda regla, y en el acto de examinarlos les permitieron continuar.

Se alojaron en la posada de *Santa Bárbara*, les dieron cuarto, y no tardó Ros en interrogar á su amo con las siguientes frases:

—Señor, ¿qué hago de esos cuadrúpedos?

—Me gusta la pregunta; los cambias por los mejores que haya en esta villa.

—¿Hallaré quien los quiera?

—Entiendo que sí.

—Lo digo porque son buenos, mas el estado en que se encuentran es fatal. Creo, en consecuencia, que si esperásemos á que amaneciese, podria sacar más partido de ellos.

—Ros, á las cuatro de la madrugada saldremos de aquí; ten dispuestos los mejores caballos que haya en Lodi, y componte como puedas. Marcha.

—¿Preparo comida?..

—No te cuides de nosotros para nada; arréglate tú, y cumple mi encargo, que no necesitamos que nos sirvas ni conviene aparezcas como criado de los que visten traje igual al tuyo.

Salió Ros, Zalla encargó una abundante comida para él

y el duque, y á las nueve se sentaron á la mesa con un apetito de doce horas de abstinencia y de veintiuna leguas andadas. A Don Alvaro le parecian aquellas viandas más sabrosas que las de Nápoles, y mostraba en esta ocasion tanta voracidad, que obligó á exclamar al duque:

—Par diez, me estais dando un mal rato.

—¿Por qué, señor?

—Imitais ahora á mi pobre hermano Rogelio de un modo idéntico.

—En lo mucho que como, ¿es cierto?

—Sí.

—Bien lo hace el señor marqués de Abella; como es tan alto y grueso... ¿Os entristece su recuerdo?

—Bastante.

—Poco después de llegar nosotros á Ibrí estarán él y su compañero el conde de Monterubio en completa libertad.

—Quiéralo Dios.

—¿Qué puerta se resiste á vuestro ingenio y al valor de *jambos?*

—Que os atragantais, Zalla.

—¡Pero qué viandas tan ricas! ¿No lo notais?

—Lo que observo es que comeis con hambre desconocida en vos.

—Encuentro este pavo riquísimo.

—Y el jamon de ántes y cuanto llevais engullido.

—Puede.

—Tragais esta noche como mi pobre Rogelio en campaña. ¡Que os vais á ahogar con ese trozo de ave!

—No, no.

—Soberbio discurso.

—Tenía la boca ocupada.

—Repleta, querreis decir. ¿Vais á comer de ese pescado?

—La colita, si vos no la quereis.

—Os pondré la mitad del pez y estoy seguro que dejareis la espina.

—Venga.

—Esta noche reventais, Alvaro.

—No consienta el cielo semejante atrocidad; experimentaria un sentimiento grande si dejara viuda á mi bellísima Syra.

—Veo que poneis los medios para evitar la indigestion.

—No lo he notado. ¿De qué modo?

—Llevando apurada una botella y parte de otra.

—Es la salsa; los italianos condimentan bien, pero hacen sus guisos poco húmedos.

—Por eso vos convertís vuestro estómago en estanque.

—De vino, señor.

—De vino, que el agua está demás esta noche para vos.

—Veo de postre frutas secas y dulces; esta posada es una gran cosa.

—¿Qué os pongo?

—De todo.

—¿Revuelto?

—Eso no, dejadme, que yo tomaré lo que quiera. Hola, hola; halló el posadero la botella de *lácrima* que le encargué.

—Lodi es una villa de mucha importancia; tiene catorce mil habitantes.

—Y está abastecida como yo no creia. ¿Sólo os poneis dos deditos de ese jarabe que lleva el nombre de nuestro Redentor?

—Me sobra con ellos.

—Mal hecho; me comprometeis á que apure el resto de la botella y á que convierta mi estanque en lago.

—Si tuviéramos que volver á correr concluida la cena, os quedábais en el camino.

—Posible es; pero me habeis dado siete horas, y me sobra tiempo para prepararme. Recordad la máxima de Don Rogelio: «Cuando no hay,» dice, «no se come, pero luégo se desquita lo perdido y se toma adelantado por lo que pueda acontecer.»

—Y que lo hace como lo expresa.

—Le sobra razon.

—Esta noche lo confirmais con hechos.

—Basta ya.

—¿No quereis más?

—Gracias.

—Habeis dejado los cascos de las botellas.

—Y los cubiertos. Voy á llamar para que se lleven esto, y á la cama.

—¿Podeis moveros?

—¡Ya lo creo... Caramba! ¡pues me cuesta trabajo! ¡Mozo!

—Estais ronco.

—Se me tomó la voz.

—Con tanto vino enturbiásteis el agua.

—No; en caso el acento, porque aquella no la probé. Entra; llévate eso, y despiértanos á las diez.

—Mozo, á las cuatro de la madrugada.

—¿Tan pronto?

—Sí; no hagas caso de mi compañero. A las cuatro en punto procura que estemos despiertos si quieres propina.

—Bien, señor.

Y sacó el sirviente la mesa en que habian comido, añadiendo Don Alvaro:

—¡Las cuatro! ¿Pues no es ya la una?

—Son las diez.

—¿De qué, de la mañana?

—Zalla, ¿se os va la cabeza?

—Toma, y la vista; consiste en que anda esta habitacion.

—Acostaos, amigo mio.

—Sí. ¿Dónde está mi cama?

—A la derecha. No, al otro lado.

—Ah, ¿es esta mi izquierda? ¡Maldita poblacion! No me gusta Italia por tanto temblor de tierra... ¡Santiago, cómo se mueve esta casa!

—Maestre de campo, honrais la banda que os concedió S. M.

—Qué quereis; le cayó una gota de vino... Pero si no la tengo. Vaya, vaya, hasta mañana á las dos.

—No, á las cuatro.

—¡Cá! ahora mando yo; me nombro virey de *Voli*.

—No estais mal bolo. ¿Os echais vestido?

—Pues no, que me quedaria en cueros como Adan; yo tengo rubor.

—Esperad; desnudaos esta noche, que Dios sabe si podremos hacerlo mañana.

—No me toqueis, diablo tentador; respetad la autoridad de un monarca con corona de oro. La tengo; sí, señor; siento su peso en mi cabeza, y debe ser muy grande. Estate quieto.

—Dejaos desnudar.

—No me da la gana.

El duque sonreia viendo el estado de Zalla, y revestido de paciencia y cariño extremados, lo despojó de sus vestiduras con más cuidado que lo hubiera hecho un sirviente; después lo cubrió con la ropa de la cama, y retirándose á su lecho, exclamó:

—La carrera y abstinencia merecian que le permitiera comer y beber como lo ha hecho; jamás abusó, y si ahora se entrega á un principio de embriaguez, yo tuve la culpa, que léjos de contenerle, aplaudia sus excesos, harto disculpables en la ocasion presente. Ya duerme; su naturaleza es de hierro, y mañana despertará tan fuerte como siempre. En parte le sobra razon. ¡Vaya unas camas, santo cielo! ¿Habrá quien llame á esto colchones de lana? Queda probado que la embriaguez de Alvaro es sábia. Qué dureza y qué sábanas; peor era sin embargo la cama que me dió Vignati en el sótano, y dormí como ahora lo haré, ni más ni ménos.

Así sucedió efectivamente, continuando ámbos en sueño no interrumpido hasta las cuatro de la mañana, en que despertó á Flaviano la voz de un mozo que les decia:

—¡Músicos, señores músicos, arriba!

—¿Qué hora es?— le preguntó Osorio abriendo los ojos.

—La en que me encargásteis os avisara.

—Deja esa luz aquí, sal, cierra la puerta, é ínterin nos vestimos, cobra de nuestro compañero, que estará abajo.

—Sí, acaba de llegar con tres caballos.

Desapareció el sirviente, exclamando Flaviano:

—¿Zalla? ¿Zalla?

—¿Señor?

—Vamos, que es hora ya de partir.

—Qué frio siento; y estoy desnudo.

—Os embriagásteis anoche y tuve que desnudaros.

—¿Lo decís de veras, señor?

—Tan cierto como os estoy hablando.

—De ser así, merezco la muerte.

—No, amigo mio; más de una vez me servísteis de criado siendo ya capitan y hasta maestre de campo.

—Todo os lo debo, y cuanto haga por vos será poco; por esa razon os suplico que no me tolereis nunca el más leve abuso. ¡Desnudarme vos! Me avergüenza y humilla la idea.

—Tranquilizaos, Alvaro; lo hice con gusto y sin violencia alguna.

—Gracias, noble señor; nada puedo ofreceros, pues há tiempo que os pertenece hasta mi vida.

—¿Os hallais bien?

—Perfectamente. Parece imposible que yo me embriagara de aquel modo; y es lo más raro, que sólo recuerdo haber sentido un pequeño mareo.

—Ya lo creo; os quedásteis dormido en seguida.

—¿Os falté al respeto y á la consideracion que mereceis?

—No; me tuteásteis...

—¡María Santísima! Nada hay más despreciable en el mundo que un borracho.

—¿Os moveis bien?

—Sí, señor.

—¿Podreis correr como ayer?

—Más aún, me encuentro fuerte como nunca.

—De estar débil no sería en verdad por falta de alimento.

—Esperad un poco.

—¿Qué vais á hacer?

—A poneros el gaban, las pistolas y el sombrero, y si me apurais lo hago de rodillas.

—¡Soltad!

—No; os he de servir de criado hasta que lleguemos á Madrid; es el castigo que me impongo.

—Recordad la ciega obediencia que me debeis y concretaos á hacer lo que os mande. Partamos.

Ambos bajaron al zaguan, hallando en él á Ros, sujetando del diestro tres hermosos alazanes.

—¿Qué cambio has hecho, bribon?—le preguntó su amo sonriendo.

—Ya lo veis; no los hay mejores ni en la Arabia.

—Buen pelo, mejores ojos y sin defecto alguno; si son corredores...

—Como el corzo.

—Veámoslo.

Y fué á montar, deteniéndole Zalla con las siguientes frases:

—Esperad, señor, que me he dejado el instrumento arriba. Como no estoy acostumbrado...

—Abreviad.

Subió Alvaro, y cogiendo su enfundada cítara, se la colgó á la espalda, á favor de una correa que rodeaba su pecho, y en la forma que llevaban sus respectivos instrumentos el duque y Ros.

Minutos después entraron nuestros tres viajeros en el camino que conducia al lago de Ginebra, el cual, como es sabido, divide á Italia de Suiza. Los potros eran, segun dijo Ros, fuertes y ligeros, y los jinetes prosiguieron tres horas á escape tendido. Al cabo de este tiempo penetraron en una pequeña aldea, en la que dieron pienso y una hora de descanso, continuando á las ocho su interrumpida marcha.

A escape unas veces, al trote otras y á un castellano sostenido después, anduvieron cuatro horas más, dejando atrás diez y ocho leguas. Se detuvieron, en consecuencia, en un pueblo grande de la carretera, distante todavía ocho horas

de camino de la frontera suiza. Entraron en la mejor posada, diciendo el duque á su criado:

—Esos animales están medio reventados; cámbialos y almuerza, miéntras nosotros comemos.

—Pueden continuar los alazanes dándoles algun descanso.

—Imposible; esta noche hemos de dormir en la posada del *Aguila*. ¿La recuerdas?

—Sí, señor; la que está situada en la falda de los Alpes; pero, amo mio, es una jornada mayor que la que acabamos de hacer.

—Ya lo sé; despacha.

—Temo no hallar en este pueblo caballos que la resistan.

—Traes los mejores que haya, y abrevia.

Desapareció el criado miéntras Flaviano y Alvaro mandaban disponer un almuerzo que no tardaron en empezar á comer.

Zalla quiso estar sóbrio en esta ocasion; mas Osorio no se lo permitió, volviendo á disculpar su embriaguez de la noche ántes.

A la una de la tarde se presentó Ros, diciéndoles:

—Ahí tengo tres golondrinas que correrán bien las primeras horas; luégo, Dios sabe lo que sucederá.

—¿Almorzaste?

—No, señor.

—Hazlo con las viandas que verás allí; paga, y en la calle te esperamos.

Y salieron el maestre y el general, quedando á la puerta de la posada con los brazos cruzados, sin expresar frase alguna. Así permanecieron hasta oir el ruido de los caballos que sacaba Ros.

Eran aquellos de edad indefinible, estaban flacos, y áun cuando acostumbrados al trabajo, no parecia que les fuese posible sostenerlo muchas horas seguidas. Flaviano y Zalla movieron la cabeza con disgusto, exclamando al verlos:

—No corren estos el tiempo que necesitamos.

Sin perjuicio de lo cual montaron, dirigiéndose hácia el camino de Suiza, primero al trote y luégo á un escape que duró cerca de tres horas.

—Alto,—exclamó Osorio.—Estos pobres animales no pueden proseguir así; trotemos hasta llegar á la venta del Cisne.

Y continuaron su camino, riéndose del estado de sus jamelgos.

—Lo peor es, amo mio, —dijo Ros,—que estos no cruzan la distancia que nos separa de la posada del Aguila.

—Les daremos algun descanso en la venta y seguirán ínterin no revienten; el resto lo andaremos á pié si no hay otro remedio.

—Existe, pero era preciso perder la noche, y como teneis empeño en dormir en aquel punto...

—No he de comer hasta que penetremos allí.

—Sea en buen hora; moveremos los piés la mitad del camino.

—Quién sabe.

Y activaron su marcha, deteniéndose poco después en la mencionada venta del Cisne, donde dieron pienso y una hora de descanso á sus fatigados y débiles cuadrúpedos.

Volvieron á montar terminado aquel plazo, diciendo el duque:

—Ea, señores, fijad las espuelas en los ijares, y corramos hasta que uno de nuestros caballos reviente ó caiga, en cuyo caso cada cual coge su maleta debajo del brazo, caminando á pié lo que falte.

—Pronto llegará ese instante.

—Veámoslo.

Y picaron, obligando á los cuadrúpedos á correr más de lo que buenamente podian. Así continuaron tres cuartos de hora. De pronto oyeron Zalla y el duque un golpe, y volviendo la cabeza, distinguieron á Ros que rodaba por el suelo. Ambos se detuvieron, preguntándole el segundo:

—¿Qué es eso?

—Reventó mi golondrina.

—¿Te has hecho daño?

—No, señor.

—Pues abajo, Zalla, y cojamos las maletas.

En el instante que los dos echaron pié á tierra se tendieron sus respectivos jacos, faltos de aliento para tenerse en pié.

—Señor, podeis continuar montados,—exclamó Ros;—yo iré á pié.

—No es fácil; han caido tambien los nuestros, como ves, y sus ojos nos indican que están próximos á espirar.

—Cierto,—añadió Zalla;—el mio no dura dos horas.

—Pues la tierra le sea ligera; sigamos á pié. La frontera de Suiza dista un cuarto de hora nada más.

—Es verdad; pero faltan más de tres leguas para la posada del Aguila, y cási todo es monte.

—Mejor; así no nos molestará el polvo. ¿Temes al camino?

—Lo siento por vos.

—No fuiste nunca ni serás ahora tan fuerte como yo. En marcha.

Ros quiso quitar á su ámo la maleta, pero no lo logró, y llevando cada uno la suya al hombro, comenzaron á andar sin dificultad alguna.

Un cuarto de hora más tarde llegaban á la frontera, siendo detenidos por un destacamento, cuyo jefe les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Tres músicos calabreses.

—¿A dónde vais?

—A Suiza.

—¿Traeis documentos que os lo permitan?

—Sí, señor.

—Entónces id á aquella casita, que el capitan los reconozca, y si os pone el pase, cruzareis al momento.

Osorio hizo seña á sus compañeros para que le siguieran, sacó su pasaporte, y entrando en la referida casa, preguntó á un soldado:

—¿Dónde está tu jefe?

—Entrad, ahí á la derecha lo hallareis escribiendo.

Los tres llegaron hasta él, alargándole Flaviano el documento que necesitaba presentar. Aquél lo examinó detenidamente, y notando que convenian las señas con los indivíduos, les dijo:

—Hace cuatro ó cinco dias pasaron otros tres calabreses en la misma direccion que vosotros.

—Sí, nos esperan en Suiza para formar compañía.

—Vosotros ganais la vida más alegremente que ningun otro mortal.

—De todo hay, señor capitan; tambien lloramos, y la mayor parte del tiempo somos desgraciados.

—Bien te expresas, villano, para el oficio que tienes.

—Qué quereis; recibí buena educacion, y hé ahí la causa.

—No me extraña; vosotros soleis descender todos de un general que murió arruinado, de un grande que no tuvo esposa, ó de un ministro, en fin, que perdió el favor muriendo en perpétua emigracion.

—Mi padre, sin embargo, fué ministro, general y grande.

—¡Ah! el tuyo reunia todas esas circunstancias. ¿No lo dije? ¿Era duque?

—No, conde.

—Já, já, já. ¿Quién le heredó?

—Yo.

—¿Conque eres un grande que viaja de incógnito?

—Digísteis la verdad.

—Me alegro, hombre. ¿A quién vais á robar, á una princesa?

—No, señor; á dos poderosos que la traicion y la infamia los tiene encerrados en oscuras mazmorras.

—¡Bravo! Me estás proporcionando un rato delicioso. Si improvisais la letra y música con tanto acierto como lo que acabais de contarme, vais á encantar á los suizos.

—¿No me habeis creido?

—Sí, hombre; ¿quién podria dudar de tu régia estirpe y preclaro nombre?

—¿Pusísteis el pase?

—Sí, tómalo; pero dime ántes. ¿Te hallabas en Nápoles cuando el duque del Imperio aniquiló la revolucion, en tanto que el general Roch destruia buques franceses y alemanes en el puerto?

—Los tres estábamos allí.

—Cuéntame lo ocurrido; yo te lo ruego.

—Todo ello se redujo á que el duque venció en dos horas, concluyendo por perdonarlos á todos.

—¿Lo viste tú?

—Sí, señor.

—¿Eras de los revolucionarios?

—No.

—Es un héroe Don Flaviano de Osorio; ¡tengo unos deseos de volverle á ver!

—¿Le conoceis?

—Mucho; ¡pero hace ya tantos años que nos separamos!

—¿Dónde hablásteis con él por primera vez?

—En Cartagena; era yo alférez, y por cierto que salvé su vida, las de sus cinco hermanos y algunas otras.

—¡Ah! serviais al gobernador Mendoza, ¿es cierto?

—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

—Os pasásteis á los *invencibles*; unido á ellos, dejásteis en libertad á Elvira y sus dos inocentes hermanos; más tarde voló la torre, y cuando el pueblo cartagenero lloraba la muerte de sus héroes, aparecieron éstos por entre las ruinas... Os acabo de reconocer, señor alférez, elevado á capitan por la gracia y favor del príncipe de Italia.

—Señor músico, tú no eres calabrés, ni tocas ese instrumento; sabes demasiado, y es preciso que me aclares el enigma, ó vais los tres atados codo con codo á Milan.

—Está muy léjos.

—No importa. ¿Hablas?

—¿Qué quereis?

—¿Quién eres?

—Ya os lo dije: un grande, hijo de conde y de ministro.

—Eso es un cuento.

—Es la verdad.

—¿Cómo se titulaba tu padre?

—¿Estamos sólos?

—Ya lo ves.

—¿Nádie podrá oirnos?

—No.

—Pues mi padre se llamaba Alvaro de Osorio, conde de Arahal.

—¡Santiago! Señor, ¿sois efectivamente el duque del Imperio?

—Y este el maestre Zalla, á quien tambien conoceis.

—¿Y el otro?

—Mi criado Ros.

—Cuentan que os disfrazais admirablemente, y acaso digais la verdad; pero sin una prueba no debo dar asentimiento á vuestras frases.

Osorio cogió una pluma, y estampó su nombre y firma en un papel, preguntando al capitan:

—¿La reconoceis?

—Sí, señor; perdonadme, excelencia, si en algo he podido faltaros.

Y se descubrió, ofreciendo su silla al duque. Este hizo pedazos el papel donde trazó su nombre, añadiendo:

—¿Podriais proporcionarme tres caballos?

—Al momento.

—¿Os harán falta?

—Ninguna; primero es V. E. que mis soldados y yo.

—Pronto os darán parte de haber encontrado en el camino otros tres reventados, que dejamos con sillas y demás arreos. No os admire, pues eran los nuestros.

—¿Pensábais seguir á pié?

—¿Qué remedio tenía? De no hallar un antiguo compañero como vos, hubiera llegado andando á la venta del Aguila.

—Compañero no; un leal servidor que daria su vida por V. E.

—Suprimid el tratamiento, recordad lo que hicísteis por mí en Cartagena, y habladme como amigo.

—Gracias, señor; gozo lo indecible volviéndoos á contemplar, pero nada me atrevo á preguntaros.

—Nada puedo tampoco deciros.

—Supongo que vais á Francia, y algo adivino.

—Bien, calladlo, y proporcionadme los tres caballos que os he pedido. Ros os entregará su importe.

—Que yo no tomaré.

—¿Por qué?

—Doy por hecho que me hareis la señalada merced de aceptarlos, como mezquina ofrenda hija de un agradecimiento que me seguirá á la tumba.

—Los tomaré regalados si teneis ese empeño; pero abreviad.

—Sentaos, señor; vos tambien, maestre Zalla, que pronto vuelvo.

Así lo hicieron, presentándose un cuarto de hora después el capitan, que añadió:

—A la puerta de esta casita tienen tres soldados del diestro mi caballo para vos, el del teniente para Don Alvaro, y el de un soldado para Ros. Son buenos, y os pueden llevar en poco tiempo á Francia.

—Sal,—dijo el duque á su criado,—y sujeta las maletas. Avisa en estando. Vos, capitan, ¿deseais algo de mí?

—Señor, si me atreviera...

—Hablad, amigo mio, sin reparo alguno.

—Llevo en Italia diez años, y queria regresar á España, donde me llaman asuntos de familia y el interés de volver á contemplar mi patria.

—¿Podrá quedar vuestra compañía en el Milanesado?

—Sí, señor.

—¿Tiene el gobernador quien os reemplace dignamente?

—Hay dos.

—Muy bien; entónces, como representante de S. M. en Italia, cuyo nombramiento no ha caducado aún, extenderé la órden para que vuestros jefes os permitan partir cuando gusteis. Aquí la teneis; la fecho en Nápoles y el dia ántes de mi marcha. Decid á todos que os la mandé por el correo, y no olvideis que perderá irremisiblemente la vida el que descubra mi incógnito.

—Gracias, señor. ¿Cómo podria pagaros?..

—Estrechad mi mano, la de Zalla, y que Dios os acompañe á nuestra patria.

—El os guie y defienda como hasta aquí.

El duque, Don Alvaro y Ros montaron á caballo, y picando espuela entraron en la república de Suiza, donde fueron detenidos otra vez.

Osorio llevaba en la mano el pasaporte con el pase español, los suizos añadieron otro, y nuestros viajeros continuaron su camino sin nuevas interrupciones.

—Señor,—exclamó Ros,—ese bendito capitan fué llovido del cielo. Ahora sí que llegaremos con comodidad y pronto á la posada del *Aguila*.

—¿Ya te va molestando andar, bribon?

—No es eso; consiste en que mi pobre estómago se va resintiendo.

—¿Y el vuestro, Zalla?

—Tambien.

—Noto con placer, amigos mios, que os pareceis á mi pobre hermano Rogelio; aquel, no teniendo hambre, resiste lo que un leon.

—Ya le he visto yo caminar muchas horas sin probar bocado.

—En cambio maldecia por cierto.

—Suele desesperarse, pero nunca se queda atrás.

—Lo mismo era su padre; ámbos nacieron gastrónomos, y con una fortaleza digna del mayor elogio.

—Segun nos acercamos á Francia aumentan mis esperanzas de verle en libertad.

—Crucemos este llano á escape.

Y unas veces corriendo, otras trotando, y en ocasiones al paso, por lo agreste del terreno que pisaban, prosiguieron su marcha, entrando á las nueve de la noche en la posada del *Aguila.*

Allí les esperaban Gabriel, marido de Marta; Ramiro, hijo de ámbos y hermano de leche de Flaviano, y Víctor, hijo tambien de los primeros. El duque los estrechó, y retirándose á un lado con el esposo de su nodriza, le preguntó:

—¿Hace mucho que llegásteis?

—Cuatro dias.

—No os habeis descuidado. ¿Nos teneis dispuestos cuarto y camas para esta noche?

—Sí, señor.

—Manda que preparen cena abundante para los seis y vuelve.

Cuando Gabriel hubo terminado su encargo, regresó, diciendo al duque:

—En breve os podeis sentar á la mesa con Zalla; Ros lo hará con nosotros, y luégo descansaremos el maestre y vos en una habitacion, y nosotros cuatro en otra.

—Muy bien. ¿Qué acontece por estos alrededores?

—En la parte de Suiza nada; en Francia mucho.

—Explícate.

—Como la principal mision que me trae aquí es là de velar por vos, quise asegurarme de las dificultades que ofrece el paso de los Alpes, y al efecto pregunté á los dueños de esta venta y á los viajeros que iban y volvian. Todos me dijeron que se practicaba un escrupuloso reconocimiento, y que era muy difícil atravesar la línea sin exponerse á caer en manos de los hugonotes, los cuales dominan esa parte y cometen toda clase de atropellos con el desgraciado que les inspira la más leve desconfianza. No bastándome con eso, y teniendo tiempo de

sobra, intenté penetrar en Francia, sin conseguir otra cosa que ser detenido en el acto y preso.

—¿Qué pretexto alegaron para obrar así?

—Dijeron que iba de un reino católico, y que era un vagabundo; sospecharon que intentaria unirme á sus enemigos, y eso les bastó para aprisionarme.

—Pronto te dejaron en libertad.

—No lo creais; me escapé yo; de lo contrario me habrian internado como prisionero de guerra.

—¿Tuviste que hacer uso de las armas?

—De las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Me prendieron por la mañana, dejándome hasta la noche encerrado sin darme agua ni comida. Serían las ocho, cuando entró un soldado llevándome pan y un trozo de carne. Crucé con él algunas frases, y al ir á volverse, me arrojé á su garganta, tumbándolo medio ahogado y sin sentido. Para que no pudiera hablar en algun tiempo, le dí dos puñetazos en la cabeza, capaces de producirle una conmocion cerebral. Se me ocurrió desnudarlo y disfrazarme con su ropa; mas estaba la puerta abierta, se oia el ruido de las copas y de los bríndis, y juzgando que mis carceleros se entretenian alegremente en beber, preferí confiar mi salvacion á la ligereza de las piernas y á un hermoso puñal que arranqué del cinto al soldado que me entró la cena. Así sucedió efectivamente; me hallaba en un cuerpo de guardia; atravesé por medio de los hugonotes, y cuando quisieron detenerme, ya habia yo ganado los Alpes á paso de gamo. La oscuridad de la noche favoreció mi fuga, y llegué aquí, como veis, sano y salvo.

—Par diez,—exclamó el duque,—no contaba yo conque los hugonotes serían dueños de ese paso y ejercerian tan exquisita vigilancia.

—Pues tened en cuenta que si nos cogen á los seis, nos prenden y á mí me ahorcan.

—¿Por qué fuiste indefenso?

—Si llegan á verme con armas, acaso me matan.

—¿Qué les moverá á observar tal conducta?

—Dicen que han engrosado las filas católicas los muchos italianos que penetraron por aquí.

—Ahora lo comprendo bien.

—¿Qué meditais?

—Nada; descansemos esta noche, y al ser de dia intentaremos el paso de Francia.

—¿De qué modo?

—No lo sé; somos seis que bastamos para treinta.

—Y ellos más de quinientos.

—No importa.

Poco después cenaban Zalla y el duque, y los otros cuatro en la forma que expresó Gabriel, y algo más tarde se acostaron, dando órden de que los despertaran al amanecer.

Llegado el instante, los seis se pusieron en pié; Gabriel preguntó á Osorio:

—¿Qué hacemos?

—Veo que venís provistos de morrales; esconded en ellos pan, carne y frutas; paga el gasto que hayamos hecho, y en marcha.

—Pronto vuelvo.

Media hora después decia á Flaviano el marido de Marta:

—Todo está corriente.

—Pues partamos.

El duque, Zalla y Ros llevaban debajo del brazo sus respectivas maletas; los otros tres sujetaban á la espalda los morrales, y andando los seis, comenzaron á subir las difíciles y pintorescas pendientes de los Alpes.

Osorio, que hasta entónces fué entregado á profunda meditacion, alzó de pronto la cabeza, y dirigiéndose á Gabriel, le preguntó:

—¿Recuerdo yo mal, ó existe efectivamente á la izquierda de este camino un bosque inmenso, en cuyo centro se ve un pueblecito perteneciente al canton de Ginebra?

—No os habeis equivocado; los he visto hace poco, y no tardarán en presentarse á nuestros ojos.

—Creo que dicho bosque se interna en Francia.

—Me parece recordar lo mismo.

—En ese caso, pronto debemos hallar el sendero que conduce al pueblo.

—¿Qué os proponeis?

—Penetrar en Francia guarecido con los árboles.

—No es mala idea; y si esperásemos á que fuese de noche...

—Qué remedio tiene; aguardaremos, ya que no es posible otra cosa.

—Ved el camino que deseábais y en lontananza el bosque.

—Eso es.

Nuestra comitiva dejó el arrecife, entrando en un camino más estrecho; á las quinientas varas penetraron en el bosque, siguiendo por él dos horas que tardaron en distinguir los límites de Suiza y Francia.

—¡Alto!—exclamó Osorio,—aquí almorzaremos, continuando sin movernos hasta que llegue la noche.

Miéntras Ros buscaba agua y Gabriel disponia las viandas, el duque se dirigió á una altura, desde la cual y en territorio suizo, dominaba la parte de Francia. Cuando hubo hecho las observaciones que juzgó convenientes, abandonó aquel sitio, é incorporándose con sus compañeros, exclamó:

—¡Maldicion! esta parte del bosque está perfectamente vigilada por los galos. En todas direcciones se ven soldados de á pié y de á caballo.

—Puede que durante la noche,—contestó Gabriel,—se retiren la mayor parte.

—Esa es mi única esperanza; pero es más probable que dejen los centinelas necesarios para hacer inútil nuestra tentativa sin ser reconocidos por ellos.

—¡Buen dia nos espera entre estos riscos, árboles, nieves y vericuetos!—dijo Zalla, tragando un trozo de carne.

—Tendremos paciencia,—añadió Gabriel.

—Lo de ménos es esperar aquí hasta que el sol se oculte,—replicó el duque;—mi temor se contrae á que no podamos entrar en Francia esta noche ni acaso mañana. He reconocido en los hugonotes que defienden la frontera hordas indisciplinadas, capaces de cometer toda clase de atropellos.

—Ya os lo dije, señor,—contestó Gabriel;—son feroces, y de nada sirve promover cuestion con ellos.

—Par diez, no me es posible adivinar, y áun cuando traigo un salvo-conducto y documentos capaces de abrirme paso por medio del ejército de Enrique IV nada se me ocurrió pedir contra esos *vándalos* que detienen nuestra marcha.

—Entónces,—exclamó Ramiro,—esperamos á la media noche en que estarán dormidos unos, otros borrachos, y pistola en mano penetramos en Francia á tiros.

—Apruebo la idea,—dijo Zalla;—matamos doce al primer saludo, y luégo daga en ristre...

—Callad, insensato; el país es suyo, correrian la voz, y por todas partes saldrian en busca nuestra millares de ellos.

—Pues es indispensable hacer algo.

—Sí; atravesar los Alpes con prudencia y discrecion, y continuar de ese modo hasta salir del primer departamento; luégo, con mis documentos y nuestras pistolas tendremos suficiente.

—Si esos galos son efectivamente *vándalos*, de poco ó nada nos va á servir la prudencia.

—Esperaremos á que llegue la noche, y, escondidos entre sus sombras, veremos lo que se puede hacer. A eso se reduce por hoy mi plan.

—Nuestro general en jefe dispone en esta ocasion de pocos recursos intelectuales.

—Están en relacion con los materiales, señor maestre, toda vez que mi ejército sólo tiene diez piés y otros tantos brazos.

—¡Hola! ¡hola! contais á lo portugués.

—Sí, abulto el número para que la suma no parezca tan diminuta.

Nuestros valientes concluyeron su almuerzo sentados so-

bre la dura roca, al aire libre y en dos grupos separados por una corta distancia; el primero lo componian el duque y Zalla, y el segundo los cuatro restantes. Osorio quedó triste y meditabundo y los demás en silencio, mirando lo contraido de su frente.

De pronto fijó Ros la cabeza en el suelo, exclamando al poco tiempo:

—Señor, se dirije caballería hácia este sitio, trayendo el mismo camino que nosotros.

—Tienes razon, y en verdad que no deben ser suizos. Recoged los objetos que están esparcidos por el suelo, situándoos detrás de esos árboles miéntras yo observo.

Y hecho así, desapareció Flaviano, abandonando el camino para internarse en el monte y ganar una colina, desde la cual dominaba perfectamente aquella parte de los Alpes.

Fijo el diestro general en los objetos que se acercaban hácia allí, vió subir por el monte dos jinetes que parecian correos, y á gran distancia de éstos una extensa comitiva de caballeros, damas, criados y gente armada, de á pié y de á caballo.

—¡Bravo!—exclamó Osorio, brillando en sus ojos la alegría,—creo adivinar lo que es esto, y de no equivocarme, hallé el medio de atravesar la frontera sin peligro alguno.

Seguidamente dejó la colina, volviendo á colocarse en el camino que concluia de abandonar. Acto contínuo sacó una pistola, y sin apuntar, pero fijándola de modo que se la vieran los que llegasen por aquel sitio, esperó tres minutos que tardaron en acercarse los dos jinetes mencionados ántes.

—¡Alto!—exclamó cuando estuvieron á diez pasos de él.

—¿Quién sois?—le interrogó uno de ellos, deteniéndose ámbos.

—Eso os pregunto yo á vosotros, en nombre de la república de Suiza.

—Perdonad,—añadió aquél;—os creimos transeunte y no autoridad de este país. Somos dos correos del señor conde de San German; nuestro amo y señor viene en pos, acompa-

ñado de su esposa, hijas y comitiva. Los documentos fueron reconocidos y autorizados en la línea que dejamos atrás.

—¿A dónde va el conde?

—A Francia.

—¿De dónde viene?

—De recorrer la pintoresca Suiza.

—Comprendo; un viaje de recreo.

—Lo habeis acertado.

—Podeis continuar sin impedimento alguno. Debo advertiros, no obstante, que el bosque cercano se halla cuajado de partidarios de Enrique IV, que detienen á los que no profesan su religion.

—Ya lo sabemos, y lo mismo el señor conde que todos nosotros somos protestantes.

—Entónces, que el cielo os guarde.

Y se separó el duque del camino, miéntras los correos picaban los caballos, procurando salir al trote, con ánimo de adelantar el poco tiempo que acababan de perder.

En cuanto desaparecieron de la vista de Flaviano, gritó éste:

—Zalla, Ros, Gabriel; venid todos al momento.

—¿Qué mandais? señor,—le preguntaron con interés y ansiedad.

—Creo que nos hemos salvado. Sacad inmediatamente vuestros instrumentos, y poneos á ensayar una balada calabresa bajo la direccion de Gabriel. Elije la que más te agrade; á mí me es igual cualquiera.

El duque se proponia sorprender con su mágica voz al conde de San German, en tanto que éste, familia y comitiva subian una pendiente desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal. Entraban en el bosque donde permanecian Osorio y sus cinco compañeros, viendo á la derecha y sobre una enorme roca el último pueblo de Suiza, y en lo restante del terreno que distinguian sus ávidas miradas, árboles corpulentos, montes cuyas cúspides conservaban perpétua nie-

Subian una pendiente, desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal.

ve; riscos, simas, valles y un conjunto, en fin, admirable, sorprendente, mágico, encantador.

Caminaban despacio, por órden expresa de San German, siendo de pronto sorprendido por una nueva maravilla con la cual no contaban.

Estarian á doscientos pasos del paraje en que se hallaba Flaviano, cuando percibieron los acordes dulces y melodiosos de vários instrumentos y luégo una voz de tenor clarísima, fuerte, admirable. A ésta siguió un coro, y más tarde prosiguió aquella entusiasmando al conde, que era muy aficionado á la música, y arrobando á las damas y caballeros de su familia.

—¡Alto!—gritó San German.—No oí jamás,—añadió,—voz tan sublime é inesperada.

—Ni yo,—le contestaron todos.

—¡Qué maestría, qué delicioso acento!—articuló la más bella de sus hijas.

—Sellad los labios; no perdamos una nota.

Y continuaron en silencio hasta que Osorio y sus compañeros cesaron de tocar y cantar.

—Concluyeron,—dijo el conde.—¿Dónde estarán esos privilegiados séres?

—Deben hallarse en este camino,—le contestó su hermano;—las voces lo indicaban y el paraje lo atestigua, pues sólo los pájaros podian detenerse en otro sitio.

—Entónces marcharemos de prisa, que anhelo conocer á esos hombres.

Y continuaron con paso acelerado, exclamando:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

—¡Qué efecto causó en mí esa balada!

—¡No escuché acento más arrebatador!

—¡Qué puntos y qué escalas!

—¡Acabamos de oirlo, y parece un sueño!

—Los montes repetian los ecos formándole coro, que no percibí jamás.

Y así sucesivamente fueron todos demostrando la admi-

racion de que estaban poseidos, é iban á la vez cayendo en el diestro lazo tendido por el más hábil de los hombres, por Flaviano de Osorio.

Cuando el conde y los de su comitiva vieron el grupo que formaban el duque y sus compañeros, se hallaban éstos en un recodo del camino, vueltos de espaldas y en actitud de templar nuevamente sus instrumentos para proseguir el ensayo de otra cancion, y como indiferentes al ruido que hacían en el monte las pisadas de los caballos.

—Muy bien, señores músicos,—les dijo el conde, avanzando hasta juntarse con ellos;—oí vuestra balada, y puedo asegurar que uno de vosotros posee voz deliciosa, admirable. ¿Me comprendeis?

—Sí, señor,—contestó el duque descubriéndose con humildad, imitándole sus compañeros.—Entiendo y hablo el francés,—añadió,—desde la infancia.

—Verdad es. ¿De dónde sois?

—Del reino de Nápoles.

—¿De qué departamento?

—De la Calabria, señor.

—¡Oh! ya no me extraña; de allí salen voces sorprendentes. ¿En qué os ocupais? Hablad sin temor, soy el conde de San German.

—Ganamos la vida como veis.

—¿Cantando?

—Sí, señor; en todos los tonos que podeis imaginar.

—Lo supongo. ¿Eres tú el tenor?

—Para serviros.

—¿Vas á Francia?

—Eso quisiéramos.

—¿Qué os lo impide?

—La falta de recursos; llevamos mucho tiempo sin ganar nada, siendo así que los pueblos de estas montañas son míseros, y dicen los habitantes que les basta con oir á sus mujeres. La Suiza no es para nosotros.

—¡Pobrecitos, padre mio!—exclamó la hija menor del conde, fija en Flaviano.—Dadles vuestro bolsillo.

—Gracias, noble señora; unís á la más sublime belleza un alma de ángel.

—¡Qué galante!

—Pobre, pero bien educado.

—Mejor que dar una limosna,—dijo el conde,—á hombres del mérito de este calabrés, hago á los seis una proposicion.

—Hablad, señor; os escucho, y mis amigos y yo nos disponemos á complaceros en cuanto nos sea dable.

—Os invito á que me sigais hasta mi castillo, donde permanecereis quince dias, siempre que se hallen vuestros instrumentos y voces á mi disposicion.

—¿Formando parte de vuestra comitiva?

—Sí.

—¿Corriendo de vuestra cuenta nuestra manutencion?

—Por supuesto; y al terminar el plazo os daré á cada uno veinte ducados.

—¿Quién sería capaz de desairar á un caballero tan espléndido? ¿Quién rehusaria honra y merced tan señaladas?

—Bien te expresas, calabrés.

—Pobre, pero bien educado; ya lo dije ántes, señor.

—Entónces, en marcha; comereis con mis mayordomos.

—Os pertenecemos ya, y nos consideramos criados vuestros. Sólo hallo una dificultad, poderoso señor.

—Habla.

—Dicen que en la frontera cercana detienen á todos los italianos...

—¿Quién osaria atentar contra un servidor del conde de San German? En Francia, calabrés, puedo yo mucho.

—Perdonad...

—Guardad vuestros instrumentos, coged las maletas, y seguid delante de los arcabuceros que cierran la comitiva.

—Al momento; no os detengais más por causa nuestra.

Se componia aquella caravana, del conde San German y su

señora; tres hijas de diez y ocho á veintitres años; dos varones de veinticinco á treinta; su hermano, cinco subrinos y hasta veinte hombres además armados, entre guardias, criados y mayordomos.

Zalla, Gabriel y restantes supuestos músicos miraban en tal momento al duque con sorpresa, procurando imitar todos sus movimientos y actitud. En cuanto al audaz y diestro general, era en estos instantes en que formaba parte de la comitiva del conde, un calabrés bien educado, como él decia; de modales indefinibles, pero simpático en su faz, acento, desenvoltura y acciones.

De este modo atravesaron la frontera de Francia, viendo con placer que se alineaban los hugonotes para saludarlos con el mayor respeto. En los finos labios de nuestro héroe brilló una sonrisa tan imperceptible como desdeñosa y grata para él.

Sus cinco compañeros respiraron con tranquilidad, y quince minutos más tarde dejaron de ver soldados franceses, para contemplar en su defecto las deliciosas campiñas que se extienden al terminar los Alpes por la parte de Francia.

CAPITULO IX.

Los seis calabreses y la familia del Conde de San German.—Diálogo atrevido.—Calma y prudencia de Osorio.—El interior de Francia.

El famoso duque del Imperio y el valeroso maestre Don Alvaro Zalla iban delante de sus cuatro compañeros, llevando las maletas debajo del brazo como aquellos, y sus instrumentos de música colgados á la espalda. Nuestros temerarios españoles cambiaban maliciosas miradas segun avanzaban, brillando en sus rostros una satisfaccion y alegría desusadas en ellos. De pronto le quitó Ros la maleta á su amo, diciéndole en italiano y muy quedo:

—No hay hugonotes, y la menor de esas tres damas os mira demasiado, para que yo pueda consentir que vayais cargado; soltad.

—¡Bribon!

—Ya teneis libres los dos brazos y la lengua; hablad, señor, hablad, enamorando á las tres y hasta á la madre si es preciso. Si algo os sobrase...

—¡Silencio!

Calló el sirviente; Ramiro, á imitacion de Ros, cogió á Zalla

tambien su maleta, y de este modo quedaron los dos jefes libres del único peso que les molestaba.

Caminaban ahora los de la comitiva y los músicos por un delicioso valle, poblado de jardines, huertas y bosques; la tarde empezaba templada y agradable, y marchaban nuestros viajeros hablando unos con otros de los encantos del país y de las bellezas de la naturaleza, cuando oyeron la voz del conde, que exclamó:

—Que avancen los calabreses.

Osorio corrió al lado de San German, rodeando á éste todos los indivíduos de su familia y á Flaviano sus cinco compañeros.

—¿Vais cansados?—preguntó el francés á los supuestos músicos.

—No, señor,—contestó el duque;—estamos acostumbrados á andar dia y noche, y nos hemos familiarizado con la fatiga.

—Sólo dos leguas dista de aquí mi castillo. ¿Podreis llegar á pié?

—Aunque faltasen cuatro.

—Ya en él os alimentareis perfectamente.

—Gracias, noble señor.

—¿Cómo te llamas?

—Jacobo.

—¿Quién te enseñó música?

—Un vecino y mi mucha aficion.

—¿Qué oficio tenía tu padre?

—Fué militar.

—Cómo no seguiste su carrera.

—Me agrada más el canto.

—No me extraña, tu voz hasta hablando es grata y sonora. Si el sol, el viento, la miseria y los trabajos no hubieran curtido tu piel, parecerias un noble y no de los ménos arrogantes.

—La ocupacion y mis ideas políticas y religiosas me condujeron al estado que veis.

—Cuentan que en tu país arde la guerra civil.

—No lo creais, señor conde; quedaba á nuestra salida tranquilo y sosegado como nunca.

—¿Hace eso mucho tiempo?

—Diez ó doce dias.

—¿Quiénes vencieron, tus compatriotas ó los del duque del Imperio?

—¡Ah! ¿Estábais enterado?

—Antes de entrar en Suiza supe que iba á estallar en Nápoles una gran revolucion, y hasta contribuí con dinero para el buen éxito de vuestra independencia.

—Pues lo habeis tirado, señor.

—¿Por qué?

—Ganó el duque del Imperio de una manera completa, decisiva.

—Me lo temia; ese canalla de hombre tiene mucha suerte.

—Dicen que no es tonto, vela dia y noche y cuentan que es buen general.

—No lo creais; un intrigante con mucha fortuna. Supongo que correria bastante sangre.

—A la inversa; sorprendió á los revolucionarios, mató un ciento de ellos, y perdonó á los restantes sin exceptuar clase ni condicion. Fué para él una cacería.

—¿Estás seguro?

—Como de hablar con vos.

—Tanta generosidad sólo podia inspirarla el miedo.

—Al contrario; cuando mandó abrir todas las cárceles y los dejó en completa libertad, no era posible que temiese á ninguno.

—¿Y los cinco navíos que Inglaterra, Francia y Alemania mandaron en defensa vuestra?

—De esos, su tripulacion y efectos, no quedó ni señal.

—¿Qué dices?

—Que el capitan Roch los hizo astillas, y, ménos bondadoso que el duque, no se retiró al puerto hasta que vió las naves y sus defensores hundirse en el abismo.

—Alguna traicion; detrás del duque llegaria la mejor escuadra del tirano Felipe.

—Tambien en eso os han engañado; sólo disponia el marino Roch de una galera mercante armada con veinte cañones.

—No puede ser, Jacobo.

—Os lo juro por el Dios que nos oye.

—¿Lo viste tú?

—Y todo Nápoles; hasta sus enemigos aplaudieron la bravura y destreza de tan denodado marino.

—Parece un cuento.

—Pues es historia que pronto os confirmarán los hechos.

—¡Cinco navíos de alto bordo destrozados y echados á pique por una galera mercante! Vamos, repito que es increible.

—Oid como pasó: el navío inglés fué sorprendido anteriormente por Roch y el duque, vencido y deshecho. Algunos dias después llegaron los franceses y alemanes, y creyendo seguro el triunfo de la revolucion, se aproximaron al puerto con objeto de apoyar al conde Vignati y compañeros de armas. Juzgaban que los castillos estarian tomados por los independientes, y cuando más resguardados se creian, fueron saludados por diez baterías de la plaza, que los recibió á balazos. Entónces Roch cayó en medio de ellos con sus veinte cañones, y en poco más de una hora dejó sólo el recuerdo de las cuatro naves.

—Completa desgracia que me entristece y amarga.

—Lo siento, pero no he debido engañar al que supone ser mi protector.

—¡Pobres italianos é infelices españoles! La inquisicion, alentada por ese nuevo triunfo, los quemará sin tregua ni descanso.

—Qué cosas tan inverosímiles se cuentan en Francia, señor conde; sabed que en Nápoles es nulo ese tribunal, y en España y sus demás estados son muy raros los autos.

—¿Quién te lo ha referido á tí?

—Nádie, ni yo hice caso jamás de lo que oí al vulgo; lo he visto.

—¿Tú?

—Sí, señor; nosotros recorremos el mundo.

—¿Y no asesina la inquisicion dia y noche á miles de infelices?

—No, señor; instruye sumarias á los que no profesan la religion del Estado ó faltan á sus preceptos, y castiga á los delincuentes, segun sus crímenes. Donde yo he contemplado asesinatos ha sido entre los protestantes y cátolicos de Francia, Inglaterra y Alemania; acordaos de la noche de San Bartolomé.

—Por fuerza eres cátolico y fanático.

—Me enseñaron mis padres á rezar bien el *Padre nuestro,* á oir misa con devocion, y á burlarme de los pillos ó tontos que se meten á reformar lo que no entienden.

—¿De quién aprendiste á contradecir á los grandes?

—Me acostumbraron desde niño á decir la verdad á todo el mundo, á negar la mentira y á dejarme matar ántes que tolerar calumnias.

Osorio acababa de ver el camino de París, el cual debian atravesar para proseguir por el sendero que los llevaba al castillo de San German. Así es, que comenzó á dar fuerza á sus palabras con la accion, el tono y la gesticulacion para irritar al conde. Este le contestó:

—Es lástima que tan buen músico sea tan bellaco.

—Corrí Francia, Inglaterra, España, Italia y muchos reinos más, conté lo que ví, y respondo de que no he mentido; sostener lo contrario es una insensatez ridícula, y...

—¡Villano!

Exclamó el conde, alzando las bridas para castigar á Osorio. Sus hijos le detuvieron, diciéndole en coro:

—Basta, padre mio.

—Teneis razon; no debo molestarme por los cuentos de un miserable.

—Ni yo,—contestó Flaviano,—seguir formando parte de una comitiva tan tolerante y hospitalaria.

—¡Tú harás lo que yo te mande!

—Perdonad; los hijos de Nápoles preferimos la muerte á la humillacion. Nada nos habeis dado, nada os debemos, y puesto que estamos en paz, que el cielo os guarde.

—Quiero y mando que me acompañeis á mi castillo.

—¿Con qué objeto?

—Para que me diviertas esta noche.

—Sería inútil; nuestros labios sólo cantan cuando gustan de ello, y nádie tiene derecho á abrirlos, ni vos escuchareis jamás sus voces.

—Si no nos seguís, os llevarán atados con veinte palos cada uno por añadidura.

—Tambien es imposible. ¿Veis este par de pistolas? Enseñad las vuestras, muchachos. Son doce que derribarán á otras tantas víctimas. Prudencia, señor, prudencia, que nosotros no sabemos distinguir, y sería lástima que trocáseis en peligroso campo de Agramante, donde perecieran vuestros hijos, el delicioso viaje de recreo que venís haciendo.

—No son músicos, no. ¡Pistolas!

—Sí, á lo gran señor. Pistolas que montamos, y... ¡Muchachos, apuntad!

Los hijos é hijas del conde rodearon á su padre, exclamando:

—¡Dejadlos, señor, que huyan! Partid, músicos; nádie os detiene.

—¡Paso á los calabreses!

Añadió el hermano de San German, miéntras Osorio y los suyos reian á carcajadas, diciendo el primero:

—Adios, conde; la boca de mis pistolas es tan terrible como el acento del cantor. Já, já, já. ¡Ay del mísero caminante que se fió del ensayo de la sirena!

Y á buen paso ganaron los seis el bosque, internándose en

él, sin perder de vista el camino de París que llevaban á la izquierda.

El conde, sus hijos, hermano, deudos y criados, quedaron sorprendidos, confusos y sin saber qué hacer, contemplando á los seis míseros músicos convertidos en valientes adalides, dispuestos á una pelea en que se exponian á perecer la mayor parte de ellos. Las agudas y vibrantes carcajadas del duque llegaban á sus oidos como una terrible amenaza que formaba extraño contraste con las notas dulces y melodiosas que le escucharon no há mucho en la cumbre de los Alpes.

Aún duraban el espanto y confusion entre ellos, cuando exclamó la hija mayor del conde:

—¡Huyamos, padre mio! Ese tenor no es otro que el famoso duque del Imperio; recordad su voz y la actitud desdeñosa y arrogante que tomó al partir, y hallareis confirmada la verdad.

—Imposible; aquel es blanco, esbelto, elegante, y esos hombres son unos miserables pecheros; ¡si me hubiérais dejado!

—¿No oísteis, como yo, que se disfraza y descompone admirablemente? Temedlo, señor, que si la fama no miente, deben sus enemigos temblar á su sola presencia.

—Otra necedad. ¡Ya se fueron, y nada se puede hacer; continuemos adelante, pero si llego á encontrarlos algun dia!..

Y prosiguieron su interrumpido camino, creyendo unos verosímil la noticia de la jóven, negándola otros, y guardando todos el mayor silencio.

Flaviano de Osorio, Zalla y cuatro compañeros más avanzaban rápidamente, bosque abajo, hasta que se detuvo de pronto el general, preguntando á Gabriel:

—¿Llevan vuestros morrales lo suficiente para comer los seis?

—Sí, señor.

—¿Queda vino?

—Un frasco grande de igual tamaño al que apuramos esta mañana.

—Entónces, señores, opino porque comamos en la pinto-

resca falda de aquel riachuelo que se nos presenta como llovido del paraíso.

—Sus márgenes son deliciosas.

—Tendremos por alfombra musgo y plantas que nos prestarán blandura y comodidad.

—Y la tierra por mesa.

—Y el cielo por sólio.

—Y la brisa por perfume.

—Decís bien; el enemigo queda una legua atrás, en sitio despoblado y solitario, y nada debemos temer.

—Pues á comer.

—A comer.

—Y el grande de España, un maestre y cuatro hombres acostumbrados todos á que les sobrasen ricas viandas y comodidades, se sentaron en el suelo, principiando á devorar un trozo de jabalí asado, con pan duro, vino añejo y agua clara, cristalina y fresca. Formaban dos grupos como en el almuerzo; estaban alegres, y así prosiguieron hasta saciar por completo el apetito y sed. Cuando hubieron terminado, exclamó Osorio:

—Arriba, señores; tirad las sobras y vasijas; nada de peso inútil, y avancemos como hombres á quienes nada molesta ni cansa. Hay que andar seis leguas próximamente, ¿lo oís? y no doy descanso ni comida hasta acabar la jornada.

—Adelante.

Y dejaron la falda del riachuelo; ganaron el arrecife que tenían á la izquierda, y entrando en él reanudaron su marcha en direccion de París.

—Vamos por el camino real,—dijo Zalla á Osorio,—y es posible que nos detengan los católicos ó los hugonotes que indudablemente hallaremos.

—Pasada la frontera,—contestó el duque,—y libres de aquellos *vándalos*, se conjurará el peligro con los documentos que llevo encima.

—¿Los traeis para ámbos?

—¿Qué quereis decir?

—¿Si hay salvo-conducto para los hugonotes y otro contra los católicos?

—Claro es; y hasta un tercero que puede llamarse neutro.

—¿Conoceis bien el camino?

—Como mis pistolas, que forman el último documento de que os he hablado.

—¡Qué cara pusieron el conde, sus hijos, deudos y criados, cuando vieron que les apuntábamos!

—¡Y qué bonita era la menor de las tres, Alvaro!

—Volved la hoja, señor, que ese tema es peligroso.

—Al contrario, señor maestre,—dijo Ros terciando en el debate;—la jóven era bellísima, y miraba á mi amo con un interés creciente. Se me figura que sus camareras no han de ser feas.

—Bribon; quédate atrás.

—Detrás voy, señor, y os juro que hicísteis mal en no llegar al castillo.

—Primero que esas mujeres y cuantas existen en Francia, son mis hermanos Rogelio y Mauro; por eso al acercarnos al camino de París provoqué la cuestion con el conde. Tuve la suerte de que me llamara; mas de no ser así, me hubiera yo acercado á él.

—Con qué habilidad fuísteis poco á poco haciéndole entrar en calor.

—Sí, por grados ó por pasos, para que el desenlace no nos obligara á andar uno demás.

—Amo mio, ¿vamos á seguir á pié hasta París?

—Era lo más conveniente; creo, sin embargo, que será hoy el primero y único dia que marchemos así.

—¿Por qué?

—Se resienten mis piés y me mata la impaciencia.

—Bien; mas seis pobres músicos cabalgando en buenos caballos excitarán las sospechas y aumentarán el peligro.

—Ya veremos de evitarlo.

—Pasan de ciento las leguas que nos separan de París.

—Ya lo creo; pero en buenos potros no hay camino largo.

—No me parece mala la jornada de hoy para ser la primera que andamos á pié.

—Buena; diez leguas próximamente.

—Vuestros delicados piés, señor duque, deben resentirse hoy.

—Si alguno de vosotros los tuviera más fuertes que yo, dejaba de ser grande y general.

—¿No sentís molestia en ellos?

—Ahora sólo llega á mí la ansiedad, el deseo de encontrarme pronto en París, punto elegido para cuartel general.

—No corresponde la magnitud del sitio al ejército de que disponeis.

—Cierto; pero con vosotros cinco he de vencer, Dios mediante, á Enrique IV.

—Dicen,—añadió Zalla,—que su esposa la reina Margarita es hermosa como pocas mujeres.

—La visité en París, y puedo aseguraros que es poco cuanto pretendan hablar sobre su belleza. Tiene además gran talento, es fina, elegante, voluptuosa, aficionada, muy aficionada á la poesía y bastante inteligente en literatura y música.

—Aseguro entónces que simpatizásteis con ella.

—Y la preciosa reina conmigo.

—¿Pensais que tomará parte en el drama que vamos á representar?

—Será la protagonista.

—¿Recordará vuestro nombre?

—Yo lo creo; y mis versos y mi voz.

—Id con cuidado, señor duque, que al fin es reina y une á sus encantos un poder de que carecieron Syra y Angelina.

—Estais en un error; la infeliz se halla presa en un castillo de Francia.

—¿Por qué?

—Los celos del marido y su falta de hipocresía la retienen en el encierro.

—¿Son fundados?

—La maledicencia asegura que sí.

—¿Quien es el dichoso caballero?

—El duque de Guisa, jefe de los católicos y enemigo por consiguiente del *Navarro*.

—Como lo fué su antecesor.

—Es en lo único que se parece á aquél; Francisco de Lorena, nuestro compañero en Dreux, era el hombre más valiente, denodado y caballero que conocí.

—Recuerdo muy bien su conducta, ántes y después de la batalla que concluís de citar, y todos le admiramos por su heroismo, generosidad é hidalguía.

—Pues así y todo pereció asesinado á manos de un miserable hugonote.

—¡Qué villanía!

—En cambio imita su actual sucesor, á los enemigos del que debe llamarse gran duque de Guisa.

—¿Es cobarde?

—No, pero ruin, sin conciencia y torpe.

—¡Vaya una andanada, como diria mi cuñado!

—Aún es poco para lo que él merece; la prision de nuestros hermanos lo confirma.

—¿Y una reina dada á la poesía y los encantos se ha enamorado de ese duque?

—Sí; es buen mozo, atrevido, y las mujeres tan caprichosas, que á veces la de mejor talento incurre en la falta más punible.

—Infiero de lo expuesto, señor duque, que la reina Margarita va á entrar en el número de los prisioneros que venimos á dejar en libertad.

—Puede que no os equivoqueis, Zalla.

—Es muy justo, amo mio,—añadió Ros;—yo os ayudaré con entusiasmo creciente á libertar de la garras del tigre á esa preciosa é inocente gacela.

—Te mandé quedar atrás.

—Detrás voy, señor.

—A mayor distancia.

—Quise hacerlo; pero como vos sois el imán y yo el acero.

—¡Bribon! oiste hablar de faldas, y esa fué la razon de acercarte.

—Nada más natural; ¿quién no fija el oido y siente latir su corazon al escuchar la desgraciada suerte en que yace una reina poetisa, voluptuosa y bella? Yo tambien la vi en París, y es hermosa como los ángeles.

—No obstante hallarse prisionera, tiene un ejército de damas de honor, camareras, doncellas y sirvientas.

—Lo creo; y las infelices sufrirán con resignacion el duro cautiverio á que las condena su amor á la reina Margarita.

—Tú las consolarás en cuanto lleguemos.

—No, amo mio; nací débil, y no quiero exponerme á vuestro enojo.

—¡Hipócrita!

—Hablo de veras, señor; puede que vuestro regreso á España no esté lejano, y temo las consecuencias de una nueva indiscrecion.

—No está mal pensado, Ros; pero como no creo en tu arrepentimiento...

—Es sincero.

—Necesito una prueba.

—Exigídmela.

—Que te cases.

—Eso no es prueba, señor; se le llama por los inteligentes *muerte en vida.*

—¿Lo ves, bribon? La duquesa se encargará de convencerte.

—¿De qué?

—De lo santo y aceptable del lazo que desdeñas.

—Hé aquí, señor duque, lo más árido, escabroso y sensible de la jornada.

—Tú me lo has recordado.

—Entónces, punto y aparte. Noto que caminais más de prisa que los cinco.

—Tengo deseos de llegar á Ibrí.

—Y fuerza sobrada para conseguirlo. ¡Hola, hola! aquella polvareda nos indica que tenemos de frente al enemigo.

—Es caballería y en gran número; echaos al costado derecho; despacio ahora y nada temais.

Flaviano avanzó un poco más que sus compañeros, fijándose en ochocientos jinetes que caminaban en direccion contraria de la suya. Hasta este momento no habian visto sér humano en aquel camino tan poblado otras veces de transeuntes; la guerra civil y el encarnizamiento de los dos partidos que se disputaban el poder, retenian á los franceses entre los muros del hogar doméstico.

El duque y sus cinco compañeros continuaban por un costado del arrecife, cuando les obligaron á detenerse las siguientes voces:

—¡Alto! Acercaos á mí, viajeros.

Pronunció estas frases un maestre de campo, el cual iba al frente de los ochocientos soldados en medio de dos capitanes. Los supuestos músicos se descubrieron, haciendo una reverencia al jefe militar. Este les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Calabreses, señor,—contestó Osorio sin alterarse.

—¿De dónde venís?

—De Suiza.

—¿A dónde vais?

—A todas partes y á ninguna; impulsados por el destino de la maga, corremos el mundo como ella.

—¿Diciendo la buena ventura?

—No, señor, cantándola.

—¿Qué fuerzas habeis encontrado? No me engañes.

—Al entrar en Francia vimos más de quinientos hombres que vitoreaban á Enrique de Navarra; luégo hallamos al conde de San German, seguido de algunos indivíduos de su fa-

milia y de una escolta de veinte hombres armados; eso es todo.

—¿Dejásteis cerca de aquí al conde?

—No, señor; debe hallarse ya próximo á su castillo.

—¡Maldicion! Si llego á cogerlo, hubiera sido un gran dia.

—No lo creo difícil.

—¿En qué te fundas?

—En que no podrán resistir los muros que le defienden á la fuerza que llevais.

—¿Estás seguro que se dirigió á lo que él llama su castillo?

—Sí, señor.

—¿Qué religion profesas?

—Los italianos todos somos católicos.

—¿Llevais documento que abone vuestras personas?

—En toda regla; ¿quereis verlo?

—No; seguid vuestro camino, pero guardaos de los hugonotes.

—Nosotros no ofendemos á nádie, señor.

—Basta el que seais católicos para que os cuelguen los protestantes.

—Gracias por el consejo; el cielo os guarde.

—Al castillo de San German. A escape.

Gritó el jefe de la fuerza, y corrieron los ochocientos jinetes, en tanto que el duque y los suyos aceleraban tambien el paso, deseando ganar el tiempo perdido.

—¡Pobre conde!—exclamó Zalla dirigiéndose á Osorio.—Va á pagar los insultos que hizo al rey de España y á los héroes de Nápoles.

—Alvaro, los hugonotes son nuestros enemigos y los católicos nuestros contrarios; si quereis prueba de ello, buscadla en Ibrí.

—Lo comprendo del mismo modo, y tanto aborrezco á los unos como á los otros.

—No defienden religion alguna, ni causa tan santa se cuestiona á tiros ni estocadas; lleva á los unos al combate su

ciega ambicion, á los otros el fanatismo y á todos el coraje, la ira y despecho; y como la totalidad ódia á los españoles...

—Comprendo.

—Posible es que entre el príncipe y yo les proporcionemos una paz que no merecen; mas será después de haber dejado en libertad á nuestros hermanos; é ínterin no llegue este caso, fuerza es hacerles la guerra.

—¿De qué modo?

—Esos ochocientos hombres sitiarán esta noche el castillo de San German; el conde se defenderá, la fortaleza será asaltada, y en verdad que algo habremos contribuido nosotros á la realizacion del pensamiento que bulle en la cabeza del maestre de campo que nos hizo el favor de detenernos sin causa justificada. Ello dirá.

—¿Queda aún mucho de la jornada?

—Tres leguas.

—¡Qué camino tan largo!

—Estais acostumbrado á ir siempre á caballo, y esa es la razon de pareceros así.

Los seis prosiguieron andando sin demostrar cansancio ni malestar; de sentirlo, se lo callaban, y, á imitacion del duque, iban dejando atrás una legua por cada hora que pasaba.

Eran las cinco de la tarde cuando Osorio distinguió otra nube de polvo, exclamando en el acto de verla:

—Echaos á la derecha, y mucha prudencia, que estos deben ser hugonotes.

—¿En qué os fundais?—le preguntó Zalla.

—Me lo dice el instinto; pronto veremos si me he equivocado.

Nuestros viajeros continuaron acercándose cada vez más á mil peones y cuatrocientos caballos que venían tambien en direccion contraria de la que ellos llevaban. Iba delante un general, seguido de muchos oficiales, pertenecientes cási todos á las primeras casas de Francia.

Osorio dijo á su gente:

—Acortad el paso, fijándoos todos con descaro en el jefe de esa fuerza.

Poco después se encontraron á dos varas de la vanguardia, llamando la atencion del general la insolencia con que le miraban Flaviano y sus compañeros.

—¡Deteneos!—gritó.—Acercaos, vosotros, caminantes. ¿Sois extranjeros?

Los seis se descubrieron é inclinaron. El duque contestó:

—Somos músicos, señor general.

—¿De dónde venís?

—De los Alpes.

—¿Encontrásteis en el camino á alguna fuerza armada?

—Sí, señor; nos detuvo un maestre de campo, seguido de ochocientos jinetes.

—Eso es. ¿A qué distancia los hallásteis?

—Legua y media de aquí.

—¿Cuánto habeis tardado en andarla?

—Poco más de cinco cuartos de hora.

—Esta noche les daremos alcance,—dijo el general dirigiéndose á un coronel que iba á su derecha.

—Es difícil, señor,—exclamó Osorio.

—¿Qué dices, insensato?

—Perdonad, mi general, como marchaban á escape y dejaron el camino para dirigirse al castillo de San German...

—¿Estás cierto?

—Seguro, señor.

—¿Oiste por casualidad lo que se proponen?

—Sitiar la fortaleza y tomarla por asalto.

—¡Maldicion! ¡Qué va á ser de mi primo el conde si yo no llego á tiempo! Lo que expresa ese villano es exacto; el conde debió llegar esta tarde á su palacio, lo habrán sabido, y he ahí la razon de la repentina marcha que no me explicaba ántes. ¡Corramos tambien nosotros! Esos peones, que no quede atrás ninguno; trasmitid la órden. Y vosotros, separaos del camino.

Osorio y los suyos salieron del arrecife, viendo instantes

después cruzar la columna por delante de ellos á paso de carga. Cuando hubo terminado, exclamó el duque:

—Ahora nosotros.

—¿Por entre esa nube de polvo que han dejado?

—¿Qué importa si llevamos careta, corselete y guantes de barniz?

—Es que yo no veo.

—Cerrad los ojos y adelante.

—¡Legua y media todavía; voto al demonio!

—La jornada es buena, pero no difícil, y mucho ménos imposible para nosotros, Zalla. Le he de decir á la bella Syra vuestra esposa...

—Que me adelantaba á vos, par diez; ya lo veis.

—Quiera Dios que dure mucho.

—Legua y media, señor duque. Acabais de entrar en Francia, y ya se nota que anda por ella su poderoso enemigo.

—¿Por qué?

—Entre el conde, el maestre y el general armarán una contradanza esta noche deliciosa.

—Era preciso, amigo mio, distraer á San German del mal rato que le dí, y ya veis que hago lo posible.

—Verdad es; y comprendo además la conveniencia de interponer entre él y nosotros los dos mil doscientos hombres que dejamos atrás.

—Esa era otra razon. Pudo ocurrírsele oficiar á los pueblos, y si llega á hacerlo nos pierde.

—Que lo intente ahora.

—Por eso le he dado otra cosa más grata en que entretenerse por algunos dias.

—Lo malo es que el maestre lleva ochocientos caballos y el general mil cuatrocientos hombres.

—Estais en un error; cuando llegue el último, ya el primero se ha posesionado del castillo de San German, en cuyo caso se equilibran las fuerzas, quedando todavía la ventaja, si es que hay alguna, en favor de los católicos.

—¿Y si aquellos no hubieran tomado la fortaleza cuando los hugonotes se acerquen?

—Los ochocientos caballos pueden muy bien pelear contra los mil peones y cuatrocientos jinetes del primo del conde.

—Enredados están é inutilizado San German para mandar parte alguno, que es lo único conveniente á nosotros.

—¿Os cansais?

—No, á fe mia, que quiero ir á vuestro lado, ya que no delante, y lo he de lograr.

Serían las siete de la noche cuando nuestros seis caminantes entraron en una extensa poblacion de Francia, conocida del duque. Transitaba poca gente por las calles, y en toda ella se notaban las consecuencias de la guerra civil que devastaba el reino.

—Perdonad,—dijo Osorio á una mujer que halló al paso.—¿Teneis la bondad de encaminarme á la mejor posada de este pueblo?

—Sí, señor; penetrad por esa calle, y á la conclusion la hallareis.

—¿Cómo se llama?

—*Parador Real.*

—¿Es buena?

—No existe mejor en Francia.

—Gracias.

—No hay de qué.

Los seis entraron minutos más tarde en la referida posada, pidiendo acto contínuo dos cuartos con comunicacion. Aposentados en ellos, se dejó caer el duque sobre un viejo sillon, después de haberse quitado el polvo que cubria su faz, manos y ropas.

—Sentaos, Zalla,—exclamó.—Cierra esa puerta, Ros, y acércate. ¿Vienes muy cansado?

—Un poco, señor.

—Pero aún resistirás una hora de estar de pié.

—Si lo creeis necesario, áun cuando sean dos.

—Imprescindible.

—Entónces mandad.

—Encarga cena para vosotros cuatro y otra por separado para nosotros dos; luégo averigua si hay en este pueblo un guia práctico é inteligente que nos conduzca á París, por veredas y sitios aislados que acorten el camino, nos separen del arrecife é impidan detenciones, sorpresas y un contratiempo. Iremos á caballo, y debes preferir un español á un suizo; éste último á un aleman; un aleman á un italiano, y un italiano á un francés; pero siendo más conveniente que todo la inteligencia y práctica, acepta un hijo de este país si es el más apto para el objeto que me propongo.

—¡Magnífica idea! como vuestra.

—Miéntras preparan la cena...

—Entiendo. ¿Ha de ser aquella abundante?

—Sí, que bien la ganamos.

—La nuestra mediana.

—Iguales, Ros, aunque separadas.

—Gracias, amo mio.

—Mucha discrecion y acierto, que va en ello la salvacion de mis hermanos.

—Seré un lince, culebra y zorra. Hasta luégo.

Salió el criado, y los cinco restantes quedaron descansando en sus respectivas habitaciones.

—Veo con sentimiento,—añadió Osorio, fijándose en el maestre,—que venís muy cansado.

—No estoy acostumbrado á andar, y al concluir hoy la décima legua se han resentido bastante mis piés; pero lo mismo les ha sucedido á Gabriel y sus hijos; miradlos en la estancia contigua, qué estropeados se hallan; sin perjuicio de lo cual, lo mismo ellos que yo atravesaremos mañana una distancia mayor, si lo creeis conveniente.

—Quién sabe; el itinerario que traigo nos lleva á París, y dista tanto, que quisiera ir á caballo, mas ignoro lo que el destino nos tendrá reservado.

—A juzgar por las partidas que hemos encontrado en tan corto trecho y la actitud de ellas, debe hallarse la Francia en muy mal estado.

—Arde la guerra civil en todas partes, y no hay pedazo de terreno que deje de mancharse con sangre de hugonotes ó católicos.

—Dicen que el fanatismo religioso es el peor de todos, y las luchas consiguientes á él las más terribles, fieras y encarnizadas.

—No se equivocan; pronto vereis confirmada la verdad en este bendito país. Se dan batallas en los campos, en los montes, en los pueblos, en las plazas y hasta en las calles, por ejércitos, por columnas, por compañías, por paisanos y por vecinos. Media Francia se ha declarado enemiga de la otra, y como están mezclados los contrarios, prende la tea de la discordia hasta en el seno de las familias.

—Señor duque, pienso que el rey Don Felipe II hace muy bien en evitar esa clase de peleas en sus estados, áun cuando para ello tenga que consentir que la inquisicion queme un ciento de indivíduos por año.

—Triste es, para hombres de nuestras ideas, que el sacerdocio se mezcle en asuntos civiles y más aún el que forme parte de tribunales que sentencian á muerte y á otras penas menores; pero es preciso confesar, que en las actuales circunstancias están prestando un gran servicio á la humanidad, evitando las guerras de religion en los inmensos estados de España.

—¿Oís? Parecen tiros.

—Lo son.

—¿Qué ocurrirá?

—Que los hugonotes matan á los católicos y éstos á aquellos.

—Y es cerca de aquí.

—Asomémonos al balcon.

Y lo abrieron, entrando en la habitacion el resplandor de

várias hachas, á cuya siniestra luz se dirigian estocadas y tiros los franceses en aquella y otras calles.

Osorio y Zalla continuaron mirando, hasta que un mozo de la posada les llamó, diciéndoles:

—Señores músicos, la cena está en la mesa.

Aquellos se volvieron, y cerrando el balcon, preguntaron al sirviente:

—¿Son nuevas estas luchas por aquí?

—No, señor; rara es la noche que dejamos de tener contienda.

—Bonita diversion.

—Y tanto, que en cuanto oscurece es muy expuesto andar por las calles.

—¿Sirven tambien á nuestros compañeros y vecinos?

—A la vez que á vosotros.

—¿Y el que os encargó la comida?

—Ese habló con el amo, saliendo luégo; pero dijo que no cenaria hasta su regreso.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Buenas viandas, Alvaro!

—¡Magníficas!

Y continuaron comiendo tres cuartos de hora.

Serían cerca de las nueve cuando se presentó Ros, diciendo á su amo:

—Señor, he hablado con vários inteligentes, y ninguno quiere comprometerse á acompañarnos á París; pretextan que está muy léjos y que no hay camino, sendero ni vereda en que no se encuentren católicos ó hugonotes armados y en lucha; añaden que la ruta seguida hoy por nosotros es la ménos mala de este reino.

—¡Cobardes! ¿Les estimulastes con oro?

—Se entiende; les ofrecí todo lo que ellos creyeran razonable.

—¿Y ninguno accedió?

—El último con quien hablé no se presentó mal; pero al saber que éramos seis y queriamos ir á caballo, exclamó: «Es mucha gente, y de ese modo se mete mucho ruido; no voy, que estimo mi vida y la tranquilidad de mi familia en más que el oro.»

—¡En más que el oro! ¡y eso lo dice un francés! Mucho peligro debe existir, Ros.

—Reconocen y detienen á cuantos hallan; siendo lo peor, que el que se libra de los católicos, cae en manos de los hugonotes y vice versa.

El duque meditó algunos instantes, añadiendo luégo:

—¿Podrás traerme á uno de ellos?

—Me acompañó aquel con quien hablé últimamente, y abajo espera á que le recibais.

—¿Qué le propusiste?

—Que os diera al ménos un itinerario como aquellos del príncipe de Italia.

—Hazle subir; lo dejas aquí, y te marchas á cenar.

Poco después entró un francés alto, delgado, como de cincuenta años y de aspecto simpático. El color y aspereza del cútis indicaban que pasaba la vida al aire libre; pero sus modales no eran ordinarios ni existia nada en él antipático.

Osorio hizo seña á su criado para que cerrase la puerta, le mandó retirar á la habitacion contigua, y fijándose en el recien venido, le dijo:

—Avanzad; sentaos junto á mí.

Aquél obedeció, dándole por única respuesta:

—Gracias.

—¿Puedo saber en qué os ocupais?

—Ahora en nada.

—Buen oficio; ¿y ántes?

—En vender efectos de lícito comercio, yendo de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, y recorriendo así una vez por año cási toda la Francia.

—¿Por qué no continuais?

—Imposible; expendia en unos puntos lo que compraba en otros, y como la práctica me dió á conocer lo que tenía mucho precio en ciertos pueblos y poco en otros, hacía buenos negocios, y hubiera llegado á rico sin la guerra civil que hoy arde con más furor que nunca; pero vino el dia en que me quitaron los hugonotes una parte de mis mercancías, otra los católicos, hasta verme obligado á dejar el oficio por temor de ver llegada mi completa ruina.

—¿No os pagaban nada absolutamente?

—Sí, señor; con las culatas de los mosquetes ó el pomo de las espadas.

—Acompañadme á París, y al llegar os entregaré quinientos ducados.

—Buena suma es; pero me halaga más la idea de no dejar viuda á mi mujer y huérfanos á mis hijos.

—¿Y si yo aumentase la cantidad?

—Sería inútil.

—¿Estais decidido?

—Sí, señor.

—¿A qué punto de Francia os comprometeriais á acompañarme?

—A caballo, á ninguno; á pié y siguiéndome ciegamente, á la Auvernia.

—¿No está ahí el castillo de Usson?

—Sí, señor; en él permanece encerrada la reina Margarita, esposa de Enrique IV, rey de Francia á medias.

El duque meditó, exclamando para sí:

—La Auvernia ó Alvernia está al Este y allí fué donde yo creí distinguir la antorcha con que debia salvar á mis hermanos. ¡Oh, la Providencia me manda este hombre!

Y alzando la voz, continuó, dirigiéndose al mísero mercader:

—¿Cómo os llamais?

—Leon Lambert.

—Y decidme, Mr. Lambert, ¿cuánto nos llevariais por

acompañarnos hasta el pueblo de la Auvernia más cercano á la fortaleza de Usson?

—Está léjos.

—No; unas cuarenta leguas próximamente.

—¿Os parece mucho cuatrocientos ducados? Tened en cuenta que expongo la vida.

—No lo sé, porque ignoro el peligro que vais á correr; pero si nos dejais allí con toda felicidad, os daré quinientos.

—Vos no sois músico.

—Estais en un error; consiste en que aprendí á tocar en todos los tonos conocidos, hice valer mi voz, y los grandes señores que quieren escucharme la pagan muy cara.

—Se me figura que sois además alguna otra cosa.

—¿En qué os fundais?

—En la suma que me ofreceis.

—Si quereis ganarla he de ser sólo un músico y vos mi compañero.

—¿Qué os lleva á Usson?

—La curiosidad, y en prueba de ello os diré que me es igual ir á París que á la Auvernia, segun os acabo de demostrar.

—No me convenceis, pero acepto. ¿Quién ha de contestar á las infinitas preguntas que nos harán por el camino?

—Yo.

—Hemos de ir á pié.

—Andando, si no puede ser de otro modo.

—¿Llevais pasaporte en regla?

—Sí, y algo más.

—En cuyo caso yo no seré otra cosa que un simple guia del camino que andeis.

—Exactamente; pero un guia que á la menor imprudencia...

—Hola, hola, ¡pistolas de gran señor!

—No; son instrumentos reservados; mis amigos y yo tocamos en todos los tonos, segun os he dicho ántes.

—Comprendo, y mi sentimiento se contrae á que sólo lleveis dos.

—Entónces alegraos; pues nos acompañan doce y más de cien cargas.

—Muy bien; ¿á dos por barba?

—No; á una por mano, y tan bien dirigidas, que clavamos el plomo donde simplemente fijamos la vista.

—Me admira tanta destreza.

—Músicos consumados.

—¿Dónde aprendísteis esas notas?

—En España, Italia, Francia, Flandes...

—Basta, basta, señor; me complace servir de guia á un caminante que ha recorrido el mundo.

—Dos mundos; tambien estuve en América.

—¿A qué hora partimos?

—Al amanecer.

—Pues al asomar el primer crepúsculo me hallareis á la puerta de esta posada.

—Con un morral provisto de pan, ricos fiambres y vino añejo; sereis nuestro despensero.

—¿Quién paga eso?

—Yo.

—Me agrada el oficio. ¿Carne sola?..

—¡Pobres viajeros! de lo mejor que halleis y con abundancia. Todas las noches os abonará el gasto mi mayordomo.

—Será el que me trajo aquí.

—El mismo.

—No es tonto.

—Debilidades de su oficio.

—¿Debo dejar algun dinero á mi pobre mujer é hijos?

—Cien ducados en oro francés. ¿Tendrán bastante?

—De sobra. ¿Dónde están?

—¿Ros?

—Presente.

—Cien ducados á nuestro guia.

—¿Por via de señal?

—Despacha.

—Aquí están. ¿Sigo cenando?

—Sí.

—Los cojo,—añadió Leon,—cierra mis labios un candado, y hasta mañana, señores... músicos.

—La época es mala; hoy se mata impunemente, y yo tengo la costumbre de plantar un balazo al que intenta venderme. Lo doy por ménos: suelo regalar una onza de plomo al que comete la más leve indiscrecion.

—Pero abonais quinientos ducados al que os sirve bien; yo los necesito y soy cauto, reservado, marido y padre de familia.

—Nos hemos entendido. Hasta mañana.

—Fijo é inmóvil hallareis á la puerta á vuestro servidor.

Salió Lambert, exclamando el duque:

—Ros, en concluyendo llega aquí.

—Estoy acabando.

Diez minutos después entraba Ros, añadiendo:

—Todo vuestro, amo mio.

—¿Cenaste bien?

—Como un suizo.

—Retiras esta mesa, encargas que te despierten á las cuatro, nos llamas, pagas, y en la forma que hoy, continuaremos mañana nuestra marcha.

—¿Andando?

—Con nuestros piés.

—Lo siento por vos; á mí me es igual.

—Y á mí tambien; despacha.

Media hora más tarde dormian tranquilamente el duque y Zalla en una habitacion, y Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor en otra. Dejaron abierta la puerta de comunicacion, pero muy bien cerradas las restantes en union de los dos balcones que tenían.

CAPITULO X.

Continúa la marcha.—Accidentes.—El castillo de Usson.

Nuestros seis fatigados viajeros durmieron seis horas sin interrupcion alguna; al terminar éstas los despertaron vários golpes que dió un mozo, acompañados de las siguientes frases:

—Arriba, músicos; dieron las cuatro.

Ros se vistió inmediatamente, encendió luz, y quiso ayudar á su amo; pero éste le rechazó, diciendo:

—Deja quieta mi ropa, que yo me la pondré. Procura en cambio sujetar á la correa de los instrumentos de Zalla y mios nuestras respectivas maletas.

—Yo las llevaré...

—No; el camino es largo y molesto, y muy conveniente que vayamos iguales.

—Entónces ataré las seis á las correas, y de este modo las llevaremos con más comodidad.

—Eso es.

Así lo hizo Ros, poniendo al duque la más ligera y á Zalla la que seguia.

Diez minutos después bajaron los seis. Miéntras Ros pagaba, se fijó el duque en una figura inmóvil que habia junto al quicio de la puerta, y reconociendo á su guia, le preguntó:

—¿Qué traeis en ese morral?

—Dos camisas, tres pañuelos, un cuchillo que puede cortar el pan y otras muchas cosas, aves, embutidos, carne asada, etcétera, etcétera.

—¿Cómo está el pueblo?

—En este momento tranquilo.

—¿Cuántas víctimas hubo anoche?

—Entre muertos y heridos quince.

—¿Quiénes vencieron?

—Los católicos; pero al oscurecer se renovará probablemente la funcion.

Ros acabó, é incorporados los siete, salieron de dos en dos, yendo delante el duque y Lambert.

Cruzaron tres calles sin impedimento alguno; llegaron á la cuarta, que era la última del pueblo, y ya iban á salir, cuando fueron detenidos por una voz que les dijo:

—¡Alto!

Apareciendo á la vez cuatro hombres, armados unos con espada y otros de partesana.

—¿Quiénes sois?—añadieron.

—Músicos extranjeros,—contestó el duque.

—¿Católicos ó protestantes?

—Lo que nos aconseja nuestra conciencia. ¡Paso!

—¡Imposible! ¡Hablais ó!..

Y les dirigieron las puntas de sus aceros.

—Al punto; pero os advierto que los calabreses contestamos á las amenazas con estas bocas.

Y sacando una pistola les apuntó.

—Con estas.

—Con estas.

Fueron repitiendo Zalla y compañeros é imitando al duque.

Los cuatro católicos que los detuvieron se echaron atrás,

miéntras aquellos continuaron su camino indiferentes á lo que dejaban en pos.

Cuando hubieron andado mil pasos, preguntó Leon á Flaviano:

—¿Qué habeis hecho?

—Ya lo vísteis, abrirme paso; debo despejar el camino.

—Sois muy sereno y osado, pero es expuesto obrar así.

—Al contrario; no están los franceses en situacion de convencerles con razones; cuando sean ménos de veinte, nuestras pistolas y dagas hablarán; si exceden, entónces haré uso de mis documentos.

—En cuyo caso mi mision se hará cada vez más difícil.

—Explicaos, Mr. Lambert.

—Como yo no soy militar ni entiendo de batallas...

—Sed franco.

—¿Qué más os he de decir?

—¿Teneis miedo á la muerte?

—Ya lo creo.

Una carcajada de Zalla, Ros y compañeros siguió á las frases de Leon; éste se apresuró á preguntar á Osorio:

—¿De qué se rien vuestros compañeros?

—Suponen, amigo mio, que sois cobarde.

—¿En qué se fundan?

—En vuestras frases y actitud, en lo descolorido de vuestro semblante al detenernos hace poco vuestros cuatro paisanos, y en que esos señores, en fin, distinguen el miedo de un modo admirable.

—Suposiciones que pueden distar mucho de la verdad.

—Me parece que en la ocasion presente no se equivocan.

—Os aseguro que estais en un error.

—Sepamos: me dijísteis no há mucho que llevábais en el morral un hermoso cuchillo, con el cual se podian cortar pan y otras muchas cosas. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Qué cosas son esas?

—El brazo de un hombre que quisiera matarme ó el corazon del enemigo que acomete de frente.

—Muy bien; eso prueba que al menor asomo de peligro sacareis el acero y á mi lado...

—Lo que es á vuestro lado no; sois muy atrevido, muy provocador.

—¿Pues cuándo y de qué modo lo vais á emplear?

—Si me atacan, preciso será defenderme. Ya os he dicho que yo no soy militar.

—¿Creeis por ventura que nosotros lo somos?

—Más trazas teneis de eso que de otra cosa.

—Mr. Lambert, os van á juzgar mis compañeros tímido en demasía; para asegurar lo que acabais de decir os fundais únicamente en lo que hemos hecho con vuestros paisanos, y en verdad que la accion no merece aplauso ni mucho ménos: ellos eran cuatro y nosotros siete; para herir necesitaban acercarse á tres pasos, y mis pistolas matan á veinte.

—¿Y lo sereno que estábais, y lo arrogante que os vi?

—Pues podian temblarme las piernas siendo más fuerte que mis contrarios. ¿Qué os sucedió á vos?

—A mí, no lo recuerdo bien; pero como detrás de los cuatro pudieron aparecer veinte y en pos cuarenta... Hay más de quinientos católicos armados.

—¿No duermen esos señores, ó era indispensable que permaneciesen todos esperándonos?

—La casualidad...

—Mr. Lambert, opino que sois una persona honrada, apreciable, hasta simpática, pero muy cobarde; declaradlo con franqueza, y os evitareis muchos sustos: yo no os traigo para que me defendais, sólo quiero que me guieis.

—La verdad es que el músico mayor de esta terrible orquesta tiene buen ojo.

—¿Confesais por fin?..

—¿A qué negarlo? Me asusta la guerra y toda clase de armas.

—Pero demostrais buen criterio, y si durante nuestra travesía ocurriera algun lance desagradable, procurareis poneros detrás de mí, seguro de que os defenderé como á cosa propia.

—¿Y si fuesen muchos?

—Nada temais; si yo ataco, estad seguro de la victoria.

—El mejor general se equivoca, y contando con tan poca gente...

—Desechad esa terquedad; fiaos de mí, y no llegue á vuestro cerebro la idea de que podais perecer defendiéndoos yo.

—Lo mejor será arribar cuanto ántes. ¿Podreis andar seis leguas al dia?

—No; de diez en adelante.

—Que me place; esa prudencia prueba que sois hombre de talento.

—No es eso, Mr. Leon; consiste en que tengo mucha prisa.

—¿Os aguardan en Auvernia?

—Sí.

—¿Quién?

—Un diablo con faldas, al que pienso arrancar la antorcha de la vida.

—¿Sois mágico?

—Cosas hice en mi vida que infundieron pavor en muchos y esa creencia en otros.

—No me extraña; al salir de mi pueblo y sacar la pistola, pusísteis una cara... ¡y qué ojos, cielo Santo!

—¿Os asusté?

—Se me figura que sí.

—Dadlo por hecho.

—Me atrevia á jurar que érais español.

—¿Por qué?

—Son tan fieros, tan valientes; mi esposa les tiene un miedo...

—¿Y vos?

—Tambien.

—Pues os habeis equivocado; nací en Nápoles.

—No puede ser; los italianos sólo manejan bien el veneno y el puñal.

—Delirios; en mi país hay de todo como en el vuestro.

—No así en España: allí aseguran que son demonios.

—Mr. Lambert, hablando de otra cosa, os diré que hemos dejado el camino para seguir por veredas extraviadas y solitarias.

—Pienso que no hallemos un alma, á ser posible. ¡Con buena gente voy para tener encuentros!

—Sea en buen hora; más es preciso saber si de este modo se acorta ó alarga la jornada.

—Poca será la diferencia, y la que exista recaerá en favor nuestro.

—En ese caso, acepto.

Nuestros caminantes salieron á las cinco de la mañana, continuando á buen paso y sin interrupcion hasta las nueve, que dijo Osorio:

—Alto, señores; el paraje convida, y puesto que el estómago lo pide, almorcemos; cerca hay agua, y sobre este ribazo estaremos perfectamente.

Todos aprobaron la idea, añadiendo el duque:

—Mr. Leon, los músicos de mi país son muy aristocráticos, y por nada en el mundo prescinden de su gerarquía social.

—¿Qué quereis decirme?

—Que almorzaremos separados de vosotros mi segundo y yo.

—Me es igual.

—Pues sentémonos en la forma expuesta.

Así lo hicieron, permaneciendo una hora comiendo y descansando. Iban á levantarse cuando exclamó Lambert, palideciendo:

—¿Oís? Son tiros.

—Verdad es.

—Estamos á corta distancia de un pueblo donde cási todos son hugonotes, y eso prueba que han llegado algunos católicos.

—Dejadlos que se maten. ¿Qué nos importa á nosotros?

—Señor músico mayor, la prudencia aconseja...

—Que sigamos adelante.

—¿No soy yo el director de la jornada?

—No; simplemente el guia.

—¿Y si no pudiera continuar?

—Os aplicaria un remedio con el cañon de esta...

—¡Guardadla, por Dios! ¡Vaya un afan! En cuanto os deje en Auvernia escapo, y no salgo de mi pueblo hasta seis meses después de terminada la guerra.

—En Usson, querreis decir.

—Es igual; ese castillo no dista mucho de la entrada.

—Está visto, Mr. Lambert, que hoy no convenimos en nada.

—Pues si esto sucede el primer dia, igual acontecerá los restantes.

—Tampoco es cierto. Vais á concluir por haceros amigo mio y cobrarme tal aficion, que no os podais separar de mi lado.

—Lo dudo. ¡Aumenta el fuego!

—No corrais tanto.

—Pueden venirse hácia aquí.

—Mejor; los recibiremos á tiros, y será la funcion completa.

—¡María Santísima, y entre qué gente me he metido!

—Con nosotros se entra y sale por todas partes.

—Allá lo veremos; esos fanáticos son el demonio, y matan sin compasion.

—Si hay ocasion, os probaré que es algo ménos de lo que suponeis.

—¿Lo veis? ¡Para qué habré salido de mi pueblo!

—No distingo nada.

—Escuchad sus voces.

—Pasamos por frente de ellos, y es natural que los oigamos; están á gran distancia.

—A trescientos pasos; detrás de esa colina se halla el pueblo, y allí es la funcion.

—Me alegro; de ese modo los vamos á ver desde lo alto de la pendiente que empezamos á subir.

—¡Vaya un espectáculo!

—Si desde la infancia os hubieran acostumbrado á ver esto, no os impondria ahora.

—Me tiemblan las piernas.

—Valor, amigo mio; eso no vale nada.

—¡Malditos quinientos ducados, qué rato me están dando! El hombre no debe ser ambicioso, debe conformarse con lo que tiene.

—Lo malo dicen que debe pasarse pronto, conque aligerad el paso.

—Buena idea; corramos; así. Ya estamos arriba. ¡Jesús me valga! ¡Vedlos á la derecha! ¡Se matan! ¡Ay!..

—Avanzad, si tanto miedo sentís.

—Hácia atrás. Ved aquel grupo que está en la hondonada de nuestro mismo sendero. Tienen tomadas todas las avenidas; son católicos, y estamos perdidos. Atrás, atrás.

Y fué á correr, pero le detuvo Zalla, diciéndole:

—¡Alto! Obedeced al músico mayor ú os estrello contra esa peña.

—Soltad. ¡Vaya una fuerza!

—Cogeos á su brazo, Alvaro, y no lo dejeis,—añadió el duque.—Existe efectivamente peligro, pero es indispensable arrostrarlo y seguir adelante. Continuad todos detrás de mí imitando mi actitud.

Y avanzó Osorio, siendo detenido á los cien pasos por doce soldados armados de pica; uno de los cuales le dijo:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

—Siete músicos extranjeros que vamos á Auvernia.

—¡No os acerqueis, voto al infierno! de lo contrario os ensarto.

—No sufro amenazas de tí ni de ningun canalla,—contestó Flaviano.—Abridnos paso ó encomendaos á Dios.

—Por aquí no se va á Auvernia. ¡Atrás!

—¡Adelante, compañeros!

—¡Mueran, que son hugonotes!

Los doce dirigieron sus picas á nuestros valientes, en tanto que Osorio, frente á ellos, gritaba á sus amigos:

—No dispareis, que para estos basto yo sólo.

A la vez descargó sus pistolas, derribando á los dos que tenía delante; los diez restantes exhalaron un grito, desapareciendo en direccion del pueblo.

El duque pasó por encima de los que estaban en tierra, añadiendo:

—Alvaro, avancemos, pistola en mano.

Y cargando él las suyas, prosiguieron su camino, riéndose de las exclamaciones de Lambert, el cual decia:

—Corramos, señores, corramos; van á regresar con cincuenta ó sesenta, y darán fin de todos nosotros. ¡Y no hay un árbol donde yo pudiera subirme, ni casa en que esconderme, ni nada, en fin, que me favorezca! ¡Adios, esposa mia; hijos del alma, ya no volvereis á verme! ¡Ay! ¡ay!

—¿Qué es eso?—le preguntó Zalla.

—Me rompeis el brazo.

—Andad más de prisa y evitareis que tire de vos.

—Dejadlo suelto,—añadió el duque,—venid, Mr. Leon, poneos á mi lado, y andad como gusteis, que yo no tengo prisa alguna.

—Yo sí; quisiera correr mucho, más que un galgo; pero me tiemblan las piernas, y siento una cosa que enerva mis facultades físicas. Esconded esas pistolas; no me mireis; vuestros ojos me infunden más pavor que las picas de los soldados.

—Ya están cargadas y las guardo.

—¡Para acabar con otros dos infelices! Lo mismo despachais hombres que yo en otro tiempo calzas y gregüescos.

—No los maté, amigo mio; quedaron heridos del brazo derecho, el cual perderán, viéndose inútiles para volver á atentar contra gente que, como á nosotros, creyeron indefensos, ni contra sus hermanos de Francia.

—¿Estais seguro? ¿No les dísteis en la cabeza ni en el pecho?

—No, hombre, no; os repito que en el brazo.

—Es que yo no veia en aquellos momentos.

—Lo creo; y es más, que si no os sujeta mi compañero volveis la espalda y nos abandonais.

—¡Qué locura! No podia correr ni moverme.

—Sois todo un valiente, Mr. Leon.

—Y vos un hombre más temible que dos regimientos de caballería.

—¿Os vais tranquilizando?

—Parece efectivamente que no vienen; ya no se oyen los tiros ni las voces.

—Cada vez nos vamos alejando más, y quedan lo suficiente entretenidos para que no se vuelvan á acordar de nosotros.

—¿Y si nos hubieran acometido cincuenta ó cien?

—Nos defenderiamos de ellos, sembrariamos la muerte en sus filas hasta dar fin de todos, si eran muy valientes, lo cual creo difícil, ó ellos de nosotros.

—Eso último es muy grave.

—Lambert, la guerra tiene esas contras.

—Pero si yo estoy en paz con todo el mundo.

—Ahora no; miéntras permanezcais con nosotros sufrireis la misma suerte, debiendo en consecuencia abrazar nuestra causa.

—¡Vuestra causa! ¿Y cuál es esa?

—La que aconseja el instinto de conservacion; la que nos impone el deber de herir ó matar en propia defensa.

—¿Y quiénes son nuestros enemigos, los hugonotes ó los católicos?

—La Francia entera, y por consiguiente cuantos pretendan detener nuestro paso.

—¡María Santísima, y qué porvenir tan negro se nos presenta!

—¿Por qué?

—Os creo capaz de atacar sólo con vuestros cinco músicos ó demonios, lo mismo tiene, al ejército de Enrique IV, que es el mayor del reino.

—No os equivocais; cuento además con la seguridad de vencerlo.

—¡Señor, por todos los santos del cielo, por la corte celestial, por!.. ¿Teneis mujer?

—Sí.

—¿E hijos?

—Tambien.

—¡Parece imposible!

—Muy de prisa andais ahora, Mr. Leon.

—Es que ya veo, oigo y siento.

—Bien; mas el convenio se contrae á diez leguas al dia y no á veinte, y con esa carrera...

—Seguidme, músicos, seguidme; en casos excepcionales se hacen esfuerzos supremos.

—*Piano, piano*, como dicen en mi país, que no quiero morir reventado.

—Recordad los que dejamos á la espalda, —respondió Lambert.

—Pensad en lo que nos espera delante y en lo que llevamos á los costados.

—Cierto; la Francia se ha trocado en campo de batalla; por eso me resistia yo á acompañaros.

—No haber accedido.

—¡Aquellos quinientos ducados!

—¿Sois ambicioso?

—No, señor; pero tengo mujer é hijos, y su suerte y porvenir son ántes que mi vida.

—Muy bien; la idea y abnegacion que envuelve merecen mi agrado y el que os tranquilice.

—¿De qué modo?

—Oid, Mr. Lambert: desde que tuve uso de razon comencé á batirme, á asistir á batallas, y de ese modo he recorrido el mundo y gastado la mayor parte de mi vida. El camino que ahora seguimos es de los mejores que atravesé; y quien siempre demostró valor y talento para salir bien de los millares de

apuros en que la suerte le colocó, no parece ni áun probable que encuentre abierta su tumba en el camino de Usson.

—¡Qué modales tan finos presentais en estos momentos; qué acento tan convincente! Me infundís creencia y respeto. Vos no sois músico.

—Me lo venís diciendo desde que salimos de vuestro pueblo.

—Es que ahora os doy pruebas; habeis variado hasta de fisonomía. ¿Cómo os llamais?

—Jacobo de Guzman.

—Mr. Guzman, os voy cobrando aficion.

—Ya os lo dije hace horas.

—Empezais á ejercer sobre mí una influencia que no me explico. ¿Estais seguro de no haber muerto á los dos soldados?

—Os juro por mi honor, que sólo recibieron una herida en el brazo derecho.

—¡Qué valiente sois, qué sereno y qué osado!

—No os extrañe; pasé mi vida batiéndome, y adquirí práctica.

—¿Luego convenís en que sois militar?

—Y otras muchas cosas.

—¡Tengo yo un ojo!.. Esperad; el sendero que llevamos conduce á un pueblo pequeño donde acaso andarán á estocadas; por esta vereda acortamos el camino y salvamos ese escollo.

—Pues entremos en ella, y adelante.

—Por aquí es difícil encontrar alma viviente.

—Eso está muy bien; pero os advierto que al terminarse las diez leguas necesito cama y una cena que no esté compuesta de fiambres.

—He previsto el caso, y á las seis de la tarde poco más ó ménos llegaremos, siguiendo á buen paso, á una aldea donde cuento con amigos, y en la que hallaremos lo que pedís.

—¿No os asustan allí los católicos y hugonotes?

—Se compone de cien vecinos; todos son de los primeros, y gente además labradora que en nada se mete.

—Me agrada.

—Mi temor se contrae ahora únicamente á que, al atravesar el camino real ó en unas inmensas llanuras que es indispensable cruzar, encontremos más soldados hugonotes. La comarca esta es católica, por cuya razon mandó Enrique de Navarra un ejército de diez mil hombres, el cual se ha dividido en columnas que recorren los pueblos, proclamándole rey, y lo que es peor, cometiendo toda clase de excesos.

—Os repito por centésima vez que no deis cabida al miedo.

—¿Y si son muchos?

—Entónces nos salvarán los documentos que llevo.

—¿Usareis de la prudencia necesaria?..

—Sí.

—¿Me lo jurais?

—Mr. Lambert, mi palabra basta y sobra.

—¿Y si os obligaran á tocar y á cantar?

—Lo haria.

—¿Con el instrumento de música?

—Se entiende.

—¿Y esos que nos acompañan?

—Lo mismo que yo.

—¡Ah! Yo creí que no era verdad...

Nuestros siete caminantes continuaron andando cinco horas más, hablando unas veces, riendo otras y sin que fuese motivo suficiente á detener su marcha el cansancio y polvo de que ya eran molestados en sumo grado.

Llevaban andadas más de siete leguas, y serían las dos de la tarde cuando exclamó el duque:

—Basta, señores; sobre esta deliciosa ribera descansemos y comamos. Mirad qué puntos de vista tan deliciosos.

—¿Qué decís, insensato? —le preguntó Leon.—Nos hallamos junto al camino y llanuras de que os hablé ántes. Ahí están; contempladlos.

—No importa; aquí hemos de comer.

—Haga Dios que no tengamos otra.

—Tended los manteles y dadme un trozo grande de ave.

—¿Sentís mucho apetito?

—Bastante.

Los siete se sentaron en dos grupos como en el almuerzo, y dieron principio, demostrando las buenas disposiciones que presta la fatiga á los viajeros. Apuraron el vino que les quedaba, concluyendo con cási todas las viandas. Ros les llevó agua de un arroyo cercano, permaneciendo recostados hasta las tres de la tarde.

En el momento en que el duque daba la órden de proseguir su camino, exclamó Leon:

—Callad; ¿no oís? ¡Si lo dije! ya están los hugonotes encima.

—Sentaos todos,—replicó Flaviano;—volved á extender los manteles, y fingid que estamos comiendo.

—¡Ya se acercan!

—¡Silencio!

—Vuelvo al instante.

Y sin que pudiera detenerle ninguno corrió Lambert, desapareciendo detrás de un ribazo.

—Huyó,—dijo Ros.

—Dejadlo,—replicó el duque.—Formad corro con nosotros, y no os movais, que ya están encima. Aun cuando yo me levante continuad vosotros sentados é indiferentes á lo que pase cerca ó léjos.

Osorio cogió un pedazo de pan y fingió comerlo, fijándose con disimulo en cuatro compañías que empezaban á cruzar junto á ellos. De pronto oyeron:

—¡Alto! Alférez, ved qué gente es esa que está entre los árboles.

—Somos extranjeros, señor,—gritó Osorio, levantándose y avanzando hasta llegar al maestre que dió la órden.

—¿A dónde vais?—le preguntó el jefe.

—A Auvernia, señor.

—¿Con qué objeto?

—Somos músicos calabreses que corremos el mundo como veis.

—¿Qué haceis ahí?

—Comiendo un poco de pan y carne para recobrar fuerzas y andar de nuevo.

—¿Llevais pasaporte?

—Sí, señor.

—Venga.

El maestre mandó que se lo tradujeran, añadiendo luégo:

—No consta aquí vuestra entrada en Francia, ni me satisface ese papel. Venid con nosotros al pueblo inmediato.

—Señor maestre, el derecho de gentes os prohibe cometer esa tropelía con nosotros; mi pasaporte está en regla, y si no lo presentamos en la frontera, culpad al conde de San German, que nos invitó en Suiza á que formáramos parte de su comitiva, y le acompañáramos á su castillo.

—¿Qué justifican vuestras frases?

—La palabra de un hombre honrado que no tiene interés en engañar á nádie.

—No me fio de vosotros; los italianos sois malos, muy malos; tú hablas muy bien el francés y podrás ser un espia ó quién sabe, conque adelante.

—¿Qué vais á hacer con nosotros en ese pueblo donde intentais llevarnos?

—Se os registrará bien, y si nada os encuentro, os dejaré encerrados en la cárcel. Si por el contrario resulta lo que yo sospecho, entónces concluirá la funcion con regalaros á cada uno cuatro tiros.

Flaviano comprendió que estaba perdido, y ántes de recurrir al extremo de abrirse paso á balazos en union de sus compañeros, añadió:

—Señor, llevamos andadas siete leguas, estamos rendidos y escasamente nos quedarán fuerzas para llegar á un caserío, que dista de aquí media legua. Somos extranjeros como habeis visto, la Francia es hospitalaria, y vos, maestre de campo,

no debeis faltar á las leyes de vuestro país, á la urbanidad ni á la consideracion que merecen vuestros vecinos.

—No me convences; eso estaria muy bien en una época normal; pero hoy, que parecen salir católicos hasta de las raíces de los árboles, y en cada uno hallo un traidor, preciso es usar de medios violentos por más que sean duros. Mas dime ántes bajo juramento: ¿qué religion profesais?

Osorio comprendió que le interrogaba un furibundo hugonote, y ya nada temió. Así es que, fijándose en el jefe, le contestó sonriendo:

—Si hubiérais empezado por eso, ya estaria terminada la interrupcion de vuestra marcha. Como no os ha de convencer lo que yo os diga, vista la incredulidad que demostrais, hé aquí una carta que os contesta por mí.

—¡La firma,—dijo el maestre admirado,—el marqués de Pau!

—Sí, señor, y va dirigida á su amigo y compañero Canillac.

—Cierto; os recomienda eficazmente á él; los dos son amigos mios, partidarios de Enrique IV, y personas de gran valer. ¿Quién os dió este escrito?

—El señor marqués, el cual se hallaba en Nápoles á mi salida.

—¿Le conocias anteriormente?

—Sí, señor; su hija gusta mucho de oirme cantar.

—Toma la carta, y continuad vuestro camino. Oye, si la ven los católicos te matan.

—Por eso vamos á Auvernia siguiendo veredas y caminos excusados.

—Bien hecho. En marcha.

Gritó el maestre, dejando al duque con la sonrisa en los labios y el desden en el rostro.

Cuando hubieron desaparecido las compañías de hugonotes, se volvió á los suyos, diciéndoles:

—Ese maestre de campo es terco y malvado como pocos hombres.

—Ya os oimos,—le contestó Zalla,—y dí la órden de abandonar las maletas y preparar las pistolas, pues juzgué que no habria otro remedio que el de abrirnos paso á tiros.

—Ese era el mejor con gente tan miserable; y si no lo hicimos así, fué únicamente por temor de que pereciese de miedo Lambert ó á manos de los hugonotes.

—No ha regresado.

—Estará escondido entre esos árboles.

—O se habrá vuelto á su pueblo; su pavura es capaz de prestarle alas.

—Buscadle.

Ros, Ramiro y Víctor corrieron de un lado para otro, regresando á los cinco minutos sin haberlo hallado. El sirviente dijo:

—Señor, no está ese hombre.

Víctor añadió:

—Yo subí á aquella altura, y nada he visto tampoco.

Ramiro exclamó:

—Por el contrario yo, bajé esa cuesta, y no lo hallé en la hondonada.

—Pues es indispensable dar con él; conoce el terreno admirablemente, y necesitamos su compañía.

—Temo que esté ya á una legua de aquí.

—No puede ser, su miedo debe haberlo enclavado en algun sitio no lejano. Veamos.

Y el duque gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Mr. Lambert, venid pronto, que ya no hay peligro alguno.

—¿Estais cierto?

Le preguntó el guia con voz apagada y balbuciente. Los seis soltaron una carcajada, añadiendo el duque:

—Ya se fueron, y pueden llegar otros si tardais.

—Ayudadme.

—¿Dónde estais?

—En la copa de este castaño.

Nuestros valientes fueron reconociendo los árboles que tenían en torno, hasta que Ros les gritó:

—Aquí está, señores; ved qué pálido y descompuesto se halla; se enredó entre las ramas, y no puede bajar. ¡Qué figura tan rara! Mirad, mirad.

—Ayúdale.

Exclamó el duque; y su criado trepó, descendiendo cogido á Mr. Lambert. De pronto lo dejó caer al suelo, diciendo:

—Soltad; abajo y nada temais, que ya falta poco.

Mr. Leon miró en torno con avidez, y fijándose luégo con ojos espantados en Osorio, le preguntó:

—¿Dónde están? ¿Qué direccion tomaron? ¿Nos matarán?

—No, hombre, no; partieron sin volverse á cuidar de nosotros.

—Parece imposible.

—Pues ya lo estais viendo.

—¿Qué les dijísteis?

Flaviano, deseando tranquilizarlo y que pudiera continuar guiándolos, le refirió cuanto habia ocurrido entre él y el maestre que mandaba la fuerza, concluyendo con las siguientes frases:

—Nada temais viniendo conmigo; coged vuestro morral y reanudemos nuestra jornada, que aún debemos andar cerca de tres leguas.

—Qué admirable sois, Mr. Jacobo; ahora me causa rubor el haberme separado de vosotros. Juro que en lo sucesivo no me he de mover de vuestro lado.

—Mejor estareis que convertido en gorrion.

—Y con un miedo... Hubo instantes en que me faltaban las fuerzas, y me vi expuesto á caer del árbol.

—Si llega á suceder y os distinguen los hugonotes, comprometeis nuestras vidas.

—Ya lo comprendo, y no volverá á acontecer. Fué un arranque, una idea, vamos, una cosa que yo no puedo explicar; me hallé en la copa del árbol como por encanto.

—Sí, el miedo tiene tambien su parte mágica, y esa os elevó esta tarde; pero guardaos de hacerlo en lo sucesivo si teneis en algo vuestra existencia y las nuestras.

—¿Conque traeis cartas de recomendacion de grandes señores?

—Y otras muchas cosas más; ¡pero abreviemos, por Santiago!

—Al momento; guardo las vasijas, el mantel, mi hermoso cuchillo, cuelgo el morral á la espalda, y andando.

Los siete continuaron su interrumpida marcha, yendo delante el duque y Lambert y detrás los otros riendo de la pavura de que era víctima el guia que los acompañaba. Y nada tenía de extraño, pues formaban raro contraste el valor y serenidad de los seis con el excesivo miedo del sétimo. Osorio empleó más de una hora en dar consejos á Mr. Leon y en hacerle reflexiones que si no lograron modificar su carácter influyeron poderosamente en sus ideas y modo de obrar en lo relativo al peligro y lances que debian correr.

A las seis y media distinguieron el caserío en que querian pernoctar, exclamando Lambert:

—Alto, señores; conviene que me adelante y hable con mis amigos de la aldea que tenemos enfrente. De este modo los prepararé para que no les sorprenda nuestra llegada, volviendo por vosotros inmediatamente.

—¿Cómo vais á disculpar nuestra presencia?

—Diciéndoles únicamente que sois gente pacífica y que os encaminais á Usson guiados por mí.

—Eso es; hombres muy pacíficos.

—Sí, sí; ínterin os dejan marchar por donde os agrada; de lo contrario os convertís en soldados los más fieros que yo he conocido.

—Pero somos ovejas cuando nádie nos incomoda.

—Pronto vuelvo.

Y desapareció Leon, regresando á la media hora.

—Muy bien,—dijo al duque;—tendremos camas, cena rica y abundante, y lo que vale aún más, sosiego y reposo.

—¿Dónde paramos?

—En casa de un labrador acomodado y generoso.

—Pues adelante.

Y los siete llegaron, penetrando en las habitaciones de un aldeano que los recibió con agrado y satisfaccion. Después que se hubieron saludado, tomaron asiento el duque y Zalla en una estancia y los cinco restantes en otra.

Cenaron á las ocho, y á las diez estaban ya dormidos.

Nada ocurrió durante la noche que de contar sea. Al amanecer se proveyó Mr. Leon de vinos, fiambres y pan, pagó al dueño de la casa, se despidieron los siete de él, y continuaron su camino como el dia anterior.

El castillo y pequeño pueblo de Usson distaba cuarenta leguas que anduvieron nuestros bravos caminantes en cuatro dias. Tambien en el segundo hallaron hugonotes y católicos que interrumpieron su marcha por breves instantes; el duque, unas veces haciendo uso de sus papeles, otras de las armas, y en todas del talento, valor y serenidad que jamás le abandonaban, fué salvando escollos y peligros, procurando siempre derramar la ménos sangre posible. Al tercer dia sólo encontraron una partida de hugonotes, y al cuarto y último nada que impidiera su jornada. Segun se iban acercando al castillo, desaparecia todo peligro; la nueva comarca que recorrian estaba completamente dominada por los protestantes; los pocos católicos que existian no osaban atentar contra sus enemigos, reinando en consecuencia una paz no interrumpida. En la mayor parte de Auvernia era obedecido Enrique de Navarra por los más, respetado por los ménos, y esta era la principal causa de que no ardiese allí la tea de la discordia.

Nuestros siete viajeros dieron vista al castillo de Usson al anochecer del cuarto dia; Lambert se detuvo, diciendo al duque:

—Mr. Guzman, ahí teneis el pueblo y fortaleza que deseábais, con lo cual gané los ducados que no dudo os apresurareis á entregarme. ¿Deseais algo más de mí?

—Segun; puedo continuar ocupándoos, y os aseguro que

al aceptar, llenareis vuestra bolsa con colmo; pero si preferís regresar á vuestra casa, os daré en el acto lo que os debo, dejándoos en completa libertad, toda vez que nuestro convenio quedó terminado.

—El volver solo, tiene sus espinas, y el permanecer á vuestro lado me ofrece escollos; así es que dudo y hasta me atrevo á rogaros me digais qué hariais en mi lugar.

—Bien pensado; empecemos por saldar nuestras cuentas, Mr. Leon.

—Seguro lo tengo; no me corre prisa.

—A mí sí. Págale, Gabriel.

Y Lambert recibió en oro los ducados que le faltaban; en paz ya, añadió:

—Estoy satisfecho. ¿Qué me aconsejais ahora?

—Si volveis solo, con vuestro miedo y la ferocidad de los dos partidos que se disputan el poder, os va á ocurrir algo en el camino. Lo ménos que os sucederá es que os aligeren el peso que acabais de depositar en vuestros bolsillos.

—Mucho me lo temo, y lo peor es si me matan ó me obligan á coger una pica.

—¿Qué dinero dejásteis á vuestra esposa?

—Con lo que me dísteis y lo que ya tenía le sobra para vivir un año.

—En ese caso os aconsejo que os quedeis conmigo.

—¿Qué vamos á hacer?

—Ocuparemos ocho ó diez dias en Usson, ó acaso ménos; luégo iremos á París, y entre la capital y sus cercanías permaneceremos el poco tiempo que queda en Francia de lucha y exterminio. Proclamada la paz, regresareis á vuestro pueblo, y nosotros á nuestra patria.

—¡La paz! ¿Y cuándo sucederá eso?

—En breve probablemente.

—¿Sabeis lo que dista de aquí París?

—Ciento veinte leguas por lo ménos; pero iremos á caballo; la reina Margarita nos dará salvo-conducto, el que, unido

á los que yo llevo de los católicos, facilitarán nuestra rápida marcha.

—¿Quién sois, señor?

—Leon, no es posible dudar de vuestra honradez, pero no debo descubrir mi incógnito hasta que se proclame la paz; básteos saber que los poderosos se descubren ante mí.

—Lo creo; es más, lo habia sospechado.

—Bien; ¿y qué decís?

—Haré lo que vos me mandeis.

—No, amigo mio; miéntras haya peligro os dejo en libertad de que opteis por lo que más os agrade.

—Si es que yo no sé lo que me conviene, y á vos os escucho ya como á oráculo.

—Entónces quedaos conmigo, que de perecer vos, habré yo muerto ántes, y eso es algo difícil.

—¿Me perdonais en lo que os haya podido faltar?..

—En nada, Lambert; no me conoceis, y vuestra conducta me agradó.

—Tratadme como á Gos; no puedo pronunciar bien ese apellido.

—Ros.

—Y como á esos otros tres; porque este señor, me refiero á Mr. Alvaro, tambien es más que nosotros.

—No perdamos tiempo. ¿Qué cantidad quereis por seguirnos?

—La dejo á vuestra eleccion; lo único que os ruego es que si hay peligro me defendais.

—Os lo juro. Disimulad en lo sucesivo como hasta aquí, pero no economiceis dinero, procurando que nuestras fatigas sean recompensadas al ménos con buenas camas y mejores comidas. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Te nombro mayordomo mio en las poblaciones, y guia en los caminos; y puesto que desempeñas dos destinos, el sueldo será doble.

—¿Cuánto, señor?

—Más aún de lo que ambiciones, si tu lealtad y reserva lo merecen.

—Gracias; voy hallándome bien, muy bien á vuestro lado.

—Ya te lo anuncié ántes de ahora.

—Me admira y encanta cuanto sale de ese cerebro privilegiado; la vida aventurera ofrece además ratos agradables.

—Mejores te parecerian si no fueses tan cobarde.

—Os prometí enmienda, y ya hago lo posible.

—Poco á poco te iré arrancando una pavura que entorpece y precipita al peligro. ¿Conoces á algunas personas en Usson?

—A todo el pueblo.

—Pues entremos en él, y descansemos esta noche.

Media hora después estaban perfectamente alojados los siete en la mejor casa del mencionado pueblo. A las nueve dormian los seis; el duque, echado junto á la cama de Zalla, discurria sobre un nuevo plan, que subordinaba á las circunstancias que le habian llevado á Usson.

—La Providencia,—exclamó,—me ha traido á este pueblo; entraba en mis cálculos ver á la reina; pero no tan pronto ni con el objeto que ahora pretendo. ¡Quién sabe si el tiempo que pierda aquí me facilitará la evasion de mis hermanos! Acaso; la idea que madura en mi cerebro parece realizable. Sí; debo intentarla; la intentaré. Ahora no puedo; anduve cincuenta leguas, y el sueño atraido por el cansancio me han rendido. Desde los Alpes á Usson hay mucha distancia, el camino es malo, y mis pobres piés... Me duermo; ¡ruin materia, qué poco vales! polvo, eres mísero polvo.

Y quedó profundamente dormido. Era uno de los hombres más fuertes de la época, y aún se quejaba de su debilidad. ¡Pobre condicion humana! todo nos parece poco, no obstante lo mucho que nos dieron y lo ménos á que nos hicimos acreedores.

CAPITULO XI.

Conferencia entre el general y su guia.—Noticias é informes.—La serenata.

Usson, como castillo, era una fortaleza antigua, habilitada hoy para servir de prision á la reina Margarita, y por consiguiente decorada y embellecida interiormente lo que permitia la época y el buen gusto de su régia y elegante cautiva. Nada faltaba allí en lujo y esplendidez de cuanto la hermosa jóven pudiera desear.

Usson, como pueblo, era un *villorro* compuesto de cien casas antiguas, ennegrecidas, ruinosas algunas, y todas feas, habitadas por gente pobre las más y desmanteladas en su mayoría. Gobernaba el uno é imponia su voluntad en el otro el célebre marqués de Canillac, jóven elegante, apasionado, de la primera nobleza de Francia, poderoso y que acabó por enamorarse de su bella prisionera, logrando de este modo que Margarita mandase en su corazon, en la torre, en el pueblo y en cuantos obedecian al afortunado marqués. Por esta causa consiguió ella que su cárcel se convirtiera en un palacio de recreo,

del que salia y en el que entraba á su antojo, recibiendo á todas horas y á cuantas personas le agradaba ver.

Enfrente de la fortaleza y á doscientas varas de distancia se elevaba un edificio, el mejor acaso del pueblo, y en él habitaban ahora, además de su dueño, esposa y un hijo, el duque del Imperio, Zalla y cinco compañeros restantes.

Serían las ocho de la mañana del dia siguiente al en que llegó Flaviano de Osorio, cuando abrió éste los ojos, y viendo á Don Alvaro junto á su cama, le preguntó:

—¿Qué hora es, amigo mio?

—Las ocho.

—¡Qué disparate! ¡He dormido once horas! ¿Hace mucho que os levantásteis?

—Treinta minutos escasamente; tambien reposé más de lo que pude imaginar.

—No es extraño; anduvimos en cinco dias cincuenta leguas, y nuestra pobre y débil materia necesitaba la quietud y descanso que concluimos de darle. ¿Cómo os sentís?

—Perfectamente y muy dispuesto á andar de nuevo, segun lo hicimos en los dias anteriores. ¿Y vos?

—Bien. Acercadme esa ropa.

—¿Continuamos músicos?

—Ya lo creo, y por muchos dias.

—Os voy á vestir.

—No lo consiento.

—Perdonad; juré hacerlo así, y no permitireis que obre como villano.

—Bien, ayudadme, que al fin entre vagabundos todo es lícito.

En la habitacion destinada á Osorio y Zalla habia dos sillones, un armario, algunas sillas, mesa y recado de escribir, con várias otras cosas que completaban un ajuar modesto, pero útil é indispensable.

Cuando el duque estuvo vestido, mandó que Ros le diera los papeles de música que traia y que colocase en el armario los

dos trajes elegantes que habia llevado de Nápoles. Verificado esto, pasó escribiendo una hóra, almorzaron luégo, y por último se encerró con Gabriel, al cual dijo:

—Toma estos papeles, y entreteneos durante el dia en ensayar la música y canto que llevas en ellos. Adiestra á Don Alvaro, que es el más torpe, procurando retiraros en lo posible de la calle para no llamar la atencion y evitar la acumulacion de gente á la puerta.

—Algo oirán.

—Bien, que sea lo ménos posible.

—¿Corre esto mucha prisa?

—Para la noche.

—Es difícil.

—No ceseis, á excepcion de la hora que perdamos en comer.

—Siendo así, podrá estar bien ensayado para las nueve.

—O para las diez, con tal que la comprendais como yo. Unete á tus compañeros, y di á Mr. Lambert que éntre.

Gabriel fué reemplazado por el guia, el cual dijo al duque:

—Señor, espero vuestras órdenes.

—Leon, olvida los cumplimientos, tratándome, no por lo que soy, sino por lo que represento; es indispensable, amigo mio.

—Lo haré, puesto que me lo mandais.

—Siéntate á mi lado.

—Gracias.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—En primer lugar escribí á mi esposa.

—No pases adelante; dime lo que le refieres, y cuenta que la lealtad responde de tu vida y servirá de norma para la recompensa á que te hagas acreedor.

—Lo sé, y por lo mismo me contraje á manifestarle que sigo bueno, que ningun peligro me amenaza, y que habiendo emprendido de nuevo mi comercio, le advierto no debe esperarme en algunas semanas.

—¿Nada más?

—Añado que por aquí no hay guerra, y que conteste á todas mis cartas, dirigiendo el sobre á nuestro patron. Eso es todo.

—Perfectamente. ¿Qué hiciste después de escribir?

—Satisfice las muchas preguntas que me dirigió el dueño de esta casa sobre vosotros.

—Sepamos.

—Le dije únicamente que sois músicos, que vos teneis una voz muy estimada por los grandes señores, y que ella os produce un rio de oro. Ha supuesto que venís á haceros oir de la reina Margarita, la cual aprecia y considera á los cantantes de mérito; afirmé su creencia, y como nuestro hospedaje se le paga bien, se dió por satisfecho, reduciéndose á lo expuesto todas mis réplicas. Luégo almorzamos, y nada más aconteció.

—Quedo complacido, y es preciso, en consecuencia, que volvamos la hoja para tratar de otro asunto.

—Estoy á vuestra disposicion.

—Dime, Lambert, ¿conoces bien el camino que conduce de Usson á París?

—Y las veredas, senderos y trochas.

—¿Has estado en Dreux?

—Sí, señor.

—¿Y en Ibrí?

—Tambien.

—¿Y en los alrededores de la capital?

—Nací en ellos, y no hay punto ni lugar que dejase de recorrer durante mi infancia.

—Por lo visto, raro es el paraje de Francia ignorado por tí.

—Claro es; desde muy jóven me dedicaron al comercio ambulante, y en cerca de treinta años que llevo ejerciéndolo, difícilmente habrá poblacion en que yo no haya estado, de paso al ménos.

—¿Quién te acompañaba?

—Un caballo, la alforja y mis mercancías.

—Era cuanto yo deseaba. Me puedes ser muy útil, Leon, y si dejas de tener miedo, enmudeces, te concretas á obedecerme y tu lealtad sale ilesa, te ofrezco una recompensa suficiente á no tener necesidad de abandonar de nuevo á tus pobres mujer é hijos.

—Ese sería el colmo de mi felicidad; por el logro de tan anhelado fin daria la mitad de mi vida.

—En tu mano está.

—Señor, mi lealtad corresponderá á vuestro deseo; hablaré lo que vos querais, ni más ni ménos; y aunque el miedo me mate, fijo siempre á vuestro lado, me convertiré en estatua. Voy siendo ya viejo; mi capital sufrió con la revolucion un golpe terrible, y me doleria en el alma tener que empezar de nuevo mis antiguas correrías, vivir solo, abandonado de aquellos pedazos de mi corazon y expuesto á mil azares que no son para dichos. Ya que demostrais tanta, añadid un quilate á vuestra excesiva generosidad, diciéndome la recompensa á que puedo hacerme acreedor.

—Oyela: te regalaré de dos á cuatro mil ducados; depende de tu conducta y fidelidad, y si eso no te bastase, la reina Margarita, su esposo ó alguno de mis amigos, señores todos de la corte, te darán por mi influjo una colocacion honrosa y lucrativa en tu pueblo ó donde la quieras.

—¿Tan poderoso sois?

—Sí.

—¡Y estoy sentado delante de vos!

—Quieto; la obediencia y sumision te proporcionarán cuatro mil ducados.

—Si cumplís vuestra palabra, ni los monarcas se os igualarán en esplendidez.

—No te extrañe; soy más rico que algunos de ellos; tengo en mucho mi vida, y la aseguro en cuanto me es posible.

—¡Estoy admirado, confuso, perplejo!

—Sal de tu estupor y escucha: ahora dices al patron que pase á verme; luégo recorres el pueblo, refrescas antiguas

relaciones, y enteras á tus amigos de nuestra llegada: tu conducta con el dueño de esta casa puede servir de norma para la que has de usar fuera de ella.

—Comprendo, y me dispongo á obedeceros.

—Piensa mucho lo que dices, y no añadas inconveniencias que aminoren tu suerte futura.

—Lo que es eso nádie lo conseguirá de mí; os pertenece mi vida, y la perderé primero que la felicidad de mi familia. Hasta luégo, señor...

—Músico.

—Fuera, aquí para entre los dos, el más noble, elevado y generoso de los hombres.

—Adios.

Partió Leon, entrando al poco tiempo el dueño de la casa. Tenía éste estatura regular; representaba cuarenta y seis años; su rostro aparecia curtido por el sol y el aire, y en el carrillo izquierdo ostentaba la indeleble marca de un tajo que le dieron años atrás. Algo le desfiguraba esa señal, pero no era desagradable su conjunto, los ojos revelaban viveza, y dos arrugas que partian de la nariz á la barba fijeza de ideas y fortaleza de espíritu.

Ambos se miraron, gustándole al duque el aspecto de su patron.

—Sentaos,—le dijo,—y hablemos, si vuestras ocupaciones os lo permiten.

—Tengo tiempo de sobra, y me place conversar con un extranjero que posee el francés como yo, y una voz, segun cuentan, que carece de rival.

—Puede que os guste; debo ese don á la naturaleza, y mi aficion á la música es extremada.

—Me lo han dicho.

—¡Hola, hola! teneis en la cara la huella de un mandoble tremendo.

—Sí, señor, y várias otras en el pecho.

—¿Fuísteis militar?

—Diez y ocho años.

—¿Soldado?

—No, sargento y protegido de un general que murió sin que ántes ni después llegase alguno á lo que él valia.

—Eso será en Francia.

—Acaso en el mundo.

—¿Cómo se llamaba?

—Señor músico, hablemos de otra cosa; la revolucion cierra mis labios.

—Yo los abriré; si no sois fanático, vuestro jefe debió llamarse Francisco de Lorena, duque de Guisa.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Los elogios que le prodigásteis.

—¿Le habeis conocido?

—Sí.

—¿Me he equivocado?

—No, respecto de Francia; porque cuentan que en España tenía amigos que valian más que él.

—Sí; el príncipe de Italia, el duque del Imperio y otros cuatro héroes; mi señor los aplaudia mucho, y en Dreux se elevaron como pocos hombres. No creo, sin embargo, que valiesen más que el duque de Guisa, tanto sí.

—¿Conocísteis á esos seis afortunados españoles?

—Como que he peleado junto á ellos.

—Entónces sois católico.

—¿Puedo fiarme de vuestra lealtad?

—Cuanto querais, que mi oficio en el mundo no es el del miserable que vende al que le honra y pierde al que le da hogar y mesa.

—Entre los italianos no hay hugonotes.

—Os equivocais; en secreto existen algunos que profesan las creencias de Lutero.

—¿Pero vos?..

—Yo corro el mundo con mi lira, amo á Dios con todo mi corazon, y jamás me metí en averiguar si mis padres se equi-

vocaron ó no en la religion que me enseñaron. Creo lo que mi conciencia me aconseja, obro con rectitud, y pienso dejar á mis hijos la herencia de una honra que no empañarán la infamia ni maldad.

—Esas son mis ideas, y en verdad que simpatizais conmigo de un modo que no puedo expresar.

—Si os protegió Lorena y fuísteis digno de su apoyo, es indudable que nos entenderemos cuanto puedan dos séres humanos.

—Eso deseo; estrechad mi mano, sed mi amigo, y callad en este pueblo vuestras creencias y las mias.

—Acepto, ¡apretad, voto á Cribas! Expansion entre ámbos y reserva completa con los de fuera. Os advierto que yo tambien estuve en Dreux y fuí delante del duque de Guisa.

—¡Vos! ¿A las órdenes de quién serviais?

—Iba junto al duque del Imperio; entónces se llamaba Flaviano de Osorio, era maestre de campo, y á su lado tomé la altura y reducto del Sur, envolviendo una columna francesa, fuerte de seis mil hombres.

—Lo recuerdo como si fuese ahora mismo. ¿Qué érais entónces?

—Soldado.

—¿Os queria vuestro duque como á mí el mio?

—Más, si cabe; tenía yo su ojo derecho y creo que hasta el izquierdo.

—¿Por qué no seguís á su lado? Dicen que está en Nápoles de virey, siendo un héroe en valor, destreza y generosidad.

—Eso es muy largo; ya os lo contaré más adelante, si hay ocasion.

—Don Flaviano canta y toca mejor que vos. Cuentan que es el primer músico de Europa.

—¿Le oísteis?

—No.

—¡Ah!

—Pero referia el señor de Lorena que á su voz no se igualaba ninguna.

—Hoy sí.

—¿La de quién?

—Segun afirman los inteligentes, la mia.

—Ya; por eso lo habeis dejado y venís á que os oiga la reina Margarita. ¡Oh! pues gustará de ella y os recompensará con mucha esplendidez.

—No me trae á Francia eso sólo; los buenos músicos italianos somos poetas y algo más.

—¿Qué quereis decir?

—En vuestro país reina hoy completa anarquía, y es posible que sea esta la primera revolucion del mundo. Yo, sin dejar de cantar, voy tomando datos y más tarde escribiré una obra sobre lo acontecido aquí, que me ha de valer bastante más que el canto.

—¡Yo lo creo! ¿La imprimirán?

—Por supuesto.

—¿Cuando acabe la guerra?

—Es claro.

—Poned que habeis parado en mi casa.

—¿Quereis que vuestro nombre se vea en letras de molde, es eso?

—Daria por tal honra cualquier cosa.

—Pues lo conseguireis.

—¿Sí?

—Con tal que vos me proporcioneis los datos y noticias que yo os pida.

—Mucho puedo en ese terreno; sabed que sirvo en secreto al sucesor del gran duque de Guisa, jefe del partido católico.

—En ese caso, tambien á la princesa Margarita.

—No sé si debo...

—¿Secretos con un historiador? ¡Qué locura! Cuando viene Guisa, pára aquí, ve á la reina, etc. etc.

—No os creí tan enterado.

—Hemos convenido en que ha de haber expansion completa entre ámbos y reserva absoluta para los de fuera.

—Es verdad, compañero de armas en Dreux, fiel católico, hermano en Jesucristo; otro apreton de manos, tuteémonos, y no haya secreto alguno entre dos camaradas que vertieron su sangre en los campos de batalla.

—¡Sea y bendigamos la memoria del gran duque de Guisa!

—¡Y los hechos del poderoso duque del Imperio! Te juro amistad eterna.

—Y yo una lealtad y estimacion de rudo soldado, pero de fiel compañero.

—No sé qué hallo en tu rostro, en el modo de expresarte, en el conjunto, en fin, de tu figura, palabras y accion, que me atrae hácia tí y me encadena.

—Yo te lo diré; el recuerdo de las campañas, la unidad de ideas, y el compañerismo que resucita y adquiere hoy toda su fuerza y vigor.

—Sí, pero hay algo más que seduce y agrada; aunque tu piel está curtida como la mia, noto en tus modales finura que encanta, y en las frases una cosa que cautiva.

—¿Y qué te extraño? Músico y literato, pasé mi vida entre los grandes señores y aprendí lo que ellos sabían, y algo más.

—Ya lo veo y te admiro.

—Continuemos nuestra conversacion. Supongo que la reina Margarita seguirá bella y seductora.

—Más que nunca; corre á caballo por el bosque, y en verdad que parece una deidad de esas que nos describen las fábulas.

—¿No la ves en el castillo?

—Jamás; cuando viene algun emisario del señor duque ó él mismo, pongo una señal en lo alto de mi casa, y no tarda en aparecer su confidente.

—Por lo visto tiene con ella el marqués de Canillac toda clase de consideraciones.

—Como entre los dos no puede haber secreto alguno, te

diré que el célebre gobernador está locamente enamorado de ella.

—Razon más para que tenga celos del duque.

—No sabe que viene, y áun cuando sospecha, le disuade la más leve explicacion de Margarita.

—¿Cómo se ven el duque y ella?

—Disponen una cacería, S. M. se siente de pronto molestada por terrible jaqueca, obliga á Canillac á que corra al monte, y en los dos dias que dura la fiesta, permanecen juntos.

—¿Hace mucho que estuvo la última vez?

—Cuarenta dias; la guerra le ocupa mucho, y por esa causa se ven de tarde en tarde.

—¿Solos el duque y el marqués están enamorados de tan bella señora?

—No; la maledicencia cita á algunos otros, si bien domina su corazon mi señor el duque. Ese es el gran defecto de S. M., los hombres; en lo restante parece un ángel; buena cristiana, caritativa, bondadosa, y tan llana, que habla hasta á los labriegos con ménos orgullo y vanidad que uno de nosotros.

—Tan amigos, y aún no me has dicho tu nombre.

—Es verdad; Cárlos Bonet.

—Pues pienso, amigo Cárlos, que áun cuando no sea más que ese el defecto de tu reina, presenta un calibre que espanta.

—No lo creas; las mujeres son débiles, y como entren por tan resbaladizo camino...

—Otro nombre les cuadraba mejor, y es harto extraño que sea aficionada á la iglesia y á los preceptos divinos quien falta á ellos de un modo tan feo y con tal insistencia.

—Por lo mismo; peca, y necesita implorar la clemencia del cielo.

—No la obtendrá; la misericordia de Dios rechaza al que pasa su vida siendo malo una hora y arrepintiéndose otra.

—¿Y eso qué nos importa á nosotros?

—Tienes razon; volvamos la hoja, y hablemos de nuestras campañas.

—¿Oyes á tus compañeros? ¡Qué bien tocan!

—Están ensayando.

—¿Sin su maestro?

—Basta con mi segundo; cuando sepan la leccion impuesta hoy, entónces les corregiré el defecto en que hayan incurrido.

—Está el dia delicioso.

—Cierto; y si tú quieres, podemos salir á dar una vuelta por el pueblo y los alrededores del castillo.

—Aprobado; déjame que dé un beso á mi hijo y un apreton de manos á mi mujer.

—Aquí te espero.

Quince minutos después andaban ámbos por las tres únicas calles que tenía el pueblo. Luégo dieron la vuelta al castillo, deteniéndose á cada momento para examinar sus muros, puentes y fosos. A la vez averiguaba el duque la distribucion de las habitaciones, en lo que se ocupaba la reina durante el dia y la noche, y cuanto necesitó, en fin, para la realizacion del plan que maduraba en su mente.

Con el hallazgo del que llamaba compañero de Dreux hubiera podido evitar serenatas y otras molestias; pero no creyó conveniente enterar á nádie del todo ni parte de su secreto, y se propuso realizar la idea con el aislamiento posible.

A las tres horas regresó con Cárlos, y al frente de su pequeña orquesta dirigió el ensayo media hora. Comieron á las tres, y á las cinco prosiguió adiestrando á Zalla, que era el más torpe, sin hacer oir su voz, y en el paraje más apartado de la casa, para evitar que le molestasen los vecinos y transeuntes.

Cerca de anochecido dejó á sus compañeros que continuaran repasando las lecciones que les habia dado, y él se encerró con Leon Lambert, al cual preguntó:

—¿Recorriste el pueblo?

—Sí, señor.

—¿Llamó la atencion mi llegada?

—Algo excitó la curiosidad, pero les dí explicaciones, y ahora sólo desean escuchar nuestro acento.

—Como yo pueda no lo han de conseguir.

—¿De qué medio os vais á valer?

—Cantando miéntras ellos duermen y sellando los labios cuando estén despiertos.

—De ese modo y viéndoos poco, se olvidarán de vos.

—¿Qué noticias corren aquí sobre la guerra?

—Dicen que el ejército católico retrocedió hácia el Norte, para reponerse de los descalabros sufridos, en tanto que los hugonotes aumentan sus filas y sacan de los triunfos arrancados á sus contrarios todo el partido posible. Esto se refiere á los alrededores de París; en el resto de Francia arde la tea de la discordia, ganando en unos puntos el partido del *Navarro* y en otros el de Guisa.

—Pronto, Dios mediante, acabará todo.

—Lo dudo; está mi país convertido en un perpétuo arroyo de sangre.

—Basta una idea para sacarla y que reemplacen la paz y sosiego á las luchas que afligen á este mísero reino.

—Me parece que la Providencia lo abandonó.

—Leon, no te metas en honduras, cuyo terreno resbaladizo desconoces por completo.

—Os participo que mi amigo Cárlos os elogia y estima como yo no esperaba.

—Ya lo sé.

—No comprendo cómo en tan poco tiempo...

—Ni te hace falta.

—Me ha dado las gracias repetidas veces por haberos traido á su casa.

—No me extraña; es valiente, y simpatizó conmigo.

—Tambien yo, sin embargo de lo dudoso que aparece mi ardimiento.

—Te equivocas; se ve claro y terminante que no tienes ninguno.

—Hablad en pasado, señor, que el futuro aún no le conoceis.

—Tu sangre, Lambert, es algo fria.

—Con mucha voluntad y esforzándome un poco se calentará.

—Nada perderás en ello. Oyeme: á las diez pienso dar una serenata á la reina Margarita; conozco ya el terreno, y no necesito de tu compañía ni de la de ningun otro; por consiguiente, quedas en libertad de retirarte á descansar cuando gustes.

—Cárlos y yo deseábamos oiros.

—Desde aquí podeis hacerlo; en la calle me estorbais.

—En ese caso no saldremos.

—Déjame, que voy á escribir.

Y el duque permaneció solo hasta las diez ménos cuarto en que se unió á sus compañeros y salieron en direccion del castillo.

Sabía Flaviano que la reina cenaba á las diez en punto, por lo cual se colocó lo más cerca posible de las ventanas del comedor. Llevaban los instrumentos templados, y de este modo aguardaron doce minutos, en cuyo instante los seis á la vez comenzaron á tocar, demostrando gran maestría y conocimiento del arte. Léjos de interrumpirles los centinelas del muro, se acercaron cuanto les era permitido, oyendo con recogimiento y entusiasmo la dulce melodía de aquella orquesta.

Al poco tiempo se abrió una de las ventanas del régio comedor.

—Bien,—dijo Osorio;—mucha atencion y cuidado.

Y seguidamente alzó su hermosa y agradable voz, dejándola oir en toda su extension. Los soldados se sintieron como arrobados; todas las ventanas del comedor se abrieron, y cuantos habitantes habia en el castillo quedaron pendientes del mágico acento de nuestro trovador.

En la primera estrofa se contrajo Osorio á elogiar los encantos de una mujer, que era á la vez hermosa, elegante, poetisa, noble en sus hechos y generosa en acciones. Los versos correspondian á lo sublime de la voz que los cantaba y aludian á la reina. Zalla, Gabriel, Ros, Víctor y Ramiro, en

forma de coro, repitieron los cuatro últimos de la estrofa que terminaba Osorio.

Margarita, más inteligente que ningun otro de los oyentes, más entusiasta por la música y mucho más apasionada, dejó de cenar, exclamando:

—Silencio; no os movais ninguno, y escuchad como yo. Jamás oí acento tan dulce y maestro en el arte.

El duque entonó su segunda estrofa, y á un esfuerzo incomprensible dió várias notas que obligaron á exclamar á Margarita:

—Traedme á ese músico. Esperad; no le interrumpais; salid uno, y al acabar, acompañadle aquí.

Canillac miraba á la reina, como encantado por la voz de Flaviano, y éste, que adivinaba lo que acontecia en el régio comedor, seguia esforzándose más que nunca y con éxito indescriptible.

Los muros del castillo se coronaron de oficiales y soldados, los que, sin poder contenerse, le dieron un aplauso que apagó la voz de Canillac, por órden de la reina, con las siguientes frases:

—¡Silencio! ¡Ay del que vuelva á interrumpir á ese trovador!

El duque cantó únicamente tres estrofas, con largos intermedios, en los que dejaba oir los seis instrumentos que armonizaban extraordinariamente. Muy estudiados los versos, más aún la música y sobresaliendo por todo el acento de Flaviano, sucedió, como no podia ménos, que su serenata fué la primera que se habia dado hasta entónces. No tenía nota ni frase que dejaran de estar puestas con el talento, intencion y maestría de que era capaz el sublime poeta, músico y guerrero.

Al concluir y volverse, vió á un embozado que le dijo:

—De órden de S. M. la reina, seguidme.

—Obedezco,—exclamó Osorio, añadiendo á Zalla:—tomad mi lira, y retiraos á casa los cinco.

Ya dentro del castillo el duque, avanzaba por entre dos

filas de oficiales, soldados y sirvientes, que le saludaban con entusiasmo, aplaudiendo su voz y manera de cantar.

Llegó á la puerta de la régia cámara, el embozado tiró su capa y gorra, y entrando, dijo á Margarita:

—El trovador aguarda las órdenes de V. M.

—Que pase al instante. ¿Por qué se detiene?

Flaviano penetró, quedando á la puerta en actitud respetuosa, pero sin servilismo ni aturdimiento.

Cenaban con Margarita, Canillac, un coronel y dos damas, y los cinco se fijaron en Osorio con interés y ansiedad.

—Avanza,—le dijo la esposa de Enrique de Navarra.—Acércate más.

Nuestro sagaz español llegó á dos varas de S. M., hizo una reverencia, y la miró con naturalidad. Aquella añadió, dejando nuevamente de comer:

—¿Eres tú el famoso tenor que acabo de oir?

—Servidor de V. M.

—¿Cómo te llamas?

—Jacobo de Guzman.

—¿Eres español?

—Nací en Nápoles.

—¿De dónde vienes ahora?

—De mi país.

—¿Qué te trae á Francia?

Osorio miró á la reina con intencion, contestando:

—El deseo de ganar lo que llevo perdido.

Margarita vaciló; algo habia comprendido su fina penetracion, pero no lo que necesitaba; así es que prosiguió:

—Mala época has elegido.

—La guerra no me intimida si bien me estorba; por eso vine á Auvernia, donde hallé paz y lo que andaba buscando.

Las últimas frases del duque envolvian una idea que Margarita comprendió.

—Supongo,—le dijo,—que un hombre de tu mérito no cantará en medio de las calles.

—Entro en los salones aristocráticos; elevo mi voz donde deben oirla, sólo recibo lo que he ganado, y agradezco á los que, como V. M., se dignan tratarme con una bondad que admiro.

—¿Quién te aconsejó que vinieras á este pueblo tan ruin y mísero?

—La necesidad.

—Poca ó ninguna gente hallarás en él que recompense tus afanes, si bien creo que todos gustarán de oirte.

—Mi ambicion se contrae en Usson á agradar á V. M.

—Pídeme lo que quieras.

El duque miró á los lados indicando que le estorbaban los presentes; mas para disimular estos movimientos, contestó:

—Pobre músico y poeta, debe bastarme la honra de que V. M. se haya dignado elogiar mis trovas.

—Eso es muy poco; y puesto que eres *pobre* y yo rica, te demostraré que protejo el arte y admiro á hombres como tú; exijo, no obstante, de tí que no sea esta la última serenata que me dés.

—Cuantas quiera V. M. Cerca de aquí habito, en casa de Cárlos Bonet, y quedo á la disposicion de mi señora.

—Dime, ¿la letra que has cantado era compuesta por tí?

—Versos y música hice dedicados á V. M., siendo la primera que los ha oido.

—Bien se conoce que te rozas con los altos señores.

—A veces... y próximo á ellos aprendo algo.

—Quiero demostrarte esta noche mi gratitud, Jacobo; sal y aguarda en mi antecámara, que representas el arte, y no quiero ni puedo humillarlo. Con mi mano te he de recompensar.

—Gracias, señora.

—Acompáñale, Juan.

El duque hizo una reverencia, y salió de allí, guiado por un mayordomo. Margarita dijo á otro de sus dependientes:

—Tráeme un bolsillo con cien ducados. Abrevia.

—Y quedó hablando del mérito del tenor con Canillac, el

coronel y sus damas, hasta que le presentaron en una bandeja de oro lo que concluia de pedir. Ella lo cogió, exclamando:

—No tengo gana de cenar; continuad vosotros, que para nada os necesito. Quietos; os lo mando.

Y desapareció, seguida únicamente de dos criados que merecian su entera confianza. Ya en su cámara, se volvió, y dijo á aquellos:

—Que éntre el músico, procurando luégo que nádie, absolutamente nádie, me escuche ni espie esta habitacion. Salid.

La reina inclinó la frente, quedando en actitud de meditar. Dos minutos después la alzó, hallando enfrente y mirándola con interés al trovador que tanto llamó su atencion.

—Acércate,—le dijo; y fijó en él la vista con creciente ansiedad.

Osorio la obedeció, preguntando:

—¿No asusta á V. M. hallarse sola con un hombre á quien desconoce?

—¿Por qué me dices eso?

—Estamos en una época en que imperan la traicion y el asesinato.

—Verdad es. ¿Me indicaste que querias hablarme á solas, ó me he equivado?

—V. M. comprendió bien.

—Tú no eres músico de profesion, áun cuando sepas más que todos los maestros.

—Lo primero tambien es cierto.

—Creo haber oido tu voz en otra ocasion.

—En París.

—¿Hace mucho?

—Diez años próximamente.

—¿Vestías traje diferente?

—Sí, señora.

—Quiero recordar tu nombre, pero no puedo.

—Al que le oye una vez no se le olvida nunca.

—¿Tan conocido es?

—Mucho.

—Entónces no lo acierto.

—Supongo lo mismo.

—¿Por qué lo callas?

—Porque V. M. no se ha dignado preguntármelo.

—¿Quién eres, sublime cantor?

—Flaviano de Osorio, duque del Imperio, fiel servidor de V. M.

La reina retrocedió dos pasos, asombrada, perpleja, aturdida.

—¿Qué dices?—exclamó.—¿Tú el vencedor de Nápoles, el que acaba de regalar un reino á Felipe II, mi pariente?

—El mismo, que por ver á V. M. anduvo á escape, en buenos caballos cincuenta leguas, y otras tantas á pié, y Dios sabe con las dificultades que luchó para llegar.

—¿Llevas encima alguna prueba?..

—No, señora; creí que bastase mi voz.

—¿Qué te obliga á venir á Usson?

—Me trae un plan que, de aceptarlo V. M. y salir bien, cesará la guerra en Francia, y vuestro esposo ocupará sin impedimento el trono de San Luis.

—Habla.

—Noto que vacila V. M., y miéntras abrigue la menor duda, permanecerán mis labios cerrados.

—Tu traje, ese color y la época me aconsejan ser cauta.

—Muy bien; la hora no es tampoco á propósito para una entrevista tan larga é importante como debemos celebrar, si es que V. M. se digna oirme.

—Con mucho gusto, siempre que con tu primera frase me pruebes ser el duque del Imperio, hombre á quien admiro y considero.

—Vendré sin disfraz; mi cútis aparecerá con su color natural; traeré mi nombramiento de virey de Nápoles y una carta que conservo de vos, de la cual os leeré el principio de los dos párrafos que contiene.

—La recuerdo; me hallaba en París y tú en Dreux.

—Siento ruido de pasos, y no sería conveniente que nos oyeran.

—Lo he previsto, y nada temas, pero debemos abreviar por esta noche.

—¿A qué hora tendrá á bien recibirme mañana V. M?

—A la que tú quieras.

—La importancia de nuestra entrevista y el secreto que reclama parecen aconsejar á V. M. disponga una cacería, se sienta luégo acometida de jaqueca, obligue á partir á los que nos estorben, y cuando todo esté preparado, entónces... Habito en la misma casa que suele hospedarse otro duque muy conocido de V. M.: sin que ahora se ponga señal alguna puede la augusta señora mandar un leal servidor, al que yo acompañaré gustoso y agradecido.

—Acabo de reconocerte, Flaviano.

—Me alegro. ¿Y en qué?

—Contéstame ántes. ¿Cuándo llegaste á Usson?

—Anoche.

—Pues te he conocido en que á las veinticuatro horas de tu arribo ya penetraste mis secretos.

—¿Yo?

—Tú, el más sagaz de los hombres, el más valiente, el más caballero, el... Quedamos en que vendrás sin disfraz, tendremos todo el dia, y hablaremos como dos amigos.

—La bondad de V. M. es infinita.

—¿Qué no merece el que anda desde Nápoles aquí como tú lo has hecho, sin otro móvil que el de la felicidad de mi pueblo?

—Anhelo tambien la de V. M., y si me ayuda la suerte todo lo conseguiré.

—¿Qué exiges de mí?

—Por esta noche que sea fiel depositaria del secreto; mañana eso mismo y algo más.

—¡Qué podria yo negar al duque del Imperio!

—Todo lo que sea injusto, inconveniente y contrario á lo que se debe una reina de tanto talento... Creo que llegan.

Margarita le alargó el bolsillo, exclamando muy fuerte:

—Toma cien ducados, músico incomparable, y cuenta que tus serenatas me complacen mucho.

Flaviano besó la mano sin coger el bolsillo, contestando:

—Gracias, reina y señora mia; si mi canto agrada á V. M., lo escuchará á menudo, y mi mayor recompensa serán sus elogios.

Anduvo hácia atrás hasta la puerta, saliendo luégo acompañado de un sirviente que lo dejó en el cuerpo de guardia. El jefe le hizo algunas preguntas relativas á si debia ó no volver á cantar; mandó luégo que echasen los puentes, saliendo de allí nuestro poeta, solo y ensimismado. Segun caminaba iba diciendo para sí:

—Más temo á esa mujer que á Syra y á Angelina, y más me disgusta su mirada que el veneno y puñales dirigidos con habilidad sorprendente por su célebre madre Catalina de Médicis.

A la vez se arrellanaba la reina en un sillon, exclamando:

—Osorio no tiene rival en Europa. ¡Qué modales tan finos, qué voz y que talento! Su espada es invencible, y como galante supera á toda exageracion. Vaya otra cacería, octava jaqueca que padezco en Usson, y luégo lo que el destino disponga.

Y llamó á Canillac, dándole seguidamente las órdenes para que dispusiera la mencionada diversion, la cual debia empezar en la próxima tarde.

CAPITULO XII.

Temores de Flaviano.—El milano y la tórtola.—Triunfo del héroe.

El duque entró en su casa, donde le aguardaban los cinco músicos restantes y multitud de plácemes de Cárlos y de Leon, los cuales oyeron su voz, quedando sorprendidos y tan admirados como todo el que la escuchaba.

Nuestro afortunado caudillo les dió las gracias, y pretextando cansancio, se retiró á su alcoba seguido de Zalla.

—¡Venís triste!—le dijo el maestre.

—No lo creais,—contestó Osorio,—ensimismado y temeroso.

—¡Miedo vos! ¿Y á quién?

—A la reina Margarita.

—¿Será capaz de una traicion?

—No, de otra cosa más molesta para mí.

—Explicaos.

—¡Qué pesado estais esta noche!

—Es que me interesa vuestra suerte mucho más que la mia. ¿Hablásteis con la reina?

—Sí.

—¿A solas?

—Por supuesto.

—¿La indicásteis algo?

—Cási todo.

—¿Se opone?

—No.

—¿Qué temeis entónces?

—Que me equivoque con el duque de Guisa.

—¡Delirio! Sois vos más esbelto, gentil y bello.

—Peor y peor.

—Pues no lo entiendo.

—Cuidado si estais torpe.

—Aclaradme el enigma, señor.

—Es posible, Zalla, que en vez de reina altiva, intrigante y sagaz, halle una tórtola.

—Convertios en milano.

—La idea no es mala; se os escapó sin comprender que era una perla.

—¿Y eso os pone de mal humor?

—Alvaro, vos no conoceis otra mujer que á Syra, la cual es un ángel; Margarita, tan bella ó más que la vuestra, tiene algo de demonio.

—Sed vos el diablo.

—Eso pienso; mas ignoro quién de los dos vencerá.

—¿Tan hermosa es?

—¡Dale! No es eso; no dudo de mi fortaleza; temo sí, que al verse desairada, dé al traste con mi intriga.

—El negocio es árduo, y no se me ocurre aconsejaros nada.

—¡Cosa extraña en un hombre tan astuto y sagaz!

—¿Os burlais?

—Una cosa muy parecida.

—Gracias.

—¿Teneis pretensiones de intrigante?

—No, señor.

—Entónces dejadme dormir.

—¿Ya os abruma el sueño?

—No, vuestras preguntas.

—Vos teneis la culpa.

—¿Por qué?

—Si no me interesáseis tanto, de seguro os interrogaria ménos. ¿Cuándo volveis á ver á S. M?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—Llevadme con vos.

—¿Para qué? ¿Quereis hacer fuego á Margarita si se obstina en alguna loca pretension?

—No, pero si algun hombre...

—Esos no se moverán contra mí.

—Si no os estorbo, insisto en ir.

—Me estorbais.

—Voy á pasar un mal rato.

—Me alegro.

—¿Qué hora es?

—La de dormir; dejadme en paz.

Zalla se calló, permaneciendo el duque más de una hora entregado á profunda meditacion. Más tarde fueron cerrándose sus párpados hasta quedar sumido en tranquilo sueño. Despertó á las siete, se hizo vestir por Ros, al cual dijo cuando hubo concluido:

—Prepara uno de los dos trajes que me has traido. ¿Viene espada?

—Sí, señor; metí en mi maleta aquella hoja que os regalaron en Toledo, la cual se enrosca como una culebra en su pequeña caja.

—¿Tengo capa?

—No, señor, que abultaba demasiado; pero hay ferreruelo con el cual podeis embozaros.

—Quítale las arrugas.

—Lo colgué en ese armario, y ya está servible. ¿Cuándo os vestís?

—Esperaré la llegada de un emisario de la reina Margarita. Ahora, salid tú y Alvaro, que quiero escribir hasta la hora de almorzar.

Así lo hizo, permaneciendo dos horas del modo indicado. Luégo mandó á Ros que guardase vários papeles en los bolsillos de sus gregüescos, almorzó, quedando de sobremesa con Zalla y el dueño de la casa.

Sonaron las doce, y el emisario no venía; llegó la hora de comer, y tampoco aparecia nádie; pero el duque se volvió á sentar á la mesa sin demostrar impaciencia ni malestar.

A los postres regresó de paseo Cárlos Bonet, diciéndole:

—Tenemos cacería, mi querido Jacobo; salen la reina, el gobernador del castillo, los jefes principales de la tropa y la alta servidumbre de S. M.

—¿Partieron ya?

—No; en este momento relinchan y piafan los caballos en el gran patio de la fortaleza.

—Yo creí que fuese esta mañana la salida.

—Segun me ha dicho el correo, se trata de realizar una cacería en los montes vecinos, de esas en que mueren el jabalí, el venado y otras reses mayores. Fué preciso, en consecuencia, avisar con tiempo para que al amanecer esté todo dispuesto.

—Comprendo; por eso salen tan tarde, concretándose por hoy á dormir en la sierra.

—Así es la verdad. ¿Oyes? Ahora parten.

—Me alegro.

—Yo lo siento, porque no estando S. M., nos quedaremos esta noche sin serenata.

—Opino lo mismo.

—Cantarás un poco en casa.

—Probablemente estaré fuera.

—En ese caso, te oiremos mañana.

Flaviano concluyó de comer, encerrándose más tarde con Ros.

—Quítame el barniz,—le dijo.

—¿Tenemos cita?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el diablo.

—Entónces ya sé quien es: la reina Margarita. ¿Os acompaño?

—No.

—Veo con dolor, amo mio, que ya no merezco vuestra confianza.

—No es eso, bergante; debo ir solo.

—Creed que lo siento. ¿Saldremos pronto de este lugar?

—Eso deseo.

—Vaya un pueblo endiablado; cuatro casas, veinte paletos y unas cuantas mujeres tan feas como záfias.

—Ten paciencia; en Madrid hallarás una honrada, bella y cariñosa.

—Muchas gracias por el obsequio; ya haré méritos para que mi señor el duque no me condene al infierno. Vuestro cútis se presenta ya tan blanco y fino como lo hizo Dios. ¿Qué traje?

—No hay mucho que elegir, Ros; el de color, con el único ferreruelo que tenemos.

—Sentaos y empecemos.

Osorio se dejó poner calzas de seda, gregüescos y chupa de raso, gola blanca, la espada, el ferreruelo y una gorra con pluma encarnada, dando con esto por terminadas sus galas.

—Bien,—exclamó arreglándole el bigote y la perilla su leal sirviente;—con traje tan sencillo lucen más las formas, color y belleza que la suerte, pródiga con vos, os concedió.

—No adules y abrevia.

—Dije la verdad, y ya estais. Si Margarita no se prenda de vos, juraré que carece de gusto.

—Sal, y en cuanto venga un emisario...

—Entiendo.

—Procura que no éntre el patron.

—Lo haré.

Diez minutos más tarde volvió Ros, diciéndole:

—Amo mio, llegó un embozado, se encerró con Cárlos, y al poco tiempo ha salido éste diciendo que tiene necesidad de hablar con vos.

—Está anocheciendo, y no hay inconveniente en que pase; cierra ese balcon, y embozado con el ferreruelo, notará el cambio de traje, pero no el de color y fisonomía. Así. Que éntre ahora.

Partió el criado, presentándose al poco tiempo el patron de la casa.

—Jacobo, ¿dónde estás?

—Aquí.

—Te tienen cási á oscuras...

—No importa. ¿Qué ocurre?

—Muy bien; pareces un señor; entiendo, pero no me lo explico todo.

—¿Me dices lo que acontece?

—Ha venido el confidente de S. M. con órden de llevarte al castillo; mas la reina no debe estar...

—¿Y eso qué importa; soy acaso el duque de Guisa?

—Explícame el misterio, porque tú aguardabas sin duda que te viniesen á buscar.

—¿Eres reservado?

—¡Quién lo duda! Ya sabes que no puede haber secretos entre los dos.

—Acércate más. La última vez que estuve en París conocí una dama...

—¿De la reina?

—Sí.

—¿Cuestion amorosa?

—Claro es.

—Ya; esas grandes señoras gustaron siempre de músicos y poetas.

—¿Nada más?

—Y de todo el que, como tú, es buen mozo, atento y reservado.

—No olvides esa última cualidad.

—Lo que no me explico es la clase de enviado...

—Esos confidentes sirven por oro, y habiendo de él, obran como autómatas.

—Es un caballero.

—Y la que lo manda una dama á quien obedece sumiso.

—Qué suerte, chico. No es extraño; manejas la lira, la pluma y la espada...

—No le hagamos esperar.

—Sígueme.

—Espera: dile que le aguardo en la calle.

Y bajó el duque, quedando en el portal, embozado hasta los ojos en su ferreruelo.

—No tardó en oir pasos y en acercarse á él un caballero alto, bien portado, que le preguntó:

—¿Sois el que esperan?

—Sí.

—¿Quién?

—S. M.

—Seguidme.

Y dirigiéndose al castillo, dieron la vuelta al muro hasta llegar á una puerta pequeña de hierro que abrió el emisario, volviendo á cerrarla.

Era ya completamente de noche, y por esta razon prendió fuego á una linterna el guia del duque, á favor de la cual atravesaron vários subterráneos, llegando por fin á una escalera de caracol que los condujo al piso principal del castillo. Todavía cruzaron dos pasillos y otras tantas galerías, penetrando en un salon, á cuyo extremo se detuvo el enviado, diciendo al duque:

—Detrás de esa cortina está la cámara de S. M.; yo aguardo aquí vuestra salida, para conduciros por el mismo camino que hemos traido.

—Sentaos, y tened paciencia, porque tardaré en volver.

Y anduvo hácia delante, entrando en otro salon. Allí estaba sentada S. M. con una dama al lado. Osorio dejó la gorra en un sillon, hizo una reverencia á Margarita, y sacando una carta, la dijo:

—Se lee en el principio del primer párrafo y en el del segundo:

«Duque, respeta mi silencio...»

«¡Basta! ¡basta! te debo mi felicidad, inimitable caballero.»

Dejó de leer Flaviano, añadiendo de palabra:

—Uno á este escrito el nombramiento de que tuve la honra de hablar ayer á V. M., rogándole se digne pasar por ellos su augusta mirada.

—Repito lo que en esa carta; basta, basta, inimitable caballero.

Y dirigiéndose á la dama que habia á su izquierda, añadió:

—Retírate, procurando que nádie se acerque á este salon.

Cuando fué obedecida, dijo á Osorio:

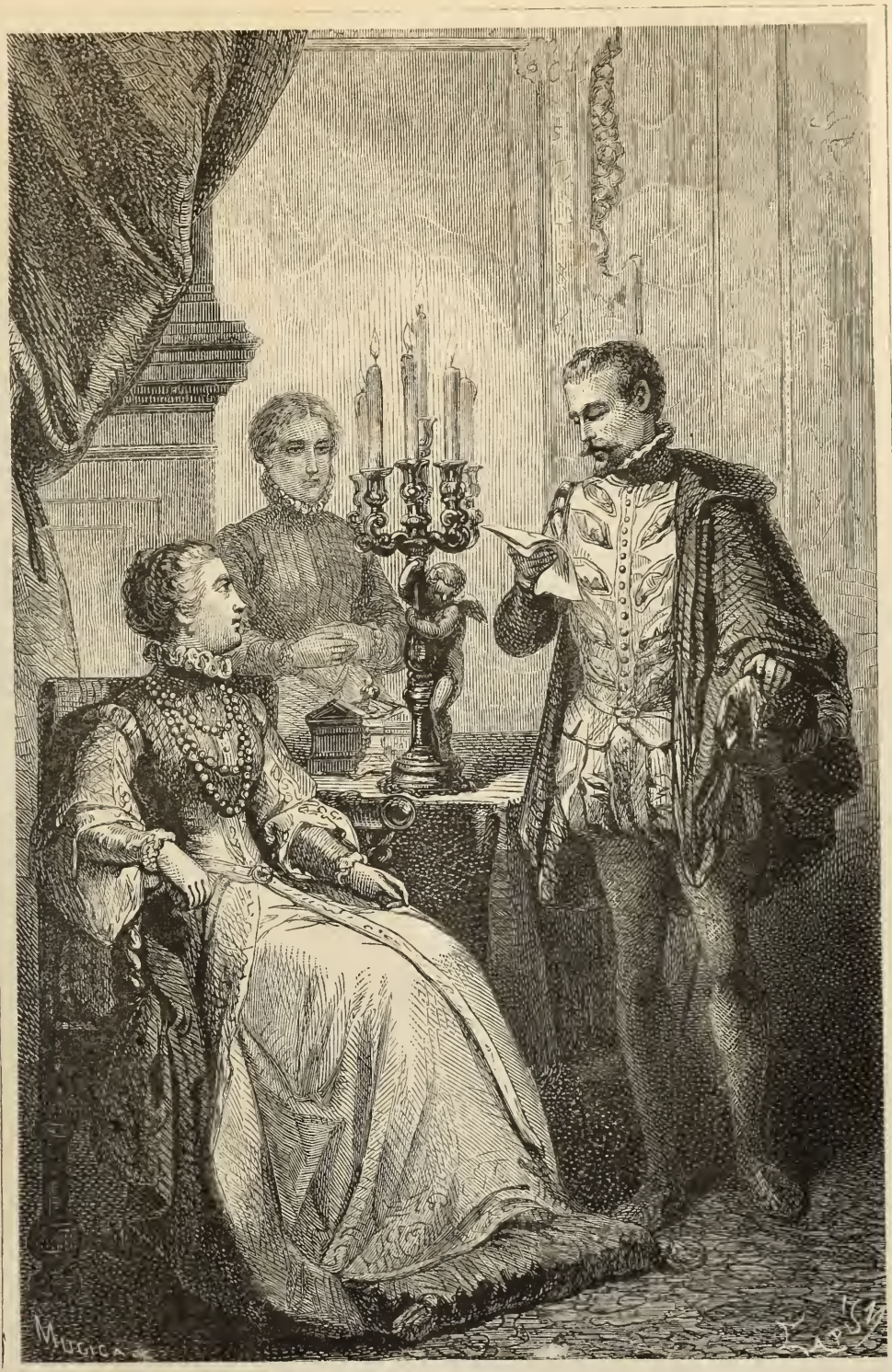
—Siéntate.

—Aun cuando he solido merecer de algunos monarcas esa insigne honra, ruego á V. M. me permita permanecer en pié.

—¡Qué locura! Tenemos por nuestra toda la noche, mi jaqueca desapareció por completo, nádie nos puede interrumpir, juzgo que nuestra entrevista será larga, y quiero que estés sentado junto á mí.

—Obedezco á V. M.

Replicó el duque, y guardando los papeles que aún conservaba en la mano, colocó un sillon frente á Margarita, ocupándolo acto contínuo. Los separaba una mesa que contenia recado de escribir y un hermoso candelabro con seis velas de cera, que, en union de dos arañas, prestaban claridad y brillo á la cámara. Flaviano se presentó grave, mesurado y circunspecto;



«Duque, respeta mi silencio...»

—¡Basta! ¡basta! te debo mi felicidad, inimitable caballero.

por el contrario, la reina demostraba alegría, satisfaccion y vivos deseos de hablar con el duque. Este la miró fijamente, y leyendo lo que pasaba en su alma, la dijo:

—Señora, me traen á Francia, no sólo el deseo de dar libertad á mis dos hermanos Nuñez de Lara y Mendoza, prisioneros de guerra por una vileza sin igual, si que tambien la idea de arrancar á este mísero país de la anarquía en que yace. No debe extrañar á V. M. mi conducta, si recuerda lo que realicé en Dreux, en Venecia, Malta y otros países donde sufria la humanidad y no eran estados de España.

—Nada me admira en tan valiente y cumplido caballero; mas ignoro qué puedo yo hacer en obsequio de tan elevado pensamiento, prisionera en Usson y sin influencia alguna con mi esposo.

—Mucho; mi plan está madurado con criterio y sensatez, y lo llevaré á cabo sin duda alguna, si V. M. me presta su ayuda y proteccion.

—Creí en verdad, duque, que venías á otra cosa á este castillo.

Y la reina miró á Osorio fijamente; aquél comprendió cuanto envolvia la frase, y más hábil que todas las reinas del mundo, contestó:

—Me traen aquí muchas; pero he creido deber empezar por la que más interesará á V. M. y á la Francia.

—¿Conque te traen muchas cosas?

—Sí, señora, y teniendo la noche por nuestra, juzgo que habrá tiempo para todo.

—Y el dia de mañana.

—Pues entónces me doy la enhorabuena.

—Mejor que hablar de política y ocuparme de asuntos y de intrigas, escucharia tu canto, versos y frases que sólo á tí es dado pronunciar; mas si lo crees indispensable, principia por explicarme tu intento.

—Obedezco á V. M. Vuestro esposo Enrique de Navarra pelea dia y noche por afirmar en sus sienes la corona que le

dejó vuestro hermano Enrique III; pero se oponen al logro de sus deseos el gran partido católico de Francia, el poderoso rey de España, Su Santidad, parte de Alemania, y media Europa, en fin, que acabarian por arrojarlo de este país, si el príncipe de Italia y yo lo consintiéramos.

—¿Dónde está Silva?

—Unido al duque de los Andes, al conde de Santomera y á muchos jefes del bando católico, camina hácia París.

—Entónces, duque, venís por una corona que há tiempo pretende vuestro rey Felipe II. Sé franco conmigo.

—Juro á V. M. por mi honor que dije la verdad.

—Ahora te creo; sin embargo de lo cual, no veo medio ni posibilidad alguna de que se pase á los hugonotes el partido católico, compuesto de la mayoría de los franceses.

—Cierto; pero entra en mi plan justamente lo contrario de lo que acabais de expresar.

—Explícate.

—Vuestro esposo cuenta con el ejército que no es hugonote ni católico; le obedecen además ciegamente todos los caudillos que siguen su bandera, los cuales harán lo que su rey les mande, siempre que los deje estacionarse en el poder. ¿Es cierto?

—Exacto.

—Pues bien; yo traigo conmigo una bula de Su Santidad; en vista de ella y con la ayuda de Dios, abjurará vuestro marido, y hecho católico todo habrá concluido.

—La idea es admirable, como tuya, mas no me explico qué papel puedo yo representar en esa intriga.

—El más importante.

—Imposible.

—Siento contradecir á V. M., pero bastan dos palabras para convencerla.

—Las oiré con gusto.

—V. M. fué siempre católica.

—A tí no te lo niego; áun cuando en ocasiones dadas apa-

renté otra cosa obligada por mi esposo, jamás pudieron convencerme Lutero ni sus míseros secuaces.

—Lo sabía, como tambien que Enrique de Navarra estuvo y continúa enamorado de su bellísima esposa.

—Dicen eso, sin perjuicio de lo cual, me tiene en un castillo como ves.

—Pero bien comprende V. M. que no es el ódio lo que le aconseja, sino los celos.

—Volvamos la hoja, duque.

—Si obedeciera á V. M., todo mi plan vendria abajo.

—¿Qué pretendes?

—Quiero, señora, destruir esos celos; os llevará inmediatamente á su lado, y más enamorado que nunca, mandará en su corazon la reina Margarita.

—¿Qué voy yo ganando con eso?

—Ya sé que le aborreceis; pero ántes que V. M. son la religion y la felicidad de Francia. Me ayudais á que abjure, y cuando tenga trono y poder, entónces os será fácil solicitar un repudio, vista la esterilidad de V. M. y la conveniencia de tener un sucesor.

—Gran talento demuestras, duque, lo declaro con placer; mas no creo que llegue á ser bastante para arrancar los celos que aumentan, crecen y se multiplican en el corazon de Enrique. No le quiero, es verdad; me lo impusieron como marido mi madre y mi hermano, é incliné la frente, tolerando su yugo ínterin me fué posible, pero resuelta un dia á preferir un encierro, ménos molesto para mí que sus palacios y trenes. No obstante lo expuesto, en bien de la Francia y de la religion que profeso, me sacrificaria otra vez, siempre que tú te encargases de destruir sus celos, lo cual juzgo de todo punto imposible.

—Acepto.

—Osorio, tu plan es grande, magnífico, sorprendente; mas tiene una parte irrealizable, y esa es la que concluyes de aceptar.

—¿Y si os demuestro lo contrario?

—Si fueras capaz de hacer ese milagro y mi esposo me llama, te juro convertirme en el tiempo que esté á su lado en instrumento de tan grandiosa idea.

—Pues oidme: tiene el duque de Guisa una caja de oro guarnecida de brillantes, por la cual ofrece Enrique IV, vuestro marido, el mil por ciento de lo que vale.

—¿Qué contiene, duque? preguntó la reina sorprendida.

—Várias cartas de las que han hablado al rey, y tanto le interesan, que anhela vivamente poseerlas.

—¿Quién las firma?

—Una dama muy elevada, cuyo nombre no osaré nunca pronunciar.

—¿Qué dice en ellas?

—Habla de amores, ofrece mucho, y da algo más que esperanza.

—¿Cómo podria llegar á noticia del rey tan escondido secreto?

—Un criado del duque de Guisa, aficionado al oro, se vendió al monarca francés; Guisa lo supo á tiempo, y pudo impedir que le robasen tan precioso tesoro, pero no evitó el que su desleal sirviente le entregara á su rival copia de las citadas cartas.

—¿Cómo pudo sacarlas?

—Era hombre en quien Lorena depositó tiempo atrás toda su confianza; abusando de ella, las leyó un dia, retuvo en la memoria su contenido, y siéndole imposible vender los originales, entregó las copias, si no idénticas, parecidas.

—¿En dónde aprendiste todo eso, duque?

—En Nápoles, poco há, siendo virey.

—¿De qué medio te valiste?

—Se encuentra allí restableciéndose de una larga y penosa enfermedad un amigo y partidario de vuestro marido, al que yo no conozco, pero del que es íntimo el gobernador de dicha capital.

—¿Y por segunda mano?..

—Claro es; de ese modo jamás conocerán mi intriga otros séres que V. M. y yo.

—Dime, duque, ¿qué tiene que ver esa caja de oro y las cartas que guarda con los medios de curar los celos de mi esposo?

—Mucho; con ella pienso sanar por completo al rey.

—Explícate.

—V. M. tiene gran memoria; es una de sus muchas y bellísimas cualidades. ¡Debeis tanto á la Providencia!

—Gracias; hasta enredado en los asuntos más árduos eres galante y cortés como pocos hombres.

—Vuestra bondad, señora, pretende, sin lograrlo, sobreponerse á vuestra belleza. ¿Continúo?

—Sí.

—V. M., decia, retiene de seguro en su mente el contenido de esas cartas. ¿Es cierto?

—Acaso; pero no comprendo...

—Yo os lo explicaré. V. M. escribe otras idénticas, cambiando en cada una algunas frases que destruyan lo que motivan los celos de vuestro esposo. Basta á veces con poner *no* donde decia *sí*...

—¡Ah!.. ¿Qué más?

—Lo que un torpe sirviente pudo interpretar cuestion amorosa, cambiando algunos verbos, aparece como una intriga política ó religiosa.

—Voy comprendiendo la idea, y veo, duque, que has estudiado muy á fondo el gran pensamiento que te propones. ¿Qué harias luégo que yo te diese el equivalente, variado por supuesto, á las cartas que conserva Guisa?

—Con ellas veria al duque, le pediria la caja de oro, y después que hubiese quemado su contenido, pondria en su lugar las nuevamente escritas, y se las venderia á vuestro esposo Enrique IV.

—Conozco mucho á Lorena, y me consta que se negaba á entregártelas.

—Ciertamente; pero como parto del supuesto que V. M. se lo mandaria...

—Así y todo es posible que no accediera.

—Si tal osara, si después de comprometer con torpe imprudencia á la más bella de las reinas, la desobedeciera, intentando conservar en su poder la prueba de una deshonra que la pierde, entónces el vencedor de Nápoles le arrancaria la caja como él suele hacer esas cosas. Debe el caballero sacrificarse siempre por su dama, nunca exponer una honra más interesante que la propia.

—Duque, cuentan de tí que tuviste los lances amorosos con envidiable profusion; añaden que quisiste con loco frenesí, y es natural que en alguna ocasion retuvieras las cartas de tu adorada.

—Nunca, jamás; en el acto de recibirlas besaba las firmas, las letras, grababa su contenido en mi corazon, y rompia el mísero papel que ponia en peligro el honor de una dama.

—Llevas encima un escrito mio.

—Cierto; pero no contiene una sola frase amorosa; por eso lo conservo; los demás fueron quemados en el acto.

—Duque, me interesa mucho la suerte de Guisa, y la verdad es que si se obstina en no darte las cartas, positivamente lo matas.

—Es indudable.

—Eso no puedo yo consentirlo.

—Señora, á la órden de V. M. añadiré razones tan poderosas y convincentes, que será preciso toda la villanía que abarca el más inícuo de los hombres para negarse á mi deseo, en cuyo caso debo atravesar su corazon por ingrato y desleal á una mujer que no merece, y de la que yo conservo títulos indisputables para constituirme en su noble campeon.

—Eso es cierto; tú adquiriste derechos que no han caducado aún.

—Ni deben desaparecer jamás.

—Al contrario, pudieran aumentarse.

—Sin duda alguna; creo, es más, estoy seguro que el duque me entrega las cartas sin gran dificultad.

—Pienso que á un hombre tan caballero como tú no debo impedirle que obre como le aconseje su conciencia. Mira, conservo los borradores, y quiero que tú los corrijas, seguro de que extenderé las cartas á medida de tu deseo.

—Sublime imprudencia que os pudo comprometer más de lo que estais, y os va á salvar. ¿Conque aceptais mi plan?

—Por completo. Anhelo salir de Usson, ir á París, verte á menudo, y ocupar mi puesto en la corte. Estos muros, las montañas que me rodean, cuanto veo, oigo y siento, me abruma, entristece y molesta, Osorio.

—Lo comprendo perfectamente; un nido de golondrinas es indigno de reina tan bella, entendida y adorable.

—¡Cuánto he llorado, duque! Compadecida de mí la Providencia, te ha mandado á Usson.

—Será así, reina mia; pero me enseñó un camino que atravesé paso á paso, sintiendo la fatiga, el polvo, cansancio, insomnio y hambre. Y como si esto fuese poco, tuve que hacerme lado hiriendo católicos y derribando hugonotes.

—¿Cuántos érais?

—Seis pobres músicos y un guia, doce pistolas y unas cuantas dagas. Yo no vengo á veros en brioso alazan, seguido de numerosa escolta y diciendo á todo el mundo «soy un poderoso que hace alarde de comprometer á una dama que no merece.»

—Flaviano, te refieres á Guisa, y de antiguo sé yo que vales mucho más.

—Como hombre no, como caballero sí.

—De todos modos, y muy particularmente escribiendo versos, galanteando y haciendo oir tu voz.

—¿Tiene V. M. inconveniente en darme esos preciosos borradores?

—Hay tiempo de sobra.

—Señora, para salvar la honra de V. M. me faltan instan-

tes, y juro á Dios no emprender cosa alguna hasta veros al lado de vuestro marido.

—¡Fatal promesa!

—Cuando os devuelva el honor que intentan arrancaros cási todos los hugonotes y una gran parte de los católicos, entónces, reina mia, será otra cosa. Hasta que llegue ese feliz momento es inútil que nádie, absolutamente nádie, pretenda lo contrario.

—¡Con qué entusiasmo lo has tomado!

—Tengo una deuda atrasada con V. M., y soy agradecido.

—Tú no querrás salir de aquí mañana.

—Si pudiera ser, esta misma noche.

—¡Vaya una prisa!

—Señora, la Francia es hoy un lago de sangre humana, y vamos entre los dos á evitar que siga corriendo; vuestro nombre sirve de befa y escarnio á la corte y entre el pueblo, y pienso elevarlo más alto que el de ninguna francesa; las iglesias católicas están siendo profanadas, muertos los ministros del altar, y convertido vuestro país en un caos que no es posible ver con sangre fria, teniendo religion, alma y poder. ¡Llegué aquí desafiando los peligros, la muerte, y en verdad que no he descansado, no duermo, no como, pero sufro, mi corazon padece y mi sér!..

—Basta, basta, duque; me asustas; supiste hablar á mi corazon, y he vuelto á ser reina. Espera. En este armario hay un secreto que abro, y en él otra caja de oro parecida á la del duque de Guisa. Hé aquí la prueba. Tómala; dentro hallarás los escritos de Lorena y los borradores de las contestaciones que le dí.

Flaviano la cogió, vaciándola sobre la mesa. Después preguntó á la reina:

—¿No tiene V. M. cartas de su marido?

—Sí, por aquí andan esparcidas unas cuantas.

—Os suplico, señora, que las reunais y me las deis.

—¿Quieres leerlas?

—No, señora, y tenga en cuenta V. M. que sólo anhelo su dicha.

—Trece hay.

—Muy bien.

—¿Qué pretendes?

—Colocarlas en esta caja que acaba de entregarme V. M., rogándole que la guarde en ese mismo armario, pero no en el secreto.

—¿Qué intentas?

—Empezó el desarrollo de nuestra intriga, y es preciso un cambio completo.

—¿Qué vas á hacer con las del duque de Guisa?

—Un auto de fe.

—Ya; como se practica en tu país con los desgraciados presos.

—Perdonad; allí sólo mueren quemados los impíos que no se arrepienten ni se encomiendan, y reputados grandes criminales merecen que se les prive de la existencia de esta ó de otra manera, pues áun cuando varíe la forma el resultado es igual.

—¿Qué vas separando?

—Las cartas de Lorena.

—¿No las lees?

—No, señora; me molestaria su contenido, y no soy, por otra parte, curioso.

—Me alegro.

—Ahora el auto de fe, con permiso de V. M.

Y acercándose á la chimenea, las prendió fuegó, sin separarse de allí hasta que las vió convertidas en ceniza, no quedando de ellas un sólo átomo de papel.

Seguidamente comenzó á enterarse de los borradores, variando muchas palabras, pero sin suprimir nada. El duque empleaba en esta operacion todo su talento y sagacidad, logrando que, cási con las mismas frases, lo que era en su orígen una cuestion amorosa, cambiase en política y de religion. De

este modo se presentaba la reina ante su esposo como mujer fanática, pero de ninguna manera perjura ni criminal. La encarnizada lucha de los dos partidos, las continuadas traiciones y alevosías, los engaños de la mujer al marido y *vice versa*, por ser el uno católico y el otro protestante, y la tenacidad de sostener cada cual su creencia, valiéndose de todos los medios que les sugerian sus descompuestos cerebros, justificaban sobradamente á la reina Margarita en el cambio que debia dar por resultado el plan de nuestro hábil español. Bien sabía Osorio que Enrique IV, enamorado de su mujer, se apresuraria á perdonarle el que fuese católica y hasta el que hubiese conspirado contra él, siempre que no apareciese infiel á su cariño y ménos adúltera. Como quiera que los hugonotes y católicos se odiaban de muerte, no debia extrañar Enrique tampoco la indiferencia de su esposa y áun el despego y abandono que demostró. Era un juego tan diestro, cuanto que entraban en él monarcas y hombres de mucho valer, sin que acertara á comprender ninguno la principal idea, móvil é intento de su sagaz autor. Todo eso y más era preciso para que el duque lograra salvar á sus hermanos, encerrados en la inexpugnable torre de Ibrí.

Margarita miraba en estos instantes á Osorio como al sér más privilegiado de la tierra, leyó las variaciones introducidas en los dos primeros borradores, creciendo su asombro ante un talento que con justicia la maravillaba. Luégo, sensible, voluptuosa y de conciencia elástica, se fijó en el cútis de Flaviano, en lo sedoso de sus bigotes, en la blanca y despejada frente de donde brotaban tan sublimes ideas, en lo varonil de su figura; trajo á su mente lo esbelto, negligente, gracioso y simpático del caballero, el timbre y dulzura de su voz, lo apasionado y arrebatador de sus versos, y exhalando un suspiro, que sólo ella oyó, dijo para sí:

—Vale más que Guisa, mucho más; su fama no miente, y yo, que le conocí á fondo, sé que es incomparable, que no admite rival, que... que... Es incuestionable que logrará su inten-

to, como tambien el que yo lo retendré en París el tiempo que quiera; muchos años, muchos. Interin, esperaré; trabajo me ha de costar, pero es tenaz, la idea que se propone santa, y no debo disgustarle: paciencia, corazon, paciencia; lates muy de prisa, y es preciso para que reines que imites la calma y valor de ese *invencible* que tenemos delante.

La reina habia dicho la verdad en todo, ménos en aquello de «lo retendré en París el tiempo que quiera.» Contra esa idea pensaba Flaviano dejar á sus hermanos en libertad, á Enrique en el trono de Francia junto á su mujer, corriendo él en seguida á Madrid, en busca de una esposa á la que habia jurado lealtad; y quien no faltó á su promesa ante Syra, Angelina y otras, era imposible que le obligara á ser perjuro una reina, amiga íntima del duque de Guisa, el cual vendió á sus hermanos Mendoza y Nuñez de Lara.

Tardó más de una hora en leer y corregir los borradores; después redactó una carta para Lorena y un salvo-conducto mandando á los católicos y hugonotes que dejasen libre el paso á siete músicos que merecian su aprecio, consideracion y un puesto entre los indivíduos de su servidumbre. Como era católica y esposa á la vez del jefe de los protestantes, claro es que con aquel documento podia atravesar la Francia sin impedimento alguno.

Cuando hubo concluido, se los dió á la reina Margarita, diciendo:

—Ruego á V. M. lea mis enmiendas y estos dos borradores, y los ponga en limpio, si aciertan á merecer su régia aprobacion.

—Es inútil; aceptado tu plan, nada puede ofrecerme duda ni vacilacion. ¿Cuándo los copio?

—Entre esta noche y mañana.

—¿Tan pronto vas á partir?

—Deseo hacerlo después de daros á la misma hora que ayer la serenata de despedida.

—Bien; de no quedarte algunos dias, como hubiera desea-

do, conviene que marches lo más pronto posible; de ese modo nos veremos ántes en París.

—Eso deseo con loco entusiasmo.

—Yo tambien.

—Pero no tanto como aquel caballero que desde hace diez años os conoce y admira.

—Hablemos de otra cosa. Acepto la serenata, y ántes de anochecer te mandaré las cartas.

—¿En paquete sellado y lacrado?

—Por supuesto.

—Recordad al leal servidor de Guisa, vendido luégo á vuestro esposo, y como consecuencia de esto causante de la prision que sufrís.

—¿Con qué nombre te se conoce aquí?

—Con el de Jacobo de Guzman.

—Alianza noble, desinteresada y eterna.

—Pertenezco á la reina Margarita, y si hasta ahora ninguna dama tuvo queja de mí, es imposible que yo diera motivo en contrario á la más bella de las reinas.

—¿Te levantas?

—Marca ese reloj las dos de la noche.

—Han trascurrido siete horas como ráfaga eléctrica.

—Para mí deliciosa, encantadora, sublime. ¿Me permite V. M. que bese su mano?

—No me dirigias esa pregunta hace diez años. Tómala.

—Cuando ocupeis la mitad del trono de San Luis y arranque de esa hermosa frente la sombra que estampó... el nombre no hace al caso; entónces, que podreis sonreir con la cabeza erguida, seré esclavo de Margarita. Beso los piés de vuestra real majestad.

—Y la mano. Adios, duque. Abrevia, si no quieres que muera de impaciencia.

—Nos volveremos á ver...

—¿Cuándo?

—Antes de un mes.

—¡Quiera Dios que no te equivoques!

—Él me ayude, vele por V. M. y la siga inspirando como esta noche.

—Gracias.

—Las acepto porque le sobran á V. M.

—Hoy dudo de tus galanterías.

—En París cesarán las vacilaciones.

—Sácame pronto de esta torre.

—Lo ha de sentir Canillac.

—Tambien te dijeron... Marcha, Flaviano.

La reina exhaló un suspiro, el duque le hizo la última reverencia, y salió del castillo, cubierto hasta los ojos, acompañado de su anterior guia, y por el sitio privado que entró.

Sigámosle.

CAPITULO XIII.

Preparativos de marcha.—La segunda y última serenata.—Sorpresa.— El camino de París.

El duque del Imperio dejó el castillo de Usson, dirigiéndose á su morada ensimismado y pensativo. Un momento ántes de llegar á la puerta de su casa se detuvo, exclamando para sí:

—La intriga empieza á desarrollarse con éxito prodigioso; la reina aceptó mi plan sin imponer condicion alguna, y áun cuando abriga loca esperanza, cuando todo haya concluido desvaneceré la ilusion que esta noche me vi obligado á alimentar. ¡Ah, príncipe de Italia! me parece vislumbrar ya un porvenir en el cual se apagará tu indisputable génio ante la antorcha que me prestó aquel santo en los alrededores de Nápoles. Estoy satisfecho; ahora durmamos.

Y embozándose hasta los ojos, llamó á la puerta de su vivienda, no tardando nada en abrir. En el portal, y á la opaca luz de una linterna, vió á Cárlos Bonet, á Leon Lambert, á Zalla y cuatro compañeros restantes.

—¿Os ha ocurrido algo?

Le preguntaron todos á la vez, demostrando impaciencia y desasosiego.

—No, amigos mios,—les contestó el duque;—y os agradezco vuestro interés por mí.

—¡Ya!—añadió Bonet; —habrás estado en el castillo hasta ahora...

—Al contrario; no llegué á entrar en él.

—¿Qué dices?

—S. M. la reina regresó cuando yo salia de casa, por efecto de una terrible jaqueca.

—¡Jaqueca! No puede ser.

—¿Por qué? Alguna vez la ha de sufrir.

—Cierto; pues yo no he recibido aviso alguno ni lo espero en mucho tiempo.

—Enfermó de veras.

—¿Pero es cosa de cuidado?

—Tanto como eso no, y en prueba de ello, que no ha querido privar á su comitiva de la cacería dispuesta.

—Comprendo; de ese modo cuando llegue la ocasion nádie sospecha... ¡Qué talento tiene S. M!

—Señores, deseo descansar.

—Oye, ¿dónde diantre has estado hasta las dos de la madrugada?

—En un paraje que desconozco, tomando apuntes para mi historia.

—¿Quién te los dió?

—Un palaciego que se mostró conmigo muy atento, bondadoso y cortés.

—El que te llevó.

—No lo niego ni lo afirmo.

—¿Por qué te embozas de ese modo?

—Está fresca la noche.

—En casa no hace frio.

—Yo lo tengo, y me lo voy á quitar en cama. A dormir, señores.

Y cada cual se retiró á su lecho, buscando en él el reposo que necesitaba.

La cama de Zalla fué puesta paralela á la del duque y á dos varas de distancia; el buen maestre ayudó á desnudar á su jefe, con más cuidado y cariño que lo hubiera hecho Ros. Luégo lo verificó él, cerrando ántes la puerta y retirando la luz á un extremo de la habitacion. Cuando estuvo metido en cama, preguntó á Osorio:

—¿Es cierto lo que contestásteis á Cárlos?

—No; tuve necesidad de desorientarlo, por muchas razones que se os alcanzarán fácilmente.

—¿Vísteis á la reina?

—Sí.

—¿Estuvo muy exigente?

—Algo.

—¿Quién venció?

—La constancia y la virtud.

—Entónces fuísteis vos el dueño del triunfo. ¿Es hermosa?

—Como la bella ilusion.

—¿Altiva?

—Un poco.

—¿Desdeñosa?

—No.

—¿Atrae?

—Como el iman al acero.

—¿Cautiva?

—Es un pirata más terrible que Abancay.

—¿Con talento?

—Privilegiado.

—Habreis sufrido mucho, señor.

—Nada, Don Alvaro; fuí poco á poco combatiendo ideas, vencí dificultades, y al final todo era mio; mas sólo cogí lo que necesitaban mis hermanos, la humanidad que gime, y lo que es dado tomar á un caballero.

—¡Bravo! Es decir que nuestros asuntos marchan....

—Segun las formas que usa vuestro cuñado, viento en popa ó de bolina.

—¡Falta nos hacía, par diez; cuidado con las cincuenta leguas que anduvimos á escape tendido y la cantidad idéntica que atravesamos paso á paso, encallecidos los piés, fatigosos los pulmones, debilitada la materia y afligido el espíritu!

—Zalla, áun cuando mi plan avanza admirablemente, nos queda todavía que recorrer la Francia, y en verdad que no es posible concebir y ménos adivinar las desgracias, sinsabores y disgustos que nos reserva el destino ántes de concluir.

—Cómo ha de ser; los arrostraremos con frente erguida y corazon de bronce, sin exhalar un suspiro, áun cuando nos sorprenda la muerte en medio del camino. ¡Ay, mi pobre Syra y mi Alvarito!..

—Durmamos, maestre, durmamos, que si no temo perecer, me abruma la idea de lo que padecen por nosotros en Madrid.

—Teneis razon; el sueño es un bálsamo que cura las enfermedades del alma por largos intervalos.

—Sí; como paliativo forma el antídoto de las penas y amarguras.

—Mis ojos se cierran ya.

—Y los mios. En cuanto desperteis, vestios, y que éntre Ros.

—Bueno; me embriaga Morfeo.

Y ámbos fueron presa de un sosiego que duró el resto de la noche.

A las siete abrió los ojos Don Alvaro, y comenzó á vestirse sin despertar al duque. Cuando hubo concluido, hizo levantar á Ros, dejándolo encerrado con su amo, miéntras él entretenia á Leon y á Bonet.

Solo el leal sirviente con su amado señor, le preguntó:

—Amo mio, ¿quereis dormir más?

—No, á fe mia. ¿Qué hora es?

—Aún no han dado las ocho.

—Muy bien; vuelve á barnizarme, cargando la mano cuanto puedas.

—¿Tornais á ser músico?

—Sí.

—Poco ha durado el intermedio. ¿Vísteis á S. M?

—Abrevia y no me lastimes.

—¡Qué compasion de cútis; tan fino, tan blanco!

—Procura que dure un mes.

—¡Vaya una jornada!

—Será larga y buena.

—Mejor. Ahora no estareis descontento de mí.

—Al contrario, me hallo muy satisfecho. ¿Qué edad tiene el niño de Cárlos?

—Tres años.

—¿Es bonito?

—Regular.

—¿Y la madre?

—Poca cosa; alta, delgada, rubia, con ojos azules y treinta abriles. ¿No la vísteis ayer?

—Sí, pero no me fijé. ¿Hablaste con ella?

—Lo que es en esta ocasion se estrella vuestro gran talento; amo mio, es gascona, y áun cuando yo poseo el francés, como sabeis, no la entiendo ni me comprende.

—¿De qué quisiste hablarla?

—De la comida, de su hijo y del marido.

—Por ahí se empieza.

—Lo hice sin intencion alguna y con ménos resultado, pues á todo me contestaba *no comprendo, no sé.* ¡Ay, señor, el recuerdo de aquellas napolitanas; de aquellos ojos negros; qué talles; qué epidermis!

—¡Bergante, qué me untas tambien la camisa!

—Verdad es, señor; me entusiasmo al pensar en aquel ejército de sublimes odaliscas.

—Bien dado está el nombre; en el palacio Vignati tuviste un serrallo.

—¡Ay! es cierto.

—¡Bribon!

—Debilidades masculinas, amo mio.

—Cuando entónces no te imposibilité...

—¡María Santísima! Me horroriza la idea.

—¡Pero si vuelves á tu antigua costumbre!..

—Eso era peor que la boda; vuestras ideas de Francia son más crueles que las de Nápoles.

—No; probablemente ocuparemos el tiempo que permanezcamos aquí de modo que no puedas emplear tus mañas.

—Quién sabe; me enseñásteis á cogerlas al vuelo, y para tan buen cazador, no hay carrera posible.

—Que te sorprenda yo, y has hecho un verdadero negocio.

—Todo podrá ser; que si yo veo crecer la yerba, vos lo sentís, y el que fué cocinero ántes que fraile...

—Abrevia, charlatan.

—Tercera mano de unto, y concluyo dándole una estabilidad de treinta dias.

—Ahora mi traje de músico calabrés. ¿Lo limpiaste ayer?

—Sí, señor.

—Enrosca la espada, y haces de nuevo las maletas.

—¿Cuándo partimos?

—Esta noche. Díselo á Gabriel y á Zalla para que estén dispuestos. Cuando termines, me mandas á Leon, entreteniendo á Cárlos para que al salir el uno pueda hablar con el otro.

Quince minutos después, convertido nuevamente el duque en color y traje en músico italiano, se sentaba junto á Lambert, diciéndole:

—Buenos dias, amigo mio; ¿se va entibiando tu pavura?

Con el tiempo y siguiendo á vuestro lado, acaso logre desterrar una parte de ella. Noto que teneis esta mañana la frente más oscura que ayer.

—Iba embozado en un ferreruelo, y por eso te parecí más blanco.

—Y que era de terciopelo.

—Sí.

—Con calzas de seda.

—Déjate de comentarios, y vamos á lo que interesa.

—Preciso es convenir ántes en que sois un gran señor.

—Olvídalo, si estás bien con tu vida.

—Vaya si lo estoy; por nada en el mundo la daria.

—Puede quitártela una bala ó la punta...

—Sí, de la espada que llevábais anoche. ¿Dónde demonios la escondeis? Porque en vuestra maleta...

—Me la prestó el diablo, y por esa razon no sale una vez de la vaina que no mate.

—¡Santa Inés! ¡Haga el cielo que esté siempre escondida!

—Vamos á lo que urge. ¿Será posible encontrar en este pueblo siete caballos?

—Ya lo creo; muy cerca tenemos la cria del señor duque de Guisa, donde hay más de cien potros.

—Que me place. Compras el número que te he dicho, arreos de camino, y los llevas á esa pequeña posada que hay á la entrada del lugar. Ros es muy inteligente, te acompaña, abonando en el acto su importe.

—Ocurre una dificultad, Mr. Guzman; yo hace treinta años que monto, pero siempre lo hice en jacos que ocultaron la edad. ¿Comprendeis?

—No importa; dile á Ros que te elija uno á propósito para mal jinete, y corre en él tranquilo.

—¿A dónde vamos, señor?

—A París.

—¡San Luis me valga! Nos cogen los hugonotes ó los católicos.

—Les enseñaré un documento firmado por la reina, y nádie se meterá con nosotros.

—¡Conque la vísteis anoche! Yo creí que era cierto lo que contásteis á Cárlos.

—Lambert, si quieres que haga tu suerte, oye, ve y calla, concretándote además á obedecerme ciegamente.

—Entiendo; como lo verifican los que llamais compañeros.

—De lo contrario te abandono, haya ó no peligro, ó te inutilizo para que puedas hablar.

—Seré mudo, ciego y sordo. Veo en lontananza de tres á cuatro mil ducados y un nombramiento que me aseguren fortuna, porvenir y tranquilidad, y con la idea de poseer eso tengo de sobra.

—Esta noche daré una serenata á la reina, llevándome á Cárlos; te despides de él al salir, coges los caballos, y nos esperas en el camino de París, pasado el cementerio.

—¿Con los siete?

—Sí, que te acompañen algunos mozos de la posada si tú solo no puedes; luégo los sujetas á los árboles, y despides á los criados para que no logren vernos.

—¿Qué disculpa les doy?

—La primera que te se ocurra.

—¿Y á Bonet, qué le digo?

—Nada; sales ahora con Ros, haciendo entrar á nuestro patron, que yo le enteraré de lo que conviene que sepa.

—¿Cargo el morral?

—No; iremos por el arrecife, y nos detendremos á dar pienso y cambiar de caballos cuantas veces sea necesario.

—¡Por el camino real! Mucho me temo una desgracia.

—¡Cobarde! si tanto miedo tienes, márchate á tu pueblo.

—Bastante siento, pero me quedo, y siempre á vuestro lado, seguiré adelante y adelante, y sea lo que Dios quiera.

—Sal, obedécème, y usa de tanta reserva y discrecion como necesitamos.

—Hasta luégo.

—Que éntre Bonet.

Cinco minutos más tarde asomó la cabeza el patron, preguntando:

—¿Dormiste bien?

—Sí; siéntate á mi lado.

—Antes un fuerte apretón de manos, compañero de Dreux.

—Con mucho gusto.

—¿Te propones algun fin con nuestra entrevista, ó quieres que hablemos de aquella célebre campaña?..

—¡Ay, Cárlos! por desgracia me queda poco tiempo de estar junto á tí, y en verdad que debo aprovechar los instantes.

—¿Qué intentas, hombre? Si es por dinero...

—No, gracias.

—Aquí, como la reina no os dé algo, los restantes son pobres, mas yo parto con mis amigos lo que tengo.

—Ya lo sé; pero Margarita me otorgó la única recompensa á que aspiraba, y no pudiendo sacar otro partido de este lugar, marcho á París, donde ganaré mucho, tomando los apuntes que necesito para la historia que he de escribir.

—Verdad es; aquella es la fuente, y un cantante y escritor como tú no debe permanecer aquí mucho tiempo. ¿Cuándo partes?

—Esta noche.

—Hombre, eso es demasiado pronto.

—Quiero aprovechar la tregua de los grandes ejércitos, y entrar en la capital ántes del gran acontecimiento que se prepara.

—¡Alguna batalla tremenda!

—Claro es.

—¿Y á qué hora es la marcha?

—Tarde; á las diez daré la segunda y última serenata á S. M. en agradecimiento del bolsillo que me regaló y atenciones que le merecí; allí nos despediremos, y hasta la eternidad ó quién sabe.

—Más me valiera no haberte conocido.

—¿Por qué?

—Me amarga esta separacion.

—Acaso nos volvamos á ver todavía en época más dichosa y felíz para la Francia.

—Ten cuidado con los hugonotes; al salir de Auvernia los hallarás en el camino, en las posadas y en los pueblos. Enri-

que III tuvo por conveniente hacerse heredar de su cuñado el protestante navarro, y la verdad es que todo el ejército se pasó al bando del nuevo monarca.

—No te extrañe; el soldado cási siempre está con los reyes.

—Yo creí que tendria religion, y obediente á sus preceptos, por nada en el mundo defenderia otra cosa.

—¿Quién duda que la tiene? Con Enrique III era católico, con Enrique IV es protestante, y andando el tiempo, volverá á lo que fué.

—¡Vaya una creencia arraigada y constante!

—El soldado, amigo mio, obedece á su jefe y éste á su general; los últimos caminan siempre en alas de desmedida ambicion, y se van con aquel que les ofrece un porvenir risueño, visto por el prisma de las riquezas, los honores y el poder.

—Precioso cuadro; sólo falta en él la figura de Satanás, devorando á sus víctimas.

—Hay, sin embargo, gente de buena fe, verdaderos creyentes, tontos, en fin, como nosotros dos, que profesamos la religion católica en la forma que nos la presenta nuestra madre la Iglesia, es decir, como la comprendieron los sábios y doctos de la cristiandad, sin otra aspiracion que la de servir á Dios y cumplir un deber sagrado. Es cierto que los que así obran y piensan, medran poco en la tierra, pero indudablemente recibirán el premio de su constancia y fe al entrar en una vida que carece de fin. La existencia humana es breve, cortísima, desgraciada en todas las posiciones; la que sigue, eterna, se puede aspirar en ella á perpétuo castigo ó á dicha continuada. Juzga tú ahora quiénes son los verdaderos ignorantes, si esos que al cambiar diariamente de religiones prueban que no tienen ninguna, inspirados por el logro del bien temporal, ó nosotros que, verdaderos católicos, amamos á Dios, obedecemos á la iglesia, y confiamos en el bien eterno, sin cuidarnos para nada del terrenal.

—No cabe duda; ellos, que van guiados por mezquina am-

bicion. ¡Pero, chico, ¡qué bien te expresas, y qué modo tan sencillo de presentar la cuestion y de convencer! Hombre, haz un sacrificio, y quédate en Usson dos ó tres dias más.

—No puedo, Cárlos; me llevan á París nuestra santa religion y el porvenir de mi mujer é hijos.

—Lo siento en el alma.

—Convencido como estás ya de mis ideas, sabiendo que vertí mi sangre por la misma causa que tú, y comprendiendo además que, bajo la forma de músico é historiador, sigo trabajando en pró de la iglesia, te ruego seas cauto al hablar de mí, procurando evitar que una torpeza ó imprudencia tuya pueda exponer mi vida y la de esos infelices que me acompañan.

—Te lo juro; soy leal, te ofrecí amistad eterna, y primero me dejaria dar tormento, que vender un secreto tuyo ó comprometerte con frase alguna. Ya suponia yo, desde anoche, que eras algo más que cantor; aquella gorra con pluma encarnada, el ferreruelo, el modo de llevar el traje y la espada, hablaron con mucha claridad al sargento de Dreux.

—Hé ahí lo que yo temo, tus suposiciones: así como el caballero se disfraza con el traje del infeliz, lo mismo nos es dado á nosotros cubrirnos con el suyo, siquiera sea por algunas horas; y donde tú creiste encontrar la verdad, allí puede muy bien esconderse la mentira.

—Jacobo, déjame que crea lo que quiera, pero nada temas; vé á París tranquilo. Yo rogaré al cielo que no te suceda desgracia alguna; mas en el caso de no ser atendida mi súplica, que no te se ocurra culparme de ella; te lo he jurado, y mis cicatrices responden del modo que tengo de cumplir las promesas.

—Leo en tu semblante la verdad de lo que expresas; otro apreton de manos, valiente y leal Bonet. Desde París te escribiré una carta que ha de sorprenderte agradablemente.

—¿Qué me dirás en ella?

—Todo lo que ignoras y deseas saber.

—Tú adivinas.

—No, supongo y suelo acertar.

—¿Pondrás mi nombre en tu historia?

—Sí.

—¿Como hospedero?

—No, como mi amigo y compañero en Dreux.

—Eso es; otro apreton, y... ¡Maldita separacion! No he visto á mi hijo esta mañana. Adios.

—Te se humedecen los ojos.

—No lo creas.

—Lo veo, y es muy propio del que recibió á mi lado todas las heridas en el rostro y pecho. No ocultes la bondad de tu corazon, lo elevado de tu alma. Las lágrimas son patrimonio de las mujeres; la pena, el sentimiento y llanto de los hombres, pero de los hombres como tú y yo.

—Adios; me llama mi mujer.

Y salió Cárlos, pretendiendo de este modo disimular la emocion que sentia.

Osorio le vió partir, y gozoso y cási entusiasmado exclamó:

—No hay regla sin excepcion; es axioma. Juzgué que me sería imposible hallar en Francia un sér que antepusiera algo al oro, á la sed de riquezas, y me he equivocado. Mi buen Bonet vale más que todos los jefes de los partidos católico y protestante. ¡Lo malo es que aquél es sólo uno, y tengo todavía que entenderme con tantos!.. No importa; cuando mis papeles ó pistolas no puedan abrirme paso, lo harán las monedas francesas; para el dinero no hay en este país puerta cerrada.

Un instante después entró Zalla, diciendo al duque:

—Se han marchado Ros y Lambert, anunciándome que tardarán en volver. ¿Almorzamos?

—No; saldremos esta noche, y nos conviene hacer sólo dos comidas, una á las doce y otra á las seis.

—¿En qué nos entretenemos?

—Vos en lo que querais; yo empiezo á corregir la música que hemos de ensayar esta tarde para la serenata de la noche.

Y lo verificó, concluyendo momentos ántes de las doce. Al volver la cabeza, vió á Ros, que entraba diciéndole:

—Señor, quedan en la posada los siete caballos que mandásteis comprar.

—¿Son buenos?

—Magníficos, y no me han costado caros; aquí tienen poca salida.

—¿Hallaste arreos?

—Sí, señor, todo está corriente.

—¿No excitásteis la atencion?..

—Al contrario; sé que nuestras vidas se hallan amenazadas de muerte, Leon comprende lo mismo, y disimulamos y mentimos de un modo pasmoso.

—¿Y los equipajes?

—Sólo hay que hacer el vuestro.

—Pues no te detengas; guarda todo cuanto hay fuera, á excepcion de estos papeles de música.

—Pronto despacho; los ricos trajes del músico mayor se arreglan en diez minutos.

—Cierra la puerta, y abrevia.

Cuando hubo dado fin el sirviente, se fueron á almorzar, el duque y Zalla en una mesa, y los cinco restantes en otra.

Terminado aquel acto, iba Osorio á disponer el ensayo, mas entró el patron, diciéndole al oido:

—El caballero que te acompañó anoche, espera que le recibas.

—¿No te ha dado nada?

—Dice, por el contrario, que quiere hablarte á solas, encargándome que evite el que pueda escucharle alguno.

—Llévalo á mi habitacion, que voy en seguida.

Cuando hubo salido Cárlos, dijo el duque á Zalla:

—Entretened al patron miéntras yo permanezco encerrado con el que me aguarda.

—Entiendo.

—Lambert es leal, pero debemos ocultarle quiénes somos.

Y entró en su pequeña estancia, hallando al mismo que le acompañó la noche anterior. Ambos se saludaron, y Flaviano cerró la puerta, indicando con la mano un sillon al enviado de Margarita. Este le preguntó:

—¿Sois el mismo á quien yo guié anoche?

—Sí; entramos por una puerta de hierro, atravesamos el muro, subimos al piso principal, y en un salon de columnas os hice aguardar seis ó siete horas.

—Variais de traje, color y fisonomía de un modo increible.

—¿Os ha dicho S. M. que tiene pena de la vida el que sabe eso y vende el secreto?

—No; pero me lo figuro.

—Tenedlo por cierto.

—Descuidad, que sirvo á mi señora hace muchos años, y mi lealtad se iguala á la honra que me dispensa.

—Sentaos.

—Gracias; temo ser poco para admitir ese honor del que acompañé ayer.

—¿Qué deseais entónces?

—Entregaros de parte de S. M. este paquete lacrado y sellado.

—Bien; está como lo recibísteis de manos de Margarita, y era cuanto ámbos deseábamos. ¿Qué más os encargaron?

—A las doce llegaron el marqués de Canillac y los restantes cazadores.

—Muy pronto han dado la vuelta.

—Pretextaron, ó mejor dicho, pretextó el marqués, que les obligó á abandonar su diversion la enfermedad que ayer padecia mi señora.

—¿Y por qué no ha de ser cierto? Canillac estima y respeta mucho á Margarita.

—Es por lo ménos dudoso.

—¿Por qué?

—Quedó S. M. en avisarle caso de no encontrar alivio, y como no fué recado alguno y la cacería se realizó á medias...

—No creo que me importe nada de eso.

—Opino lo contrario.

—¿En qué os fundais?

—Me encargó S. M. que os lo participara, añadiendo que os guardeis del marqués.

—¿Podreis darme alguna explicaciòn sobre lo que acabais de decir?

—No, señor.

—¿Eso es todo?

—Absolutamente.

—Contestad de mi parte á Margarita que esté tranquila; que nada tema, y que lo espere todo. ¿Lo recordareis bien?

—Sí, señor.

—Que el cielo os guarde.

—Que Dios os proteja.

Partió el enviado, y Osorio, un poco agitado y con ansiedad creciente, rompió el sello del paquete, abriéndolo.

—¡Los borradores convertidos en cartas! ¡Bravo!—exclamó crispado de alegría.—¡Qué talento tiene! Varía el color de la letra, demostrando en unas la antigüedad y en otras lo reciente en que fueron escritas. Todas; están todas; conviene arrugarlas un poco, muy poco, pues se supone que el duque de Guisa las trató con cariño y las guardaria cuidadosamente. ¿Qué es esto? ¡Ah! la órden mandando á Lorena que me entregue la caja. Copió exactamente la minuta que la dejé. ¿Pero qué veo? ¡Añade una postdata! Sepamos.

Y leyó:

«Duque, no vengas á verme hasta que yo te avise; te lo prohibo en nombre de lo más santo que existe para tí sobre la tierra.»

—¡Bravísimo!—dijo Flaviano.—Corrigió el único descuido que tuve. Este otro papel es mi salvo-conducto; lo hallo en toda regla, como se lo dicté. Mas hay otra carta. ¡Ya! En esta hablará de mi voz, figura y modales; dirá que en París... Já, já, já. ¡Esta mujer ignora lo que yo amo á Dios, lo que

quiero á mi esposa, á la madre de mis hijos! Veamos. ¡Pues me he equivocado! Es una nota en que extracta el último correo, dándome parte de los puntos en que se hallan su esposo, el duque de Guisa, todos los generales hugonotes y católicos. ¡Magnífico! Continúa un itinerario y cuantas noticias pudieran hacerme falta. Con esto acaba; pero no, sigue á la vuelta. ¡Lo dije! el amor trastorna ese cerebro privilegiado. ¡Fácil es que ella quedase sin indicarme algo de sus sueños! Me da lástima, y no puedo prescindir de enterarme.

Y leyó lo siguiente:

«Mi muy querido Flaviano:»

—Cuidado si empieza fuerte. ¿Cómo acabará?

«Adjunto hallarás cuanto me pediste y algo más, que juzgo merecerá tu agrado. Corre á París; realiza la portentosa idea que bulle en tu mente incomparable, y haga el cielo que nos veamos pronto. En la capital cruzaremos el bosque á caballo, y entre los árboles, aspirando el aroma de las flores, el aura de la mañana y el ambiente de la felicidad, me arrobarás como en otro tiempo, ¡ay! como en dias más felices.»

—La buena señora está enferma de veras. Es lástima que una mujer de su talento y de hermosura tan poco comun sea débil, voluble, insensata. Si puedo, la he de curar. Continuemos.

«La dulzura de tu voz, lo elevado y portentoso de las ideas, tu figura...»

—Ya escampa.

«Osorio, abrevia en lo posible; puesto que para tí no hay dificultades, vence, triunfa y hazme dichosa ántes de quince dias.»

—Pues no tiene poca prisa.

«El tiempo, cuando se vive como yo ahora, es una rueda de bronce que pasa lenta, horrible y pausada, torturando la existencia humana.»

—Eso digo yo tambien, pero sólo me refiero á mi pobre mujer, hijos y hermanos.

«El período que me resta de permanecer en Usson será

el purgatorio, tú el ángel que me arranque de él, trasladándome á París, donde está mi gloria.»

—Eso sí lo haré, ó he de dejar de existir.

«Oiré tu serenata de esta noche con llanto en los ojos, y probablemente no se secará hasta que te vuelva á ver en la capital. ¿Qué más puedo decirte?

»El cielo te ayude y vele por tí, como lo desea tu amiga= *Margarita.*»

—Leeré las instrucciones que anteceden, grabándolas en mi memoria, y quemaré este papel.

Así lo hizo, llamando luégo á Ros.

—Trae al momento,—le dijo,—cinta, trapos y lo necesario para coser.

—¿Trapos?

—Sí, abrevia; un pedazo de lienzo y tijeras.

—Comprendo.

Y salió, volviendo al poco tiempo con lo que le habia mandado llevar su amo.

—Oye,—añadió aquél,—estos dos paquetitos los enfundas por separado, poniéndoles una cinta á cada uno para que pueda colgármelos al cuello. Bien cosidos, y sin que se arruguen ni estropeen.

El duque habia envuelto en un papel fuerte todas las cartas que debia entregar á Enrique IV, y en otro la órden de Margarita, con la que pensaba obligar al duque de Guisa á que le diese la caja de oro de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Luégo guardó en su escarcela de vaqueta el salvo-conducto que le mandó la reina, y miéntras su criado cosia, él corrigió la letra que debia cantar por la noche, añadiendo frases en que demostraba á Margarita su agradecimiento y la admiracion que le inspiraba su noble conducta.

—Ya están estos dos relicarios, amo mio; si va dentro la firma de algun santo, no habrá peligro que resista á tan sublime talisman. ¿Os los cuelgo?

—Sí.

—¿Pegados á la camisa?

—Se entiende.

—¿Qué es ello, señor?

—Cartas.

—¿Nos servirán de mucho?

—Ya lo creo.

—Jamás os vi guardar de ese modo los papeles.

—Son la llave que ha de abrir la prision de mis hermanos y el agua que apagará la revolucion de Francia.

—Lo suponemos; ¿no es así?

—De suceder lo contrario, moriremos en Francia, Ros.

—Qué diantre; una vez ha de ser, y lo mismo da en este país que en cualquier otro.

—Cuelgan mucho esos paquetes y puedo arrugarlos.

—Cierto; acortaré la cinta por la espalda, y quedarán de modo que nada logre estropearlos.

—¿Están bien asegurados?

—Sí, señor.

—¿Acabaste?

—Acabé.

—Ahora, á ensayar.

—Pobre Don Alvaro; mal rato le espera.

—Es tan torpe en música como diestro y valiente en el campo de batalla.

Los seis se reunieron, y en un extremo de la casa comenzaron á ensayar una nueva música para la serenata de la noche. Cinco de ellos se concretaban á acompañar, toda vez que el duque decidió que sólo se oyera su magnífica voz. Así es que á las seis de la tarde habian terminado, y pudieron sentarse á la mesa. Comieron con calma, y cuando Osorio acabó, hizo que entrasen Ros y Lambert, á los cuales dijo:

—Pagad á Cárlos, y conducid á la posada las maletas. Tú, Leon, te quedas allí, sacando á las nueve en punto los caballos, en la forma y al paraje que te tengo encargado. Tú, Ros, después que estén ensillados y sujetos los equipajes, te vienes

para que me acompañes al castillo. Cuando concluyais con Lambert mandádmelo aquí. No cometais descuido alguno; marchad.

Osorio rompió los papeles de la música que ensayaron, se colgó su instrumento á la espalda, y unido á Zalla, Gabriel, Ramiro y Víctor, esperó la llegada, primero de Cárlos, que se sentó junto á él, y después de su criado, que permaneció en pié cerca de ellos.

El rostro del duque demostraba en estos momentos algo de incertidumbre y desasosiego; recordaba que Margarita le encargó se guardase del marqués de Canillac, y este *alerta* le demostraba la existencia de un peligro que le era desconocido. Poco á poco fué, no obstante, animándose, habló con el patron y sus compañeros de la situacion de Francia, y á las diez ménos cuarto se levantó, exclamando:

—Ea, señores, patenticemos nuestro agradecimiento á la reina Margarita por los cien ducados que nos regaló, y partamos en direccion de París, donde llegaremos, si Dios no dispone otra cosa, lo cual es muy posible. Supongo, mi querido Bonet, que querrás oir nuestra serenata, en cuyo caso puedes venirte con nosotros.

—Con mucho gusto, y á ser posible, bien sabe el cielo que no me quedaria en Usson.

—Cómo ha de ser; partamos.

Los seis músicos se despidieron de la esposa de Cárlos, llevando en la mano sus instrumentos de música y debajo de los tabardos sendas dagas y magníficas pistolas.

De este modo llegaron al castillo de Usson, situándose en el mismo paraje que la noche anterior. Comenzaron, pues, á tocar, y no tardó en alzarse sonora, dulce y agradable la voz del duque. Las ventanas del régio comedor se abrieron todas, apareciendo en una de ellas S. M. y en pos los indivíduos de su servidumbre.

En el silencio y oscuridad de la noche y al son de armónicos preludios, parecia el acento de Flaviano el de un ángel

que atraia, arrebataba, conduciendo al éxtasis embriagador, con notas que daba de un modo indescriptible en estos instantes.

Le aplaudieron la reina y cuantos le acompañaban. El trovador, agradecido, repitió su última cuarteta, y lo hizo esforzándose más que nunca.

Otro aplauso siguió á su postrer frase, guardaron los instrumentos, y el silencio de la noche reemplazó á su mágico acento.

El duque abrazó á Cárlos, los restantes estrecharon su mano, y el mísero patron se retiró á su casa con los ojos húmedos y el corazon comprimido, en tanto que los supuestos músicos entraban en el camino de París de dos en dos y sin expresar frase alguna.

La mision del duque en Usson habia terminado.

CAPITULO XIV.

Encuentro misterioso.—Lealtad de Bonet.—Las sospechas del duque.—Segundo encuentro.—El camino de París brota espinas y abrojos.

Llevarian andados nuestros valientes mil pasos en direccion del sitio donde les esperaba Lambert; las ventanas del régio comedor se cerraron, y Bonet debia estar llamando á la puerta de su casa, cuando hizo uso de la palabra Zalla, diciendo al duque:

—Esta noche no han aparecido sobre el muro los soldados y oficiales que guarnecen el castillo.

—Verdad es,—le contestó Osorio;—ni el marqués de Canillac estaba con la reina.

—¿Os ha llamado la atencion como á mí?

—Con más fundamento que á vos, Alvaro.

—¿Qué opinais?

—Que debemos ir preparados, por lo que pueda acontecer. Juntémonos más los seis, pues creo que nos amenaza algun peligro.

Así lo hicieron, y no se equivocó el duque, toda vez que

al llegar junto á la tapia del cementerio distinguieron á vários embozados, uno de los cuales se adelantó, y saliendo al encuentro de nuestros caminantes, les dijo:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

Osorio se acercó al incógnito, contestándole con su acostumbrada sangre fria:

—¿Ya nos desconoceis, señor marqués de Canillac?

—Puesto que me has reconocido,—exclamó con altivez el embozado,—contesta de un modo terminante á mis preguntas, y ¡ay de tí si me engañas! Avanza, para que nádie nos oiga. Responde ahora.

—Soy Jacobo de Guzman, italiano y músico, ya lo veis. Por cierto que me recomendaron á vos en Nápoles.

—¿Quién?

—Vuestro amigo el señor marqués de Pau.

—Eso nada prueba. ¿Quién te ha mandado al castillo Usson?

—El destino, par diez.

—No se contesta así al que puede mandarte ahorcar.

—¿Pues cómo?

—De otro modo más sumiso, ménos ingenioso, y que esté en relacion con mis sospechas.

—Ignoro las que son, y me he concretado á decir la verdad.

—¿Qué mision te han encargado para la reina Margarita?

—Ninguna.

—¡Miserable!..

—Marqués, soy extranjero, y no tolero insultos de los que no tienen derecho alguno á dirigírmelos.

—¿Hola, conque me amenazas? ¿Conque lo de músico es un disfraz? ¿Conque me estás engañando?

—Te he dicho lo que debia, y nada más volverás á oir de mi boca que pueda ó no interesarte.

—¡Me tuteas!

—Sí; con el mismo derecho que tú á mí; los italianos tenemos esa costumbre.

—Y los franceses la de arrancar la lengua al que nos falta. Seguidme los seis.

—Lo siento, marqués, pero cuento con permiso de S. M. para continuar mi camino, y marcharé adelante.

—¿Ignoras por ventura que en Usson mando yo sólo?

—Donde está la reina de Francia, creo que no haya un súbdito suyo capaz de desobedecerla.

—Pues vas á retroceder de grado ó por fuerza.

—¿A que no?

—Y tú con una estocada.

—¿Cuántos sois?

—Ocho y detrás cuatrocientos.

—Pues me atrevo á pasar por encima de todos.

—¡A ellos! y que se entreguen ó mueran.

Y se dirigieron ocho espadas á los pechos de Osorio y compañeros. Estos iban á enseñarles sus pistolas, con lo cual hubiera bastado probablemente para que aquellos bajasen los aceros, cuando oyeron gritar:

—¡Deteneos, señor marqués!

Era el confidente de la reina, que ya conocemos, el que, acercándose á Canillac, añadió:

—Manda S. M. que los ocho os presenteis en su cámara, sin pérdida de tiempo ni vacilacion. Y para tí, músico insigne,—prosiguió dirigiéndose al duque,—me ha entregado este bolsillo, en premio de la serenata que acabas de darle, disponiendo á la vez que os acompañe media legua.

—Gracias,—contestó Flaviano.—La reina Margarita es un ángel á quien no es posible desobedecer ni dejar de amar.

—¿Os vais, señor marqués?—preguntó el confidente.

—No puedo moverme de aquí sin llevarme á esos seis hombres.

—Los defiendo con mi pecho, señor de Canillac; y en prueba de ello, ved lo que hago. Seguidme, músicos, que yo recibiré las estocadas que osen dirigiros.

Y sacando su espada avanzó. El duque y cinco compañeros

cruzaron por delante del marqués, fijándose en él con desdeñosa mirada.

Canillac dudó; luégo dijo á los que le acompañaban:

—Envainad esos aceros, y partamos.

Y á un paso parecido á la carrera, se encaminó á Usson, pero no al castillo, sino al pueblo, donde en una de sus calles tenían otros dos embozados sujeto á Bonet. El marqués se acercó, y con tono imperativo, dijo á Cárlos:

—Vas á morir si me engañas. ¿Quiénes son los seis hombres que acabas de despedir?

—Señor, segun dijeron, músicos calabreses.

—Mientes.

—Acaso tengais razon; pero yo me contraje á hospedarlos en mi casa, y como quiera que me pagaron el gasto que hicieron, nada les dije, ni ellos tuvieron conmigo confianza alguna.

—Bonet, hace ya tiempo que sospecho de tí; llegó el instante en que vas á morir ó á ser acreedor de una recompensa que mejore tu situacion.

—Os juro, señor marqués, por mi honor, que no conozco á esos hombres ni sé otra cosa que lo que ellos han dicho.

—¿Ha visto el tenor á la reina?

—Lo ignoro.

—¿Recibió mensajes del castillo?

—Que yo sepa, no, señor.

—No me engañes, Cárlos, que te mando matar.

—Haced lo que querais de mí, pero os contesto, señor, como vos mereceis y es mi obligacion.

—Tú habrás sorprendido alguna conversacion, cogido alguna frase...

—Quise, y en verdad que puse los medios; mas como no entiendo el italiano y ellos hablaban en ese idioma...

—¿Y tu mujer?

—Señor, es gascona, y gracias que comprenda el francés.

—¡Maldicion! ¿A dónde van?

—A París.

—¿Qué se proponen?

—Segun dicen, cantar y ganarse la vida de ese modo.

—Cantar, sí. ¡Maldicion! Vete.

—Señor...

—Quítate de mi presencia.

Bonet se inclinó, dirigiéndose á su casa, con calma, sin aturdimiento y muy satisfecho de sí mismo.

Canillac se dirigió á dos de los ocho que le habian acompañado al cementerio, diciéndoles:

—Vos, capitan, y vos, alférez, montais á caballo, y al frente de diez jinetes, correis por la vereda del *Cuervo,* con objeto de adelantaros á esos seis músicos, cogerlos de frente, y traédmelos ántes que amanezca. No duermo ni descanso hasta que regreseis; la operacion es fácil, sencilla, y ¡ay de vosotros si no la cumplís bien!

Luégo añadió á los dos que detuvieron á Cárlos:

—Vosotros os poneis en lugar del capitan y del alférez, y me seguís á la cámara de la reina, donde nos espera á los ocho S. M. para pedirnos cuenta, sin duda, de lo que debemos ocultarle.

Y entraron en el castillo, víctima el marqués de la ira y celos que destrozaban su corazon. Há tiempo que sospechaba de la reina y de Guisa; dió por hecho que se comunicaban y áun que se veian, y juzgaba agentes de su poderoso rival á los seis músicos á quienes desconocia por completo.

Ya en la cámara, le bastó á Margarita lanzar sobre el marqués una mirada tierna y amorosa y cruzar unas cuantas frases para calmarlo y convertirlo en esclavo suyo, segun costumbre; mas era ya tarde para detener las doce espadas que iban en busca de Osorio, y parecia inevitable que la sangre de unos ó de otros regase aquella fatal noche los campos de Auvernia.

Averigüemos lo que acontece.

Cuando el confidente de la reina que acompañaba á Osorio vió que el marqués obedecia y dejó de oir el ruido de sus pisadas, se detuvo, preguntando á Flaviano:

—¿Vais á continuar á pié?

—No; cerca de aquí, entre esos árboles que tenemos á la izquierda, nos esperan seis potros que volarán.

—Que me place; seguid vosotros, montad, y corred cuanto podais. Yo me quedo para evitar el que alguno os moleste.

—Gracias.

—¿Qué digo á S. M?

—Lo que habeis escuchado, añadiendo que mi gratitud pretende igualarse á su bondad. Estrechad mi mano, y hasta que nos volvamos á ver en París, donde me reconocereis.

—El cielo os guarde.

—Y á vos os inspire.

Los cinco compañeros de Osorio le saludaron, dirigiéndose al punto en que les esperaba Leon. El confidente, cual muda estatua, permaneció más de diez minutos con la vista fija en Usson y el oido pendiente en la carrera que esperaba emprendiesen los seis músicos.

A doscientos pasos de allí aguardaba Lambert, cuidando de los siete caballos que tenía sujetos á los árboles.

—¿Qué hay, amigo mio?—le preguntó el duque incorporándose con él.—¿Tienes frio?

—Bastante, Mr. Guzman; la noche está muy fresca.

—Al contrario; serena, apacible y templada como pocas. Siento decírtelo, mas noto que es el miedo lo que te agita.

—¿Y qué tendria de particular?

—Par diez, tu enmienda camina hácia atrás como el cangrejo.

—Os hubiera yo querido ver en mi lugar durante la hora que llevo en este sitio.

Los seis soltaron una carcajada, preguntándole Flaviano:

—¿Qué te ha pasado, hombre? Habla, seguro de que haré justicia á tu osadía é innegable denuedo; pero no tiembles.

—Ya se me va pasando. Oidme: me acompañaron tres paletos; sujetamos los caballos, y les dí una buena propina, encargándoles que se retirasen á sus casas. Habitan en el campo,

y no ofrecia peligro alguno el que partieran, siendo así que no entraban en Usson, ni en el sendero por donde caminaban debian hallar á nádie. ¡Luégo me quedé solo, solo!

—¿Pues y estos siete compañeros?

—Esos no hablan ni defienden á nádie.

—¿Estás seguro?

—No, señor; esta noche dudo de todo.

—Ménos de tu miedo.

—Ménos de mi miedo, sí, señor. Me quedé solo, como os decia...

—No puede ser; esos siete potros te acompañaban.

—Bueno estoy yo para bromas. Escuchad: me crucé de brazos, y quise revestirme de valor; mas de pronto dirigí la vista al frente, y me hallo con el cementerio.

—Soberbio cuadro para un hombre de tu temple de alma.

—No lo sabeis bien; como desde aquí se domina toda la extension que ocupa el campo santo, no pude prescindir de fijarme en él, viendo al poco tiempo unas luces que parecian espíritus, las cuales revoloteaban en torno de las fosas. ¡Ay! me abandonaron las fuerzas, y falto de aliento, quise subirme á un árbol; pero á las tres varas de ascenso oí un estrépito horrible, se me fué la cabeza, y caí al suelo como una pelota: era el relincho de un caballo y el piafar de los otros, que yo equivoqué con truenos que parecian salir de debajo de la tierra. Creo que perdí el sentido; volví en mí, y revistiéndome de valor, acaricié á los potros, rodeándome de ellos. Sin querer miraba, no obstante, las luces, y como si esto fuese poco, distingo más tarde bultos ó fantasmas que se movian de un lado para otro. A la vez sentí los ecos de una voz lejana que demandaba auxilio; quise huir, y no pude; gritar, y me faltó la voz, y en tan terrible estado esperé, no sé el tiempo, pero debió ser mucho, careciendo de vida hasta que llegásteis, devolviéndome con vuestra presencia la existencia que juzgué perdida.

—Leon, el acento que llegó hasta tí, durante la serenata

que acabamos de dar á S. M. fué el mio; las sombras ó bultos que percibias eran ocho embozados, entre los cuales se hallaba el marqués de Canillac, con el que concluimos de hablar; y esas luces que tanto te asustaron son chispas luminosas que despiden los cadáveres y que sólo tu loca imaginacion pudo convertir en espíritus vivientes. Debiste hacer lo que se obliga á practicar á los niños; esto es, acercarte al sitio que te inspira el miedo, y reconocerlo hasta convencerte de que cási todo fué una ilusion forjada por tu desatentada pavura. Mal empiezas nuestra segunda marcha; posible es que haya peligro y que éste se repita muchos dias, en cuyo caso te conviene volverte á tu lugar; yo te regalo ese caballo.

—Gracias; os seguiré áun cuando sea al infierno.

—Vas á morir de miedo.

—De nada mejor que de mi enfermedad natural.

—Te caerás del caballo.

—Lo que es eso, apuesto á que no; monto mal, muy mal, pero no hay potro capaz de arrojarme.

—¿Cómo te compones?

—Pegándome á la silla y vientre de un modo que os ha de admirar.

—¿Decididamente nos sigues?

—Al fin del mundo; yo castigaré á mi corazon por débil y asustadizo.

—Pues á caballo, señores, y á París. Poneos á mi lado, Alvaro; Ros, cuida tú de Lambert.

Cinco minutos después los siete caminaban hácia la capital á un trote largo, por buen camino y entre la densa oscuridad de la noche que acrecia por momentos.

De pronto se oyó la voz de Ros, que gritaba:

—Alto.

Y corriendo al lado de Osorio, le dijo:

—Siento la carrera de vários caballos que cruzan por enfrente de nosotros.

—Y es lo peor,—contestó el duque,—que tu oido nunca

se equivoca. Dame las bridas de tu potro, echa pié á tierra, y escucha, tendido en el suelo.

Así lo hizo el sirviente, permaneciendo tres minutos en la postura que le mandó su amo. Luégo se levantó, y acercándose á aquél, añadió:

—Señor, no me engañé.

—Toma las bridas, y monta. ¿Cuántos serán?

—De diez á quince jinetes.

—¿Qué direccion llevan?

—La misma que nosotros.

—¿A qué distancia cruzan?

—Corta; á quinientas varas todo lo más. Deben seguir algun sendero estrecho, pues creo haber percibido bien que van uno á uno ó de dos en dos.

—Qué avance Leon.

—¿Qué ocurre, Mr. Jacobo?—preguntó aquél llegando.

—¿Desde Usson á alguno de los pueblos de la carretera, existe vereda ó trocha que acorte el camino?

—Sí, señor, la del *Cuervo*.

—¿Cruza cerca de aquí?

—Sí, señor; no llegarán á mil pasos los que nos separan de ella. Llevamos andada media legua, y por este sitio está próxima á la carretera.

—¿Tiene muchas leguas?

—Cuatro y el camino real cinco; pero es muy molesta y tan estrecha, que de haber entrado por ella, iriamos uno tras otro.

—Comprendo.

—¿Acontece algo?

—No.

—¿Por qué nos hemos detenido y echado pié á tierra Ros?

—Ya lo sabreis más adelante.

—Algo sucede; Dios misericordioso se apiade de nosotros y os tenga de su mano. ¡Vaya una mirada siniestra y aterradora! Cuando yo digo que esto va malo...

—Ros,—exclamó el duque,—¿van las doce pistolas cargadas?

—Sí, señor.

—¿Llevamos repuesto?

—Cada uno esconde en su tabardo veinte tiros.

—Al trote, señores.

Y prosiguieron, ensimismado el duque y haciendo Leon mil preguntas á Ros y á Gabriel.

De pronto alzó el duque la cabeza, diciendo á Zalla, que iba á su izquierda:

—Ese maldito Canillac nos ha dispuesto alguna sorpresa.

—¿En qué os fundais?

—En sus celos y recursos con que cuenta.

—¿No podrá evitarlo S. M., segun lo hizo ántes?

—Acaso lo ignore.

—¿Teneis pruebas?

—Sí, esos diez ó quince jinetes que corren por la vereda los ha mandado indudablemente para que nos maten ó prendan.

—Si no son más que ese número, empiezo á compadecerlos.

—Posible es que se unan á algun destacamento, y entónces...

—Par diez, entónces abrimos brecha con nuestras pistolas y cruzamos por ella como un metéoro; los caballos que llevamos son magníficos.

—Si fuéramos solos vos, mi criado y yo, poco me importaria el número; pero temo que alguno de los otros quede atrás ó se caiga, y fuerza es defenderlo hasta perecer.

—Gabriel y sus hijos montan muy bien; en cuanto á Lambert, el instinto de conservacion le prestará brio, y ya conoceis el axioma que supone mejor corredor al que camina en alas del miedo.

—De todos modos conviene que nosotros dos abramos paso, y los dejemos cruzar delante, siguiendo luégo detrás.

—Bien pensado. ¿Sabe Canillac quién sois?

—No; pero ama á la reina, y fundado en no se qué, me ha tomado por un emisario del duque de Guisa, al que aborrece de muerte.

—¿Decís que es celoso?

—De un modo indescriptible; le ciega esa pasion, y en brazos de ella es capaz de todo lo malo que podais imaginar.

—Pues demos una leccion completa á sus enviados, y si algun dia sabe quiénes somos, comprenderá lo enorme de su torpeza.

—No habrá otro remedio que obrar así.

—¿Corremos?

—Al contrario; conviene que nuestros potros no lleguen muy cansados al paraje en que nos esperan.

Y prosiguieron en silencio dos horas, sin hallar á nádie en tan largo camino.

Era la una de la noche: por fin apareció la luna, cubierta hasta entónces de densas nubes que empezaban á correrse de Este á Oeste; comenzaron á distinguirse los objetos á su pálido resplandor, y comprendiendo Osorio que estaban próximos al paraje en que se reunian el arrecife y la vereda, hizo que Lambert se colocase á su izquierda, preguntándole seguidamente:

—¿Tardaremos mucho en distinguir el sendero de que me hablaste anteriormente?

—No, señor; muy poco.

—¿Se juntan en algun pueblo?

—A la entrada, y en la misma venta del *Tronco;* pero el lugar queda á la derecha, y como á un tiro de arcabuz de los dos caminos, los cuales forman uno sólo desde ese punto.

—¿Es grande la villa?

—No, señor; tendrá quinientos vecinos escasamente.

—Perteneciendo á Auvernia, serán sus habitantes hugonotes.

—La mayor parte, y tienen todo el país por suyo, contando además con las autoridades.

—¿Habrá en ella algun destacamento?

—Me parece que no; los soldados andan entretenidos en las poblaciones católicas para someterlas al poder de Enrique IV.

—Creo distinguir las torres del pueblo.

—Efectivamente, ya se ven.

—Y la posada.

—Tambien es. Mr. Guzman; hay caballería á la puerta; aquellos son caballos; nos van á atacar. ¡Maldito viaje!

Sin hacer caso el duque de las exclamaciones de Leon, dijo á sus compañeros:

—Señores, con la mano que sujetais la brida coged una pistola, la otra en la derecha, y en el caso de hacer uso de las dos, guardais la primera, después de descargada, en el bolsillo del tabardo. ¿Comprendeis?

—Sí, señor,—le contestaron los cinco.

—¡María Santísima!..

Dijo Lambert. El duque le interrumpió, añadiendo:

—¡Calla, voto al demonio, ó te arrojo del caballo!

—Enmudezco; pero no me mireis de ese modo.

—Señores, de dos en fondo y mucha atencion á lo que mande. Son doce; creian que veníamos desmontados, y echaron pié á tierra, entrando once en la venta. Ya están todos á caballo y nos salen á recibir; silencio ahora y ocultad en lo posible las pistolas. Tú, Lambert, sigue á mi lado, cubierto tu costado izquierdo con Zalla, que ámbos te defenderemos si no te aturdes y prosigues como vas ahora.

—Haré un esfuerzo; vaya si lo haré.

—Silencio, que ya están encima.

Nuestros caminantes distinguieron á veinte pasos y en ala á los doce enviados de Canillac, entre los cuales reconoció el duque al capitan y alférez que acompañaban al marqués junto á la tapia del cementerio.

Un segundo después exclamó el mencionado capitan:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

—Ya lo oísteis cuando Canillac nos lo preguntó á las puer-

tas de Usson. Os he reconocido, capitan, y nada debo añadir á lo que dije al marqués.

—Tambien yo os acabo de reconocer, y os participo que tengo órden de mi jefe para obligaros á que me acompañeis al castillo.

—Y yo de la reina para seguir adelante.

—No te obstines, músico ó lo que seas, porque de lo contrario os llevaré atados.

—¿Eres gascon?

—Si te insolentas conmigo no extrañes que te conteste con la punta de la espada.

—Eso hacen justamente tus paisanos los gascones; se atreven con gente indefensa, y huyen de los que, como nosotros, van provistos de lo necesario para abrirse paso á tiros.

—¿A tiros?

—Sí, con pistolas como esta; mira.

—¡Es decir, que el marqués tenía razon, que no sois músicos, sino grandes señores disfrazados!

—Lo que tú quieras; pero te advierto que llevo encima una órden de tu reina, mandando que se nos deje cruzar por todas partes, siendo así que pertenecemos á su real cámara y á que vamos en servicio suyo.

—Nada os cuesta retroceder cuatro ó cinco leguas, y si es cierto lo que decís, no dudo que el marqués os permitirá que vayais donde os acomode. Tened entendido que la reina Margarita está presa y S. M. el rey dió ámplias facultades á mi general.

—Que yo no puedo reconocer, por ser extranjero y no constarme la veracidad de tus frases.

—Si sois hombre de razon, entremos en explicaciones, evitando así el derramamiento de sangre humana.

—Acepto. ¿Qué me propones?

—Echad pié á tierra, yo haré lo mismo, y en la posada discutiremos.

—Eso no puede ser; estamos muy bien así; tú con la espada

desnuda y yo con mi pistola montada. Si de este modo puedes convencerme, bueno; de lo contrario, pasaré por encima de vosotros.

—Tengo órden de llevaros á los seis, muertos ó vivos; y de no obedecer, expongo mi cabeza.

—Somos siete.

—Pues los siete.

—Es que aquí no expones la vida sino que la pierdes.

—Me van lastimando tantas amenazas. ¿Sois católico?

—¡Quién lo duda! En mi familia no hubo jamás perjuros ni tránsfugas.

—¿Y los que os acompañan tambien?

—Sí; yo nunca me asocié con los enemigos de mi religion. Desde que me harté de matar hugonotes en la batalla de Dreux, os ódio cuanto es posible.

—¿Estuvísteis con el duque de Guisa?

—Al lado, es decir, con los españoles.

—Y yo enfrente.

—Entónces corriste como el gamo.

—Verdad es; mas esta noche voy á tomar la revancha.

—Te costará la vida.

—Con esa pistola se apunta muy mal, y áun cuando yo pereciese, quedan once, que cumplirán fielmente la órden de Canillac, vengándome á la vez.

—Te advierto que llevo otra en la mano izquierda; mírala.

—No importa.

—Y diez mis compañeros.

—Vacías, inservible sacaso. Basta de inútil discusion. Alférez, partid al pueblo en demanda de auxilio. Vosotros rodeadlos y herid.

—¡Fuego!

Gritó el duque, derribando al oficial que se encaminaba á la villa y al capitan, que le dirigió una estocada al corazon.

Los doce caballos de los hugonotes corrieron sin direccion, dejando tendidos en el suelo ocho jinetes que se revolcaban

en su sangre. El camino quedó expedito; Osorio miró á los suyos, luégo las víctimas que concluia de inmolar, añadiendo:

—¡A escape!

—¿Pero qué es esto, señor?

Exclamó Lambert, ciego, aturdido y confuso.

—¡Corre, voto al demonio!—le dijo Flaviano,—ó te quedarás en poder de los enemigos.

—Corro, vaya si corro; alas quisiera yo darle á mi caballo, pero...

—¡Silencio! Oprime los ijares y enmudece.

Y prosiguieron sin descanso ni detencion cinco cuartos de hora.

—¡Alto!

Gritó el duque; y los siete se arremolinaron.

—Carguemos,—añadió.

Los cinco le obedecieron, haciendo él lo propio sin aturdimiento y con la calma necesaria para asegurar los tiros. Lambert les decia:

—Van ocho, y yo creo que alguno de los cuatro que huyeron sacaria algo.

—¿Te se va pasando el susto?

—¡Ay, qué terrible sois! Pobrecitos, y cómo se revolvian ensangrentados y medio muertos.

—Posible es que ya lo estén del todo.

—Lo mismo despachais vosotros hombres, que palomas mi amigo Julio; y cuidado que se come cuatro al dia.

—Este es el principio nada más, Lambert.

—¿Vamos á seguir así todo el camino?

—Si nos obligan, no habrá más remedio.

—¿Las ciento veinte leguas?

—Claro está.

—Aquel cementerio se va á prolongar desde Usson hasta París.

—Dime, ¿hay alguna vereda que nos acorte la distancia en las primeras ocho leguas y un pueblo ó aldea en ella en

que podamos cambiar estos caballos por otros descansados?

—Sí, señor; á media legua de aquí está, y algo después de entrar en ella se encuentra una villa provista de todo. Os advierto que es estrecha y mala para los caballos.

—No importa; nuestros potros van ya rendidos, y nos conviene mudarlos para salir lo ántes posible de Auvernia.

—¿Nos perseguirán los de ese pueblo hugonote que dejamos á la espalda?

—Fácil es; pero llevamos mucha delantera, y pronto abandonaremos esta comarca donde sólo impera el partido protestante.

—Ya, pero nos las tendremos que haber con los católicos, y en eso de dar estocadas no son mejores que éstos.

—Al paso, señores,—exclamó el duque ocultando sus pistolas;—mas un paso tan vivo como permita el mal estado de nuestros caballos. Tú, valiente Lambert, sigue á mi lado, y en cuanto lleguemos al sendero, echas delante.

—¡Valiente! ¡cómo os burlais! Yo bien quisiera imitaros, pero me entra una cosa...

—La pavura.

—Eso debe ser. ¿Notásteis cómo temblaba cuando el pobre capitan aquel os dirigia la palabra?

—Sí, y te advierto que él tambien se fijó en tí, y mucho debe haber influido tu temor para que ellos se envalentonaran y negasen el paso que les pediamos pistola en mano.

—¿Conque yo he contribuido sin querer á que esos desgraciados perezcan?

—Posible es que tengas la culpa.

—¡Sólo esto me faltaba! Mas si yo no puedo contenerme, demasiado me esforcé.

—Ya lo creo; cuando corriamos hácia delante.

—La osadía del desgraciado capitan es indudable que se fundaba en otra cosa que en el valor, y en lo sucesivo he de estar sereno.

—Poco á poco te irás acostumbrando.

—En la presente ocasion no me han impuesto tanto los rostros ensangrentados de las víctimas.

—Prepara tu cuchillo, que aún vas á estrenarlo.

—Lo que es eso no lo logrará nádie de mí.

—¿Prefieres que te maten?

—No; mas sé que me defiende un ejército de demonios, escaso en número, fuerte y poderoso como ninguno en calidad.

—¿Y aún tienes miedo creyendo eso?

—Mucho ménos que ántes; recordad que uní mi pierna á la vuestra, y no la separé hasta que escapamos.

—Bien me molestabas con tus sacudimientos.

—Sería el temblor.

—¿Y la vereda?

—Aún no hemos llegado.

—No te distraigas, que es importante hallarla, segun te dije.

—No aparto la vista del camino.

—¿Cuánto dista la villa esa de que me hablaste?

—Del arrecife poco más de dos leguas.

—Perfectamente; penetraremos en ella al ser de dia, y es cuanto deseaba.

Nuestros viajeros continuaron al paso, llevando sus potros rendidos, fatigosos y cubiertos de espuma. Tomaron el sendero indicado por Leon, y prosiguieron dos horas que emplearon en llegar á una villa francesa, la cual contaria más de mil vecinos. Lambert y Ros cambiaron los caballos por otros fuertes, ligeros y descansados; los jinetes comieron bizcochos empapados en vino, y sin perder más tiempo que el indispensable, montaron de nuevo, corriendo hora y media que tardaron en salir de Auvernia y entrar en el arrecife.

—Al paso,—exclamó el duque.—Nos hallamos fuera del dominio de Canillac, y de seguro sus hugonotes no se atreverán á cruzar la línea que dejamos atrás.

—Buena leccion dísteis al marqués,—le dijo Zalla.

—Me obligó, y en estos instantes será su sentimiento tan

profundo como grande la satisfaccion de la reina en el momento que lo sepa. Di, Lambert, ¿dónde almorzamos?

—Antes de una hora encontraremos una buena posada.

—¿Hay muchos católicos armados en los pueblos que vamos á atravesar?

—Bastantes; la mayoría de los franceses pertenecemos á ese partido.

—¿Conque sólo la Auvernia se compone de protestantes?

—No, señor; hay algunos departamentos en los que imponen ellos su voluntad, mas no dejan por eso de existir partidarios del catolicismo, áun cuando inclinen la frente, callen y obedezcan á sus tiranos. En el mismo Usson, tan pequeño y dominado por Enrique IV, escasean los hugonotes.

—Noto, sin embargo, que hallamos pocos en los caminos.

—Las últimas derrotas los replegaron á las poblaciones donde se fortalecen para poder hacer frente á las muchas partidas en que se halla dividido la mitad del ejército de Enrique IV.

—Es decir, que en los pueblos nos entenderemos con los católicos y en los caminos con los hugonotes.

—Eso es, si bien la regla cuenta con muchas excepciones. Esto parece un caos, Mr. Guzman, y no pensais mal, llevando siempre las pistolas cargadas.

—¿Te vas aficionando á ellas?

—Cá, no, señor; las ódio y aborrezco, pero las juzgo indispensables en las actuales circunstancias.

—¿Te atreverias á manejar un par de ellas?

—Imposible; sólo el verlas me obliga á cerrar los ojos.

—Lo siento, Leon; y cuando andemos los dos por Versailles, Dreux y otros parajes, ten entendido que en más de una ocasion nos harán falta.

—¿Los dos solos?

—Sí.

—Conozco, sin embargo, por dedos aquel terreno, y ya os guiaré de modo que no encontremos un alma.

Nuestros viajeros continuaron su marcha en direccion de

París, siendo interrumpidos á cada instante por hugonotes ó católicos que los creian unas veces enemigos, otras espias, y siempre contrarios á las ideas que cada bando defendia á tiros y estocadas. La sagacidad del duque, su gran talento, el salvo-conducto que le dió Margarita, los demás documentos que llevaba y su innegable serenidad, unidos al valor y arrojo de Zalla, Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor, les fueron salvando de los peligros que parecian brotar en el largo camino de París. Miéntras el oro, la astucia ó los papeles libraban á nuestros caminantes, el buen Leon no se movia de su sitio, sujetando al caballo que montaba para que permaneciera enclavado en el suelo; pero en el momento en que Osorio se veia en la precision de abrirse paso á tiros, aquél desaparecia del lugar del combate, hallándolo en un árbol, bajo la barriga del caballo, ú oculto en la enramada, sitios todos á que le conducia su tremenda pavura. Perdió dos veces el cuadrúpedo, y ya su proverbial miedo iba siendo el tema de la conversacion de nuestros viajeros y lo que excitaba en ellos risa constantemente. Unos dias cruzaban por el camino real, otros por veredas y trochas; Lambert tenía amigos en todos los pueblos por que atravesaban; pedia á éstos noticias é itinerarios que los libertasen de muchos accidentes desagradables, y de ese modo, cambiando caballos diariamente y descansando lo indispensable, lograron llegar á París á los doce dias de haber salido de Usson. Anduvieron más de ciento veinte leguas en esta última marcha; fueron detenidos muchas veces; se abrieron paso á tiros cinco de ellas, y rendidos por la fatiga, el insomnio y las penalidades, entraron, por fin, en la capital, alojándose en el *hôtel de la Estrella*.

Leon dejó la mitad de las carnes en el camino que concluia de atravesar; veia á París, y aún dudaba encontrarse en él; se sentia vivo, y no lo creia, y tanto sufrió el desgraciado, que ganaba con exceso la gran recompensa ofrecida por el duque.

Al terminar tanto azar y sinsabor, hallaron, por último, los siete en el mencionado *hôtel* buenas camas, mejor mesa, y

un pueblo en que no preguntaban á ningun extranjero quién era ni lo que queria.

Llegó Osorio á las tres de la tarde, y encargando á Ros y á Leon que vendiesen los siete caballos, tomaron posesion de sus respectivas habitaciones, siendo éstas dos con puerta de comunicacion; en la primera se alojaron Flaviano y Zalla y en la otra los cinco restantes.

Alvaro y el duque se dejaron caer en dos sillones, exclamando el primero:

—Más que alimento necesitan nuestras pobres carnes descanso y quietud.

—Buenas jornadas hemos hecho.

—¡Qué estado tan lastimoso presenta la Francia!

—Se ha convertido en campo de batalla, y en verdad que acabaremos por aplaudir al terrible tribunal de la inquisicion que sostiene Felipe II; para cada uno que muere allí, se matan aquí cientos de infortunados.

—Treinta y cuatro de los cuales derribamos nosotros desde Usson á París.

—Bien lo he sentido, pero eran hugonotes, y tan obstinados, que entre perecer ellos ó nosotros, tuve que optar por lo primero.

—Señor duque, podeis estar satisfecho de vuestra conducta; más aún que vuestro inimitable valor he admirado en los últimos doce dias la calma y abnegacion que demostrásteis. Hace diez años hubiéramos llegado en ménos tiempo, dejando en cambio tendidos en tierra doscientos franceses.

—Es verdad; mi sangre ardia entónces, y á pesar de los consejos del padre Alberto, pronto veia desaparecer la reflexion y aplomo que los años y la experiencia van prestándome ahora.

—Señor, no es sólo eso; vuestras ideas religiosas os contienen ya é inspiran como al príncipe de Italia.

—Cada dia voy acercándome más á aquel postrer suspiro que separa el espíritu de la materia, y debemos, Zalla, alige-

rar en lo posible el peso de nuestras faltas, pues áun cuando la misericordia de Dios es infinita, su justicia alcanza tambien á todos.

—Noto que en la actualidad sólo herís ó matais en propia defensa.

—Como Julio.

Los dos continuaron hablando media hora que tardaron aún en presentarse Ros y Leon. El primero entró, diciendo:

—Señor, vendimos los caballos y arreos.

El segundo añadió:

—Señor, el cansancio y la fatiga se resisten á que permanezca en pié. ¡Vaya un modo de correr y de matar! Mis jornadas no pasaron nunca de cinco leguas, más ahora ninguna baja de diez.

—No te extrañe, Lambert; estás andando en pocas semanas cuanto debias en el resto de tu vida, lo cual te proporcionará llegar á la vejez rodeado de tu mujer é hijos, si Dios te los conserva, tranquilo, con un presente agradable y un porvenir risueño.

—¡Qué diferencia hay en vos, matando en los caminos y hablando en las poblaciones; allí imitais al ángel exterminador; aquí sois la Providencia discutiendo y dando más de lo que es posible imaginar!

—Tú ignoras, Leon, que los perversos salen, por lo general, de entre los cobardes, y desconoces tambien que se puede herir en defensa propia y en pro de causa justa. ¿Conoces la historia de Josué?

—Ya lo creo.

—¿Y la del rey David?

—Sí, señor.

Supongo que no ignorarás la del emperador de Francia Carlo Magno.

—Claro está.

—Ni la de mi patron San Fernando.

—Cierto que no.

—Pues esos y muchos más merecieron la declaracion de santos, sin perjuicio de haber vivido en contínuas guerras, matando é hiriendo al frente de ejércitos. Yo no pretendo santificar mis acciones, pero sí justificar en parte mi conducta noble y generosa en cuanto me es posible.

—Si no sucediera así, por todo el oro del mundo no estaria yo á vuestro lado; mas creia que los hombres de vuestro temple de alma y valor eran muy altivos, déspotas é iracundos, y vos sois la misma bondad fuera del combate.

—Es decir, que lo que forjas en tu imaginacion lo das por hecho para tener el gusto de recibir un desengaño á cada paso.

—Verdad es; ¡ay! no es mentira tampoco que se me va la vista y apénas puedo sostenerme en pié.

—Oye las órdenes que debo darte: come luégo y descansa lo que quieras. Saldremos de París á pié ó á caballo, como tú lo juzgues más conveniente, hasta llegar á Dreux; al regresar nos detendremos en Versailles, y luégo volveremos á París, donde nos esperarán Alvaro, Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor. Antes, sin embargo, es preciso que averigües la habitacion que tienen en París las tres damas cuyos nombres hallarás en ese papel. Hecho lo último, preguntas lo necesario para que puedas formar un itinerario que no ofrezca peligro en el viaje de que te acabo de hablar.

—¿Para cuándo?

—Lo necesito al levantarme mañana.

—¿Quiénes son estas señoras?

—Las esposas de tres caballeros que siguen al duque de Guisa á todas partes, le rodean y pasan por sus favoritos.

—¡Ah! los conozco.

—¿Te será fácil el logro de mis deseos?

—Sí, señor.

—¿Tardarás mucho?

—Poco.

—¿Tienes personas en París?..

—Amigos y parientes.

—Entérate bien.

—Preciso será si no estoy mal con mi vida.

—No hables á nádie de mí.

—Respecto de eso seré mudo, sordo y ciego.

—Está bien; descansa, come y duerme, sin perjuicio de contestar categóricamente á todas mis preguntas en el momento que me levante mañana. Ros, que nos sirvan á Zalla y á mí los manjares más exquisitos que haya en este *hôtel*; vosotros pedís lo que más os agrade.

Los siete comieron y descansaron; Leon salió á las cinco, volviendo á las diez de la noche; entónces se acostó, durmiendo como ya lo hacían sus restantes compañeros.

CAPITULO XV.

París.—Tres damas protestantes.—Noticias interesantes.—A Dreux.

El duque del imperio durmió once horas sin interrupcion alguna; bien necesitaba desquitarse y hasta tomar adelantado, toda vez que aún no le ofrecia el porvenir la quietud y descanso indispensable á la vida.

A las ocho de la mañana mandó entrar á Ros, se quitó el barniz, cubriéndose con uno de los dos trajes de caballero que llevaba. Cuando hubo terminado, hizo que entrase Leon, el cual, al verlo, retrocedió dos pasos, exclamando:

—¿Sois vos?.. No puede ser. La misma voz, pero... Ros, ¿quién es este caballero?

—Mr. Guzman.

—¡Qué cambio, señor!

—¿Aún me desconoces?

—¡Qué bien os sienta ese traje; qué modales; qué cútis y qué gentil caballero!

—Por hoy, Lambert; esta noche tornaré á ser músico. Contesta á mis preguntas:

—¿Dónde viven esas damas?

—Calle de San Dionisio, casa grande con jardin y vários criados.

—¿Y el itinerario?

—Vedlo.

—¿Te has enterado bien?

—Como que me va en ello la vida, y ahora somos uno solo contra todos los que vengan.

—Bastas tú para los ejércitos protestante y católico.

—Voy creyendo que ese sois vos, gran señor.

—¿Está París tranquilo?

—Sí, como el resto de Francia; ayer mataron vários hugonotes, y hoy se disponen á hacer lo mismo.

—¿En patíbulo?

—No, señor; los cazan como al venado.

—¿Se defienden ellos?

—Admirablemente; pero ocurre que son muchos más los católicos, las autoridades les pertenecen, y los *diez y seis* que se titulan junta suprema, en vez de contener á sus partidarios, los excitan diariamente contra el enemigo.

—¿Qué rey proclaman los jefes de París?

—Ninguno; dicen que están en negociaciones con la corte de España.

—Mal negocio van á hacer con Felipe II.

—Pues ellos lo quieren con algunas condiciones.

—Se quedarán sin él.

—Muy enterado estais.

—Acompáñame á la calle de San Dionisio. Vosotros,—dijo á Zalla y restantes,—esperais nuestro regreso.

—Os advierto, señor,—añadió Lambert,—que vamos al barrio de los hugonotes.

—¿Y eso qué importa?

—Ayer fué asaltado por los católicos, y hoy puede que suceda lo mismo.

—De ese modo presenciaremos la funcion.

—¡Vaya un gusto!

—Adelante.

—Llevad al ménos vuestras pistolas.

—Me basta con la espada. Sígueme.

Y salieron en direccion del punto indicado.

Distaba del *hôtel* el sitio á que iban media legua, y si bien al principio sólo hallaban un público sosegado y pacífico, pronto empezaron á ver paisanos armados que, en tropel, se dirigian hácia el mismo paraje á que ellos se encaminaban.

—Tenemos funcion, Mr. Guzman. ¿Los veis?—exclamó Leon.—Volvámonos.

—Pero hombre, que seas tan cobarde.

—Es prudencia, señor, una prudencia bien entendida.

—Ponte á mi lado, sigue y calla.

—Algunos llevan arcabuces.

—¿Y qué nos importa á nosotros?

—Las balas se dirigen á un punto, y suelen dar en otro, y si ese es mi pobre cabeza...

—No temas.

—Al ménos andad más de prisa.

—No puede ser; los hombres que visten mi traje van muy despacio por la calle.

—¡Por todas partes sale gente armada!

—Son católicos como tú y yo.

—Sí, pero en cuanto nos vean entrar en el barrio de los hugonotes, nos harán fuego, y ya estamos cerca.

—¿Dónde se halla?

—Empieza en aquella plaza que tenemos de frente. ¡Jesús, cuánto grupo! La funcion va á ser completa. Qué temeridad, Mr. Guzman.

—Leon, cuando caminé en cumplimiento de un deber sagrado, nada detuvo hasta ahora mi paso; si el miedo contiene el tuyo déjame solo.

—Eso no; pero nos van á matar.

—Veamos si lo logran.

El duque salió y proseguia embozado hasta los ojos en su ferreruelo; de este modo llegó á una gran plaza, en la que habia ochocientos ó mil católicos armados. Sereno y con su calma habitual, atravesó por medio de ellos hasta acercarse á la entrada de una calle ancha y extensa, llamada de San Dionisio. Hasta este momento nádie le habia dicho nada; pero al penetrar en la mencionada calle, que era la primera del barrio llamado de los hugonotes, le detuvo el último grupo de católicos, preguntándole uno que vestía traje de caballero:

—¿A dónde vais?

El duque miró en torno, y siéndoles desconocidos cuantos rostros tenía delante, abrió su ferreruelo, contestándole:

—Me dirijo en busca de unas damas á quienes necesito ver.

—¿Sois extranjero?

—Sí.

—¿De qué país?

—De Nápoles.

—¿Qué religion profesais?

—La única verdadera.

—¿Cómo se llama?

—Católica.

—¿Quién es ese que os acompaña?

—Un guia paisano vuestro.

—¿Católico tambien?

—Sí.

—Entónces, tomad mi consejo, y retiraos al interior.

—¿Por qué?

—Porque no tardaremos diez minutos en atacar este barrio.

—Yo nada tengo que ver con vuestras cuestiones.

—No seais terco, y retroceded.

—No puedo.

—Sois temerario.

—Qué quereis; he nacido así, y no me corrijo ni me arrepiento.

—Lo siento por vos.

—Muchas gracias. Que Dios os guarde.

—Jamás vi tanta osadía; no culpadnos si algo os sucede.

El duque continuó su camino, comenzando á oir al llegar á la mitad de la calle el murmullo de muchas voces y el ruido de carreras que daban en la gran plaza que dejaba atrás.

—¡Que vienen, señor!

Exclamó el infortunado Leon, pegándose al duque. Este volvió la cabeza, contestándole:

—No dés por hecho lo que tú supones; corren y gritan en la plaza, y áun cuando pronto llegarán hasta aquí, todavía no lo hacen, dejándonos, en consecuencia, el tiempo suficiente para entrar en el palacio ó casa de esas damas. ¿Falta mucho?

—No, señor; es aquel último edificio de la derecha. Andemos más de prisa.

—Te he dicho y repito que no puedo; me lo prohibe la clase á que pertenezco.

—Hoy no almorzamos.

—Pues yo veo en este barrio *hôteles,* posadas y casas donde se sirve de comer.

—París está lleno de esos establecimientos, pero no tardarán en cerrarse los de estas calles, y tengo para mí que áun cuando libremos bien, no saldremos de ellas hasta muy tarde. Cómo gritan; ¿oís?

—Compadécelos, van á enronquecer.

—Ya empiezan á dar *mueras.*

—Mientras maten con la boca, no te dé cuidado.

—Lo malo es que principian así para concluir de otro modo. Parece que callan.

—Tampoco eso es verdad; consiste en que nos vamos alejando, y por esa razon no percibimos sus voces.

—¡Vaya un modo de animarme!

—Los valientes como tú se bastan á sí propios.

—Teneis razon; el heroismo me escudará hoy; pero corramos.

—¿No es ese el edificio?

—Sí, señor.

—Hola, gran casa con jardin, portero, libreas... Deben ser muy ricas esas damas.

—Así lo creo.

—Quédate atrás, y llena tu papel de criado mio.

Osorio se adelantó un poco, y llegando á un ancho zaguan, cuya puerta se hallaba entornada, preguntó al portero y dos lacayos que observaban la calle, por las tres damas á quienes deseaba ver. Los sirvientes le miraron con recelo, interrogándole uno de ellos:

—¿Quién sois?

—Un noble de Nápoles que arribó anoche del castillo de Usson.

—¿De parte de quién venís á hablarlas?

—De S. M. la reina Margarita.

—¿Sois católico?

—Desde que nací.

—¿Quién es ese hombre que os acompaña?

—Un francés que me sirve y profesa las mismas ideas religiosas que yo.

—Vuestro nombre.

—Jacobo de Guzman.

—Entrad si gustais, miéntras paso recado á mis señoras.

Y desapareció uno de los dos lacayos, penetrando el duque y Lambert en el zaguan de la casa. Quedaron en la puerta dos criados, fijos ámbos en el extremo de la calle por donde habia venido Flaviano. De pronto exclamaron los dos:

—¡Ya están ahí!

Y cerraron la puerta, tocando una campana que habia en el portal.

Dos minutos después aparecieron diez sirvientes con arcabuces, y algunos otros armados con espadas y picas.

En el mismo instante comenzaron á oirse carreras y voces de los católicos.

Osorio se dirigió al jefe de los dependientes armados, preguntándole:

—Perteneciendo esta casa á una familia católica, ¿por qué os preparais de ese modo?

El aludido le contestó:

—Habitamos en un barrio compuesto en su mayoría de hugonotes, y áun cuando son de nuestro partido los que ahora gritan, pronto saldrán los contrarios, y si éstos vencieran, acaso se ensañarian con nosotros.

—Todo eso se remediaria mudando de habitacion.

—No lo creais; la lucha se repite en cási todos los barrios; este edificio pertenece á mi señor, es fuerte, nos rodean hugonotes por los cuatro costados, y como conocen hace tiempo nuestra neutralidad y que á nádie ofendemos, es más fácil que nos respeten, segun lo vienen haciendo hasta ahora.

—De ese modo me explico el que tres damas católicas habiten en medio de protestantes.

La conversacion de Osorio fué interrumpida por una inmensa gritería y vários tiros, todo lo cual se oia á la puerta de la casa. Acababan de aparecer vários hugonotes, que, lanzándose contra sus enemigos, trabaron la contienda cási diaria que há tiempo presenciaban los moradores de París.

El duque siguió hablando con el jefe de los criados, dándole instrucciones y consejos, relativos á la defensa que debia hacer en el caso de ser atacada la casa, y medio que podia emplear para no ser nunca sorprendidos.

Subamos nosotros, penetrando en el estrado de aquel extenso edificio.

Cerca de un balcon, único que estaba abierto en el salon principal, se hallaban tres damas jóvenes, bien parecidas, y cuyos modales, traje y actitud declaraban pertenecer á la aristocracia. Sentada la una y próximas las otras dos al mencionado balcon, veian con angustia la lucha que empezaba á trabarse en medio de la calle, deplorando las fatales consecuencias que debia tener. Eran las dueñas de la casa esposas de

los tres hermanos que acompañaban al duque de Guisa, del que pasaban por sus favoritos, y á las que deseaba ver en aquellos instantes el duque del Imperio.

Aumentaba el tumulto, la pelea empezó con el encono de siempre, y recordando ellas que sus maridos se encontraban al frente del ejército católico, derrotado hoy por Enrique IV, exclamaron, sin apartar la vista de la calle:

—¡Ay de nuestros esposos!

—¡Ay de nosotras si ellos perecen!

A la vez se oyeron várias descargas de arcabuces, y las tres se retiraron del balcon, murmurando:

—¡Jesús nos valga!

Y quedaron sin accion, frente al duque del Imperio, el cual aparecia en aquellos momentos solo, llevando la gorra en la mano izquierda.

—¿Quién sois?—gritó una de ellas.—¿Qué quereis? ¿Por qué osásteis llegar hasta nosotras?

—Perdonad,—contestó Flaviano acercándose,—si mi presencia ha podido asustaros. Mandé un lacayo á que me anunciara; debió oir la campana ántes de entrar aquí, y correria á armarse como los demás sirvientes compañeros suyos. Notando que no bajaba, pedí permiso al jefe de la fuerza de esta casa, y esa es la razon de haber llegado hasta vosotras del modo que veis. Todos los criados se ocupan ahora en procurar una defensa que yo acabo de disponer y dirigir para en el caso de que los hugonotes cometieran la vileza de atacar vuestra morada; y si miéntras yo estoy aquí lo hicieran, mi espada será la primera que os defienda.

—¿Quién sois?—volvió á preguntarle la mayor.

—Jacobo de Guzman, noble napolitano y católico como vuestros esposos. En Dreux pertenecí al ejército español, batiéndome junto al duque de Guisa.

—¿A qué debemos la honra de veros en nuestra casa?

—Llegué ayer del castillo de Usson, y la reina Margarita me encargó os visitara é hiciese algunas preguntas relativas

—¡Ay de nuestros esposos!

—¡Ay de nosotras si ellos perecen!

al jefe principal de los católicos. Noto que el fuego aumenta, cruzando las balas por cerca de ese balcon. ¿Me permitís que lo cierre?

—Nosotras...

—No lo consentiré; esos fanáticos apuntan mal, y pudieran heriros.

Osorio cerró el balcon, retirándose acto contínuo á un saloncito interior con vistas al jardin, que fué la habitacion elegida por las tres damas para recibirle.

No obstante la angustia y temblor que ellas sentian, tomaron asiento, rogando á Flaviano que hiciera lo mismo; éste iba á prestarles ánimo y confianza en el presente, cuando llegó el jefe de la fuerza que defendia la casa, diciendo á sus señoras:

—Los hugonotes atacan hoy como nunca; pero nos hemos parapetado, se reforzaron las puertas, y es imposible que nos sorprendan. Mr. Guzman, hombre inteligente y práctico, segun acaba de demostrar, nos ha dado instrucciones y consejos que harán imposible la entrada del enemigo en estos salones. Todos nos sentimos animados del mejor deseo, y mis amas deben, en mi concepto, tranquilizarse, confiando la guarda de sus preciosas vidas á nuestra lealtad.

—Si intentaran penetrar,—le dijo el duque,—avisadme al momento.

—¿Sois militar?—le preguntó una de ellas.

—Desde que tuve uso de razon.

—Siento que hayais venido en instantes tan críticos; pero léjos de consentir nosotras que expongais vuestra vida, nuestros criados os defenderán. Marcha, Roque, y no ataqueis; pero en caso de acometeros, disputad el terreno como sabeis hacerlo.

El jèfe salió, añadiendo Osorio:

—He reconocido á vuestros criados, y es gente toda en quien se puede fiar.

—Disponemos de veinte hombres, y la mayor parte nos los mandaron nuestros esposos, sacados del ejército católico,

para que velasen por nosotras. ¿Qué deciais de S. M. la reina? Hablad sin cuidado, que ya desapareció nuestra sorpresa, y estamos tranquilas. Nos interesa mucho la suerte de Margarita; la infeliz sufrirá en Usson las consecuencias de su fe en nuestra santa religion y de los injustos celos de su terrible esposo.

—Así es ciertamente; el castillo donde la tiene prisionera está aislado y tan triste como S. M.

—Dicen que el marqués de Canillac tiene muchas consideraciones con ella.

—Sí; la deja que salga de caza y que pasee á caballo y á pié; pero el terreno es árido, y Margarita no deja por eso de ser una infortunada prisionera.

—¿Qué encargo os dió para nosotras?

—En primer lugar el de saludaros en su nombre, y luégo el de rogaros que tengais la bondad de decirme los medios de que me he de valer para entregar al señor duque de Guisa una carta suya.

—Eso es algo difícil, pues se halla en Dreux é intercepta el camino el ejército de Enrique de Navarra. Podemos, no obstante, si gustais, hacer llegar ese escrito á manos de Lorena, valiéndonos al efecto del primer emisario que nos manden nuestros maridos.

—Imposible; juré entregársela yo mismo, y no puedo faltar á tan sagrada promesa.

—¿Cómo vais á atravesar por medio de las tropas enemigas?

—Bien disfrazado, haciendo uso de mi pasaporte y de otros documentos que me ponen á salvo de la sospecha de los dos partidos. Soy extranjero, y puedo aparecer fácilmente como ajeno á las luchas de los franceses.

—Entónces, ¿qué quereis de nosotras?

—Que al llegar á Dreux pueda ver al duque de Guisa sin pérdida de momento.

—Dos de nuestros esposos se internaron en el Norte, con objeto de rehacer y organizar una parte del ejército católico; pero el tercero se encuentra al lado de Lorena, duerme en su

alcoba y no le abandona un solo instante; por consiguiente nos es muy fácil el logro de lo que deseais.

—¿De qué modo?

—Yo, que soy su esposa, os daré una carta para que os presente á Lorena.

—Pudieran sorprenderme en el camino, quitármela, y comprometeros, por lo cual no la acepto. Idead otra cosa.

—Hoy debe llegar un correo que saldrá de París mañana; escribiré á mi marido para que os salga á recibir y os lleve al palacio del duque.

—Ese escrito pudiera caer tambien en manos de los hugonotes, y comprometer la carta que llevo de la reina.

—Entónces no sé cómo complacer á S. M. ni á vos.

—Figuraos que me aproximo á Dreux y me sale al encuentro una avanzada católica. ¿De qué medio me valdré para que uno de sus mismos soldados me presente á vuestro marido y éste á Guisa?

—¡Ah! sí, dándaos una contraseña.

—¿Que sólo conocen los católicos?

—Sí, señor.

—Eso es lo que yo os pedia.

—Al llegar á nuestros amigos, santiguaos, diciendo: *la religion, el trono y la espada.* ¿Se os olvidará?

—No, á fe. ¿Y para que vuestro esposo no dude de mí?

—Repetid la contraseña, añadiendo que sois noble napolitano.

—¿Quién le habrá dicho que voy de parte vuestra?

—El correo que sale pasado mañana.

—¿De palabra?

—Se entiende. ¿Podreis llegar sin peligro á Dreux?

—Par diez, al que fué desde Suiza á Usson y vino desde ese castillo á aquí, le es fácil recorrer lo que queda de Francia.

—Muchos sobresaltos os habrá costado.

—Ninguno; unas veces me abrí paso con los papeles que llevo encima, y las demás á tiros.

—¿A tiros?

—Sí; somos seis y un guia, yendo provistos de doce pistolas.

—¿Los siete vais á Dreux?

—No; yo solo y un criado que me espera abajo.

—¿Cuándo partireis?

—Esta noche; mas caminaré á pié y haciendo jornadas cortas.

—Dista veinte leguas.

—Las andaré en cuatro dias.

—¡Un caballero como vos!..

—A los soldados de mi país nadá les impone, asusta ni detiene.

—Os rogamos espereis en nuestra casa hasta saber de una manera cierta que acabó la contienda en el barrio.

—Me basta con que termine en esta calle y entender que no os amenaza peligro alguno.

—¿Y vos?

—Yo sé combatir á los que me salgan al encuentro y continuar adelante.

—Es que ahora no llevais pistolas.

—Me sobra con la espada.

—Sois temerario.

—Perdonad; sólo práctico y algo inteligente en asuntos de guerra.

—Permitir al ménos que os acompañen dos de nuestros criados.

—Gracias; quiero únicamente asomarme al balcon que há poco cerré.

—Estais en vuestra casa.

Flaviano volvió al estrado, regresando cinco minutos después. Sin sentarse nuevamente, les dijo:

—Sigue la pelea, pero se ha reconcentrado léjos de aquí; la calle de San Dionisio está completamente sola, y si no lo tomais á mal, me retiraré al *hôtel de La Estrella*, donde

quedo á vuestra disposicion hasta la noche que salga para Dreux. Mi disfraz es de músico italiano.

—¿Por qué no aguardais á que todo concluya?

—Gracias. ¿Me permitís que bese vuestras manos?

Así lo hizo el duque, cambió con ellas algunos cumplimientos, llegando al zaguan, donde le esperaba Lambert.

—Abrid.

Dijo á los criados. El jefe le preguntó:

—¿Os marchais?

—Sí.

—Aún no ha concluido la pelea, si bien se han alejado.

—No importa.

—Podrán saliros al encuentro.

—Pasaré por medio de ellos.

—¿Y os va á acompañar ese mozo?

—¿Quién, mi buen Leon? Irá en pos de mí, con más ardimiento y serenidad que otro alguno.

—Os advierto, Mr. Guzman, que al escuchar los tiros de esta calle y oir la contienda á la puerta de la casa, desapareció, y no le hemos hallado hasta hace poco.

—¿Dónde se metió?

—Positivamente no lo acertais.

—Lo creo.

—Le encontramos entre las ramas de un árbol.

—Consiste en que le ha quedado desde la niñez gran aficion á coger nidos.

—Temblaba de un modo que daba compasion.

—El frio; pero vedlo ya qué sereno y tranquilo se muestra. Ya lo oyes, Leon; esta pobre gente te desconoce, y se burla de tí, creyendo que tienes miedo. Dales una prueba del error en que están.

—¿De qué modo, Mr. Guzman?

—Yendo delante de mí, por entre las balas, las espadas y las picas.

—Señor, ¿qué va á ser de nosotros hoy?

—¿Lo veis? Já, já, já, el criado se parece al amo como el ciprés al olivo.

—En cuyo caso os faculto á todos para que se lo entregueis á los católicos como hugonote. En marcha, Lambert, ó sufre las consecuencias de la órden que acabo de dar. Abrid, y que el cielo os guarde.

El duque salió, dudando Leon si debia ó no seguirle. Una nueva carcajada de los criados de la casa lo decidió, corriendo avergonzado en busca de su señor, al cual dijo:

—Sois temerario, Mr. Guzman, y es extraño que un hombre de vuestro talento se precipite de ese modo.

—¡Cobarde, hasta los míseros lacayos se rien de tí!

—No me importa; la vida es lo primero.

—Con ese miedo la expones más.

—Yo no lo entiendo así.

—Porque eres tonto.

—¿A dónde vamos, señor?

—Al *hôtel de la Estrella.*

—Entónces echemos por esta calle.

—¿Se acorta ó se alarga la distancia?

—Poca será la diferencia, pero de seguro no encontraremos gente fanática y atroz.

—Te dejo la direccion; pero como retrocedas un paso, ¡ay de tí!

—Lo que es por este camino no ocurrirá.

—Puesto que no hay nádie, andemos un poco más de prisa.

—Me parece la idea sublime.

—Esta noche nos dirigiremos á Dreux, y siento decirte, Lambert, que si no cumples tu palabra, lo vas á pasar muy mal.

—¿Qué os ofrecí, señor?

—Seguir á mi lado haya ó no peligro.

—¿No lo estoy haciendo?

—Desapareces á lo mejor, y luégo es difícil hallarte.

—Cerca estoy siempre.

—Es que ahora iremos solos, y no debo dejar de verte un sólo instante.

—Lo conseguireis.

—Ten entendido que como te vea huir, he de llamarte con la boca de mis pistolas.

—¡Jesús me valga! Más miedo las tengo que á todos los hugonotes y católicos juntos.

—Pues ya has oido tu sentencia.

—No dirán mi esposa é hijos que no me sacrifico por ellos.

—¿Por qué no imitas á Ros, que es un pobre sirviente?

—¡A ese desalmado, á ese corazon de tigre! Dios me libre.

—Es generoso, caritativo; defiende al débil contra el fuerte, y jamás abusa de su valor y fortaleza de alma.

—No lo niego; pero en viendo muchos enemigos, carga, dispara y mata con la sonrisa en los labios y el desprecio en el rostro.

—¿Y qué? ¿Habia de llorar?

—Los cadáveres, la sangre y los miembros mutilados sólo le inspiran desden.

—Lo que ya no tiene remedio se ve con indiferencia.

—No le defendais, Mr. Guzman; es un leon que... No me atrevo á decirlo.

—Que se asemeja á mí; por eso le quiero tanto como lástima me inspiras tú.

—Ya estamos en nuestra calle; llegamos sin peligro alguno, gracias á Dios.

—Parece que está París desierto.

—Se ha replegado el público hácia la Bastilla; estoy seguro que allí se encuentran más de cien mil personas.

—¿Qué hacen?

—Los ménos se baten, y los más los ven con la boca abierta. Es mucho pueblo este; por curiosos suelen perecer quince ó veinte diarios.

—En todas partes sucede lo mismo.

—Pues lo juzgo una barbaridad.

—En esta ocasion opino como tú; creo necio exponerse á morir por vér á unos franceses batirse con otros.

—Eso dije yo siempre; el que no se vea obligado á tomar parte en luchas como esas, debe huir de ellas lo mismo que del demonio. Ya estamos en nuestro *hôtel*; bendita la Providencia, que nos trajo aquí sin ningun contratiempo.

—Esta noche volveremos á probar fortuna.

—Mi itinerario es bueno, y acaso lleguemos á Dreux sin incidente desagradable.

El duque entró en la fonda embozado hasta los ojos, y luégo en su habitacion, diciendo á Zalla, que le salió al encuentro:

—Os participo, mi querido amigo, que tengo ya cuanto hace falta para dar principio al desarrollo de mi plan.

—Me alegro mucho, y mi placer sería completo si me permitiéseis acompañaros á Dreux.

—Imposible; la intriga que empezaré á desarrollar en breve sólo necesita de habilidad y destreza.

—¿Y si algun puñal se alzara contra vos ú os acometieran muchos?

—Alvaro, el itinerario de Lambert me pone á salvo en los caminos; en las poblaciones tendré en contra ejércitos, y para éstos son inútiles vuestra compañía y valor.

—Lo siento, y creed que cada dia que tardeis me ha de parecer un siglo.

—Tened confianza absoluta, y no dudeis nunca de la Providencia. Par diez, hasta la incomparable cobardía de Leon me está siendo utilísima.

—¿Por qué?

—Su miedo le ha inspirado hasta el punto de haber trazado una ruta, por la cual es punto ménos que imposible hallar alma viviente. El camino real está plagado, primero de hugonotes que reconocen y matan al que les ofrece la más leve sospecha, y luégo de católicos que hacen exactamente lo mismo; por consiguiente, pereceriamos de positivo los que intentásemos llegar á Dreux por él. Para salvar tan grave riesgo,

ha sido indispensable un hijo de París, que reuna á la vez gran conocimiento de su pueblo natal, muchas relaciones y una pavura extremada: circunstancias todas que concurren en grado superlativo en nuestro guia y compañero de viaje.

—No sé desobedeceros, y, como de costumbre, me inclino ante vos.

—Ros,—gritó el duque,—nuevo barniz, traje de calabrés y el almuerzo.

Nuestros siete caminantes almorzaron y comieron en París, entreteniendo el dia en hablar de los acontecimientos de Francia, Zalla y Flaviano en una habitacion y los restantes en otra. Cerca de anochecido se despidieron el duque y Lambert de sus compañeros, y desaparecieron del *hôtel*, dejando á aquellos con los ojos húmedos y las instrucciones convenientes para que no pudiera acontecerles nada durante la ausencia de los primeros.

Leon llevaba á la espalda su morral provisto de fiambres, pan y vino; el duque guardaba cuidadosamente los papeles, pistolas y daga, enseñando, pendiente de una correa, la famosa lira que tantos aplausos solia arrancar. De este modo atravesaron París, saliendo al campo en los momentos en que la noche empezaba á extender sobre la tierra su negro y fúnebre manto.

CAPITULO XVI.

De París á Dreux.— Los introductores.—Enrique de Lorena, duque de Guisa, y un pobre músico calabrés.

—Señor, empieza á salir la luna.

Exclamó Leon á media legua de París, brillando en sus ojos la alegría por el silencio y aislamiento que reinaba en el estrecho y tortuoso sendero por que atravesaban.

—Contaba con ella, Lambert,—le contestó el duque,—así es que no me extraña verla por entre las copas de esos árboles.

—¿Tambien contábais con la soledad y silencio del camino que andamos?

—Tambien.

—¿Quién os lo dijo?

—Tu miedo.

—¿No influyeron nada mi gran conocimiento del terreno y muchas relaciones entre mis paisanos?

—Algo.

—Lo difícil será entrar en Dréux.

—Procura que lleguemos bien, que allí penetraremos mejor.

—¿Llevais salvo-conducto?

—Infalible.

—Que me place. No andemos tan de prisa; nuestra mayor jornada se reduce á cinco leguas y media.

—Cuanto ántes demos fin de ella mejor.

—¡Mr. Guzman, he visto en mi pueblo y fuera de él que vuestro fino cútis y pequeños piés vertian sangre!

—¿Y qué deduces de eso?

—Que un caballero como vos corre mucho á caballo, no camina nunca á pié.

—¿Me quedé atrás por ventura?

—Ibais delante, pero consistia en que vuestro corazon es de roca, y vuestra voluntad de hierro.

—El hombre grande se eleva siempre sobre los pequeños.

—¿Hasta en la materialidad de andar á pié?

—Hasta en eso y en todo.

—Pocos hay como vos, Mr. Guzman; conozco caballeros que se tienen por muy elevados, y gracias que sepan montar á caballo.

—Por desgracia son los más.

—Fácil era que ellos hiciesen lo que vos.

—Razon por la cual se humillan ante mí cuando me reconocen.

—Caro os cuesta ese modo de obrar.

—Te equivocas; me connaturalicé con la fatiga, el insomnio y malestar, y nada hago ya que me violente.

—¿Llevais muchos años de observar conducta tan admirable?

—Desde que tuve uso de razon.

—Habreis corrido mucho.

—Cási toda Europa y parte de América.

—¿Conoceis á Dreux?

—Tan bien como tú; cerca de sus muros me batí hace diez años.

—¿Con los españoles?

—Sí.

—Entónces sereis amigo de los *invencibles*.

—Bastante.

—Cuentan de ellos hechos admirables.

—Yo los he visto, y en esta ocasion aseguro que no miente la fama.

—Tengo vivos deseos de conocerlos.

—Lo lograrás.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—¿Pues no están en España?

—A nuestro regreso probablemente los hallaremos en París.

—¿Os escriben?

—Sí.

—¿Conque sois tan amigo de ellos?

—Intimo.

—Ya lo habia yo supuesto; vuestro valor y talento deben parecerse á los de aquellos.

—Dicen eso.

—¿Por qué no os llaman á vos tambien invencible?

—Caprichos de la fortuna.

—Me encanta esta soledad; no hallamos alma viviente.

—Me alegro mucho.

—Eso es pensar con juicio.

—Lambert, en el presente viaje he de ser un modelo de prudencia y discrecion.

—Lo aplaudo, pero no me lo explico.

—Escondí mis armas de fuego y hierro, y ahora me voy á batir sólo con las de la inteligencia.

—¿No habrá excepcion alguna?

—Te he dicho lo que me propongo hacer, mas ignoro lo que el destino nos tendrá reservado.

—En el caso de que tropezáramos con católicos ó hugonotes armados, reflexionad que vamos los dos solos y lo poco que yo os puedo ayudar en las contiendas civiles.

—Solo ó acompañado me gusta abrirme paso á viva fuerza cuando el enemigo se obstina en servirme de valla, pero repito que en la ocasion presente he de rehusar cuanto me sea posible trabar disputas y peleas.

—Admiro vuestro juicio, y ruego á Dios os lo conserve muchos dias.

—Bien conoces el camino que andamos.

—Yo lo creo; nací en París, como ya os dije, y no hay palmo de terreno en sus alrededores por el cual dejase yo de recorrer dia y noche.

—Noto que abandonas unas veredas, tomas otras, á veces cruzamos por encima de los sembrados, y jamás perdemos la direccion.

—Como yo pueda, os he de llevar á Dreux sin encontrar alma viviente.

—Es indispensable, no obstante, descansar y dormir de dia en alguna posada ó casa.

—Lo haremos.

Y ámbos continuaron cruzando los campos de Francia al pálido resplandor de la luna y por entre arboledas tristes y solitarias.

Serían las cinco de la mañana cuando se detuvieron al pié de una casita aislada, propia, al parecer, de un labrador. Llamó Lambert, y después que hubo dado su apellido, le abrieron. Pronto le reconoció el dueño de la vivienda, y pedida hospitalidad por ámbos, les fué concedida, mediante una corta retribucion.

Descansaron, en consecuencia, seis horas; almorzaron, Lambert tomó nuevos informes, ocupando el resto del dia en hablar con el duque. Cerca de anochecido volvieron á emprender su interrumpida marcha en la misma forma y por senderos idénticos á los que dejaban atrás. A las ocho y media de la noche apareció la luna, prestándoles la claridad suficiente para que no equivocasen la ruta.

Subian en este instante una pendiente extensa y penosa;

al llegar á la cima se detuvo el duque, fijándose con interés en un punto, situado al Norte de Francia.

—¿Os cansais?—le preguntó Lambert.—La cuesta que acabamos de subir es larga y molesta como pocas.

Sin hacer caso Osorio de las frases que le dirigia su compañero, le cogió la mano izquierda, y señalándole una mole inmensa que se destacaba á gran distancia de allí, le interrogó:

—Dime, ¿es aquel un castillo?

—Sí, señor, y de los más fuertes é inexpugnables que tiene la Francia.

—¿Le conoces bien?

—De niño trepé muchas veces por sus muros y torres.

—¿Cómo se llama?

—Ibrí.

—¡Ibrí! ¡Ibrí!

—¿Qué os sucede, Mr. Guzman?

—¡El castillo de Ibrí!

—¿Por qué mirais de ese modo?

—¡Ahí están, maldicion!

—¿Quién, los hugonotes? Há tiempo que es suya esa fortaleza.

—Yo escalaré tus muros; treparé como el águila sobre la torre más alta, y ya en ella, mandaré como rey. Ahora no me es dado hacer nada, nada; pasaré de largo como el milano; pero luégo...

—¿Qué estais diciendo, señor? Despertad.

—¡Quita, insensato!

—¿Os habiais dormido?

—No.

—Entónces delirábais.

—Acaso tengas razon; pero no; la Providencia está de mi parte; ahora lo veo confirmado. La misma figura, iguales torreones; la vi en sueños, y al tocar la realidad, sólo debo bendecir á Dios y tener confianza absoluta. Partamos, Leon. A Dreux, por sitio donde desaparezca de mi vista esa mole.

—Volved la cara al otro lado, y seguidme. ¡Vaya un efecto que os ha hecho!

—¡Terrible!

—Pareciais un cómico.

—Lo creo.

—¿Quereis explicarme el enigma?

—No.

—Qué amabilidad.

—Corre.

—¿Por qué?

—¡Porque yo te lo mando, miserable!

—Os obedezco, señor. ¡Qué modo de mirar; qué acento!

—Esa torre es un fantasma que há un mes veo á todas horas, de dia, en sueños, y ni un solo instante dejo de contemplarla.

—¿La de Ibrí?

—Esa, sí.

—Tambien á mí me va dando miedo. Cuando á vos os asusta, algo debe haber en ella terrible y conmovedor. Huyamos; me ha entrado un temblor...

—Abrevia, sí; te seguiré al paso que quieras.

Media hora después perdieron de vista la mole, entraron en el llano, y comenzaron á andar por un terreno igual y más cómodo que el atravesado hasta entónces.

—Ya estamos á gran distancia, Mr. Guzman. ¿Continuamos de prisa?

—No.

—¡Qué maldita torre; me dió un susto!

—No hablemos de ella; te lo mando.

—Mejor es. ¡Qué noche tan hermosa!

Y ámbos prosiguieron sin incidente alguno que les obligara á detener ni aligerar su marcha.

Al amanecer entraron en una venta, pasando en ella el dia como el anterior en la casa de campo. De este modo siguieron andando á la luz de la luna y durmiendo el resto, has-

ta que, llegada la cuarta noche, se hospedaron en una aldea situada á media legua de Dreux. Allí encontraron un destacamento de católicos, pero ninguno les dijo nada. A la mañana inmediata, y como á las seis, se pusieron en pié, preguntando Leon:

—¿Qué hacemos, Mr. Guzman?

—A Dreux.

—¿Por dónde?

—Por el camino real.

—¿Sabeis que estamos entre las tropas del duque de Guisa?

—Sí.

—¿Y podremos cruzar por medio de ellas?

—Quién lo duda; paga, y en marcha.

Por un sendero estrecho y tortuoso llegaron al arrecife, continuando por éste en direccion de Dreux.

—Viene caballería,—exclamó Lambert.

—No importa; ponte detrás, y separémonos á un lado.

—Deben ser católicos.

—Me alegro.

—¡Qué caras!

—Silencio.

—Ya pasaron; ni siquiera se han dignado mirarnos.

—Pronto nos detendrán otros.

—Iban más de doscientos.

—¡Buen ojo! ochenta escasamente.

Diez minutos después vieron las torres y muros de la ciudad. En el mismo instante les gritó una voz:

—¡Alto!

Y salieron un sargento y vários soldados de una casa situada á orilla del camino. El primero añadió:

—¿Quién sois?

Osorio se santiguó, dándole por única respuesta la contraseña que ya conocemos.

—¿Sois músico?—le preguntó el sargento.

—Sí, calabr s.

—Tengo órden de acompañaros al palacio del señor duque de Guisa.

—Lo sé, y estoy á vuestra disposicion.

—Esperad un poco.

El sargento se retiró con la tropa, entrando en la vivienda que acababa de abandonar. Luégo apareció por segunda vez embozado en una capa, diciendo á Osorio:

—Seguidme.

Y se dirigió á Dreux á buen paso y como á doce varas de distancia de nuestros dos caminantes.

Lambert se acercó cuanto pudo al duque, preguntándole:

—¿Quiénes son esos?

—Una avanzada católica.

—¿Los conoceis?

—No.

—¿Pues cómo nos sirven de guia?

—Calla y sigue; todo esto y lo que verás más adelante es la consecuencia de mi entrevista con las damas de la calle de San Dionisio.

—Comprendo; escribirán á sus esposos, jefes los tres del ejército de Guisa, y ellos...

—Silencio.

Pronto llegaron á Dreux sin hallar impedimento alguno en la puerta ni en sus calles, á cuyo fin les mandó el sargento que se pusieran á su lado.

La ciudad estaba fortalecida, encerrándose en ella más de veinte mil católicos y ciento noventa y dos piezas de artillería, con trenes completos de campaña. Llegaron á las siete de la mañana, y ya estaban sus plazas y calles pobladas de soldados que discurrian de un punto para otro.

Por fin se detuvieron en el ancho zaguan de un extenso palacio; el sargento se dió á conocer á la tropa que lo guardaba, diciendo á Osorio:

—Esperad aquí miéntras yo pregunto si se os puede ó no recibir.

Y subió al piso principal, tardando en bajar cerca de una hora.

—El maestre,—dijo el sargento acercándose nuevamente á Osorio,—estaba en cama; pero ya se ha levantado, y os espera en su despacho. Id al momento.

—Gracias,—contestó Flaviano; y dirigiéndose á Lambert, añadió:—aguárdame aquí, tarde lo que quiera.

—¿Entre esta soldadesca?

—Es la guardia del señor duque de Guisa.

—Bajad pronto.

—Ten paciencia, obedece y calla.

Y el duque subió por la escalera donde acababa de bajar el sargento. Al concluirla, le salió al encuentro un criado, que le preguntó:

—¿Sois Jacobo de Guzman?

—Sí.

—¿Músico calabrés?

—Mi traje y lira te contestan.

—Venid.

Y lo llevó á una estancia ricamente amueblada donde le esperaba el esposo de una de las damas que conoció en la calle de San Dionisio. Era aquél bajo, delgado, de mirada penetrante y fija, de finos modales, y coronel de uno de los regimientos que acaudillaba el duque de Guisa, enemigo eterno de Enrique IV en política, en religion y en amores.

—Avanzad, Mr. Guzman,—exclamó el jefe francés, alargando su mano á Osorio.—Mi esposa os recomienda, me dice á lo que venís, y añade que sois un cumplido caballero, valiente, y que profesa la única verdadera religion que existe. ¿Cómo dejais París?

—Revuelto, segun hallé en mi largo viaje el resto de la Francia.

—Tenemos guerra para dias.

—Así parece.

—¿Cómo se encuentra la princesa Margarita?

—Triste, angustiada y deseando perder de vista su solitaria prision.

—Enrique de Navarra la trata mal. Sentaos; el duque se está levantando, y no tardará en recibiros. ¿Vinísteis andando?

—Sí.

—Bien claro lo dice vuestro traje. ¿Hallásteis muchos hugonotes?

—No.

—En ese caso conoceriais el terreno.

—Me acompaña un guia práctico é inteligente como pocos.

—Es admirable vuestro disfraz; imposible parece que un caballero pueda trasformarse de ese modo.

—La guerra, el instinto de conservacion y el difícil encargo que me trae aquí me convirtieron en rudo caminante.

En este momento se descorrió la cortina, exclamando un paje:

—Mi amo y señor, el gran duque de Guisa, os espera.

—Venid, Mr. Guzman; yo mismo os presentaré á Lorena.

—No os molesteis tanto.

—Al contrario, deseo complaceros, que así me lo encarga mi esposa.

Ambos atravesaron vários pasillos y salones hasta entrar en un gabinete pequeño, pero suntuoso y elegante. Los dos se inclinaron ante el duque de Guisa, diciendo el coronel:

—Mi general, os presento á Mr. Jacobo de Guzman, del cual os hablé ayer, y al que, segun dicen, le trae ante vos una mision importante.

—Nádie hubiera creido,—exclamó Lorena,—que un tan grosero traje escondiese al caballero.

—Pues lo oculta, señor duque; pero no á vos, que vais á conocerle.

—¿Deseais algo de mí?—preguntó el coronel.

—Gracias, señor,—replicó Osorio;—demostraros únicamente mi gratitud.

—Habito en este palacio, y os recibiré siempre que gusteis.

E hizo una reverencia, dejando solos al de Lorena y á Flaviano. Estos se miraron fijamente, exclamando el francés:

—Avanzad. ¿Venís de Usson?

—Sí, señor.

Y volvieron á mirarse, intentando Guisa con la vista profundizar el cerebro de Osorio.

Era el general en jefe, un católico alto, elegante, bien parecido, pero de mirada torva y recelosa. Se movia contínuamente, y en sus ideas y modo de obrar existia algo voluble, poca fijeza y gran predisposicion á ser víctima de terribles pasiones.

El duque del Imperio hacía en este momento esas observaciones, en tanto que Guisa hallaba en el rostro y mirada de aquél algo que le imponia y que no acertaba á definir. Cuando le hubo examinado tres minutos, volvió á preguntarle:

—¿Hablásteis con la princesa Margarita?

—Sí, señor.

—¿De mí?

—De vos, señor de Lorena.

—¿Cómo se encuentra?

—Angustiada, prisionera y triste.

—Usson no es el pueblo en que debe habitar una dama de su estirpe, talento y belleza.

—Así es.

—¿Llora?

—Sí, señor.

—Su esposo manda en ella, y poco ó nada puedo yo hacer en su obsequio.

—S. M. cree lo contrario.

—S. A.

—Permitidme que la trate como á reina de Francia.

—Me lo prohibe la guerra que hago á su marido; en Dreux es sólo princesa.

—Me inclino ante el jefe del partido católico.

—¿Os dió una carta para mí?

—Sí, señor.

—Dádmela.

—Debo ántes hablaros largamente, si me lo permitís.

—¿De parte de ella?

—Sí, señor.

—Decid lo que gusteis.

—Necesitaré tiempo.

—Dí órden de que nádie osara interrumpirnos.

—Duque, la señora princesa, que se ha dignado mandarme aquí, y por la que yo acabo de exponer mi vida cien veces...

—¿De qué modo?

—Abriéndome paso á tiros para llegar ante vos.

—¡A tiros!

—Con estas pistolas que escondo debajo de mi tabardo, y diez iguales que guardan mis cinco compañeros.

—¿Quién sois?

—Un hombre que debe favores á S. A. y se los paga del modo que os acabo de decir.

—¿Hallásteis muchos hugonotes en el camino?

—Tantos, que tendí más de treinta, y llego á Dreux por milagro de Dios.

—No pude suponer que vuestra embajada fuese tan importante ni el encargado hombre de tanto valor. Vuestro acento no es francés.

—Nací en Nápoles.

—¿De ilustre cuna?

—No hay allí ninguna mejor ni más elevada.

—Vuestro apellido, sin embargo, no es muy conocido.

—Acaso tenga otro ántes que ese, y si lo dijera, posible es que sonase mejor en vuestro oido.

—¡Ah! ¿Os prohibe algo decírmelo?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Tampoco puedo contestaros.

—Deciais ántes que habeis expuesto vuestra vida...

—Cien veces por una dama á quien respeto y considero; y claro es que si yo fuí capaz de eso, ¿qué no haria por ella el hombre que la ama y que se ve correspondido?

—¿Aludís á Enrique de Navarra, su esposo?

—No; al señor duque de Guisa.

—¡Insensato!..

—Me lo ha dicho ella, y nunca miente.

—¡Ella!.. Imposible.

—¡Tampoco yo falté jamás á la verdad, y al que dudó de mis frases!.. Señor duque, ved en mí á un indigno, pero leal representante de la princesa mi señora.

—¡Fué una imprudencia!..

—Perdonad; las mil pruebas de valor y fidelidad que le dí rechazan la frase. Si Margarita me confió un secreto como ese, no pudo ni debió prescindir de hacerlo.

—Me sois desconocido.

—Bastaba con que ella me conociese.

—¿Cuanto tiempo há que os estima de ese modo?

—Más de diez años.

—¿Qué íbais á decir?

—Digo, que si yo, por gratitud, le doy mi vida, vos no podeis negarle sacrificio alguno.

—¿Necesita de mí?

—Sí, señor.

—¿Qué desea, qué anhela? Le pertenece hasta mi vida.

—¡Muy bien! sois digno...

—De servirla.

—Eso iba á decir.

—Guzman, no sois tonto.

—Por eso me ha elegido para venir aquí.

—Ni cobarde; lo declaran vuestros ojos.

—No nací tímido.

—¿Obedeceis á Margarita sólo por gratitud?

—A S. A. sólo por eso; á mi esposa por amor.

—¿Me lo jurais?

—Por el Dios que nos oye.

—Os escucho con gusto; ¿qué debo hacer por la bella princesa?

—Cási nada.

—Lo siento.

—Os creo.

—Es tan... tan bondadosa.

—Y tan encantadora. ¡Oh! su talento, poesía y majestad la elevan sobre el resto de las mujeres.

—Con qué entusiasmo lo decís.

—¡Le debo tanto!

—Parece que late vuestro corazon.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque se lo dejé á mi esposa.

—Sentaos junto á mí.

—Gracias.

—Me agrada vuestra conversacion. Pero no me habeis dicho aún lo que desea la princesa.

—Una cosa muy justa.

—¿Qué es?

—Salir de Usson.

—¿Quién puede hacer eso?

—Su esposo.

—Verdad es; pero no comprendo...

—Le ha pedido una entrevista.

—No se la concederá.

—Entiendo que sí.

—¿Y luégo?

—En ella reclamará su libertad y el derecho de habitar en París.

—Bueno sería; mas positivamente se niega Enrique de Navarra.

—Al contrario; es cosa segura.

—¿De qué medio se va á valer?

—S. A. profesa la religion católica, y acaso crea un deber de conciencia abdicar en favor de Felipe II sus derechos al trono de Francia.

—¡Idea sublime! ¡amenaza portentosa! pero ¡ay! Enrique está celoso, y esa pasion lo domina.

—No tiene pruebas; vuestro criado sólo le dió copias escritas por él.

—Pero cree en lo que dicen aquellas.

—Duda, y como S. A. no quiso justificarse...

—Hizo bien.

—Eso mismo sigue creyendo Margarita, y en prueba de que es así, le va á rogar que la repudie por estéril.

—¡Estéril!

—Estéril, sí.

—Teneis razon; y en que me admiro, pues no me hizo saber tan gran pensamiento.

—¿Qué realizo yo en este momento?

—¡Ah! ¿me lo decís de su parte?

—Claro está.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Os reserva, porque así os corresponde, el papel principal.

—¿Cuál es?

—Evitar, siquiera hasta el dia del repudio, que las sospechas de Don Enrique se conviertan en realidades.

—¿De qué modo?

—Vedlo de su puño y letra.

—¿Qué haceis?

—Sacad esta bolsita, y de ella la carta de S. A.

—¡Colgada al cuello!

—Sí, pensé dejármela arrancar con la vida.

—Veo, Guzman, que vuestra lealtad no es cuento.

—Tomad, señor.

—¡Su letra es!

—Y su rúbrica.

El duque de Guisa besó la firma, leyendo después dos veces el contenido de una carta que conocen nuestros lectores. Al acabar, tenía contraido el rostro, torva la mirada y marcado el disgusto de un modo inequívoco.

—¿Conoceis este escrito?—preguntó á Osorio.

—Sí, señor, se dignó leérmelo mi bondadosa señora.

—¿Y no opinais, como yo, que es un rompimiento?

—Todo lo contrario.

—¿Por qué me prohibe entónces que vaya á Usson?

—Porque piensa salir de ese castillo y citaros á París.

—¿Tan segura está de que cederá Enrique?

—Sí, señor.

—Entónces desconfia de mí.

—Tampoco es cierto; desea sólo evitar durante sus negociaciones con Enrique que un criado vuestro trueque en realidad aquellas sospechas que otro le infundió.

—Yo le respondo de que no sucederá.

—En poder esas cartas de S. A., que las quemará en el acto de recibirlas, hay ménos peligro.

—El mismo.

—Poco os cuesta complacer á una dama que tanto os estima.

—Todo ménos eso; primero le daria mi vida.

—¿La desobedeceis?

—Lo siento, mas pretende lo que no logrará nádie de mí.

—Señor, ved lo que haceis.

—Basta, Guzman. Hoy la escribiré demostrándole mi disgusto por su desconfianza. Nada más hablemos sobre el particular.

—¿Estais resuelto?

—Con toda mi alma.

—En ese caso debo devolver esa carta diciéndole lo que me habeis contestado.

—Es muy justo, tomadla.

—Quiero evitar un rompimiento que aumentaria la des-

gracia de mi señora, por cuya zazon os ruego no le mandeis á decir nada.

—¿Se dará por satisfecha con lo que vos le manifesteis?

—Entiendo que sí.

—Eso era lo mejor.

—Pues será así.

—En mi poder están las cartas tan seguras ó más que en el suyo.

—Las mujeres son caprichosas, y es posible que no le satisfaga esa razon, pero yo la expondré otras.

—Teneis talento, y si me libráseis de tan molesto compromiso, os lo agradeceria mucho.

—En eso medito.

—¿Os levantais?

—Parto con vuestro permiso.

—¿Quereis un correo?

—No; he determinado ir yo.

—Era lo más acertado; pero es expuesto.

—No importa.

—¿Qué deseais de mí?

—Nada; permiso para retirarme.

—¿Cuándo marchais?

—Esta noche.

—¿Necesitais oro, caballos?..

—Gracias, tengo de sobra.

—¿Os volveré á ver?

—Sí, señor.

—Cuento con que...

—Yo lo arreglaré todo. Que el cielo vele por vos.

—El os proteja y guie.

Con una mútua reverencia terminó el largo y enojoso diálogo que el duque del Imperio se vió obligado á sostener con el de Guisa. El último quedaba satisfecho, viendo en Osorio un hombre valiente, hábil, y del que esperaba un señalado favor que lo libertase del compromiso en que le habia puesto la

reina Margarita. Este hombre queria á la desterrada de Usson por orgullo y vanidad; tenía de ella una prenda preciosa, que eran las cartas en cuestion, y juró no entregárselas á nádie, por ser la cadena con que creia sujetar á su voluble dama.

En cuanto al duque del Imperio, ya le hemos visto poner en juego las poderosas armas de su inteligencia para arrancar á Guisa los célebres escritos que el otro aprisionaba con mano férrea; comprendiendo que por el camino emprendido no llegaria al fin, cedió ante su contrario, pero con intencion de acometerle en otro terreno más ventajoso y de seguro resultado. Hábil siempre y diestro ahora como nunca, se retiraba como la pantera, para prepararse á dar un nuevo salto que dejara completamente á su disposicion la víctima designada por tan sagaz, atrevido y valiente español. Los medios que intentaba poner en juego no merecian su completo agrado; mas eran los únicos con que contaba, y en el duro trance de salvar á sus hermanos, á la Francia y el honor de la reina, inclinó su hermosa y varonil frente, exclamando, segun avanzaba por los salones de Lorena:

—El sendero es torcido, espinoso y cruel; pero no me es dado caminar por otro, y cierro los ojos para correr desalentado y fiero. Lo ménos malo que podrá ocurrirme será el que me estrelle... No; venceré; la antorcha que vi en Nápoles me debe alumbrar, me alumbra, y ya voy marchando á su siniestra luz.

CAPITULO XVII.

Lambert convertido en culebra.—Otro disfraz.—El principio de una nueva intriga.

El duque del Imperio metió las manos en los hondos bolsillos de su grosero tabardo, y bajando la extensa escalera del palacio, se acercó á Lambert, diciéndole:

—Vámonos.

El rostro de nuestro héroe no demostraba en tales instantes ira, enojo ni pesar; léjos de eso, parecia estar satisfecho del presente y seguro del porvenir. Si hubiera llevado consigo la preciosa caja que formaba ahora su anhelo, es indudable que no aparentaria más tranquilidad y sosiego.

Ya en la calle, le preguntó Leon:

—¿A dónde nos dirigimos?

—A la posada más próxima.

—Al mejor *hôtel*, querreis decir.

—No se me ha ocurrido semejante disparate.

—¿Hay peligro?

—Ninguno. Somos protegidos del señor duque de Guisa.

—Entónces, no lo entiendo.

—Lambert, te he dicho y repito que acabaron las contiendas; por consiguiente, concrétate á obedecerme, ó te despido sin darte un maravedí.

—Lo haré; pero en la posada os servirán mala comida.

—No importa. ¿Hay alguna por aquí?

—Vedla.

—Pues entremos.

Y ámbos se hospedaron en un mal cuarto de la mencionada casa, situada á quinientos pasos escasamente del palacio de Lorena.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Leon.

—Que nos sirvan un almuerzo lo ménos malo posible. Abrevia.

—¿Dónde cómo?

—En la misma mesa que yo y frente á mí.

—Señor, ¿qué estais diciendo?

—¡Si vuelves á replicarme, te salto un ojo!..

—Esconded esa pistola, señor, os juro por el alma de mi madre convertirme en estatua, si así lo quereis.

—Despacha.

Diez minutos más tarde comian nuestros dos viajeros un trozo de carnero asado, pepitoria y postres. El duque no desplegaba los labios, y Lambert le miraba con recelo y sumision.

Cuando hubieron terminado, exclamó el primero:

—Leon, cierra la puerta, y hablemos.

—Ya está, y os oscucho.

—Siéntate. Acércate más. Tú, no habiendo estocadas ni tiros, te expresas bien y obras con cordura.

—Verdad es; mas viendo espadas ó pistolas me entra un temblor, un frio capaz de impedirme toda accion y pensamiento.

—Ahora, amigo mio, se trata de una intriga en donde sólo van á jugar las palabras.

—Esa guerra me gusta á mí mucho. ¿Qué vamos á hacer?

—Puesto que tan aficionado eres á la paz, y tan hábil rei-

nando aquella, te nombro único actor de la contienda moral á que daré principio en breve.

—¿Yo solo?

—Guiado por mí; ten en cuenta que si estás diestro y sagaz, ganas hoy quinientos ducados más de lo que te tengo ofrecido.

—¿A quién engaño? ¿qué hago, qué digo? Ya crece en mi cerebro un enorme filon de mentiras; porque yo oí que el embuste es el arma favorita y terrible de la intriga.

—Parece que te ha despejado el vino.

—Me obligásteis á que bebiera un poco más de lo que tengo por costumbre, y me siento atrevidillo y muy dispuesto á ganar de extraordinario quinientos ducados.

—Sepamos si es verdad. ¿Tienes algun amigo entre los criados del duque de Guisa?

—No os comprendo.

—Mal principio, Lambert; el intrigante las coge al vuelo.

—Con poco que me expliqueis bastará.

—Durante el largo período que me aguardaste en el zaguan de Lorena, ¿no encontraste un conocido entre los muchos sirvientes del duque que andaban por allí?

—Conocidos sí, amigos no.

—Basta con eso; lo que falte de intimidad, se suple con oro y destreza.

—Entiendo. ¿Qué debo averiguar?

—Esa pregunta, Leon, cási cási te asegura los quinientos ducados.

—Ya vereis que en este terreno no soy el mismo que en el otro; es decir, en el de las estocadas y tiros.

—Que me place. Triunfa en este, que yo lo haré en aquel.

—Mandadme, señor.

—Necesito saber ántes de dos horas si el duque de Guisa sale de noche solo, y en caso afirmativo, la hora y el traje que usa. Hé ahí cási todo; lo demás que seguirá es tan rutinario, que no ofrece dificultad alguna.

—¿Y con eso creeis que podré ganar los quinientos ducados?

—Quién lo duda.

—Poco tiempo me dais, pero acaso tenga bastante.

—Hora más ó ménos...

—Entónces lo sabreis, sin que admita duda alguna.

—Si fuese preciso obsequiar á tu amigo, no seas avaro, que yo te abonaré lo que gastes.

—Entraba en mis cálculos la fabricacion de una llave de oro.

—Veo que conoces á tus compatriotas, y me alegro mucho.

—Conque si sale el duque solo, y en caso de ser así, el traje, la hora...

—Si añadieras el sitio, el objeto... No estorba á mi plan que vaya acompañado de un amigo íntimo.

—No necesito más. ¿Me dais vuestro permiso?

—Sí; parte al momento, y que no se borren de tu memoria los quinientos ducados.

—¿Cuándo los recibiré?

—En el instante que quieras. Di al mozo que nos ha servido que me suba recado de escribir, un buen pliego de papel y lacre.

—Hasta luégo.

—Abrevia, pero sin perjudicar la intriga.

—Hoy quedareis satisfecho de Lambert.

Marchó aquél, y el duque, después de asomar á sus labios una agradable sonrisa y de meditar cinco minutos, comenzó á escribir una carta, con buena letra y gran cuidado en las frases que estampaba. Terminado su trabajo, la cerró, poniéndole lacre sin sello. Después llenó el sóbre, y se la guardó, exclamando:

—Si este papel llega á manos del duque, todo se habrá ganado; pero si me viese obligado á romperlo... Me horroriza la idea, y puesto que no me es dado vacilar, debo y quiero creer lo primero. ¡Oh, el caudal de noticias que adquirí en Nápoles

no tiene precio! ¡En Nápoles! allí recibí la inspiracion; de allí saqué mi antorcha; nada malo debo esperar de lo que traje de allí.

Y quedó entregado á profunda meditacion que más de una vez llevaba á sus labios placentera sonrisa.

A las tres horas de haber salido Lambert, regresó, presentando el rostro encendido, alegre, y la mirada viva é inquieta.

—¿Vuelves borracho?—le preguntó Osorio.

—No, señor, bebí porque fué preciso alegrar, ó algo más, á mi íntimo amigo; pero yo he conservado la razon cabal. Soy un intrigante terrible.

—¿Quién es ese amigo íntimo?

—El que viste, desnuda y hasta acompaña á su señor el duque de Guisa.

—¿Le diste oro?

—Jugamos, y me dejé ganar veinte ducados, pagando además cuatro que hicimos de gasto.

—¡Bravo! Siéntate; más cerca; baja la voz, y prosigue contestando.

—Os escucho.

—¿Te ha preguntado ese ó cualquier otro á qué has venido á Dreux?

—Por supuesto.

—¿Qué contestaste?

—Que sigo vendiendo, caminando y en mi antiguo oficio.

—¿Hablaste de algun compañero de viaje?

—Sí, de mi caballo.

—¿Nada más?

—Añadí que una persona completamente extraña me rogó lo llevase al palacio y le guiara luégo á un *hôtel*, disculpando así mi permanencia en el zaguan de Lorena, la cual, segun les dije, me proporcionó la satisfaccion de averiguar que estaba allí un paisano y amigo de la niñez.

—Muy bien; la introduccion es admirable.

—Os repito que soy un intrigante terrible.

—Sepamos lo que has hecho.

—Me hallaba en la cocina ofreciendo calzas, gregüescos y ropillas que no podia vender á nádie, cuando entró mi hombre, lo abracé, recordándole juegos infantiles y reyertas de muchachos en las que siempre salia yo abofeteado por él.

—Es decir que desde muy pequeño comenzaste á dar señales de valor.

—Sí, el héroe empieza muy pronto á presentar su denuedo y bizarría. El fiel criado de Guisa lloró de placer, y en el momento que su amo salió á caballo, se vino conmigo á una hostería no lejana, donde comió bien, bebiendo admirablemente vinos y licores añejos, muy añejos.

—Magnífico. ¿Y luégo?

—Después jugamos á los dados, y supe, efecto de mi habilidad y destreza, que su amo sale todas las noches solo, embozado en una capa negra y cubierta la cabeza con gorra sin pluma.

—¿A qué hora?

—En cuanto oscurece.

—¿A dónde va?

—A la calle de San Juan.

—¿Qué casa?

—No es casa; un convento, donde se admiten niñas á pupilo.

—¡Por Santiago!..

—¿Qué os pasa?

—Nada, Leon, que eres todo un hombre.

—Ya os he dicho que en lo tocante á intrigas cási, cási os aventajo.

—Por supuesto; los que manejamos pistolas y espadas no servimos para esas luchas intelectuales.

—¡Cómo agucé el entendimiento!

—¡Vaya! En ese convento ó colegio se educará muy bien á las niñas.

—Eso no me importaba á mí y no lo pregunté; me bastaba

saber únicamente que va allí el duque todas las noches disfrazado y que es un secreto para cuantos le rodean.

—Con el cual tenemos de sobra, Lambert.

—Se me olvidaba deciros que no sale por la puerta principal, sino por un postigo que da á la espalda, calle estrecha, oscura.

—Sé la que es, y me basta con lo que acabas de decirme.

—¿Gané ya los quinientos ducados?

—No, pero te falta muy poco; en lo que resta has de salir mejor aún que en lo pasado.

—Hablad.

—Necesito una capa negra y gorra sin pluma.

—Es decir, como las del duque.

—Exactamente.

—Voy á comprarlas.

—Espera. Quiero tambien un caballo fuerte y corredor, con los arreos necesarios.

—¿Uno sólo?

—Claro es.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¿Voy yo á pié?

—No; te quedarás en Dreux por unas cuantas horas; luégo me irás á buscar.

—¡Yo solo!

—Te acompañará un jefe hugonote.

—Pero señor, yo no entiendo una palabra.

—No hace falta.

—Mas...

—Obedece y calla. Hoy lo ganas todo ó todo lo pierdes, inclusa la vida. Conque, Leon, elige.

—¿Dónde dejo el caballo?

—En la cuadra de esta posada.

—¿Y la ropa?

—Me la subes.

—¿A qué hora comemos?

—Cuando hayas concluido esos dos encargos. Que nos sirvan buenos manjares.

—En esta mísera hospedería será algo difícil.

—Que los traigan de fuera.

—Va entrando la tarde, y temo que me falte tiempo.

—No le emplees mal. Abrevia.

Otra vez volvió á quedar solo el duque del Imperio y entregado á profunda meditacion. De este modo, y sin que nada viniera á distraerle, trascurrieron dos horas que tardó en regresar Leon, diciéndole:

—Aquí están la capa y gorra.

—¿Serán iguales?

—Idénticas.

—¿Y el caballo?

—En la cuadra.

—¿Qué tal es?

—Alazan tostado, cinco años cumplidos y de raza árabe.

—¿Entrado en carnes?

—Sí, señor.

—¿Correrá bien?

—Como el águila; no quisieron dármelo ménos de trescientos ducados.

—Bueno debe ser.

—Os gustará.

—¿Comemos?

—¿Como esta mañana?

—Sí.

—Al momento.

Poco después emplearon tres cuartos de hora en trinchar unas cuantas viandas, medianamente condimentadas.

Cuando hubieron concluido, se puso en pié el duque, diciéndole su guia:

—¿A dónde vamos?

—Primero á la cuadra; luégo á la calle de San Juan.

Y salieron, reconociendo Osorio el potro que concluia de comprarle Lambert.

—Muy bien,—exclamó:—no correrá mal, resistiendo lo que yo necesito.

—De prisa ireis al parecer.

—Probablemente.

—Sois tan reservado hoy...

—Leon, que juegas tu suerte y hasta la vida.

—No quiero saber nada.

—A la calle de San Juan.

Serían las cinco de la tarde cuando ámbos se dirigieron al mencionado sitio. El duque iba embozado hasta los ojos é imitando á un caballero. Lambert seguia detrás con su traje de camino, indiferente á todo.

De pronto se detuvo el primero, diciendo al segundo:

—Cruza la calle; entra en la tienda de enfrente, y compra una pluma blanca; la mejor que tengan.

Leon se encogió de hombros, y sin comprender nada de lo que hacía, obedeció al duque. Este guardó la pluma, hasta que vió un portal estrecho y oscuro, donde entró para colocar aquella en su gorra del mejor modo posible. Luégo se cubrió la cabeza, prosiguiendo su camino. Lambert exclamó:

—Antes necesitais capa y gorra como las de Guisa, ahora añadís una pluma blanca que cuesta veinte ducados, y en verdad que tantos cambios y pareceres me aturden, confunden y evitan que comprenda algo de lo que pasa.

—Concrétate á obedecer y callar, y te advierto que nos hallamos en lo más crítico de las circunstancias por que hemos de atravesar, y ya sabes que la menor imprudencia expone tu suerte y hasta tu vida.

—Mucho me repetís hoy esa idea.

—Lo hago porque te amenaza gran peligro.

—¿Cómo podré conjurarlo?

—Obedeciendo ciegamente y callando.

—Me convierto en estatua.

—Hazlo y no lo digas. ¿Falta mucho para el convento?

—No señor; torced á la derecha; vedlo al extremo de esa calle.

—Pues no lo distingo.

—A la izquierda; aquella casa grande.

—¿Y eso es convento?

—Se le da ese nombre; pero es sólo una gran casa con jardin, donde unas cuantas mujeres, vestidas de monja, educan á várias hijas de grandes y jefes católicos.

—No veo que haya iglesia.

—Tienen sólo óratorio, pero está á la parte opuesta.

—¿Es este el edificio?

—Sí, señor.

—¿Da á alguna otra calle?

—El convento no, el jardin sí.

—¿Luego por este lado cuenta únicamente con esa gran puerta?

—Exactamente.

—¿Vendrá el duque por aquí?

—Sí, señor.

—Entónces me estorbas, Lambert.

—¿Dónde marcho?

—Vuelves á la posada, ensillas el caballo, y lo sacas del diestro fuera de la puerta por donde entramos esta mañana; allí esperas á que yo vaya.

—No me dejarán los católicos.

—Si alguno intenta detener tu paso, te santiguas, pronunciando las siguientes frases: *La religion, el trono y la espada.*

—Ya; como vos lo hicísteis con el sargento. ¿Pago en la hospedería?

—Sí.

—¿Tardareis mucho?

—No.

—¿Qué hago después?

—Allí te lo diré.

—Esto de quedarme solo en Dreux...

—¡Maldicion!

—No pongais esa cara; obedezco.

Y partió de allí el buen Leon, en cumplimiento de las órdenes que acababa de recibir.

Osorio quedó frente al colegio, reconociéndolo detenidamente. Tenía aquél, piso bajo y principal, grandes rejas con espesas celosías, jardin con huerta, un zaguan extenso con doble puerta en forma de verja, y ocupaba, por último, una superficie de treinta mil piés cuadrados.

Cuando el duque hubo terminado su observacion, arregló el embozo de su capa, y tomando el aire de gran señor, que le era tan peculiar, entró en el zaguan, y llamó á la verja, preguntando á una criada que apareció:

—¿Está la señora directora?

—¿Qué deseais?

—Tener la honra de hablar con ella sobre alumnas de este colegio.

—¿Quién sois?

—Jacobo de Guzman, noble napolitano y amigo íntimo del duque de San Ricardo.

—Esperad un momento, que no tardaré en volver.

Y desapareció la sirvienta, dejando á Flaviano á la parte afuera de la verja. Este aguardó diez minutos, al fin de los cuales se presentó una profesora, interrogándole:

—¿Sois Mr. Guzman?

—Servidor vuestro.

—Entrad.

Y abrió la verja, quitando un pasador que estaba muy bajo, y un picaporte más alto. El duque se volvió, notando con placer lo cómodo que era facilitarse la salida.

—Seguidme.

Añadió la profesora, y cruzaron un extenso claustro, subiendo acto contínuo la escalera que conducia al piso principal. Más tarde penetraron en un saloncito decorado con sencillez,

en medio del cual habia una señora que representaba cincuenta años de edad, con traje de monja y rostro agradable y bondadoso.

—Bien venido, Mr. Guzman,—le dijo.—¿Há mucho que vísteis al señor duque de San Ricardo?

—Muy poco, señora directora,—contestó Osorio, añadiendo con intencion:—Acabo de llegar en este momento de Nápoles, mi país natal, donde quedaba bueno y entregado á su diversion favorita, que es el estudio de aquel hermoso verjel. No os extrañe mi grosero traje; tuve que atravesar por entre hugonotes y gente de guerra, que de reconocerme, me hubieran detenido, pues saben todos que soy católico y enemigo del partido protestante. Mi color lo ennegrece considerablemente el polvo del camino y el sudor que vertió mi frente en tan largo viaje; pero llevo conmigo una carta del duque en que me recomienda á sus principales amigos, y deseo que la leais.

—No haré semejante disparate; vuestros modales y acento dicen quién sois.

—Gracias; mas como la época es tan terrible...

—Cierto; no obstante lo cual, hombres de vuestro país y gerarquía no engañan ni mienten. Supongo que querreis ver á las hijas de vuestro amigo.

—Verdad es que traigo ese encargo; pero ántes, y esta es la causa de presentarme ante vos con parte del disfraz que usé en mi viaje, desearia saber si admitís más pupilas.

—Sí, señor; el número máximo son ochenta, y efecto de la guerra, sólo tengo diez.

—Que me place; me dijeron eso, añadiendo las bellas cualidades que os adornan y las condiciones excelentes de higiene, local y régimen, y en verdad que anhelaba verlo confirmado. ¿Qué hacen en este momento vuestras educandas?

—Es la hora de dibujo, y ya habrán entrado en el gabinete de estudio.

—En cuyo caso os ruego me permitais recorrer el convento, y al concluir entraremos, si lo teneis á bien, en el salon donde

están esas niñas. Allí veré á las hijas de mi amigo y sus adelantos en un arte á que soy muy aficionado y un poco inteligente.

—Me alegro mucho, y tendré una satisfaccion en que los examineis.

—Estoy á vuestras órdenes, señora directora.

Osorio neutralizaba los malos efectos de su grosero tabardo, calzas y zapatos, y el ridículo contraste que formaban éstos con la capa y gorra de señor, esmerándose en unos modales, aire y acento que lo presentaban como en realidad era. La dueña del convento, que sabía distinguir á los grandes señores de la gente pobre y escasa de educacion, no dudó un momento de la clase á que pertenecia el supuesto amigo de San Ricardo, y se hallaba muy dispuesta á concederle cuanto fuese compatible con sus deberes de directora. Supo que aquél tenía hijas; dió por hecho que las llevaria internas, y el deseo de aumentar el exiguo número de educandas, la estimulaba á que estuviese con el duque lo más complaciente posible. Así es que en persona le enseñó el jardin, luégo los claustros, el refectorio ó comedor, las celdas ó dormitorios y cuanto encerraba el convento, dejando para lo último el gabinete de dibujo, donde se hallaban ahora todas las colegialas.

Osorio se proponia con este reconocimiento averiguar las entradas y salidas del convento y si habia alguna niña separada del resto de sus compañeras, sabiendo con placer que no existia ninguna enferma ni fuera del gabinete en que pintaban. En tanto que él prosigue haciendo sus hábiles observaciones, penetremos nosotros en el mencionado gabinete.

Era aquél un paralelógramo extenso, cuajado de estatuas, cuadros, modelos de otras diferentes clases, caballetes, lienzos y cuanto requeria la brillante educacion de las educandas.

Sobre una elevada tribuna estaba sentada la profesora, y en torno las diez niñas á quienes corregia y explicaba. Una de éstas exclamó:

—Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.

—Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.

—Silencio, niña; consiste en que sois un poco desaplicada. Cuidado con ese perfil.

—Va oscureciendo, y no veo, señora profesora.

—Para vos todas son dificultades.

—No se ve, no se ve.

Exclamaron sus restantes compañeras, dejando los pinceles y lapiceros.

La que dirigia el estudio movió un timbre, mandando encender luces.

Un minuto después entró el duque, precedido de la superiora. Todas se levantaron, haciéndole una reverencia.

—¿Quiénes son las hijas de mi amigo el señor duque de San Ricardo?

—Estas dos, Mr. Guzman.

—Muy bien; las hallo crecidas, bellas y con el aire de familia. No os extrañe, hijas mias, mi traje; es un disfraz que me obliga á usar la guerra que existe en Francia.

Y estampó un beso en la frente de cada una, satisfaciendo luégo el deseo de las dos niñas, que preguntaron por la salud y regreso de su padre.

Flaviano miró á las restantes, fijándose en una que tendria seis años; era la más pequeña, y en vez de dibujar jugaba con unas estampas que le dió su profesora. El duque halló en el rostro de la educanda algo de Lorena; y con la mayor naturalidad, dijo á la directora:

—¡Qué pequeñita es esta y qué linda! Tengo yo una de su edad, que podrá ser su compañera. ¿A qué familia pertenece?

—Oh, esa niña es de una estirpe elevada, y protegida además del poderoso señor duque de Guisa.

Era cuanto deseaba saber Flaviano; ni las noticias que llevaba de Nápoles mentian ni su inteligente mirada se equivocó al fijarse en la educanda que le obligó á entrar allí. Disimuló, no obstante, la agradable impresion que concluia de recibir, y cogiendo un lápiz, añadió:

—Bien dibujada encuentro esta cabeza; mas, en mi con-

cepto, debe prolongarse un poco esta sombra, así; el bigote no tan caido; un poco más recta la nariz; la frente es chica; con esta línea queda perfecta. Veamos si es posible corregir los ojos; estos toquecitos deben darles animacion. ¿Qué os parece?

—¡Magnífico!—exclamó la directora.—Sois, Mr. Guzman, un gran profesor.

—No lo creais: me dediqué más á la música. ¡Qué lástima de figura! Me refiero á ese lienzo. ¿Me haceis el favor de la paleta y los pinceles?

—Dádselos, niñas.

—Perdonad, hijas mias; ¡me gusta tanto la pintura! Este embozado se cubre poco; parece como que el manto está violento. Ahora la parte de rostro que se ve.

Media hora después comprendieron que Flaviano pintaba mejor que ellas. Luégo cogió un papel de música que tenía cerca, é hizo una escala que excitó la admiracion; con todo lo cual infundió gran confianza sobre su clase y condicion.

Algo más tarde se presentó una sirvienta, y habló al oido de la directora. Esta dijo á Osorio:

—Mr. Guzman, ¿me permitís que os abandone por quince ó veinte minutos?

—Sí, señora; siempre que me dejeis entre estos ángeles.

—Ya se conoce que sois padre.

—Verdad es. Id descuidada, que la leccion continuará bajo la direccion de esa ilustrada profesora, ayudada por mí.

—No tardaré en volver.

La superiora cogió de la mano la niña en quien se fijó últimamente Flaviano, desapareciendo con ella. Aquél exclamó al verla partir:

—No me equivoqué ni me engañó Leon; te vas, directora, porque acaba de llegar el duque de Guisa que viene á ver á su hija, á ese lindo vástago, fruto de sus ocultos amores con una parisien llamada Eugenia Depas. Mucho quiere á la madre, pero, segun cuentan, delira por la hija, y en verdad que no me pesa el que así suceda. Disimulemos.

Y añadió fuerte:

—Vamos, niñas; coged unas sus pinceles y otras los lapiceros, que mi visita no debe interrumpir la hora de estudio. Ruego á vuestra profesora continúe dirigiendo la clase como si yo no estuviera; miéntras, examinaré los modelos que hay en el salon.

Y les volvió la espalda, comenzando á observar, no los cuadros, estatuas, manos y piés, sino las colgaduras del paralelógramo.

—¡Hola!—exclamó para sí;—tres balcones con seis cortinas de tela blanca que arderá como estopa. Muy bien; hago de este dibujo una mecha, y colocando aquel caballete y lienzo un poco más á la izquierda, oculto los balcones á la vista de la profesora.

Y fingiendo que examinaba un cuadro á medio hacer, corrió el caballete, elevando el lienzo.

—Bien,—añadió;—de este modo podré llevar á cabo mi intento con facilidad. Ahora conviene espiar la llegada de la directora.

Y después de corregir á las dos hijas de San Ricardo, se aproximó á la puerta de salida, quedando junto á ella, fija la vista en el dibujo de un Hércules y el oido en el claustro que tenía á la derecha.

Irian trascurridos treinta minutos desde que desapareció la superiora y cinco desde que él miraba el cuadro, cuando percibió el roce de los hábitos y ruido de los pasos de aquella y de la niña que le acompañaba. En el mismo instante se corrió á la derecha, y cubierto con el lienzo colocado por él, prendió en una vela su mecha de papel, y con ésta las seis cortinas de los tres balcones.

La profesora reprendia en aquellos momentos á una niña, y esta circunstancia contribuyó á que no notase lo que acababa de hacer el duque.

En los momentos en que la directora llegaba á la puerta, gritó el duque:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡Esas velas mal colocadas han prendido el cortinaje!

Y corrió, diciendo á la superiora:

—Todas abajo; no solteis esa niña pequeña de la mano.

Y desapareció, gritando:

—¡Agua! ¡agua! ¡al fuego! ¡al fuego!

De este modo llegó al último claustro, apagó con el embozo la lámpara que ardia en él, y abriendo la verja, salió al portal, donde quitó la pluma de su gorra, guardándola en el bolsillo del tabardo. Luégo se cubrió con la capa, mirando por entre los hierros y á la opaca luz que ardia en el portal, hasta que vió bajar á las diez educandas entre várias profesoras, sirvientas, y á la superiora que sujetaba de la mano á la niña pequeña. Todas gritaban, y en confuso tropel, aturdidas y temerosas se dirigian á la calle, cuando Osorio, imitando al duque de Guisa en voz y actitud, las detuvo en medio del oscuro claustro, preguntándoles:

—¿Qué voces son esas? ¿Qué ocurre? ¿Quién es ese hombre que ha salido de aquí gritando?

—¡Hay fuego, señor, salvadnos!

Le contestó la superiora, creyendo que efectivamente era el duque que habia vuelto al oir las voces.

Osorio tornó á exclamar, sin bajar su embozo é imitando siempre la voz de Lorena:

—No os movais ni griteis, que yo os salvaré.

Y acercándose al oido de la superiora, añadió:

—Dadme mi hija, y no la espereis hasta mañana;—y añadió fuerte:—esperad aquí; que enciendan esa lámpara, y no andeis más.

Era preciso el talento de Flaviano, su acierto, sangre fria, prevision y lo bien que imitaba las voces y el modo de andar y accion de los hombres, para el desempeño de una escena tan rápida, y hasta podemos llamar portentosa. Aturdida la superiora, confusas, amedrentadas todas, vieron salir á Osorio con la niña de la mano, fundando en él su salvacion.

El audaz caballero se paró en medio del zaguan, cogió á la hija natural de Guisa en brazos, y cubriéndola con su capa, marchó. Enfrente del convento habia una tienda, á cuyo dueño y mancebos dijo:

—En el colegio hay fuego; poca cosa, seis cortinas que no propagarán sus llamas probablemente; pero las madres están muy asustadas, y yo os ruego subais á contenerlo, si ya no se apagó.

Los tenderos corrieron al convento, y el duque, abrazado á su tierna é inocente presa, se dirigió á buen paso y por calles excusadas hácia la puerta de la ciudad. Por el camino decia á la niña:

—No tengas miedo, hija mia; en el colegio hay fuego, y yo te saco de allí para que no te quemes.

—Pero tú no eres mi padrino; eres el otro que entró ántes.

—Sí; te llevo con tu padrino, que está léjos. ¿Te gusta ir á caballo?

—No lo sé.

—Echa la cabecita sobre mi hombro; así; duerme si quieres.

—No tengo sueño.

—Cuando lo sientas, duerme. ¿Vas bien?

—Sí.

—Y yo tambien ¡voto al demonio!—añadió el duque para sí.—El papel no es muy bueno, pero ha de costar á Guisa lágrimas y una caja de oro que no me fué dado arrancarle con palabras. La superiora dejará de avisar á Lorena, puesto que no espera á la niña hasta mañana; si alguno me impide el paso, con la contraseña y mis pistolas me lo abriré, y en el campo... En el campo es más difícil; los hugonotes registran á todo el mundo y... Mi antorcha me salvará. Logrado lo que parecia imposible no debo dudar de lo que resta. ¡Cómo pesa este ángel de Dios! ¡Mal oficio es el de niñero! ¿En qué se conoce ahora que soy grande de España, duque y general? Todo sea por Dios, por mis pobres hermanos, por la Francia y por la reina Margarita, á la cual debí há diez años... ¡Qué jóven y bella

estaba! Arriba, hija, que te escurres. ¿Cómo te llamas?

—Eugenia.

—Como tu madre; me lo habia figurado.

—¿Y tú?

—¿Yo? Jacobo.

—No se me olvidará.

—¿Vas bien?

—Sí.

—Pronto irás mejor; montaremos en un caballo, y correrá mucho. ¿Tendrás miedo?

—No.

Poco después llegaron á la puerta, siendo detenidos por la voz de un soldado que les dijo:

—Alto. ¿Dónde vais?

—Al campo.

—¡Buena hora!

—Me acompañan *la religion, el trono y la espada.*

—¿Qué escondeis debajo de la capa?

—Una hija preciosa, vedla.

—Pasad.

Cinco minutos después dejaba Osorio en el suelo su preciosa carga, preguntando á Lambert:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada; con esa contraseña me abrieron paso.

—¿Nos podrán oir?

—No se ve un alma y nos ocultan ádemás los árboles. ¡Qué niña tan preciosa! ¿de quién es?

—Mia. Oye, ve y calla, que te va la vida.

—¿Qué mandais?

—Dame el caballo.

—Tomad.

—Sube á ese ángel sin lastimarlo.

—Ahí va.

—Bien; échate, hija mia, sobre mi regazo. ¿Vas cómoda?

—Sí, Jacobo.

—Leon, sujeta el embozo de mi capa para que no se cerra durante la carrera.

—¿Con qué? ¡Ah, sí! aquí llevo una aguja que basta y sobra al efecto. Inclinaos un poco; ya está.

—Acércate más. Toma esa carta, y á las once en punto que se la entregue tu amigo al duque de Guisa; haces luégo lo que él te mande.

—¿Cuándo nos reuniremos?

—Mañana.

—Vais muy léjos.

—A La Queue.

—Temo...

—Miserable, ¿desconfias de mí?

—No señor, os obedezco.

—Que no dejen de entregar esa carta; de la exactitud pende tu fortuna. Adios.

Y picó espuelas, desapareciendo como un metéoro.

Eran las nueve de la noche, alumbraba la luna y el camino empezaba solitario.

CAPITULO XVIII.

Marolles.—Houdan.—La Queue.—Prevision de Osorio.—Otra vez á Dreux.

Corria el duque del Imperio por los campos de Francia en su fogoso y jóven alazan tostado, sujetando en el regazo á la niña Eugenia, con la mano las bridas de su caballo, y sueltos el brazo derecho y diestra para hacer uso de sus pistolas, en caso necesario. De este modo llegó á Marolles á los cinco cuartos de hora de haber salido de Dreux, sin encontrar á nádie en el camino y á un escape tan veloz que anduvo tres leguas en ese tiempo. Dió la vuelta al pueblo sin entrar en él, continuando su marcha; mas comprendió que no le era posible sostener la carrera seguida hasta entónces, caminó media hora al trote, otro tanto á escape, prosiguiendo así largo rato.

Era preciso llevar un caballo tan fuerte y ligero como el que montaba en aquellos instantes, ser un gran jinete y estar acostumbrado á vencer toda clase de dificultades, para poder continuar aquella marcha con una niña de seis años. Nuestro héroe tenía ya el brazo izquierdo dormido; los ijares de su potro vertian sangre, y todavía le aguijoneaba, obligando

al animal á que hiciese prodigios de valor, de agilidad y de fuerza en un camino sinuoso y accidentado.

A la hora de pasar por Marolles vió á Houdan, pueblo distante dos leguas del anterior y último de los que defendian los católicos por aquella parte. Tambien dió la vuelta sin entrar en él para volver á tomar el arrecife de París; mas al perder de vista la poblacion, fué detenido por una avanzada, que le gritó:

—Alto el jinete.

Osorio se detuvo, siendo rodeado instantáneamente por un oficial y vários soldados.

—¿A dónde vais?—le preguntó el primero.

—Corro,—contestó el duque,—en cumplimiento de una mision importante.

Y añadió, después de santiguarse:

—*La religion, el trono y la espada.*

—Veo que teneis,—añadió el oficial,—nuestra contraseña; no obstante lo cual, debo llevaros á la presencia del jefe superior que manda en Houdan.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Necesito aprovechar los instantes.

—¿Qué llevais debajo de esa capa?

—Una niña.

—Que habreis robado sin duda.

—Por supuesto.

—¿A quién?

—Al diablo que me prestó sus alas. Vedlo.

Osorio clavó sus espuelas; el caballo saltó, derribando dos soldados, desapareciendo como una exhalacion.

—¡Fuego!—gritó el oficial.

Y el duque oyó el silbido de las balas que cruzaron á cuatro varas de su potro.

—¡Un pequeño esfuerzo,—exclamó,—mi bravo alazan; el último que necesito de tí! Tu sangre árabe es tan ardiente co-

mo yo necesitaba. Bien; nos perdieron de vista esos fanáticos que se titulan católicos, y ahora nos las tendremos que haber con los soldados de Enrique IV. Descansa; continúa al paso, que nádie nos persigue, y este ángel de Dios me lastima con sus ayes. ¿Por qué lloras, Eugenia?

—Me haces daño con esas cosas que llevas delante.

—Las pistolas; verdad es; tuve que oprimirte contra mi pecho para que no te cayeras.

—Ya no habrá fuego; vuélveme al convento.

—Ahora no te molesto con nada; duerme, que al despertar te hallarás bien.

—No puedo; me lo impide el movimiento.

—En ese caso sigue despierta, pero no llores.

—Bueno, callaré.

La avanzada de Houdan ignoraba lo cansado que iba el caballo de Flaviano, y al verlo salir como un rayo, juzgó inútil perseguir á un hombre que volaba en vez de correr; por eso lo despidieron con una salva, y no dando aquella resultado, se contrajo el oficial á mandar un parte de lo ocurrido, demostrando en él su asombro por el valor y destreza del jinete y la rapidez de su potro. Era la última avanzada de los católicos, la cual distaba cerca de tres leguas de la primera de los hugonotes.

Osorio comprendia lo expuesto, y tranquilo ya por lo que dejaba atrás, permitió á su fatigado cuadrúpedo que prosiguiera á un castellano largo, en tanto que él meditaba en el futuro plan que lo habia de poner en buenas relaciones con los jefes hugonotes. Le faltaban dos leguas para llegar á la primera avanzada del ejército de Enrique IV, y empleó cerca de hora y media, oyendo por fin las voces de *alto,* dadas por los soldados protestantes.

Se hallaba á un cuarto de legua de La Queue, y habia andado cerca de ocho leguas en poco más de cuatro horas. Su caballo iba cubierto de espuma, vertiendo sangre su vientre, respirando con dificultad y en un estado lastimoso.

—¿Quién sois y á dónde vais?

Le preguntó el jefe de aquella primera avanzada.

—Un caballero que desea ver inmediatamente á vuestro coronel.

—Es más de media noche, y debe estar dormido.

—No importa; se trata de un asunto del mayor interés.

—¿Qué llevais debajo de la capa?

—Una niña.

—¿Sois protestante?

—Soy extranjero y extraño á vuestras contiendas civiles.

—Entónces, ¿qué negocio es ese y cuál su importancia?

—Tiene relacion con el duque de Guisa y S. M. Enrique IV.

—¡Ah! ¿No puede dilatarse?

—Ni un segundo.

—Montad dos á caballo, y conducid á este hombre á casa del jefe.

Media hora después, cogido el duque á la mano de su niña, hablaba con el coronel hugonote, comandante general de La Queue. Luégo salió acompañado de éste y de cuarenta arcabuceros hasta situarse en la casa más próxima, en direccion de Dreux, á la avanzada que le detuvo. Toda la tropa quedaba sobre las armas, y desde el pueblo hasta el paraje donde se situó Osorio con el coronel y los arcabuceros habia soldados emboscados, formando cordon y como dispuestos á trasmitir en un momento dado las órdenes del jefe superior. La casa en que se alojaron distaba sólo de la de la avanzada medio cuarto de legua, y nuestro español mandó llevar una cama á la sala, acostó la niña, después de darle bizcochos empapados en vino, cien besos, y prosiguió junto á ella, hablando con el coronel.

Los cuarenta soldados se repartieron entre todas las habitaciones del piso bajo y principal; en el único balcon que tenía sujetaron una bandera de Francia, y de este modo esperaron las consecuencias de la carta que Lambert debia entregar al duque de Guisa.

Puesto que por el pronto hemos dejado en salvo al valeroso

Flaviano, trasladémonos nuevamente á Dreux, y sepamos lo que acontece allí.

El buen Leon vió partir como una centella al caballo, jinete y niña, y cuando los hubo perdido de vista, exclamó:

—¡Malo, malo, malo! No me gusta el aspecto que va tomando la intriga. ¿Qué dirá esta carta? Nada bueno; ese hombre misterioso, temerario y... ¿Para qué habré salido de mi pueblo con él? Dicen que *el que algo quiere, algo le cuesta*; él es generoso, pero á su lado... ¡Diantre! á su lado parece que anda la muerte con el gancho en una mano y la guadaña en la otra! ¿Qué debes hacer, Leon? Si no le obedezco, es capaz de matarme, y si ejecuto lo que me manda... Quién sabe. He jurado serle fiel, y no faltaré á mi palabra. Es fiero, terrible, pero noble y espléndido como un rey. Vamos á casa de Lorena, y sea lo que Dios quiera.

Y guardando la carta, entró en Dreux, cruzando sus calles con calma, ensimismado, triste y temeroso. Se dirigió á la posada, y pagó, después de haber guardado su morral. Allí supo que en el convento de San Juan prendieron fuego, que pudo apagarse, pero después de desaparecer cuantos muebles, cuadros y objetos existian en la sala de dibujo. Añadieron que el duque de Guisa, sabedor de lo que ocurria, se presentó en el colegio, llevando en pos á cuantos encontraba por la calle.

—¿Habrá pegado fuego Mr. Guzman? — se preguntaba Lambert, abandonando la posada.—Un caballero tan cumplido no puede ser incendiario. ¡Jesús! ¡corren la tropa, los paisanos, y el palacio de Lorena parece un campamento! Todo eso es la obra de Mr. Guzman. No importa; allá voy.

Y penetró en el zaguan, siendo cogido en el mismo instante por vários soldados que comenzaron á gritar:

—¡Aquí está su compañero! ¡Entrégate ó mueres!

—¡El es! ¡El es!

Añadieron en coro los indivíduos de la guardia del duque, circulando la voz desde el zaguan hasta los salones de Lorena.

Lambert quedó sin voz ni aliento; escuchaba aquellos gri-

tos y las amenazas que siguieron temblando y sin poder expresar frase alguna.

Por último, bajó un oficial, y cogiéndole de un brazo, lo arrastró por la escalera, pasillos y salones, hasta arrojarlo á los piés de Guisa, el cual se hallaba de pié, rodeado de vários jefes, impaciente, desasosegado, lívida su faz y temblando de ira. El que llevaba á Lambert exclamó:

—Este es el hombre que le acompañaba esta mañana y le esperó abajo.

—¿Dónde le habeis cogido?

—En el zaguan.

—¿Venía á mi casa?

—Sí, señor.

—Dejadme solo con él; retiraos todos.

Guisa fué obedecido, quedando fijo en Leon, el cual cayó de rodillas, y así permanecia, sin saber dónde se hallaba ni qué era de él.

—El duque le contempló cuatro segundos, exclamando con enojo:

—¡Levanta, miserable! ¡Ay de tí si no me dices la verdad! ¿No me oyes? ¡Levanta!

Y lo sacudió fuertemente.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—El duque de Guisa, que te va á mandar cortar la cabeza en el momento que le engañes.

—¡El duque! Perdonadme, señor; soy inocente; yo no tengo culpa de nada.

—Contesta ó mueres. ¿Conoces á Jacobo de Guzman?

—Sí, señor.

—¿Ha robado esta noche una niña?

—Sí, señor.

—¿Pegó fuego al convento de San Juan?

—Sí, señor.

—Me lo habia figurado, ¡maldicion! ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¡Habla ó te mato!

—Corre, señor; tomó el camino de París como una exhalacion.

—¡Mientes!

—Yo mismo le compré el caballo y se lo dí.

—¡Va á caballo! ¡Pobre Eugenia! Pero no puede ser.

—Que se lo pregunten á la guardia de la puerta de París, que lo vió marchar como yo.

—¡Hola!—gritó Lorena, diciendo á un capitan que se presentó:—partid á la puerta de París, y preguntad al jefe de ese punto si ha pasado por allí esta noche un hombre llevando una niña, y en caso afirmativo, que os diga cuanto sepa de él. Volad, que os espero de pié y muerto de impaciencia.

Salió aquél, añadiendo Guisa:

—¿Cómo te llamas tú?

—Leon Lambert.

—Lambert, encomienda tu alma á Dios si me engañas.

—Señor, os he dicho la verdad, y si tiemblo, es de miedo, pero no me lo inspira el haber mentido.

—Contesta. ¿Quién es Jacobo de Guzman?

—Un caballero que se disfraza, mata, corre y obra con un valor y talento como yo no vi jamás.

—¿Es italiano?

—Dice eso.

—¿Vino solo á Francia?

—No, señor; le acompañan cinco hombres parecidos á él en lo temerarios, los cuales quedaron en París.

—¿Dónde le conociste?

—En el pueblo en que tengo mi familia, situado á diez leguas de los Alpes.

—¿Qué oficio ejerces?

—Era mercader ambulante, y como he recorrido toda Francia, me tomó de guia ese hombre funesto.

—¿A qué puntos le llevaste?

—Primero á Usson, luégo á París, después á Dreux.

—¿Qué os sucedió en el camino?

—¡Ay, señor! nos detuvieron doscientas veces católicos y protestantes, salvándonos unas los papeles que llevaba Mr. Guzman y la mayoría las pistolas y dagas de los seis. Matan, señor, de un modo pasmoso.

—¿Sólo á los hugonotes?

—Ellos no distinguen: á todo el que intenta impedirles el paso.

—¿Habló Guzman en Usson con la princesa Margarita?

—Creo que sí; por cierto que se vistió de caballero, y parecia un duque.

—¿Cubre su cútis con ese color de mulato?

—Sí, señor, es blanco como la nieve.

—¡Quién será!

—No lo sé.

—Ese capitan no viene. ¡Maldicion!

—Confirmará lo que yo os dije, señor duque.

—¿Qué se propone hacer Guzman con la niña que lleva?

—Lo ignoro; pero la trataba con cariño y dulzura.

—¿La colocó bien sobre la silla?

—Perfectamente; más cuidaba de ella que de sí propio.

—¿Lloraba?

—No, señor, iba contenta.

—¡Angel mio!

El duque siguió interrogando á Lambert, hasta que regresó el capitan, diciéndole:

—Señor, poco ántes de las nueve pasó un embozado por la puerta de París, llevando una niña en brazos. Algo después le vieron partir en direccion de la capital á escape tendido. Dió la contraseña, y no le pusieron impedimento.

—¡Maldita circunstancia! ¡Fatal accidente! ¿Qué hora es?

—Las once.

—Entónces,—dijo Lambert,—llegó el momento de entregaros la carta que me dejó Mr. Guzman.

—¡Miserable! ¿Y has esperado hasta ahora?

—Señor, me impuso pena de la vida si le desobedecia.

—Villano, ¿es por ventura rey ese hombre fatal?

—No lo sé; pero he visto que mata como nádie.

—¡Oh! dame ese escrito, y ¡ay de tí si llega tarde á mis manos!

Convulso el duque de Guisa, dominado aún por la ira y despecho á que solia entregarse de contínuo, y más lívido su rostro de lo que habia estado nunca, rompió el lacre, abriendo una carta que ya empezaba á helar su sangre. Con ansiedad creciente comenzó á leer lo siguiente:

«Duque de Guisa: Me retiré hoy de vuestra casa cediendo, al parecer, ante el terco señor que me negaba un acto de justicia, reclamado por un sér á quien debia obedecer sumiso y agradecido. Yo, que de nádie soy deudor, juré complacer á la persona que me mandaba, y á tales promesas no faltó jamás ningun indivíduo de mi raza. Conociendo el mundo, los hombres, y muy particularmente al poderoso señor á quien tengo la honra de dirigirme, me bastaron unas cuantas horas para averiguar vuestros ocultos amores con Eugenia Depás y la existencia de la hija que el destino os concedió.

»Probada vuestra falacia é ingratitud con esa niña inocente, y en mi poder el cuerpo del delito, corro adonde el deber me llama, para decir á la ilustre víctima que creyó en vuestros juramentos: Ved, noble señora, la prueba inequívoca de la constancia y lealtad de vuestro caballero; maldecid la hora en que os dignásteis descender hasta él, y olvidadlo para siempre; en mi concepto, podrá formar la losa que cubra la memoria de tan desleal amante el más soberano desprecio.

»Luégo regresaré á Versailles con objeto de entregar la niña á Enrique IV de Francia, para que haga de ella rica presa y os imponga por su rescate condiciones tan provechosas que acaben con la guerra que hoy le haceis.

»Todo esto sin perjuicio de tratar yo á este ángel inocente con tanto ó más cariño que el padre, cuyo apellido le niega.

»Direis que soy muy cruel, pero no es así; y en prueba de ello, me detendré seis horas en La Queue, con el fin de com-

placeros, devolviendo vuestra hija al emisario que me mandeis, siempre que aquél me dé la caja de oro con las cartas que tan en estima teneis. Bastará eso únicamente para mandaros á Eugenia, más lo impedirá la falta de uno sólo de los escritos de M., y os advierto que llevo conmigo copia de todos.

»Será inútil que intenteis un golpe de mano; hombres como yo jamás se dejan sorprender.

»Llegaré á La Queue después de la una, y saldré de allí con vuestra hija á las siete, á no ser que la reemplace con la caja de oro de que os acabo de hablar. Elegid.

»Me hallarán en la primera casa de campo que haya más cerca de la avanzada protestante, y para evitar error ó torpeza, tendré enarbolada en el balcon una bandera de Francia.

»Mi pobre guia Leon Lambert me será tambien entregado, al mismo tiempo que la caja.

»Duque, con la mayor consideracion os demuestro la estima y aprecio en que os tiene=*Jacobo de Guzman.*»

Tres veces leyó Lorena la carta de Osorio, hallando á la conclusion trabada su lengua, trémulas sus manos y herido cruelmente su corazon. Dudaba, queria llorar, y entre el dolor, la ira, el sentimiento y el despecho, trastornaron su cerebro, haciéndole pasar los cinco minutos más amargos de la vida.

Por fin exhaló un ronco suspiro, y mirando en torno, se fijó en el capitan y en Lambert, únicos séres que tenía á la vista, diciendo al primero:

—Prended á ese hombre, quedando vos á su lado cerca de aquí. Os advierto que me interesa mucho su persona. Que éntre al momento el coronel Grimaud.

Era aquél el mismo á quien fué recomendado Osorio, y uno de los tres hermanos que pasaban por favoritos del duque de Guisa.

Salieron el capitan y Leon, quedando Lorena con la cabeza inclinada y como abrumado por un peso superior á sus fuerzas. Pronto le distrajo el coronel con las siguientes frases:

—¿Me llamábais, mi general?

—Sí; dad la órden de que nádie salga de Dreux; que la tropa puesta sobre las armas se retire; que queden sólo quinientos jinetes á la puerta de mi palacio, y que no se busque á nádie. La niña ha parecido. Volved al instante.

Grimaud cumplió el mandato de su jefe, y regresando momentos después, le preguntó:

—¡Conque la habeis hallado!

—Sí; entre las garras de un leon, el cual es tan fiero y terrible, que daria yo sin vacilar la mitad de mi vida porque me fuera dable pulverizarlo.

—No os comprendo, señor duque.

—Grimaud, vos sois mi amigo íntimo, mi confidente, el hombre á quien yo más estimo. ¿No es eso?

—El que os devuelve tanta honra y merced con lealtad y cariño que no se pueden expresar.

—Lo sé; y convencido de que no mentís, os pregunto ahora: ¿recordais á aquel Jacobo de Guzman, que tanto me recomendásteis ayer?

—Sí, señor.

—Pues oid: esta noche pasé al convento de San Juan, siguiendo mi costumbre de hacer una visita diaria á la niña Eugenia, por quien tanto me intereso; luégo marché al consejo, donde permanecí hasta que las voces de *¡Fuego en el convento de San Juan! ¡el colegio arde!* me arrancaron de allí, regresando al sitio de la catástrofe, con la rapidez del corzo. Me llevé en pos á los transeuntes que encontré; penetramos en el edificio, mas era ya tarde; las llamas devoraron seis cortinas, unos cuadros y vários muebles del gabinete de dibujo, bastando algunos vecinos de la calle para extinguir un fuego aislado y de ninguna consideracion. Acto contínuo despedí á la mucha gente extraña que habia acudido, y solo con la directora, le pregunté por mi Eugenia, ya sabeis lo que yo amo á esa niña, y la cándida y estúpida mujer me contestó con pasmosa sangre fria que yo me la habia llevado al empezar el fuego. La interrogo, la amenazo, pregunto á las profesoras; todo fué in-

útil; averigüé únicamente que estuvo allí Jacobo de Guzman. Me dijeron después lo que hizo, el pretexto de que se valió, y entónces deduje que se convirtió en incendiario para aturdir á las del colegio y robarme ese pedazo de mi alma. Por eso vine aquí, y dí la órden de buscarla en Dreux sin respetar casa ni palacio. ¡Pueril determinacion! ¡El raptor, incendiario y alevoso es un fiero italiano, con valor y talento mayores, si cabe, que su maldad! ¡Miéntras nosotros perdiamos un tiempo precioso, corria él hácia La Queue como el águila por el éter!

—Lo habrán detenido en el camino.

—¿Cómo, si vos ó vuestra esposa le habeis dado la contraseña?

—En Houdan tienen órden de prender á todo el que intente dirigirse á La Queue, sea quien quiera y lleve ó no consigna.

—Contra una débil avanzada cuenta Guzman con la sorpresa, la rapidez de un potro y un par de pistolas que maneja admirablemente.

—Señor, esas conjeturas podrán ser verosímiles, pero...

—Toma, coronel crédulo, protector del músico calabrés; toma; lee, medita, abrevia y dame tu opinion.

Guisa le entregó la carta de Osorio que el otro devoró con la vista, retrocediendo asombrado y perplejo.

—¡Maldicion!—exclamó;—¡este hombre es el mismo Lucifer! juzgo, no obstante, que lo hayan detenido en el camino.

—Oid; atravesó los Alpes, llegó á Usson, desde éste á París, y de la capital á Dreux, cruzando doscientas veces por entre católicos y protestantes; en unas ocasiones mataba, en otras hacía uso de documentos que lleva; y quien pudo correr media Francia de ese modo, estará ya en La Queue ó muy cerca de allí en la forma y modo que expresa.

—Muy bien; me pondré al frente de esos quinientos jinetes que teneis á la puerta del palacio, y con ellos arrancaré á Jacobo la niña ó moriremos todos.

—¿Sabeis quién es Eugenia?

—Vuestro ciego amor confirma la suposicion de Guzman.

—¿Adivinais quién firma las cartas que esconde la caja de oro que pide ese hombre?

—La misma que lo ha mandado por ellas; la conozco hace muchos años.

—Grimaud, quiero que partais vos, por ser mi mejor amigo; pero á la vez deseo que no peligre la vida de ese ángel inocente ni que se destruyan mis relaciones con la princesa que reclama sus escritos.

—Entiendo; llevaré la caja de oro, salvaré la niña, y luégo...

—Seguid.

—Ya Eugenia en salvo y corriendo hácia Dreux, veremos si Mr. Guzman se guarda la caja con su vida ó me quedo yo con ámbas cosas.

—Eso es. Mirad, se aproxima la media noche, y sólo nos espera hasta las siete.

—Hay tiempo de sobra.

—Que os acompañe vuestro sobrino; á ese le entregais la niña, y que venga aquí seguido de veinte hombres. Con los cuatrocientos ochenta que os quedan...

—Comprendo.

—Si no los juzgais suficientes, que se corra la guarnicion de Houdan.

—Basta y sobrará probablemente con la caballería que llevo.

—¡Grimaud, vais por mi felicidad!

—Os la traeré, ó dejo de existir esta noche.

—Os sobra valor, y teneis talento.

—Ambas cualidades con mi vida os pertenecen por completo esta noche.

—Torturad el entendimiento.

—Hasta lo increible.

—Haced prodigios de valor.

—Como en Ibrí cuando os arranqué de entre las garras de nuestros enemigos.

—Más aún; me importa ese asunto lo que no os es dado comprender.

—No tendreis queja de mí.

—Volad, Grimaud; cada instante que pase desde que os pierda de vista hasta que regreseis me parecerá un siglo.

—Dadme la caja.

—¡La caja! ¡Maldicion!

—¿Vacilais?

—No; mi cabeza me dice que la retenga, pero el corazon quiere á Eugenia, y vence el último. ¡Sólo el padre sabe lo que se ama á una hija!

Salió Guisa, y penetrando en un gabinete que tenía á la izquierda, abrió un armario, después anduvo buscando un resorte, que oprimió, presentando un secreto que sólo él conocia. De él sacó una caja de oro, que lacró, poniendo el sello de sus armas, y volviendo con ella, le dijo á Grimaud:

—Tomad, amigo mio, y andaos con cuidado, que debe valer lo indecible el hombre capaz de arrancarme hoy ese tesoro.

—Puede que mis cuatrocientos ochenta jinetes, puestos en la balanza, le hagan subir para caer después en el abismo.

—Quiéralo Dios; mas no tengo confianza alguna; sólo aspiro á un cambio fatal, pero necesario á mi corazon, á la tranquilidad de mi alma.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Abrazadme ántes; sois mi amigo íntimo; no me priveis de vuestra persona y cariño. Dios os guie y defienda.

—El quede con vos.

—Esperad. Poneos armadura.

—No la lleva él, ni creo prudente presentarme de ese modo.

—En ese caso, usad cota y mis pistolas; que os las dé Juan.

—Con las últimas tengo bastante.

—Escondedlas debajo del gaban, como él hace con las suyas.

—Así irán.

—Grimaud, entre la caja y vuestra vida, opto por la última. Partid, llevando con vos á Leon Lambert.

El coronel dió la órden de que montasen á caballo su sobrino, el guia de Osorio y seis oficiales más entre capitanes y alféreces; cogió las pistolas del duque, y escondiendo la preciosa caja en uno de sus bolsillos, partió al frente de los quinientos jinetes, en direccion de La Queue.

Lambert iba en medio de la tropa confuso, aturdido y temblando, y el coronel, rodeado de su sobrino y oficiales, marchaba delante, dándoles instrucciones claras y terminantes, que debian realizar al aproximarse á la avanzada protestante. De este modo, á escape unas veces y al trote otras, se propusieron andar las ocho leguas que los separaba del sitio elegido por Jacobo de Guzman. Tenían más de seis horas, y el valiente jefe intentaba emplear sólo cinco.

CAPITULO XIX.

El padre adoptivo de Eugenia, la niña y un coronel protestante.—Los preparativos.—Flaviano de Osorio y Roberto Grimaud.

Es indispensable que nos traslademos nuevamente á los alrededores de La Queue, y sepamos qué hace el duque del Imperio con su diminuta é inocente prisionera.

Ya dijimos que la primera avanzada de los hugonotes distaba un cuarto de legua del pueblo, y medio escasamente de aquella la casa de campo donde permanecian Osorio, un coronel, dos oficiales y cuarenta arcabuceros. Ni en esta, ni en la de la avanzada, ni en La Queue, ni en el cordon de gente emboscada que unia los tres puntos se oia hablar, ni el más leve ruido, no obstante los cuatro mil hombres próximamente que habia sobre las armas. Pero les impusieron pena de la vida á los que contravinieran á la órden terminante que recibieron de su jefe, y cual mudas estatuas esperaban, sin saber qué, ni la causa de la actitud en que se hallaban.

Penetremos en la casa donde está Flaviano. La niña duerme tranquilamente en un lecho situado al extremo de la sala, y cerca de ella hablan el coronel, comandante general de La

Queue y Osorio. El primero decia en estos momentos al segundo:

—Mr. Guzman, accedí á vuestro deseo sin vacilar un solo instante; vuestras palabras, talento y modales dicen que sois un caballero; las disposiciones tomadas, dirigidas por vos, demuestran vuestra inteligencia en asuntos militares; mas el tiempo vuela, nádie viene, y sentiria en verdad tener que llevar á Versailles atado codo con codo á un hombre con quien he simpatizado.

—Coronel,—contestó el duque,—me acompañareis mañana á la presencia de vuestro rey; pero iremos á caballo, hablando amigablemente, y á la postre aplaudireis la ocasion que os he proporcionado de prestar á Enrique IV el más importante servicio. Cuando una persona como yo dice que responde con su vida de lo que afirma, y se halla solo é indefenso entre cuatro mil hombres armados, despiertos y en actitud hostil, claro es que no cabe asechanza alguna ni el engaño. Podrá suceder que el enemigo nos ataque; pero entónces juro por Dios Santo ir delante de vos, haciendo tanto como quepa en lo posible.

—Vuestras palabras no admiten réplica, y si me explicáseis algo más, esperaria satisfecho.

—Coronel, prestad el servicio, y no intenteis penetrar secretos de Estado, que os pudieran quitar la recompensa, y proporcionar en su lugar un castillo.

—¿Estais seguro de que me agradecerá Enrique IV la condescendencia que tengo con vos y el auxilio que os presto ahora?

—Par diez, más que si derrotáseis al duque de Guisa.

—¿A quién aguardais?

—Ya os lo he dicho, á un representante de Lorena.

—¡Tarda tanto!

Osorio abrió su tabardo, y sacando un reloj de oro, añadió:

—Son las cuatro; ántes de dos horas habremos terminado en esta casita.

—¡Qué veo!—exclamó el coronel sorprendido.—¡Usais pistolas á lo gran señor y un reloj de monarca!

—Sí.

—¿Sois de veras italiano?

—Ved en mí á un sér que os está proporcionando los medios de haceros lugar en la cámara de vuestro rey; lo demás no os importa.

—¡Atravesamos una época tan terrible!

—Coronel, los hombres de vuestro oficio no deben temer nada. Vine aquí, trayendo mi cabeza, y claro es que la tengo muy en estima y que pienso conservarla muchos años.

—La verdad es que desde el primer momento vacilé en obedeceros; pero hay una cosa en vos que decide y arrastra.

—Nada perdeis en dejaros conducir, exponiéndoos á ganar mucho; de lo contrario, me habria quejado á Enrique de Navarra, y por cobarde...

—Eso no, ¡voto al infierno! jamás sentí miedo ni dudé ante el peligro. Adelante, Mr. Guzman; si vuestro pensamiento se contrae al bien de mi soberano, mi espada y cuantos me obedecen estarán á vuestra disposicion; mas si os cogiese infraganti, entónces...

—Lo supongo, y no creo quepa en cabeza humana meterse en La Queue solo, y rodearse de cuatro mil hombres armados con objeto únicamente de dejarse matar, pues á nada conduciria intentar otra cosa. ¿Qué es eso? Parece que mi pobre niña se mueve; permitidme que vea si le molesta algo. No; sueña el ángel de Dios, y nada más. ¡Qué bella está!

—¿Sois su padre?

—Os repito que la he robado esta noche, y que no tiene conmigo parentesco alguno.

—La tratais con tanto cariño y cuidado como pudiera hacerlo el autor de sus dias.

—Es que soy padre, y debo además velar por la suerte de una criatura inocente, que me vi obligado, bien á pesar mio, á hacer de ella un instrumento.

—¿De qué?

—De la suerte y felicidad de Enrique IV.

—Con esa explicacion poco ó nada comprendo.

—Oidme, coronel: ántes de las seis probablemente llegará un jefe católico, el cual debe venir aquí por Eugenia; traiga ó no acompañamiento, le permitís subir, dejándolo encerrado conmigo; pero fijais el oido en la cerradura de esa puerta, y escuchad cuanto hablemos, sin perder frase alguna. Si se marcha tranquilamente llevándose la niña y quedándome yo con una caja, vos y vuestra gente permaneceis impasibles; de lo contrario, obedeceis mi voz, advirtiéndoos que de no hacerlo así, exponeis la felicidad y suerte futura de vuestro soberano.

—¿Y si llegara al frente de un ejército?

—No tiene tiempo para eso, pues le esperamos únicamente hasta las siete de la mañana. Todo lo más que puede traer serán quinientos ó mil caballos.

—Lo suficiente para tomar esta casa y pasarnos á todos á cuchillo.

—Con los cuarenta hombres que tenemos la defiendo yo una hora contra mil caballos, y bastan quince minutos para que acudan en nuestro auxilio cuatro mil hombres que en pocos instantes nos ayudarian á destruir al enemigo. Ojalá y nos proporcionase el duque de Guisa los medios de darle una leccion.

—Me alegraria, pero habiendo tregua...

—Coronel, estamos en terreno nuestro, y si ellos vienen y la rompen...

—Teneis razon.

—En cuanto salga el enviado de Guisa, que aseguren la puerta del modo que hemos convenido, y vos desde abajo, y yo aquí, esperaremos tranquilos su ataque. ¡Ay de ellos, si tal hicieran! nuestro cordon se correria á La Queue, y auxiliada luégo esta casa por toda la fuerza que hay en el pueblo, pronto sucumbirian, llevando vos á Enrique IV una victoria y yo la caja de oro por que tanto suspira.

Ambos continuaron hablando hora y media, en cuyo tiem-

po acabó de ganar el duque del Imperio el corazon y las simpatías del comandante general de La Queue. Sin interrumpir la conversacion, visitaba Osorio la cama de su niña, separando el pelo de sus ojos, para estampar un beso en aquella diminuta frente virginal; luégo le arreglaba la ropa, escuchaba su respiracion, y volvia á sentarse, siguiendo con su acostumbrada sangre fria.

A las seis y cuarto abrió el balcon donde tenían enarbolada la bandera de Francia, y se fijó en el camino de Dreux, á cuya orilla se hallaba situada la casa en que estaban ahora.

—¿Se ve algo?

—Empieza á salir el sol, claro, diáfano y refulgente; no obstante lo cual, nada distingo.

—Entrad, y continuemos hablando; vuestra conversacion me agrada.

—Ya no deben tardar, y conviene distinguirlos lo ántes posible. ¿Oís?

—No; dejadme. Sí; se acerca caballería.

—Cubrios con la bandera para que sólo á mí me vean.

—No queda duda; son ellos.

—Estaba cierto; dad la voz de *alerta*.

El coronel obedeció, repitiéndose su grito desde la sala en que estaba hasta La Queue. Luégo siguió un profundo silencio, interrumpido únicamente por la carrera de muchos caballos que se dirigian hácia aquel punto.

—¿Vendrán más de mil?

Preguntó el coronel, acercándose nuevamente á Osorio.

—No,—le contestó aquél;—positivamente no llegan á ochocientos.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Mi oido y cálculo, que rara vez se equivocan.

—¡Ya se ven!

—Cierto.

—Traen una bandera blanca.

—Sí; empiezan en paz, pero Dios sabe cómo acabaremos.

—Se detienen, avanzando sólo unos cuantos.

—Perfectamente; estoy cierto que uno de ellos guarda la anhelada caja.

—Par diez, son el coronel Grimaud, su sobrino y unos veinte jinetes los que siguen hasta aquí.

—¡Y mi pobre Leon Lambert! ¡Infeliz, cuánto habrá sufrido! Entraos, repitiendo las órdenes que yo dé.

En este momento se detuvieron á la puerta los veintitres jinetes mencionados, exclamando Grimaud, después de reconocer la casa y los alrededores.

—¿Mr. Guzman?

—Servidor vuestro, coronel,—le contestó el duque desde el balcon.—Echad pié á tierra, y entrad, acompañado solamente de Lambert; que quede éste abajo, y vos subid.

—Quisiera que me siguiera mi sobrino.

—Imposible.

—¿Estais solo?

—No; tengo á mi lado una niña y algunos amigos.

—Permitid...

—No insistais, Grimaud; esa puerta sólo se abre para vos y mi guia.

—Pues subo.

Osorio mandó que le franqueasen la entrada, el coronel repitió la órden, y ámbos fueron obedecidos, tornando á cerrarse la puerta y á echar en ella cerrojos y candado. Miéntras subia el coronel dijo el duque al comandante general de La Queue:

—Entrad en esa otra habitacion, que observe el alférez desde la ventana que hay en ella, y vos no perdais una sola frase de cuantas se pronuncien en esta estancia, pero sin que os vea vuestro enemigo. Salid, que ya llega.

Un minuto después se hallaban frente á frente el coronel Grimaud y Osorio. El primero se presentaba grave y como pesaroso; hizo una sola reverencia, y quedó parado, escondiendo las manos en los bolsillos de su gaban.

—Sentaos, —le dijo el duque, alargándole una silla.

—Bien estamos así, —contestó el coronel, demostrando disgusto.

—Pensé que veníais en paz, Mr. Grimaud.

—¿En qué os fundais para opinar de modo contrario? Uno de mis alféreces enarbola bandera blanca.

—Y yo la de Francia, que os convida á la paz ó á la guerra; á lo que querais.

—¿Os habeis pasado al bando hugonote?

—Jamás pertenecí al vuestro, ni mis ideas religiosas se defienden á tiros ó estocadas por mis compatriotas ni por mi soberano.

—No me habeis dicho la causa que os obliga á suponer que yo vengo en guerra.

—Vuestro gaban, coronel, es estrecho, y no oculta bien las pistolas que os ha prestado el duque de Guisa; mi humilde tabardo está en mejores condiciones; mas con vos no es hipócrita, para vos lo abro, y vedlas; dos para dos. ¿Todavía no os sentais?

—Tomándome por enemigo, extraño tanta galantería.

—Juzgué que el duque os mandaria solo é indefenso, siendo así que yo no os quiero mal; en cuyo caso habria reconocido en vos un embajador, cuya vida defenderia con la mia; pero venís al frente de una columna, armado perfectamente, y deduzco que me tomais por contrario. Séalo ó no, que eso depende de vos, hasta el momento de ir á las manos os demostraré que he nacido noble, y que mi educacion se iguala á la mejor. ¿Tampoco os sentais ahora?

—Tampoco. Vuestro traje no corresponde á esa hidalguía, modales y frases.

—Par diez, así y todo tuve cien veces que abrirme paso á tiros para andar por la Francia, y no debeis culparme de que la hospitalidad que me ofrecen vuestros compatriotas obligue á un poderoso á disfrazarse de este modo.

—¡Conque sois poderoso!

—Más que vos y que todos los indivíduos de vuestra raza.

—¿Sois agradecido?

—Mucho.

—¿Recordais lo que mi esposa hizo por vos?

—No es fácil que yo sepa lo que no ha existido. Me presenté á ella en nombre de una elevada señora, y si algo le debí, fué como representante de la misma, no como Jacobo de Guzman.

—U otro nombre que callais.

—U otro nombre que no os importa saber.

—Acabemos.

—Lo deseo más que vos.

—¿Robásteis anoche una niña depositada en el convento de San Juan?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—No os concierne.

—Ese camino no conduce á la paz.

—Os espero con bandera francesa, enseña de paz ó de guerra; lo que más os agrade.

—¿Dónde está esa niña?

—A vuestra izquierda; vedla.

—¡Muerta!

—No; duerme tranquilamente, arrullada por el cariño de su protector.

—¡Ah, sí! ¿Me la quereis entregar?

—Segun; si me dais por ella una caja de oro que contiene cartas...

—Necesito llevármela sin entregaros la caja.

—En ese caso quedareis vos por una eternidad en los alrededores de La Queue, y Eugenia Depás se vendrá conmigo, segun ofrecí al duque de Guisa.

—¿Cómo se hace eso?

—Con una de estas pistolas ó dando una voz. Elegid.

—¿Teneis aquí gente armada?

—Poca cosa; cuarenta arcabuceros con sus jefes respectivos.

—¿Os obedecen?

—Con ciega sumision.

—¿De qué medio os habeis valido?..

—Grimaud, si volveis á pedirme explicaciones de lo que no os importa, os haré salir de esta estancia atado ó de otro modo peor.

—Me habeis tendido una horrible emboscada, y no es propio...

—Mentís, yo no os he llamado ni os esperaba.

—¿Por qué pusísteis esa bandera y á qué entónces el aparato bélico que nos rodea?

—Porque soy previsor, y dí por hecho que el duque de Guisa intentaria sorprenderme.

—¿Y si llegase simplemente con ánimo de efectuar un cambio propuesto por vos?

—Entónces os marchariais con esa niña, sin que nádie os molestase.

—Veamos si es cierto. ¿Es esta la caja que deseais?

—La misma; pero debo reconocerla ántes.

—Dadme á Eugenia, y hacedlo.

—Al momento.

Y el duque despertó á la niña, poniéndole con mucho cuidado la ropa que le quitó para echarla.

—Hija mia,—le dijo,—mira al coronel Grimaud, amigo íntimo de tu padrino; viene por tí, pues se apagó el fuego del convento, y es preciso que vuelvas á él.

—No, no quiero; llévame tú, Jacobito.

—Manda tu padrino y la superiora que sea Mr. Grimaud.

—¿Qué más da? Yo deseo ir contigo; no me abandones.

—¡Angel de Dios! Toma un beso y diez. Decid á Guisa, señor coronel, cómo he tratado á Eugenia. Hija mia, yo te ruego que obedezcas á tu padrino. Si lo haces con gusto, volverás á verme; de lo contrario, te abandono para siempre.

—Eso no; lo siento, pero si te empeñas, marcharé con ese hombre. ¿Irás pronto por mí?

—Sí, te lo juro.

—Tú has sido el primero que, creyéndome dormida, me besaste, arreglando la ropa y mis cabellos.

—¡Me encanta su voz! Dadme la caja, coronel, y coged á Eugenia de la mano.

Grimaud accedió; Osorio se retiró á un extremo de la estancia, y haciendo uso de la punta de su daga, fué con mucho cuidado arrancando el sello de lacre para que saliera entero, en cuya operacion empleó diez minutos y su gran habilidad. Luégo abrió la caja, ojeando una por una y con rapidez todas las cartas que contenia.

—Bien,—exclamó para sí, guardando dentro el sello y cerrándola.—No ha podido verme el comandante general de La Queue, cubierto como estoy con Grimaud. Sepamos ahora cómo intenta despedirse el valiente enviado de Guisa. Conseguido el objeto á medida de mi deseo, arrostremos las consecuencias.

Y se volvió, añadiendo fuerte:

—Estoy satisfecho, y si gustais partir, os acompañaré hasta la puerta de esta casa.

—¿No podria ser un poco más léjos?

—Imposible.

—¿Teneis miedo?

—Claro está; soy yo muy tímido.

—Entregaré la niña á la escolta que traigo, y solos ámbos, daremos un paseo por el campo.

—Aplazo el obsequio; ahora no me es dable complaceros.

—Si vos quereis, ¿quién lo impide?

—Es que no quiero.

—¿Aún sosteneis que sois noble y poderoso?

—Aún.

—Yo aseguro que...

—Grimaud, hecho el cambio, os doy dos minutos para que

huyais; si os hallo aquí al terminar, os entrego á vuestros enemigos.

—¿Y me he de ir sin vuestra cabeza?

—Yo lo creo; sólo el pretender arrancármela os costará la vuestra y esa niña. Va un minuto.

—Vámonos, Eugenia. Hombre fatal, pronto nos veremos.

Y bajó acompañado de Osorio; éste mandó á Lambert que subiera, hizo abrir la puerta, diciendo luégo:

—Cerradla; fijad los parapetos, y cada uno á su sitio. Coronel,—añadió, llegando arriba,—bajad y disponeos á la defensa, que vamos á ser atacados.

—¿Cuántos serán?

—Quinientos hombres.

—¡Ay de ellos si tal hacen!

—Corred, voto al demonio.

—¿Me necesitais aquí?

—Para nada. Vos el piso bajo; yo el principal.

El coronel desapareció, añadiendo Osorio:

—Cuatro arcabuceros á este balcon; abrid las puertas interiores, y apuntad bien, pero no tireis hasta escuchar mi voz.

El duque sacó las cargas que llevaba de repuesto, dejándolas sobre una mesa que habia junto al balcon; luégo cogió sus pistolas, y se asomó á aquél, exclamando:

—Silencio y atencion.

Y quedaron los jefes, los soldados y hasta los dueños de la casa aguardando un ataque que juzgaban seguro, vista la actitud de Osorio, único director de las escenas que acabamos de presenciar.

Leon Lambert sintió una impresion agradable al encontrarse frente á su temido Jacobo de Guzman; comprendió entónces que aquel hombre leia en lo futuro y en nada le engañaba; así es que al llegar Flaviano al piso principal, quiso caer de rodillas y pedirle perdon por la mala ausencia que le habia guardado delante del duque de Guisa; pero en el mismo instante salieron los arcabuceros, se coronaron los balcones y ven-

tanas de guerreros, dispuestos al combate; Osorio adquirió el aspecto de un general, y el pobre guia sólo tuvo aliento para meterse debajo de la cama que sirvió poco ántes á la niña Eugenia. Si delante de Guisa padeció mucho, más sufria en este instante, juzgando que iba á empezar la contienda y que las balas podian llegar á él, dando fin de su existencia. Muy espléndido se mostraba con él el duque del Imperio; pero en gracia á la verdad, diremos que el desgraciado ganaba con exceso lo que debian darle.

CAPITULO XX.

Ataque y defensa.—Retirada vergonzosa.—Acaba la pelea.—A Versailles.

El duque del Imperio supuso con razon que Grimaud debia intentar algo contra él y los que le defendian ántes de regresar á Dreux. Vió retratados en el rostro de aquél el enojo, la ira y el despecho; comprendió que era más militar que político, más valiente que hombre de talento, y ya no dudó de un ataque previsto por él desde la noche anterior, y que debia, en consecuencia, ser tan funesto á los de Guisa como grande el empeño que demostrasen en sostenerlo.

Con objeto Osorio de que la lucha terminase ántes, evitando con el único medio que tenía á su alcance el mayor derramamiento de sangre humana, descargó una de sus pistolas en el momento que Grimaud le volvió la espalda. Esta era la señal de replegarse el cordon, y formando masa comun los que la componian, avanzar á paso de carga, unidos á los cuatro mil hombres de La Queue, lo que estaban verificando ya en estos momentos.

El bravo coronel católico habia montado á caballo, después de dar la niña á su sobrino y de decirle:

—Corre á Dreux con estos veinte hombres, y entrega al

duque ese ángel de Dios; defiéndela más que tu propia persona, y á ser posible, vuela como el águila.

—¿Qué le digo?

—Que yo prosigo cuestionando la posesion de una caja de oro. A escape.

Y corrieron los veintidos, dejando suelto y abandonado el caballo que habia traido á Lambert.

Aquellos llegaron adonde estaban los cuatrocientos ochenta jinetes con sus seis jefes á la cabeza; el sobrino de Grimaud, seguido de su escolta, pasó por medio de ellos como una exhalacion, en tanto que el amigo de Guisa exclamaba:

—¡Soldados, es preciso tomar la casa de donde yo acabo de salir, y pasar á cuchillo á cuantos encontreis en ella. Son hugonotes, y depende el éxito de la brevedad con que derribeis la puerta. Probablemente os recibirán á tiros. ¡Ay del que retroceda, dude ó vacile! Vos, capitan, rodead el edificio al frente de vuestra compañía; los demás caigamos por el frente, forzando la puerta, atacando á las ventanas y escalando los balcones. ¡Viva el duque Guisa!

—¡Viva!—le contestaron.

—¡A morir ó vencer! Corramos.

Y se precipitaron, cumpliendo en parte las órdenes de Grimaud.

Con sorpresa notaron que les permitian cercar la casa; mas de pronto se oyó un tiro, el caballo del valiente coronel cayó en tierra herido de muerte, y la voz de Osorio exclamó:

—¡Fuego!

Y cuarenta arcabuceros lo rompieron, siendo aquel graneado y con cortos intervalos que empleaban en cargar unos, en tanto que los otros aseguraban la puntería y descargaban. Las ventanas y balcones se habian abierto, apareciendo detrás muebles y objetos que impedian distinguir á los soldados que se hallaban en pos. Sobre la única puerta de entrada que tenía aquella vivienda, acumularon multitud de piedras y doscientas arrobas de leña; y los restantes huecos con vistas al campo

estaban convertidos en bocas de infierno que vomitaban balas sin cuento, é iban tan bien dirigidas, que eran muy pocas las que dejaban de chocar en el jinete ó caballo enemigo.

Osorio, no cuidándose para nada del comandante general de La Queue, cargaba y descargaba sus pistolas, recibia el ataque, lo rechazaba y recorria con celeridad pasmosa los pisos bajo y principal, hablando á los soldados, dando nuevas disposiciones é infundiendo una parte de su admirable valor y serenidad.

Los de fuera, viendo en el suelo á su coronel, le rodearon unos para sacarle de debajo del caballo y darle otro, en tanto que los restantes forzaban la puerta é intentaban escalar los balcones, logrando únicamente caer al suelo, heridos por las pistolas de Flaviano y por los arcabuces de los soldados.

Grimaud montó nuevamente, comenzando á dirigir el ataque con acierto y bravura; pero otra bala, mandada por Osorio, derribó su segundo potro; le dieron el tercero, y á pesar de tener ya dislocados el brazo y la pierna izquierdos, corrió, tornando á dar en tierra, efecto de que el duque del Imperio partió por vez tercera el corazon de su cuadrúpedo.

El valiente coronel sabía que era Jacobo de Guzman el que lo derribaba á cada momento, y léjos de agradecerle el que respetase su vida, ardia en coraje, y ciego de ira, avanzaba, sin reparar en el horrible destrozo que hacían los arcabuceros y el duque en los que pretendian escalar los balcones y echar la puerta abajo.

Llevaba fuera de combate Grimaud noventa hombres; cien caballos corrian sin jinete, introduciendo el desórden entre los que quedaban montados; el asombro y espanto se posesionaba ya de los sitiadores, y el magullado y contuso coronel subia con trabajo á su quinto caballo, cuando vieron aparecer por entre los árboles formados en batalla y con el mayor ardimiento, los cuatro mil hombres que guarnecian La Queue. Al ruido de sus pisadas contestó un solo grito, exhalado por los de Guisa:

—¡Estamos perdidos!—dijeron.—¡A Dreux!

Y sin órden ni concierto abandonaron el sitio del combate, convertidos en corzos.

Grimaud miró en torno, viéndose rodeado únicamente de heridos, muertos y caballos sin jinete; después se fijó en el camino de París, asomando á sus ojos dos lágrimas, impelidas por la ira y el despecho.

La voz de Osorio le sacó de su horrible vacilacion con las siguientes frases:

—Soldados, no hagais fuego á ese hombre; á los valientes se les deja escapar con vida. Marchad, Grimaud, y dad las gracias á vuestra esposa por las atenciones que tuvo conmigo; ellas os mataron cuatro caballos, pero á la vez salvaron vuestra existencia.

—¿Nos volveremos á ver?—preguntó el coronel.

—Sí.

—¿Me lo jurais?

—Por el alma de mi madre.

—Gracias.

Y metió espuelas, corriendo con el corazon partido, el alma dolorida y estropeados los brazos y piernas.

Ya era tiempo; la guarnicion de La Queue llegó adonde él estuvo treinta segundos después de partir.

—¡Alto!—gritó el comandante general desde el balcon á la fuerza que venía, accediendo á los deseos del duque.—Seguid formados en batalla, esperando mis órdenes.

Luégo se volvió á Flaviano, diciéndole:

—Sois un hombre admirable, Mr. Guzman; vuestro valor, serenidad y acierto no tienen rivales en el mundo. ¡Qué hombre, Santo Dios, qué hombre! Dejadme que os abrace.

—Hacedlo, coronel.

—Nunca olvidaré este instante; sed mi amigo, y el triunfo de hoy llenará el colmo de mi ambicion.

—Os lo ofrezco por la fe de caballero.

—Apretad; sois el caudillo más valeroso y entendido que existe. ¿Qué mando ahora?

—Que quiten los parapetos, abran la puerta, y formen los cuarenta arcabuceros en las filas de su compañía.

—¿No volverán los católicos?

—No; en caso contrario, los recibiremos en el campo, sea cual fuere el número de ellos.

—¡Ojalá se presentasen! con vos todo se puede intentar.

—No perdais tiempo; que conduzcan al instante los heridos á La Queue; que dén sepultura á los muertos, y recojan los caballos que andan sueltos por el campo.

—Al momento. Mucho debe valer la caja de oro que guardais, cuando tanta sangre ha perdido por su causa el duque de Guisa.

—Mucho; la conquisté para vuestro rey; no olvideis lo ocurrido, y de ese modo sabrá lo que me ha costado.

—Todo se lo referiré, añadiendo lo que vale Jacobo de Guzman.

Salió el coronel, exclamando Osorio:

—¿Lambert, Lambert? ¡Maldicion! á que se ha muerto de miedo.

—No, señor, pero poco me falta.

Murmuró una voz, sin saber el duque de dónde salia.

—¡Ven aquí, bergante!

—¿Se acabó todo?

—Sí.

—¡Gracias á Dios!

—No tardes.

—Estoy viendo si me ha tocado alguna bala.

—¡Cobarde!

—¡Qué ruido, qué estrépito de tiros y voces, de golpes y lamentos! Creí que era el fin del mundo.

—¿Dónde estás?

—Ay, señor, debajo de esta cama.

—Te voy á sacar con el cañon de una pistola.

—¡San Luis me valga! Escondedla, que allá voy.

Y salió pálido y más descompuesto su rostro que nunca.

El duque le cogió de un brazo, y acercándolo al balcon, le dijo:

—Mira lo que tienes enfrente.

—¡Jesús! ¡muertos; cuánto muerto! ¡heridos que nadan en su sangre!.. ¡Dejadme, dejadme, por Dios!

—No; acostúmbrate á ver eso, y puede que desaparezca de tí una parte de la enorme pavura que te domina.

—¡Cerraré los ojos; pero oigo sus ayes, sus lamentos! Piden unos agua; otros confesion, y algunos ruegan que los acaben de matar.

—Abre esos párpados, y mira, ó te arrojo entre ellos.

—¡No; por María Santísima os lo ruego!

—Obedece.

—¡Ay, qué compasion!

—¿Te atreves á llevarles agua?

—No; me teñirán de sangre, y creyendo que soy algun enemigo...

—¡Miserable!

—Ya los socorren; lo manda ese jefe. ¿Y aquellos soldados, quiénes son?

—La guarnicion de La Queue.

—¡Ah, de los nuestros!

—Sí, de los tuyos.

—Quiero decir de los que no nos atacan. Traen parihuelas. ¡Qué caras tan feroces!

—Son ménos feos que tú, Lambert.

—Ya se los van llevando. ¿Nos entramos?

—Bien estamos aquí.

—¿Por qué?

—Quiero ver si obedecen mis órdenes con exactitud.

—¿Mandais vos en toda esa gente?

—Sí.

—¿Pues no son hugonotes?

—Sí.

—Cada vez os comprendo ménos.

—Me alegro.

—Os iba á pedir perdon por la mala ausencia que os guardé; pero el rato que me estais dando os venga con usura.

—¿Qué hiciste?

—Me cogieron los de Guisa, dejándome solo con su terrible jefe... ¡Ay, lo que yo sufrí!..

—Adelante. ¿Qué le dijiste?

—Que habiais robado la niña; que pegásteis fuego al convento; que érais un hombre funesto, y que yo no tenía culpa de nada.

—Expresaste la verdad, y me complace mucho que no mintieras.

—Yo creí ofenderos...

—Con eso, imposible. ¿Te preguntó quién era?

—Sí, señor; y le contesté que Jacobo de Guzman; pero ni él ni yo lo creemos.

—Bien hecho. Estaria furioso.

—Parecia un leon; puso la tropa sobre las armas, los paisanos corrian, y se convirtió Dreux en un infierno; pero al oir las once, le dí yo mismo la carta, y después que la hubo leido todo se fué apaciguando.

—Ganaste tus quinientos ducados.

—¿Me puedo ya marchar á mi pueblo?

—No, que expondrias tu vida en los caminos; cuando se haya acabado la guerra.

—¡San Leon me valga! Está eso muy léjos, y á vuestro lado la juzgo perdida.

—Sucederá todo lo contrario; yo nunca miento, Lambert.

—Es verdad, mas podeis equivocaros.

—Hasta ahora salió cuanto dije.

—Con vos no estoy mal, y si yo pudiera acostumbrarme á la guerra...

—Para nosotros ha concluido ya.

—¿Me lo jurais?

—Hombre, eso no; pero tengo el convencimiento de que no volveremos á batirnos.

—¡Dios os escuche! Ya se han llevado los muertos y los heridos, pero queda la sangre. ¿Qué hacemos?

—Oye, Leon: en el momento que lleguemos á La Queue, dejas junto al mio el caballo que te darán ahora, recorriendo acto contínuo el pueblo, hasta traerme un pedacito de cada clase de lacre encarnado que encuentres. Con disimulo é interés, que el encargo es de mucha cuenta para mí y para tí. ¿Entiendes?

—Sí, señor; os llevaré lo que deseais.

—Me lo das cuando estemos solos.

—Comprendo. ¿Dónde vamos á parar?

—En casa del comandante general.

—Aquí viene.

—¿Qué hacemos, Mr. Guzman?—preguntó aquél, entrando.

—Si lo teneis á bien, que nos ensillen tres caballos, marchando acto contínuo á La Queue; la tropa puede hacer lo mismo, volviendo las cosas al ser y estado en que se encontraban ayer á estas horas. Luégo almorzaremos, si me dais un cubierto en vuestra mesa.

—Con mucha honra y placer. ¿Olvidásteis que somos amigos íntimos?

—Todo lo contrario, y la prueba es que os acabo de pedir mesa y hospitalidad.

—¿Creeis que debo mandar un parte de lo ocurrido á Versailles?

—Al contrario; el enemigo rompió la tregua, sufrió una derrota, y ámbas cosas, unidas á la historia de la caja de oro que llevo encima, merecen que en persona se las refirais á Enrique IV.

—¿Me acompañareis vos?

—Por supuesto; pero como no tengo entrada en la cámara real, me quedaré en la antecámara hasta que vos ó el rey me ordeneis pasar adelante.

—¿Quiénes más vendrán con nosotros?

—Vuestro criado y Leon Lambert, que me servirá de lo propio.

—¿No haré falta en La Queue? ¿Se conformará Guisa con sufrir en silencio la consecuencia de la leccion que acabamos de darle?

—Qué remedio tiene; cuenta con solos veinte mil hombres de malas é indisciplinadas tropas, y vosotros con más de cuarenta mil, gente toda aguerrida y brava, y es imposible que venga á estrellarse contra el muro de vuestro incontrastable poder.

—Cierto; mas bueno será reforzar las avanzadas y que estén prevenidos.

—En tiempo de guerra no estorban las precauciones, por lo cual me parece buena idea la que acabais de emitir.

El coronel mandó disponer los tres caballos, y diez minutos más tarde se dirigian á La Queue, yendo en pos la tropa que lo guarnecia.

Los jefes y arcabuceros que obedecieron á Osorio en la casa que concluian de abandonar, comentaban ya su valor, acierto y serenidad, corriendo entre el ejército su nombre colmado de elogios tan merecidos, cuanto que ignoraban quién era, y no podian, en consecuencia, ser interesados.

En La Queue se alojó nuestro caudillo en casa de su nuevo amigo, disponiendo partir á Versailles en el momento que concluyeran de almorzar. Pidió seguidamente una habitacion y recado de escribir, y encerrado en ella, sacó su caja de oro, dejándola sobre la mesa. Luégo descolgó de su cuello la bolsa en que escondia las copias reformadas de las cartas que contenia la mencionada caja, reconoció unas y otras, y satisfecho de su investigacion, verificó el cambio.

—No rompo las verdaderas,—exclamó;—las guardaré donde ocultaba las otras, por lo que pueda ocurrir, que estoy en país enemigo, la intriga no ha terminado, y quién sabe todavía lo que acontecerá. Destruyo, sí, la carta en que Margarita nos nombraba empleados en su cámara y estas otras recuenda-

ciones firmadas por jefes católicos; estoy entre hugonotes, y no conviene llevar documento alguno de sus contrarios.

Y después de romper vários papeles, los arrojó por el balcon de la estancia en que se hallaba, convertidos ya en pequeñas partículas que el aire esparció.

Algo más tarde llegó Lambert con tres pedacitos de lacre, diciéndole:

—Sólo estas clases hay en La Queue.

—Bastan; tráeme una luz.

—¿Para qué?

—Obedece y calla.

Y salió, regresando con ella.

—¿Qué más quereis?—le preguntó.

—Proporciónate una aguja enhebrada; cierras esa puerta al salir, y al regresar esperas á la parte opuesta á que yo te llame.

Solo otra vez el duque, cogió el sello con las armas de Guisa que conservaba entero, y lo aproximó á los tres pedazos de lacre encarnado, hallando uno de ellos de idéntico color. Seguidamente le prendió fuego, vertiendo várias gotas en el sitio donde estuvo el citado sello, y cuando todavía se hallaba ardiendo el lacre que concluia de echar, fijó el sello, quedando tan bien unido, que parecia el mismo que puso Lorena.

—Bien,—exclamó;—no es posible que Enrique IV sospeche el cambio de unas cartas que presentan inocente á su adúltera esposa. Ya se ha enfriado, y ahora me resta únicamente emplear el papel que me dieron para escribir en envolver mi preciosa caja. Esto es; la guardo con el lacre sobrante, y pronto sabré si me sirve ó no de antorcha para entrar en Ibrí. ¿Lambert?

—¿Señor?

—Entra; llévate esa luz, y vuelve.

—¿Qué haciais?

—Escribir.

—¿A quién?

—Al diablo. ¿Sabes que eres muy curioso, y te puede costar caro ese deseo imprudente y tenaz?

—Siempre fuí lo mismo.

—Despacha.

—Vuelvo al instante.

Así lo hizo, tornando á preguntar:

—¿Qué quereis ahora?

—¿Tienes ahí la aguja?

—Sí, señor.

—Cose esa bolsa en la forma que estaba anteriormente.

—¿Está llena de papeles?

—Sí.

—¡Qué contendrán ellos cuando tanto los guardais!

—Lo que no te importa.

—Este relicario no es protestante ni católico.

—Abrevia, que acaba de llegar el coronel.

—Es verdad, en este momento ha entrado. ¿Os poneis esto al cuello?

—Sí.

—¿Como talisman?

—Hombre, cesa de interrogarme, ó te rebajo cien ducados por cada pregunta inoportuna que hagas.

—Pues no son poco caras vuestras contestaciones.

—Despacha.

—Ya está.

—Abre esa puerta.

El duque se colocó al cuello la bolsa, poniéndose en pié. Segundos después apareció el comandante general, diciéndole:

—He concluido, y estoy á vuestra disposicion.

—¿Qué habeis hecho?

—Mandé reforzar las avanzadas, doblar las centinelas, y encargué á mi segundo la defensa de La Queue, en el caso de ser atacada durante mi marcha á Versailles. A la vez oí el relato de un viajero que acaba de llegar de Houdan, el cual dice que Grimaud y sus soldados seguian corriendo á la desbanda-

da, sin órden ni concierto alguno. Dejaban algunos caballos en el camino, heridos sin duda en la refriega, por cuya razon iban vários á pié, sin armas, pretendiendo seguir á la caballería.

—Muy bien. ¿Almorzamos?

—Cuando gusteis.

—Tú, Lambert,—dijo el duque á su guia,—te pones de acuerdo con el criado del señor coronel, y nos teneis dispuestos cuatro caballos, cuidando que el que yo monte sea aquel que me compraste en Dreux, el cual habrá descansado ya lo suficiente, y dudo que lo haya en Francia de mejor sangre. De paso almuerzas con tu nuevo compañero, y os preparais á seguirnos á Versailles.

Algo más tarde almorzaban el comandante general y Osorio amigablemente. Cuando concluyeron, dió las últimas órdenes el primero, montando seguidamente á caballo y corriendo en direccion del lindo pueblo, cuartel general ahora de los hugonotes y residencia de Enrique IV. Distaba de La Queue ocho leguas, y se propusieron andarlas en cinco horas; pues eran las doce de la mañana, y deseaban entrar ántes de concluida la tarde. Logrado esto, conseguian que la noticia del ataque sufrido por la mañana no llegase á oidos de S. M. ínterin no penetrase en su régia cámara el comandante general de La Queue.

Caminaban delante los dos jefes, detrás sus criados, y unas veces iban al trote, otras á escape, y las ménos al paso. De este modo arribaron á las dos horas de partir á Pont-Chartrain, distante tres leguas de La Queue. Allí mandaron dar pienso y media hora de descanso á los caballos, empleando ese tiempo en enterar al gobernador de aquel punto de lo acontecido al amanecer.

Volvieron á montar á caballo, comenzando á correr las cinco leguas que los separaban de Versailles.

Durante su marcha y en los cortos intervalos en que caminaban al paso, hablaban Osorio y el coronel de la presentacion á S. M. y de todo lo que el último debia decir á Enri-

que IV. Flaviano deseaba que el rey viese en él un hombre atrevido y valiente, pero á la vez misterioso y completamente desconocido.

A las cinco y cuarto echaron pié á tierra á la puerta del suntuoso palacio real de Versailles, sabiendo con placer que S. M. se hallaba en consejo hacía algunas horas. Dieron, en consecuencia, los caballos á sus dos criados, mandándoles que se retirasen á la posada del *Cisne*, y ellos subieron la régia escalera hasta llegar á la antecámara, precedidos de un alto funcionario, al cual se dió á conocer el comandante general de La Queue, añadiendo que traia una mision importante para S. M.

Media hora después mandó el monarca que entrase el coronel, y cuarenta minutos más tarde gritó un paje:

—Mr. Jacobo de Guzman.

—¿Qué quereis?—preguntó Osorio.

—S. M. el rey, mi señor, manda que paseis adelante.

El duque arregló un poco su tabardo, y llevando en la mano izquierda la célebre gorra que le compraron en Dreux, avanzó, quedando parado á la parte adentro de la cámara, frente á Enrique, y cuatro generales que le acompañaban, en union del coronel que le sirvió de introductor. Los cinco primeros se fijaron en él con sorpresa y admiracion; Flaviano les hizo una reverencia, y los miró con naturalidad exenta de todo.

Enrique le dijo:

—Acercaos, Guzman. Me acaban de dar noticias de vos que os recomiendan mucho.

—Soy un servidor de V. M., harto desgraciado desde hace algun tiempo.

—¿Traeis una caja de oro, conquistada á tiros, precedida de un rapto y la que juzgais tengo yo en mucha estima?

—La pondré á disposicion de V. M. después que se haya dignado oirme.

—Hablad, valiente italiano; hombres de vuestro temple de alma, si me fueron leales, obtuvieron siempre mi proteccion.

—Gracias, señor; yo me veo obligado á mendigarla hoy, si bien me acompaña una corta hoja de servicios que hace imposible toda duda sobre mi respeto, fidelidad y amor á V. M.

—La conozco, y es válida. ¿Qué deseais de mí?

—Señor...

Y el duque miró á los cinco que rodeaban á Enrique, indicando que le estorbaban.

—Comprendo,—exclamó el monarca,—y me apresuro á complaceros. Retiraos, señores,—añadió, dirigiéndose á los citados ántes.—A vosotros cuatro no os necesito por hoy; vos, coronel, esperad en mi antecámara á vuestro amigo.

Los cinco obedecieron, inclinándose ante su señor. Solo ya aquél con el duque, añadió:

—Hablad, que de un hombre como vos gusto yo oir sus relatos.

—Si V. M. me lo permite, seré algo extenso, muy extenso.

—Lo que querais; pero decidme ántes. ¿Qué contiene esa caja de oro?

—Todas las cartas que una princesa escribió al duque de Guisa.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Estais seguro?

—Como de que hablo con un rey valiente, caballero y bondadoso.

—Por ellas, Guzman, habria yo dado parte de mi sangre.

—Por ellas, señor, expuse yo toda la mia y dejo mi vida amenazada de muerte.

—¿Os referís á Lorena?

—Y á cuantos le obedecen, que componen la mayoría de los habitantes de Francia.

—Verdad es; mas si no os equivocásteis y esa caja de oro llena mis deseos, Enrique IV defenderá vuestra existencia con su poder, que ya hoy es mucho.

—Gracias, señor; no falta una sola carta; yo os juro que colmará vuestro anhelo.

—¿Por qué no me la dais? La impaciencia me molesta.

—Señor; yo hubiera deseado exponer mi vida cien veces por V. M. como lo acabo de hacer, y al terminarse el cúmulo de azares y peligros de que me vi rodeado, poderle regalar ese pequeño tesoro; pero la suerte ingrata conmigo me niega tan agradable placer, viéndome obligado á ofrecérsela á V. M. en cambio de una órden que me es de todo punto indispensable.

—¿Qué es ello? ¿Viene la caja con vos? Hablad.

—Me dió palabra V. M. de oir un relato que acaso le interese, y luégo, si lo tiene á bien, trataremos del cambio.

—Me siento y os escucho.

—Aplaudo vuestra bondad. Oidme señor: Me hallaba en Italia, cuando supe que ocho compañeros á quienes amo más de lo que pudiera expresar mi labio, inspirados sin duda por fanatismo religioso, formaron parte del ejército católico, cayendo al poco tiempo prisioneros. La batalla, sitio y modo no hacen al caso; lo cierto es, que quedaron en poder de los soldados de V. M., siendo al poco tiempo encerrados en oscuras prisiones.

—¿Ocho decís? No caigo...

—Qué tiene de extraño, si V. M. cuenta tantas victorias como acciones dadas al enemigo, y pasa de doce mil el número de los prisioneros que hizo.

—He canjeado algunos.

—Ya lo sé; pero mis pobres amigos no lograron la suerte de contarse en ese número.

—Continuad.

—Tengo en mi país algunos bienes; cogí el oro que creí necesario, y me vine á Francia, resuelto á perecer ó á salvar á mis compañeros. Lo que yo he sufrido en los dos meses que llevo en vuestros estados, no es para dicho, señor; desde la frontera empecé á abrirme paso unas veces con recursos de imaginacion, otras á viva fuerza, y hóy entre católicos, mañana en

poder de protestantes, por cada paso que dí se vertieron muchas gotas de sangre humana. El estado de revolucion en que hallé la Francia se oponia al logro de mis deseos; mas llevaba conmigo cartas de recomendacion, y la Providencia me proporcionó el que, al hacer uso de una de ellas, descubriera un secreto importantísimo; este se contraia á la historia de un criado de Guisa, vendido á sus enemigos, y á las falsas copias de unas cartas que V. M. pagó con régia esplendidez.

—¿Falsas habeis dicho?

—Sí, señor.

—¿En qué os fundais?

—Señor, la memoria es frágil, y ese nuevo Judas pudo poner de su cosecha todo aquello que no recordase bien.

—Adelante.

—Vista la lealtad de vuestros soldados y lo imposible de comprar con oro la libertad de mis amigos, concebí la idea de arrancar al duque los originales y ofrecérselos á V. M. en cambio de un indulto que en nada puede afectar la justicia ni la defensa de su causa. Ocho hombres más ó ménos en el ejército de Guisa suponen para V. M. una gota de agua más sobre ese estanque que tengo de frente. Esto en el caso de que ellos volviesen á formar parte de la hueste católica, que no la formarán; yo os lo aseguro.

—Proseguid.

—Quién pagó tan caras, me dije, unas copias hechas á la memoria, y por consiguiente falsas, segun mi opinion, ¿qué no dará por los originales? Fijo en esta idea, esparcí oro, averigüé los secretos del duque de Guisa, consiguiendo, por último, entrar en Dreux provisto de cuanto me hacía falta. Hablé con el duque; ganó mi criado á su ayuda de cámara, y cuando me convencí que podia dar un golpe de mano con todo acierto, pegué fuego al convento de San Juan, arrancando de él una niña que importaba á Lorena más que las cartas, la caja de oro y que su vida.

—¿Por qué?

—Porque es hija suya, y la ama con delirio.

—¿Cómo se llama la madre, Guzman? Hablad pronto, por Dios.

—Lo mismo que la hija, Eugenia Depás, residente en París.

—¡Ah!.. Oí un rumor concerniente á esas relaciones, pero juzgué que no era cierto.

—Pues lo es.

—¿Por qué no me habeis traido la niña?

—No podia ámbas cosas, y entendí que V. M. preferiria la caja de oro con las cartas.

—No os equivocásteis, Jacobo. ¿Qué hicísteis luégo?

—Dejé á mi criado en Dreux con una carta para el duque de Guisa, ofreciéndole el cambio de la caja por la niña, y en su palacio un testigo que viera si sacaba ó no algun escrito de los que yo le reclamaba. Hecho esto, monté á caballo con Eugenia Depás, y corrí las ocho leguas que me separaban de La Queue en cuatro horas próximamente. Tambien en esa jornada sufrí, y algo me costó convencer luégo al comandante general que me aguarda en vuestra antecámara. Lo demás creo que él mismo se lo habrá referido á V. M.

—Todo; y veo con asombro que sois un hombre más extraordinario todavía de lo que él supone.

—Humilde servidor de V. M.

—¿Estais seguro de que Guisa no sacó ni hubo de cambiar ninguna carta?

—El empeño de Grimaud en rescatar la caja os contesta por mí.

—¿Qué hariais si yo me negase al cambio que pretendeis?

—No lo sé ni pude imaginarlo; creí, por el contrario, que le hubiera bastado á V. M. saber lo que yo hice al conquistar esas cartas para entregarme los ocho prisioneros, áun cuando no me fuera dable ofrecer esos escritos á Enrique IV.

—¿Quién te habló de mí, extranjero, para formar opinion tan favorable?

—Vuestros hechos, el valor que demostrásteis; la villanía, señor, nace y se desarrolla en los pechos cobardes.

—¿Cómo se llaman esos presos cuya libertad deseas?

—En mi concepto, gran señor, no hacen al caso sus nombres; será suficiente conque V. M. diga de su puño y letra: «entregad sin réplica ni vacilacion al portador de este escrito los ocho prisioneros que él designe.=*Enrique IV.*»

—¿Me dariais la caja si yo no extendiera la órden?

—Hé aquí la prueba. Tómela V. M., añada á ella la leccion que esta mañana dí á Guisa, y si no bastan, hé aquí mi vida.

—¿Está la caja envuelta en ese papel?

—Sí, señor.

—No se lo quiteis; ántes de saber lo que me dais quiero regalaros un pergamino, que dirá lo siguiente: «Entregareis á mi amigo Jacobo de Guzman los prisioneros que os pida, facilitándole todos los jefes de mis ejércitos y las autoridades del reino cuanto necesite y reclame. Impongo pena de la vida al que contraviniese, dude ó se opusiera al cumplimiento de esta órden.=*Enrique IV.*» La rubrico; ahora el sello real, y si eso no es suficiente, decidme lo que anhelais ántes de que yo conozca el contenido de esa caja. Tomad.

—Gracias, señor. Vano empeño si intentais competir conmigo en generosidad y esplendidez; la bondad de V. M. no halla rivales en Francia.

—Contestad á mi pregunta: ¿qué más quereis?

—Me basta, señor, con este pergamino, cuya firma beso con amor y respeto.

—Entónces desliad ese papel, y dadme una caja que tengo grabada en mi corazon.

—Os obedezco y héla aquí.

—¡Qué miro! El sello con las armas de Guisa. ¿Por qué no la abrísteis, prefiriendo esto al horrible desengaño que puede proporcionarme en este instante?

—Dije ya á V. M. que no dí tiempo á Lorena para cam-

biar ni sacar escrito alguno; estaba además aturdido, porque le habia robado un pedazo de su alma; y seguro de no presentarme aquí con engaño ni falacia, debí respetar un secreto que se contrae única y exclusivamente al honor de S. M. la reina mi señora.

—¡Fatal delicadeza, que es posible me sea funesta en estos momentos! Quitad vos ese sello que aborrezco, ménos aún, que ódio y desprecio me inspira.

El duque sacó su daga, rompiendo con la punta el lacre que cerraba la caja; después la abrió, añadiendo:

—Aquí la tiene V. M.

El rey la vació, contando las cartas que contenia.

—El número es exacto,—exclamó; y comenzó á abrirlas, prosiguiendo:—su letra y firma. Bien, Jacobo, muy bien; el contenido me asusta.

—Permitidme, señor, que dude; un rey tan valiente no debe temer nada.

—Aquí, en estos escritos, acaso esté mi deshonor, la befa y escarnio que he creido ver un dia retratada en el semblante y áun en las frases de hombres ruines.

—Quién sabe. Cuentan que la reina Margarita es católica, fanática, V. M. protestante, y el duque de Guisa jefe del partido que os es contrario.

—¿Y sus desvios é indiferencia hácia mí?

—¿No basta el fanatismo? Porque yo no veo nada tan torpe y que conduzca más al extravío.

—¡Tiemblo, Guzman!

—Arréglelas por fechas V. M. y lea; si su corazon latiese con demasiada violencia, se le contiene; más de cien veces ahogué yo los suspiros del mio.

—¿Sois casado?

—Sí, señor.

—¿Comprendeis mi situacion?

—Por esa causa me atreví á aconsejar á V. M. que leyera con alma entera y voluntad decidida.

—Pues leo y me sorprende que haya hombre con más valor, con más sangre fria que yo.

—Eso es; empapaos bien, miéntras yo compadezco á vuestra prisionera de Usson. Encerrada la infeliz en un mísero castillo, expia sus faltas; y si fué efectivamente criminal, yo, bien á pesar mio, con el pecho lacerado le he traido su sentencia de muerte en esa terrible caja. ¡Si así fuera, cuántos suspiros me arrancará la libertad de mis ocho compañeros! ¡Yo, que habia jurado defender siempre á la mujer, porque es débil y porque yo nací noble, caballero y fuerte, contemplo ya la excepcion de la regla, y tiemblo como el niño que osó alzar la mano contra la infortunada madre que le dió regazo y pecho!

—Estais delirando, Guzman.

—Ojalá me equivocara.

—Creo que se cumple vuestro deseo. Hablad lo que querais; sigo leyendo y os escucho.

—Daria por la completa dicha de V. M. años de mi vida, siempre que las augustas manos de un monarca tan poderoso no se manchasen con sangre real; léjos de eso, que viera á su lado inocente y pura á la excelsa princesa, hija de reyes, hermana de monarcas, y segun cuentan, hermosa como ninguna.

—Cierto, pero tan fanática...

—Señor, al criminal se le mata, al fanático se le convence.

—Las mujeres son tercas.

—A vuestro lado cederia la más ignorante.

—A Margarita no le falta talento.

—Razon más para presentarla la verdad y hacérsela ver clara y diáfana como el sol.

—¡Todas lo mismo; llevo leidas quince, y sólo encuentro fanatismo religioso! ¡Aquel maldito criado de Guisa me engañó!

—De un villano, cobarde y traidor, no debió nunca esperarse otra cosa.

—Idéntica á las anteriores. Esta dirá lo mismo. Sí. Y esta otra igual. No cabe duda. Veamos la última. Le manda oro y le ruega que no ceda ante los hugonotes. ¡Qué católica tan

sublime, Guzman! Acercaos á mí. Sabed que mi esposa no es adúltera.

—Me alegro un poquito ménos que V. M.; porque de haberlo sido, os traia yo su sentencia de muerte.

—Jacobo, quedaos á mi lado; yo os nombraré lo que más os agrade.

—Gracias, señor; dejadme que ponga en libertad á mis amigos, y luégo seré vuestro más humilde servidor.

—Me embarga la alegría, el placer. ¡Oh! voy á mandarla venir inmediatamente.

—Cerca tiene V. M. un coronel que os ama y respeta como ningun otro.

—¿Quién es?

—El comandante general de La Queue.

—¿Le juzgais á propósito?

—Le vi hoy batirse á mi lado en defensa de su rey, y puedo aseguraros que no hay en Francia ninguno que le supere en lealtad, valor, entusiasmo y energía.

—Decidle que éntre.

Osorio, que como hemos visto, acababa de poner en juego su gran talento é inimitable habilidad, triunfaba por completo del poderoso enemigo de sus hermanos, formando á la vez su felicidad, regalándole un mundo de dicha. Grave, latiente su corazon, pero disimulando como el más diestro cortesano, hizo entrar al coronel, quedando él á un lado, atento siempre y respetuoso. El rey dijo á aquel:

—Vuestro amigo Guzman me acaba de prestar un servicio que le agradeceré el resto de mi vida. Vos me lo habeis presentado, y os doy las gracias.

—Juzgué lo mismo, señor, y por esa razon osé acercarme con él á la cámara de V. M.

—Os estoy muy reconocido, y en prueba de ello voy á confiaros la mision más importante que existe hoy en Francia.

—Sólo anhelo complacer á V. M.

—Vais á partir inmediatamente al castillo de Usson; entre-

gareis á S. M. la reina una carta, y al marqués de Canillac una órden. Después regresais, escoltando á mi esposa como merece la soberana de Francia. ¿Qué fuerza necesitais?

—Bastarán seiscientos caballos.

—¿A dónde van á buscaros?

—A la posada del Cisne, donde, si V. M. me lo permite, comeré con mi amigo Guzman.

—Allí irán ántes de dos horas. ¿Qué más necesitais?

—Que V. M. se digne disponer que me reemplacen en La Queue.

—¿Dónde teneis vuestra familia?

—En el pueblo que acabo de citar.

—¿Quereis mandarle escrito ó recado alguno?

—Basta con que el nuevo comandante general le participe que V. M. se ha dignado encargarme el desempeño de una mision importante.

—Salís de aquí sólo coronel, al regresar pienso regalaros una banda que os elevará á jefe superior.

—No merezco, señor, tanta bondad.

—Partid. Vos, Guzman, volved pronto si deseais que Enrique IV cumpla un imperioso deber de gratitud.

—Marcho, señor, y os juro que al regresar, traeré conmigo una caja que valga tanto como esa.

—Difícil, Jacobo.

—Lo he jurado, señor, y pertenezco á una de las familias más nobles de Europa.

—¿Otro imposible?

—Otra victoria que lograrán la constancia y el valor.

—¿Quién sois, hombre incomparable?

—Cuando regrese lo sabrá V. M.

—¡Luego lo de Jacobo de Guzman!..

—Aplazo la cuestion.

—Comprendo. ¿Sois español?

—Nací en Nápoles; siendo, por consiguiente, italiano.

—Me confundís.

—Pronto saldrá V. M. de toda duda.

—Entretanto estrechad mi mano.

—La beso, como lo haria con la de Felipe II, rey de Nápoles.

—Volved pronto, Guzman.

—El cielo me lo conceda, y vele en tanto por la preciosa vida de monarca tan magnánimo.

—Adios, hijo. Coronel, volad, que os espera impaciente una banda.

—Cuanto puedan los caballos de V. M.

—Decid á mi esposa que la aguardo intranquilo y afanoso.

Ambos se inclinaron, anduvieron hácia atrás, desapareciendo de allí.

El rey se dejó caer sobre su sillon, y comenzó á besar las cartas que le entregó Osorio, exclamando:

—¡Benditos sean los papeles, que me han devuelto una felicidad de que carecia há muchos años!

CAPITULO XXI.

Los dos amigos.—Nuevo disfraz.—A Ibri.—La libertad.

Osorio y el coronel atravesaron vários salones y pasillos del palacio real de Versailles, bajaron la suntuosa escalera, hallándose poco después en la gran plaza y frente á las magníficas estatuas que se admiran en ella. Hasta este momento permanecieron los dos en silencio, pero al llegar aquí se cogió el coronel al brazo de Guzman, diciéndole:

—¿Quién sois, incomparable amigo?

—Jacobo de Guzman.

—¿Por qué seguís misterioso ante el hombre que más os estima en Europa?

—Porque me lo impone un deber sagrado.

—Hace algunas horas era yo un coronel con mal presente y sin ningun porvenir; en este momento me sucede ya lo contrario; y todo os lo debo, Jacobo.

—Me alegro; á cuantos yo protegí les sucedió lo mismo.

—Soy agradecido.

—Y muy caballero, con valor que no todos demuestran; por eso os dí mi amistad.

—Que yo aprecio en más que la banda de general, la proteccion del rey y el brillante porvenir que me espera.

—No lo dudo.

—Pedidme algo, Guzman.

—Voy á hacerlo.

—¿Qué necesitais?

—Un traje de caballero.

—¿Qué más?

—Ocho caballos que podrán llevar del diestro los soldados que os van á seguir á Usson.

—¿Qué más?

—Que al frente de vuestra escolta me acompañeis á Ibrí, donde me manda el rey á cumplimentar esta órden; ved su firma.

—¿Qué más?

—Eso sólo.

—Es poco.

—Por ahora tengo bastante, luégo Dios dirá.

—Esperadme en la posada del *Cisne*.

—¿A dónde vais?

—Por vuestro traje y caballos.

—¿Quién os los dará?

—El coronel Marquerie.

—Os aguardo sentado á la mesa.

—No tardaré en estar á vuestro lado.

El duque entró en la referida posada, diciendo á Lambert, que le esperaba á la puerta:

—¿Has tomado cuarto para el coronel y para mí?

—Sí, señor.

—¿Tenemos comida dispuesta?

—La mejor que puede darse en Versailles.

—Destruye tu morral; luégo te daré el traje que llevo, teniendo entendido que hasta llegar á París serás mi criado.

—Muy bien; pero explicadme...

—¡Maldita curiosidad! ¡Te voy á arrancar la lengua!

—Callo y obedezco; mas no me mireis así. ¿Qué hago con vuestra lira que llevaba en mi morral?

—Rómpela; que ha muerto ya el músico, y empieza esta noche el caballero. Acompáñame al cuarto.

Y Osorio entró en él, quedando solo. Seguidamente sacó el pergamino que le dió Enrique IV, exclamando:

—¡Hé aquí la antorcha que yo vi en el estrecho sendero de Nápoles; mi mente la materializó hasta el punto de distinguir su luz clara y diáfana; mas era únicamente un pedazo de pergamino, con tres líneas escritas y la firma de un rey al pié de ellas! ¡Gracias, Dios mio! ¡Ay del mísero mortal que duda de vuestra misericordia y proteccion! Padre Alberto, sólo tengo para vos ¡ay! un suspiro, y estas dos lágrimas, que surcan mis mejillas, hijas del agradecimiento. ¡Poco es, pero el primero lo arrancó del alma el amor, y las otras son el enjendro de un cariño que vos conoceis! ¡Esposa, hijos, desde esta noche me será dado pensar en vosotros; hasta ahora me fué imposible, no obstante llevar vuestras imágenes grabadas en mi corazon! ¡Ah, el ser grande y poderoso en la tierra tiene sus contras, y éstas no siempre pesan en la balanza de la felicidad con desventaja! ¡No ha de tener queja de mí mi querido hermano y jefe el príncipe de Italia! ¿Qué hará en París? Lo ignoro, pero mañana lo sabré. Ahora sólo debe embargarme la idea de que ántes de seis horas se habrá cumplido la profecía, y estrecharé al aire libre á mis queridos Rogelio y Mauro.

Y comenzó á pasear por el cuarto, hasta que oyó la voz del coronel, que dijo á un sirviente de que venía acompañado:

—Entra aquí; deja esa ropa sobre una silla, y sígueme. Mr. Guzman, vestíos, miéntras reconozco los ocho caballos.

—Coronel, decid á mi criado Lambert que pase.

E hizo que aquél le ayudase á desnudar y lo vistiese luégo con las ricas galas de terciopelo que acababan de regalarle. De nada se olvidó el coronel; le dejó buena espada, magnífica gaban de pieles, chambergo y cuanto necesitaba, en fin, para

presentarse como caballero. A lo mandado por aquél sólo añadió el duque sus dos pistolas, las cuales tenían dentro las últimas cargas.

—Toma esa ropa que acabo de quitarme,—dijo luégo á Leon,—y cámbiala por la que llevas, que, aunque grosera, lo es ménos que la tuya.

—¿Qué hago con esta capa y gorra que os compré en Dreux?

—Lo que con la lira y tu traje.

—¿Es decir, venderlos?

—Lo que te dé la gana. Sal.

—¿Vais á comer pronto?

—En el momento que vuelva el coronel; hazlo tú tambien, y ten en cuenta que al concluir partiremos.

—¿A dónde?

—Ya lo sabrás.

—¿A caballo?

—Sí.

—El vuestro no podrá resistir la jornada si es larga.

—Lo siento, que es una alhaja, y me duele deshacerme de él; pero no habiendo otro remedio, cámbialé. Dame ántes un poco de agua para quitar á medias el polvo y barniz. La toalla. De este modo no aparezco tan negro.

—Segunda noche que no dormiremos.

—Posible es. Marcha.

—A vuestro lado se vive más; pero ¡qué vida, santo cielo!

Partió el criado, y cinco minutos después entró el coronel, diciendo á su amigo Guzman:

—Todo está corriente, Jacobo; sentémonos á la mesa, y comamos, que después de correr ocho leguas y de estar más de dos horas de pié en el palacio real, se recibe el alimento con necesidad y agrado.

—¿Conque vais á Usson?

—Así lo ha dispuesto S. M.

—Por consejo mio.

—Lo habia supuesto.

—Y á la vuelta sereis general.

—Tambien os lo debo.

—Por el camino podeis haceros amigo de la bella princesa á quien vais á escoltar, y de ese modo entrareis en la corte con apoyo y proteccion decidida.

—He pensado en eso, pero no hablé nunca con S. M. la reina, é ignoro los medios de ganar su voluntad.

—Yo os los daré á medida de vuestro deseo.

—Acepto; pero dejadme que ántes os sirva de este ave, cuyo olor convida á trasladarla á otro sitio. Muchachos, Rhin, y para los postres Champagne. ¿Conque vos teneis los medios de hacerme lugar en la corte? No me extraña; sois el hombre que más vale de cuantos he conocido.

—Gracias, general.

—Todavía no, Jacobito.

—Estoy seguro que mandó ya extender vuestro nombramiento Enrique IV.

—A vuestra salud.

—A la vuestra.

—¿Deciais?..

—Que la corte tiene un sólo camino por el cual se resbala con facilidad.

—Cuento ya cincuenta y dos años, y van siendo mis piés de plomo.

—Preciso es además que pese la memoria y se esconda la lengua.

—Jamás fuí hablador, y claro es que ahora callaré como un suizo.

—Con esas condiciones me voy á atrever á daros un consejo.

—Me dispongo á oirlo con suma atencion.

—Cuando halleis ocasion, le dais á S. M. expresiones de un músico calabrés que ella conoció en Usson y vos en La Queue.

—¿Cómo se llama?

—Jacobo de Guzman.

—¡Ah!.. Entiendo.

—Agradecerá el recuerdo, si sólo ella os escucha.

—Por supuesto.

—Mucho os estimará si llega á saber que sois amigo del citado músico, y que éste se valió de vos, siendo la persona que más confianza le inspiraba.

—No lo ignorará, os lo aseguro.

—Y os cobrará gran estima el dia que entienda lo que hicísteis esta mañana en los alrededores de La Queue.

—¿Por la caja de oro?

—Exactamente.

—Empiezo á comprender, y ya veo entornada la puerta por donde debo entrar.

—Hasta ahí el pro, pero tiene tambien contra.

—Sepamos.

—Os costaria empleo, y puede que la cabeza, si alguno os oyera y refiriese en la corte vuestra conversacion con la reina y lo bien que ella habia recibido las noticias de que hemos hablado ántes.

—¡Ya! Pues no podrá contarlo ninguno.

—Ni vos tampoco.

—Lo sé; mas si ella lo dijese...

—Imposible.

—Qué talento teneis. A vuestra salud, gran señor.

—A la vuestra, mi general y futuro cortesano.

—¿A qué vais á Ibrí?

—¿No leísteis el pergamino que os enseñé?

—No; para complacer á Jacobo de Guzman no necesito recibir órdenes ni mandatos; le pertenece toda mi amistad y algo de mi cariño.

—Entónces ya os contestarán los hechos.

—Muchachos, los postres y el Champagne.

—Señor,—le dijo el camarero,—un capitan al servicio del rey desea hablaros.

—Que éntre.

Pasó el anunciado, y después de saludar á los dos amigos, exclamó:

—Mi coronel, S. M. me encarga entregaros estos despachos de que ya teneis conocimiento, segun dice, encargándoos por segunda vez que regreseis con la brevedad posible.

—¿Nada más?

—Eso sólo; en la plaza os esperan seiscientos caballos dispuestos á seguiros.

—Está bien; haced presente á S. M. que salgo al instante, y que no perdonaré medio ni sacrificio alguno por cumplir su soberana voluntad.

—¿Quién es Mr. Jacobo de Guzman?

—Servidor vuestro, capitan, —contestó Osorio.

—El rey ha dado la órden para que se os deje llegar á la antecámara siempre que lo deseeis, mandando á la vez que se le anuncie inmediatamente vuestra presencia. Asimismo os ruega que no le hagais esperar mucho tiempo vuestras visitas.

—Cumpliré su soberana voluntad.

Salió el enviado, añadiendo el coronel:

—Me manda Enrique la carta para su esposa y la órden dirigida á Canillac.

—Procurad que no os siga el marqués.

—¿Podia estorbarme?

—Mucho.

—Entónces lo dejaré en Usson hasta que el rey disponga otra cosa.

—Vaya el último consejo.

—Venga.

—Posible es que el duque de Guisa, creyendo que cierta caja se dirije á Usson en vez de quedarse en Versailles, mande alguna fuerza en busca de Jacobo de Guzman.

—¡Buen chasco se llevaria!

—Si ocurre, tratádlos como ellos merecen.

—¡Si osaran atacarme ó pedir explicaciones, juro á Dios

Santo!.. Por cierto que segun me han dicho en la antecámara, se firmó ayer un tratado de tregua general que deberá existir ya en toda Francia.

—Rota esta mañana por el coronel Grimaud.

—No importa; como Guisa perdió y le conviene más que á nosotros la paz, disculpará el hecho del mejor modo posible, dando una cumplida satisfaccion.

—Que Enrique aceptará, participándoselo á la vez á los *Diez y seis* de París que componen el gobierno provisional, para indisponerlos con Lorena.

—Exactamente; mucho me complace la noticia, pues de ese modo podré llegar y volver de Usson sin encontrar quienes me estorben ni detengan.

—Para mí es tarde; por desgracia me vi obligado á atravesar toda Francia cuando ardia la guerra do quier; y ahora los protestantes y luégo los católicos, fuí detenido á cada paso.

—Mr. Guzman, ¿partimos?

—Sí, amigo mio.

—Mucho me duele separarme de vos.

—Y á mí; pero no tardaremos en volvernos á hallar, Dios mediante.

Diez minutos más tarde se pusieron al frente de los seiscientos caballos que esperaban en la plaza, yendo en pos sus respectivos criados. El primero reconoció la fuerza, dando inmediatamente la órden de marcha. Salieron, en consecuencia, tomando el camino que conducia á Usson; pero á la media hora lo dejaron para entrar en el de Ibrí, cuya poblacion y castillo distaba una legua del punto en que se hallaban.

Iban delante de todos el coronel y Osorio, hablando unas veces y en silencio otras, pues Flaviano se distraia á menudo con ideas que se multiplicaban segun corrian en direccion de Ibrí. Anhelante su corazon por la grata sorpresa que iba á proporcionar á sus dos hermanos, parecia embebido en pensamientos que absorbian toda su atencion.

—Muy callado vais, Guzman,—le dijo el coronel.

—Perdonad, me distrajo un recuerdo que no he podido desechar de mi mente.

—Ya se conoce, y por cierto que salió vuestro caballo á escape y todos os hemos seguido.

—¡Qué bueno sois!

—Más merece un hombre como vos.

—¿Distamos mucho de Ibrí?

—Vedlo. ¿Distinguís las luces?

—¿Qué hora será?

—Par diez, buena pregunta en un hombre que usa reloj de príncipe.

—Verdad es, pero no me acordaba de él en este instante. Son las nueve y media.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Vos os quedais á la entrada del pueblo, en tanto que yo, seguido de la escolta que tengais á bien prestarme, hablo con el general gobernador del castillo.

—La que vos querais. ¿Os bastan cien hombres?

—Sí.

En este instante fueron detenidos por una guardia que habia á la entrada de Ibrí, y dándose á conocer el coronel, avanzó Osorio al frente de cien jinetes, no deteniéndose hasta llegar al primer foso del castillo.

La alegría que experimentaba en aquellos momentos nuestro valiente español era indescriptible; mandó á los centinelas en nombre del rey que echasen los puentes, y después de algunas explicaciones, se bajó del caballo, rogando al oficial que le interrogó que lo llevase á la presencia de su general.

Solo con el alférez y alzados de nuevo los puentes, atravesó los muros, hallándose minutos después delante de un francés grueso, alto, entrado ya en años y de mirada fija é investigadora. Era el gobernador, jefe superior de Ibrí, que le preguntó:

—¿Quién sois?

—Jacobo de Guzman.

—No os conozco.

—Ahora empezareis á hacerlo.

—¿Qué quereis?

—Cumplir una órden de S. M.

—¿Quiénes os acompañan?

—Una escolta.

—¿Qué manda S. M?

—Vedlo.

Y le alargó el pergamino que ya conocemos.

—La órden está terminante. ¿Qué presos debo entregaros?

—Me dareis al momento á Mr. Mauro Nuñez de Lara, conde de Monterubio; á Mr. Rogelio Mendoza, Marqués de Abella; á Andrés y Fermin Zalla y á sus cuatro criados.

—¿Comprendeis lo que acabais de pedirme?

—Sólo sé que tiene pena de la vida el que vacile en obedecer lo que manda ese pergamino, y sentiria, general, tener que aplicaros esta noche tan dura, aunque justa ley.

—Yo no dudo ni vacilo en obedecer á mi soberano.

—Creí lo contrario; perdonad mi equivocacion.

—¿Qué fuerza dejásteis á la entrada del pueblo?

—La suficiente para hacer cumplir en el acto las órdenes de S. M.

—Os entregaré al momento los ocho prisioneros, pero necesito quedarme con esta órden para mi resguardo.

—Imposible, notad que se refiere á muchos.

—¿Qué me dejais entónces para salvar mi responsabilidad?

—Una copia autorizada por mí y un recibo en toda regla.

—Extendedlos miéntras os mando traer los prisioneros.

—Que vengan con sus espadas, equipajes, si los tienen, y espuelas.

—Eso no lo dice la órden.

—Lo quiero yo y S. M. ha dispuesto que me dén cuanto pida ó que muera el que vacile.

—Obedezco á mi rey y señor. Ahí teneis tintero, papel, mesa y el sillon que yo uso.

—Gracias.

—Pronto vuelvo.

—Esperad; que entreguen los presos á los soldados de mi escolta, que allí me haré cargo de ellos.

Y con una mútua reverencia se despidió el general, dejando á Osorio que extendiese la copia y recibo.

Con mano trémula, á causa de una mal disimulada alegría, trazó Flaviano la copia que autorizó con su firma, y á continuacion extendió el recibo en que decia haberse hecho cargo de los ocho españoles, á quienes regalaba la libertad en aquellos momentos. Concluyó ántes de que regresase el gobernador, comenzando á pasear por la estancia en que se hallaba, con rostro placentero y mirada afanosa.

Quince minutos después entró el general, preguntándole:

—¿Están esos escritos?

—Vedlos.

Aquél los leyó, añadiendo:

—Los hallo en regla, y podeis partir cuando gusteis.

—¿Qué han dicho los prisioneros?

—Preguntaron únicamente dónde iban; les contesté que lo ignoraba, concretándose luégo á despedirse de mí y de algunos jefes de los que me obedecen, sintiendo abandonar una prision en la que sólo echaron de ménos la libertad.

—¿Dónde están?

—Los dejé en el último puente, hechos cargo de ellos los soldados que mandais.

—Que el cielo os guarde, general.

—¿Me permitís que vaya con vos?..

—No; quedaos aquí, yo os lo ruego.

—Como gusteis.

Ambos se saludaron, marchando el duque en pos del alférez que lo llevó hasta allí. Estaban los puentes echados, y al pisar el primero, despidió Osorio al oficial, avanzando solo hácia el sitio en que se hallaba su escolta. En el momento de llegar, exclamó:

—Mi caballo, y al trote. Coged á esos prisioneros en medio, cuidando que ninguno atraviese vuestras filas.

Y corrió, poniéndose al frente de los cien jinetes.

Mauro, Rogelio y los Zallas le reconocieron en la voz, y fueron á alzar los brazos; pero el duque pasó por cerca de ellos con el índice puesto en los labios, y enmudecieron los ocho, si bien asomó á sus rostros una alegría que en vano quisieron disimular. Iban á pié, la caballería marchaba á un trote largo, por lo cual se vieron obligados á correr para no quedarse atrás, circunstancia que no hubiera logrado de ellos ninguno de sus enemigos, áun cuando les amenazasen con las moharras de las lanzas; pero caminaban en pos del duque del Imperio, é iban como ovejas sedientas de complacer al noble pastor que las guiaba.

A los cuatro minutos se incorporaron con el coronel. Osorio gritó:

—Soldados, dad los ocho caballos que llevais del diestro á esos hombres que caminan á pié. Que monten luégo y nos sigan.

—¿Quiénes son?—le preguntó el ex-comandante general de La Queue.

—Ocho españoles que me llevo á París.

—¿Los sacásteis del castillo?

—Sí.

—Entónces son...

—¡Silencio! Basta con que lo sepa S. M. la reina.

—¡Ah!

—Coronel, corred cuanto podais, regresando á Versailles con la celeridad del rayo. Luégo notareis que la paz se prolonga por mucho tiempo; Enrique IV será coronado en París; le obedecerán todos los franceses, y vos, al lado de la reina, hareis mucha suerte. Creed lo que os digo, y tomad todos los consejos que os he dado.

—¿Quién sois, Guzman? ¡Ah!.. ¡Me lo figuro, lo adivino ¡Señor!..

—Basta; si Margarita cometiese la imprudencia de afirmar lo que vos suponeis, procurad que nádie más lo sepa.

—¿Qué hacemos, señor?

—¿Se juntan aquí los caminos de Usson y París?

—Falta una legua.

—Pues andémosla á escape.

—¡A escape!—repitió el coronel.—Esos prisioneros en medio, pero sin molestar á ninguno.

Y corrieron, desapareciendo de los alrededores de Ibrí como ráfaga eléctrica.

Veinte minutos después gritó el coronel:

—¡Alto! Mr. Guzman, ese de la derecha es el camino de París; este de la izquierda el de Usson, y esta mi mano derecha que desea la honra...

—No, amigo mio; abrazadme.

—Dura me es esta separacion.

—Corred mucho y será breve.

—Por Dios que he de volar. ¿Cuándo os volveré á ver?

—Antes de que regreseis á Versailles.

—¿Nada más quereis de mí?

—Nada.

—Pues parto á Usson.

—Y yo á París. Lambert, vé cien pasos detrás de mí, y cuando yo me detenga, lo haces tú tambien. Vosotros, prisioneros de Enrique IV, seguidme. Que Dios os acompañe, coronel.

—El os guie y defienda, mi inolvidable amigo.

Y se separaron, comenzando á formar un abanico los seiscientos con los diez.

Cinco minutos más tarde se perdieron de vista unos y otros, y hasta dejaron oir éstos de aquellos el ruido de las pisadas de los caballos.

De pronto se detuvo el duque, abandonó las bridas, y alargando los brazos, exclamó:

—¡Hermanos!

Mauro Nuñez de Lara y el gigante Rogelio se cogieron á él, añadiendo:

—¡Flaviano!

—¡Hermano mio!

—¡Nuestro salvador! El héroe que sigue en el mundo al príncipe de Italia.

Y pegadas las barrigas de los tres caballos, quedaron los jinetes formando un sólo grupo tierno, cariñoso, indescriptible.

Andrés y Fermin Zalla echaron pié á tierra, y no pudiendo estrechar al duque de cintura arriba, por tenerlo cogido sus hermanos, se abrazaron á los muslos, gritando:

—¡Señor!

—¡Mi general!

—Los dos hemos soñado con la libertad que os debemos; con el encuentro de que ahora formamos parte.

Y besaron las manos que Osorio les alargó, permaneciendo tambien unidos á su jefe.

Los cuatro criados, cual mudas estatuas, gorra en mano y arrasados sus ojos de lágrimas, miraban la escena con el corazon latiente, el alma agradecida y sin poder expresar una frase, por la gran emocion que sentian.

Lambert, á cien pasos de distancia, observaba á aquellos sin comprender nada ni conocer á los nueve personajes que tenía de frente.

—¡Se abrazan!—exclamó fija en ellos la vista.—Creo que lloran. ¡No me fio de las lágrimas de esos hombres; en mi concepto son como las del cocodrilo! Vaya, sin embargo, una ternura y cariño. Par diez, me enternecen á pesar mio. Se multiplican los abrazos, y en verdad que forman un grupo tan compacto y admirable que parecen agitarse por una sola voluntad, un mismo deseo y un espíritu.

Así era efectivamente; los tres *invencibles* y dos Zallas continuaron diez minutos más demostrando á Flaviano su cariño y gratitud y éste á aquellos el amor que les profesaba.

Cuando los cuatro criados pudieron moverse, echaron pié á tierra, besando con humildad y respeto las ropas del duque, ya que no les era dado cogerle una mano, por tenerlas aprisionadas los maestres Andrés y Fermin.

Por último, no siéndole dado á Osorio resistir por más tiempo la grata emocion que sentia, exclamó:

—Ya estais libres, mi querido Rogelio, mi inolvidable Mauro. Vuestras invencibles espadas volverán á brillar en donde vuestros enemigos osen alzar las suyas contra nosotros.

—¿Qué es de nuestros hermanos? ¿Qué fué de tí en Nápoles?—le preguntaron los dos á la vez.

—Odon y Roberto vencieron en las Alpujarras; yo triunfé en Italia; en nuestras familias sólo causó llanto vuestra prision, y el príncipe, los Navarros, Alvaro y yo, áun cuando divididos, hace ya mucho tiempo que nos hallamos en Francia, procurando vuestra salvacion.

—¿Qué dices, Flaviano?—le preguntó Mauro.—¿Léjos de Julio has logrado tú lo que él no podia?

—Sí.

—Explícame el enigma.

—Yo te lo diré,—añadió Mendoza, volviendo á estrechar á Osorio,—consiste en que mi querido poeta, en cuestion de intrigas y manejos, sabe más que todos nosotros juntos. Habrán jugado en la contienda las faldas de alguna Eva, y el famoso trovador es en ese terreno el hombre más fuerte que conozco.

El duque sonrió, contestándole:

—¡Qué bien discurres, Rogelio! De cuello abajo eres un héroe; pero de cuello arriba te falta un poco para imitar á los sábios. Jugaron en mi intriga Enrique IV, el duque de Guisa, una niña de seis años, dos coroneles, muchos soldados y una caja de oro. ¿A que no resuelves el problema?

—Positivamente que no.

—¿A que lo adivina Mauro?

—Creo comprender algo.

—Pues dadme otro abrazo, y en París os referiré cuanto

querais. Tambien vosotros, mi querido Andrés, mi estimado Fermin. Alvaro sigue bien; vuestro cuñado Roch ascendió á general en Nápoles... Bien, maestres; enjugad el llanto, y á caballo, que llevo dos noches sin dormir y seis sin desnudarme. Serenaos, que nos va á observar un extraño.

Y volviendo la cabeza, gritó:

—¿Lambert?

—¿Señor?

—Avanza.

—¿Qué mandais?

—¿Has visto algo de particular en nosotros?

—Me parece que os abrazábais.

—¿Qué has oido?

—Las voces de *hermano* y otras que no comprendí.

—Todo lo ves y lo entiendes al contrario.

—¿Pues qué ha sido?

—Que estos señores me han hecho unas cuantas preguntas en idioma que tú no entiendes, y nada más.

—¿Eso debo decir?

—Eso es la verdad.

—¿Qué más deseais?

—Vé delante con esos cuatro criados, llevándonos á París por el camino más corto.

—¿Hablan francés?

—No.

—¡Vaya unos compañeros que me dais!

—Abrevia. Vosotros, seguid á Leon.

Los cinco sirvientes delante y los amos detrás, emprendieron de nuevo su marcha, yendo en medio Flaviano y á los costados los Zallas.

La noche se hallaba clara, serena y tan agradable como aquella en que el duque del Imperio recibió la revelacion que estaba efectuándose ahora. Salió la luna, el aura llegaba al rostro perfumada por el aroma que robaba á las flores; la calma era completa, y la naturaleza, en fin, parecia contraerse

para asistir y festejar en silencio la libertad de los dos *invencibles* que con harta injusticia sufrieron vários meses de prision.

Flaviano de Osorio quedó entregado á las ideas que acabamos de exponer, permaneciendo mucho tiempo sin expresar frase alguna. Sus hermanos y Zallas le miraron con asombro, pero ninguno osó llamar la atencion ni distraer al héroe de Nápoles.

El vaticinio del príncipe de Italia empezaba ya á realizarse.

—Este niño,—exclamó aludiendo á Osorio,—no ha cumplido aún quince años de edad; á los treinta valdrá más que su padre y con dificultad hallará hombre que no envidie su gran talento, energía, destreza y valor. Será un torrente que arrollará cuanto intente detener su arrogante paso.

Le faltó añadir únicamente, que tampoco encontraria rival su voz, maneras, elegancia y figura.

CAPITULO XXII.

Encuentro inesperado.—Sorpresa agradable.—Se cumple la prediccion en todas sus partes.—La paz.—París.

El duque del Imperio salió por fin del letargo de que era presa, y mirando á sus hermanos, preguntó á Mauro, que era de los dos ex-prisioneros el de más capacidad y talento:

—¿Cómo os han tratado los partidarios de Enrique IV?

—Bien; sufrieron con paciencia nuestros contínuos desaires, sin negarnos por eso el que paseáramos por la torre y que hiciéramos cuanto le es dado á un preso.

—¿Comida y camas?

—Excelentes.

—¿Trato afable?

—Hasta nos han adulado.

—¿En quién fundábais vuestra esperanza de salvacion?

—Yo en vosotros cuatro; Rogelio en tí sólo.

—¡Bien os pagaron los católicos la generosa proteccion que empezábais á otorgarles!

—Consiste en que el duque de Guisa es el hombre más ambicioso, ruin y miserable de cuantos he conocido.

—Ya empezó á purgar sus faltas, y continuará en lo sucesivo recibiendo la recompensa á que se hizo acreedor.

—¿Conoces á fondo la vileza que realizó con nosotros?

—Sí.

—¿Estás vengándola?

—Por supuesto.

—Entónces tiene bastante.

—Yo lo creo,—añadió Mendoza.—Flaviano de Osorio dispone de más rayos y centellas que vió el mundo hasta ahora.

—No le desafies,—dijo el conde de Monterubio,—porque no admitirá, ni debe tu espada cruzarse con la de ese infame.

—Jamás se me ocurrió semejante disparate. Hasta ahora me entretuve en romper sus relaciones con Margarita; luégo le robé una hija natural, que adora ciegamente, devolviéndosela en cambio de cierta caja de oro que estimaba tanto como la vida.

—¿Qué contenia?

—Unas cartas firmadas por la reina, con las cuales arranqué á su marido vuestra libertad y el derecho de hacer en Francia cuanto se me antoje.

—Perdiste á esa infeliz.

—¡Qué locura!

—Explícate.

—Puse en su lugar otras extendidas y firmadas por mi antigua amiga, desterrada hoy en Usson, y la devolví el favor perdido y la libertad anhelada.

—La accion es como tuya; pero oye, Flaviano, me consta que Margarita aborrece á su esposo.

—Y á mí tambien.

—Dices además que cesaron sus relaciones con Guisa.

—Hasta tal punto, que llegará á odiarlo.

—Esa señora no carece de talento, pero es muy dada á la poesía, voluptuosa, ardiente, y no creo fácil que se avenga á permanecer sin Enrique y sin Lorena.

—Verdad es.

—En un tiempo, cuenta la crónica que fué tu amiga íntima.

—Sí; estaba yo soltero, y no me disgustaba ninguna mujer hermosa.

—¿Se conserva bien? ¿Es tan bella como yo la conocí en París?

—Está en Usson, encantadora. Adquirió ya la majestad que cuadra á su elevada posicion, y en verdad que seduce con su acento, figura y modales.

—¿Qué te ha parecido á tí la última vez que la viste?

—Sublime, Mauro, más sublime que nunca.

—Duque, no te he pedido la libertad que me das, ni la hubiera admitido nunca á costa de un delito.

—¿Ya empiezas con tus sermones?

—¿Qué relaciones sostienes con Margarita?

—¿Qué te importa á tí?

—Soy mayor que tú, y no estando Julio...

—Mando yo en tí y en Rogelio. Me habeis declarado su segundo, y él ha confirmado vuestra eleccion.

—Eso nada tiene que ver con tus asuntos de faldas.

—Mauro, soy un esposo tan leal como tú, pero mis hechos tienen más mérito, se elevan sobre todos los vuestros.

—¿Te ama la reina?

—Supongo que sí.

—¿Y tú?

—Yo, por tu causa, por mi esposa y por otra porcion de motivos que pesan sobre mí como el destino, la estoy engañando. En Nápoles hallé otra Syra; en Francia me encuentro frente á frente, sin pretenderlo, de la incomparable Margarita, y si después de tantos sacrificios, de tanta... vamos, de tanta molestia, todavía me vienes con sermones, diré que tu excesivo celo te convierte... La frase es muy dura, y la callo, hermano.

—¿Dices la verdad?

—¿Eso preguntas al que nunca mintió? Te lo juro.

—Entónces califícame á tu antojo. Tus palabras, Flavia-

no, me son todas gratas; sé lo que vales, y quiero que te admire el mundo como yo.

—Gracias; me haces justicia, y por cierto que mi trabajo me cuesta.

—No te importe; sería lástima que el diáfano cristal de tu fama presentase un borron.

—Continúa limpio, muy limpio; pero mi pobre corazon... Hablemos de otra cosa, hermano.

—¿Prosigue la guerra civil tan encarnizada como ántes?

—Dicen que se ha firmado una tregua general en Francia, y gracias al príncipe y á mí, seguirá á aquella una paz octaviana.

—¿De qué medio os vais á valer?

—Abjurando Enrique IV y siendo rey de todos los franceses.

—Magnífica idea.

En este instante fueron interrumpidos por la carrera de cinco caballos que se dirigian hácia ellos. Eran los sirvientes, uno de los cuales se acercó al duque, diciendo:

—Señor, vienen cuatro hombres á pié, en los cuales, á pesar de su disfraz, he creido reconocer al señor príncipe de Italia, al duque de los Andes, al conde de Santomera y al criado del primero.

—¿Estás cierto de lo que dices?

—Me parece que sí.

—¿A qué distancia los has visto?

—Empezaban á subir una cuesta empinada, y aunque corta, muy molesta.

—Entónces embosquémonos todos. Aquí, entre estos árboles de la izquierda. Retiraos más. ¿Lambert?

—¿Señor?

—Sigue adelante, esperándonos á mil varas de aquí.

—Pero...

—¡Abrevia, maldito, ó te descargo!..

—Eso no; ya corro.

—Vuela.

Leon siguió adelante á escape, en tanto que el duque se escondió detrás de un corpulento roble, situado á corta distancia del arrecife. Ya allí, exclamó:

—Silencio, si son ellos, esperando todos á que yo os avise para avanzar.

Y quedaron los nueve pendientes de la llegada de los cuatro hombres que les anunció el criado de Mauro.

Poco después aparecieron por la izquierda, cubiertos con groseros gabanes, gorras de paño y barnizados como Osorio, siendo efectivamente los mismos que creyó reconocer el sirviente.

El duque del Imperio sonrió al ver lo cabizbajos que marchaban y el disimulo que habia en sus movimientos y personas. Llegaron frente á él y los dejó pasar; pero al separarse quince varas, gritó fingiendo la voz:

—Es tarde, príncipe; muy tarde. Já, já, já.

Sin querer Flaviano, acababa de pronunciar las mismas frases que dijo en la vega de Nápoles durante su revelacion; añadió idéntica carcajada, y sus hermanos quedaron como frias estatuas al escucharlo, segun le pareció verlos en aquel mágico sueño á que le condujo la voz del padre capuchino.

—Par diez,—exclamó para sí,—están inmóviles y sin aliento como yo los contemplé.

Y repitió fuerte:

—Já, já, já. Es tarde, príncipe, muy tarde.

Y aguijoneando á su potro, corrió hácia ellos parándose frente á los cuatro.

—¿Hermano, eres tú?—le preguntó Silva.

—Ya lo ves.

—Abrázanos.

—Con mucho placer.

—¿Y Mauro y Rogelio?

—Riendo como yo.

—¡O llorando en Ibrí!

—¡Ellos! No los conoces, par diez.

—No me refiero á las lágrimas que arrancan el dolor y la pena, sino á las que son hijas del despecho y la ira que engendra en pechos tan nobles como los suyos la traicion, el dolo y la alevosía.

—¿Corrias á salvarlos, hermano?

—No.

—¿A dónde ibas entónces por aquí?

—A verlos, si me era dado, y á convencerme de la exactitud de tu profecía.

—¿Dudas de ella?

—No.

—¿Y de mí?

—Tampoco.

—¿Hace mucho que llegastes á París?

—Cinco dias.

—¿Qué hiciste?

—Ponerme de acuerdo con los jefes del partido católico de París para la realizacion de mi pensamiento.

—¿Es decir, para que acepten la abjuracion de Enrique IV?

—Sí.

—¿Convienen en apoyar tu idea?

—Estamos en negociaciones que no presentan mal aspecto.

—¿Por qué las has abandonado?

—Me pidieron ocho dias para contestar de un modo terminante, y aproveché ese plazo para ir á Ibrí, adormeciendo de este modo la impaciencia que devora mi alma.

—¿Viste á Zalla en París?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que contempló tus piés ensangrentados; tu cuerpo enflaquecido por la fatiga y el cansancio; tu voluntad de hierro y tu talento de héroe. La travesía que has hecho desde Nápoles á Usson y desde éste á París forma una página gloriosa de tu envidiable historia.

—Gracias.

—Mereces mi admiracion y elogio.

—Pero no tu confianza.

—¡Flaviano!

—Me lo dice el hallarte en el camino de Ibrí.

—Repito que voy impelido por una impaciencia...

—Yo tambien la tuve; ahogué los impulsos de mi corazon, y tomando tus consejos, obré con calma, robustecí mi paciencia, y á la negra faz del destino, contesté con una carcajada irónica y sarcástica.

—¿Ya no la tienes?

—No; como el hombre se acostumbra á todo, logré desterrar por completo la mia.

—¿Qué dices, hermano?

—La verdad.

—¿Dónde ibas?

—A París, en busca tuya.

—¿Qué pretendias?

—Averiguar lo que ya sé.

—¿Qué es ello?

—Que desconfias de mí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de imponerte un castigo.

—Si es justo lo sufriré con resignacion.

—Hélo aquí: no verás á Mauro y Rogelio en Ibrí, porque yo no quiero.

—¿Eres acaso el gobernador de ese castillo?

—Algo más.

—¿Quién te ha dado tan inmenso poder en Francia?

—Enrique IV.

—¿Te conceptúas acaso amigo suyo?

—Yo no; pero él lo es, segun dice, de Jacobo Guzman.

—¿A qué casualidad debo el encontrarte aquí?

—Cuando cruzábais los cuatro por frente de aquel robusto roble, estaba yo detrás esperándoos.

—¿Adivinaste que iba á pasar?

—No; me lo dijeron.

—Imposible; á nádie participé mi salida de París.

—¿Conque niegas lo que estás viendo?

—Sí; desde la parte opuesta de esa pendiente distinguí á vários jinetes que retrocedieron de pronto, uno de los cuales serías tú, é infiero que me reconociste.

—No llegué á la altura ni te he visto hasta que te acercaste á ese árbol.

—¿Tienes gente oculta en ese bosque?

—Sí.

—¿Quiénes te acompañan?

—Vários amigos.

—¿Franceses?

—De todo hay.

—¿Por qué se esconden?

—Ya lo sabrás.

—¿Qué pretendes que haga, Flaviano?

—Regresar á París conmigo.

—Vamos.

—¿Quieres mi caballo?

—No; que harto anduviste á pié; ahora nos toca á Odon, á Roberto y á mí.

—Es que deseo llegar pronto; llevo dos noches sin dormir y várias sin desnudarme.

—Corra lo que pueda tu potro, que nosotros iremos detrás.

—Veamos si es cierto. A escape, príncipe de Italia, duque de los Andes, conde de Santomera.

—No grites.

—¿Temes, Julio?

—No lo sé; abrevia.

Osorio picó á su caballo, saliendo éste á galope; pero de pronto se detuvo y volvió la cabeza, viendo á sus tres hermanos y al criado de Silva correr desalentados en pos de su cuadrúpedo. El príncipe le preguntó:

—¿Por qué te detienes?

—Hermano, es el primer castigo que te impuse en mi vida, y si me ofreces enmienda, te perdono ahora mismo.

—No; continúa y verás que no eres tú sólo el fuerte, el invencible ante la fatiga, el insomnio y el cansancio.

—Imposible, hermano, imposible.

Y afectando el duque la entonacion de un cómico, alzó la voz, añadiendo en forma de evocacion:

—Venid, reverendo capuchino; castigad vos á este incrédulo, ya que á mí me falta valor para hacerlo; pero ántes permitidme que lo confunda con la verdad de que duda. Mano poderosa del destino, abre esos árboles y trae á los ocho prisioneros de Ibrí. Llegad, hermanos, llegad, y que aparezca el sonrojo en la faz del incrédulo. Rogelio, Mauro.

Un segundo después formaban grupo los dos que acababa de llamar Osorio con Silva y los Navarros; grupo que aumentó después con Andrés y Fermin Zalla.

Por fin se reunian otra vez los seis *invencibles*, dispersos al principiar esta historia. Se amaban como hermanos, y esta última union, efectuada al través de tantos peligros, arrancaba lágrimas de sus ojos, llevando al corazon alegría indescriptible.

Media hora permanecieron los seis con los dos Zallas pié á tierra, entre abrazos y preguntas que patentizaban el mucho cariño que se tenían. Por último, exclamó el príncipe de Italia:

—Hermanos, el héroe de esta jornada lo está siendo Flaviano. Me consta que se halla rendido por la fatiga, y es preciso partir á París, donde debe descansar lo ántes posible.

Los criados de Mauro, Rogelio y Zallas cedieron sus caballos á los cuatro que venían desmontados, ofreciéndose ellos á continuar á pié. Verificado este cambio, partieron, yendo delante Julio y Flaviano; detrás sus cuatro hermanos y los Zallas, cerrando la comitiva los cinco criados.

Al poco tiempo hallaron á Lambert en medio del camino, esperando las órdenes de Osorio.

—Avanza, Leon,—le dijo aquél.—Llévanos á París por el camino más corto.

—¿Quiénes son esos otros cuatro?

—Por lo visto es esta la noche destinada á que te arranque la lengua.

—Cuidado si usais reserva.

—Parte.

—¿Al trote ó á escape?

—A un castellano largo y sostenido, que nos siguen cuatro á pié.

—¿Habrá tiros?

—No, hombre. Adelante.

Y prosiguieron su marcha, preguntando Julio:

—¿Es ese el guia que tomaste cerca de los Alpes?

—Sí.

—Me habló Zalla de él y de sus hechos de valor.

—No conocí ente más cobarde, pero en honor á la verdad, me fué útil su miedo.

—Consiste en que el duque del Imperio saca partido de todo.

—A propósito de Lambert: puesto que la tregua entre hugonotes y católicos es general en Francia, quisiera mandarlo á su pueblo, toda vez que él lo desea y á mí ya no me hace falta.

—¿Qué te lo impide?

—Le ofrecí un nombramiento que asegure su posicion en el punto en que reside su familia, y siendo así que tú estás en relaciones con los indivíduos que componen la junta central de París, deseo que lo pidas.

—Lo haré mañana.

—Me mandarás tambien una órden ó pasaporte para que regresen á Nápoles, sin impedimento alguno, el marido é hijos de mi nodriza.

—¿Por dónde deberán ir?

—Que se dirijan por el camino más corto; por Suiza.

—Lo extenderán tambien mañana.

—¿Dónde paras, Julio?

—En el palacio de Foix; tengo habitaciones preparadas para tí, Mauro, Rogelio y Alvaro.

—El último y yo, con nuestros respectivos criados, continuaremos en el *hôtel de la Estrella*; seguirá el incógnito para nosotros, y no recibiremos otras personas que á tí ó alguno de mis restantes hermanos.

—¿Qué te propones, Flaviano?

—Julio, descansaré quince dias en la capital, y ese período te servirá de plazo para convencer á los católicos de París y éstos á los jefes de Dreux á que reconozcan á Enrique IV, prévia abjuracion.

—¿Y luégo?

—Después me acompañareis á Versailles, sin entrar en el palacio real hasta que yo tenga dispuesto al rey para el solemne acto que te propones realizar.

—¿Lograrás tu intento cerca de S. M?

—Entiendo que sí.

—¿Quiénes te van á ayudar?

—Su mujer.

—¿La favorita de Guisa?

—Se convenció el marido de que todos, absolutamente todos la calumniais.

—Siendo así, no dudo que lo conseguirás.

—¿Y tú tendrás bastante con los quince dias?

—Sí.

—¿Sin exponeros tú ni ninguno de mis hermanos? Guardaos de Guisa, que harto llevo andado y sufrido por Mauro y Rogelio.

—Lo sé, y no nos verá hasta que se halle sitiado en su propio palacio.

—Eso es.

—Me duele que estés separado de nosotros quince dias más.

—Id á verme cuando gusteis, y el que quiera de vosotros acompañarme á la mesa, me hará un favor grande.

—¿Qué digo á mis amigos de París, que tambien lo son tuyos, cuando me pregunten por tí?

—Que me aguardas y nada más.

—Podria perjudicar al logro de mi intento la ruptura de la tregua firmada.

—Haz que la respeten los católicos, y yo te respondo de los hugonotes.

—¿Con seguridad?

—Sí.

—Deseo oirte relatar cuanto has hecho en Francia, lo que te ha ocurrido, y tu actual situacion.

—Lo aplazo para pasado mañana por la noche. Reunidos los seis, expondrá cada cual su historia.

—En ese caso te acompañaremos á comer.

—Que me place.

—¿Recibiste noticias de Nápoles?

—No; desde que salí de Italia fijé mi pensamiento en la libertad de Mauro y de Rogelio, y hasta verlos á mi lado, sólo de ellos me ocupé. Conseguido el objeto, buscaré las cartas que tengo detenidas, recordando que soy padre, esposo y amigo. ¿Qué noticias hay de Madrid?

—El rey se hallaba achacoso, débil, y creo que deje pronto de existir; el príncipe de Astúrias, no obstante los consejos de su padre, nos envidia y teme; nuestras familias siguen bien, y Roch, que habrá llegado ya á Madrid, velará por ellas.

—¿Le despediste en Marsella?

—Sí.

—Bien hecho; aquí de nada podria sernos útil.

Hablando de este modo y sin dejar de andar, llegaron nuestros catorce caminantes á las puertas de París á las dos de la madrugada. El príncipe enseñó una órden que llevaba; en vista de ella, les franquearon la entrada, penetrando en la capital, la cual se hallaba tranquila y solitaria como há mucho tiempo no estaba.

Cerca ya del *hôtel de la Estrella*, detuvo Osorio á Lambert,

le hizo echar pié á tierra, y entregar su caballo con el que él montaba á dos de los criados que iban á pié, y despidiéndose de sus hermanos y Zallas con frases que no entendia Leon, marchó, seguido de éste, al mencionado *hôtel*.

—¿Quiénes son esos señores?—preguntó el guia al duque.

—Paisanos mios, Lambert, que tienen el don de adivinar, y la costumbre de arrancar la lengua al que habla de ellos.

—¿Del temple vuestro?

—Idéntico.

—Lo digo porque parecen españoles.

—Acaso lo sean.

—¿Por qué lo ocultais?

—Leon, piensa en tu mujer é hijos, á los cuales verás muy pronto, y no intentes descubrir secretos que puedan costarte muy caros.

—¿Cuándo podré marchar?

—Pasado mañana.

—¿Y la guerra?

—Se acabó por ahora.

—Lo malo es que está muy léjos, y no me fio de los hugonotes ni de los católicos.

—Se ha firmado una tregua general, é irás además acompañado, cási todo el camino, por Gabriel y sus dos hijos.

—Debe ser cierto, y ahora me explico la causa de que nádie nos saliese al encuentro desde Ibrí á París.

—Lo mismo te sucederá desde aquí á los Alpes.

—¿Hablásteis con el rey en Versailles?

—Sí.

—¿Tendré nombramiento?

—Yo nunca falto á lo que ofrezco.

—Sois un caballero cumplido.

—Que te arrancará la lengua si ántes ó después de partir cuentas lo que no debes.

—No me conoceis, Mr. Guzman; soy muy aficionado á averiguar noticias, con las cuales satisfago mi curiosidad, pero

nunca tuve la costumbre de contarlas ni hice alarde de descubrir secretos.

—Ya; te contiene el miedo.

—Será eso ú otra cosa, mas os juro que no soy hablador, ni debeis temer una indiscrecion mia.

—Bien hecho; los poderosos, Leon, recompensan con esplendidez, pero castigan con severidad.

—No hablemos de eso, que á nada conduce. Qué noticia tan grata me habeis dado. Veré á mi mujer, á mis hijos; me acompañará un cinto repleto de oro; tendré asegurado el presente y porvenir, y mi comercio ambulante desaparecerá para siempre. ¡Oh! doy por bien empleados los sustos y el miedo que pasé, y hasta os agradezco con el alma y corazon mi dicha futura.

—Llama fuerte; más fuerte.

—Los fondistas se han dormido, y os van á molestar.

—Mueve ese aldabon con más brio.

A los diez minutos de haber llegado al *hôtel* consiguió el duque que le abriesen la puerta y llegar á su dormitorio, donde halló descansando al maestre Zalla. Lo mismo hacían en la habitacion contigua Ros, Gabriel, Víctor y Ramiro. Los cinco despertaron y quisieron tirarse de la cama; pero Osorio no los dejó, pretextando que lo único que deseaba era dormir. Mandó en consecuencia acostar á Lambert, haciendo él lo mismo en la cama situada junto á la de Zalla. Este se encontraba sentado en la suya, y satisfaciéndole la alegría que demostraba Flaviano, osó preguntarle:

—¿Venís muy cansado?

—Sí.

—¿Peligró vuestra vida?

—Más de una vez.

—¿Fué completo el triunfo?

—A medida de mi deseo.

—Lo he leido en vuestro semblante.

—Me alegro.

—¿Estuvísteis en Ibrí?

—Media hora.

—¿La aprovechásteis?

—Se vinieron conmigo vuestros dos hermanos, el marqués de Abella y el conde de Monterubio, con sus cuatro criados.

—¿Sin condicion alguna?

—Por supuesto.

—El hecho parece increible, pero no en vos, que desconoceis las dificultades.

—Vaya si las encuentro; el vencerlas en esta ocasion ha costado noventa víctimas.

—Supongo que no estariais solo.

—Claro es; fuimos cuarenta y dos contra quinientos. ¡Ah! cuarenta y tres; me olvidaba de Leon.

—Pues con ese habia bastante. ¿Nos queda mucho tiempo que estar en París?

—Muy poco.

—Me alegro. ¡Qué dias llevo en él de hastío, incertidumbre y desasosiego!

—Ahora os tocará correr.

—Prefiero la muerte á los ratos que he pasado entre estas cuatro paredes.

—¿No os distrajo mi criado?

—Al contrario, se aburria como yo.

—¿Cuándo vísteis al príncipe de Italia?

—¿Quién os ha dicho que ha venido?

—Le hallé esta noche en el camino de Ibrí.

—Anteayer averiguó que estábamos aquí, y vino acompañado del señor duque de los Andes y del conde de Santomera; pero no se sentó, contrayéndose á hacerme algunas preguntas sobre vos y á prohibirme que fuese á verlo á no obligarme una necesidad imperiosa.

—¿Os dijo dónde vivia?

—Sí, señor.

—Bien; mañana os levantais sin despertarme, y vais á sa-

ludar á vuestros hermanos y los mios; almorzad con ellos, y seguido de vuestro criado, que habrá llegado con el príncipe, venís á caballo, esperando mis órdenes á la puerta del *hôtel.*

—¿Qué traje llevo?

—Puesto que son muy pocos los que os conocen en Francia, quitaos el barniz, y usad ropas de camino proporcionadas á vuestra clase. Habitareis conmigo, por cuya razon pueden traer aquí nuestros equipajes.

—¿Voy muy léjos?

—No, á Sèvres; son cinco leguas de ida y vuelta, que podreis andar en tres horas. En el palacio de Silva os darán buenos potros.

—Se os cierran los ojos.

—Sí; me hallo rendido; me juzgais fuerte, y en verdad que siendo de la misma masa que el resto de los hombres, sucumbo como ellos ante el insomnio y la fatiga.

—Dormid, señor, dormid, y mañana volvereis á estar tan fuerte como necesiteis.

Cinco minutos después dominaba al duque un sueño tranquilo y sosegado. Zalla le miró largo rato, exclamando para sí:

—Ha perdido la cuarta parte de sus carnes. ¡Oh, que sér tan admirable! Estoy seguro que le bastan seis dias de descanso y la satisfaccion de ver libres á sus hermanos y los mios para reponerse completamente. La alegría que sentí al escuchar las noticias que concluye de darme, ahuyentaron mi sueño. Apagaré la luz, y que duerma él, ya que á mí me es imposible.

CAPITULO XXIII.

El parte de Guzman.—Despedida.—Los seis hermanos.

A las nueve de la mañana siguiente abrió el duque los ojos, y no viendo á nádie en su alcoba, se fijó en el reloj, exclamando:

—He dormido siete horas; basta por hoy. ¿Ros?

—¿Señor?

—Abre esos maderos; limpia el traje que me quité anoche y vísteme.

Su sirviente fué reemplazado por Gabriel y sus hijos, con los cuales habló Osorio un cuarto de hora. Después se levantó, encargando que lo dejasen sólo, y comenzó á redactar un largo escrito dirigido á Enrique de Borbon. Este despacho decia lo siguiente:

«Señor: Desde el palacio, donde tuve la honra de ser recibido por V. M., pasé al castillo de Ibrí. Allí hice uso del pergamino que debia á vuestra ilimitada bondad, y en el acto mandé que me entregasen al conde de Monterubio, al marqués de Abella, á los dos maestres Zalla y cuatro criados, prisioneros de guerra de V. M. Si todavía no os han participado esta noticia, estoy seguro de haberos sorprendido con ella; mas tran-

quilizáos, que estos ocho españoles están junto á mí y nada intentan contra un rey tan valiente y caballero. V. M. se ha batido al frente de dos mil hombres contra diez y seis mil en más de una ocasion; venció á sus enemigos, perdonando á todo el que imploraba su clemencia. Sitió luégo á París, prefiriendo retirarse y no entrar, primero que hacer sufrir á los sitiados las consecuencias del hambre y de un largo asedio; y claro es que en concepto de V. M. valen mucho las espadas de Mauro Nuñez de Lara y de Mendoza, cuando el que nunca temió, tuvo en una torre inexpugnable á dos extranjeros que reclamaba su rey y la justicia de su causa. Si tal interés era hijo del miedo, yo os repito que hoy carece de fundamento. Nuñez y Mendoza os estiman tanto como yo; ódian á Guisa, y se disponen á obedecerme.

»Si después de estas explicaciones aún os parece haber perdido en el cambio de la caja que os entregué por el pergamino que me dísteis, os advierto que continúo trabajando para llevar á V. M. otro presente de tanto ó más valor y estima, segun os ofrecí. Y es indudable que no tardaré en sorprenderos con él, si V. M. se digna tomar el siguiente consejo: procurad que no se altere la tregua; que la paz, hija de aquella, no se interrumpa, y yo os juro hacer lo posible porque ántes de un mes os reciba París como á rey y señor. Tengo andada la mitad del camino, y si V. M. me ayuda con lo que acabo de pedirle, es incuestionable que mucho ántes de un mes, con el beneplácito de la mayoría de los franceses, lograré mi intento.

»No os admire mi oferta; jamás me hice ilusiones ni demostré afecto al que no se lo tuve; estimo y respeto á V. M., y le he de probar en breve que nunca mintió=*Jacobo de Guzman.*»

—Basta con lo expuesto.

Dijo el duque; cerró con lacre el despacho, y llamando á Ros, le preguntó:

—¿Llegó Don Alvaro?

—Sí, señor.

—¿Qué hace?

—Me entregó los equipajes que nos trajo el señor príncipe de Italia, y espera en la habitacion contigua.

—Dile que éntre.

Cuando aquél lo hubo verificado, añadió el duque:

—Id á Sèvres, amigo mio. Allí encontrareis las avanzadas del ejército de Enrique IV, ved al jefe principal, y entregadle de mi parte, es decir, de Don Jacobo de Guzman, este pliego, para que inmediatamente se lo mande á su rey. Si opusiera alguna dificultad, que lea lo escrito en ese pergamino que tambien llevareis, y al momento cesarán sus recelos.

—¿Qué contesto á las preguntas que me hagan?

—Nada absolutamente; que ignoren quién sois. ¿Cómo siguen mis hermanos?

—Bien.

—¿Y los vuestros?

—Lamentando unos y otros que no esteis entre ellos.

—Marchad, amigo mio, y volved, para que comamos juntos.

—Hasta luégo, señor duque.

—Dios os guie y acompañe.

Salió Zalla, exclamando Flaviano:

—Ros, sírveme el almuerzo.

Y se sentó con apetito y satisfaccion.

Poco después preguntaba á su criado:

—¿Cómo os trataron en este *hôtel?*

—Muy bien; en la parte culinaria es el mejor de París.

—Esta salsa está bien hecha.

—Mejor es vuestro apetito.

—Par diez, falta me hacía hallar descanso, tranquilidad, buenas viandas y regular cama.

—¿No salimos por ahora?

—Me concede el destino quince dias de tregua, y por Dios que durante ese plazo poco ó nada he de hacer.

—Me alegro.

—¿Por mí ó por tí?

—Por los dos.

—Entiendo; alguna amiga de hace diez años...

—No lo creais, señor; nos conviene guardar el incógnito, y ante su dura ley, incliné la frente, y no me dí á conocer á nádie.

—Ros, tú has aprovechado mi ausencia.

—Quedó el maestre Zalla en vuestro lugar, y es aún más intolerante.

—Sé franco. ¿Con cuántas has entablado relaciones en esta calle?

—Si apénas he salido; pero tiene el dueño del *hôtel* dos sobrinas, y solemos hablar algunas veces.

—¿De qué?

—Son católicas, y yo les explico los mandamientos de la ley de Dios.

—Te mira de mal modo ese criado que trae los platos.

—Ninguno de ellos me quiere; pero las dos muchachas son buenas, y me hicieron justicia.

—¿Son hermanas?

—Sí, señor.

—¿A ámbas les hiciste el amor?

—¡Qué locura! Les ofrecí mi amistad, hablamos, y nada más.

—¿No retozais?

—Poca cosa: como hay tanta gente en este *hôtel*...

—¿Son bonitas?

—Eso sí; hijas de los Pirineos, presentan rostros bellísimos, si bien hay que cerrar los ojos ante sus manos y piés.

—¿Conque fuera de la fonda?..

—Nada, señor, ni un suspiro; cuando no salí con Don Alvaro me acompañaban Gabriel y sus hijos, y me contraje á pasear con ellos por las calles de París.

—Ya ilustraré al tio para que sepa quién eres, y nos evite compromisos.

—¡Que sea yo tan débil con vos! Pobres chicas, las va á castigar, cuando no haga otra cosa peor.

—¿No se matan ya los católicos y los hugonotes de esta ciudad?

—No, señor, há dos dias que no se molestan, efecto de la tregua pactada.

—Buen almuerzo me están sirviendo.

—Veo con placer que no lo desairais.

—¿Qué hacen Gabriel, sus hijos y Leon?

—Desde que concluimos de desayunarnos esperan á que los recibais.

—Que éntren cuando quieran; pero oye ántes: cobra hoy todas las letras que hemos traido de Nápoles, rogando al comerciante que te dé el dinero en oro; de paso me traes las cartas que tengan detenidas en la administracion de correos. Ambas cosas las realizas con la brevedad posible y en cuanto acabes de servirme.

Al terminar el duque su largo almuerzo, entraron los cuatro que aguardaban sus órdenes en la habitacion contigua.

—¿Has descansado?—preguntó Osorio á Leon.

—Sí, señor; y en verdad que nos hacía grán falta.

—Bien; en ese caso, te despides hoy de tus amigos de París, y mañana, al levantarte, saldrás para los Alpes. Ros te dará esta tarde las sumas que te ofrecí, añadiendo lo que has ganado en este último viaje y los quinientos francos que te prometí en Dreux.

—Señor, ¿y mi nombramiento?

—Hoy me lo mandarán.

—En ese caso rebajadme mil ducados; con el resto tengo bastante.

—Lo tomarás todo, que á mí me sobra dinero, y á tí, padre de familia y pobre, deberá hacerte falta.

—Señor, voy á reunir cerca de cinco mil ducados; los que, unidos á lo que á mí me quedaba y á mi destino, me van á elevar sobre todos los habitantes del pueblo.

—De ese modo te acordarás de mí y contendrás tu lengua cuanto yo necesito.

—Empieza á abrumarme la felicidad que os debo.

—La ganó el que tantas veces se juzgaba muerto colgado en la copa de un árbol, escondido detrás de la cabaña ó trepando como la cabra por el monte ó la sierra.

—Cierto que junto á vos sufrí lo que no es posible imaginar; pero aquello pasó, mi miedo no tiene ya su alimento cotidiano, y la recompensa á tantos afanes, sustos y fatigas supera á todo.

—Lo mismo dijo de mí el que me ha servido con lealtad.

—Lo comprendo; pero yo no puedo consentir...

—Basta. Oid vosotros, Gabriel, Ramiro y Víctor. Ros os entregará esta tarde seis mil ducados. Comprad á mi nodriza pendientes de oro y pedrería, galas que no haya en Nápoles, y con el resto, aumentad vuestra posesion, y no volvais á servir á gobierno alguno.

—No queremos dinero; nos basta con el que hemos sacado de nuestro país.

—Yo os mando que obedezcais, y de no hacerlo, me dariais un gran disgusto.

—Es demasiado, señor duque...

—¡Duque!—exclamó Leon retrocediendo dos pasos; —¡Duque del Imperio! ¡El virey de Nápoles, el héroe, cuyos hechos pregona la fama por el mundo!

—No te voy á rebajar un maravedí, Lambert, pero sí á cortarte la lengua.

—¿Por qué, gran señor? El descuido de Gabriel fué sólo la prueba de lo que yo sospechaba. Dejadme que os admire, que goce al recordar que fuí compañero y guia de tan espléndido, valiente y generoso señor. ¿Quién si no vos podria hacer lo que yo vi, ni dar al mísero caminante lo que voy á recibir? Miéntras permanezcais en Francia enmudeceré, pero luégo, cuando yo averigüe que os hallais al frente de los ejércitos de Felipe II y que no os amenaza peligro alguno, entónces contaré á mi mujer é hijos quién es el poderoso señor que los ha hecho ricos, sirviéndome vuestras insignes proezas de tema

para referirles cada noche una historia, cada dia un ejemplo, y puedan formar coro con la admiracion y el aplauso que yo os tribute. ¡Qué nécio fuí! Os desconocia, y no obstante las mil pruebas de valor, serenidad y acierto que contemplaba á cada instante, dudé de vos, y ¡torpe de mí! juzgaba que íbamos á perecer todos.

—Gabriel, ¿ves á lo que ha dado lugar tu desobediencia?

—¡Perdonad, señor!

—Toma los seis mil ducados, obedece y calla.

—Marta nos va á llamar miserables.

—Decid á mi nodriza que yo lo quiero, y enmudecerá su labio.

—Nos encargó al partir que os diéramos hasta la vida; que no recibiésemos recompensa alguna, y que os amáramos como ella.

—Par diez, que esa idea se eleva sobre mi generosidad. Sean ocho mil ducados, y si volveis á rehusarlos, diez.

—Pero señor...

—No admito disculpa ni réplica.

—Por rico que seais...

—Gabriel, en Malta conquisté una galera cargada de oro, alhajas y brillantes; pertenecia á nuestro enemigo el príncipe Mustafá, y contenia la fortuna de cuatro reyes, la cual se repartió entre los seis hermanos que ya conoces. Más tarde casó Roberto Navarro con la reina Tolopalca, heredera de los Incas, soberanos del Perú, y sus vasallos nos regalaron más oro del que tú puedes imaginar, el que se distribuyó tambien entre los seis. Soy, en consecuencia, más rico que Felipe II, toda vez que además de lo expuesto heredé la inmensa fortuna de mi padre. Y basta con lo dicho para que tomeis los ocho mil ducados, librándome de vuestros necios sermones.

—Supongo que no partiremos miéntras vos permanezcais en Francia.

—Al contrario, mañana marchareis, siendo acompañados por Lambert hasta los Alpes.

—Nos encargó Marta que os dejásemos en España.

—Gabriel, mis dos hermanos están ya en libertad; nos hallamos reunidos los seis, y no existiendo peligro alguno, me estorbais aquí. En cuanto vuelva Ros, salís los cuatro, disponiendo luégo vuestro regreso. Comprad maletas, pues ireis en buenos caballos que os traerán mañana. Dejadme solo.

Los cuatro le demostraron su admiracion y agradecimiento, abandonando primero la estancia donde se hallaba el duque y más tarde el *hôtel.*

Osorio quedó arrellanado en un ancho sillon forrado de damasco; llevaba veinte minutos de estar entregado á sus pensamientos, cuando vió entrar á dos embozados, los cuales le alargaron los brazos, exclamando:

—¡Hermano!

Eran Mauro y Rogelio, que se sentaron á su lado, y cogiéndole cada cual una mano, añadieron á la vez:

—¡Cuánto te debemos y qué bueno eres!

—¡Brava admiracion!—contestó Osorio.—¿Soy acaso mejor que vosotros? ¿Hice algo que no esté al alcance de Rogelio, que es el ménos hábil de los seis? No hablemos de eso, concretándoos á decirme á qué debo tan grata é inesperada visita.

—Nos contó el príncipe tus hechos de Nápoles, lo que has padecido en Francia, y áun cuando convinimos los cinco en no venir á verte hasta mañana, no pude resistir á los ruegos de Mendoza y á mi propio deseo, y sin que lo sepan Julio, Roberto ni Odon, corrimos en busca tuya. ¿Te estorbamos?

—No, amigos mios; gozo mirándoos y sintiendo en las mias el calor de vuestras manos.

—No tanto como nosotros.

—Más; en la ocasion presente me cuesta tanto vuestra libertad, que saboreo con mayor placer que vosotros la dicha de haberos arrancado del castillo de Ibrí.

—Más no puede ser; pero no cuestionemos por eso. ¿Qué hacías?

—Lo que vísteis; descansar.

—Dinos algo sobre el presente y porvenir de la Francia.

—Ofrecí á Julio callar hasta mañana, que estemos reunidos los seis.

—Entónces hablemos de lo que tú quieras.

Y los tres continuaron conversando hasta que entró Ros y dijo á su amo:

—Señor... ¡Ah! ¡El conde de Monterubio; el marqués de Abella!

—Sí, leal sirviente; ya estamos libres, gracias á tu incomparable señor.

—Me alegro tanto como sentimiento debe causar á nuestros enemigos.

—¿Qué traes?—le preguntó el duque.

—Cartas de Madrid, cartas de Nápoles y las letras cobradas.

—Entregas á Gabriel ocho mil ducados; á Lambert lo que le ofrecí, y guarda el resto. Sal.

—Generoso estás, Flaviano,—le dijo Mauro.

—Esos cuatro desgraciados expusieron cien veces la vida por mí, y es poco cuanto les dé.

—Juzgo que habrás gastado veinte mil ducados en Francia, los que te entregaremos Rogelio y yo en cuanto lleguemos á Madrid.

—¿Hay ya entre nosotros tuyo y mio?

—No, hombre, pero el patrimonio de tus hijos...

—Calla, Mauro, ó dejadme solo.

—No te incomodes, Flaviano, ni nos eches, toda vez que sería lo mismo que privarnos de la más grata satisfaccion.

—¿Me anteponeis á Julio?

—No; pero como él mismo ha dicho, en la ocasion presente es tuya toda la gloria de la jornada.

—¡Bah! adulaciones que os sientan muy mal.

—¡Adulaciones!—exclamó el gigante Mendoza con voz de trueno;—pues si te quiero yo más que á mi padre.

—Por eso me desconoceis. Sepamos ahora qué nos dicen de Madrid y Nápoles.

En este instante se presentó Alvaro Zalla, cubierto de polvo y manchadas sus botas de ante con el sudor del caballo que concluia de dejar. Saludó á los tres, y se sentó sin expresar más frases. Cuando el duque acabó de leer y de comentar sus cartas, preguntó á Alvaro:

—¿Venís cansado?

—No; una carrera de cinco leguas nada supone para nosotros.

—En poco tiempo las anduvísteis.

—Me encargásteis que volara, y os he obedecido.

—¿Qué os dijo el jefe hugonote de Sèvres?

—Me contestó que le llevase yo á su rey el despacho, que él no tenía órden de obedecer á un extranjero. Entónces le enseñé el pergamino, é inclinándose al leer su contenido, añadió: «Antes de dos horas habrá recibido ese documento S. M.» Delante de mí dispuso que partiera su segundo, y seguidamente me despedí de él, mandé dar un pienso á mi potro, y convertido en viento, regresé.

—Dadme el pergamino. ¿A qué hora comeis vosotros?

Preguntó el duque á Mauro y Rogelio. El último contestó:

—A las cuatro nos ha citado el príncipe.

—Pues ha dado ya la media.

—Vámonos, Mauro; al lado de Flaviano vuela el tiempo.

—Lo peor es que dista una legua de aquí el palacio de Foix.

—No importa; se echa el paso largo, y llegamos en quince minutos.

—Si yo tuviera las piernas tan largas como tú...

—¿Llevais cota debajo del traje?

—Sí.

—Pues no os detengais, diciendo á Julio, Odon y Roberto, de mi parte, que vengan mañana todo lo temprano que quieran.

Salieron el conde de Monterubio y el marqués de Abella.

Media hora después se sentaron á la mesa el duque y Al-

varo, y cuando éstos concluyeron, los dos criados, Leon, Gabriel y sus hijos en la habitacion contigua. Algo más tarde recibió Flaviano un pliego con el pasaporte y el nombramiento que pidió á Silva, cuyos documentos entregó á Gabriel y á Leon.

A las nueve de la noche mandó el duque á los seis que cerraran las puertas y se acostasen; dió algunas órdenes á su criado, referentes á la partida de los tres italianos y el francés, y añadió, dirigiéndose á Zalla:

—Acostémonos nosotros tambien.

—¿Tan temprano?

—Sí; me he propuesto descansar y reponerme en quince dias que tengo de tregua.

—¿Pero vais á estar sin salir de casa?

—No; mañana, después de despedir á los que parten, haremos los dos un encargo á pié, y desde el siguiente dia en adelante saldremos á caballo ántes de almorzar y comer; de este modo estimularemos el apetito, la vista se recreará en las calles y alrededores de París, y sin violencia alguna veremos pasar ese tiempo.

—Buena idea; tenemos gratas noticias de Madrid, satisfactorias de Nápoles, y esto contribuirá á matar el hastío y la incertidumbre.

Y buscaron el lecho, entregándose ámbos al poco tiempo á tranquilo sueño.

Antes de las siete de la mañana se levantaron; reconoció el duque las galas y joyas compradas á Marta, y una hora después despidió á Lambert, Gabriel y sus hijos, enternecido por las abundantes lágrimas de cariño y agradecimiento que aquellos vertian.

—Basta, hijos,—exclamó;—esos sollozos me hacen mucho daño. Coged vuestras maletas, y partid; en el zaguan os esperan cuatro caballos sujetos del diestro por los criados de Zalla y mio.

Aquellos obedecieron, oyéndose todavía por algun tiempo los lastimeros ayes que exhalaban.

Diez minutos más tarde corrian los cuatro en direccion de los Alpes, con el corazon dolorido, limpiándose las lágrimas, y bendiciendo al duque del Imperio.

A la vez decia aquél á Don Alvaro:

—Embocémonos y salgamos. Mi capa, Ros.

—Aquí está, amo mio.

—Esta tarde comen con nosotros mis cinco hermanos y los dos del maestre; di al dueño del *hôtel* que no economice nada, y á las sobrinas...

—Que tienen rostro de ángel.

—Por cuya razon deben huir del tuyo, que se parece al del diablo.

—¡Pues si creen que soy tan guapo!

—Luégo enteraré al tio de todo. Que tengan dispuesto el almuerzo para las nueve.

Y salieron, entrando luego en una platería de las mejores de París. Osorio pidió un lápiz y papel, tiró unas cuantas líneas, preguntando al dueño del establecimiento:

—¿Conoceis lo que he dibujado aquí?

—Parece una caja.

—Sí; la quiero de oro. ¿Podeis hacerla?

—¿Qué peso ha de tener?

—De ocho á diez y seis onzas, y en el centro de la tapa una I formada con brillantes al aire.

—¿Para cuándo?

—¿Qué tiempo necesitais?

—Ocho dias.

—¿Y añadiendo á los lados de la inicial las armas de Francia y de España?

—Doce.

—Aquí estaré al terminar el último.

—¿Quereis que os la lleve á vuestro palacio?

—No le tengo en París. ¿Deseais dinero?

—Cuando os la entregue.

—Si desconfiais...

—Callad, señor; la mano maestra que ha trazado estas líneas no puede pertenecer á hombre vulgar ni á ninguno de esos séres que cada dia piensan de modo contrario.

—Que el cielo os guarde.

—El os acompañe, noble señor.

Salieron, diciendo el duque á Zalla:

—Ahora vamos á almorzar; después escribiré á Madrid y á Nápoles, y unidos luégo los nueve, pasaremos una tarde y noche deliciosas. La idea llena el colmo de todas mis aspiraciones de hoy en París.

—Y las mias; el banquete que nos espera valdrá más que el que pudieran ofrecernos todos los monarcas del mundo reunidos.

Hablando así, llegaron al *hôtel,* sentándose poco después á la mesa.

A las once escribió el duque á Madrid y Nápoles, contestando á las cartas que recibió el dia ántes. Vitali y Angelina eran dichosos, y Osorio desde París continuaba aconsejándolos y ofreciéndoles su proteccion y apoyo; el ex-conde Vignati, unido á Busato, excitaban la admiracion con su conducta ejemplar, y Nápoles, en fin, proseguia tranquilo y sosegado.

A las dos mandó el duque depositar las cartas en correos, y algo más tarde vió entrar siete embozados seguidos de otros tantos sirvientes. Eran Julio de Silva, sus cuatro hermanos restantes, Andrés y Fermin Zalla.

Sentados los siete, teniendo en medio al duque y cerca al maestre Don Alvaro, hicieron referir al príncipe su viaje desde Marsella á París. En el mencionado puerto le aguardaban vários grandes franceses y una escolta que no bajaba de quinientos hombres, con los cuales atravesó la Francia despacio, con comodidad y sin impedimento alguno. Los católicos, sus amigos, le vitoreaban, y los hugonotes, sus contrarios, los veian pasar sin oponerles dificultad alguna, inclinándose ante el número y calidad de sus enemigos.

Concluido el relato, el cual no ofrecia nada extraño ni sor-

prendente, pidieron todos que contase Osorio cuanto le habia acontecido desde que salió de Nápoles hasta aquel momento. Así lo hizo nuestro héroe, no omitiendo cosa ni detalle alguno. La bella forma que daba á su relato, lo minucioso y la manera que tenía de presentar los hechos, unidos á la verdad y grandeza de los acontecimientos, fueron causa de que sus cinco hermanos y dos Zallas se enternecieran unas veces, lo aplaudiesen otras, y le oyeran durante todo el discurso con tanta admiracion como sorpresa. A las cinco se sentaron á la mesa, siendo servidos por sus propios criados, reinando en el banquete un cariño fraternal que superaba á toda descripcion. El príncipe, tan modesto como héroe y sábio, brindó cien veces por el vencedor de Nápoles y el hombre que cruzó más tarde la Francia, corriendo unas veces como el águila, bañados otras en sangre sus delicados piés, abriéndose paso á tiros las más, y concluyendo, en fin, por realizar várias ideas maravillosas y difíciles.

Terminado el banquete y abrumado el duque del Imperio por tanto obsequio y distincion como estaba mereciendo de sus hermanos y Zallas, hizo uso de la palabra por primera vez, para decir:

—Señores, soy el discípulo de Julio, el compañero inseparable de vosotros cuatro; el primero me enseñó, los restantes me ayudaron, y nada hay en mí que merezca...

—No, no,—le contestaron interrumpiendo su discurso; el conde de Santomera, añadió:

—La libertad de Syra en Malta; la presa que hiciste á Mustafá en las aguas de dicha isla; tu sublime abnegacion al ofrecer tu vida por la del anciano Alberto de Silva, con tus hechos de Nápoles y Francia, te elevan sobre nosotros cuatro y te acercan tanto al príncipe nuestro hermano, que te confunden con él. Eres el más diestro, el más habil, tan valiente como cualquiera de nosotros, y tu generosidad supera á la de los cinco. Si te dejásemos, acabaria pobre y mísero el hombre que conquistó con su espada y valor la fortuna de dos reyes;

pero no será así; el duque del Imperio se igualará á nosotros en recursos materiales, ya que nos aventaje en los restantes: ocho dias después de llegar á Madrid, tus arcas vacías contendrán la misma cantidad que las nuestras.

—No lo toleraré,—añadió Osorio;—primero...

Silva le interrumpió:

—Basta, Flaviano; Odon ha dicho la verdad en todo, y lo que él propuso al concluir se realizará, á no ser que obstinado y terco, nos obligues á que recompensemos tus servicios, en cuyo caso te entregaré cuanto poseo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Sea lo primero, hermanos, y hablemos de otra cosa. Hubo un tiempo en que me halagaba el aura popular, me envanecian los aplausos, y anhelaba, jóven aún é inexperto, ese coro adulador que rodea y sigue al caudillo; pero ni entónces ni ahora me agradaron vuestras lisonjas.

—Son verdades.

—No importa; entre nosotros no debe haber excepcion, y léjos de remunerar mis servicios, vuestros halagos me entristecen y afectan; lo que hago por vosotros está en mi corazon, en mi índole, en mi propia causa; al defenderos me defiendo: no separarme de vosotros cinco, si quereis que sea dichoso.

—¡Muy bien!

Exclamaron los ocho. Silva continuó:

—Puesto que así lo deseas, ocupémonos del porvenir. ¿Qué opinas del estado de nuestros asuntos en Francia?

—Que se realizará cuanto deseamos. ¿Hay algo en el mundo que resista ante la voluntad y esfuerzo de los seis?

—No, no.

—Bien, hermanos,—prosiguió el príncipe;—mas Felipe II se agrava por momentos, nuestras esposas é hijos suspiran, y es conveniente regresar á España con la brevedad posible.

—Julio,—contestó Flaviano,—convence á los católicos de París, y ántes de un mes abandonaremos la capital de Francia.

—Lo difícil no es eso; Enrique IV se negará.

—O no; logra tú lo que te propones, que el resto yo lo haré.

Los nueve prosiguieron hablando hasta las diez de la noche, en que un triste abrazo despidió al duque y á Don Alvaro de los otros siete. Las ocho horas trascurridas fueron una ráfaga eléctrica que cruzó sobre ellos radiante y placentera. Solos ya aquellos, llamaron á sus criados para que los desnudasen. Osorio dijo á Ros:

—Desde mañana pasearemos á caballo el maestre y yo, de ocho á diez y de dos á cuatro de la tarde.

—¿Y nosotros dos?

—Os quedais aquí.

—¿Qué traje?

—El que me regalaron en Versailles; el color de mi cútis un poco oscuro, espada y gaban de pieles.

—Me complace que hagais esa confianza de mí; ya os habreis convencido que vuestro leal criado toma los consejos de su amo y respeta la propiedad ajena.

—Hipócrita; mañana hablaré con el dueño del *hôtel*.

—Será inútil; lo he prevenido, y os dará informes de mí que han de merecer vuestros elogios.

—Le habrás engañado; pero yo lo sacaré de su error.

—Os han de gustar sus sobrinas. ¿Quereis que os las presente?

—Gracias. Anda con cuidado y no me obligues á que te case con una de ellas.

—¡Santiago me valga! Son demasiado grandes los piés y las manos para un andaluz tan proporcionado como yo.

—Abrevia.

Media hora después dormian los cuatro, soñando con las delicias de un banquete en el que sus principales viandas fueron el cariño, la satisfaccion y la homogeneidad de ideas y pareceres.

CAPITULO XXIV.

Concluye el plazo.—La reina Margarita y el duque del Imperio.— Plan de difícil realizacion.

LLEVABA el duque del Imperio dos dias desde su llegada de Ibrí; le habia dado quince al príncipe de Italia para el arreglo de los asuntos de la capital, empleando él los dos trascurridos y once más en pasear á caballo, recoger su caja de oro y descansar.

En la noche del que hacía el trece, llamó á Ros, diciéndole:

—Te levantas mañana á las seis, y unido á tu compañero, ensilla los cuatro mejores caballos que haya en las cuadras de mis hermanos, teniendo en cuenta que partiremos á las ocho, sin equipaje alguno, pero provistos de pistolas y cargas. Cierra los armarios, guardando ántes cuanto nos pertenece, y dices al fondista que tardaremos tres ó cuatro dias en regresar, pero que corren por nuestra cuenta las habitaciones.

—¿Vamos muy léjos?

—No.

—¿Qué más?

—Eso sólo; desnúdame.

A la mañana siguiente montaron los cuatro á la puerta del *hôtel* en la forma expuesta, abandonando París. Anduvieron cuatro leguas, deteniéndose en una aldea ó pueblo muy pequeño que habia en el camino de Auvernia á Versailles. Existia una sola posada en dicho punto, y en ella se hospedaron nuestros viajeros. El duque dijo á su criado:

—Llevad los caballos á la cuadra, y averigua tú luégo si han pasado por aquí quinientos jinetes acompañando á la reina Margarita.

Y se entró en la habitacion que tenía tomada, seguido de Zalla.

Media hora después regresó el sirviente del duque, diciéndole:

—Señor, la reina no ha llegado, pero se la espera de un momento á otro; en cambio vino ayer un correo de Versailles, el cual aguarda el arribo de S. M. para adelantar la noticia y que pueda salir á recibirla su régio esposo.

—¿Nada más supiste?

—Hay gente apostada á media legua, que nos avisará con tiempo la aproximacion de la augusta señora. Piensan echar las campanas á vuelo, y salir al encuentro las autoridades de este pueblo.

—Perfectamente; segun mis cálculos, debe llegar esta noche; por consiguiente, y si ántes no lo verifica, ten mi caballo dispuesto para en cuanto anochezca.

—¿Vais solo?

—Sí.

No se habia equivocado el duque en sus conjeturas; á pesar de lo acelerado de la marcha, S. M. no llegó en todo aquel dia, si bien parecia probable que arribase por la noche, que era lo más conveniente á Osorio.

En el momento que oscureció, montó aquél á caballo, y cubriendo parte de su rostro con el cuello del gaban, salió del pueblo, despacio y como si se tratase sólo de dar un paseo.

De este modo anduvo un cuarto de legua, deteniéndose á un lado del camino. Inmóviles caballo y jinete esperaron hasta las nueve de la noche. De pronto vió correr cuatro hombres, que eran sin duda los apostados por el pueblo, y algo más tarde oyó el ruido producido por las pisadas de muchos caballos.

Era efectivamente la reina que venía escoltada por el amigo de Osorio, ó sea el coronel Faure, comandante general que fué de La Queue. S. M. iba en una carroza, llevando á su izquierda un caballerizo y á la derecha al jefe de la fuerza. El carruaje parecia ligero para lo que se acostumbraba en aquella época, y el tiro de éste, como el resto de la caballería, caminaban á un trote largo.

Flaviano vió pasar el correo, luégo parte de la comitiva, y cuando el coche estuvo frente á él, se descubrió, poniéndose al lado de su amigo, al cual dijo:

—Bien; habeis tardado lo puramente indispensable.

El coronel le miró con sorpresa; pero al reconocerle, exclamó, echándose un poco atrás:

—¡Ah! Vuestra mano, señor; hé aquí la mia, que desea nuevamente la honra que le estais otorgando.

—¿Hablásteis con S. M?

—Sí, señor.

—¿Os dijo quién era yo?

—No; pero lo infiero.

—¿Ganásteis su voluntad?

—A medida de mi deseo.

—¿Qué dice de mí?

—Que anhela veros. Por Dios que no sabe hablar de otra cosa que del músico calabrés.

—¿Estais satisfecho?

—Completamente.

—¿Puedo contar con vos?

—Para todo.

—¿Cómo dejais el interior de Francia?

—Tranquilo y sosegado.

—¿Me buscaron los de Guisa?

—Con empeño; pero se encontraron conmigo, y confiaron su salvacion á la velocidad de los caballos que montaban.

—¿Os vais á detener en el pueblo próximo?

—Sí; S. M. desea dormir aquí, saliendo á las cinco de la mañana para llegar á las diez á Versailles.

—Es preciso que la hable esta noche sin testigos.

—Se lo diré en cuanto baje de la carroza.

—Os espero en la única posada que existe.

—Allí se alojará la escolta, y podré ir á buscaros sin infundir sospecha.

—Conviene disimular.

—Lo sé.

—¿Quiénes acompañan á Margarita?

—Sólo tres damas; su restante servidumbre viene detrás.

—¿Y Canillac?

—Demostró un deseo vehemente en seguirnos; pero se lo impedí en nombre del rey, y queda en Usson esperando órdenes.

—¿Os refirió la reina la leccion que le dí?

—Delante de él, burlándose como tiene de costumbre.

—Me quedo atrás; ocupad vuestro puesto, y hasta luégo.

—¿Me negais la mano?

—No; adios, Mr. Faure.

—El cielo os acompañe, gran señor.

El duque dejó que pasara el resto de la caballería, continuando en pos hasta el momento de entrar en el pueblo, en cuyo instante picó á su potro, llegando á la posada por entre hachas de viento y al son de las campanas y de algunos instrumentos de música. Ros le cogió el caballo, y Zalla, que le esperaba al balcon de su cuarto, le preguntó:

—¿Qué ocurre, señor?

—Que viene la reina.

—Allí veo su coche; se detiene en la casa del ayuntamiento.

—Sí; pasará la noche en ella.

—¿Y nosotros?

—En esta posada hasta que amanezca.

—Se retira la escolta, dirigiéndose hácia aquí.

—No hay otro parador en el pueblo.

—Todos se van.

—Entremos, y cerrad ese balcon.

—Poco la han vitoreado.

—No os extrañe; Francia tiene hoy vários reyes y ninguno; de lo contrario, nos hubieran atronado los oidos el resto de la noche. En este país fué siempre donde más se gritó y en el que se hace todo, absolutamente todo, de una manera exagerada.

—Son alegres.

—Sí, y farsantes como ellos solos.

—El príncipe los calificaba un dia de *saltimbanquis*.

—Julio, que es un sábio, dice cosas muy buenas.

—Hasta las campanas cesaron de tocar.

—Todo ello es miedo; son hugonotes los que acompañan á Margarita, y temerán que mañana les pidan cuenta los católicos de los festejos que hacen hoy.

—¿Puedo saber, mi querido jefe y protector, á qué hemos venido á este pueblo?

—Vos, mi criado y el vuestro á tener el gusto de acompañarme.

—¿Y S. E. el duque del Imperio?

—Ese verá á la reina, Dios mediante, y luégo dormirá un poco, si S. M. se lo permite.

—¿Todo eso podeis decirme?

—Sí; os basta.

El maestre y el general continuaron hablando hasta las diez de la noche, en que apareció en la estancia donde se hallaban un embozado, el cual preguntó al duque:

—¿Es persona de confianza este caballero?—Y señaló á Zalla.

—Sí, general Faure.

—Aún no, Jacobito.

—Faltan veinticuatro horas escasamente, y debo adelantaros la enhorabuena.

—¿Conque este señor?..

—Es mi amigo el maestre Zalla.

—¡Ah!.. ¿Uno de los dos hermanos que estuvieron prisioneros en Ibrí?

—No; es el otro.

—Ya; Mr. Alvaro, protegido del muy poderoso señor duque del Imperio.

—Efectivamente; Flaviano de Osorio estima mucho á los tres; pero algo distinguió siempre á Don Alvaro.

—¿Creeis que no contará nada de lo que hablemos,—preguntó el coronel con ironía,—á su señor el duque?

—Nada.

—¿Luego teneis confianza absoluta en él?

—Por supuesto.

—Entónces os diré, con permiso del maestre y con prévia recomendacion de que no cuente nada á Osorio, que la reina, mi señora, os aguarda.

—¿Sola?

—Ni las moscas os han de oir.

—Por Dios que lo siento.

—No lo comprendo.

—Yo sí.

—Y yo tambien,—dijo Zalla sonriendo.

—Pues entónces haced de modo que los tres lo sepamos.

—No; es la reina demasiado bella, excesivamente voluptuosa, y podia ofenderse.

—No he visto manera más delicada de descubrir un secreto.

—Entiendo, Faure, que fué una broma como la vuestra relativa al duque del Imperio.

—Así lo he comprendido.

—¿Sois uno de los centinelas encargados de que nádie nos interrumpa?

—¡Vaya una pregunta! Eso quiere Margarita, pero...

—Sed franco.

—¡Maldita franqueza! Camino por mi banda con unos papeles que enturbian...

—Coronel, S. M. merece...

—Gracias; opino por ocupar vuestro puesto en esta habitacion, y pasar la noche conversando con el favorito del duque del Imperio.

—¡Qué dirá el mundo!

—Lo que yo temo es hacer lo contrario y que diga algo. Que os espera la reina.

—Teneis una prisa por desempeñar esta noche vuestra honrosa mision, que me admira.

—Mr. Guzman, vos usais de gran confianza con la augusta señora. ¿Es cierto?

—Creo que sí.

—Entónces hacedme un favor.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Jurad ántes que me concedereis la gracia que voy á demandaros.

—No; sepamos primero lo que es.

—Decid á la reina que me habeis mandado á cualquiera parte; aunque sea á París, por exigirlo así una intriga ó una causa cualquiera. Vos teneis mucho talento, y os será fácil disculpar el hecho.

—¿Qué os proponeis?

—Quedarme con el maestre Zalla hasta vuestro regreso.

—¡Vos, coronel del partido hugonote, con un maestre de campo español, católico, que se batió en Dreux contra el príncipe de Condé al que vos defendiais, y tan fanático como su protector el duque del Imperio! Imposible; os íbais á matar, y debo evitarlo á todo trance.

—Os juro que con tal de no desempeñar el papel que me

han encargado ántes, me paso, al ménos por esta noche, al bando de Mr. Alvaro, y hasta le he de adular.

—Faure, *la cabra siempre tira al monte*, y no me fio de esos propósitos; está más en armonía con vuestras creencias y con el respeto y sumision que debeis á la esposa de Enrique IV la ciega obediencia á lo que os acaba de mandar. Vámonos.

—¡La esposa de Enrique IV! ¿Habeis pronunciado esas frases con tranquilidad de conciencia?

—¡Quién lo duda! Corro á obedecerla, que es reina y bellísima.

—¿Sí? Pues yo me siento junto á Zalla, y aquí me hallareis al regregar. Maestre, hablemos del duque: ¿dónde se halla?

—Aquí... estais mal, coronel; acompañad á vuestro amigo, en pos del cual jamás hace un caballero papeles ridículos.

—¿Me lo jurais?—preguntó Faure á Flaviano.

—Sí; procurais que nádie escuche mi conversacion con S. M.; mas en el momento que me oigais toser dos veces, os presentais en la estancia donde nos encontremos.

—¿Qué pretexto alego?

—Señor, me decís, el príncipe de Italia os espera.

—¡Qué príncipe, si está en Madrid!

—Se halla en París, en el palacio de Foix.

—No lo sabía.

—Si se obstinase Magarita en continuar hablándome, os quedais.

—¿Y si me echa?

—Yo haré indispensable vuestra presencia.

—Mr. Guzman, me habeis puesto en un compromiso...

—¿Desconfiais de mí?

—Eso no.

—En ese caso, haced lo que os digo, y callad.

—Es tan bella Margarita de Valois...

—Más lo es mi esposa; le juré al pié del ara lealtad eterna, y no la he faltado ni le faltaré.

—Pues cuentan que en ese terreno resbala á menudo el afortunado caballero.

—Dichos de gente ignorante que me desconoce por completo. Coronel, preví un compromiso para ámbos, y me he propuesto que me ayudeis á evitar sus funestas consecuencias.

—Ahora todo lo comprendo. Partamos, que no es hidalgo hacer esperar mucho tiempo á una dama.

Ambos se despidieron de Zalla, dirigiéndose acto contínuo á la casa ayuntamiento.

Se hallaba Margarita en un saloncito cuadrado, dispuesto para ella con el lujo que les fué dado acumular á los habitantes de aquel pequeño pueblo. Los espejos eran desiguales; la sillería antigua, las mesas diferentes, los cuadros no guardaban simetría, porque cada mueble, con raras excepciones, era de casa distinta, pero todo parecia bueno, y no presentaba mal aspecto aquel desórden hijo de la variedad de objetos.

En un extremo del mencionado saloncito, sentada en sillon de nogal y damasco, se veia á la reina Margarita, luciendo un vestido de terciopelo verde, cerrado hasta la golilla que cubria parte de su cuello; un cordon de oro y pedrería ceñia su cintura, y en el prendido que adornaba su cabeza sobresalian hermosas perlas y diáfanos brillantes que intentaban prestar luz y belleza á su radiante faz.

Las tres damas que la acompañaban se habian retirado, por casualidad, á otra habitacion distante, hallándose el salon rodeado por la parte exterior de centinelas que aparentaban guardar la augusta persona, y en realidad no servían para otra cosa que para vigilar é impedir el que se acercase algun curioso.

Llegaron el coronel Faure y el duque del Imperio; el primero comenzó á pasear por delante de la puerta de entrada, en tanto que el segundo penetraba, haciendo á la reina una elegante y cortés reverencia. Luégo besó con respeto la blanca y diminuta mano que la esposa de Enrique IV le ofrecia con entusiasmo, acompañada de las siguientes frases:

—Bien venido, músico calabrés; ahora Jocobo de Guzman, luégo, sábelo Dios.

—Bien hallada, mi reina y señora. El mundo es una comedia, y yo, cómico de aficion, cambio de traje, color y nombre, segun lo requiere la escena que represento.

—No he conocido actor tan bueno en los treinta años que tengo de existencia.

—Nádie diria que contábais bien, si sólo se fijase en vuestro rostro y talle.

—¡Ay, Guzman! hace diez años que nos conocimos, y el tiempo corre con más rapidez de lo que á ámbos nos conviene.

—Cierto; mas pesa mucho sobre unos y muy poco sobre los ménos, en cuyo caso se halla V. M.

—Luégo te contestaré. ¿A qué debo tu inesperada visita en esta aldea?

—¿No lo supone V. M?

—No, y en verdad que me alegraria fuese extraña á ese cúmulo de intrigas que el hábil cómico está desarrollando.

—Gracias por el adjetivo, y por cierto que no me explico la causa que impide á mi reina y señora adivinar el motivo de mi presencia aquí.

—¿Se refiere al pensamiento que realizas?

—Sí, señora.

—Siéntate.

—No sé si debo...

—Hazlo, y no aguardes nunca á que yo te lo mande.

—Gracias.

—Sé que tus hermanos se hallan en libertad, é infiero que conseguiste el cambio de cartas, toda vez que no puede deducirse otra cosa de los acontecimientos habidos en La Queue, que me refirió Faure, y del empeño que demuestra Enrique en llevarme á su lado.

—Así es la verdad.

—¿Cómo arrancaste á Guisa la terrible caja?

—A cambio de una niña que le robé.

—Me lo ha dicho el jefe de mi escolta, pero no comprendo nada de eso.

—Yo juzgué que V. M. tenía conocimiento de las relaciones que sostiene el duque con Eugenia Depas, y de la hija que el destino les concedió, llamada lo mismo que su madre.

—¡Qué estás diciendo, insensato!

—¡Extraña admiracion! ¿Por qué aparece de carmin el rostro de V. M? ¿Qué hay de extraño en que Guisa, torpe y voluble, ó buen amante y padre, como querais, tenga más en estima á su hija que una caja de oro llena de papeles?

—Es que estaban escritos y firmados por mí.

—Es que la niña tiene su sangre y la madre su amor.

—¡Pruebas, duque del Imperio!

—¿El cambio de la caja, que presenció Faure, las frases del coronel Grimaud, y los noventa soldados que perdió, no son suficientes? En caso contrario, Enrique de Borbon, vuestro esposo, que vale mucho más que Guisa como hombre, como caballero y como soldado, os las puede dar; y si no os bastase la palabra de un rey, id á París, y desde el poderoso al mísero vendedor, en boca de todos vereis confirmada una verdad que, al parecer, sólo V. M. ignora.

—Será así, mas no quiero creerlo.

—Señora, el duque del imperio jamás mintió.

—¿Qué edad tiene esa niña?

—Seis años.

—¡Seis años de engaños, falacias y mentiras!

—Si se refiere V. M. á las relaciones amorosas de Guisa con Eugenia Depas, cuentan más de ocho.

—Duque, tu talento tiene la mala costumbre de jugar con el corazon humano hasta hacer de él el instrumento que mejor le cuadra.

—Puede; pero jamás engañé á mujer alguna fingiéndola un amor que no le tenía

—Pues dicen, desde los reyes hasta los míseros vendedores, que tus conquistas amorosas no tienen número.

—Allá en mi juventud, cuando, soltero y libre, recorria el mundo, abriéndome paso con mi espada y valor, daba tregua á mis fatigas guerreras galanteando á cuantas bellas acertaba á ver; pero esto lo sabían todas, ninguna ignoraba que era *ave de paso*, ni hubo una sola que oyera decir al capitan, maestre ó general Flaviano de Osorio, por escrito ó de palabra, *yo te amo, seré tuyo, cuenta con mi constancia*, ni nada, en fin, que entorpeciese las alas del *ave de paso*. ¿No recuerda V. M?..

—¡Sí, sí, de todo me acuerdo, y te juro que Guisa!..

—No empañe V. M. sus finos y bellísimos labios con el nombre de un sér que sólo merece vuestro desprecio.

—¿Te has propuesto que le aborrezca, *ave de paso?*

—No, señora; dije la verdad, dejando á V. M. en actitud de que le ame ó le desdeñe cuanto quiera.

—Hace poco parecias su rival.

—¡Qué locura! El duque del Imperio no tuvo para sus contrarios otra cosa que una espada llamada invencible. Perdone V. M. la falta de modestia, pero es otra verdad, que no me ha sido posible ocultarle.

—¿Entónces, qué te propones? Me estás dando un rato cruel.

—Deseo que V. M. éntre en su espléndido palacio de Versailles, conociendo á fondo todas las cuestiones que le interesan.

—A que intentas que ame á mi esposo.

—Claro es.

—Deliras, Osorio.

—Enrique es valiente como pocos, generoso hasta lo inimitable, caballero sin igual, constante sin segundo; rey, al fin, que os puede ofrecer una corona de amor, otra de reina, y otra, la más bella, de casta y virtuosa.

—Buen sermon está: diré al diablo, metido á predicador, que Enrique es celoso, celoso hasta el infinito, exigente como monarca, y avasallador como militar.

—Tres cualidades que sólo puede aplicar el hombre á una

mujer cuando la ama con idolatría. ¿Os parece mejor lo de sostener relaciones ocultas, tan ocultas que las sabe toda Francia; llamar hija á la niña Eugenia, y vender el secreto de una reina á un desconocido, á un extranjero que osó robarle una prenda del objeto de su amor?

—Duque, me confundes, y tus ideas llegan á mi alma para jugar con ella á su antojo. ¿Qué hiciste de las verdaderas cartas que te dió Guisa?

—Aquí están. Vedlas en esta bólsita que va pegada á mi corazon.

—Dámelas.

—Es el postrer obsequio que pienso hacer á V. M., y por ser el último, lo reservo para el momento en que me despida y marche á Madrid.

—No; las guardas como arma que piensas esgrimir en caso necesario.

—Expuse mi vida por ellas; por ellas exhalaron el último suspiro noventa infelices, y por ellas tendré que matar aún á Lorena, á Grimaud, y sabe Dios cuántos más.

—Gana mi corazon, tendrás mi voluntad, y no se dirá nunca que el duque del Imperio necesitó para vencer de recursos que rechaza el caballero.

—Me hallo en país extranjero; desconozco el terreno, y todo es poco para no caer, tal es su mala calidad. Pero si V. M. desconfía de mí, si me juzga capaz de una villanía, se las daré con mi vida si su honra y fama necesitan de ella.

—Consérvalas el tiempo que quieras; mas ya que has sembrado en mi corazon el martirio y la pena, dime al ménos todo lo que te propones en esta entrevista.

—Señora, libres ya mis dos hermanos y reunidos los seis, sólo el interés de la Francia y el de V. M., que contribuyó poderosamente al logro de mis deseos, me detienen aquí.

—¿Qué pretendes hacer en un país con cuyos habitantes estuviste siempre en guerra, y á los que indudablemente aborreces?

—Pienso, si V. M. me ayuda, dar término á esa sangrienta lucha que asola los campos, destruye á los franceses y aniquila cuanto existe en él. Intento á la vez fijar en las sienes de Enrique de Borbon, vuestro esposo, la corona real de los Valois, y obligarle á que dé asiento en su trono á la excelsa princesa que tiene la bondad de escucharme.

—¿Qué más?

—Luégo marcharé á España con mis cinco hermanos, y á ser posible, me ocultaré en el hogar doméstico el resto de la vida.

—¿No te propones ninguna otra cosa?..

—Nada, señora; os lo juro por la fe de caballero.

—¿Qué papel me reservas en la difícil escena que vas á representar?

—Os repito lo que en Usson; el más importante.

—Probablemente uno superior á mis fuerzas.

—No hallo nada imposible para una reina del talento y abnegacion de V. M. El mio, señora, es más expuesto aún, más violento; soy extranjero, nada parece que debia importarme la suerte de Francia, y sin embargo de eso, lo desempeñaré gustoso, hasta donde alcancen mis fuerzas y lleguen los sacrificios del que todo piensa arrostrarlo por el bien de la humanidad.

—¿Qué quieres que haga, duque?

—Vuestro marido leyó con avidez las cartas que vos escribísteis á Guisa; es decir, las copias que yo le dí; os juzgaba adúltera, y al devorar con la vista la última, vió únicamente en su esposa la mujer fanática por el catolicismo, y en verdad que bendijo entusiasmado el error en que creyó estar hasta entónces.

—Eso es por lo ménos verosímil, Osorio.

—Es la realidad, señora; me hallaba presente, y nunca exajero.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que V. M. debe apresurarse á confirmar con hechos y frases el contenido de aquellas cartas.

—Si no es más que eso, concedido; mi religion es la católica, y sin violencia alguna le demostraré mi entusiasmo por ella.

—Es preciso algo más; es necesario que entre esos halagos y caricias con que la esposa endulza la existencia agitada y turbulenta de su guerrero esposo, haya, además del entusiasmo por su religion, algo exigente y dominador.

—¡Halagos y caricias! ¿Sabes lo que me pides?

—Sí, señora; el bien de la Francia, el término de una guerra fratricida, la tranquilidad y sosiego de millones de almas.

—¿Qué debo pedir á mi esposo, Flaviano?

—Que abjure, se haga católico, y rey sin oposicion alguna; que gobierne como puede hacerlo un monarca de su valor, talento y energía.

—¿Se opondrá el partido hugonote?

—Ese se compone, en general, de jefes que sólo aspiran á gobernar el país, y con dejarles los cargos que tienen hoy se darán por satisfechos.

—Los católicos no podrán aceptar al excomulgado...

—Mi hermano Julio trajo de Roma el perdon de Su Santidad, que ya abre sus brazos al valeroso Enrique IV.

—Pero Felipe II se cree con derecho á reinar en Francia, y su poder es inmenso.

—Caduco ya, achacoso y sin fuerza alguna, se retiró al Escorial mi rey y señor, y allí implora la clemencia Divina en favor de su espíritu.

—Mas su hijo...

—Démosle á vuestro marido toda la Francia, y luégo será difícil que encuentre soberano ó príncipe capaz de disputarle su corona.

—Supongamos que yo tuve el suficiente valor para fingir amor y ternezas, y, apoyando tu idea, se logra cuanto acabas de exponer. ¿Qué suerte reservará entónces el destino á la infeliz mujer que se ve obligada á sucumbir ante un hombre que ódia y aborrece?

—Señora, si no consiguiérais aficionaros á un hombre tan valiente y caballero, como lo es Enrique de Borbon, cuando todo haya terminado, cuando la Francia os deba su paz y ventura, decídselo con franqueza, rogadle que os repúdie, fundada en vuestra esterilidad, y libre de él, acabad vuestros dias como más os agrade.

—¿Accederá?

—No lo dude V. M.; si Enrique lee lo que pasa en vuestro corazon, y se convence de que le es imposible conseguir vuestro amor, pedirá el repúdio y hasta os perdonará.

—Aun logrado esto, contemplo á Guisa tan miserable como tú me lo has presentado ántes, y en verdad que se me acerca el porvenir más horrible que nunca.

—No penseis en quien jamás os mereció, en el villano que mentia amores, y engañaba á la que debió adorar. Fijaos bien en el hombre que Dios os destinó por esposo; estudiad sus bellas cualidades; dominad vuestro corazon; vencedlo, y no perdoneis medio ni sacrificio alguno para cruzar el sendero de la vida apoyada en el robusto brazo del único hombre que os pertenece; del único que os puede hacer reina, que os puede honrar, que os puede ceñir la corona de casta y virtuosa. Porque os amo y respeto, os aconsejo así. El rey de Francia vale más que todos los Guisas juntos y que el duque del Imperio.

—Tal empeño me confunde.

—Señora, no acostumbro á mentir á mis enemigos, mucho ménos á mi noble aliada; al hablaros de Enrique, hago sólo justicia á sus méritos personales.

—Si á pesar de todo eso, duque, si áun mirando á mi esposo por el prisma que tú me lo presentas, lo rechazase mi corazon, ¿qué hago entónces?

—Tomad mi consejo, y si el destino os negase la dicha de amar á un hombre que tanto vale, entónces se presentan dos caminos á vuestra eleccion.

—Habla.

—Obtenido el repúdio, buscad asilo en un monasterio re-

tirado, y si eso tampoco cuadrase á reina tan bella, no os faltará un hombre que llene el vacío de vuestro corazon.

—Acepto. Necesito tres dias, empezando desde mañana, para fingir amores y ternezas, obligar á mi esposo á que abjure, y convencerme de si podré ó no vivir á su lado. Es indispensable, en consecuencia, que nos veamos al tercero en Versailles, solos y en un pabellon retirado del palacio real.

Osorio quedó meditando; adivinaba la idea que pretendia ocultar Margarita, y áun cuando le hizo temblar, hubo de dominarse como de costumbre, contestando:

—Al tercer dia, empezando á contar desde mañana, y á las dos de la tarde entraré en la cámara real. Sólo con vuestro esposo nos ocuparemos de su abjuracion; lograda ésta, me reemplazará el príncipe de Italia, los jefes del partido católico francés, é inmediatamente buscaré al coronel Faure para que me lleve al pabellon donde os dignareis esperarme.

—Si yo no te hago avisar, preséntate en la corte sin disfraz alguno; basta ya de fingir; desde ese dia empiece á admirar el mundo la altiva frente que tanto vale entre los hombres, que domina á cuantas mujeres tienen la desgracia de contemplarla. ¿Dónde habitas en París?

—En el *hôtel de la Estrella*; mas juzgo conveniente prolongar mi incógnito.

—¿Tienes miedo?

—¿Eso me pregunta V. M?

—Ya no estoy prisionera, te defenderé con todo mi poder, que va á ser mucho, y ¡ay! del insensato que no se incline ante tí; no excluyo á nádie, duque.

—Señora, jamás dejé de hacer nada por temor; la conveniencia, sin embargo, me aconseja...

—Cuando llegues, si yo no te aviso ántes, todo estará terminado.

—¿Qué se propone V. M?

—Diré á mi esposo que un confidente leal me ha enterado de tu presencia en Francia y de que eres actor en una intriga

que favorece nuestros planes; y el poco ó mucho tiempo que permanezcas en este país podrás presentarte sin disfraz y como cumple á tan invencible campeon.

—Poco ganaremos si al destruir los celos de vuestro marido, referentes al duque de Guisa, los promueve y fomenta el duque del Imperio.

—Puesto que se halla en París el príncipe de Italia, le atribuiré á él el desarrollo de la mencionada intriga; nádie desconoce la bondad y justicia que llevan todos sus actos, y mi esposo verá en tí únicamente al admirable instrumento de Julio de Silva.

—Comprendo el pensamiento de V. M., y accedo gustoso.

—¿Gustoso dices?

—Sí, señora; salvemos la Francia, y que Dios disponga luégo lo que tenga por conveniente.

—Eso es; demos fin de guerra tan fratricida y cruel, hagamos dichoso este país, y á la vez procuremos nuestra ventura, que en ello nádie perderá.

—En Versailles, al arrullo de las aves, entre la arboleda y el aura perfumada por las flores, allí nos ocuparemos de vuestro porvenir, teniendo por base la gratísima idea de haber conseguido el bien y tranquilidad de veinte millones de almas.

—Esa esperanza me va á animar, y cree firmemente que Enrique de Borbon accederá á nuestro deseo.

—Presentaos á él desde el primer instante tierna, amorosa, tan bella como sois y tan exigente como conviene á la Francia.

—No te molestes en explicarme nada; tengo formado mi plan y lo creo de éxito seguro.

—Notad que es ya media noche, y no conviene prolongar más esta entrevista.

—Vete, sí. ¡Ay! besa mi mano, y hasta dentro de tres dias.

—No faltaré, encantadora y sublime reina. Por Dios que

la epidermis de vuestra mano es más fina y suave que pudiera forjarla la ilusion.

—¿Ahora lo notas?

—No; hace más de diez años que enloqueció mi mente lo perfecto de vuestro sér.

—Vuelve á sentarte.

—Perdonad; el papel que represento ahora es impropio de un demente y vos trastornais mi cerebro.

—¡Tres dias aún!

—Es el puente por donde va á atravesar la felicidad de la Francia.

—Me sacrifico por ella.

—Y yo.

—Que arranquen de tu cútis ese barniz, luce tus galas, y no olvides lo que ahora pierdes ni lo que vas á ganar.

—De todo me acordaré; estudiad vos á vuestro esposo, y si no me hubiese equivocado...

—Adios, duque; basta de sufrir por esta noche. Di á Faure que pueden entrar mis camareras.

Y salió Flaviano, diciendo al coronel que halló cual muda estatua apoyado en el quicio de la puerta:

—Que pasen las doncellas de S. M., y seguidme vos al momento.

La reina exclamaba á la vez para sí:

—Mucho habré ganado si al perder á Guisa le reemplazo con el duque del Imperio. ¡Mi esposo!.. En cuanto á Enrique, obedeceré á Osorio, y que Dios disponga lo demás.

Flaviano se iba tambien diciendo al bajar la escalera:

—Queda esa mujer todo lo bien preparada que conviene á mi intento; haga yo la felicidad de Francia, realice la gran idea del príncipe de Italia, y luégo admitiré la batalla que indudablemente me presentará Margarita, venciéndola y venciéndome. ¡Ay, la guerra con mujeres tan hermosas destroza el alma, pone en tortura al hombre, y!.. Todo sea por Dios, por la duquesa del Imperio y por mi tranquilidad de conciencia.

Y salió á la calle envuelto hasta los ojos en su ancho gaban de pieles.

La reina desconocia hoy á Osorio; le juzgaba como diez años ántes, y en verdad que la equivocacion debia amargar mucho á uno de los dos. La una seguia siendo cada dia más aficionada al extravío, en tanto que el otro se aproximaba al príncipe de Italia en rectitud y firmeza, si bien le aventajaba en temeridad y destreza.

Pero no adelantemos el discurso, que pronto veremos lo que es ella y todo lo que vale y puede sobre sí el venturoso caballero.

CAPITULO XXV.

El general y el coronel.—Los dos hermanos.—La segunda caja de oro.

A los pocos pasos que dió el duque del Imperio fué detenido por la voz de Faure, que le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Avanzad un poco más. Basta. Nos hallamos en medio de esta solitaria plaza y nádie podrá oirnos.

—Buen planton me habeis dado.

—¿Oísteis mi conversacion con la reina?

—No; fijo en vuestra sombra, nada escuché, pero no dejé de verla un solo instante.

—Ya; teníais miedo...

—Mucho; pero comprendo que fué infundado, y os pido perdon por haber dudado de tan cumplido caballero.

—Soy vuestro amigo.

—Y yo, que os admiro como pocos, no me creeria feliz si no os correspondiera.

—A la hora que la reina ha dispuesto, montad á caballo, y dirigíos á Versailles. El rey os saldrá á recibir; luégo sereis

general, y más tarde asistireis á otra entrevista más peligrosa que la de esta noche.

—¡San Luis me valga! ¿Qué intentais?

—Que me ayudeis como há poco á defender una situacion que podria molestarnos si no estuviésemos preparados.

—Pues dadme instrucciones.

—Concretaos á obedecer á S. M. hasta el momento dado; luégo hareis lo que yo os mande, y todo se arreglará.

—¡Es tan hermosa!

—¡Ay! verdad es.

—Tan voluptuosa.

—Cierto.

—Y tan...

—Hablemos de otra cosa, Faure.

—Cuentan de vos...

—Necedades que un dia fueron realidad, y hoy novelas que forja el vulgo.

—Y los grandes.

—Gente toda que me desconoce, juzgándome hoy por lo que fuí ayer.

—Os creo, estimo y quiero obedeceros.

—Entónces retiraos, y hasta después de pasado mañana.

—¿Nada necesitais de mí ántes de ese dia?

—Que hagais sólo por complacer á S. M. la reina.

—Se cumplirá vuestro deseo.

—Adios, general; hé aquí mi mano.

—El cielo vaya con vos, señor... de Guzman.

Un minuto después decia el duque á su criado, que le aguardaba á la puerta de la posada, hablando con la hija del dueño de la casa:

—Bergante, echa el último pienso, y sube pronto á desnudarme.

—Al momento, señor. Me preguntaba esta jóven...

—En llegando á Madrid me lo contarás.

Y subió, penetrando poco después en la habitacion donde

le esperaba Zalla, sentado junto al balcon y fijo en la casa ayuntamiento.

—¿Qué haceis, maestre?—le preguntó Osorio entrando.

—Aguardaba una señal para correr en vuestra ayuda, acompañado de estas dos pistolas.

—Nada hay que temer; cerrad ese balcon, y dispongámonos á dormir.

—¿Van bien nuestros asuntos?

—Perfectamente.

—¿Regresaremos pronto á Madrid?

—Antes de quince dias, si Dios sigue protegiéndonos como hasta aquí.

—Veo que vais prefiriendo la intriga á la guerra.

—Sí; en las luchas intelectuales demuestra el hombre su grandeza, en las materiales su ferocidad y algunas veces su suerte.

—Con vuestro gran talento se vence siempre en todos los terrenos.

—Gracias; pero mi deseo se concreta ya á preferir la tranquilidad del hogar doméstico á todas las victorias del mundo.

—Y el mio tambien.

Poco después entraron los criados de Osorio y Zalla, y comenzaron á desnudar á sus amos.

—¿Qué órden me dais para mañana?—preguntó Ros al duque.

—Nos levantaremos á las ocho; que nos tengan dispuesto desayuno, y al concluir regresaremos á París.

—¿Nada más?

—Eso sólo. ¿Quién era esa mujer que hablaba hace poco contigo?

—La hija del posadero.

—Es jóven y no mal parecida.

—Con todas las de mi repertorio sucede lo mismo.

—¿Tiene la costumbre de acostarse después de media noche?

—No, señor; le dije que debia aguardaros, y compadecida

de la soledad en que me iban dejando todos, se ofreció á hacerme compañía.

—Obedeciendo mis órdenes, debiste rehusar tan generosa oferta.

—Quise, amo mio, quise; pero el hombre propone y Dios dispone.

—Antes de poco te recordaré esas frases. ¿En qué os entreteniais á la puerta de esta casa?

—Hablábamos de Francia; me contó la falsedad de un novio á quien despidió ayer, y yo traté de consolarla.

—Pero hombre, ¿que no puedas vivir léjos de las *faldas?*

—Qué quereis, señor, me persiguen con empeño decidido y tenaz.

—Huye de ellas, Ros, que son siempre peligrosas.

—Más de una vez en que me vi acosado y al borde del abismo quise gritar: «favor, que me encuentro solo con una muchacha bonita que puede seducirme.» Pero, señor, me pareció tan ridículo, que se trabó mi lengua, y no pude demandar un auxilio imprescindible al exacto cumplimiento de vuestro mandato.

—Ros, no hay en Europa un truhan más completo que tú.

—Resabios de la juventud, señor; tuve el primer maestro del mundo, y hé ahí las consecuencias.

—Oye, Ros; continúa haciendo de las tuyas, que en breve cesarás para siempre como yo.

—Me horroriza la idea, amo mio.

—Tambien á mí me asustó, pero ahora bendigo á los que me obligaron á realizarla.

—Soy yo más terco que un aragonés, y nádie podrá convencerme de que es bueno lo que yo juzgo malo. ¿Está blando el lecho?

—Sí, como una tabla de roble.

—Aquí no hay nada mejor. ¿Tendreis frio?

—No; llévate la luz, cierra la puerta, y acostaos los dos en ese pasillo.

—Buena cama nos espera; jergones de paja, nuestra ropa y el suelo; pero Dios mediante...

—Sigue.

—Dios mediante, mañana la tendré mejor.

—Espera; tended vuestros colchones á la parte adentro; aquí, en mi alcoba.

—¿Qué se diria? ¡En la misma estancia que mi señor!

—Obedece y calla.

—¿Teneis mucho sueño?

—Bastante.

—Pues quédome dentro, y dormid descansado.

—Abrevia.

Media hora después reposaban tranquilamente el duque, Zalla y el criado de este último. Ros esperó treinta minutos más, y saliendo luégo de la estancia, sin ser visto ni oido por nádie, desapareció, regresando á las cinco de la madrugada. Algo más tarde se quedaba dormido, murmurando:

—El duque me casa en cuanto lleguemos á Madrid, y como yo no sé desobedecerle, aceptaré el yugo bien á pesar mio; pero hasta ese dia, por mi patron San Roque, he de estar en Francia como en país conquistado.

A las nueve y media de la mañana siguiente montaban á caballo los cuatro, dirigiéndose á París sin prisa alguna. La reina debia estar ya con su marido, siendo así que habia partido á las siete.

—Creo que nos lloverá,—exclamó Zalla mirando al cielo.

—Juzgo, amigo mio, —contestó el duque,—que todas esas nubes apiñadas sobre nuestras cabezas nos servirán de toldo, evitándonos la molestia del sol, y áun cuando llueva, será después de llegar nosotros á París.

—¿En qué os fundais?

—En el viento, en la direccion que lleva y en la que nosotros seguinos.

—Notad que el aire empieza á soplar mezclado con hidrógeno.

—Hola; vuestro cuñado Roch os va instruyendo en ciencia que os era completamente desconocida.

—No sabe hablar de otra cosa, y por fuerza vamos siendo inteligentes mis dos hermanos y yo.

—La humedad del viento que corre prueba que está lloviendo no léjos de aquí; pero notad que las nubes que tenemos encima se hallan muy elevadas, sueltas, y no adquieren la densidad necesaria al chubasco que temeis.

—Nada se perderia, sin embargo, en que trotáramos un poco.

—Pues trotemos.

Y en tres horas anduvieron las cuatro leguas que los separaban de París. Echaron pié á tierra á la puerta del *hôtel de la Estrella*, dieron Zalla y el duque las riendas de sus caballos á los sirvientes, diciendo el último á Ros:

—Llévalos á las cuadras del palacio de mis hermanos, y dí al príncipe de mi parte que mañana por la noche cumple el plazo de los *quince dias*, y que le espero en este hôtel. Marcha.

Y subieron ellos, aguardando tranquilamente el regreso de sus criados.

Más tarde comieron, ocupando el resto del dia y el siguiente en hablar y dar tiempo á que llegase el príncipe de Italia. Este se presentó al anochecer de aquel en que terminaba el plazo, estrechó al duque, y dirigiéndose á Zalla le dijo:

—Vuestros hermanos y los mios os aguardan en mi palacio; id y pasad con ellos hasta las nueve.

Solos ya Julio y Flaviano se sentaron en dos anchos sillones, preguntando el primero al segundo:

—¿Qué piensa Enrique de Borbon, respecto de los católicos de Francia?

—En este momento los verá ya probablemente sin enojo.

—Es poco, duque; era necesario que aceptase sus creencias y se declarase jefe de ellos.

—Príncipe, una revolucion bien hecha debe marchar poco á poco é insensiblemente para que cause ménos estragos.

—¿Quiénes son los encargados de efectuar en el rey cambio tan completo y saludable?

—Su esposa.

—¿La hija de Catalina de Médicis?

—Sí.

—¿La amiga íntima del duque de Guisa?

—Sí.

—¿La desterrada á Usson por adúltera?

—Sí.

—¿La que fué capaz de faltar á un caballero tan cumplido y valiente como Enrique de Borbon, su esposo, posponiéndolo á Lorena y á lo que se debe una casada casta y virtuosa?

—Sí.

—¿Y esa mujer se convierte en sacerdote?

—Sí.

—Los progresos que haga, la revolucion que esa mujer realice, el bien que en su esposo y en la Francia pueda sembrar con sus hechos y frases, será tan efímero que desaparecerá como ráfaga eléctrica.

—Julio, la Providencia se vale á veces de los séres más depravados para hacer el bien de los pueblos; todos somos instrumentos suyos, y en verdad que elige con razon al que juzga más conveniente. Creo excusado citar ejemplos á un hombre de tu talento y sabiduría; la reina Margarita, por otra parte, fué siempre católica de corazon; aborrece hoy al duque de Guisa, y en este instante colma de halagos y caricias á su marido.

—Vamos por partes, Flaviano: ¿qué motiva su ódio á Lorena?

—El haber descubierto que hace más de seis años sostiene relaciones amorosas con Eugenia Depas, y por consiguiente que estuvo engañando siempre á la reina.

—¿Quién le enteró de ese secreto?

—Yo.

—¿Ignoras que es el jefe principal de los católicos franceses?

—Sé, amigo mio, que vendió á mis hermanos Mauro y Rogelio, entregándolos cobarde y villanamente á su poderoso enemigo, el cual usó con ellos de todas las atenciones y cuidados que pueden tenerse con un prisionero; comprendo que quien obró de ese modo no es católico ni otra cosa que un miserable, envidioso, lleno de ambicion y despojado de todo lo grande que puede embellecer á los séres humanos.

—Veo que en ese juego manejaste dos barajas.

—Tres, cuatro; cuantas me hicieron falta.

—Hábil estuvo el diestro robador de Syra.

—Discípulo tuyo, mi hermano y señor.

—Me deja satisfecho tu primera contestacion; veamos la segunda: ¿por qué causa extraña é inconcebible colma Margarita á su esposo de halagos y caricias, cuando es sabido que siempre le aborreció?

—En mi última entrevista con ella la describí con frases estudiadas el engaño y falacias de Guisa y lo despreciable de un hombre tan voluble, insensato y torpe; seguidamente le hablé de su esposo, presentándolo tan noble, valiente y caballero como lo es en realidad, y no cabe duda que mis palabras ejercieron en ella gran influencia.

—Pero no la suficiente para que llegue á amar al que constantemente odió.

—¡Ay, príncipe; mucho me temo que no te equivoques!

—Deduzco que ella no se da por satisfecha con ayudarnos á sembrar en este país la paz y ventura de que carece.

—Temo que tampoco te equivoques en eso.

—¿Con quién piensa reemplazar al duque de Guisa?

—¿No lo adivinas?

—Sí.

—Sepamos.

—Con el duque del Imperio.

—Verdad es.

—Hace más de diez años te conoció en París, y aseguran que la visitaste más de una vez, sin otro móvil que un mentido amor.

—Caminas, Julio, muy cerca de la exactitud.

—El que fué débil una vez...

—Basta, hermano; si crees sonrojarme con lo que intenté de soltero, te equivocas, toda vez que se estrellan tus frases en mi escudo de casado. La lealtad que juré á la duquesa del Imperio al pié del ara santa está tan limpia por lo ménos como la tuya, y hoy que tú la juzgas amenazada se ostenta más fuerte y segura que nunca. ¿Olvidaste ya la historia de Angelina Vignati?

—No.

—¿Comprendes que en Usson fuí el mismo que en Nápoles y Malta?

—Sí.

—Pues hace muy poco insistió Margarita, de ese modo que le es dado á una reina, y nada logró.

—Temo que lo aplazarás.

—No temes mal; pero este plazo se prolongará al infinito.

—¿Qué te propones entónces?

—Que contribuya á la abjuracion de su esposo; que nos ayude á realizar la gran idea que nos trajo á Francia, y luégo, si no logran mis consejos sujetarla al redil de su marido, la dejaré que camine por donde quiera.

—Las mujeres, Flaviano, no perdonan nunca un desaire, y la hija de Catalina de Médicis querrá vengarse como su madre tenía de costumbre.

—Hecha la abjuracion y la paz consiguiente, sólo yo podré ser el blanco de su ódio; para combatir este mal cuento con las cartas originales que escribió á Guisa, con algo de habilidad, destreza y valor, y con vosotros cinco. ¿No te parece, como á mí, que es suficiente?

—Sí; mas bueno es que vivas precavido.

—Pienso dormir poco en Francia, y á ser posible quedar amigo de Margarita de Valois.

—Aun cuando lo juzgo difícil, nada es imposible en Flaviano de Osorio. ¿Cuándo te espera la reina?

—Mañana, después de proclamada la abjuracion, y en tanto que tú y los católicos de París hablais con su esposo.

—En esa entrevista es indispensable que hagas uso de todo tu talento.

—Pienso lo mismo. Pero nada me has dicho del resultado que ofrecen tus entrevistas con los jefes de París.

—Es completamente satisfactorio; reconocerán á Enrique por soberano en el momento que abjure.

—¿Todos?

—A excepcion de los duques de Guisa y de Mayena, con los cuales no se ha contado para nada.

—¿Y los ejércitos que ellos mandan?

—Esos están minados, y poco á poco irán abandonando á sus dos jefes principales.

—¿Quiénes vais á acompañarme mañana á Versailles?

—El arzobispo de París y los representantes de la ciudad.

—Conviene que yo me adelante dos horas por lo ménos.

—Así será.

—Llevad, por lo que pueda acontecer, buena escolta, mandada por mis cuatro hermanos restantes, y no dejeis aquí á los tres Zallas.

—¿Y tú?

—Yo iré solo, completamente solo.

—¿Quién te defenderá en Versailles?

—Creo que nádie osará atacarme, pero en caso necesario la reina y el general Faure.

—Nosotros no podemos pasar del punto dónde residen nuestras últimas avanzadas; allí esperaremos tu aviso.

—¿Me traes los documentos firmados por Su Santidad?

—¿Qué vas á hacer con ellos?

—Entregárselos á Enrique IV, combatiendo con ellos los

escrúpulos que pudiera alegar. Pienso que al entrar vosotros en la cámara real todo esté terminado.

—Ya lo veo, y dejo la suerte de Francia pendiente de tu talento y habilidad.

—Haré lo posible por no defraudar vuestra justa esperanza.

—No nos volveremos á ver ya hasta encontrarnos en Versailles. ¿A qué hora partes?

—A las doce.

—Nosotros lo verificaremos á los dos.

—¿Te levantas?

—Me aguardan los jefes del partido católico de París.

—¿Me das los documentos de Roma?

—Tómalos, y haga el cielo que se cumplan nuestros deseos. Es tan grande y sublime tu mision de mañana que, no obstante el peligro que amenaza tu vida, te dejo ir solo con indecible alegría.

—Adios, hermano; la Providencia bondadosa velará por mí.

—Así sea.

Y ámbos se estrecharon, desapareciendo el príncipe, el cual fué reemplazado poco después por Don Alvaro Zalla.

Nada ocurrió de particular durante la noche.

A la mañana siguiente despertó el duque, llamando inmediatamente á su criado, al cual dijo:

—Unido al sirviente del maestre, traslada cuanto tenemos aquí al palacio de mis hermanos; deja únicamente un traje de seda, bota de ante, espuelas de oro, el toison, mi mejor chambergo, la banda y el gaban de pieles. Luégo paga al fondista y tenme dispuesto un caballo para las doce de la mañana.

—¿Llevais pistolas?

—No.

—¿Espada?

—Sí.

—¿Unto?

—Ninguno.

—¿A dónde vais, señor, de ese modo?

—A Versailles.

—¿Os espera por ventura una reina?

—Cabalmente.

—¿Os acompaño?

—No. Alvaro y vosotros dos os marchareis en el momento que yo parta para formar parte de la escolta del príncipe.

—Tienen las órdenes que acabais de comunicarme un saborcillo fatal.

—¿A qué?

—A despedida.

—¿Sientes ir á Madrid?

—¡Ay! sí, señor.

—Haces bien; pero abrevia.

Dos horas después se levantó el duque, vistiendo un hermoso traje de terciopelo negro; ostentaba el toison de oro, la banda de general y la cruz de Santiago, pero todo lo cubrió con un gaban de pieles, que empezaba en su cuello y concluia en las botas de riquísimo ante que llegaban hasta cerca de los gregüescos.

Almorzó con Don Alvaro, guardando al terminar en uno de los bolsillos de su gaban el pergamino que le dió Enrique IV, un bolsillo repleto y la caja de oro que mandó hacer en París, dentro de la cual iba el documento por el que se dignaba el Padre Santo levantar la excomunion que pesabá sobre el monarca hugonote, y lo absolvia, abriéndole de nuevo sus paternales brazos.

Más tarde estrechó á Don Alvaro con efusion que hubo de admirar al maestre, y montando á caballo desapareció de París.

Nuestro héroe pudo y debió guardar el incógnito durante la peligrosa entrevista que iba á tener ahora con Enrique IV. Como Jacobo de Guzman, nádie le conocia y le era dado vivir entre católicos ó junto á los protestantes, sin excitar sospechas ni el fanatismo religioso de ninguno de los dos bandos; pero como duque del Imperio era envidiado por los primeros y abor-

recido de los segundos; y áun cuando unos y otros hacían justicia á su talento y méritos personales, no existia un solo jefe francés, con raras excepciones, que no le hubiera visto ahorcado de muy buena gana. Mas en razon al empeño demostrado por la reina Margarita para que abandonase su incógnito, le pareció cobarde dejar de complacerla, é imprudente negarse á aquel deseo, y en brazos de su innata temeridad, arrancó de su blanca piel el oscuro barniz que la cubria, adornó su esbelta figura con el traje que correspondia á su elevada posicion, alzó el cuello de su gaban, y calando un poco el sombrero corrió de París á Versailles sin más interrupcion que la indispensable al llegar á la primera avanzada de hugonotes, bastándole enseñar el pergamino que llevaba para que le permitiesen continuar adelante.

Ya en Versailles dejó el caballo en la posada donde dias ántes comió con el coronel Faure, se hizo quitar el polvo, y después de contemplar su segunda caja de oro, tendió una mirada al cielo, y sonriendo se dirigió al palacio real, sitio donde residian los que se apellidaron hasta ahora sus más encarnizados y poderosos enemigos.

Celoso el duque del Imperio por el honor é intereses de su patria, expuso la vida por ella multitud de veces; en este momento, en que tambien peligraba, lo hacía únicamente por una idea grande, salvadora de la mayor calamidad que podia afligir á un imperio; pero éste le era completamente extraño, sin perjuicio de lo cual caminaba contento y satisfecho el temerario y generoso caudillo.

—¿Qué vale mi existencia,—exclamaba,—comparada con la suerte y ventura de un reino? Nada, y puesto que todos los hombres son mis hermanos, yo me sacrifico hoy por ellos, sin importarme el que se llamen franceses ó españoles. Voy á poner á prueba la tan decantada hidalguía de Enrique IV; y en verdad que si muero, habré sido más generoso que él, no obstante los aplausos que el mundo tributa á su caballerosidad, á su nobleza de alma.

Y sin desaparecer de sus labios dulce sonrisa, llegó al suntuoso zaguan del magnífico palacio de Versailles.

Adelantémonos nosotros, y sepamos si piensa ó no recibirle el terrible hugonote, el amigo y compañero del príncipe de Condé, el famoso y tenaz protestante tan adulado hasta entónces por los secuaces del perjuro Lutero, Enrique IV, en fin, en ciernes, pues la verdad es que la mayor parte de los pueblos de Francia no le obedecian por ser sus habitantes contrarios á la secta que defendia el heredero de Enrique III.

CAPITULO XXVI.

El rey, dos secretarios y un bufon.—De potencia á potencia.—Triunfo completo.

Se hallaba Enrique IV en su régio despacho sentado en un sillon, y tenía un secretario á la izquierda, al cual dictaba, y otro á la derecha, de pié y esperando sus órdenes.

En el rostro del augusto señor se retrataba la alegría y una satisfaccion que há mucho tiempo no experimentaba. Se hubiera dicho que la faz del monarca habia variado por completo si se examinara detenidamente la gran metamorfósis sufrida en ella. Sus ojos despedian fuego y un sonrosado, de que carecia su cara por lo general, reemplazó á la palidez, hija del insomnio, privaciones y malestar de los campos de batalla. Sus labios se desplegaban á menudo para demostrar el placer que le embargaba, y sus posturas eran más elegantes y estudiadas que anteriormente.

Tal cambio lo motivaron la llegada de su esposa y las muchas entrevistas que habian tenido ámbos cónyuges.

Seguia el rey dictando á un secretario y aguardaba el otro, cuando fueron interrumpidos por un cuarto personaje que en-

tró ceremonioso y ridículo. Era el recien llegado bajo, contrahecho, antipático en general y disforme en facciones y en figura.

Los tres se fijaron en el jorobado, bufon del rey, al cual no le faltaban ingenio y agudezas. Traia en la mano el contrahecho un cordero pequeño de metal, pendiente de dorado cordon de seda y un sombrerito á la española. Hizo una grotesta reverencia á Enrique, y adquiriendo postura y modales de payaso, le dijo:

—Perdonad, señor, si osa interrumpir á V. M. su más divertido y alegre vasallo; os traigo una noticia que va á estremecer al mundo y hasta logrará contraer y anonadar el corazon del valeroso Enrique IV.

—Estoy trabajando, bufon; vuelve luégo,—exclamó el rey con indiferencia.

—Debo daros la oportunísima nueva que ignorais, y os advierto, señor, que importa mucho el que llegue cuanto ántes á vuestra noticia.

—Pues dila y vete; más tarde escucharé tus chistes.

—Permitidme sólo diez minutos, y si no gozais en ellos más que en el resto de vuestra existencia, mandad que me corten la cabeza.

—Habla pronto.

—Deseo primero cubrir vuestra cabeza á lo Felipe II y colgaros al cuello este precioso toison. Son talismanes que acaso amengüen el terrible efecto, la mortal herida que os va á hacer la noticia que voy á daros. Pero no debo molestaros más; sabed que está en París el príncipe de Italia, el *nom plus* de los héroes; el arriete de los hugonotes; la guadaña, en fin, que acabará con todos nosotros. ¿No temblais, señor? no os asusta mi nueva; no os espanta; no caeis muerto de pavura? Pues agradecédselo al sombrero y collar que os he puesto.

—Bufon,—exclamó el rey con gravedad,—sea ó no enemigo mio el príncipe de Italia, es un valiente que merece la admiracion y respeto de cuantos le conocen.

—En esta casa el terror
Impone su torpe ley;
Mas no os extrañe, Señor
¡Es tan difícil ser rey!

—¡Qué cambio tan magnífico! Ahora me explico los corros y cuchicheos de vuestros palaciegos, sus recaditos al oido. Esto marcha, señor; os veo católico y amigo del príncipe ántes de veinticuatro horas.

—¡Miserable! ¡Voy á mandar que te arranquen la lengua.

Dijo el rey con ira, y su bufon inclinó la cabeza osando murmurar los siguientes versos, que nos atrevemos á traducir libremente:

—En esta casa el terror
Impone su torpe ley;
Mas no os extrañe, señor,
¡Es tan difícil ser rey!

Al acabar de pronunciar su última frase el jorobado, gritó un paje:

—El Excmo. Sr. Don Flaviano Jacobo de Osorio y de Guzman, duque del Imperio, conde de Arahal, virey de Nápoles, general de los ejércitos de mar y tierra de S. M. el rey de España Don Felipe II.

El payaso tembló; los secretarios se miraron el uno al otro, confundidos y perplejos, y el rey, arrojando sobre el bufon el sombrero y collar que le puso, exclamó:

—Fuera de aquí los tres; llévate tu esos objetos, y ¡guay! si vuelves á incomodarme.

Luégo añadió fuerte, poniéndose de pié:

—Que pase el duque del Imperio.

Flaviano se presentó sin gaban ni sombrero, y haciéndole una cortés y elegante reverencia, le preguntó:

—¿Me permite V. M?..

—Adelante, amigo mio. Seais bien venido. Sentaos.

—No sé si debo...

—Yo os lo ruego.

—Gracias, señor.

—¡Conque mi querido Jacobo de Guzman aparece hoy sin barniz en su rostro y trocado nada ménos que en el hombre más temible que tiene España!

—Señor, quise salvar á mis hermanos, entregados villanamente á su enemigo por el cobarde duque de Guisa, á quien Dios confunda, y al verificarlo tuve que atravesar la Francia de Norte á Sur y de Este á Oeste. Lo que yo vi no es para contado; medio reino devoraba al otro y vice versa; la reina vuestra esposa suspiraba en el castillo de Usson, tan injustamente como el conde de Monterubio y el marqués de Abella en el de Ibrí; y recordando que la religion católica me manda ver hermanos en todos los séres de la tierra, me olvidé que estaba en Francia, formando el irrevocable propósito de proporcionar la libertad á los tres séres mencionados y dar á este mísero pueblo la paz y ventura de que carece há muchos años.

—Lográsteis lo primero, duque, y á nádie que os conozca debe extrañar tan admirable conducta; pero lo segundo lo creo imposible.

—Si V. M. se niega, si el poderoso rey, tan valiente en los campos de batalla, es débil al acercarse á ese bufete, entónces seguirá la anarquía; y cuando la Francia quede desolada, vendremos los españoles á tomar posesion de ella y á poblarla sin oposicion alguna. Perdonad, señor, la forma que doy á mi lenguaje; adquirí desde la infancia la costumbre de decir la verdad á todo el mundo, y lo mismo en la corte que entre el pueblo, prescindo de rodeos y adulaciones que enmascaran aquella, cuando no la ocultan por completo.

—Me gusta, Osorio, que me hablen así; pero en esta ocasion es improcedente, toda vez que no abrigo el temor que me suponeis. Lo mismo en el campo de batalla que en el bufete, nada me arredra, á excepcion de la justa ira del cielo y la torpeza de mis vasallos. Desconoceis el carácter francés; creo adivinar lo que os proponeis, y contemplo la imposibilidad que nos sale al encuentro, destruyendo una idea que há tiempo llega á mí con tenaz insistencia.

—Señor, me complace manifestaros que, generoso, valiente y caballero, pretendeis juzgar á los grandes de Francia de

un modo contrario á lo que merece la mayoría de ellos. En el pueblo veo efectivamente fanatismo religioso; pero en los jefes, con raras excepciones, sólo miro ambicion, deseo de avasallar, y torpes pasiones, en fin, que no suele comprender el que, como V. M., juega la corona real y da hasta su sangre en defensa de la causa que cree justa. Tan noble conducta, modo de pensar tan hidalgo, sienta bien en un simple caballero; mas es incompatible con los deberes de un monarca que está llamado á regir los destinos de un gran reino y que debe procurar la felicidad de muchos millones de almas.

—Me admira vuestro lenguaje, duque del Imperio; á vos, enemigo de Francia, sólo le conviene que reine aquí la anarquía, y sin embargo de eso, estais trabajando con tenaz empeño en un sentido tan inverso que me confunde y asombra.

—Yo, señor, no soy fanático ni defiendo otra cosa que la justicia. Amo, sí, á Dios sobre todo lo que existe en la tierra; profeso la religion de mis padres, de mis abuelos y de todos mis antepasados; compadezco al que sigue otro camino, y quisiera que al ateo, falso creyente, iluso ó descarriado, se le convenciera con razones, se le atrajese al camino del bien invocando la verdad y haciendo uso únicamente de la influencia moral que tiene el justo sobre el pecador. Por más que en Dreux y en otras ocasiones me obligasen á observar conducta contraria, tenga entendido V. M. que mi alma rechaza los tormentos de la inquisicion que se aplican en España, y las luchas sangrientas á que han dado lugar, y pretexto en Francia, Inglaterra y otros países la diversidad de opiniones en materia de religion. Verdadero católico, se eleva mi espíritu á los primeros siglos de la era cristiana, y por lo mismo que comprende y admira la conducta de los apóstoles y de sus discípulos, rechaza la de los actuales profetas en el nombre sólo, jamás en los hechos. San Pedro y los que le sucedieron muchos años después mendigaban el sustento, predicaban el Evangelio, convencian, y á imitacion del Divino Maestro, léjos de oponer resistencia á la fuerza, espiraban en patíbulos afrentosos, sufriendo ántes, co-

mo el sublime Cordero, los dolores del martirio á que los condenaba el fanatismo idólatra, la torpeza é iniquidad de los hombres. Hoy se martiriza tambien, se mata, se asesina, y para hacerlo, se invoca el cristianismo, el nombre de Dios y lo más santo que existe. ¡Horrible conducta, fatal creencia que hiere al hermano y convierte la caridad en cuchillo fratricida, instrumento que sólo puede servir á bastardas pasiones.

Calló el duque, é inclinó su frente, dejando á Enrique confuso, aturdido y perplejo. El noble monarca comprendió cuanto le acababa de decir Osorio; la sávia de aquellas ideas llegaron á su alma, y en este instante le miraba como á un sér sobrenatural.

—Duque,—exclamó,—os he visto desnudar la espada, caer sobre vuestro enemigo, y como rayo asolador destruir y matar miéntras hubo hombres que no os volvieron la espalda.

—¿Y bien?

—Quiero decir que parecen contrarios vuestros hechos de armas á las luminosas ideas que acabais de emitir.

—Yo no soy santo ni perfecto; me impelió el destino á la carrera militar, y defendí la justicia en el terreno material; lo mismo hicieron Josué, David y otros santos varones, de los que soy un mal imitador. Sin embargo, y en confirmacion de lo que he expresado ántes, es decir, de que jamás ataco una causa justa, sabed que mi soberano me ha mandado aquí á arrancáros la corona que os dejó vuestro cuñado Enrique III, y ya veis que hago todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque os corresponde de derecho y porque sólo vos podeis terminar la sangrienta guerra que devora la Francia.

—¿No temeis la ira y enojo del terrible Felipe II, vuestro rey?

—Señor, ni el monarca español es tan fiero como se le supone, ni yo supe temer otra cosa en mi vida que á Dios y á mi conciencia.

—Puesto que tan valiente sois, tan ingenuo, tan atrevido con los reyes y de talento tan elevado, decidme sin ambajes ni rodeos el objeto de vuestra venida. Yo, duque, oigo á todo el mundo, y á vos os escucharé gustoso cuanto expongais, y creed que mi sentimiento se contraerá á deplorar lo que por razones de conveniencia ó de respeto tratais de ocultarme.

—Yo nunca las encuentro; jamás hallé nada que me impidiera decir la verdad á monarca, noble ó plebeyo.

—Muy bien. ¿Qué pretendeis de mí?

—Deseo que ántes se digne V. M. contestarme á várias preguntas que me es indispensable hacerle.

—Hablad.

—¿Os consta que he expuesto mi vida cien veces por acercar á vuestro lecho real la esposa que el cielo os concedió?

—Sí.

—¿Es cierto que pudiendo pedir y obtener la libertad de mis hermanos, la he conquistado con mi sangre, para que al presentarme hoy á vos nada debiera al monarca francés y sí algo él á mí?

—Cierto, no hay duda alguna que al duque del Imperio me hubiera sido imposible negarle la libertad de los señores conde de Monterubio y marqués de Abella, después de oir sus razones, la lógica de sus discursos, la verdad de sus frases.

—¿Constan á V. M. las pretensiones de Felipe II al trono de Francia, sus sacrificios por obtenerlo, y da por hecho que el príncipe de Italia, mi hermano y señor, tiene órden terminante de no perdonar medio ni sacrificio alguno para arrancaros vuestra vacilante corona?

—Sí.

—¿Oísteis referir alguna vez lo que pueden los seis hombres que el vulgo apellida *invencibles*, y los inmensos recursos materiales y morales con que cuentan?

—Los conozco.

—¿Comprende S. M. que, unidos como estamos los seis, os

sería imposible reinar, qué digo, mandar en otro terreno que en el que pisáseis, si nosotros os hiciéramos la guerra?

—Temibles sois, y creo probable que muriera en el campo de batalla.

—¿Escuchásteis la historia del primer príncipe de Italia?

—Sí, la sé perfectamente.

—¿Su amor á la justicia, á la verdad, á la razon, su santidad, su pureza de costumbres, su cariño á la humanidad?

—Todo, todo.

—En Malta dí mi vida por la suya...

—Tambien llegó á mis oidos ese hecho que os igualó á él.

—En tal caso ved en mí á un discípulo de Alberto de Silva, al hombre que vino á Francia á sacrificarse por una idea contraria á sus intereses y á los de su patria.

—Muy bien; miraré en vos al mismo Alberto de Silva, cuya santidad nádie osó negar. Pero decidme ántes: ¿cómo se justifica la conducta de vuestros dos hermanos Nuñez de Lara y Mendoza con la que vos estais usando ahora?

—Me apresuro á complacer á V. M.: Mauro y Rogelio recibieron órdenes de mi rey para destronaros; mas ántes de hacerlo, les previno el príncipe de Italia que estudiasen vuestro derecho, la opinion del país y lo que más convenia á la Francia. De no ser así, claro es que Guisa y Mayena no hubieran podido venderlos, ni V. M. encerrarlos en Ibrí.

—¿Llegaron á participar al príncipe su opinion relativa á mi reino?

—Sí, señor; dos dias ántes de caer prisioneros.

—Eso me prueba que sospecharon algo Mayena y Guisa.

—Creo, por el contrario, que accion tan fea sólo pudo ser inspirada por la envidia.

—¿Por qué no fueron francos conmigo, y yo los hubiera puesto en libertad inmediatamente?

—Sumisos á la voluntad del príncipe, nuestro hermano, todo lo esperaban de él, nada querian de los franceses.

—Encastillados los seis en el alcázar de un orgullo que

levantó el heroismo, pretendeis, acaso con razon, no deber nada á la generosidad de los hombres: que todo lo grande nazca y salga de entre vosotros.

—Eso nos dijeron Felipe II, el Dux de Venecia, el soberano de Malta y vários otros reyes: la verdad sábela Dios.

—Reanudemos el diálogo anterior: os escucho como pudiera hacerlo con el generalísimo del imperio español, religioso trinitario después, y de cuya bondad y rectitud de ideas nádie dudó.

—Pues lo mismo que él haria en mi lugar, os aconsejo, señor, que abjureis vuestros errores de protestante, y al frente de los destinos de la Francia, goberneis como católico, toda vez que así lo desea de su señor la mayoría de los franceses. Recordad las últimas frases de Enrique III: *hermano*, os dijo, *te dejo en herencia mi corona; pero no reinarás en Francia ínterin seas protestante.* Espiraba, y se expresó de ese modo aconsejado por el amor, y en el momento en que jamás miente ni engaña el hombre.

—Verdad es, Osorio; Margarita, su hermana, me aconseja lo mismo, pero es repugnante al jefe de un partido volver la espalda á los que pelearon junto á él y pasarse al enemigo.

—Llevaos en masa á vuestros parciales; los jefes seguirán *olfateando* el poder; los pobres fanáticos implorarán vuestra tolerancia; concedédsela, y todos se darán por satisfechos.

—Dudarán de mí los católicos; seré espiado hasta de mi propia mujer.

—Al que obra con rectitud, no le importa que examinen todos sus actos.

—¿Y si yo os dijese que tengo arraigada en mi alma la doctrina de Lutero?

—Si tal influencia pudo ejercer en vos las torpes frases de un monje desertor y perjuro, entónces se os presentan dos caminos: el uno es fingir y reinar católico, el otro abdicar en Felipe II, y retiraros á Inglaterra: todo ménos tolerar, consentir y ayudar á que media Francia destruya la otra mitad.

—Dudo, vacilo; la incertidumbre se apodera de mí; reconozco mi debilidad, y no sé qué hacer, duque del Imperio.

—Os lo dije, señor, al entrar; el fuerte y valeroso en los campos de batalla es débil, muy débil, sentado en ese bufete.

—¡Débil yo!

—La verdad ántes que todo; señor, sois cobarde.

—¡Quién osa decirme que soy cobarde!

—Uno que apellida el mundo *invencible* y que lo fué hasta consigo propio.

—Noble español, ¿qué os proponeis? En nombre del cielo os ruego que me digais la verdad.

—El bien de la Francia, el vuestro.

—¿Lo jurais?

—Por Dios Santo que nos ve, nos oye, nos ha de juzgar, y le amo tanto que me atravesaria el corazon mil veces, primero que mentirle.

—¿Qué me conviene?

—Abjurar.

—Pues juro vivir desde este momento y morir católico.

—¡Hermano!— exclamó el duque poniéndose en pié y abriéndole los brazos.—En este instante no hay gerarquía entre nosotros; estrechadme, y que la Providencia bendiga accion tan noble, acto tan sublime.

—Vuestros brazos, sí, en ellos hallo un consuelo que desconocí hasta ahora. No os retireis; continuemos de este modo; por primera vez se acercan las lágrimas á mis ojos. Lloro, duque; llora Enrique de Borbon.

—Soltadme, señor; esas lágrimas dicen que ha comenzado á ser rey de Francia V. M.

—Sí; me siento otro sér. ¡Maldito el fraile que renegó y me hizo perjuro! Hé aquí sus libros, que arrojo al suelo, pisoteo y desprecio.

—Bien, señor; me encanta V. M. Ahora es indispensable que el arzobispo de París, los *diez y seis* y el príncipe de Italia os abracen como yo.

—¿En dónde están?

—A caballo esperan á que los llameis.

—Escribid: Príncipe, Cardenal, amigos todos de París, venid, que os aguarda con los brazos abiertos. Dejadme, duque, que ponga=*Enrique de Borbon.*

El rey selló el pliego, mandando que lo llevasen inmediatamente á su destino; dió la órden para que permitiesen entrar en cuanto llegasen á los que concluia de llamar, y arrellanándose sobre un sillon, exclamó:

—Tambien á mí me condolia la guerra que destrozaba la Francia; anhelaba ser rey, pero que no estuviese mi trono sobre escombros. Gracias, duque; si fuérais capaz de quedaros á mi lado, os elevaria tanto cuanto yo lo estuviera.

—Os lo agradezco, señor; mas estoy bien en el alcázar del orgullo fundado por el heroismo, de que me hablásteis ántes. ¿Ha olvidado V. M. la deuda que tenemos pendiente?

—No; pedidme lo que querais.

—Al contrario, V. M. es el acreedor.

—No os entiendo.

—Recordad que os ofrecí una segunda caja de oro.

—¿Qué contiene?

—Vedlo.

—Preciosa alhaja.

—Por fuera; por dentro es inestimable.

—¡El perdon de Su Santidad! ¡Mi absolucion! ¡El candado, en fin, que asegura la corona de Francia en mis sienes! ¿Esto más, duque?

—¡Ay, señor; hasta ahora todo es propicio y lisonjero; acaso mañana me vea obligado á entristecer y amargar vuestra dicha!

—¿Qué decís, Osorio?

—Por hoy concretémonos al gran acontecimiento que en breve celebrará la Francia; quién sabe si me habré equivocado en mi vaticinio; de todos modos, nada debo deciros hasta que os vea sentado y seguro sobre el trono de San Luis.

—¿A qué se refiere la idea?

—Señor, no siendo una cosa cierta, por más que aparezca probable, debo ocultároslo, y en verdad que mucho ganariais si pudiera prescindir de decírosla.

—¡Entónces ocupémonos del porvenir de mi reino! He supuesto que París me recibirá como á soberano.

—Esperan con ánsia vuestra abjuracion y entrada triunfal.

—¿Y el ejército?

—Ya está preparado, y en general acepta gustoso la idea.

—¿Y los duques de Mayena y Guisa?

—Nada saben ni es posible que crean en vuestra conversion.

—Tienen muchos deudos, amigos y parciales que seguirán sus banderas, y temo que no acabe la guerra hoy como yo deseaba.

—Verdad es; pero hecho católico V. M., y trasladado al Louvre, se les concluyó el pretexto, y si se baten, lo harán mal y en retirada.

—Si pudiéramos atraerlos de algun modo...

—Tambien es accesible; pero no habiendo por qué temerles, debe aparentar V. M., en mi concepto, desden, para que no pidan mucho.

—¿Cuándo se disolverá el ejército de Dreux?

—Esta noche iremos allí mis cinco hermanos, los representantes de París y yo, con objeto de sorprender á Guisa y á Mayena, y traernos á la mayoría de los que les obedecen. Desde ese instante sólo V. M. mandará en Francia.

Preparado Enrique IV por su esposa Margarita, deseoso de concluir una guerra que parecia interminable, y presentada la cuestion por el duque del Imperio con la habilidad y destreza que acabamos de ver, se realizó el gran pensamiento de Julio de Silva, sin cási oposicion por parte del monarca y sin exigencia alguna. Satisfecho Osorio, y comprendiendo que no se habia equivocado en la alta idea que formó en Francia de Enrique de Borbon, procuraba en estos instantes tranquilizar la conciencia del augusto soberano, rehuyendo á la vez toda cuestion que se rozase con la reina. El marido quiso hablar de

ella; intentó demostrar á Flaviano el amor que ardia en su pecho y lo dichoso que podria ser á su lado; pero aquél variaba al momento de conversacion con estudiada oportunidad, lamentando en silencio las ilusiones que se hacía el monarca.

Por último, dos horas después oyeron la carrera de muchos corceles, y ámbos se aproximaron al balcon, viendo detenerse á la puerta del palacio la carroza del arzobispo de París, escoltada por más de quinientos jinetes.

Quince minutos después besaba Enrique de Borbon el anillo episcopal del prelado, le estrechó luégo contra su pecho, abrazando además á cuantos caballeros acompañaban á aquél.

Seguidamente repitió con voz entera y solemne su abjuracion, siendo proclamado rey de Francia por los representantes de París, que lo eran á la vez del ejército y partido católico. El rey colmó de elogios al duque del Imperio, oprimió várias veces la mano del príncipe de Italia, y rogando al conde de Monterubio y marqués de Abella que le perdonasen la prision en que los tuvo algunos meses, tomó asiento en su régio sillon, obligando á los presentes á que le imitasen.

En este instante pidió Osorio permiso á S. M. para abandonar la cámara por algun tiempo, y obtenido que fué, cruzó algunas frases con su hermano Julio, desapareciendo de allí.

Miéntras el monarca acordaba con los nuevos magnates de su corte las bases con que se iba á hacer la paz, su entrada en París y cuanto tenía relacion con el gran acontecimiento que estaba realizándose, sepamos cómo sale el duque del Imperio del grave conflicto que le prepara la más bella de las reinas. Margarita accedió á cuanto Osorio la propuso, más que por interés de la Francia, por una idea egoista y criminal. Llegó el momento en que la sensible y voluptuosa señora aguardaba lo que llamó recompensa á su fingimiento y sacrificios, y en verdad que era difícil disuadirla de lo contrario, sin que la hija de Catalina de Médicis dejara de pensar en una venganza tan sangrienta y cruel como todas las que realizó su terrible madre. No estaba cierta del amor de Osorio, pero

acostumbrada á avasallar el corazon de los hombres con su hermosura y talento, veia ya terminado el plazo en que pensaba rendir al duque del Imperio y obligarle á que cayera á sus plantas demandando amor y ternura.

—A su lado,—exclamaba la reina para sí,—seré dichosa. ¡Oh! hablando seduce; embriaga si canta; fascina si mira; y el conjunto de tan privilegiado sér reasume y encierra toda la ventura, la dicha, la felicidad á que puede aspirar una mujer. Como guerrero, es invencible; su acero no tiene rival; como general, parece patrimonio suyo la victoria; como cantor, ¡oh! como poeta y cantor, imita á los ángeles; como intrigante, su habilidad y destreza no encuentran parecido en el mundo; y cuando galantea... Es un tipo acabado, completo; y junto á él me aguarda un mar de ventura y placeres. Mucho tarda; mas con tal de ver á ese hombre dominado por mí, sacrificaré el tiempo y hasta mi vida si preciso es.

De este modo discurria la reina en los momentos en que Osorio abandonaba la cámara del rey. Sigámosle.

CAPITULO XXVII.

Otro suspiro.—El hombre y la mujer.—Eva propone y Flaviano dispone.—Dios nos libre de semejantes tentaciones.

Salió Osorio de la cámara de Enrique, segun hemos dicho, hallando á tres pasos de la puerta á Faure, que le alargaba la mano, diciendo:

—Duque del Imperio, virey de Nápoles, Flaviano de Osorio, Jacobo de Guzman; con todos esos nombres y títulos ó sin ellos, me honro llamándome vuestro amigo.

—Y yo, general, siéndolo vuestro.

—Qué cambio tan completo de cútis, modales, fisonomía. ¡Oh, ya veo lo que creia adivinar!

—Tampoco os sienta mal á vos esa banda que ganásteis en La Queue.

—¿Yo?

—Sí.

—Creia debérsela á un señor pobremente vestido, barnizada su epidermis y de talante, que parecia vuestra antítesis.

—La merece el futuro católico.

—¿Qué decís?

—Luégo hablaremos de eso. ¿Me esperan?

—Hace más de una hora.

—¿Dónde?

—En el pabellon del *Diablo.*

—Nombre fatal, Faure.

—Teneis razon, y de mal presagio. Volveos á la cámara de S. M. el rey.

—Imposible.

—Os advierto que aguarda allí un demonio con traje y forma de ángel.

—Veamos si logro hacerme invencible tambien ante ese espíritu maligno.

—Lo dudo; soy yo más viejo, y...

—Y más débil.

—¡Duque, por San Luis!..

—¿Dónde está mi sombrero? Allí le veo.

—¿No cojeis el gaban?

—Cuando regrese.

—¡Conque estais decidido!

—Sí.

—Pobre banda, qué mal estreno va á tener.

—No temais nada.

—En el momento que la veais cambiará vuestra opinion. ¡Qué elegante y hermosa está!

—Excitais mi curiosidad con esos elogios, y en verdad que deseo contemplarla lo ántes posible. Id delante.

—Aún es tiempo, señor; reflexionad...

—Par diez, que anhelo verla. Una mujer hermosa, elegante y seductora, forma en el hombre el colmo de la felicidad humana.

—¡Jesús, lo que me espera!

—Tiene además talento, es reina, y no es dable que halle rival en el mundo.

—Cierto; pero ¿y yo?

—Vos aspirareis el aura embalsamada por las flores; os servirán de alfombra las hojas de las plantas, de techo las copas de los árboles, y de calle los tilos, las rosas, y un bosque, en fin, de azucenas y lirios.

—¡Ay, ay, qué aparato y qué noche!

—Avanzad, amigo mio, que el tiempo vuela y mi impaciencia crece.

—Cubríos con el gaban.

—¿Por qué?

—Sin él estais demasiado esbelto, elegante, seductor.

—Mejor, Faure, mucho mejor. Recordad que es una reina y que todo lo merece.

—¡Vaya si lo recuerdo! y vos hombre y jóven, y débil.

—Qué quereis; así me ha hecho Dios, y no es posible cambiar mi sér.

—¿No hay remedio?

—No.

—Juré obedeceros, y no faltaré á mi palabra. Seguidme.

El general delante y el duque detrás, comenzaron á atravesar salones y pasillos; luégo entraron en una galería, comenzando á descender por la escalera que daba al jardin.

Al abandonar Osorio el palacio, se miró en un gran espejo que tenía de frente, y exhalando un suspiro, exclamó para sí:

—¡Ay, no siempre conviene ser tan derecho, alto, bien formado y elegante! Padre Alberto, ayudadme á vencer en esta batalla, más terrible que todas las que vos ganásteis en el mundo!

Y poniéndose al lado de Faure, le preguntó:

—¿Está léjos ese delicioso pabellon del *Diablo*?

—No; aquí se halla todo cerca, hasta la ironía, las miradas burlonas, el sarcasmo y el ludibrio.

—Interin no lleguen, nada temais.

—¿Y si llegan?

—¡Ah! ¡si llegan! ¿Para qué os comprásteis esa espada?

—Ya me parece verla fuera de la vaina dando tajos y mandobles, ¡voto al demonio!

—Si la vuestra no bastase, si por casualidad fuese nueva y no supiera bien el oficio, contad con esta que yo llevo.

—¿Es muy vieja?

—Ya lo creo; se encontró en Dreux, en Cambray, en Malta, en el Perú, en Venecia...

—Basta, basta.

—No cuenta una sola derrota, una batalla sin aplauso, ni un duelo sin muerte.

—¿Seríais capaz de batiros por mí?

—¡Vaya una pregunta necia é inconveniente! Cien veces y mil; os he dado el nombre de amigo, y os pertenece mi sangre.

—Y á vos mi vida y hasta mi honra. Esa es la puerta del pabellon; la alfombra de hojas de flores que veis conduce á la estancia donde os aguarda la reina. Aquí os espero, tardeis mucho ó poco y hagais bueno ó malo. Si alguno lograse interrumpiros, rogad á Dios por mi alma, pues habrá pasado por encima de mi cadáver.

—Gracias. Pasead ó sentaos, pues me detendré mucho. No espereis señal alguna, que para tan difícil empresa, tan arriesgado encuentro, no hace uso nunca el duque del Imperio de amigos ni auxiliares. Adios, general.

—Hasta luégo, señor.

Y comenzó á subir el duque por una escalera de mármol no muy ancha, sembrado su centro de hojas de flores. Al concluir el último tramo vió vários tiestos entre columnas y estatuas, llegando á su olfato el aroma exhalado por muchos pebeteros situados á la oriental.

Siguió nuestro español por la alfombra de hojas de rosa, atravesando dos salones y un pasillo sin encontrar á nádie, pero oyendo que se cerraban las puertas que dejaba atrás, segun él avanzaba.

Continuaban las columnas de jaspe, mármol y pórfido; las

estatuas, los tiestos con flores y plantas odoríferas; el aire embalsamado por los perfumes de Oriente; los cuadros, las sedas de Siria; los espejos de Venecia, y un lujo, en fin, tan sorprendente, que detuvo al duque del Imperio, obligándole á exclamar:

—Si este es en verdad el pabellon del *Diablo*, bien alojado está en el mundo Satanás. ¡El diablo! Par diez, podia serlo para mí esa reina tan bella y... El nombre de este pabellon parece un aviso, una indicacion fatídica. Mas corrí el mundo sin hallar hasta ahora el infierno; veamos si he dado con él, y si venzo ó soy vencido por el tan renombrado Pluton.

Y continuó hasta llegar á un gabinete forrado de raso amarillo y más suntuoso que las habitaciones por donde acababa de atravesar. Al entrar él, se cerró la puerta, y en el mismo instante vió á Margarita reclinada indolentemente sobre un ancho sofá de ébano y damasco. Llevaba un vestido de raso azul con ricos encajes y cintillo de oro y pedrería; estaba bastante escotada, y sobre los torneados hombros y el blanco pecho de tan deliciosa dama caia en bucles una cabellera más brillante que el oro y más fina y suave que la tela del traje que la cubria. En su prendido se veian racimos de perlas con brillantes diáfanos y muy ricos. Su rostro, siempre hermoso, blanco y agraciado, presentaba ahora un tinte de rosa que lo hacía encantador. Por casualidad, y al adoptar la postura que tenía la augusta señora, quedó descubierto un poco de su diminuto pié, el cual aparecia cubierto con media de seda de color de carne y zapato de raso blanco con hebilla de oro y piedras.

Todo era allí estudiado, todo arte, pero todo magnífico, sorprendente, arrebatador. No obstante la esplendidez del palacio que habitaba Osorio en Madrid, y de haber pisado los primeros salones del mundo, llamó su atencion, y excitó su sorpresa el lujo, simetría y gusto de cuanto le rodeaba. Con su chambergo en la diestra y ese aire cortesano que tan bien cuadraba á su varonil, esbelta y hermosa figura, se acercó á la reina, haciéndola un saludo gracioso y atento á la vez que respetuoso.

—Bien venido, duque del Imperio.

Le dijo Margarita, alargándole una mano que él besó con entusiasmo, ínterin asomaba á los labios de rosa de la bella una sonrisa graciosa que dejó ver dos filas de dientes tan pequeños como blancos é iguales.

—Siéntate, amigo mio, en este sofá,—añadió aquella dando á su voz un timbre grato y sonoro,—junto á mí; que eso y más merece el que acaba de convertir á un navarro más terco que cuanto yo pudiera expresar.

Osorio la contestó:

—¿Aquí me he de sentar?

—Ahí, sí; yo te lo mando, te lo ruego.

—Gracias; es V. M. la reina más encantadora y amable que he conocido.

—Olvida, miéntras estemos aquí, la majestad, y hablemos como dos buenos amigos.

—¿Os referiais ántes á Enrique de Borbon?

—¿Cuando hablaba del convertido?

—Exactamente.

—Sí; creí, mi querido Flaviano, que se estrellaba tu talento ante la rudeza y terquedad de ese hijo predilecto de las montañas de Navarra.

—Pues yo lo hallé atento, razonable, dispuesto al bien, caballero como pocos, y tan sensible, que aún conservo húmeda la tela de mi ropilla por las lágrimas que vertió, reclinada su régia faz sobre mi pecho.

—Con tu gran talento lo trocarias en lo que más te agradase.

—Con su nobleza de alma, su admirable corazon y una inteligencia portentosa, me sorprendió hasta el punto de que á su lado me conceptué tan chico y ruin como él aparecia maravilloso.

—¡Qué modestia tan sublime!

—Sólo hice justicia á vuestro marido. El llanto que derramaron sus ojos filtró la ropa que cubre mi pecho, llegando al

corazon. ¡Cuánto os ama; cuán digno es de una mujer bella y con el talento de V. M!

—¡Qué iluso vienes y qué sentimental!

—No os extrañe; esos pebeteros de Oriente, los mosáicos árabes que miro en torno, el aura embriagadora que se respira aquí, las columnas, estatuas, sedas, espejos y cuanto me rodea, me infunde una melancolía religiosa, ascética.

—¡Qué disparate! ¿Cómo explicas eso, duque?

—Acostumbrado á abandonar todos los dias mis trenes y palacios para descender y habitar entre ese mísero pueblo que carece de todo lo que á nosotros nos sobra; recordando á menudo que el hijo de Dios vivió pobre, murió mártir, que rechazaba á los ricos, se asociaba á los infortunados; sabiendo lo corto de esta vida, lo inmenso de la eterna; al hallarme en un paraíso como este, tengo muy presente siempre su pequeñez. comparada con la grandeza del verdadero *paraíso*, y en verdad que se apodera de mí un sentimiento parecido, muy parecido al que brillaba siempre en la faz del primer príncipe de Italia, religioso trinitario después y asombro perenne de las generaciones presentes y futuras.

—No estarias tú tampoco mal con cerquillo, corona, hábito blanco, capa negra y escapulario de la órden á que perteneció el padre Alberto.

—Mejor se encontraria V. M. sentada en el trono que honró San Luis, participando con su esposo de los azares, abrojos y dicha que ofrece el poder, que prestan las riendas del Estado.

—Mejor no, toda vez que tu vocacion de fraile supera á mi poca aficion á reina.

—Es que yo no puedo profesar.

—¿Por qué?

—Me lo impide el casto y puro amor de mi esposa y el cuidado de hijos tiernos y cariñosos.

—¡Qué recuerdo tan inoportuno!

—¡Inoportuno! Pues si no se borran de mi mente un solo

instante. Por ellos crucé desde Nápoles á Usson convertido en músico calabrés, viendo contínuamente ensangrentadas mis plantas, expuesta mi vida, y haciendo rodar por el suelo séres cuyos pechos ó cráneos atravesaban las balas de mis pistolas; por ellos corrí luégo á París, á Dreux, á La Queue y á Versailles; por ellos gané con mi sangre la libertad de una reina; por ellos hice el milagro de convertir al catolicismo á vuestro esposo; por ellos conquisté la paz y ventura de que carecia la Francia, y por ellos estoy en este momento sentado junto á la más bella de las mujeres, la más hermosa de las reinas.

—¿Qué?

—Digo, señora, que por ellos no rozará el vestido de V. M. con mi traje de duque, porque quiero que al morir yo, sean su mejor patrimonio el nombre y fama del esposo y padre; y os advierto que la frase *quiero* en Flaviano de Osorio precede siempre á un acontecimiento que la robustece y confirma.

—¡Cuánto has variado, duque, desde que te conocí en París há más de diez años!

—Mucho, señora; era entónces soltero, libre, me ocupaba sólo del presente, y distaba tanto del padre Alberto como ahora me voy acercando; que la vida es corta y la eternidad no tiene fin.

—¿Y yo, he cambiado mucho? Sé franco.

—Ganásteis en hermosura y hechizos...

—Si empiezas adulándome, muda de conversacion.

—Repito, señora, porque así es la verdad, que os encuentro más encantadora que nunca. ¡Oh! es preciso haber sufrido lo que yo, para hacer lo que veis; es necesario deber muchísimo á la Providencia y hallarla siempre delante para que me tenga de su mano ahora.

—¿No me engañas?

—Lo juro por la fe de caballero, por la memoria del padre Alberto, que amo y venero de un modo indecible.

—¡Qué presente tienes á ese santo varon, que en paz descanse!

—No os extrañe; fué mi padre, mi maestro, el héroe que ganó el título de duque del Imperio; el santo que besaba á cada instante mi frente, me hacía aspirar su aliento y logró poco á poco cambiar mi sér en lo que veis.

—¡Luego es cierto lo que se cuenta de tí en Malta, referente á una odalisca llamada Syra!

—Y lo de Nápoles relativo á la italiana más bella que conocí, á excepcion de V. M., y lo de otras que no hay para qué mentar.

—Me dijeron hace poco la conducta que observó Enrique contigo y con los que acaban de llegar de París, é infiero que has logrado el colmo de tus deseos en Francia.

—Así es la verdad.

—Duque, ¿qué te has propuesto? Háblame una vez como pudieras hacerlo con tu hermana.

—Quise sentar en el trono de Francia á Enrique IV y á su bellísima esposa; intenté la libertad de mis hermanos, y anhelaba coronar mi obra con la paz y ventura de Francia. Os juro que nada más queria, que nada pretendo, que nada más quiero.

Margarita se incorporó, y mirando fijamente al duque, cogió una de sus manos que él le abandonó con indolencia, añadiendo:

—Doy mi trono, la esplendidez que me rodea, la adulacion que me acosa y el reino entero por una cabaña en Italia y un cazador que se parezca á tí.

—La Europa maldeciria el nombre de V. M., y sus ecos formarian un mar de remordimientos y dolo, sobre el cual navegariamos con rumbo siempre al abismo.

—Atravesaremos el Océano, y por el estrecho de Magallanes ó el Cabo de Hornos, llegaremos al Pacífico, hallando en él una de las regiones más apartadas de Europa. ¿Recuerdas el Perú?

—Sí, señora.

—El pueblo español dice en las trovas que os canta, que

existe allí una cordillera de enormes montañas que se llaman Los Andes.

—No miente en eso.

—Pues añade, que hay entre esos montes y el rio de las Amazonas, una campiña deliciosa, sublime, donde brota la poesía y convida al placer.

—Es verdad.

—Tenían aquellos montañeses una reina que se llamaba Tolopalca, á la que adoraban y arrancó de allí el amor de Roberto Navarro. ¿Es muy hermosa esa mujer?

—Más aún de lo que la describen las baladas populares, pero no tanto como V. M.

—Sus hijos ó vasallos quedaron huérfanos, abandonados, tristes y pesarosos; duque, dejemos Europa; corramos desde el Mediterráneo á la parte opuesta del Océano; desde éste al Pacífico; pisemos la playa americana, y demos al pueblo huérfano de los Incas el trono y los reyes por que suspiran há muchos años.

—Imposible.

—¿Por qué? Yo imitaré á Tolopalca en bondad y ternura.

—Señora, al abandonar la esposa de Roberto Navarro los Andes se elevó un altar á Dios en el sitio en que se alzaba el trono de aquella. La religion católica reemplazó allí al poder material de los hombres; el amor de los montañeses se concretó en el Altísimo; hoy no se acuerdan de Tolopalca, ni hay posibilidad de robar al cielo el cariño de aquel pueblo vírgen, creyente y religioso.

—Dicen que los españoles han descubierto cerca de la china y á más distancia que la América del Sur, un archipiélago llamando Filipino; otro nuevo mundo que parece reclamar el genio del duque del Imperio y la ternura de Margarita de Valois.

—Entre aquellas breñas azotadas dia y noche por los embates del mar Indico; en los arrobadores valles y campiñas del continente americano; en los jardines de Italia; en los palacios

de España ó Francia; en las cabañas de los pescadores ó en el trono de los Césares, podrá reinar Margarita por su belleza, talento, encantos y bondad, mas en ninguna le será dado arrancar un átomo de amor, de afecto y tolerancia, si, léjos de su esposo, si, perjura y cruel, lo abandona, desprecia la bendicion del cielo, y en busca de un mentido placer niega la gracia Divina para conceder á Satanás el poder que sólo le dan los réprobos. Llevadme donde querais; me dejo conducir como niño inocente; mas, para lograrlo, es preciso que borreis de mi memoria la imágen del honor, el amor de mi esposa é hijos, y que yo no vea en sitio alguno una cruz que me recuerde que soy católico, y lo que debo, y lo que hizo, y lo que me enseñó, y lo que me ofrece el Mártir del Calvario.

La reina soltó la mano de Osorio, y apoyando la frente en su diestra, meditó algunos segundos; luégo dijo al duque del Imperio:

—¿Quieres que finja amores á mi esposo y acepte la mitad de su lecho?

—Sí, señora; de conseguirlo, regresaré á España ébrio de alegría.

—Lo haré, y acaso con el tiempo logre quererle, como tú supones que merece.

—No vacileis; os lo impone el deber, os lo aconsejan la fama, la tranquilidad de conciencia, el sosiego y bienestar, y lo manda Dios, que en breve os ha de juzgar.

—Muy bien; acepto.

—Gracias, señora; mi obra será completa en Francia; V. M. se va á elevar sobre todas las reinas que hubo hasta hoy.

—Arrepentida de mis pasadas culpas, imploraré la clemencia Divina, y Dios misericordioso me perdonará.

—Estad segura. El me inspira en estos momentos, y haciéndome instrumento suyo, os enseña, por boca mia, el camino del bien que abandonásteis un dia, cuando aún érais jóven, hermosa y débil.

—Quién sabe. Me parece ver en lontananza agradable la

figura de mi esposo, deliciosa su conversacion y grato su yugo.

—Cláro es; caballero más cumplido no tiene Francia.

—Te ofrezco ser suya, y participártelo por escrito.

—Leeré vuestras cartas con entusiasmo.

—Ayúdame á conseguirlo.

—¿Quién lo impide? Decídmelo, y con mi propia sangre, si preciso es, destruiré el estorbo.

—No es necesario sacrificio alguno de tu parte. ¿Cuándo piensas regresar á Madrid?

—Antes de quince dias.

—Poco es; mas no importa, ni por eso dejaré de cumplir mi palabra, siempre que en tan corto período me hagas una visita diaria, como aquellas que há diez años en París nos proporcionaron ratos tan efímeros como deliciosos. ¿No te acuerdas ya?

—Demasiado, pero...

—Aún somos jóvenes; tú lo has dicho, y la Providencia conservará sus brazos abiertos á dos hijos que salieron del redil un solo instante para volver en seguida más amorosos y leales que nunca. A tu partida de Francia empezará mi completa regeneracion.

—Por lo mismo que el plazo es tan corto, tan instantánea en la tierra la dicha, tan negro el borron y tan insegura la existencia humana, vale más que la regeneracion de V. M. principie desde este momento.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señora.

—¿Comprendiste que mi última idea contenia el único medio de que ámbos dejáramos de ser desgraciados el resto de nuestra vida?

—Yo no fuí nunca infortunado, y Dios mediante, no dando motivo, tampoco espero que me abandone la Providencia en lo porvenir.

—Por mis venas corre alguna de la ardiente sangre de los Médicis.

—Sí, recuerdo á vuestra madre; en París burlé su intento; en Cambray maté á cási todos los sicarios que la obedecian, hiriendo gravemente al baron de Retz. Pero anhelo ser vuestro amigo, vuestro admirador; el hombre que elevó la fama á las estrellas, y allí le arrancó su trompeta, para tocarla en loor vuestro. Ese rostro de diosa, de ángel, no puede esconder la maldad del infierno, el espíritu de Satanás.

—Te equivocas; voy á ser para tí peor que todos los Médicis y que el baron de Retz.

—¿En Usson?

—No, en Versailles, en Francia donde quedará tu cadáver.

—Siento haberos hecho andar desde Usson á Versailles para volver desde Versailles á Usson. Me equivoqué al entregar á vuestro marido unas cartas arrancadas al duque de Guisa, y en la noche que ahora empieza desharé la equivocacion.

—Está muy cerca el general Faure que, en union de mis criados, desarmarán al *invencible*, dejándolo encerrado en el sótano de este pabellon.

—¿Tanta influencia teneis sobre ese soldado?

—Mucha.

—Falta os hace, porque con los sirvientes no os bastaria.

—¿Llevas encima las cartas que te dió Guisa?

—¡Cómo habia de abandonar escritos que contienen la firma de una reina tan bellísima y bondadosa!

—Dámelas.

—Imposible.

—¡Te lo mando!

—Mi reina murió; era la cuarta esposa de Felipe II, y Dios se dignó llevársela.

—¡Estás en Francia!

—Sentiré que me obligueis á obrar como en país conquistado.

—Por última vez, duque, me das las cartas ó llamo.

—Llamad.

—Pues llamo.

—¿Señora?

Preguntó un paje á la parte afuera de la cortina. La reina le contestó con imperio:

—Que suba inmediatamente Faure, y acercaos todos vosotros. ¿No tiemblas, invencible español?

—Lo hubiera deseado por saber lo que era eso una vez siquiera; pero me niega el destino complaceros y complacerme.

—Esa risa sarcástica y cruel pronto se trocará en llanto.

—Tambien sería cosa nueva para mí; os hariais célebre si os fuera dado esparcir, con razon, la noticia de haber visto lágrimas en mi curtido rostro.

—¡Me mata la ira, el despecho!

—Lo veo, y en verdad que aumentó el carmin de vuestras mejillas y estais más hermosa que nunca; daria la mitad de mi vida por llamarme Enrique de Borbon. Os lo juro.

—¡Necia adulacion!

—Miraos al espejo, y si miento, que Dios me confunda.

—Tus frases son hijas del más horrible sarcasmo. ¡Faure, entra!

—¿Qué manda V. M?

—¿Están ahí mis criados?

—He visto cinco ó seis sirvientes á la puerta de esta cámara.

—Con esos te basta. Desarma al duque del Imperio, y que lo aten de piés y manos.

—Señora, representa al rey de España, por cuya razon me es imposible obedeceros.

—Mientes.

—Lo dice todo el mundo, y es posible que lleve encima los poderes que le dió su monarca.

—No importa; hazlo bajo mi responsabilidad.

—Siento verme obligado á decir á V. M. que mi vida pertenece al señor duque.

—¡Miserable! ¿Así honras esa banda de general francés?

—Se la debo á él tambien; y despreciada por un sér que no me es dado pulverizar, la arranco de mi pecho, y la arrojo

á los piés, ya que no puedo al rostro, de la esposa del que fué mi rey.

—Decís bien, Faure,—exclamó el duque.—Tomad la mia, y desde ahora os nombra general español Felipe II. Si es poco, elegid el nombre que ha de llevar vuestro condado. Os regalo de mis rentas diez mil ducados anuales.

—Gracias, noble duque; me basta seguiros á España y vivir junto á vos, hombre el más hidalgo, valiente y caballero que conozco.

—No desaireis mi banda; con ella vencí en Malta, en el Perú, en Venecia, en Nápoles y en Francia. Tomadla, que esa nádie podrá arrancarla de vuestro pecho.

—No debo aceptarla; en España tomaré lo que me deis; aquí no quiero nada.

—Faure,—dijo la reina variando de tono y volviendo á sentarse,—coge esa insignia, sal de aquí, y que se retiren todos mis criados. Toma; si cayó al suelo, la levantó una reina, y te la da con su mano.

—Gracias, señora; os obedezco.

Y desapareció, obligando á los sirvientes á que abandonaran el pabellon, quedando él en el sitio en que aquellos estaban.

Sola Margarita otra vez con Osorio, se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo dos minutos entregada á profunda meditacion. De pronto alzó la cabeza, y después que hubo arreglado los dos bucles que se habian corrido adelante, miró á Osorio, que estaba de pié, frente á ella, cruzado de brazos, y con acento tranquilo y sosegado, le dijo:

—Siéntate de nuevo junto á mí; me has ofrecido tu sincera amistad, y la acepto.

—Gracias; me tendré por dichoso si algun dia puedo aspirar á la vuestra.

—Cuenta con ella desde este instante.

—La acojo con júbilo.

—¿Dudas de mis palabras?

—No, señora; leo en vuestro corazon al través de esos bellísimos ojos que son el espejo del alma.

—Dame una prueba digna de tí.

—¿Os referís á las cartas de Guisa?

—Sí.

—Tomadlas.

—No; consérvalas. ¡Me has vencido en cuantos terrenos te he buscado! ¡Qué hombre tan grande, Dios mio, y qué dichosa sería yo con él!

—La Providencia, dueña de todo cuanto existe, reparte á medida de su deseo, y en sus altos designios dispuso que V. M. perteneciera sólo á Enrique de Borbon, y que yo tuviese una mujer, á la que no faltaré jamás.

—Santa abnegacion que te envidio, duque.

—Me ciño al cumplimiento de un deber, y no hay en mi conducta mérito alguno.

—Feliz el que puede hacer lo que tú; á mí me es imposible.

—Porque no quiere V. M.

—Te equivocas; tomando tus consejos, hice esfuerzos inauditos, mas hallé una oposicion instintiva que me separa de Enrique con tenaz empeño.

—¿No estuvo atento con V. M?

—Sí.

—¿No le demostró amor y ternura?

—A su modo.

—¿Creeis, como yo, que es valiente y caballero?

—Dicen eso.

—Deduzco entónces que, acostumbrada á cumplir todos vuestros deseos, todos vuestros caprichos, no sabeis dominaros, es superior á vuestras fuerzas la menor violencia. Imposible parece que una dama de vuestro talento consienta que el corazon mande en la conciencia de V. M.

—Estás en un error si crees que mi materia domina la inteligencia.

—Por desgracia acabo de verlo en Enrique vuestro esposo

y áun en mí; os bastó la contrariedad de un capricho, de un deseo que no quiero calificar, para aborrecerme, y, de haber podido, para mandarme dar tormento y acaso, acaso tambien la muerte.

—Hubo un momento en que se ofuscó mi razon, pero luégo reflexioné, y ya ves que te he perdonado y ofrecido mi amistad sincera.

—¡Qué me ha perdonado V. M! ¡Sublime caridad! ¿En qué la he faltado yo? ¿Cabe mayor sacrificio que el de verse condenado á observar la conducta que yo concluyo de usar? ¿Hay nada tan cruel, tan horrible como contemplar á la reina Margarita, y, contra lo que anhela el corazon, el instinto y el deseo, cerrar los ojos y pensar en la querida esposa que se halla á cuatrocientas leguas? Me perdonásteis lo que, léjos de ser un pecado, debió admirar V. M. como mérito, y al hacerlo fué obligada por la fatalidad de las circunstancias. En la presente ocasion, señora, cedió V. M. de la misma manera que Catalina de Médicis, cuyo retrato acabo de ver en vos; esto es, porque siendo yo *invencible*, le negó el destino los medios de vencerme.

—A pesar de la oposicion de Faure, aún me quedaban medios...

—Ninguno; áun cuando ese general os hubiera querido obedecer, vuestro empeño fracasaria por completo.

—¿De qué modo?

—Matándolo, y á la vez á cuantos criados esperaban á la puerta de esta cámara. ¿Ya me desconoceis?

—Confieso que me ofusqué, pero al recobrar la razon, observé conducta enteramente contraria.

—Señora, cedísteis porque Dios os lo impuso, que vuestra voluntad estaba bien conocida. Yo, que nací fuerte y que gozo imitando la generosidad de vuestro marido, soy el que os perdona tan criminal conducta, y vuelvo á aconsejaros, si deseais lucir como reina, brillar como hermosa y obtener el aplauso general como casta y virtuosa, que empeceis á dominaros, hasta

que podais comprender que no existe en Francia ser alguno tan digno de vuestro amor como Enrique IV.

—Me niega el cielo esa dicha, duque.

—Demandad su clemencia, y hallareis una bondad que no tiene límites.

—No puedo, no puedo.

—Os compadezco, señora; la reina de Francia, léjos de causar admiracion, fomentará el desden y acaso el desprecio de cuantos la miren.

—Así y todo prefiero huir del lado de Enrique.

—¡Qué lástima, qué obcecacion! Os estimo, y en verdad que llevaré á España el sentimiento de no haber podido haceros dichosa. Ceso, en consecuencia, de molestaros con mis consejos, y os pido permiso para retirarme.

—¿A dónde vas?

—A Dreux, señora.

—¡Ah! comprendo. Allí está Guisa, y le vas á matar.

—Pudiera suceder que nos batiésemos, y fuese yo más afortunado que él.

—Hazme un señalado favor, y yo en cambio accederé á cualquiera condicion que me impongas, no siendo la de vivir con mi esposo.

—No guardo rencor ni ódio á nádie; pedidme cuanto querais, que á ser posible, lo conseguireis de mí.

—Júrame no atentar contra la vida de Lorena.

—¡Todavía pensais en ese hombre!

—Sí.

—¡Qué ceguedad!

—No importa, seré tu amiga el resto de mi vida si cumples ese mi único deseo.

—¿Y si él me desafia?

—Yo le escribiré ahora mismo.

—¿Y si mis hermanos, vendidos dos de ellos torpemente por él?..

—Media tú, y evita en lo posible el duelo.

—Lo haré, que á Guisa le falta valor, y mis amigos no se baten con cobardes.

—¿Me lo juras?

—Os lo ofrezco solemnemente con una sola condicion.

—Habla.

—Continuareis al lado de Enrique, observando idéntica conducta que en los tres dias trascurridos, hasta tanto que él pida el repúdio.

—Imposible.

—Entónces mato á Lorena esta noche.

—¿No comprendes que, continuando así, jamás podria el rey separarse de mí?

—Al contrario; yo le aconsejaré el repúdio, y optará por él sin que haya escándalo ni sufra la fama de V. M.

—¿Tardarás mucho?

—Pensaba partir á Madrid ántes de quince dias; ahora os ofrezco hacerlo á la mitad de ese plazo, y al salir de París quedará todo concluido.

—Entónces acepto.

—Si escribís á Lorena, yo os ruego en bien de la Francia que no le digais nada de cuanto pasa ni que yo pienso verle. De lo contrario...

—Descuida; me concretaré á prohibirle que desnude la espada contra tí.

—Será inútil; pero si V. M. tiene empeño, hágalo, siempre que se contraiga á eso sólo.

—No tendrás queja de mí.

—Quiero además que, léjos de guardar rencor V. M. á mi amigo Faure, le estime y proteja.

—No hallo inconveniente en que así sea.

—Es leal, valiente, y merece vuestra estimacion.

—Le probaré que no soy vengativa.

—¿Me da V. M. su permiso para retirarme?

—Sí.

—¿Me permite que bese su mano?

—Tómala.

—El cielo perdone á V. M., la inspire y proteja.

—Gracias. El continúe haciéndote invencible ante los hombres y ante las reinas.

Un suspiro de Margarita y una respetuosa reverencia de Osorio dieron fin á una escena que destrozó el corazon de la primera y coronó con un nuevo triunfo el del segundo. La voluptuosa señora le recibió riendo y le despedia llorando. El duque entró suspirando y partia sonriendo.

CAPITULO XXVIII.

La cámara del rey.—A Dreux.—Lo que sucede en Dreux.

Salió Flaviano del gabinete donde dejaba á la reina llorando, y cogiéndose al brazo de Faure, al que halló cual muda estatua pegado al quicio de la puerta, le dijo:

—Seguidme, amigo mio.

Y ámbos buscaron la perfumada escalera, pisando luégo los deliciosos jardines de Versailles. El duque añadió:

—¿Estais satisfecho de mí, general?

—Mucho, cuanto cabe en lo posible; pero la reina nos perderá á los dos.

—¿No escuchásteis nuestra última conversacion?

—Sí; temí por vos, y no me separé de la puerta desde el instante en que me mandásteis salir.

—¿Dudais de la sinceridad de las frases de una dama tan bella y entendida?

—Bella y entendida era tambien su madre.

—No se parecen en nada.

—¿Juzgais verdaderos sus ofrecimientos?

—No tiene otro remedio, Faure; me teme en este instante más que á la muerte.

—Si fuese capaz de decir al rey lo contrario de lo que ha ocurrido, contad conmigo, señor duque.

—Si osara vengarse de vos, en España os aguardan una banda y un condado.

—Quién sabe si me obligarán á que os siga.

—No es lo probable; mas si preferís acompañarme, exista ó no peligro, realizaré mi oferta.

—Gracias; tengo en Francia parientes, amigos y afecciones, y sólo los abandonaré en un caso extremo.

—Entónces hablemos de otra cosa. ¿Sois protestante por conviccion ó por conveniencia?

—Ni por uno ni por otro; militar desde la infancia, me enseñaron primero á oir misa con devocion y á adorar á Dios, y lo hice con gusto; después me dieron una biblia, reemplazaron la misa con plática sobre el Evangelio, y acepté ámbas cosas sin violencia. Entiendo que la Providencia sólo quiere corazones, le he dado el mio, y poco importa la forma si en el fondo existe la verdad.

—Enrique de Borbon ha abjurado de sus errores y es ya católico.

—¿Quién hizo ese milagro?

—Su conveniencia, la paz de Francia y acaso el cielo.

—Valiéndose de vos, su mejor instrumento.

—Puede, Faure. Lutero era un fraile ambicioso, vengativo y falaz.

—No lo dudo.

—Es indispensable que olvideis por completo sus doctrinas, y arraigueis en vuestro corazon las de la iglesia católica fundada por San Pedro, cuyo primer altar se elevó en el Gólgota, y la que no fué nunca perjura ni tránsfuga como Lutero y la mayor parte de sus secuaces.

—Voy entrando ya en años, y preciso será pensar con madurez y cordura.

—Lo que llamais vosotros religion protestante es barata y cómoda; pero tengo para mí que lo cómodo y barato suele ser lo más caro, nocivo y pernicioso. No perdais de vista que en esta cuestion jugais la tranquilidad, sosiego y bienestar del espíritu, que es inmortal; y que, en lo relativo á sacrificios en loor del Mártir del Calvario, con lo mucho se gana todo, con lo poco todo puede perderse.

—Seré católico de corazon y hasta con la espada.

—Mal hecho; los discípulos de Jesucristo convencieron siempre con razones, jamás con estocadas.

—Sublime lenguaje que no oí hasta ahora.

—Pues escrito está en las leyes divinas. Reemplazad la soberbia y la ira con la fe y la caridad; sed buen católico, y al que no os comprenda, compadecedlo, pero nunca atenteis contra él, que harta desgracia es la suya.

—Par diez, me enseñais un mundo que desconocí hasta ahora.

—Abrid los ojos y ¡ay de vos si algun dia llegais á cerrarlos!

—No; sin fanatismo entraré en el nuevo sendero, reemplazando el ódio y rencor con la caridad.

—Y con el amor á vuestros hermanos, que son todos los descendientes de Adan.

—Lo malo es que siendo militar y habiendo guerra...

—No importa; defended siempre una causa justa, y herid en propia defensa ó cuando el deber os lo imponga; hay cientos de santos que hicieron lo mismo, y la Iglesia venera, con razon, su grata memoria.

—¡Qué revolucion habeis obrado en mis ideas!

—¿Sereis un buen católico?

—Os lo juro. Pero soltad, que estamos á la puerta de la cámara del rey.

—Continuad así hasta que lleguemos á la presencia de Enrique IV.

—No puedo entrar...

—Silencio; á mi lado llegareis hasta las gradas del trono de Francia.

Y Flaviano gritó á los pajes que le salieron al encuentro:

—Paso al duque del Imperio.

Aquellos se inclinaron, descorriendo la cortina de la cámara. Faure y Osorio penetraron cogidos del brazo. De pronto se soltaron, exclamando el segundo, fijo en Enrique IV:

—Señor, tengo la honra de presentaros como ardiente católico y mi mejor amigo en Francia, al valiente general Faure.

—Si vos lo habeis convertido, duque, es innegable su fe.

—No conozco hombre más leal y caballero.

—Así debe ser cuando merece vuestros elogios.

—Y todo mi cariño.

—Que cuente con mi proteccion.

—Eso deseo, gran señor, rogaros que si algo hice por V. M., por la Francia, reciba la recompensa mi amigo Faure.

—En ese caso le nombraré duque, grande del reino y añadiré cuanto me pida.

—Es modesto, y no se elevan tan alto sus humildes aspiraciones; pretende únicamente que V. M. no dude nunca de la lealtad y amor á su rey, y le otorgue simplemente lo que gane en lo sucesivo con su espada y valor.

—Para que pueda demostrarme lo que vale, dí á ese mariscal que se disponga para salir á campaña.

—Señor,—exclamó Faure cortado,—no gané ni merezco esa primera dignidad del ejército francés.

—Lo hecho hecho está; si teneis alguna queja, contádsela al duque, pero otro dia; ahora dejadnos, señor mariscal.

—Gracias, señor.

—A Osorio, Faure, á Osorio; os permito que estrecheis su mano.

El nuevo mariscal obedeció trémulo y sin poder expresar frase alguna. Se inclinó, en consecuencia, ante el rey, miró al duque con ternura y agradecimiento, y anduvo hácia atrás hasta que desapareció de la cámara. Osorio sonrió al verlo

partir con esa satisfaccion que brillaba en sus lábios siempre que premiaba la lealtad ó hacía el bien de alguno de sus semejantes. Luégo alzó la voz, y dirigiéndose al rey, le dijo:

—Señor, si V. M. nos lo permite, y estos caballeros opinan como yo, creo que es llegado el momento de partir á Dreux y asegurar con nuestra presencia el triunfo de vuestra causa y la tranquilidad del país.

—Sólo esperaba vuestro regreso para veros marchar; pero no creo conveniente que useis ese traje; en mi sala de armas hallareis cotas, cascos y corazas.

—Bien vamos así, gran señor, toda vez que intentamos la paz, acabar con la guerra.

—¿No será temerario?..

—Entiendo que, profesando la mayoría nuestras ideas, debemos inspirarles confianza.

—Como gusteis.

Todos se pusieron en pié, se despidieron del monarca, y comenzaron á salir, á excepcion de Osorio, que, acercándose á Enrique, le dijo:

—Señor, nuestra mision quedará en breve terminada en Francia, y al momento mis hermanos y yo partiremos á España.

—Siento lo último.

—Es indispensable; ya que no cumplamos la voluntad de Felipe II, debemos pronto desengañarle.

—Verdad es.

—Llevo además muchos meses sin ver á mi esposa, sin estrechar á mis hijos.

—Lo comprendo, y ya que yo soy tan dichoso con la mia, os aconsejo, aunque con dolor, que marcheis en busca de la vuestra.

—Al concluir en Dreux volveré á Versailles; dignaos, señor, recibirme solo y dispuesto á oir una noticia que ha de acibarar por muchos dias vuestra augusta existencia.

—¿Al fin van á realizarse vuestros temores?

—Por desgracia se han realizado.

—Hablad, que soy fuerte, y há tiempo que me connaturalicé con la desventura.

—Lo sé, gran señor; mas nada debo decir á V. M. hasta que vuelva de Dreux.

—¿Qué intentais entónces con dejarme presa de una incertidumbre más molesta que el dolor?

—Lo hago, bien á pesar mio, para rogar á V. M. se concrete única y exclusivamente á asegurar su corona y á hacer el bien de la Francia.

—Bien, pero...

—No penseis nada más que en vuestro país.

—Explicadme.

—Señor, me aguardan el príncipe, el arzobispo de París... Concretad vuestras ideas y pensamientos á Francia, sólo á Francia. Y hasta que regrese de Dreux.

Le hizo una reverencia, y desapareció.

En la antecámara se puso su gaban y sombrero; corrió á la posada, y montando en su caballo, volvió á la gran plaza de palacio, partiendo inmediatamente en busca del ejército católico.

Sus cinco hermanos, los Zallas, él, los representantes de París, el arzobispo y cuantos caballeros y soldados les acompañaron desde la capital corrieron con la velocidad que permitia la carroza en que iban el prelado y sus secretarios. Cada dos leguas mudaba aquella de tiro, siendo castigados los caballos cuanto era posible. De este modo, y empleando en cada legua cuarenta y cinco minutos, lograron llegar á las cuatro horas de camino cerca de la primera avanzada católica. Allí se detuvieron, rectificando su plan. Después se adelantaron los seis *invencibles*, Zallas y criados, precedidos de dos representantes de París, prévio reconocimiento de los cuales, los dejaron avanzar sin impedimento alguno. Al llegar á Dreux sucedió lo mismo, y ya dentro de la ciudad se dividieron en dos grupos, compuestos de los indivíduos siguientes: en el

primero iban un representante de París, el príncipe de Italia, los dos Navarros y Mauro Nuñez de Lara, con sus respectivos criados; total, diez hombres, los cuales se dirigieron al palacio del duque de Mayena, al cual sorprendieron en su alcoba. El segundo se componia del duque del Imperio, del gigante Mendoza ó sea el marqués de Abella, de los tres Zallas, del representante de París y seis criados, formando entre todos un grupo de doce, al que debemos seguir.

Los últimos se encaminaron á la morada del duque de Guisa, dejando ántes sus caballos en una posada próxima. Luégo llamaron á la puerta del palacio de Lorena, y dado á reconocer el representante de París, les permitieron entrar. Quedaron, pues, Alvaro Zalla y los seis criados al pié de la escalera provistos los siete de catorce pistolas, buenas espadas, cota, coraza y casco, interceptando la guardia con el piso principal del edificio. Los cinco restantes subieron, obligando el representante de París á los criados de Guisa á que despertasen á su amo en nombre de la patria y para ocuparse de un asunto de la mayor importancia.

Veinte minutos después los recibia Lorena en el mismo gabinete donde tuvo su entrevista con Jacobo de Guzman algunos dias ántes.

Guisa conocia, de los cuatro españoles que entraban en su estancia, al gigante Mendoza y á los maestres Fermin y Andrés Zalla, presos por culpa suya y á los que juzgaba encerrados en el castillo de Ibrí. Así es que al encontrarse con ellos en su gabinete á las cuatro de la madrugada, retrocedió dos pasos, confuso, aturdido y trémulo.

El representante de París se adelantó un poco, exclamando:

—Señor duque, tengo la alta honra de presentaros á mi noble y poderoso amigo el señor duque del Imperio, que se halla á vuestra derecha.

Lorena palideció; el otro continuó:

—Al señor marqués de Abella, mi amigo tambien, y á los maestres de campo españoles Fermin y Andrés Zalla; cuatro

valientes católicos que defienden nuestra causa y nos están ayudando y contribuyen con loable empeño, con heróica decision al bien de la Francia, á la paz y prosperidad del reino.

Guisa hizo un esfuerzo sobre sí, y disimulando en lo posible la terrible impresion que acababa de recibir, contestó:

—Los cinco seais bien venidos; honrais mi casa, y os ruego acepteis un sillon con todo lo demás que necesiteis en este palacio.

Los seis se sentaron, quedando Lorena en medio y muy cerca de Osorio y del gigante Mendoza.

El representante de París añadió:

—Señor de Guisa, mucho he sentido verme obligado á molestaros á esta hora; mas lo acordó así la junta central directiva, á la que pertenezco, era en bien de la patria, y no vacilé en llegar ante uno de sus más apuestos adalides, seguro de hallarlo dispuesto á oirnos.

—Me haceis favor y justicia, digno representante de París; mi sangre toda pertenece á la patria y al partido que tanto me elevaron, y para combatir por ellos, para hacer su bien, para escuchar á mis parciales, todas las horas son buenas, no hay instante molesto.

—En ese caso, os participo que la junta ha dado ámplios poderes al señor duque del Imperio, el cual os enterará del grave é importante asunto que nos trae aquí.

—¡A un extranjero!

—La religion que defendemos tiene por patria el mundo, y al que regó con su sangre los campos de Dreux junto al duque de Guisa, vuestro antecesor, al héroe que el orbe aplaude y el católico venera, debia cedérsele en Francia el primer lugar, el puesto más elevado.

—Bien; que hable el duque.

—Ante todo debo deciros, señor de Lorena,—exclamó Osorio,—que me llamo Flaviano Jacobo de Osorio y de Guzman.

Guisa le miró con más asombro que nunca, contestándole:

—¡Vos! ¡El duque del Imperio se llama tambien Jacobo de Guzman!

—Sí; son mi segundos nombre y apellido, de los cuales hago uso muchas veces en ocasiones dadas.

—Yo creí que al expresar esos nombres hubiérais venido solo.

—No; primero debo participaros el resultado que dió la caja, vários otros acontecimientos que ignorais y os importa mucho saber, y luégo quedaré á vuestra disposicion.

—Veo que vuestra fama de hábil y diestro no exajera; al contrario, ¿quién si no vos sería capaz de arrancar secretos y prendas queridas, valiéndose de ángeles como aquella niña?..

—Sí, Eugenia Depas.

—¿Osais pronunciar su nombre?

—Jamás os hubiera hablado de eso; pero ya que vos descorreis el telon, fuerza será tomar parte en la escena.

—Antes de conoceros os aceptaba con disgusto; ahora, señor de Osorio y de Guzman, me es imposible tratar con vos.

—No traemos ninguno de los cinco el encargo de formar contratos ni el de haceros proposiciones; eso debísteis suponerlo desde el principio. ¿Qué diria el mundo al saber que yo dejaba mi vireinato de Nápoles donde vencí á cuantos osaron detener mi paso, para venir á Dreux á formar contratos con los duques de Mayena y de Guisa, derrotados cuantas veces se presentaron delante de Enrique de Borbon? Mis cinco hermanos y yo, unidos á los representantes y arzobispo de París y seguidos de muchos caballeros franceses y españoles, entramos en Dreux, con objeto principalmente de enteraros de lo que hemos acordado y dispuesto. Tambien pensamos hacer otras muchas cosas; pero ahora me concretaré á significaros simplemente que ya tiene rey Francia, paz el reino y tranquilidad los católicos.

—¡Imposible! Felipe II no podrá ceñir nunca la corona de San Luis.

—¡Qué locura! Delirais hoy, señor de Guisa; mi rey y se-

ñor ostenta la de San Fernando, con la cual dicta leyes á dos mundos, y en verdad que si algo le sobra son vasallos y estados. España, amigo mio, es hoy quince veces mayor que Francia, y me quedo corto.

—Pues entónces, ¿quién puede ser?

—Si tuviérais en cuenta la calidad de la persona con quien hablais, fácilmente se os ocurriria. Nosotros, partidarios siempre de la justicia, le hemos dado el cetro á aquel que tiene más derecho á él, más méritos personales, más talento y valor.

—No comprendo á quién aludís.

—Al verdadero sucesor de Enrique III; á aquel á quien vuestro católico y agonizante monarca le dejó en herencia el trono de Francia.

—¡A Enrique IV! ¡A ese hugonote, que Dios confunda!

—Qué demencia, señor de Lorena; vuestra cabeza se halla hoy descompuesta. ¿Creeis capaces al arzobispo, representantes de París y á nosotros de cometer la imprudencia, la insigne torpeza, mejor dicho, de aceptar por rey á un partidario de Lutero?

—Entónces no os comprendo, y os advierto que vuestro relato parece una burla ridícula y pesada.

—Es el primer hombre que dice eso al duque del Imperio; mas ya que el vulgo me apellida invencible, quiero serlo hasta en la cosa más pueril, y me revisto de una paciencia que me impide arrancar la lengua al torpe que calumnia, al necio que comenta sin conocimiento de lo que hace. Tened calma, y entónces, no sólo vereis justificadas todas mis frases, sino que comprendereis admirablemente cuanto acontece. S. M. el rey Enrique IV llevó á su lado á Margarita de Valois, la cual sin duda le ha convencido de que vivia en un gran error, y el valiente *Navarro* abjuró ayer tarde, se hizo católico, y en el acto nos apresuramos todos á reconocerle como rey de Francia.

—Pero yo nunca lo haré; mi espada, desnuda siempre, luchará dia y noche contra él.

—No es generoso odiar de esa manera al vencedor de

Ibrí, ni cuerdo oponerse al deseo de todo un país. Si os hizo sucumbir cien veces, tened paciencia, que la victoria no es patrimonio de la casa de Lorena. Yo os aconsejo que vayais á Versailles, y después de besar su mano, le pidais perdon de vuestras anteriores faltas.

—Iré; pero será al frente de mis ejércitos y con empeño decidido de probarle lo arrepentido que estoy de haberle hecho la guerra.

—Vuestros ejércitos; ¿y dónde están, que nádie los ve?

—En Dreux; sólo aquí cuento con veinte mil hombres.

—Eso era ayer; hoy, en este instante, se entiende la mayoría con el arzobispo y representantes de París.

—¡Maldicion! ¡Pronto sabré si es cierto, y de equivocaros, juro á Dios Santo!..

—Calma, señor de Guisa, que aún no he concluido, y es preciso que me oigais todo lo que tengo que deciros. Sentaos.

—¡No! ¡Paso!

—Hablemos del marqués de Abella y del conde de Monterubio, vendidos inícuamente por vos, y luégo partireis.

—¡Mentís! La traicion sólo se ve en Jacobo de Guzman, robador de la niña Eugenia.

—Me consta á mí,—le dijo el gigante Mendoza deteniéndole,—que fuísteis vos el que nos entregó á Enrique IV.

—Os engañaron.

—¡Tan miserable entónces como cobarde ahora!

—¡Mentís!

—No me alceis el grito y sentaos. Así.

Y Mendoza lo levantó en alto como pudiera hacerlo con un niño, dejándole caer sobre el sillon y sujetándole luégo con su mano de hierro. A la vez le dijo:

—Estais preso, incomunicado con vuestra guardia, y os advierto que si intentais moveros, os deshago el cráneo de un puñetazo. Con el traidor que, fingiéndose amigo, me vendió á nuestro comun contrario, no puedo yo tener consideracion alguna. Quieto ahí ¡voto al demonio! ó probais hoy todo el enojo

que fomentó en mi alma los meses que estuve por vos prisionero en Ibrí.

—Cuidado, señor duque de Guisa,—añadió Osorio con su habitual calma;—sabed que mi hermano Rogelio tiene la fuerza de un leon y un poco elástica la conciencia, y juzgándoos con justicia traidor, es muy capaz de estrellaros. Os participo además que áun cuando quisiéramos evitarlo, suele obrar con tal viveza, que llegariamos tarde.

Abrumado Lorena, dolorido su cuerpo, y sucumbiendo, en fin, ante las descomunales fuerzas del marqués de Abella y las intencionadas frases del duque del Imperio, cayó sobre el sillon sin aliento ni áun para contestar. Su proverbial fiereza quedó anonadada y vencida bajo la potente garra del leon.

Recostado sobre su asiento, permaneció mudo algunos minutos, durante los cuales reinó profundo silencio en el gabinete donde se hallaban los seis. Algo más tarde fué interrumpido aquél por el ruido de los clarines y atambores, y no tardaron en oirse vários cañonazos. Entónces fué cuando se incorporó el duque de Guisa, preguntando:

—¿Qué es eso? ¿Quiénes se baten?

—Nádie,—le contestó Osorio.—La plaza celebra con salvas la abjuracion de Enrique IV, lo proclama rey, en tanto que la tropa se dirige á la Plaza Mayor, para formar y disponerse á seguirnos.

—¿Qué tropa?

—Par diez, la de Francia; puesto que ya tiene un solo rey y acabó la guerra se puede decir con propiedad el ejército de Enrique IV.

—¿El que habeis traido vosotros?

—No; sólo nos acompañó una escolta; es la gente que defendia á Dreux, cuya mayoría de jefes tenían conocimiento de la abjuracion de Enrique, y nos aguardaban con impaciencia, ansiosos de que la paz y ventura reemplazasen á la guerra y caos en que yacia este mísero país.

—¡Nos han vendido!

—No; son el rey y los hugonotes los que se pasaron á nosotros.

—Mayena y yo, ¿no merecimos vuestra confianza?

—¿Pues qué hacemos en este instante sino participaros tan grata nueva? ¿Os parece poca honra la de venir nosotros cinco á comunicaros la decision de S. M?

—Para mí nunca será rey.

—Lo siento por vos; el que os venció de *Pretendiente*, exhaustas sus arcas y escaso de soldados, ¿qué no será capaz de hacer sentado en el trono de Francia?

En este momento oyeron ruido de pasos acelerados, y un momento después se presentó en el gabinete el coronel Grimaud, amigo y confidente de Guisa.

—Señor,—dijo á Lorena,—la plaza ha roto el fuego, y nuestras tropas se arman y corren por las calles. ¿Qué acontece?

—Preguntádselo á Jacobo de Guzman, duque del Imperio, que os oye.

—¡Era el duque del Imperio!

—Sí, coronel; no obstante vuestra inferioridad en grados y consideraciones, me digno recordaros que ha cumplido el plazo aquél, y no hallo inconveniente en acceder á vuestro deseo.

—Tampoco yo lo tengo; mas es preciso saber ántes qué ocurre, quiénes nos atacan, y cuál es mi puesto, mi deber de soldado.

—No os asusteis, Grimaud; los cañones hacen salvas, y la tropa se reune para vitorear á Enrique IV, rey católico de Francia.

—¡Otra abjuracion!

—Sí, la última; la que convenia á este país y la que asegura su paz y bienestar.

—¿Qué decís, señor duque de Guisa?

—Que me tienen prisionero; que sólo sé lo que ellos dicen, y que son cinco contra mí.

—¡Pero yo!..

El coronel fué á tirar de la espada; mas le sujetó Andrés Zalla por la muñeca, exclamando:

—Si os moveis, la bala de una de estas pistolas atravesará vuestro cráneo.

—¡Traicion!

—No,—gritó el duque del Imperio.—Soltadlo, Andrés, y quedad á la puerta del salon, impidiéndole únicamente que salga. La habitacion esta es grande,—añadió dirigiéndose á Grimaud,—y si quereis vengar al duque de Guisa y á vos mismo, espacio y tiempo tenemos de más, y yo me digno, como os he dicho ántes, medir mi acero con el vuestro.

—¿Me lo permitís, señor de Lorena?

—Si no temeis á los cuatro restantes, sí.

—Con los cinco me atrevo.

—Os bastará conmigo sólo, coronel. Aun cuando visto un sencillo traje de seda y á vos os cubre espesa cota de malla, esos cuatro señores no se moverán de su sitio; es más, si tuviéseis la suerte de matarme, os dejarán salir al duque y á vos, sin oponer la más leve resistencia. Juradlo, amigos mios.

—Lo juramos.

—¡Entónces, en guardia!—exclamó Grimaud.

—Correos al salon, —dijo el duque, tirando de la espada.—Aquí estamos más anchos. ¿Recordais aquellas balas tan bien dirigidas al corazon de vuestro caballo?

—Sí, como esta estocada.

—Con furia empezais. Tranquilizaos, que os voy á matar si continuais tan descompuesto. Pues aquellos proyectiles eran mandados por la misma mano que...

—¡Maldicion!

—No es nada; sólo os toqué en el rostro para imponeros calma. Estais aturdido, coronel.

—¡Muere!

—Es pronto aún; esa estocada en cuarta prueba que sois maestro en el arte de la esgrima. Con un poco más de aplomo hubiérais rozado mi gregüesco.

—¡Maldita sangre fria! ¡Maldito brazo! ¡Otra!

Y se echó á fondo por tercera vez el audaz Grimaud; pero el duque paró el golpe, enroscó su espada en la contraria, y tirando un tajo, hizo saltar el acero hecho pedazos de la mano del coronel. A la vez se volvió á Guisa, preguntándole:

—¿Os gusta el asalto? Gran dia, Lorena; la plaza sigue haciendo salvas; las músicas tocan himnos guerreros; la tropa proclama á su rey ¿escuchais los vivas? y el duque del Imperio os divierte en vuestro salon.

—Me habeis vencido, ¡maldicion!—exclamó Grimaud.

—¿Pues no sabíais que era invencible? En gracia á lo atenta, fina y cortés que estuvo vuestra esposa con Jacobo de Guzman, os perdono la vida, por quinta y última vez. ¡Guay si me buscais la sexta!

—Os busco; ahora mismo; permitidme que coja otra espada, y llevaré mi reconocimiento más allá de la tumba.

—¿No os basta la leccion que acabo de daros?

—No; y si el miedo dejara de impedir el que fuéseis generoso...

—Mucho os temo, quién lo duda, pero invocais mi generosidad, y no obstante la pavura y aturdimiento que me atormentan, accedo á vuestro deseo; mas tened en cuenta que va á correr la sangre.

—Eso deseo.

—Dios sabe que me obligais á lo que no queria.

—Pensaba insultaros...

—Basta; que os dé su espada el duque, y en guardia.

—¿Me la prestais, señor?

—Sí; honradla, amigo mio. Tomad.

—Poco os quiere Guisa, coronel.

—Al contrario.

—Esperad un momento, que en ello ganareis mucho.

—Sed breve.

—Cuanto pueda; contestad á una sola pregunta: ¿hecho católico Enrique IV, pensais obedecerle como á rey y señor, ó

unido á Lorena, hacerle la guerra por ambicion, torpeza y venganza?

—¿Qué os importa?

—Zalla, si no contesta ese hombre categóricamente, apuntadle con una pistola, ínterin vuestro hermano lo ata de piés y manos; y si se mueve, fuego.

—Ya le tengo encañonado.

—Si no hay otro remedio, os contestaré, que mi suerte será la misma que la del duque de Guisa mi amigo y señor.

—Guardad la pistola, Andrés, y cumplid por segunda vez el juramento que hicísteis anteriormente.

—Os obedecemos.

—En cuanto á vos, señor de Grimaud, debo deciros que, enemigo vos de Enrique IV, me veo en la necesidad de inutilizaros para hacerle la guerra; sois valiente, muy valiente y no quiero mataros, pero sí quitar á mi amigo Enrique un contrario tan temible como terco é insensato. En guardia. Cuidad el brazo derecho, que os lo busco.

—Y vos el corazon, que os lo encuentro.

—No. ¿Lo veis? Está muy escondido y vos ciego, á pesar de mi calma y de los rayos de esas luces mezclados con los del sol, que ya empiezan á entrar por aquellos balcones.

—¡Ahora!..

—Esa espada de Lorena no pincha ni corta, y de poco os sirve manejarla bien; fué la que vendió á mis hermanos en Ibrí, y Dios la maldijo por traidora.

—Yo me encargué de avisar al rey.

—Lo ignoraba, pero aplaudo la noticia y la corono...

—¡Muere!

—Y la corono, con esta estocada.

Osorio, más hábil y diestro, más sereno y tranquilo, más valiente y práctico que Grimaud, se echó por primera vez á fondo, atravesando con la aguda punta de su espada la cota y brazo derecho del coronel.

—¡Ay!

Exclamó aquél soltando la espada.

—Quedais inútil para hacer armas contra mi amigo Enrique. Andrés, llevadlo á su alcoba, y que llamen á un médico. No perdais tiempo.

—¡El infierno os ayuda y proteje!

—No; la Providencia, que castiga la maldad en este mundo y en el otro.

—¡Ay si algun dia puedo vengarme!..

—Sois agradecido á la vida que os perdoné y á las advertencias que os hice. No movais la cabeza; Zalla, dejad que se apoye en vuestros hombros, sostenedlo, y probad una vez más que sois digno de mi amistad y aprecio.

—Bien, señor; pero esta canalla...

—Obedeced y callad.

—¡Ay! ¡Qué mañana!

Salieron Grimaud y Andrés, regando el primero con su sangre el pavimento que pisaba.

El duque del Imperio los vió desaparecer, limpió la punta de su espada con el pañuelo, y escondiéndola en la vaina, dijo á Guisa:

—La funcion ha sido completa. ¿Qué os ha parecido, Lorena?

—Que continuais siendo invencible, y que debeis rogar á Dios siga favoreciéndoos con esa suerte loca é inconcebible, por más que uno lo vea y lo toque.

—¿Conque llamais fortuna el tirar mejor que ese maestro, el tener más calma y sangre fria, más aplomo y valor y más acierto en fin?

—Es que no se comprenden vuestra destreza y habilidad, vuestra sagacidad y talento, y á pesar nuestro, nos obligais á que formemos coro con el vulgo, á que nuestra admiracion se una á la suya.

—Pobre Grimaud y pobre Guisa; me desconocen por completo, y no pueden comprender que al pisar mis hermanos y yo la Francia, debia necesariamente cambiar su faz, y al ven-

der ellos al conde de Monterubio y al marqués de Abella hacían su desgracia eterna. Al insultar la hormiga al leon no comprendia lo pesado de una garra que ya la sujeta y aplasta.

—¿Me permitís que salga de mi casa?

—Después.

—¿Qué intentais?

—Contra vos, nada; nosotros gustamos de que el enemigo se reponga y nos salga al encuentro para vencerlo.

—¿Qué os proponeis reteniéndome en este gabinete?

—Aguardo la llegada del príncipe de Italia, y entónces quedareis en libertad, pudiendo uniros á Mayena y restantes amigos que os quieran seguir. Y hasta me ofrezco á defenderos con mi propia persona si me haceis un favor.

—Vencido como estoy, sólo me resta obedecer.

—Lo dejo á vuestra libre voluntad.

—¿Qué deseais?

—Quisiera estampar un ósculo en la pura frente de cierta niña que una noche mereció mi proteccion y el calor de mi regazo.

—¿Sólo intentais acariciarla?

—Os lo juro por mi fe de caballero.

—No hay dia que el ángel de Dios deje de preguntar por su Jacobo. En el mismo colegio la hallareis; la dejo entregada á vuestra hidalguía.

—Nada temais por ella; léjos de eso, os diré que os conviene ocultarla mucho en adelante.

—¿Por qué?

—Porque conoce su historia la reina Margarita.

—¡Maldicion! ¿Quién se lo ha dicho?

—Eso no es del caso; guardadla de sus celos, sin negar su existencia, pues tiene pruebas, y os pondriais en ridículo. ¿No recibísteis ayer una carta suya?

—No.

—Eso prueba que nos adelantamos nosotros, como yo habia supuesto.

—¿Qué me decia en ella?

—Os prohibia que cruzáseis vuestro acero con el mio.

—Inútil advertencia ó mandato.

—Ya se lo dije yo; mas se empeñó, y las mujeres son tercas.

—¿Qué motiva el levantamiento de su destierro y su union con Enrique? Vos debeis saberlo, y si tuviéseis la bondad...

—Los enemigos del rey de Francia lo son mios, y no llega mi hidalguía hasta el extremo de venderles secretos que no me pertenecen.

Los seis continuaron hablando media hora más, demostrando el duque de Guisa en sus frases y actitud lo mucho que le habian impuesto las fuerzas de Mendoza, y el valor, destreza y maestría de Osorio. Más que jefe de un ejército y de un partido, parecia en este momento un débil instrumento arrepentido y contrito.

El gigante Mendoza sonreia oyéndole y comparando la altanería que él demostró en su prision de Ibrí y la docilidad y pavura de Lorena en aquel gabinete.

CAPITULO XXIX.

Siguen los acontecimientos de Dreux.—El ejército católico.—Flaviano, Eugenia Depas y la superiora del convento.—Otra vez á Versailles.

A las siete de la mañana se presentaron en el palacio de Guisa el príncipe de Italia, los dos Navarros y Mauro Nuñez de Lara, seguidos de vários caballeros franceses. Todos saludaron á Lorena, ratificando lo que le habia adelantado el duque del Imperio.

Cansado el ejército católico de sufrir derrotas, hijas de la torpeza y poco acierto de Mayena y Guisa, hartos tambien de padecer insomnios, trabajos y fatigas, y condolidos del estado de Francia, aceptaron con júbilo la abjuracion de Enrique IV; y de los veinte mil hombres reunidos en Dreux, concluian de proclamarle y vitorearlo siete octavas partes, con lo cual quedaban impotentes la soberbia y pretensiones de sus dos jefes principales.

Al entrar el príncipe de Italia en los salones de Lorena vió la sangre que habia vertido Grimaud, y buscando con ansiedad á sus hermanos Osorio y Mendoza, preguntó al primero:

—¿Qué aconteció aquí? ¿De quién es esa sangre que baña el pavimento?

—No te admires, Julio; el coronel Grimaud, enemigo de Enrique IV ántes y después de su abjuracion, insistia en pelear conmigo, y no obstante haberle perdonado la vida cinco veces, me obligó á desnudar la espada la sexta, y perdió el brazo derecho.

—¿Sólo eso ocurrió aquí de particular?

—Eso sólo.

—Señor duque de Guisa,—añadió Silva, dirigiéndose á Lorena,—el rey de Francia tiene abiertos los brazos á todos sus hijos. Si quereis aprovechar tan propicia ocasion, seguidnos, y yo mismo os presentaré á Enrique IV; de lo contrario, quedais en libertad, en union de vuestros amigos, para ir donde más os agrade.

—Gracias, príncipe; lo pensaré, obrando segun me dicte mi conciencia.

Seguidamente se despidieron del señor de Lorena todos los presentes, y unidos á los tres Zallas y criados, salieron de allí, preguntando Osorio en medio de la calle á su hermano Julio:

—¿Y el duque de Mayena?

—Sorprendido como Guisa y rodeado de nosotros, permaneció prisionero hasta hace poco, dando lugar á que los representantes y arzobispo de París reunieran el ejército, lo arengasen, convenciendo á la mayoría de la conveniencia de seguirnos; quedan, pues, diez y ocho mil hombres próximamente esperando que les mandemos partir, y los duques de Guisa y Mayena sufriendo las consecuencias de la horrible traicion realizada con Rogelio y Mauro.

—¿Les seguirá mucha gente?

—Dos mil hombres poco más ó ménos. Pudimos habérselos llevado atados á Enrique IV, mas bueno es que nos conozca como enemigos y como caballeros.

—¿A dónde vamos ahora?

—A la plaza, donde montaremos á caballo, regresando inmediatamente á Versailles.

—¿Nos acompaña el ejército?

—Sí, pero al perder de vista á Dreux nos adelantaremos los seis, Zallas y criados.

—En ese caso, la artillería necesita tiempo para preparar los trenes, y es posible que no podamos partir hasta las diez.

—Probablemente sucederá eso.

—Entónces te participo que há cerca de veinticuatro horas no pruebo alimento alguno, y deseaba pasar á un colegio que se halla próximo, en el que debo hacer una visita y en el que podré desayunarme.

—Bien; que te acompañen nuestros cuatro hermanos, en tanto que yo realizo lo propio con estos caballeros y los Zallas en el palacio habilitado en la plaza para el arzobispo y representantes de París. Vosotros,—añadió á los criados,—almorzad tambien en la posada, llevando al concluir los caballos á la puerta del citado edificio.

Así lo hicieron, siguiendo al príncipe los que concluimos de citar y el representante de París que habia acompañado al duque hasta aquel momento.

Osorio, Mauro, los dos Navarros y Mendoza, envueltos en sus gabanes de pieles y calados los chambergos, cruzaron várias calles de Dreux, hallando multitud de jefes y soldados que, provistos de sus equipajes, se dirigian á la Plaza Mayor, vitoreando al rey.

Sin desplegar los labios nuestros cinco *invencibles*, llegaron al convento ó colegio que ya conocen nuestros lectores, llamando el duque del Imperio, y quedando junto á la verja de hierro.

Instantes después se presentó una profesora, temblando y azorada.

—Nada temais,—le dijo Flaviano;—soy el duque del Imperio, y estos señores mis íntimos amigos. Abrid, y llevadme á la celda de la superiora.

Así lo hizo aquella. Nuestro invencible añadió, después que hubo saludado á la última:

—Disfrazado una noche y usando mi segundo nombre y apellido, penetré en este colegio; lo que ocurrió después ya lo sabeis. Hoy vuelvo con objeto de pagar los daños causados, dar un beso á la niña Eugenia, con permiso de su padrino, y participaros que acabó la guerra con la abjuracion de Enrique IV.

—Ahora que os conozco, —contestó la superiora,—no me extraña nada de lo que aconteció aquella noche. Dicen que sois terrible, señor duque.

—No lo creais; con mis enemigos algo atrevido, pero con los restantes un cordero.

—¿Y estos caballeros, podria saber?..

—Gente pacífica como yo; el señor duque de los Andes, los condes de Santomera y de Monterubio y el marqués de Abella.

—¡Jesús! ¡cinco *invencibles*!

—Sí, el sexto se halla en la Plaza Mayor.

—Ese será el príncipe de Italia. Há más de diez años que estoy oyendo hablar de vuestros gloriosos hechos de armas y de vuestra hidalguía. Cási cási me aficioné á vosotros.

—En castigo, madre superiora, os impongo el deber de proporcionarnos un desayuno lo más espléndido posible.

—Con mucho gusto; tengo aves, ricas magras y todo lo necesario.

—Dadme vuestra mano.

—Tomad. ¿Qué es esto?

—Nada.

—¡Un bolsillo repleto de oro!

—Quinientos ducados nada más para que reemplaceis las cortinas y muebles del gabinete de dibujo.

—Yo no puedo tomar tanto dinero, señor; pues si no vale eso todo lo que hay...

—¡Un desaire al duque del Imperio! ¿Qué dirá el mundo, madre superiora? Aceptadlo, ó vuelvo á pegar fuego al convento.

—Sea la cuarta parte.

—No; cuanto existe ahí.

—Señor...

—Os lo mando, como dueño que soy de Dreux.

—¡Válgame Dios!

—No hay excusa. Que nos dispongan pronto el almuerzo, y traedme á la niña Eugenia. Os advierto que debemos partir inmediatamente.

—Al instante vuelvo.

—No digais á Eugenia quién le espera.

—Grata sorpresa le aguarda.

Salió la directora, sentándose en su celda los cinco. Así esperaron quince minutos que tardó aquella en volver, llevando de la mano á la hija natural de Guisa.

La niña les hizo una reverencia, quedando parada frente á Osorio; pero sin reconocerle por completo.

—¿Quién eres?—le preguntó por fin.

—¿No me conoces, Eugenia?

—¡Jacobo! ¡Tú eres Jacobo! Tu voz me lo dice.

—Sí, hija mia. Ven á mis brazos.

Y los dos se estrecharon, sentándose la niña sobre el muslo del duque.

—¡Qué guapo vienes, Jacobo! Todos los dias pregunto por tí y nádie me contesta.

—Te ofrecí en La Queue venir á verte, y ya ves que cumplo mi palabra.

—Otro beso y otro abrazo.

—Y cien.

—¿Qué llevas al cuello? Déjame que suelte el gaban. ¡Jesús! Collar de oro con un corderito. ¿Y esta cruz del costado, por qué la tienes?

—Indica la órden de caballeros á que pertenezco.

—¿Y esta banda roja?

—Esa dice que soy general.

—Como mi padrino.

—Una cosa parecida. ¿Almorzarás conmigo?

—Sí, y luégo iremos donde tú quieras. ¿Recuerdas aquella noche? Con qué cuidado me llevabas para que no me cayese. Y cómo corria tu caballo! ¿Sabes lo que digo? Que pareces un duque.

—Lo soy, hija mia.

—¿Y esos caballeros?

—Entre ellos hay dos condes, un marqués y otro duque como yo.

—¿Son amigos tuyos?

—Algo más; son mis hermanos.

—Y no les he dado un beso. ¿Me dejas?

La niña Eugenia, que demostraba un talento poco comun á su edad, siguió media hora formando la delicia de los españoles. Los cinco eran padres, y tenían, en consecuencia, simpatías por todos los niños. Luégo se sentaron á la mesa los seis, sirviéndoles los dependientes del colegio un rico y abundante almuerzo. La niña continuó hasta el final admirando á nuestros valientes, que hubieron de dejarla, por último, enternecidos ante los sollozos y ayes que exhaló al saber que partian de Dreux. Eran las nueve y media, y Osorio le dió el último abrazo, y estrechando la mano de la superiora desapareció de allí, acompañado de sus cuatro hermanos.

Poco después de las diez montaron á caballo, vieron desfilar por delante de ellos á cási todo el ejército católico, yendo delante la carroza del arzobispo de París, y detrás, seguido de la escolta que llevaron, los diez y seis representantes de la capital.

Los *invencibles* y Zallas se despidieron del uno y de los otros, y por camino más corto, áun cuando no tan bueno, partieron en direccion á Versailles, seguidos de sus nueve criados.

A un trote largo y sostenido anduvieron cinco leguas, al fin de las cuales se detuvieron para dar pienso y algo de descanso á sus cuadrúpedos. Miéntras los sirvientes verificaban esto, preguntó el príncipe de Italia al duque del Imperio:

—Y bien, hermano, ¿terminada la guerra, qué nos resta hacer en Francia?

—A vosotros despediros únicamente de vuestros amigos y del rey, á mí convencer al último de la imperiosa necesidad de que repudie á su mujer.

—¿Al fin te ves obligado?..

—Desde el principio lo temimos ámbos, y no nos hemos equivocado.

—Mal rato vas á dar á Enrique de Borbon.

—Terrible; y en verdad que no lo he tener yo muy bueno.

—En ese caso dispon las cosas como juzgues más conveniente.

—Soy de parecer que vosotros sigais hasta París, mandando inmediatamente los equipajes con Alvaro Zalla y cuatro de nuestros nueve criados. Mañana despedíos de todos vuestros amigos, y regresad á Versailles cerca de anochecido. Vereis por última vez al rey, pasaremos allí la noche, y al amanecer del dia siguiente saldremos en direccion de Madrid.

—¡Bendito el cielo que nos proporciona tan suprema felicidad!

—*Amen.*

Contestaron los cinco hermanos restantes. Osorio añadió:

—Si á vosotros os parece así, ¿qué diremos Rogelio, Mauro y yo, que há más de ocho meses no vemos á nuestras esposas é hijos?

—Lo mismo nos sucede á nosotros,—exclamaron los tres Zallas.

—Os sobra razon á los cinco,—prosiguió el príncipe;—y puesto que se halla próximo el dia de nuestra dicha, ocupémonos de los medios de abreviar en lo posible. ¿Con quién te quedas en Versailles, Flaviano?

—Me basta con Ros.

—¿Necesitarás el traje de camino?

—Sí, que lo traiga tu criado con el de mi sirviente, y ellos llevarán en las maletas los que ahora usamos.

—¿Vas á parar al palacio de Enrique?

—No; me alojaré en la fonda de *París*.

—Bien hecho. ¿Tienes algo que encargarme?

—Nada; que os espero mañana por la noche en mi *hôtel*.

—No faltaremos.

Algo más tarde tornaron á montar á caballo, sin detenerse ya hasta que llegaron á Versailles. Allí se despidió el duque de sus hermanos y Zallas, y con Ros se dirigió al palacio real, en tanto que aquellos continuaban hácia París.

Sigamos al primero.

Echó pié á tierra Flaviano, y encargando á su sirviente que le aguardase en la fonda de *París*, penetró él en el palacio, hallando á los pocos pasos que dió al mariscal Faure, que le recibió con los brazos abiertos.

—Pronto habeis dado la vuelta, duque,—le dijo.

—Sí; en Dreux queda todo concluido, y áun cuando Guisa y Mayena proseguirán haciendo la guerra á Enrique IV, bastará con vos y cuatro ó seis mil hombres para destruir sus ilusiones, si es que aún se forjan algunas. ¿Y S. M?

—En este momento se halla en el comedor.

—¿Con su esposa?

—Y lo que es peor, más tierno y amante que nunca.

—¡Infeliz! ¿Podrán avisarme cuando acabe de comer?

—Sí; sentaos, que al terminar vendrá un alférez á participármelo; yo tambien aguardaba lo mismo.

—Entraré solo; y miéntras hablo con él, decid á la reina que rehuya toda entrevista con su marido hasta mañana por la noche en que nos presentemos vos y yo en su régia cámara.

—¿Accederá?

—Sí; hemos quedado amigos. Añadid que el duque continúa bueno y en libertad.

—¿Qué duque?

—Basta con que ella lo comprenda.

—¿Sabeis quién ha venido?

—No.

—El marqués de Canillac.

—¿Qué hizo?

—Habló con el rey, y quiso ver después á Margarita, pero ella se excusó sin permitir que entrara.

—Lo comprendo; no necesita ya de él y lo desprecia.

—Exactamente. El buen marqués lo entendió así, y sale esta noche de Versailles jurando no volver más.

—¿Y la corte y jefes hugonotes, qué dicen del cambio del rey?

—Unos se han apresurado á abjurar, y otros, sabiendo que el monarca los conserva en su gracia y en los puestos que ocupan, prosiguen inmóviles en sus cargos, alegres y satisfechos.

—¿Y el ejército y pueblo protestantes?

—Se les ha ofrecido tolerancia completa, y han sucumbido ante la fuerza de los acontecimientos.

—Muy bien; se cumplió mi deseo en todas sus partes.

—Murmuran algunos sobre mi ascenso á mariscal.

—Dejadlos que os envidien, y si por acaso llegaran á insultaros, dad un par de lecciones, y con eso bastará para que se cierren todas las bocas.

—Lo haré.

—¿Hablásteis hoy con la reina?

—Dos veces.

—¿Está atenta con vos?

—Cariñosa hasta el punto de haberme obligado á que estrechase su blanca y torneada diestra.

—Ayer me temia á mí sólo; hoy lo hace tambien con el mariscal Faure, amigo y protegido del rey.

—Teneis más talento que Salomon. ¿Por qué no os quedais en Francia? Se alegraria Enrique IV...

—Gracias. Mañana por la noche parto para Madrid, y en verdad que lo anhelo tanto ó más que continuar viviendo.

—¿Por qué?

—Há cerca de un año que no veo á mi esposa é hijos.

—Razon que no me es dado combatir.

En este instante se presentó un alferez participando á Faure que el rey le aguardaba en la cámara.

Osorio quitó el polvo de su ropa, y dejando el gaban y sombrero en la antecámara, penetró, sorprendiendo á Enrique IV, que le alargó la mano, preguntándole:

—¿Qué ocurre, duque? ¿A qué desgracia debo tan grata sorpresa?

—Señor, triunfamos en Dreux, y me adelanté para daros nueva tan importante.

—¿Me reconoció el ejército católico?

—Diez y ocho mil hombres juraron vuestras banderas, y mañana por la noche llegarán á Versailles, en pos del arzobispo de París y seguidos de los diez y seis representantes de la capital, caballeros y numerosa escolta.

—Muy bien, amigo mio. ¿Y Guisa y Mayena?

—Al frente de dos mil adictos y unidos más tarde á todos sus amigos, parientes y allegados, os provocarán á guerra sangrienta; pero bastará, en mi concepto, con que les mandeis á Faure acompañado de cuatro ó seis mil hombres.

—Por supuesto. Enrique IV no desnudará su espada contra esos *malandrines*. ¿Hubo algunas desgracias en Dreux?

—Sólo el coronel Grimaud, al que perdoné la vida cinco veces; se empeñó en matarme, y perdió en la refriega el brazo derecho.

—Pues es muy valiente.

—Cierto; pero le ciega la soberbia, y sucumbirá siempre ante los hombres de sangre fria.

—¿Presenció el duelo Guisa?

—Sí, señor.

—¿Tembló?

—Poco ménos.

—Contadme el lance.

—En La Queue, respetando su persona, le maté cuatro caballos, sin que recibiese otro daño que las caidas consiguientes; debia favores á su esposa, y me impuse la obligacion de

respetar la existencia del marido. En los salones de Guisa lo desarmé, rompiendo su espada; insistió, y osando decir que continuaria haciendo la guerra á V. M., le permití que cogiera el acero de Lorena, y cuatro minutos después atravesé su brazo derecho, con ánimo de que quedasen en ilusion sus intenciones contra el rey de Francia.

—¡Cuánto os debo, duque! ¿De qué modo podria recompensar vuestros sacrificios?

—Concediéndome á las nueve una entrevista, y asistiendo á ella V. M. revestido de todo el valor que abarca su potente corazon.

—¿Todo lo necesito?

—Y que baste, señor.

—Por Dios, que ha de sobrarme.

—Haga el cielo que no se equivoque V. M.

—¿Qué más deseais?

—Que nos deis vuestro permiso para salir en la madrugada de pasado mañana para Madrid.

—¡Tan pronto!

—Señor, es mi único deseo, mi constante aspiracion; me aguardan con los brazos abiertos há cerca de un año mi esposa, mis hijos...

—Basta, basta. Partid cuando querais; mas es preciso que la Francia, agradecida, os demuestre su reconocimiento.

—Señor, no me es dado aceptar ni un puñado de tierra de este país. Juzgarian amigos y extraños que me habia vendido, y la nobleza de los hechos apareceria negra como el cinismo y el crímen. Tengo, por otra parte, cuantos honores se pueden dar en España; algunos de Francia, otorgados por Cárlos IX; soy general de Venecia, de Malta, de Alemania, y me sobran riquezas para que mis hijos no carezcan de nada en el mundo.

—Sea todo por Dios. Bien quisiera probar que nací agradecido; pero me inclino ante razon tan poderosa. Me habeis hecho dichoso, y mi esposa...

—De ella nos vamos á ocupar esta noche.

—¡Qué decís!

—Y de vos. Permitidme ahora que me retire.

—¡Qué terrible duda llega á mi alma!

—Por ahí debe empezar; no olvideis el valor de que blasonásteis poco há.

—Voy á verla...

—Yo os suplico, señor, que continueis despachando asuntos de Estado hasta que vuelva.

—La incertidumbre destrozará mi alma.

—Cómo ha de ser; tened paciencia, que así lo quiere Dios, y no hay medio de oponerse á lo que ordena su soberana voluntad.

—¡Duque, me faltan las fuerzas!

—¿Y el tan decantado valor, dónde está?

—Lo tendré; no tardeis.

—A las nueve en punto besaré los piés de V. M.

—Me siento en mi bufete, y os aguardaré escribiendo.

—El cielo bondadoso robustezca el ánimo y fortaleza de V. M.

—Gracias. Adios.

Salió el duque, y cogiendo su gaban y sombrero que tenía en la antecámara, fué á partir, siendo detenido por Faure, que le preguntaba:

—¿Os marchais?

—Sí, amigo mio, voy á comer. ¿Quereis acompañarme á la mesa?

—Ya es tarde, y espero además las órdenes del rey.

—Si no os llama, evitad el presentaros á él esta noche y mañana.

—¿Por qué?

—Es indispensable que conozca á su mujer y la repudie, y ya le hice algunas indicaciones.

—¡Pobre señor! ¡Vais á destrozar su alma!

—Es preciso.

—Huiré de él hasta que pase la tormenta.

—Yo destruiré en las dos entrevistas que aún hemos de efectuar una gran parte del daño que voy á causar en su corazon.

—No perdoneis medio ni sacrificio alguno.

—Es inútil la recomendacion.

—Lo creo, incomparable amigo.

—¿Vísteis á la reina?

—De su cámara salgo en este instante.

—¿Qué dice?

—Le dí vuestro recado, y después de hacerme várias preguntas relativas á lo ocurrido en Dreux, se retiró al lecho, pretextando que estaba enferma. Al salir le oí dar la órden de que no queria ni le era dable recibir á nádie; ni áun á su esposo.

—¿Le participásteis que iré á verla mañana por la noche?

—Me contestó que no se levantaba de la cama hasta que yo le avisara vuestra presencia en el palacio.

—Muy bien. Volveré á las nueve.

—¿En dónde os alojais?

—En la fonda de *París*. Después que salga de la cámara descansaré; mas si podeis, id á visitarme, y pasaremos juntos el dia.

—Perfectamente; de ese modo me complaceré á vuestro lado y á la vez me libraré del rey, pues sabiendo éste que os hago compañía, no se atreverá á llamarme.

—Bueno será que desaparezcais en estos momentos.

—No puedo; me encargó que permaneciese en el palacio.

—Si os hace entrar, contestadle con monosílabos.

—Lo verificaré.

—Hasta luégo.

—Dios os acompañe.

El duque salió del palacio real, entrando poco después en la fonda de *París*.

—Ros,—dijo á su criado,—¿tengo habitacion?

—La mejor del establecimiento.

—¿Oiste que mañana dormirán mis hermanos aquí?

—Sí, señor; tendrán camas y cuanto necesiten.

—¿Me dispusieron comida?

—Abundante y rica.

—Que me la sirvan al momento.

—¿Contais con apetito?

—Mucho.

—Seguidme, que puesta se encuentra la mesa.

Y Osorio se sentó, dando principio poco después á la comida. Un camarero llevaba los platos y Ros le servía las viandas como de costumbre.

—Nunca he comido con el apetito que últimamente en Francia.

Dijo Flaviano trinchando un ave. Ros le contestó:

—Os habeis repuesto completamente, y hasta creo que empezais á engruesar.

—No será, vive Dios, por la vida patriarcal que llevamos.

—Al contrario, jamás corrimos tanto.

—Mañana partiremos á Madrid, y al llegar todo habrá concluido.

—Me estremece la noticia.

—Antes de dos meses me darás las gracias.

—Señor, dejadme soltero, y os juro enmienda completa.

—No me fio, Ros, ni debo consentir que continúes en esa vida aventurera y expuesta. Ya he escrito á tu señora en ese sentido, y si quieres seguir á nuestro lado y contar siempre con nuestro aprecio y consideracion, es indispensable que elijas una mujer digna de tí, te cases, y luégo pides la plaza que quieras en mi palacio. Te regalaré además mil ducados.

—Señor, ¿no hay remedio?

—No.

—Pues me resigno.

—Me complace la abnegacion, y estoy seguro que me lo has de agradecer.

—Consiste en que nunca supe desobedeceros; en que os

quiero tanto, en fin, cuanto que no supe hacer cosa contraria á vuestra voluntad.

—Tampoco yo te impongo ningun sacrificio, Ros; quiero que te cases para que vivas tranquilo, sosegado, y pruebes las dulzuras de un estado que calumnias por lo mismo que lo desconoces.

—Como dicen algunos que el matrimonio es el infierno, porque los hombres somos dominantes, las mujeres débiles y travieso el diablo que se mete entre los dos...

—Eso no tiene relacion alguna con el hombre que sabe elegir, educar, es tolerante, y mira, por último, á la mujer como su querida y preciosa mitad.

—No cuestiono; cerraré los ojos, y á la mar.

—Yo te guiaré, y es indudable que serás dichoso.

—¡Ay! Dios os oiga.

El duque concluyó de comer; después mandó á su sirviente que limpiase nuevamente su traje y lo arreglara en lo posible, y más tarde salió del *hôtel* en direccion del palacio real. Caminaba triste y ensimismado, pues sabía que iba á destrozar el corazon de Enrique IV. Su entrevista con el rey empezaba ya á amargarle mucho más que todos los acontecimientos que logró realizar hasta entónces; pero convencido de que era indispensable abordar la cuestion, y oyendo las nueve de la noche, entró en la cámara real, sereno y tranquilo, áun cuando abrumado por el peso de un deber, cuyo cumplimiento no podia eludir.

CAPITULO XXX.

Abnegacion de un esposo.—Satisfaccion de la mujer sin freno.—A Madrid.

Se hallaba Enrique IV escribiendo, cuando oyó á sus pajes que anunciaban al duque del Imperio, y alzó la cabeza, demostrando ansiedad é incertidumbre.

—Bien venido, Osorio,—le dijo;—cada hora que ha trascurrido me pareció un año.

—Se lee eso mismo en el semblante de V. M. ¿Con quién hablásteis desde que yo me retiré hasta ahora?

—Con nádie; vários se hicieron anunciar, pero á ninguno recibí. Hallé mi corazon atravesado por un dardo agudo, y sólo me encontré dispuesto á dejármelo sacar por vos.

—Muy bien; ya está aquí el facultativo, y en breve os sanará.

—Sentaos junto á mí. Más cerca aún.

—Gracias.

—Sólo á vos, hombre á quien tanto debo y á quien estimo más, podria yo perdonar el daño que me ha causado.

—Mal principio, señor; mucho puede lograr el médico, pe-

ro si el enfermo se amilana, debilita y destruye su fuerza moral, se estrellará la ciencia de Galeno ante la impotencia de la víctima. Las batallas morales se parecen mucho á las que dan los ejércitos en campo abierto, y el que en unas es tan valiente, hábil y sereno, puede demostrar en las otras que no existe nada capaz de intimidarle ni hacerle sucumbir. ¡Cuántas veces acababa yo de batirme con la espada, y me veia obligado á luchar moralmente conmigo, por desear el corazon una cosa y otra la inteligencia! Y triunfé de los hombres y hasta de mí mismo, para lo cual me bastó querer. Hé aquí una prueba: he podido marcharme á España, evitando esta entrevista, terrible á V. M., pero á mí...

—Comprendo, duque; decid lo que os ograde, que no me ha de faltar valor.

—Por eso justamente me he quedado. Al dejaros sentado sobre el trono, no he debido consentir que V. M. caminase á ciegas en un asunto que le importa mucho; y comprendiendo que no iba á entenderme con un sér débil y asustadizo, todo lo he arrostrado en obsequio de V. M.

—¿Qué debo hacer, Osorio? ¿Qué me aconseja el hombre de más talento que conozco?

—Señor, V. M. es ya rey único de Francia, y es preciso que vaya pensando en el heredero que le pueda reemplazar un dia dignamente en el alto puesto á que Dios se dignó elevaros.

—No os comprendo, duque.

—La reina Margarita es estéril.

—Eso no importa; jóven aún, podrá todavía dar á la Francia el sucesor de Enrique IV.

—Llevais catorce años de casado, y ya no es lo probable que suceda eso, ni el país debe estar atenido á una inseguridad que ofrece en lo sucesivo alterar de nuevo su paz y ventura.

—¿Y qué debo yo intentar en ese caso?

—Fundado en tan poderosas razones, pedid al Padre Santo

que autorice un repudio, y unios á otra mujer que os dé el sucesor necesario á este reino.

—¡Repudiar yo á Margarita; á mi bellísima y encantadora esposa! Nunca; no lo hice cuando la juzgué criminal, ¿cómo ahora que se presenta inocente, casta?..

—¡Señor, por Dios Santo!..

—Vano empeño, duque; reconozco que habeis hecho por mí cuanto cabe en lo posible; mas os ruego no os mezcleis en un asunto en que nada lograreis de mí. Asegurada la victoria, yo daré paz y ventura á Francia, y con el tiempo un digno sucesor. ¡Pobre Margarita! Estos hombres todo lo posponen á los negocios de Estado. Perdonad, Osorio, si os digo, que, avezado á las intrigas palaciegas y junto al terrible Felipe II, habeis logrado, á fuerza de dominar tanto vuestro corazon, haceros insensible á lo más grande y sublime que existe en la tierra. Sólo así se explica que me propongais la adopcion de un repudio que no puede aceptar jamás un caballero.

—Gracias, señor, por la alta idea que habeis formado de mí; pero es el caso que ni el rey Don Felipe II ni yo somos capaces de cometer una villanía. Ni él pudo enseñarme en una escuela que rechazó siempre por indigna, ni yo soy aficionado á burlarme de los séres á quienes siempre defendí y honré.

—Entónces no se explica vuestra propuesta.

—Creí, señor, que habia adivinado V. M. la verdadera causa que me obligaba á aconsejaros el repudio.

—¡Osorio, destrozais mi alma!

—Que os debilitais, señor, y estamos en lo más recio de la pelea.

—¿Es adúltera mi esposa?

—¿Eso me preguntais? ¿Llegué al término de mi carrera para descender á ruin y miserable delator? Yo desconozco la vida privada de las reinas y la de las restantes mujeres, concretándome únicamente á averiguar lo que hace la mia.

—Vos me probásteis con aquellas cartas que Margarita era inocente.

—Os repito, señor, que yo no acuso de adúltera á S. M., ni desempeñaré jamás tan repugnante oficio ante los hombres ni contra ninguna pobre mujer.

—Entónces, ¿qué quereis decirme?

—Tranquilizaos, señor, y lo sabreis.

—Ya lo estoy.

—Llamad en vuestro auxilio todo ese valor de que con razon hace alarde V. M.

—Le tengo de sobra. Hablad.

—Quise que adivináseis, mas no está sereno V. M., y me veo obligado á demostrarle mi pensamiento franca y categóricamente.

—Mejor es.

—Yo hubiera preferido lo contrario.

—No; evitad rodeos, y sepa de una vez lo que el destino me reserva.

—Oidlo: señor, vuestra esposa no os ama.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella.

—¡Os engañó!

—Perdonad; en pro de la Francia, de su tranquilidad y ventura, fingió halagos y caricias, para tener derecho y medio de aconsejaros que entráseis por el recto sendero del bien por donde ya caminais.

—¡Luego fué un instrumento vuestro!

—Yo opino que la obligaba la Providencia.

—¡Qué intriga tan horrible; que desengaño tan cruel! Mas no importa; yo le demostraré dia y noche mi amor; rendido á sus plantas, imploraré un átomo de cariño por cada mundo de ventura que yo la ofrezca.

—Será inútil; la que no os amó nunca, persiste en seguir indiferente á vuestros halagos.

—¿Tambien os lo dijo ella?

—Tambien.

—Duque, excitais mis celos, y yo puedo por un momento

dejar de ser rey, y encerrados vos y yo, con dos buenas espadas...

—Señor, os repito que marcho mañana á España, con ánimo resuelto de no volver más á Francia, y os juro por el Dios que nos oye, que amo tanto á mi esposa como leal le he sido desde que la Providencia se dignó bendecir nuestra santa union.

—¿Os quiere ella?

—Con idolatría; soy además el padre de sus hijos, y estoy seguro que una infidelidad mia la llevaria á la tumba. Pero ya no la teme; sabe muy bien que su esposo no cede á nádie en caballero y leal.

—¡Por qué no he de poder yo decir lo mismo! ¡Por qué me negó el cielo la dicha que otorga al más infeliz de la tierra! ¡A cualquiera le es dado decir en Francia: mi esposa me quiere, ménos á mí que habré de exclamar: mi mujer me aborrece! ¡El ídolo que yo adoraba, el oráculo ante el cual rendia culto, abrió sus labios para sólo maldecirme, para contestar con ironía y sarcasmo al noble y puro amor que emanaba en mi pecho! ¡Osorio, esta prueba se hace superior á mis fuerzas; no puedo, no puedo soportar tal desgracia; la amo tanto!

—Permitidme, señor, que os demuestre lo ofuscado que os hallais.

—Imposible; delirais, duque.

—Veámoslo: áun cuando Dios os negase la dicha por que suspirais, os dió en cambio un trono que os eleva al puesto más encumbrado de Francia. Os otorgó además talento, valor, y un poder y riquezas que no es fácil enumerar.

—¿Qué me importa todo eso, si me condena á vivir para llorar, á llorar para morir?

—Al contrario; bondadosa la Providencia con vos hasta el infinito, os hizo rey, y nada os niega; teneis hasta un derecho que sólo los monarcas usan de él, y que puede formar vuestra ventura.

—Cada vez os comprendo ménos.

—Puesto que Margarita no os amó nunca; puesto que yo la obligué con súplicas y consejos á que intentara siquiera aficionarse á rey tan caballero, y puesto que en su ensayo adquirió sólo repugnancia y hastío, intolerancia y malestar, seguro de que no os puede querer, haced uso del derecho que tienen los reyes, repudiadla, y uníos á una mujer bella, encantadora, que os haga feliz, y colme vuestros halagos con un mundo de ventura que desconoceis. Dios misericordioso acaso os conceda hijos, y entónces llegará al infinito vuestra dicha. Par diez, si á mí me ocurriese lo que á vos, tendria derecho á quejarme; pero V. M. no, toda vez que debe ganar mucho en que suceda así.

—Falta que ella se conforme con el repudio.

—Lo desea, señor; forma su anhelo.

—¡Maldicion! ¿Os lo ha dicho ella tambien?

—Várias veces.

—¡Vos, duque, sois incapaz de engañarme, y bien comprendeis que á nada conduciria intentarlo; os creo, y juro por mi honor, que ya aborrezco, que ódio á esa mujer!

—No lleveis las cosas al extremo; ahogad vuestra pasion, matadla, destruidla, obrad con calma y cordura luégo, y concluid por compadecer á una mujer que se aleja del trono y del bien, para caminar probablemente al abismo. Me consta que hizo algo por aficionarse á vos, y he visto que nada ha logrado.

—Gracias, duque del Imperio; me acabais de prestar un servicio que de verme obligado á recompensarlo sería poca toda mi sangre vertida en vuestro obsequio. Dejadme que estreche vuestra mano. ¡Oh, su calor vivifica mi existencia y presta fuerza á mi espíritu! Abrísteis un libro escrito con talento que yo os envidio, y leí en él la solucion de un problema que me hará dichoso. Hasta la ira y el despecho van desapareciendo de mí oyéndoos hablar, mirando esa elevada frente tan noble y generosa.

—Eso es, gran señor; valor, calma, cordura; hé ahí las grandes armas con que todo se combate, arrancando á la postre

un triunfo que siempre niega la suerte al soberbio, al iracundo, al torpe. Me complace tanto el estado á que pude conduciros, que ya bendigo al cielo, hallando en él la recompensa á lo mucho que sufrí al principio de esta escena.

—¿Creeis, por ventura, que el Padre Santo, á quien tanto debo, me otorgará el repudio indispensable á mi futura felicidad?

—Quién lo duda. Mañana lo pedís vos, el príncipe de Italia, el hijo y heredero del Santo lo recomendará, demostrando la razon que os asiste y lo imprescindible de él, y tened seguro, señor, su buen resultado. Mas conviene que sólo lo sepan Margarita, vos, mi hermano Julio y yo.

—Eso deseo.

—Interin llega, estad afable con vuestra esposa; sentaos á su lado en la mesa, cededle un asiento en el trono, y que nádie, ni áun ella, pueda sospechar que os hallais violento, que sufrís, que vuestra alma es pequeña y sucumbe ante los acontecimientos.

—He de reir con Margarita á solas y en público; jamás me han de haber visto con ella más atento ni cortés, y si mi corazon osara combatir la idea, os juro que lo he de ahogar con mis propios puños.

—Al regresar de Dreux encargué á la reina que evitara el encontrarse con V. M. hasta que yo la viese mañana por la noche.

—¿Con quién mandásteis ese recado?

—Se lo llevó Faure, que es un lebrel de V. M., al cual le dijo que estaba enferma y que no abandonaria el lecho hasta que le anunciasen mi presencia en su antecámara.

—Me es indiferente verla ó no; ya no deseo su presencia, ni tampoco la temo.

—Mandadle un recado de atencion, y cuando haya salido el correo para Roma, seguid con ella todo lo afable que os impone el deber.

—Quisiera que permaneciéseis á mi lado mucho tiempo

para que viéseis que os he comprendido, y aconsejado por la verdad, sigo estrictamente vuestra opinion.

—Me basta conocer á V. M. para adivinar su conducta futura, y creed, señor, que me retiro á mi alojamiento admirando vuestra grandeza de alma.

—¿Ya os marchais?

—Son más de las diez, y anduve hoy doble el camino de Versailles á Dreux.

—Teneis razon; partid, amigo mio, pero ántes estrechad mi mano. Rey y caballero, seré siempre vuesto mejor amigo; si alguna vez necesitais pruebas, os las daré gustoso.

—Gracias, señor; me honra V. M. más de lo que merezco.

—Hasta mañana, duque; que traiga escrita el príncipe su recomendacion para el Padre Santo.

—Dios siga aconsejando á V. M., y vele dia y noche por su preciosa existencia.

Salió el duque, y cogiendo su gaban y sombrero, abandonó la antecámara, hallando á la puerta á Faure, que le preguntó:

—¿Cómo queda S. M?

—En el mejor estado posible; vale aún más de lo que yo creia.

—¿Podré entrar?

—Es muy conveniente. Nada temais, que se halla conforme y hasta satisfecho.

—Vos haceis milagros, par diez.

—Penetrad en su cámara; habladle del brillante porvenir de la Francia, de la grandeza de París, y si hallais ocasion, decidle que en Europa hay princesas bellísimas, castas, virtuosas y muy capaces y dignas de hacer la felicidad de un rey.

—Comprendo.

—Procurad que no esté solo, y á seros dable, acompañadle ínterin no se quede dormido.

—¡Qué talento teneis!

—Adios, Faure.

—Mañana iré á veros.

—Si el rey necesita de vos, quedaos.

—Se entiende. El cielo os acompañe.

El duque del Imperio se retiró á su alojamiento, y á las once se hallaba ya en cama y tranquilamente dormido. A las siete despertó, levantándose poco después de las ocho. Hasta las diez, que almorzó, se entretuvo en dar consejos á Ros, demostrándole luégo toda la bondad y ventura de un matrimonio feliz.

Cuando acababa de sentarse á la mesa entró Faure, diciendo:

—Me alegro, duque; tengo apetito, y sazonadas las viandas con vuestra elevada conversacion, voy á comer los manjares más exquisitos de la tierra.

—Otro cubierto,—dijo Osorio á Ros,—y que nos sirvan todo lo mejor que haya en Versailles. Venga Rhin, Bordeaux y Jerez seco; á los postres Lácrima, Champagne y Málaga. Veo con placer, señor mariscal, que venís contento.

—Ya lo creo. El rey me admiró anoche, y me encanta hoy.

—¿Está alegre?

—No; pero escucha cuanto se le dice, dispone con acierto, y prueba con su naturalidad una fuerza de espíritu que he aplaudido, coronando á su autor, que es el duque del Imperio. ¿Le conoceis?

—¿Durmió?

—No le dejé hasta que, indiferente y sosegado, se entregó al sueño. Puedo aseguraros que se halla resignado con su suerte.

—¿Qué hace ahora?

—Habla con algunos generales y magnates de la corte, les invita á que se hagan católicos como él, y cuestiona y debate con talento y energía.

—¿Forma planes para el porvenir?

—Magníficos, sorprendentes; es un gran rey.

—¿Y Margarita?

—Continúa en cama; positivamente no se levantará hasta que le anuncien vuestra llegada.

—Saldré satisfecho de Francia como me sucedió en Nápoles, y era cuanto deseaba. ¿Oísteis ya misa?

—Ayer y hoy.

—Continuad así.

—Seguiré asistiendo á ese santo sacrificio siempre que me sea posible, y áun cuando no obligue.

—Perfectamente.

—Yo no hago nunca las cosas á medias; convencido por vos de que el catolicismo es la única religion verdadera, la he aceptado con toda la fe de mi alma.

—Esa creencia vale mucho más que vuestro título de mariscal.

—Ya lo sé; y como os debo ámbas cosas y nada puedo pagaros, pido al cielo dia y noche que os inspire, defienda y proteja.

Los dos continuaron comiendo y hablando. A las doce se retiró Faure, y á las siete llegaron el príncipe de Italia, sus cuatro hermanos, dos Zallas y los criados que no acompañaban los equipajes.

Después de entregar los caballos, buscaron al duque, sentándose los seis generales y dos maestres en la estancia de Osorio.

—Te encuentro alegre, duque del Imperio,—exclamó Silva estrechando su mano.

—Sí, lo estoy.

—¿Saliste bien de tu difícil empresa de anoche?

—Cuanto era posible; Enrique de Borbon merece lo que hemos hecho por él.

—Refiéreme lo acontecido.

Así lo hizo Osorio, contándoles minuciosamente su conversacion con el rey, los resultados de aquella y el estado en que se encontraba el augusto señor. Todos elogiaron la actitud digna del monarca. Seguidamente rogó el duque á su hermano Julio que extendiese el despacho para Su Santidad, lo que aquél verificó, no economizando frases ni recomendaciones pa-

ra que el bondadoso señor otorgara al rey de Francia el repudio que deseaba y pedia en justicia. Teniendo en cuenta la severidad del príncipe, su ódio á lo ilegal y el renombre que el mundo aplaudia en él, aquella carta era el presagio cierto de la mencionada concesion. Así sucedió efectivamente; y más adelante casó Enrique de Navarra por segunda vez, prévio el citado repudio.

Habiendo terminado Silva su trabajo, leyó á sus hermanos el escrito, el cual mereció los elogios de los cinco. Acto contínuo se dirigieron los seis al palacio real, entrando poco después en la cámara.

Enrique, que los esperaba con impaciencia, los fué estrechando uno por uno, haciéndoles sentar en torno de él.

El príncipe le dió el despacho que concluia de escribir, el que, leido y aceptado por S. M., fué unido á la peticion del repudio, lacrado y sellado, é inmediatamente salió con ellos un correo-gabinete, que esperaba montado á caballo en los patios del palacio.

Terminado esto, dijo el duque al monarca francés:

—Señor, si V. M. me lo permite, pasaré á la cámara de la reina.

—Sí, id allí, despedíos, enteradla de la salida de ese correo, con lo cual quedamos ámbos complacidos, y volved aquí, amigo mio.

El duque salió, en tanto que sus cinco hermanos conversaban con el rey, dándole el príncipe consejos que el soberano escuchaba con interés y aficion.

Sepamos ahora qué le ocurre á Osorio en la cámara de S. M.

Al salir de la del rey se halló con Faure, al que, después de saludarde, preguntó:

—¿Anunciásteis mi llegada á S. M. la reina?

—En el momento que os presentásteis en palacio.

—¿Continuaba en cama?

—Sí.

—¿No ha recibido á nádie?

—Que yo sepa, no.

—Entónces voy á sus habitaciones.

—¿Os acompaño?

—Es inútil. Regresaré pronto. Hasta luégo.

Y dirigiéndose á un extremo del palacio real, fué detenido al llegar por un paje, que le preguntó:

—¿Sois el señor duque del Imperio?

—Sí.

—Tened la bondad de seguirme de órden de S. M.

Y lo llevó á un saloncito paralelógramo, en el que sólo habia dos sillones, vários taburetes, espejo, mesa y cortinas.

—Qué diferencia,—exclamó Osorio paseando,—de esta habitacion á aquella en que me recibió no há mucho. La augusta señora se convenció de lo inútil de sus pretensiones, y desiste, por lo cual me doy el parabien.

En este instante se descorrió una cortina, apareciendo la reina Margarita pálida, cubierta con una bata de raso blanco y sin adorno alguno en su cabeza.

Descompuesta, ojerosa y con ese abandono que suelen presentar las mujeres cuando demuestran completa indiferencia á lo que les rodea, áun así estaba hermosa, simpática, seductora.

Penetró haciendo una graciosa reverencia á Osorio, acompañada de las siguientes frases:

—Bien venido, amigo mio. Siéntate frente á mí.

—¿Cómo sigue V. M?

—Ya he sanado; tu presencia desterró el postrer átomo de mi mal.

—Me complace que así sea.

—Ocupa ese sillon y hablemos.

—Gracias.

—¿Presentaste á Enrique la batalla?

—Sí, señora.

—De seguro has sucumbido.

—Tengo la satisfaccion de participar á V. M. que continúo invencible.

—¿Pudiste convencer al fiero navarro?

—Señora, S. M. el rey, valiente y entendido en los campos de batalla, es en la corte un modelo de discrecion, cordura y sensatez.

—Hay quien asegura que es soldado hasta en la cosa más pueril.

—No sé cómo comprenderá V. M. la frase, porque yo tambien soy militar, muy militar, y no obstante eso, no cedo á nádie en cortés, atento y caballero.

—Tú eres otra cosa, duque; mi esposo está siempre en los campos de batalla.

—He notado, señora, en Europa, en Africa, en América, en Francia y hasta en Asia, que los hombres más valientes, aquellos que juegan su vida durante el combate con heroismo sorprendente, aquellos, señora, son en la corte y fuera del campo de batalla los más atentos y corteses. Esto os dice, asegura y afirma el que cuenta las batallas por cientos y los hechos de armas por... no lo sé; que de llevar cuenta de ellos, la hubiera perdido. Y añado que vuestro esposo es un modelo de esos que acabo de citar; esto lo sostiene el duque del Imperio con razones ante las mujeres y los hombres, y con su espada frente á los últimos.

—No cuestiono con sér tan inteligente en materia de guerras y de apreciaciones, que áun cuando no me hayan convencido, me obligan á ceder. Sepamos ahora lo que más importa. ¿Seré repudiada?

—Positivamente.

—Que me place. ¿Lo confirmará Su Santidad? Hablad, amigo mio.

—Tenedlo por seguro.

—Me doy la enhorabuena.

—Y yo el pésame. Algun dia me dareis la rázon; mas hice cuanto pude por evitarlo, resultando que sólo V. M. fué causa del acontecimiento.

—Sí, cargo con toda la responsabilidad; no eludo ni un

ápice. ¿Dónde he de habitar ínterin se realiza ese gran acontecimiento?

—Al lado de vuestro marido.

—¡Tanto tiempo sufriendo sus miradas y disgusto!

—Al contrario; estará amable con V. M., cariñoso, y jamás le habreis hallado más condescendiente y caballero.

—Tú haces milagros, Osorio.

—En verdad que no puedo admitir la idea; fué Dios el que formó su carácter, talento y abnegacion.

—¿Y hemos de estar juntos de dia y de noche?..

—No; únicamente en los actos de etiqueta y en la mesa.

—Ya; de ese modo aguardaré tranquila.

—Siempre que V. M. recuerde que lleva el apellido de Enrique y lo honre el poco tiempo que le queda de usarlo.

—En eso pensaba, eso he decidido; y si él se muestra conmigo segun acabas de decirme, por Dios que no ha de tener queja de mí.

—Gozo oyendo á V. M.; disputadle efectivamente el derecho de atencion, cortesanía y amabilidad, hija, nieta y hermana de reyes; probad á Enrique de Borbon que sois Valois.

—Lo haré.

—En Dreux, no sólo respeté la vida del duque, sino que lo dejé en completa libertad, como os ofrecí.

—Gracias. ¿Piensa combatir contra el rey?

—Probablemente; con lo cual conseguirá aumentar el ya extenso número de sus derrotas.

—A ser posible, yo lo evitaré.

—Mucho contribuyó V. M. á la paz y ventura del reino; continuad, señora, vuestra obra, y el mundo mezclará sus acusaciones á la débil mujer con los aplausos que dará á la reina bondadosa.

—¿Te dijo el duque de Guisa hácia dónde se dirigia?

—Nó, señora; y le advierto que áun cuando lo supiera, se lo ocultaria á V. M.

—¿Cuándo partes?

—De Versailles mañana; de esta cámara en el momento que V. M. me dé su permiso.

—¿Vas á España?

—Con ánimo resuelto de no volver á salir.

—¿Repudiada, proseguirás siendo mi amigo?

—Miéntras viva, si V. M. lo desea como yo.

—Duque, no obstante el desaire que recibí; sin embargo de las muchas y bellas ilusiones que osaste destruir en la dama que llegó á amarte con delirio; sin perjuicio de todo eso, te admiro, y perdono al hombre incomparable el daño que hizo á la pobre mujer. Cruza tranquilo los campos de Francia, que el rey y yo nos disputaremos el derecho de protegerte. Como reina ahora, y luégo como princesa repudiada, pero con poder todavía bastante, me hallarás siempre en París dispuesta á defenderte con voz é influencia.

—Gracias, señora; lo sé, y me voy reconocido á V. M. Mi único sentimiento se contrae á no poderla dejar sentada en el trono y tan dichosa y feliz como yo deseaba.

—Estrecha mi mano acaso por última vez, y parte cuando quieras.

—Si en alguna ocasion necesita V. M. del duque del Imperio, contad con él, y ya sabeis cómo defiende á las damas.

—Adios, Osorio; te deseo un viaje feliz y una esposa en España digna de tan cumplido caballero.

—Dios misericordioso, que os dejó de su mano, os ampare de nuevo, proteja y encamine.

Y besando su diestra, anduvo hácia atrás hasta desaparecer del paralelógramo.

La reina deshizo con las yemas de los dedos dos lágrimas que comenzaron á rodar por sus mejillas, y cayendo en un sillon, exclamó:

—Adios, ilusion de mi vida, la más bella de cuantas llegaron á mi mente, adios para siempre, adios. Ya que no me fué permitido cumplir el deseo de Flaviano de ser durante mi vida la esposa leal de Enrique de Borbon, daré á la mate-

ria lo ménos posible y al alma todo cuanto pueda en pro de su ventura eterna.

Y cumplió su propósito.

Osorio cruzó triste y ensimismado las habitaciones que le separaban del rey, tornando á ser detenido por Faure, que le preguntó:

—¿Qué os acontece, amigo mio? ¡Vuelve vuestro semblante de distinta manera que fué!

—No os extrañe, mariscal; la despedida de Margarita me ha afectado.

—¿Lloró?

—Húmedos quedaban sus ojos.

—¿Tendremos á vuestra partida cuestiones entre los cónyuges?

—Al contrario; los dos demuestran talento, y se disputarán en lo sucesivo el derecho de atencion, urbanidad y tolerancia, que es á lo más á que ya pueden aspirar.

—Me alegro; y si nada necesitais de mí, me retiro.

—Sólo deseo despedirme.

—Eso mañana en el camino.

—No quiero que os molesteis.

—Es que yo anhelo separarme de vos lo más tarde que pueda. Adios, duque.

Y desapareció de allí, en tanto que Flaviano penetraba en la cámara.

—¿Qué dice la reina, amigo mio?—le preguntó Enrique.

—Señor, pretende competir con V. M. en atenciones y cuidados, y asegura firmemente que honrará vuestro apellido el poco ó mucho tiempo que le queda de llevarlo.

—¿Qué opina sobre el repudio?

—Lo desea como V. M., y lo acepta como cosa indispensable á su tranquilidad.

—Muy bien. ¿Curó de su dolencia?

—Se halla completamente buena.

Y continuaron hablando los siete hasta las diez de la no-

che, en que el rey los estrechó uno por uno, acompañándoles bastante trecho.

Salieron de palacio los *invencibles* sin que Enrique lograse que aceptasen el más leve obsequio.

Ya en el *hôtel*, durmieron, levantándose á las cuatro de la madrugada. Media hora después abandonaban Versailles, acompañados de Faure y de una numerosa escolta que les mandó el rey.

A las dos leguas se detuvieron y los fué abrazando el mariscal. Al llegar á Osorio se humedecieron sus ojos, pronunciando frases tan tiernas, que á todos conmovieron. La escolta tenía órden de seguirlos hasta la raya de España, pero el príncipe, alegando lo mucho que deseaban correr y las seguridades que ya ofrecian los caminos, les rogó várias veces que se retirasen, lográndolo por fin, vista su insistencia y decision.

Al frente de aquella Faure, se encaminaron hácia Versailles, en tanto que los *invencibles* delante, en pos los Zallas, y detrás los criados, picaron á sus potros, y salieron á escape en direccion de España, sin tocar en París y por la ruta más corta.

CAPITULO XXXI.

España.—Madrid.—Los hijos de los invencibles, sus esposas y el marino Roch.

Nuestros guerreros mandaron delante y con treinta horas de anticipacion al maestre Alvaro y la mitad de sus criados con los equipajes, el itinerario y el encargo especial de que les fuesen proporcionando caballos á cada seis ú ocho leguas que andaban. La distancia era larga; los caminos en tal época malos, sin perjuicio de lo cual, corriendo unas veces, trotando otras, descansando de noche y deteniéndose, en fin, lo puramente indispensable, dejaban atrás más de doce leguas por dia.

El deseo de llegar pronto á su palacio y verse rodeados de sus mujeres é hijos les impelia hácia Madrid, aumentando su ansiedad, alegría y satisfaccion. De contínuo hablaban, y en este último viaje perdió el duque del Imperio la gravedad y mesura que adoptó en Nápoles y Francia, para lanzar epigramas á alguno de sus hermanos, y muy particularmente á Rogelio, logrando excitar á cada instante la hilaridad de todos ellos.

Una tarde, cerca de anochecido, exclamó de pronto Osorio:

—Alto, señores; descubríos, y decid conmigo: ¡Bendita seas, patria querida! Mirad el Vidasoa, amigos mios, y á la parte opuesta el suelo privilegiado que tanto se ama y echa de ménos en el extranjero.

Así era efectivamente, y lo mismo los *invencibles* que los Zallas y criados, todos se descubrieron, saludando con efusion el país donde nacieron.

Acababan de atravesar cási toda Francia, sin impedimento alguno; léjos de eso, y efecto de un correo que mandó Enrique IV, les fueron facilitando cuanto necesitaban, y en muchas poblaciones hasta se les presentaron las autoridades para felicitarlos y ofrecerse á ellos.

Al cruzar el Vidasoa los detuvo un destacamento español, y reconocidos que fueron, intentaron festejarlos, á lo cual se opuso el príncipe de Italia, pretextando que viajaban de incógnito y que no podian prolongar su marcha un instante más.

Desde aquel momento trataron de abreviar su ya ligera marcha, huyendo de las grandes poblaciones y ocultando en las pequeñas sus rostros y nombres.

De este modo y reventando caballos, fueron dejando atrás á Guipúzcoa, Vitoria, Búrgos, Palencia, Valladolid, pisaron luégo el Guadarrama, distinguiendo, por fin, cuatro horas después, las torres de Madrid.

Allí se les incorporaron Alvaro Zalla y criados, que iban delante, continuando juntos los diez y ocho.

Al llegar á las puertas de la capital se apearon los seis *invencibles*, penetrando á pié y sin darse á conocer á nádie. Detrás iban los Zallas y nueve criados, llevando seis de estos últimos del diestro los caballos de sus amos.

Adelantémonos nosotros.

Los *invencibles*, que se amaban como hermanos y que los unia además del parentesco el lazo de una amistad y compañerismo que contaba tantos años como ellos del uso de razon, habitaban el piso principal de un inmenso palacio, situa-

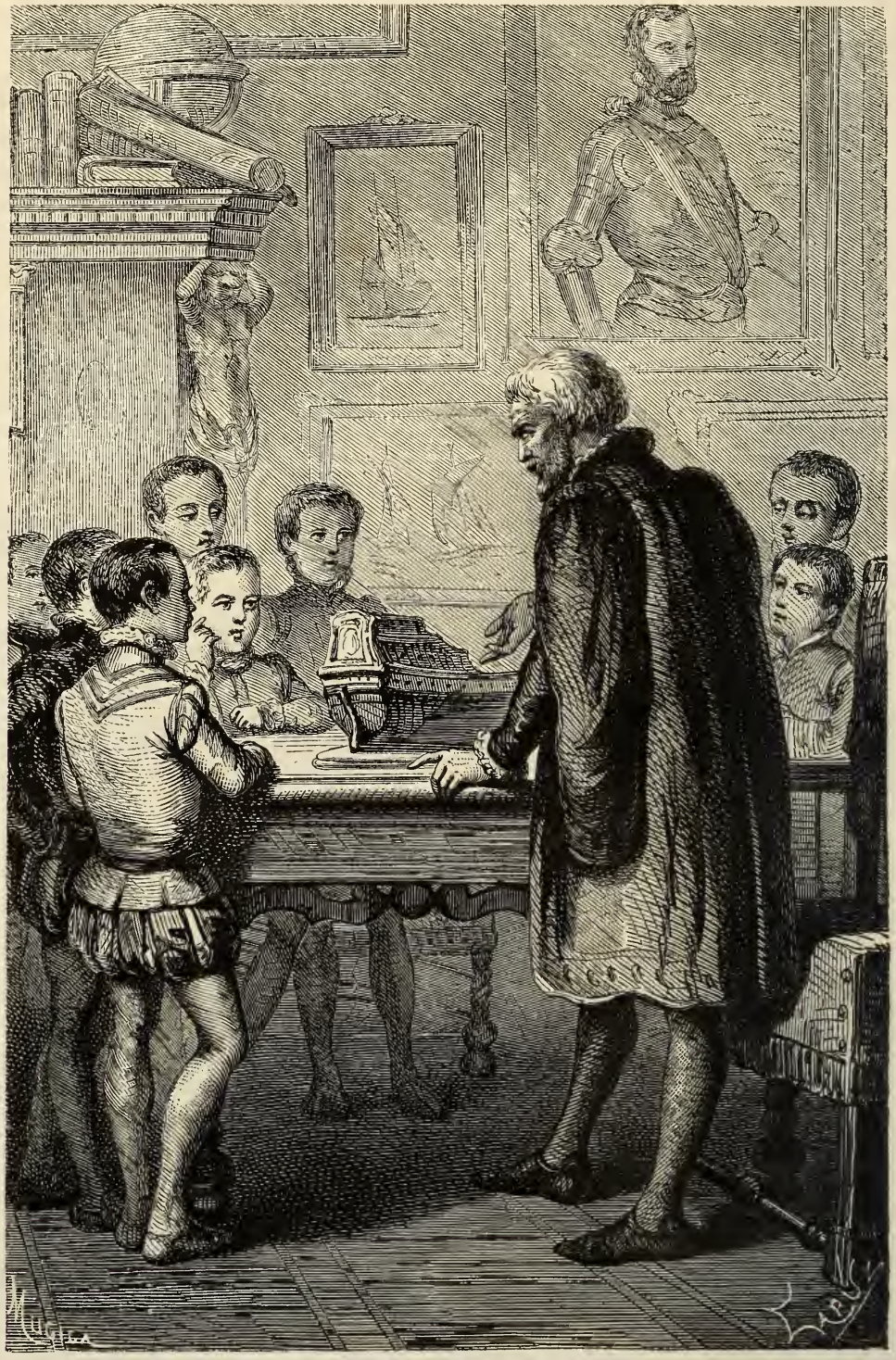
do en la calle de Atocha, de la propiedad del príncipe de Italia y en el cual existian sobradas comodidades y terreno para los seis, y áun para las cuatro familias de Roch y Zallas, que ocupaban una parte del piso bajo.

Habia en tan enorme edificio caballerizas comunes, pero cada *invencible* tenía su tren y servidumbre separadas, y lo mismo sucedia con el comedor, dormitorio y habitaciones de recibir. Nada faltaba allí de cuanto exigian la moda, el más exquisito gusto y la comodidad: grandes salones adornados con sedas, espejos, ricos muebles y admirables cuadros; estatuas y columnas de mármol, jaspe y pórfido; dilatado jardin; precioso parque, baños, con lo mejor que quedaba del gusto árabe, y español lo demás, pero todo suntuoso y agradable.

Eran las doce del dia, y ni las esposas de los *invencibles* ni ninguno de los habitantes de aquel hermoso palacio sabían la grata nueva de que se hallaban á las puertas de Madrid los dueños de aquel edificio. Así es que los soldados de la guardia española, que custodiaban la casa, discutian formando corros en el ancho zaguan, con esa indolencia del soldado que no tiene nada que hacer ni espera en mucho tiempo á su jefe. En el resto del piso andaban los criados ocupados en sus faenas; y en la parte principal se encontraban las esposas de los *invencibles* conversando de sobremesa, siendo el tema que les era comun á las seis, más agradable que ningun otro, y el que les servía de perenne ocupacion y entretenimiento: qué harían sus esposos en aquellos momentos y cuándo volverian.

En un saloncito, no léjos de allí, estaban sus niñas, adiestrándose en labores propias de su sexo, bajo la direccion de la griega Syra, esposa de Alvaro Zalla y de las tres hermanas venecianas mujeres de Roch, Fermin y Andrés Zalla.

Y en el extremo del palacio, en un salon grande con balcones al pié del estanque que tenía el jardin, se hallaba el general Roch, enseñando ciencia á los hijos de los *invencibles*, á uno suyo y á dos de los Zallas. El bravo y entendido marino presentaba tambien su tema favorito, y este era la náuti-



—La náutica es la primera de las ciencias.

ca. Daba á los niños lecciones de matemáticas, física, geografía é historia; pero siempre hallaba un pretexto para concluir con la náutica. Habia construido un modelo pequeño de cada clase de cuantos buques se conocian en el mundo, y todos estaban en aquel salon flotando en el agua que contenian algunas vasijas, ó sujetos sobre una de las mesas de estudio.

Se contraian en estos momentos sus explicaciones á la geografía astronómica, cuando vino á recordarle su tema la señal ó estrella que siglos ántes sirvió de aguja á la marina. En consecuencia, dió al traste con la astronomía, y cogiendo el modelo de un buque, exclamó:

—La náutica es la primera de las ciencias.

Los niños se habian aficionado á las descripciones de Roch, y la verdad era que crecia mucho su atencion y entusiasmo en el momento que Roch decia:

—A la mar, hijos mios, á la mar. Empecemos nuestra navegacion en esta diminuta galizabra para concluir en aquel enorme navío.

—Bravo,—contestaban ellos;—el viejo gruñon,—nombre que le daban comunmente, por haberlo oido al duque del Imperio,—nos lleva hoy desde el polo Artico al Antártico.

Reinaba en el palacio silencio, quietud y sosiego; cada uno se concretaba al cumplimiento de su obligacion, y hasta en los juegos de los niños habia cierto órden compatible con la diversion á que se entregaban.

De pronto oyeron sonar un clarin y á las mujeres se les cayó lo que tenían en las manos, miéntras que los hombres quedaron pendientes de aquel sonido guerrero.

A la vez escucharon las pisadas de los soldados que corrian á formar, y seguidamente las voces de:

—Los señores llegan. Ya entran.

Damas, niños y niñas, Roch, escuderos, pajes y cuantos habia en el edificio salieron á los pasillos ó se agolparon á la escalera, brillando en sus rostros el entusiasmo y la alegría.

Eran efectivamente los *invencibles*, que entraron en su pa-

lacio, siendo vitoreados por la tropa, aplaudidos por sus dependientes y criados, y tiernamente estrechados por sus esposas, hijos y Roch. La escalera donde se hallaban se cubrió de lágrimas impelidas por la alegría; la emocion que demostraron no hay medio de describirla, siendo pálido cuanto pudiéramos decir de aquella escena cariñosa, tierna é interesante como pocas.

Antes de concluirse, llegaron los Zallas, y se renovó entre estos, sus mujeres é hijos, concluyendo por irse todos al estrado y pasar en él algunas horas, haciéndose multitud de preguntas.

Por último, se levantó el príncipe de Italia, é indicando á Roch que le siguiera, abandonaron la reunion, penetrando en el despacho del primero, donde ámbos se encerraron.

—Sentaos, general,—exclamó Silva,—pues deseo que me contesteis á várias preguntas.

—A las que gusteis, mi amigo y señor,—replicó el marino.

—¿Cómo está S. M. el rey?

—Muy mal; en los cuatro meses que faltais se ha ido agravando por momentos, segun os anuncié en mis cartas, y en la actualidad se encuentra peor que nunca.

—Lo siento mucho.

—Ayer hablé con uno de sus médicos de cámara, y opina que no hay remedio para él.

—¿Continúa en el Escorial?

—Sí, señor; hizo llevar su lecho á una tribuna de las dos que están sobre el presbiterio, y allí sufre las consecuencias de su mal, con valor y entereza sorprendentes. Tiene el cuerpo cubierto de llagas: los dolores que padece deben ser terribles; y no obstante eso, jamás se le oye exhalar un ay, ni nádie escuchó de sus labios queja alguna.

—Conozco la fortaleza de su espíritu, la entereza de su corazon, y estoy seguro que morirá sin demostrar angustia, por más que su agonía sea la peor que haya existido.

—Lo creo.

—¿Y el príncipe de Astúrias?

—Junto á él, oyendo sábios consejos y viéndole morir.

—¿Qué dice S. M. de nosotros?

—Aplaude la conducta de Osorio y mia en Nápoles, la de los Navarros en las Alpujarras y se queja de vuestro silencio en Francia.

—Más le disgustará lo que tengo que decirle. ¿Y en la villa, qué se cuenta?

—Hace dias se hablaba de una guerra inminente con Francia; hoy, por el contrario, se dice que vosotros la habeis cortado, y hasta en el *Mentidero* os elogian y aplauden.

—¿Cómo van los asuntos de Flandes?

—Mal; desde que murió el duque de Parma perdemos terreno, soldados y la esperanza de salvar aquellos países.

—Era natural. ¿Y Lisboa?

—Portugal nos obedece, sin que ose grande ni chico hacer armas contra el poder español.

—¿Y Nápoles?

—Tan tranquilo y sosegado como lo dejamos á nuestra partida.

—¿Y los moros?

—Marcharon al Africa la mayor parte, y los que quedan no se alzarán más, vista su impotencia y escarmientos sufridos.

—¿Y nuestras posesiones de la Argelia?

—Se hallan bien guarnecidas y tranquilas.

—¿Qué noticias hay de América?

—Prosigue imperando la calma y sosiego impuesta con nuestra presencia allí, hace algunos años, y más aún por el buen efecto de las leyes que tuvísteis á bien dictar, y siguen fructificando en aquellas apartadas regiones.

—¿Y de la India, qué se cuenta?

—Se ensancha nuestra conquista, triunfan nuestras armas, y nada malo debe esperarse por ahora.

—¿Qué hacen los ingleses?

—En estos instantes en que llegan al apojeo su envidia y

celos, ocultan la ira y enojo, y acechan como la pantera la ocasion propicia, que no parece concederles el destino por el momento.

—¿Y el extenso imperio de Oriente?

—Empieza á decrecer, y por primera vez condena al olvido sus pretensiones respecto de Europa. La Turquía entró ya en el período de su decadencia.

—Es decir, que Felipe II dejará á su hijo en herencia un imperio el más vasto del mundo y el más tranquilo, si no impidieran lo último los protestantes y ambiciosos de Flandes.

—Ciertamente; en mi concepto, se perderán los Países Bajos.

—¿Habeis estado en el Escorial?

—Várias veces.

—¿Vísteis al rey?

—Siempre que fuí. Tus visitas, me decia Don Felipe, me agradan, valiente marino. Y luégo me hacía preguntas sobre vosotros, oyendo mis contestaciones con gran interés.

—¿Y al príncipe de Astúrias, lográsteis visitarlo?

—Ni una sola vez. Intenté saludarle, recien venido de Nápoles; se negó, pretextando hallarse muy ocupado, y no he vuelto á pedirle audiencia.

—Bien hecho.

—Mucho me temo que al espirar su padre nos cierre á todos las puertas de su cámara real.

—Sucederá probablemente, y nada perderemos; mis hermanos y yo estamos ya cansados de guerras, fatigas, privaciones y ausencias. Llegó el momento de que empezásemos á ocuparnos del porvenir de nuestros hijos, de su educacion, sin que haya nada que venga á interrumpirla.

—Dios os oiga; que á mí, viejo ya y cansado, me dolian más que á vosotros el abandono de mi familia y los azares del soldado.

—Tenedlo por seguro, Roch; terminaron para nosotros los combates.

—Todavía si la patria peligra...

—La salvarán nuestros discípulos; los que el vulgo apellida *invencibles*, el general Roch y los maestres Zalla; verán impasibles los acontecimientos; concretándose á aplaudir los hechos gloriosos de la nueva generacion que ha de reemplazarnos.

—Así debe ser. Puesto que el futuro rey es jóven, y sus amigos no son los de su padre, que defienda con ellos el vasto imperio que nosotros sostuvimos hasta ahora.

—Las arcas del duque del Imperio habrán quedado vacías en su última expedicion; procurad que mañana mismo tenga la misma cantidad que las de sus cinco hermanos.

—¿Cómo hago ese milagro?

—Sacando de las nuestras y metiendo en la de él lo necesario.

—No lo va á permitir.

—Se oponia efectivamente, pero le he obligado yo á que acceda.

—Imposible parece que haya gastado el inmenso capital de que disponia ántes de marchar.

—Flaviano, amigo mio, es grande en todo, y sus dádivas superan á las de los reyes.

—No es extraño; lo gana con la misma facilidad que lo da. ¿Creeis, señor príncipe, que su esposa tenga motivo?..

—Callad, insensato; mi hermano Osorio es tan leal como nosotros; mas sus hechos se elevan á donde no llegan los nuestros.

—¿Tambien en Francia tuvo compromisos como en Nápoles?

—Sí; su conducta de soltero y las dotes con que la Providencia se dignó favorecerle, le atraen las mujeres como el imán al hierro; pero el duque desafía esa y toda clase de peligros, y goza venciéndose á sí propio más aún que rindiendo á sus contrarios.

—Cada dia comprendo mejor la predileccion que vuestro padre hacía de él en el mundo.

—Creo que sigue protegiéndole; todavía en Nápoles y en

Francia halló el venturoso caudillo el premio á las bendiciones con que saluda diariamente la memoria del santo.

—Se pagaron efectivamente; el duque quiso á vuestro padre más que á los suyos.

—Es verdad; por eso yo le estimo lo indecible.

—Y todos cuantos le conocen; es el alma más noble y generosa que existe.

—Salgamos al salon, Roch; la princesa vió con disgusto que me separaba de su lado, y no quiero que padezca más; harto ha sufrido la infeliz con mis ausencias.

—¿Cuándo vais al Escorial?

—Mañana, en cuanto me desayune.

—¿Quiénes os acompañan?

—Mis cinco hermanos y nuestros seis criados.

—¿Estareis muchos dias?

—Ignoro lo que el rey dispondrá; por cuya razon, conviene que nos mandeis trajes y ropa interior.

Y se dirigieron los dos al estrado, en el que empezaban á entrar grandes, amigos y parientes, los que, sabiendo la llegada de los *invencibles,* acudian presurosos á felicitarles.

A las cuatro de la tarde comieron, permaneciendo reunidos hasta las nueve de la noche, en que cada uno de los recien venidos se fué retirando á sus respectivas habitaciones.

El duque del Imperio, unido á su esposa, dieron el último beso á sus dos hijos, los dejaron en cama, marchando acto contínuo á un gabinete contiguo á su alcoba. Sentados ámbos en un divan de terciopelo, se contemplaban en este momento como dos enamorados; parecia que era aquella la noche de boda, y en verdad que merecian por sus hechos y lealtad la grata satisfaccion, el delicioso éxtasis que empezaban á sentir.

Osorio hallaba á su esposa más bella que la dejó é infinitamente más hermosa que Angelina Vignati y que la reina Margarita. ¿Era ilusion suya, ó consistia en que la Providencia recompensaba la fidelidad del esposo, adornando con nuevos encantos al objeto de su amor? Lo ignoramos; pero es lo cierto,

que el venturoso caudillo la contemplaba más hermosa que nunca.

Ella, que amaba al duque con delirio, lo miraba en estos instantes como al ídolo dueño de su corazon, voluntad y pensamiento; sabía lo envidiada que era por las damas elevadas de todas las cortes de Europa, y segura ya de la lealtad de su marido, bendecia á Dios, devorando con la vista al hombre que hubiera podido matarla con una sola frase, con decirla únicamente *no puedo quererte*. Sola con su esposo, rodaron por su bellísima faz dos lágrimas, que fueron á estrellarse sobre el rico vestido de seda que la cubria. Osorio la cogió una mano entre las suyas, preguntándole:

—¿Por qué lloras, ángel mio?

—La emocion que siento,—contestó ella,—traba mi lengua. Lloro, ¡porque lloro! ¿Y tú me lo preguntas?

—Sí; contéstame.

—Flaviano, la ventura, la dicha, hieren mi corazon, y sabido es que pueden matar como la pena y el dolor.

—Tambien yo me siento á tu lado esta noche más conmovido que lo estuve nunca.

—¿Qué será, esposo mio? ¿Nos amenazará alguna desgracia?

—No; consiste mi mayor satisfaccion en que te encuentro más bella que nunca y superior á cuantas mujeres he visto durante mi ausencia en Italia y Francia.

—¡Ni los muchos años de casado, ni lo crecidos que están nuestros hijos roban al noble caballero un átomo de su antigua y renombrada galantería!

—No, Adela; te digo la verdad; á mi regreso te encuentro hermosísima.

—Me alegro; tuya soy, y de no equivocarme, me complace acercarme en dotes al hombre más envidiado que conozco. Temo sólo que tu amor exajere, sirviendo de óptica á la luz de tus ojos.

—Hija, quiero convencerme de lo contrario; pero no hallo

medio posible; lo fino y terso de tu cútis, lo sonrosado de él, la perfeccion, el brillo y las gracias unidas al fuego y amor que despiden tus ojos, te presentan seductora. Tu talle ha adelgazado; estás más esbelta, y el conjunto, en fin, me prueba que tuve gran talento pensando en tí y despreciando á cuantas mujeres pretendieron vanamente detener mi paso.

—¿Nada las dijiste?

—Sí; fuí galante con ellas, que de ese modo honra el caballero el apellido que le dió á su esposa; tuve entre mis manos los suyas; admiré sus encantos: junto á una quiso el diablo ofuscarme, pero Dios lo espantó, y la imágen de mi Adela triunfó de todas.

—¡Ay! me estremece tu relacion.

—¿Por qué?

—¡Somos tan débiles las mujeres!

—¿Débil tú? Par diez, no hay bronce tan fuerte como tu corazon, tratándose de otro hombre que no sea yo.

—Las otras.

—¡Las otras! ¿No tienes confianza en mí?

—Absoluta, Flaviano, absoluta. Hubo un tiempo en que tus contínuas galanterías me asustaban, é hicieron sufrir horribles tormentos; pero hoy, que conozco la grandeza de tu alma y lo infalible de tu amor, no temo á mujer alguna.

—Bien hecho; créeme, Adela; además de lo que has expuesto, te hallo más hermosa que cuantas mujeres conocí; y no te extrañe que así sea: la bondad de Dios recompensa la castidad del marido puesta á prueba.

—¿Y tú, jamás tuviste celos de mí?

—¡Esa injuria no la hace nunca un caballero, tratándose de la madre de sus hijos! ¿Has sufrido mucho durante mi ausencia?

—Lo increible; jamás me acostumbraré á esa clase de males.

—Las mujeres no teneis otra patria que vuestra casa, ni más intereses que defender que los de vuestro marido.

—¿Qué me importan á mí los ejércitos, las victorias y los triunfos? Mi gloria es tu amor; mi ventura la forma tu compañía; mis placer es verte en medio de nuestros hijos, y todo lo demás que pasa en el mundo es indiferente á la que, como yo, se contrae á lo expuesto. Me engrie que ganes batallas, pero preferiria que no te hallases en ellas; gozo oyendo los aplausos que te tributa la multitud, mas quisiera ser yo sola la que me ocupara de tí; bien estás de duque y poderoso, pero nada perderia yo si nos hallásemos en una cabaña, solos con nuestros hijos; entónces permaneceriamos siempre juntos, mirándonos contínuamente; nádie nos estorbaria, siendo tan felices y libres como las aves que remontan el vuelo, teniendo por mundo la inmensidad del espacio y por dicha la ventura de no ser perseguidos por el cazador. Te estoy molestando con mi conversacion, sin cuidarme de que vendrás cansado y falto de sueño; perdona...

—Al contrario, Adela; oyéndote hablar se ensancha mi espíritu y cruzo las horas en delicioso éxtasis que premia mis fatigas en el campo de batalla y mi contínuo caminar hasta ver ensangrentados mis piés, cansando mi cuerpo y comprimida el alma.

—Y yo en tanto pisaba sobre alfombras, me reclinaba en mullidos sillones y paseaba en carroza.

—¿Me hubieras seguido?

—Al fin del mundo.

—¡Qué locura! Tu diminuto pié cubierto de seda y raso puede cruzar por estos salones, pero en manera alguna sobre la encrespada montaña, el molesto risco, el árido monte y el sinuoso sendero.

—Lo que me faltase de fuerzas me sobraria de voluntad, y está seguro que no siéndome posible separarme de tí, nunca me quedaria atrás.

—Voy á darte una grata noticia.

—Sepamos.

—Ya has oido al príncipe, que nos ha demostrado la impe-

riosa necesidad que tenemos de ir los seis al Escorial y de permanecer allí todo el tiempo que el rey lo disponga.

—Ese viaje no me infunde temor alguno; tú te vas mañana, y yo saldré de aquí con mis hijos al dia siguiente; la última carroza que me regalaste es lo suficiente ligera para que pueda llegar allí en seis horas.

—La idea merece mi aprobacion y aplauso; te esperaré.

—¿Qué noticia es esa?..

—Segun todas las probabilidades, el viaje que acabo de hacer será el último que me aleje de tí.

—¿En qué te fundas, Flaviano?

—Hija, por desgracia para España, el rey padece su última enfermedad, y por fortuna para nosotros, el príncipe de Astúrias no tiene confianza en mis hermanos ni en mí.

—Imposible.

—Pues si la tiene, le faltará otra cosa; pero es lo cierto que no contamos con su favor ni lo queremos; de lo cual se deduce que en adelante pasaremos el invierno en Madrid y el verano en nuestro castillo situado en los montes de Toledo.

—¿Opina lo mismo el príncipe de Italia?

—Sí, como igualmente mis cuatro hermanos restantes.

—Tambien Roch nos lo dijo, pero yo dudé que fuese cierta tan grata noticia.

—Créela firmemente.

—¿No le obligará Felipe II?..

—Muerto éste, el hijo hará lo que le parezca más conveniente, y en lo relativo á nosotros estoy seguro que observará una conducta contraria de la que el padre le imponga, á lo cual nosotros contribuiremos en cuanto nos sea posible.

—Teneis razon; vuestros cuerpos están marcados con el hierro enemigo; nádie hizo los sacrificios que vosotros, y justo es que ya reemplace la calma y tranquilidad á los azares de la guerra.

—Satisfecho de haber realizado en favor de España más aún de lo que ella me ha pedido, quiero acabar mis dias vien-

do en tí y en mis hijos la patria; en vuestros halagos y cariños mis victorias, y en las cacerías y excursiones á caballo, á que eres tan aficionada, mis únicos viajes. Luégo me entretendré en adiestrar en la esgrima y equitacion á nuestro Flavianito; enseñaré dibujo y música á nuestra Adelita, y con ellos y contigo seré dichoso, tan dichoso como me haces en estos instantes. ¡Qué hermosa estás, Adela!

—¡Cuánto gozo oyéndote! ¿No son tus frases hijas de la galantería?

—No y mil veces no; tus ojos están más negros y rasgados; brillan como nunca; el carmin de tus labios es más subido; el sonrosado de tu rostro más agradable; tu acento angelical conmueve mi alma y... Me estás enloqueciendo, ángel mio.

—Sólo Flaviano de Osorio puede expresar esas frases á los nueve años de casado.

—Si tal idea fuese cierta, consistiria en que son tontos cási todos los hombres. ¿Por qué le he de ocultar á mi esposa que es bella como los ángeles y seductora como el encanto? El alma no envejece nunca ni el fuego del corazon lo apaga otra cosa que el hielo de la ancianidad.

—Cierto.

—Si eres hermosa y yo te amo, ¿qué razon hay para que te lo oculte?

—Ninguna.

—Si siento á tu lado las mismas impresiones que de soltero, que al acabar de casarme, ¿por qué lo he de callar?

—Verdad es.

—Entónces, déjame que elogie tus encantos, que te requiera de amores como hace nueve años, y que bendiga en Dios la bendicion que echó sobre el lazo que nos une.

—Lo malo es que llegará un dia en que lo que llamas mi hermosura se habrá marchitado; el hielo de la vejez posará sobre mi corazon, y encorvados y trémulos caminaremos hácia la tumba, mirando el suelo que se resistirá á sostenernos.

—¡Qué locura! ¡Cuando las pasiones desaparezcan; cuan-

do el espíritu no preste á la materia el fuego que la vivificó cincuenta años, entónces serás la madre de mis hijos, mi compañera perenne, mi amiga íntima, mi mitad, en fin, que sostendré con el brazo derecho, prestándole el cariño y apoyo que necesite. En nuestros hijos veremos nuestro presente y futuro; reemplazaremos lo que fué en nosotros con lo que es en ellos; y encorvados y trémulos por el peso de los años, iremos por el camino recto á la presencia Divina, en busca de una regeneracion y bienestar que tú no comprendes, pero que yo vi en el padre Alberto, en el santo, en los momentos que espiraba. Pero aún falta mucho para eso; en tanto que llega, gocemos, amor mio, ya que el cielo nos lo permite. ¡Qué cintura tan diminuta tienes! ¡Qué feliz soy!

—¡Y yo qué dichosa!

—¡Cuánto nos amamos!

—¡Cuánto debemos á Dios!

—¡Bendita seas!

—Y tú, de quien soy; para quien he nacido.

Poco después se retiraron los cónyuges al lecho, el que no abandonaron hasta las nueve de la mañana.

Los cinco hermanos de Flaviano tuvieron escenas ménos ardientes, ménos vivas, pero muy parecidas á la anterior.

Dejémosles descansar por esta noche para seguirlos en la mañana próxima al real sitio de San Lorenzo.

CAPITULO XXXII.

El Escorial.—Felipe II.—El príncipe de Astúrias.

Desde las nueve de la mañana piafaban en uno de los patios del palacio de los *invencibles* seis hermosos potros de raza árabe, anhelantes de trotar por las calles de Madrid ó de correr por los caminos de España. Eran negros y alazanes, ninguno habia cumplido seis años, y su poderosa sangre se traslucia por sus pieles delgadas y finas.

No obstante la hora, ya estaban los salones del palacio cuajados de jefes del ejército que iban á saludar á sus bravos generales.

Algo más tarde bajaron los *invencibles* entre un séquito numeroso de admiradores, y montando en sus caballos, desaparecieron del edificio, seguidos á la distancia de cien metros por sus respectivos criados. No quisieron escolta; el traje era simplemente de camino, y sin aparato alguno, cruzaron las calles de Madrid, siendo saludados y aplaudidos por la multitud que les salia al encuentro.

Ya en el campo oprimieron los ijares, los potros corrieron,

y con solos treinta minutos de descanso llegaron al real sitio de San Lorenzo á las cinco horas de haber salido de Madrid.

Los seis echaron pié á tierra, dando á sus criados las riendas de los caballos. Luégo entraron en el convento, dirigiéndose á la celda del superior, que era amigo del príncipe de Italia. Aquél los recibió con señaladas muestras de alegría; dispuso que les quitasen el polvo de que venían cubiertos, y obligándoles á que se sentasen, preguntó á Silva:

—¿Qué os trae al Escorial, mi amado y respetable príncipe?

—Llegamos ayer de Francia, y deseamos ver á S. M.

—Anoche me hablaba de vosotros con el bondadoso interés que tiene de costumbre.

—¿Sabe que hemos llegado?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

—S. A. real el príncipe de Astúrias.

—Lo habia supuesto. ¿Cómo se encuentra S. M?

—Mal, muy mal. Dios misericordioso se apiade de él y de todos nosotros; porque si muere, difícilmente habrá en el orbe quien pueda sostener la terrible carga que él lleva há muchos años sobre sus robustos hombros.

—Su hijo y heredero, padre superior, es jóven, está bien educado, y acaso logre imitar á su padre.

—Julio, estamos solos, somos amigos, y todo se puede decir entre los siete; al espirar nuestro augusto señor temblará la monarquía, y es de temer que caiga algun pedazo de ella.

—Quién sabe; dejemos al tiempo que nos aclare la verdad.

—Misterioso y reservado estáis con quien tanto os estima.

—¿Por qué decís eso?

—Vos pensais lo mismo que yo respecto del padre y del hijo.

—Mi sobrino Felipe y yo nunca hemos podido entendernos; y por lo mismo que merece mi respeto y consideracion el que ha de ser mi rey, debo estudiar mis frases al hablar de su augusta persona. No tengo favor con él ni lo quiero, pero tam-

poco me es dado medir su talento ni aquilatar el valor de sus hechos.

—Veo que en lo relativo al príncipe de Astúrias sois tan noble y prudente como en todas las demás cosas de que os ocupais. Por lo mismo, deploramos en silencio los que amamos al rey la frialdad que os separa del príncipe de Astúrias. Más de una vez en que S. M. se ha dignado distinguirme con esa bondad, que no hallo frases suficientes á encarecerla, le he hablado de la necesidad que en concepto mio existe de unir al tio y al sobrino; es más, al futuro rey con los seis caudillos que el mundo aplaude, teme y respeta.

—¿Y qué dice S. M?

—Piensa lo mismo que yo; trató con el príncipe esa cuestion, y cree firmemente que obedecerá sus consejos; mas yo entiendo que S. A. no fué con el austero autor de sus dias todo lo franco que á él y al reino convenia.

—¿Quereis hacerme un favor, amigo mio?

—¿Qué podria yo negar á mi compañero de infancia, al hijo y digno heredero del santo? Pedid.

—Deseo que ni vos ni ninguno de vuestros amigos volvais á hablar al rey ni al príncipe de Astúrias de nosotros seis.

—¿Qué os proponeis, Julio?

—Una idea que debo ocultar.

—No podemos consentir...

—Hacedlo por mí y en obsequio á la memoria de mi padre.

—¿Os cansan ya los lauros y ovaciones, las guerras y los triunfos?

—Acaso; pero sea de eso lo que quiera, yo os ruego que en la presente ocasion me dejeis solo frente á mi amado sobrino. Si os merezco confianza, permitidme que con entera libertad demuestre al príncipe lo que más le conviene.

—Lo haremos, sin embargo, de que, á juicio mio, no estorbaba nuestra desinteresada ayuda.

—Pues estorba, y podia perjudicar mucho.

—En ese caso cesará desde este momento.

—Gracias, y hablemos de otra cosa. ¿En qué se ocupa el tribunal de la Inquisicion?

—El santo oficio trabaja con el celo y la fe que tiene de costumbre; pero hace ya tiempo que, en gracia á las advertencias, consejos y súplicas vuestras, no hay autos ni tormentos. Los sábios se encargan de convencer; los familiares y agentes buscan á los extraviados, y la iglesia, en fin, trata por todos los medios posibles de atraer sin lastimar, de imponer sin herir.

—Eso es; no olvideis, amigo mio, la sublime conducta de los apóstoles, la caridad y abnegacion de los primeros católicos, y que la mision del cristiano no debió ser nunca la de matar; esa se la reservó el destino desde los primitivos tiempos á los idólatras. Bueno que el ateo ó el hereje se puedan convertir en asesinos, pero nosotros nunca. Recordad el triunfo obtenido por las ideas de mi padre, sobre fanáticos que en un principio atormentaron y quemaban sin tregua ni descanso. Poco á poco habeis ido todos haciendo justicia á la lógica que llevaban los discursos de mi padre, y mucho se ha ganado en los últimos ocho años.

—Verdad es; mas no perdamos de vista lo indispensable de destruir el cisma, poner coto á la herejía, y contener el instinto malévolo del criminal.

—Cierto, pero despacio y sin violencia. El bien se aplica atrayendo, no rechazando.

—Hay hombres, Julio, á los que no es posible convencer y sí preciso castigar.

—No lo niego; pero tan terrible mision corresponde á los tribunales civiles.

—Nosotros jamás llevamos al patíbulo á nádie.

—Padre superior, es cierto que á última hora entregais los reos al brazo de la justicia seglar, pero haceis esto cuando ya está el brasero encendido y los azotes y otros castigos preparados. No conozco auto alguno de España en que el decantado brazo seglar haya hecho cosa contraria ó lo dispuesto por la Inquisicion.

—Convencidos de que merecian aquellas penas, las mandaban ejecutar.

—Pues eso es justamente lo que yo deseo que desaparezca en España, intento con afan que á nombre de la iglesia se castigue.

—¿Queriais dejar impunes los delitos referentes á la religion?

—No es eso; pretendo únicamente que el sacerdote, siempre respetable y bondadoso, se ocupe sólo de atraer y conducir sus ovejas á los *pastos de las celestiales delicias*.

—La idea es como vuestra, pero siento deciros que en la actualidad no tiene aplicacion.

—Pongamos cada uno de nuestra parte lo que se pueda, y sin fanatismo, con sano juicio, calma y reflexion, discutamos, aconsejemos, y dándole á cada época lo suyo, cosa indispensable, empujemos á la sociedad hácia un porvenir ménos oscuro y turbulento.

—Es que vos, príncipe, caminais dos ó tres siglos delante de los más.

—Hé ahí mi empeño en demostraros lo que no veis.

—Yo sí lo distingo, Julio.

—Entónces, amigo mio, ayudadme. Nádie ignora el prestigio y poder que os dan vuestra posicion de general de una órden de las más importantes que tiene España, contando además con la incomparable ventaja de residir junto á los reyes y cási en medio de la corte.

—No puedo, príncipe, no puedo; me salen al encuentro constantemente la intolerancia de los unos, el fanatismo de los otros, y la época, la época, que no puedo con ella.

—Recordad á San Pablo; vedlo cómo cae en Roma sin un amigo, sin un creyente, y entre idólatras que anhelan su muerte y le persiguen dia y noche.

—Verdad es; pero iba inspirado por el Espíritu Santo, le ayudaba la Providencia y le defendia el cielo.

—Amparad vos la misma causa que el sublime apóstol, y

es indudable que obtendreis sus dones. ¿Quereis un ejemplo reciente, muy reciente?

—Sí.

—¿Os parece bastante el que os presenta mi padre?

—¡Era un santo!

—Pues eso es ciertamente lo que yo pretendo que seais vos, y lo que convendria en todos los que visten ese sagrado hábito y ostentan tan venerable corona.

En este momento interrumpió el diálogo del superior y del duque tres golpecitos dados en la puerta de la extensa celda donde se hallaban los siete, acompañados de las siguientes frases:

—*Deo gracias.*

El general contestó:

—A Dios sean dadas. Pase adelante, hermano Juan.

Y entró un religioso jóven, llevando la cabeza inclinada y las manos ocultas debajo del escapulario. Aquél preguntó:

—¿Qué pretende, hermano?

—Si vuestra reverendísima me lo permite...

—Hable.

—S. M. el rey nuestro señor, que Dios guarde, sigue lo mismo; la Providencia vele por su preciosa vida.

—¿Qué más?

—El señor Don Felipe II ha sabido que se hallan en la celda de vuestra reverendísima S. E. el príncipe de Italia y los excelentísimos...

—¿Le manda S. M?

—Sí, señor.

—¿Qué ordena el rey?

—Que vayan á la tribuna el señor príncipe...

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¿Quién le dió el recado?

—Se dignó decírmelo el rey nuestro señor, que Dios guarde.

—Está bien; retírese, que al momento será obedecida la voluntad de S. M.

Salió el fraile, añadiendo el superior:

—Si gustais, amigos mios, yo mismo os llevaré á la tribuna donde están el lecho y la augusta persona del rey.

Los siete se pusieron en pié, cruzando acto contínuo un extenso claustro, después otro, llegando por último á la puerta de la mencionada tribuna. Allí se detuvo el superior, diciendo al príncipe:

—Contad conmigo para todo. Hasta después.

Un minuto más tarde penetraron los seis. Felipe II estaba acostado en una modesta cama, teniendo á la izquierda la iglesia y á la derecha un sitial donde se sentaba su hijo, para escuchar de contínuo los consejos que le daba el padre. No habia en la tribuna en este instante otros muebles que la cama y el mencionado sitial, los cuales eran excesivamente modestos.

Al oir S. M. que estaban á la puerta los *invencibles*, hizo un esfuerzo heróico, é incorporándose sobre las almohadas, exclamó:

—Que pasen.

Y les alargó la mano, que ellos fueron besando uno tras otro, inclinando el cuerpo y la rodilla.

—Bien venidos,—les dijo el rey, mirándolos con interés.—¡Os admira mi estado! ¿es cierto? La palidez y lo demacrado de mi rostro demuestran lo que el cuerpo sufre; pero el espíritu, gracias á Dios, no desfallece ni se debilita. Como es inmortal, continúa inalterable. ¡Qué diferencia, príncipe, del dia que marchaste con Odon y Roberto á hoy! Ya estaba entónces enfermo, pero ahora es otra cosa; ahora me estoy muriendo, muriendo, sí.

—Cúmplase la voluntad de Dios,—contestó Silva;—recuerde V. M. á mi padre, y nada tema si su conciencia está tan tranquila como la de aquél. La vida es corta, penosa y molesta; la eternidad puede ser el conjunto de todos los bienes.

—Perfectamente, Julio; me agrada tu lenguaje; esas son mis ideas, contrarias en todo á las de cuantos entraron aquí, que sólo me hablan de la vida terrenal y de un porvenir tan necio como ellos. Tú has visto como yo que la muerte posa ya sobre mi pobre cabeza, y eres franco conmigo, franco y leal como tu padre. ¿Y tú, qué dices, Flaviano?

—Lo mismo que Julio, señor.

—¿Y vosotros cuatro?

—Lo mismo.

—Acércate, Flavianito; dame tu mano; bien, hijo, muy bien; sé cuanto hiciste en Nápoles, y te doy la enhorabuena. Nada me ocultaron, y el rey te quiere. Tus hermanos Odon y Roberto se portaron muy bien en las Alpujarras; la batalla y triunfo fueron completos, pero no lograron lo que tú; bien hizo mi tio Alberto en darte el ducado que llevas; después de Julio su hijo, eres el primer hombre de España.

—Gracias, señor.

—No separes tu mano de la mia; el calor de hombre como tú me favorece. Pero estarás incómodo, y te suelto.

—Señor, me molesta únicamente la excesiva honra, la inmerecida merced con que V. M. me distingue.

—Avanzad vosotros, prisioneros de Ibrí. ¿Cómo os fué con Enrique IV?

—Bien, señor.

—¿Qué decís?

—Que nuestros verdaderos enemigos no fueron los hugonotes de Francia, sino los duques de Guisa y Mayena, que nos vendieron.

—Ahora lo recuerdo, teneis razon. La costumbre adquirida en la noche de San Bartolomé les hizo crueles y hasta perversos. Debe castigarse la herejía, pero por tribunal competente, de ningun modo asesinando como ellos lo están verificando há muchos años. ¿Quién logró vuestra libertad?

—Nuestro hermano Osorio.

—¿Tambien él? Bendito sea Dios que tanto lo distingue.

Julio, refiéreme cuanto ha ocurrido en Francia y el estado en que dejas aquel país. Sé algo ya; me consta que mis órdenes no se han cumplido, y quiero que os justifiqueis; pero háblame con la franqueza y verdad que tú tienes de costumbre.

—Lo haré, siempre que permita V. M. á mi cariño que le imponga una condicion.

—¿Qué es ello?

—Señor, V. M. sufre horriblemente á consecuencia de las muchas llagas que tiene en su cuerpo; esa postura es incómoda, y mi relato...

—No te cuides para nada de la materia; es polvo vil que nada vale.

—Pero padece V. M. lo indecible.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nádie.

—¿En qué lo conoces? ¿Demuestran acaso mi semblante y actitud que sea víctima de tan amargo dolor?

—No, señor; mas lo indica el estado de V. M.

—Julio, no me compares á mí con tu padre; mis deberes de soberano no me permitieron imitarle en todo; fuí, por desgracia, pecador, y no debo aspirar á la muerte senil que Dios se dignó adelantarle. Mis culpas merecen algun castigo en la tierra, y bendigo á la Providencia que se digna permitirme purgarlas aquí. Lo malo sería no llegar limpio á la presencia de Dios. Por eso, léjos de buscar medios de combatir mis dolores, los estimulo, príncipe, ¡ay! No os asusteis, es esta pierna que anda mal, es decir, que no anda.

—¡Cuánto debe padecer V. M!

—A vosotros no os lo oculto, pero que nádie más lo sepa.

—¿Y los médicos?

—La mayor parte son tontos, y como yo no me quejo... ¿Quejarme yo? Al contrario, bendigo los males del cuerpo que pueden limpiarme el alma. Hé ahí la razon de molestarme tanto el que me hablen de padecimientos físicos que yo deseo, que siento complacido. Cuéntame lo que te mandé ántes.

—Os obedezco, señor, admiro, y nada tengo que decir contra las elevadas ideas que acaba de expresar V. M.; lo primero es el alma.

—Bien dicho, y no esos aduladores... Yo los perdono. Habla, príncipe, habla.

Silva refirió al rey minuciosamente cuanto hizo Osorio, la parte que ellos habian tomado en la empresa, la abjuracion de Enrique IV, el reconocimiento del partido católico, la sancion de Su Santidad y hasta el proyectado repudio.

Felipe II le escuchó las dos horas que duró su discurso sin interrumpirle una sola vez ni demostrar impresion alguna agradable ni contraria. Su rostro inmóvil é invariable parecia sujetar aquella mirada fria é indiferente hasta el punto de ocultar cuanto pasaba en su alma.

Cuando el príncipe hubo concluido, entónces movió el rey la cabeza para sólo inclinarla y meditar. Al cabo de dos minutos la alzó, exclamando:

—Bien has cumplido las órdenes que te dí.

—Señor, á imitacion de V. M., me olvidé del cuerpo para acordarme del alma. Realizamos lo que os convenia, huyendo de acceder á la voz de la ambicion, del orgullo ó de la envidia.

—¿Y España qué dirá á eso?

—Lo ignoro; pero sobrándole estados y guerras, le traigo la paz, por serle lo más necesario.

—En el fondo no te falta razon; yo te la doy; pero ten en cuenta que mi hijo y todos sus amigos piensan otra cosa diferente.

—Sólo V. M. reina.

—Me queda muy poco, Julio, y en verdad que quisiera uniros más al príncipe de Astúrias y á tí.

—Obremos como cumple á nuestro deber, y que Dios disponga lo demás.

—Acércate otra vez, Flaviano. Siéntate en ese sitial.

—Señor, es el de S. A. R. el príncipe de Astúrias.

—No importa; ahora no está aquí, ni lo recibiré miéntras permanezcais á mi lado. Te lo mando.

—Gracias, señor.

—Trae tu mano; déjala entre las mias; luégo verás que tengo razon en conservarla así. ¿Conque tú lo has hecho todo en Francia? No olvidaré la escena con el padre capuchino que acaba de referirme Silva. ¿Gozaste mucho en aquel sueño, en aquel trasporte al alcázar de la inspiracion divina?

—Lo increible, señor.

—Oye, Flavianito; yo te quiero mucho. ¿Estás convencido de mi interés por tí?

—Señor, no hallo frases con qué expresar mi gratitud.

—Entónces te voy á pedir un favor. ¿Juras hacérmelo?

—Juro obedecer á V. M.

—No, me es imposible mandártelo; quiero que en esta ocasion te aconseje el cariño.

—Será el amor.

—Gracias, hijo. Oye: todos los dias entra en la iglesia, y con el fervor de que es capaz tu ardiente corazon, pide á Dios que me perdone, que ampare y proteja mi alma. ¿Lo harás?

—Os lo juro.

—¡Qué bueno eres; no economices frases ni tiempo, se trata del logro de un tesoro inestimable, y todo cuanto se haga es poco para conseguirlo. Julio, une tu ruego al de Osorio; y vosotros tambien, duque de los Andes, condes de Santomera y Monterubio, marqués de Abella.

—Todos, todos imploraremos la misericordia Divina en favor de V. M.

—Con qué placer os escucho. Me queda muy poco tiempo de vida; no creais que temo perderla; si algo en el mundo me infunde miedo son las faltas que, débil y falible, he podido cometer.

—Dios os perdonará, señor.

—Deseo además que ántes de que llegue el postrer instante me pidais aquello que más os agrade, cuanto necesiteis: es

lo último que os voy á conceder, y no puedo, ni debo, ni quiero ser avaro con los que tanto se han sacrificado por su patria y por su rey. Pide tú el primero, Flavianito.

—Anhelo, señor, que V. M. continúe amando á Dios, pidiéndole perdon de sus faltas, y siendo un modelo, en fin, de verdadero católico.

—¡Qué dices, hombre!

—Que ni yo ni mis hermanos ambicionamos otra cosa que el bien de vuestra alma en estos momentos en que se va haciendo imposible conceder nada á la materia. Contamos, señor, con títulos, honores y riquezas de sobra.

—Alguna cosa echareis de ménos; posible es que os falte algo, y estad seguros que gozaria concediéndooslo.

—Nada, señor, absolutamente nada.

—Sé que con vosotros es inútil insistir, en cuyo caso cedo con sentimiento y pena. ¿Cuándo partís á Madrid?

—En el momento que V. M. no necesite de nosotros.

—Muy bien; en ese caso quedaos cerca de mí; vuestras esposas pueden venir al Escorial.

—Mañana llegarán.

—Eso me prueba que veníais decididos á permanecer aquí, y os lo agradezco mucho. Ahora pasar á la cámara del príncipe de Astúrias, y saludadlo. Julio, eres su tio, es mi hijo, y te lo recomiendo. Le he mandado que tenga en vosotros absoluta confianza; que os estime cuanto mereceis; le aconsejé bien, y no dudo que tú, mi primo, le hablarás en el mismo sentido, siendo para con él un padre, un vasallo leal y su mejor servidor. Partid, hijos, partid, que ya es hora de hacer algo por mi alma.

Los seis besaron la mano de S. M., pasando á la cámara del príncipe de Astúrias. Al llegar á la puerta les detuvo un gentil hombre, diciéndoles:

—Permitidme que os anuncie.

—Hacedlo,—contestó Silva, quedando los seis junto á un balcon de la antecámara.

—Mi sobrino,—dijo el príncipe á sus hermanos,—va á demostrarnos hoy que los consejos y órdenes de su moribundo padre, respecto de nosotros, no valen gran cosa para él. Os recomiendo la prudencia ínterin viva el rey; luégo, con abandonarlo para siempre, le habremos complacido, siendo nosotros los que más ganemos.

—¿Podremos sufrir?..

—Sí, todo se reducirá á indiferencia y frialdad; correspondemos á ellas, y negocio concluido. Quiere prescindir de nosotros, pero nunca se atreverá á intentar nada contra los amigos de su padre, los ídolos del ejército.

—Mucho va tardando ese gentil hombre.

—Lo habia supuesto, y sólo es cuestion de paciencia.

—La mia, príncipe...

—La tuya, duque, recordará, no que aguardas, sino que estás á mi lado. ¿Quieres continuar con el hijo segun obraste con el padre?

—No y mil veces no, que voy entrando ya en años, creciendo mis hijos, y amando cada vez más á mi esposa, de la que no volveré á separarme.

—Entónces, y puesto que los seis pensamos lo mismo, déjame que dirija este asunto, y lograremos nuestro deseo.

—Haz lo que quieras.

Y continuaron hablando quince minutos más, que tardaron en abrirse de par en par las puertas de la cámara; se descorrió una cortina de terciopelo, exclamando en el mismo instante un ujier:

—S. A. R. el príncipe de Astúrias, mi señor, se digna recibiros.

Los seis penetraron graves é indiferentes.

Don Felipe les esperaba enmedio del salon, teniendo á derecha é izquierda gentiles hombres y otros indivíduos de la alta servidumbre; es decir, que les aguardaba con toda etiqueta y el ceremonial que se usa con gente poco allegada á las personas reales.

Los seis le hicieron cortés reverencia, que el príncipe les devolvió, diciéndoles:

—Bien venidos, señores. ¿Vísteis á S. M?

Julio de Silva le contestó secamente:

—Tuvimos esa honra.

—¿Qué opinais de la terrible dolencia que le aqueja?

—Somos extraños á la ciencia, por cuya razon nos concretamos á sentir sus males y á rogar á Dios que le mejore.

—Pues dicen, Julio, que vos entendeis de todo.

—Vulgaridades que de seguro no cree V. A.

—Son tantos en afirmarlo.

—Me desconocen sin duda; mis hermanos y yo aprendimos únicamente á obedecer á nuestros padres, á ser leales y cumplidos caballeros, y nada más.

—Muy modesto os presentais hoy en mi cámara.

—No será capaz V. A. ni ningun sér humano de probar al príncipe de Italia que hizo alarde ú ostentacion de algo.

—¿Y el virey de Nápoles, qué dice?

—Yo, señor,—contestó el duque del Imperio,—añado que mi hermano Julio vale muy poco, y nosotros cinco muchísimo ménos.

—Cuentan que en Italia fuísteis un héroe como valiente, como hábil y como generoso.

—Tambien vulgaridades, señor; tuve un poco de suerte, pero en verdad que aquello se redujo á cási nada; cualquiera habria hecho lo mismo.

—Lo que yo te he dicho lo afirma mi padre, mi moribundo padre.

—Así y todo sostengo mi opinion.

—¡Qué osais pronunciar!

—Que S. M. el rey nos ve siempre por el prisma de su bondad; le ciega el cariño con que, sin merecerlo, nos honró constantemente, y la verdad es que nos desconoce.

—Es grave eso que dices, duque.

—Al contrario, señor; lo grave sería que hubiese un hom-

bre capaz de apreciar un hecho material con más exactitud y verdad que aquel que lo realizó.

—¡Brava modestia en el galante y presuntuoso caballero!

—¿Pre... presuntuoso yo? No comprendo á V. A.

—Ni yo podria acostumbrarme nunca á vuestro lenguaje.

—Hemos hablado con vários monarcas y príncipes de Europa, y en un principio les extrañó siempre la forma que usamos; pero al conocer el fondo, variaron de opinion. Uno de ellos fué S. M. el rey Don Felipe II, mi amado señor.

—Ya habeis perdido algunos quilates de vuestra anterior modestia.

—Ninguno, señor; lo que dije fué lo sucedido, pero añado que, en mi concepto, todos se equivocaron. Sostengo que nuestro lenguaje suele ser inconveniente, rudos nuestros modales y algo tosco nuestro trato; lo cual se justifica, teniendo en cuenta que, á imitacion de nuestros padres, ocupamos nuestra vida en los campos de batalla, corriendo mucho, durmiendo poco y comiendo mal. Nos avezamos al trato del soldado, y mis cinco hermanos y yo hallamos gran imposibilidad en obrar de otro modo.

—¿En cuántas batallas os hallásteis?

—V. A. conoce mejor que yo la historia contemporánea, y de seguro debe saberlas; yo no las recuerdo.

El príncipe de Astúrias encontraba demasiado fuertes á Julio y á Flaviano para el pensamiento que se proponia: comenzó á perder terreno, y encontrándose débil, recurrió al último extremo, es decir, á preguntar á Mendoza, que era la parte flaca, moralmente, de los *invencibles*. Seguro de arrancarle á éste un triunfo que aquellos le negaron, se apresuró á interrogarle:

—El marqués de Abella, que pasa por el más aficionado de los seis á la guerra, podrá ilustrarnos, Osorio. ¿En cuántas batallas os hallásteis, Mendoza?

—En pocas, señor; pero es el caso que no las he contado.

—¿Cómo es eso?

—Tengo muy mala memoria, y como no habia de retenerlas, excusé enumerarlas.

—Haberlas apuntado.

—¿Con qué, señor?

—Me gusta la pregunta; con pluma y papel.

—Pan y un mal colchon habria yo querido hallar la mayor parte de las veces. En los campos de batalla se suele carecer de todo.

—A un general como vos no pudo faltarle tintero y pluma.

—Es que ántes fuí alférez, luégo capitan, y continué mi carrera por sus pasos contados. Todo lo debo á la bondad de mi soberano; pero la verdad es que ascendí poco á poco, comenzando á batirme, aunque mal siempre, desde la edad de quince años.

—Pues dicen que vuestro brazo es de hierro y que nádie os aventaja en esgrima y equitacion.

—Mi fuerza parece ser de raza, ó mejor dicho heredada; mi padre fué lo mismo, y éste contaba lo propio del suyo. Lo demás, tengo para mí, con permiso de V. A., que son vulgaridades.

El buen Rogelio aguzó el entendimiento, y contestaba como pudiera hacerlo el príncipe de Italia; visto lo cual por Don Felipe, sacó el ejército que tenía de reserva, y se dispuso á dar el último ataque.

—Es indudable,—exclamó,—que el duque de los Andes y el conde de Santomera obraron con acierto y decision en las Alpujarras; no lo es ménos que Osorio estuvo en Nápoles como correspondia á su elevado cargo; pero en Francia os olvidásteis los seis de que érais españoles, á lo que os mandó mi padre, y lo que debiais á vuestra patria y rey.

La acusacion era terrible, fundada en parte, y el príncipe de Italia se dispuso á la defensa, haciendo uso de su incomparable talento.

—¿Qué hemos hecho en Francia, señor?—le preguntó.

—Regalar á Enrique de Borbon una corona que pretendia

mi padre, alegando derechos y favoreciendo la idea católica que predomina en la mayoría de los franceses.

—¿Eso dice V. A. R. á dos generales que á poco de llegar fueron vendidos por los duques de Mayena y Guisa, y á seis hombres, en fin, que sólo contaban en Francia con sus criados y tres maestres de campo? ¿Es posible que quince extranjeros hayan podido arrancar la corona á un rey y colocarla sobre las sienes de otro, teniendo enfrente y dispuestos á la pelea millones de séres?

—Sí.

—¿Cómo podria explicarse ese milagro?

—Sabiendo que la falta de ejércitos la suplísteis con el talento é influencia del príncipe de Italia, y con la destreza, sagacidad y otras dotes del duque del Imperio.

—Siento decir á V. A. que no son exactas las noticias que le han dado.

—¿Qué ha ocurrido entónces?

—Simplemente la abjuracion de Enrique IV y el reconocimiento del partido católico á la herencia que Enrique III tuvo á bien dejar á su cuñado.

—¿Y el perdon de Su Santidad, á quién se le debe?

—Señor, el Padre comun de los fieles está inspirado por el Espirítu Santo; así lo afirma la iglesia, y no es posible negarlo.

—Muy bien; mas ¿quién se encargó de llevar á Francia la absolucion?

—Yo.

—¿En cumplimiento de vuestro deber?

—Quién lo duda.

—Explicad el enigma.

—Tengo la honra de complacer á V. A. En Francia ardia la guerra de religion, y yo, católico desde que nací, con fe y creencia arraigadas, falible como todos los mortales, corrí en busca de la infalibilidad del Padre Santo, que me recibió como á hijo, y me mandó como á súbdito. Dios está sobre todos los

monarcas de la tierra, y claro es que desde aquel instante debia concretarme á obedecer á su digno representante en el mundo.

—Los reyes, Julio, tienen derecho Divino, y la verdad es que hicísteis lo contrario de lo que os mandó mi padre y convenia al reino.

—No me atreveré á negar lo primero; pero si los monarcas reciben del cielo el derecho de gobernar sus pueblos, el papa cuenta con la inspiracion Divina, y ante ésta es preciso que todos nos humillemos. Hasta el dia de la abjuracion de Enrique IV sólo hablé con los católicos más considerados en Francia.

—A los cuales convencísteis de que debian reconocer á Enrique, prévia abjuracion; en tanto que Osorio se ocupaba de convertir al pretendiente hugonote.

—Cuidado, señor, que ámbos obrábamos por inspiracion de Su Santidad, como puedo probar á V. A.

No hallando nada que contestar Don Felipe á la última réplica de Silva, le lanzó su postrer y más terrible descarga.

—¿Y el asunto de las cartas, repudio intentado y demás que con tanta destreza manejó el duque del Imperio, recibió tambien inspiracion divina?

Julio se apresuró á contestarle, terminando de una vez tan enojoso diálogo:

—Señor,—le dijo,—al llegar á la tribuna donde se encuentra S. M., le referí uno por uno cuantos hechos hemos practicado en Francia; esté seguro V. A. R. que no he omitido detalle ni circunstancia alguna, mereciendo nuestra conducta la aprobacion de vuestro padre y recompensas que no hemos podido ni querido aceptar. Nádie ignora que el rey Don Felipe II sostiene incólume el vasto imperio que heredó del gran César, su augusto padre. No se conformó con eso, le añadió Portugal y otras posesiones; dia y noche se sacrifica por su amado pueblo; le sobran talento para gobernar, deseo para ensanchar, y le faltan voluntad para perder, empeño para regalar y posibilidad de ceder. Quien eso cuenta, y tantas otras cosas que

su digno sucesor le reconoce, no ha debido equivocarse al aprobar nuestra conducta en Francia.

—En ese caso, ¿por qué no habeis admitido las justas recompensas que os quiso otorgar?

—¿Desea V. A. que le conteste con la ruda franqueza innata en mi raza?

—Sí.

—¿Quiere leer en mi corazon?

—Con mucho gusto.

—Pues oiga V. A.: los seis llevamos peleando desde que tuvimos uso de razon; nuestra sangre, señor, ha regado á Europa y América; la que nosotros hicimos verter á los enemigos de nuestra patria y de nuestro rey no debo yo mentarla; pero añadiré, que no obstante la fortaleza de nuestros espíritus, de nuestros cuerpos, nuestro amor á España demostrado en cien y cien combates, nuestro respeto y sumision al trono, nuestro interés, en fin, por no desmerecer la bondad con que nos tratan los sucesores del emperador Cárlos I, el ejército, la nobleza y el pueblo, la verdad es que ha llegado el dia en que debemos abrir paso á otra generacion que nos disputa ya lo suyo, como nosotros hicimos con nuestros padres y compañeros de éstos. Lo cierto es, señor, que estamos ya cansados, y que nádie será capaz de obligarnos nuevamente á que abandonemos á nuestras pobres mujeres é hijos, solos cási siempre, desamparados de contínuo y contando los instantes de su vida por los suspiros que exhalan. Ni los tormentos ni la muerte serían bastantes á hacernos desistir. Por eso no aceptamos honores, riquezas ni posiciones que nos sobran, y que para nada necesitamos. Dejaremos de ser generales y magnates de la corte, para entrar, aunque tarde, en la vida de esposos y de padres. Desde nuestro palacio de Madrid iremos á nuestro castillo de Toledo y vice versa. Devolveremos, por pura urbanidad, las visitas que se nos hagan; jamás nos acercaremos á la corte, y nuestro único gozo, nuestra ventura, se concretarán á la dicha que emana del hogar doméstico.

—¿Renunciareis á ser los ídolos del soldado?

—Ya lo hemos hecho.

—¿Del pueblo?

—Tambien. Repito á V. A. R. que nuestra felicidad no está ya en las calles, en las cortes ni en los campamentos, sino en el rincon de nuestra casa.

—¿Lo sabe mi padre?

—Nos guardaremos muy bien de decírselo, y rogamos á V. A. que se lo oculte.

—¿Por qué?

—Desea otra cosa diferente, y hallándose sufriendo su postrera enfermedad, no debemos, señor, añadir un átomo más á la cercana y terrible agonía que le espera.

—Cierto. Retiraos todos.—Añadió el príncipe, dirigiéndose con enojo á los palaciegos que le rodeaban. Solo con los invencibles, prosiguió variando de tono:

—Julio, sois mi tio; voy á quedar huérfano, y acaso necesite de vuestros consejos; la decision que habeis tomado es demasiado extrema.

—Pero irrevocable, señor.

—¿Me abandonareis vosotros?

—Nos reemplazarán los hermanos de Mauro y nuestros hijos.

—Son muy jóvenes aún.

—Más éramos nosotros al abdicar Cárlos I.

—Yo quiero que descanseis de tanta fatiga y azar, pero no que emprendais tan completa retirada.

—Señor, si V. A. nos estima en algo, si cree que somos acreedores á alguna recompensa, permítanos de príncipe y de rey que realicemos nuestro comun deseo.

—¿Qué causa os mueve á insistir de ese modo?

—La que hemos expresado, nuestra propia comodidad.

—¿No ha podido influir en nada mi conducta y la de algunos de mis amigos?

—Os juro que en silencio la hemos aplaudido, porque ella

favorecia nuestro plan y el logro de nuestras aspiraciones.

—Os creo; me engañaron, y... Tio, contad conmigo ahora y siempre.

—Gracias, señor; me complace el cambio de V. A. por el placer que va á causar en el rey mi señor, pero nunca será motivo para que nosotros mudemos de parecer.

—En ese caso, ahora hablaré con mi padre, y esta noche nos verá á los siete unidos junto á su lecho.

—Es muy conveniente. ¿Nos da V. A. permiso para retirarnos?

—¿Vais á permanecer en San Lorenzo?

—Sí, señor.

—¿Qué habitaciones teneis?

—Las que nos dé el superior del convento.

—No; yo os cederé parte de las mias; de ese modo podreis traer á vuestras esposas é hijos.

—Señor...

—Os lo mando.

—Van á creer los amigos de V. A...

—Eso es lo que yo quiero; así podré humillarlos el dia que os retireis. ¡Mis amigos! Ni los reyes ni los príncipes los tenemos, Julio.

—Aceptamos, pero sólo miéntras viva S. M.

—Está bien. Estrechad mi mano los seis.

—Señor...

—¿Tampoco vosotros sois amigos mios?

—Gracias.

—Pasad á la antecámara, que en breve os dispondrán seis habitaciones de familia. Hasta luégo, tio; id con Dios, amigos mios.

Convencido el príncipe de Astúrias de que aquellos ídolos del soldado y del pueblo no pensaban disputarle un átomo de poder ni aspiraba ya á los aplausos de las masas, vino abajo por su base el edificio que formaron unos cuantos ambiciosos de la corte, y comenzó Don Felipe á admirar la grandeza de

unos hombres que, á querer ellos, le habrian dominado y dirigido sin oposicion posible. Así es que los celos se convirtieron en cariño, y el desden y frialdad en un interés que debia acompañarle á la tumba.

Pero nada fué suficiente á combatir la resolucion de los seis generales, cansados como estaban de guerras, abandono y sufrimientos. Les eran además muy conocidas las intrigas de los palaciegos; la envidia aumentaba en sus enemigos, y careciendo el nuevo monarca de la firmeza de carácter y talento de su padre, obraban en nuestro concepto con cordura, buscando en el hogar doméstico una quietud, paz, tranquilidad y ventura de que apénas lograron disfrutar hasta entónces.

CAPITULO XXXIII.

La última calaverada de Ros.—Entereza y valor de un moribundo.—La muerte.

Dieron á los *invencibles* seis habitaciones donde podia cada uno vivir algunos dias con comodidad, teniendo al lado á su esposa é hijos y cuatro ó seis criados, con órden de que sus carruajes y caballos entrasen en las cocheras y caballerizas reales.

Tomaron, en consecuencia, posesion de sus alojamientos, cuando entró el superior del convento, y acercándose al príncipe de Italia, le dijo:

—Quiero, amigo mio, felicitaros y felicitarme ántes que ningun otro lo haga.

—¿Por qué?—le preguntó Julio.

—Me acaban de decir que S. A. R. el príncipe de Astúrias os escuchó con recelo, pero que luégo, rindiendo culto á la justicia, á vuestro talento y sacrificios, mandó retirar á cuantos le rodeaban, demostrándoos seguidamente todo el aprecio y consideracion á que son acreedores los seis primeros caudillos de España.

—Lo que hablamos con el señor príncipe de Astúrias, después de partir los que le acompañaban, nádie lo oyó.

—En los palacios todo se sabe, Julio.

—Por lo visto sucede lo mismo en los conventos.

—A veces tambien.

—¿Y si yo os dijese que en la presente ocasion se habia equivocado el eco que llegó á vuestros oidos? Ese que repite las conversaciones privadas.

—Sería inútil, porque sabemos la verdad.

—Dadme una prueba.

—Várias; escuchad: os ha cedido S. A. la mayor parte de sus habitaciones; mandó luégo que la cocina real se encargase de daros cuanto pidais, como igualmente á vuestras familias; os van á servir sus propios criados, y el coro, en fin, que se alzaba contra la supuesta ambicion de los *invencibles*, su predominio é intento de avasallarlo todo, sale en estos momentos para Madrid, con órden de no volver á presentarse en la corte.

—Padre superior, de esos hechos habeis sacado deducciones que os van á proporcionar un terrible desengaño.

—¿Es ó no cierto lo que acabo de exponer?

—Lo es.

—Entónces las consecuencias son lógicas.

—Amigo mio, vos no sois palaciego ni intrigante; en cambio contais con mi amistad, y en obsequio á ella debo deciros que no juzgueis por las apariencias, y que, firme en la palabra que me dísteis, espero la cumplireis con entera exactitud.

—Silva, arrancais de mi alma una bellísima ilusion.

—Cómo ha de ser, tened paciencia y dejad á los acontecimientos, que ellos confirmarán lo que acabo de decir.

—Príncipe, nuestra santa religion, la patria...

—Señor, si es cierto que nos reconoceis talento y abnegacion, dejadnos que obremos con entera independencia, ahorrándoos á la vez la molestia de perder un tiempo precioso y unas frases que estimo, pero que escucharé sin interés, sin posibilidad de complacer.

—Son pocos los que, como yo, conocen vuestra escasa ambicion, lo que valeis, y la falta que hacen hombres á quienes parece proteger la Providencia.

—Nos llamas al comedor. ¿Quereis acompañarme?

—¡Por Dios, Julio!

—Como amigo, como compañero de infancia, como franco y leal, os diré que llevo á cabo el plan que me he propuesto, no sólo por conveniencia, si que tambien por un juramento al que me es imposible faltar.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Quereis comer conmigo?

—Gracias. Hasta luégo.

Los seis amigos ó hermanos se sentaron á la mesa, permaneciendo en ella más de una hora. Al acabar, entró un gentil hombre, participándoles de parte de S. M. que les esperaba acompañado de S. A. R. el príncipe de Astúrias; é inmediatamente se dirigieron todos á la tribuna.

Felipe II continuaba agravándose; el sitial donde se sentaba su hijo habia sido reemplazado por un sillon, á fin de que el príncipe pudiera estar más tiempo á su lado y oyera con comodidad los muchos consejos que su padre iba á darle. Tambien entraron una mesa que contenia los medicamentos que tomaba con cortos intervalos y segun lo exigia la gravedad del mal.

Estaba el enfermo boca arriba, postura que rara vez abandonaba por imposibilidad material, y nunca se retrató tanto la majestad en su rostro severo y demacrado como en estos instantes en que se le veia sufrir sin quejarse, hablar con naturalidad, presentando su cabeza y barba blancas, los ojos hundidos y más parecida su materia á cadáver que á sér viviente.

No obstante lo mal que se sentia esta noche y los crueles dolores que destrozaban sus carnes, se hallaba alegre y aplaudia la reconciliacion del príncipe su hijo con los *invencibles*. Su carácter grave y austero habia cambiado en tales momentos.

A las once de la noche los mandó retirar, quedando muy satisfecho de la conducta observada en su tribuna por Don Felipe, el tio de éste y sus cinco amigos.

Los últimos acompañaron al primero á su cámara, buscando después sus respectivos lechos.

Desde el dia siguiente en adelante rogaron á S. M. que se les permitiera permanecer dos horas á cada uno cerca del augusto enfermo, relevándose al terminar los plazos indicados. El rey accedió gustoso, teniendo á su lado contínuamente á un *invencible*, á excepcion de aquellos momentos en que se confesaba, lo cual hacía diariamente.

El majestuoso edificio del Escorial presentó durante la enfermedad del rey un aspecto tan siniestro y sombrío, que imponia á cuantos se llegaban á él. Fuera del local habia centinelas que impedian la llegada de los carruajes, evitando á la vez voces ó gritos que pudieran alterar el sepulcral silencio que reinaba. Temerosos los habitantes del Escorial de que la imprudencia de alguno agravase la enfermedad del rey, dando lugar á terribles castigos, no osaban acercarse al convento, por cuya razon aparecian desiertos los alrededores, y aquella inmensa plaza á que da frente la puerta de la iglesia. Los centinelas, más que soldados, eran estatuas enclavadas en el suelo é inmóviles ínterin llegaba el relevo.

Dentro del edificio no se hablaba, y en caso de hacerlo, era muy quedo y al oido. Se evitaba el que las pisadas promoviesen ruido, y á imitacion de los monjes, todos caminaban despacio por los claustros, pasillos y galerías, con la cabeza inclinada y actitud triste y afligida.

Hubo no obstante en estos dias un acontecimiento, dentro del local, que merece relatarse.

Acababa de hacer el duque del Imperio su sétima guardia cerca del rey, con el cual estuvo hablando las dos horas, con mucha complacencia por parte del monarca. Relevado Osorio por el conde de Santomera, pasó á sus habitaciones, donde le esperaba una noticia grata. Preguntó por su esposa, á la

que amaba más cada instante, contestándole sonriendo una camarera:

—Luégo vendrá, excelencia; me ha encargado diga á mi señor que no tardará mucho.

—Si está cerca, participale que no tengo prisa alguna, y que si bien le espero ansioso como siempre, me agrada que cumpla sus deseos y deberes.

—No puedo ir donde está, señor.

—Entónces déjame solo.

Y comenzó á pasear, convencido de que sus hijos habian seguido á la madre.

Quince minutos después entró la duquesa, yendo delante Flavianito y Adelina. El padre besó á los primeros, estrechando con efusion la blanca y pequeña mano que le alargó la segunda. Esta le preguntó:

—¿Cómo se encuentra S. M?

—Mal, Adela, muy mal.

—¿Sigue sereno y tranquilo?

—Como no he visto á nádie. La voluntad de Felipe es verdaderamente incontrastable.

—¿Habló contigo?

—Las dos horas que estuve en la tribuna, y por cierto que me trató con una bondad que no merezco.

—¿Qué dice de tí?

—Después que conversamos sobre el mundo, los acontecimientos y las miserias humanas, quiso que le diera mi parecer sobre la otra vida, á la que desea pasar lo ántes posible. Al concluir me cogió, como de costumbre, la mano, colmándome de elogios que, en verdad, me abruman.

—Como todo el mundo; no hablo con persona alguna, grande ó chica, rica ó pobre que no digan lo mismo del duque del Imperio. Parecen puestos de acuerdo, y más de una vez me considero superior á cuantas mujeres existen en la tierra por solo el hecho de ser esposa tuya.

—¡Aduladora!

—Yo creo que eres el primer hombre del universo.

—Tu voto, hija mia, no sirve en esa cuestion; pero me bastan tu amor y halagos, y si te he de ser franco, son tus labios los únicos en los que no me molestan los elogios. ¿De dónde vienes?

—De acompañar á nuestros hijos, que acaban de asistir á un solemne acto.

—¿Religioso?

—Se entiende; largo é interesante como pocos.

—Muy bien. ¿Te has cansado, Adelina?

—No, padre mio.

—¿Y tú, Flavianito?

—Al contrario, estuve muy derecho y muy grave, como que te representaba.

—¿A mí?

—A tí; si me hubieras visto, miras tu retrato.

—¿Y en qué, hijo mio?

—No puedo decírtelo hasta que mi madre me dé permiso.

—¿Teneis secretos para mí?

—Vaya; y muy interesantes.

—¿Qué dices á eso, esposa mia?

—Que á la puerta de la cámara aguardan dos personas á quienes tú y yo estimamos mucho.

—¿Por qué no entran?

—Hijos mios,—añadió la duquesa,—id por ellos.

Los niños abrieron la puerta, entrando de las manos Flavianito á la primera camarera de su madre, y Adelina á Ros, vestidos ámbos con arreglo á su clase, pero con lujo y elegancia. Ambos cayeron á los piés del duque, y después que le hubieron besado las manos, exclamaron:

—Señor, dignaos echarnos vuestra bendicion.

—¿Pero qué es esto? ¿De qué se trata, Adela?

—¿No lo ves? Que acaba de unirse Ros á María, mi bella camarera.

—Yo os bendigo, hijos mios, con indecible placer. Apo-

yaos en mis manos, y alzad. Ros, ¿quién ha hecho este milagro?

—¿No lo deseábais, señor?

—Sí.

—¿No llevais tres dias de sufrir contínuamente, viendo lo que padece S. M?

—Ciertamente.

—Pues bien, señor; vuestro leal criado, que os ama más de lo que vos podeis figuraros, quiso complaceros, endulzando á la vez la triste situacion á que os ha conducido la desgracia que todos deploramos.

—¿No han contribuido nada los negros y rasgados ojos de María?

—Algo, señor.

—¿Y su rostro agraciado y perfecto, sus diez y ocho años, talle delgado, negligencia, donaire y buenos modales?

—Este pimpollo, señor, es muy diferente á aquellas gatas francesas, napolitanas, maltesas, americanas y de otros muchos países.

—¿Qué quieres decir, Ros?

—Vuelvo la hoja, amo mio; punto y aparte, olvido completo y absolucion general. Desde hoy, vida nueva.

—¿Es decir, que fueron mis hijos vuestros padrinos?

—Cabal; en representacion de mis amos, y con más gravedad y acierto que dos viejos.

—Qué callado lo tenías, Adela.

—La señora quiso probaros que con una mirada suya domesticó á este leopardo. Supongo, señor, que ya no saldremos más de Madrid.

—¿Por qué?

—¿Cómo habia de dejar sola á María?

—¿No me he separado yo de la duquesa várias veces?

—Es que María me inspira mucha confianza, señor, mucha; pero entre amigos con verlo basta.

—Juzgas por tí, desconociendo completamente la bondad y pureza de costumbres de tu mujer.

—Las tengo en cuenta; mas con el objeto de que no las pierda, quisiera estar á su lado siempre para poder enderezarla si se torcia.

—¿De qué modo, Ros?

—Entre nosotros, señor, se arreglan esas cuestiones con una buena vara de roble ó fresno.

—¿Tú, mi compañero en los campos de batalla, el valiente criado que nunca quedó atrás, que presenta su cuerpo lleno de heridas y es de bronce su corazon, osaria fijar su potente diestra en esa infeliz?

—Teneis razon, señor; á vuestro lado dejé la corteza que traje de mi pueblo, y me hice otro hombre; si María me faltase, lo que no es probable, la arrojaria de mi lecho por indigna y miserable, no teniendo ya el resto de mi vida para ella otra cosa que desprecio é indiferencia.

—Ros, edúcala bien, dale ejemplo, y será un modelo de esposas y de madres. De cada cien mujeres malas, son impelidas al crímen noventa y nueve por la torpeza de sus maridos. Jamás le demuestres celos; si son ciertas tus sospechas, la enseñarás con ellos á que sea hipócrita, y si son infundadas, abrirás una herida en su corazon, humillándola y recordándole que puede ser pecadora. Ten en cuenta que honra al fuerte ceder ante el débil, que una pobre mujer te llevó en su seno nueve meses, te echó al mundo entre agudos dolores, y cuidó de tí largo tiempo con cariño maternal. Demuéstrale de contínuo que, áun cuando no naciste duque, fuí yo tu maestro en la guerra, tu consejero en la paz, y en fin, Ros, sé bueno con ella si aspiras á que tus hijos hallen en mí un segundo padre. Te nombro mi primer mayordomo; toma posesion de las llaves de mis arcas, y sacarás de ellas para tí, por meses ó por años, cuanto te dé la gana. La lealtad no tiene precio, y cuanto más cojas más satisfecho estaré. Que te respeten todos mis criados; al que no lo haga, le despides; adquiere la importancia de tu nueva posicion, y cuando no estemos la duquesa ni yo, dentro y fuera del palacio nos representarás, pero represéntanos bien.

María, te damos esposo digno, posicion, y habitarás con tu marido bajo el mismo techo que yo; honra el nuevo apellido que te da mi primer mayordomo; sé agradecida á tu señora, y tan buena como puede serlo una jóven tan candorosa y humilde. No te aflijas, hija mia; leo en tu alma la bondad que encierra, y estoy seguro que no darás motivo á Ros para la más leve reprension. Adios, hijos mios; os agradezco la satisfaccion que acabais de causarme. El cielo os haga dichosos, y no dudeis nunca de mi afecto y consideracion.

Los dos cayeron de rodillas, besando las manos de los duques y de sus padrinos, sin poder expresar frase alguna, por el llanto, el agradecimiento y la emocion que sentian.

Salieron, pues, de la cámara, y en verdad que, andando el tiempo, ninguno de los dos dió motivo de queja á sus queridos amos. Tuvieron cinco hijos, varones todos y alféreces más tarde de los tercios castellanos, gracias á la influencia y poder del duque, que sacó un título de nobleza para Ros y protegió siempre á los hijos.

Los duques del Imperio permanecieron solos con Flavianito y Adelina media hora que tardaron en entrar los príncipes de Italia. Elvira se retiró con Adela y sus niños á una habitacion interior, y Julio, sentándose junto á Flaviano, le dijo:

—Hermano, tendremos la desgracia de perder al rey, pero en cambio quedaremos relegados de todo servicio en adelante. Muerto Don Felipe, será el marqués de Dénia, tu primo, el consejero, ministro y amigo íntimo del nuevo monarca.

—La noticia me es gratísima.

—En vista de la tranquilidad y sosiego que nos ofrece el porvenir, he dispuesto que partan á Toledo todos mis mayordomos con doscientos operarios, á fin de que añadan un segundo cuerpo á nuestro castillo, donde puedan alojarse con comodidad Roch y los Zallas.

—Bien hecho.

—Encargué que lo decorasen mejor de lo que está; que lleven toda clase de armas é instrumentos de caza, y que

aumenten al jardin y huerta doscientos mil piés de terreno. Quinientos trabajadores se ocupan ya de abrir un nuevo camino que acorte la distancia y facilite el tránsito de nuestras carrozas. De ese modo podrán ir y volver los niños con toda comodidad.

—Admirable, Julio, admirable.

—No es esto sólo; nos construirán casetas en los puntos en que pensemos cazar, y tendremos entre esos montes cincuenta empleados prácticos é inteligentes que nos guiarán por los áridos y desiertos montes de Toledo. ¿Te se ocurre algo más á tí?

—Posible es, pero lo aplazo para cuando estemos sobre el terreno.

—Ahora concretémonos á la augusta persona que tanto sufre en su lecho de dolor.

Así lo hicieron los seis, demostrando á Felipe II en su mísera tribuna el mismo afecto, lealtad é interés que en los campos de batalla, en la corte y en su palacio.

No se separaron de S. M. hasta que aquel dejó de existir; y puesto que se acercan los últimos instantes del austero monarca, y estos merecen especial mencion, retrocedamos un poco, para saber con verdad y exactitud lo que hizo y lo que fué en su último período un soberano elogiado por muchos, y anatematizado por otros que indudablemente no se tomaron la molestia de reconocer archivos ni estudiar los hechos y reinado del hijo del gran Cárlos I.

En cumplimiento de lo expuesto, prescindamos por algunos instantes de los *invencibles* para ocuparnos única y exclusivamente del rey moribundo.

Felipe II sufria há más de tres años una fiebre lenta y tenaz, complicada con la gota, y más tarde con hidropesía. Miéntras el grave y austero monarca tuvo fuerzas para resistir sus terribles padecimientos, ocultó la gravedad de ellos, y con incansable celo prosiguió ocupándose en gobernar el reino y que todo se hiciera bajo su acertada y práctica direccion; pero

llegado el dia en que la materia se negaba á cuanto le pedia su poderosa voluntad, cada vez más viejo, cubierto de llagas, y en un estado, en fin, cási cadavérico, arrojó la pluma con la cual llevaba muchos años de gobernar y regir dos mundos, exclamando:

—No puedo, no puedo más. Dios me llama á otro lugar, y me apresuro á obedecerle. Dejo ya de mandar, y empiezo á morir.

Y buscó el lecho, notando que no se habia equivocado y que se moria efectivamente.

Algunos dias después dispuso que lo trasladasen al Escorial, á lo que se opusieron sus médicos, hijos y alta servidumbre; pero él con aliento varonil les contestó:

—«Quiero yo mismo seguir mis funerales hasta el sepulcro.»

Cincuenta y tres dias estuvo en la tribuna, que ya conocemos, postrado en el lecho, boca arriba, lleno de llagas, sufriendo horribles dolores, martirio fatal, sin exhalar una queja, un suspiro ni demostrar en su semblante sensacion alguna. Su voluntad era más poderosa que cuanto existia en la tierra.

Durante ese corto período hacía ricos y espléndidos regalos á las iglesias y santuarios, en todos los cuales se elevaban fervorosas oraciones y rogativas por su salud. Confesaba y comulgaba contínuamente, y admiraba á los más pios su verdadera y afanosa contricion.

Sus conversaciones se contraian por lo general al desprecio del mundo y su miseria; á la separacion del alma de los vínculos del cuerpo y al juicio que da al espíritu ventura eterna ó desgracia sin par. Hablaba con entereza, su conversacion imponia, y no demostraban sus frases y actitud nada contrario al valor y serenidad de que estaba siendo modelo.

Tres dias ántes de espirar se dispuso al último combate, pidiendo luégo con mucha insistencia el Santo Sacramento de la Extrema-Uncion, que debia administrarle y le administró el arzobispo de Toledo. Antes de recibirlo llamó á su hijo y heredero, diciéndole:

—«Quédate, y presencia el solemne acto que va á tener lugar, para que entre la majestad y elevacion peligrosa del trono te acuerdes que eres mortal y que ha de llegar el dia en que te veas como yo. Ten muy en cuenta mi ejemplo, y en iguales circunstancias, imita mi contricion, arrepentimiento y piedad.»

Y se efectuó el acto con tranquilidad de ánimo sorprendente por parte del dolorido é infortunado monarca.

A las veinticuatro horas hizo comparecer de nuevo al príncipe de Astúrias y á su muy querida hija la infanta Isabel; les dió saludables consejos relativos á la política y á la religion, y hecha la señal de la cruz, les echó su postrer bendicion. Solo más tarde con su hijo, exclamó:

—Te mando llamar, hijo mio, para que veas en lo que para todo.

Desde este instante se ocupó únicamente de su alma y de su muerte. Mandó que le llevasen el féretro en que debia ser depositado su cuerpo y que le dejasen á su vista para no cesar de mirarlo y considerar en tan triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida.

Más tarde dispuso y arregló el órden que se habia de observar en sus funerales y entierro, previniendo que «todo fuese comun y vulgar,» con otras advertencias relativas á su muerte.

Finalmente, cuando comprendió que se acercaba su postrer instante, ordenó que le acercasen un crucifijo que tuvo en la mano su padre el emperador Cárlos I al tiempo de morir. Felipe II cogió con la diestra la sagrada imágen, y con la izquierda una vela encendida con el grabado de la vírgen que se venera en Monserrat, y bañado en lágrimas, con acento fervoroso y arrepentimiento sincero, imploró de la divina clemencia el perdon de sus culpas.

Sus últimas frases fueron las siguientes:

—«Muero católico y obediente hijo de la Iglesia Romana.»

Su voz espiró en los labios, cárdenos ya, miró el crucifijo

—Te mando llamar, hijo mio, para que veas en lo que pára todo.

que tenía en la mano, y espiró, demostrando tranquilidad y sosiego.

Acaeció su defuncion al amanecer del domingo 13 de Setiembre.

Sus contemporáneos le llamaron grande y prudente; hoy, que se han hecho su reinado y persona armas de partido, se le acusa de crímenes que no cometió, de tropelías en que no tuvo parte alguna, y de un despotismo y crueldad que sólo han existido en las cabezas de algunos descompuestos cerebros. Con su carácter intolerante, sombrío y taciturno, y con su severidad extremada, fué un gran rey que sostuvo el empuje de media Europa y de toda la Turquía que se le vinieron encima. Sostuvo incólumes la unidad católica, el principio de autoridad, su inmenso poder, y el vasto imperio que heredó del gran César, su padre. La decadencia de España empezó con su muerte para concluir sabe Dios cuándo.

Fué blanco, rubio, su frente era grande y la estatura mediana; llevó siempre el pelo muy corto, y al espirar lo tenía ya blanco, contando setenta y uno años de edad.

Después de celebradas las exequias entre lágrimas y gemidos, se encerró su cadáver sin embalsamar ni tocarlo en una caja de plomo, segun dispuso él, y después se colocó en el panteon Real.

Concluido el funeral regresaron sus hijos y la corte á Madrid, donde se celebraron honras fúnebres con insigne pompa por el alma del rey. Este acto se repitió en todos los dominios de España y en muchas partes de Europa, cuyos monarcas recordaban agradecidos los muchos favores que le debian.

Cumplido el novenario, se trocó el luto en alegría y magnificencia, con la proclamacion de Felipe III, celebrada el domingo 11 de Octubre, tremolándose al efecto los pendones en toda la nacion, costumbre antigua y seguida después.

El nuevo rey eligió por ministro y consejero á Don Francisco Sandoval, Marques de Dénia, luégo duque de Lerma,

y aseguran que fué su favorito. Mudó muchos empleados de la corte, ocupándose después del hambre que afligia á Portugal y de la epidemia que sufrian los andaluces.

Quiso más tarde declarar la guerra á los ingleses, y hasta ordenó que se dispusieran armamentos para vengar los insultos y vejámenes que nos hicieron los hijos de Albion; pero su boda y otros asuntos de ménos interés le abstrajeron lo suficiente para que condenara al olvido la primera gran idea que se le ocurrió en concepto nuestro.

Nada más debemos decir del reinado de Felipe III, siendo así que sólo nos hemos propuesto hablar de su padre en el libro que estamos concluyendo.

Ocupémonos, aunque brevemente, del porvenir de los *invencibles*, y nuestra mision habrá terminado, en lo relativo á la presente novela histórica.

CONCLUSION.

Los *invencibles* regresaron á Madrid en union de sus familias el mismo dia que Felipe III, junto al cual permanecieron durante el novenario.

Ya en la capital, asistieron á la proclamacion del nuevo monarca, y seguidamente partieron el príncipe de Italia, el duque del Imperio, Ros y un criado del primero á los montes de Toledo con objeto de inspeccionar y dirigir las obras que tenían encargadas. Cuando hubieron terminado su primer reconocimiento, preguntó el príncipe al duque:

—Osorio, ¿qué opinas de las reformas introducidas en nuestro castillo y dependencias?

—La idea, Julio,—contestó Flaviano,—me parece admirable; pero deseo algo más.

—¿Qué te propones, hermano?

—Quiero en primer lugar más lujo, más esplendidez, más suntuosidad.

—Es un castillo situado entre montes.

—Verdad es, pero no pierdas de vista que hemos de pasar en él una gran parte del año.

—Costará mucho traer aquí los muebles y aparato, en fin, que tú piensas añadir.

—Para eso somos inmensamente ricos.

—¿Y los pobres, Flaviano, y los desgraciados de la tierra?

—A esos les daremos la mitad de lo que producen nuestras rentas.

—No veo, sin embargo, la necesidad de un exceso de lujo impropio de estos parajes.

—Yo sí.

—Explícate.

—Se acabaron para nosotros las guerras, los viajes, las intrigas, las emociones, y esa vida, por último, agitada, turbulenta y azarosa, pero entretenida á la vez, aplaudida siempre y agradable en ocasiones dadas.

—Cierto, mas no comprendo...

—Supongo que no volveremos á pisar el alcázar de tu sobrino.

—Claro es.

—Pues, Julio, no quiero echar de ménos nada de lo que he visto respecto de comodidad y recreo en los palacios reales de Europa. No hay felicidad posible en ninguna posicion, lo sé; sólo se puede aspirar al sosiego, tranquilidad y bienestar del hogar doméstico, y si en esto reside *todo*, justo es que *todo* lo tenga, que nada escasee en él, que nos sobre mucho para que el hastío no nos enseñe su horripilante faz.

—Pero, hombre, ¿qué falta aquí?

—Poca cosa; alfombras de Inglaterra, sedas de Milan, cuadros de Rafael, Velazquez, Murillo y otros; una armería como la que tenemos en Madrid; cien sillones de damasco y caoba, mosáicos en habitaciones y muebles, más columnas y estatuas, más relieves, más árboles, fuentes, surtidores y algunas otras pequeñeces de que ya tengo tomado apuntes.

—¿Cuánto importará esa reforma?

—No lo he calculado.

—Aproximadamente.

—No será cosa mayor; el todo se acercará á veinte mil ducados.

—Pues yo entiendo que pasará de treinta mil.

—Puede, y no estarán mal empleados.

—Es mucho, Flaviano.

—¿Sí? Déjalo entónces, y todo correrá por mi cuenta.

—Imposible.

—No, hombre; te has hecho avaro, y yo respeto tu debilidad. Quedamos en que abonaré yo sólo el coste total de mi reforma.

—Veo que estás de buen humor, y nada contesto.

—Bien, pero te participo que voy á encargar ahora mismo cuanto deseo aumentar.

—Hazlo, y si te parecen pocos treinta mil ducados, gasta cuarenta; mas el dinero lo daremos los seis por partes iguales.

—Me es indiferente.

—A mí no.

—Hasta luégo.

—No tardes.

Salió el duque y en el acto comenzó á dar órdenes por escrito para que el castillo y dependencias fuesen enriquecidas de un modo sorprendente, maravilloso. A su fabulosa esplendidez reunia Osorio el buen gusto y conocimientos de hombre aficionado al lujo que habia pisado los primeros salones del mundo, y en la ocasion presente lo iba á patentizar.

Cuando hubo concluido pasó al gabinete, donde le esperaba el príncipe, al cual dijo:

—Ya he terminado, y en breve aparecerá el castillo tan brillante como lo pide el deseo.

—Doy por hecho que lo vas á forrar de oro, y no hay duda que deslumbrará.

—Claro es; está cerca tu cumpleaños, y ese dia vendrán á verlo todos los grandes que residen en Madrid.

—¿Con qué objeto?

—Con el de asistir al baile á que pienso invitarles.

—¿Dónde va á dormir tanta gente?

—En ninguna parte; pasaremos la noche cantando y bailando. Mañana empezaré á componer algunas piezas, y en la semana próxima ensayaremos ya.

—Flaviano, prefiere como yo la tranquilidad...

—No; Julio, mis hermanos y yo queremos entretenernos en algo más que educar á nuestros hijos, galantear á nuestras esposas, cazar y correr á caballo. Un poco de cada cosa no cansa y aleja el hastío.

—Bien, hombre, haced lo que os agrade.

—Aquí no hay generalísimo ni hermano mayor, y ten entendido que todos, inclusas nuestras mujeres, han decretado que sea yo el director del palacio y castillo, dándome ámplias facultades para encaminar nuestra vida por el recto sendero de las diversiones.

—Si eso es cierto, pronto nos dejarás sin un maravedí.

—Al contrario; intento mejorar nuestras posesiones y hacerlas producir el doble para que nos sóbre más.

—Es posible, y aplaudo la idea. Como tú te empeñes...

—Me empeñaré, y con el producto nos ha de sobrar para cuanto necesitemos.

—¿Y los pobres?

—Para esos será la mitad.

—Flaviano, une mi voto, y dirige sin trabas, que te sobran talento y laboriosidad para conseguir cuanto te propongas.

—Príncipe, son las diez de la noche, y al amanecer debemos partir á Madrid.

—Tienes razon; descansemos.

—Y ámbos se retiraron á sus respectivos dormitorios.

El duque del Imperio halló en el suyo al buen Ros, tan grave y bien vestido como correspondia al cargo de primer mayordomo que desempeñaba:

—¿Qué haces aquí?—le preguntó al entrar.

—Os esperaba.

—Me alegro. Encarga á uno de esos criados, que ya tenemos en el castillo, que venga á desnudarme.

—Prefiero serviros yo.

—Eso es rebajarse, y no debo consentir...

—Amo mio, venga esa gorra; después el ferreruelo...

—Si te empeñas, no me culpes...

—Lo deseo.

—¿Te va mal de mayordomo?

—Mejor que al abad de San Basilio; pero me complace serviros de todos modos.

—Y tu mujer, ¿te ama?

—Con delirio.

—¿Y tú?

—Parecemos dos tórtolas.

—Luégo has ganado.

—¡Quien lo duda!

—¿Lo ves? Te lo anuncié en Francia.

—Cuando estoy á su lado me creo feliz.

—Buen remedio: no te separes nunca.

—Es preciso que yo haga compras, que vigile y que cumpla, en fin, con mis deberes de mayordomo.

—Poco tiempo podrás perder en todo eso.

—Poco, mas...

—Acaba.

—Quiero decir que cuando no estoy á su lado y veo mujeres bonitas...

—¿Qué?

—El diablo me tienta y temo...

—Lo mismo me sucedia á mí.

—Yo soy ménos fuerte.

—Tambien me juzgaba yo débil.

—Señor, aquella vida desordenada, aventurera y licenciosa viene ejerciendo influencia nociva en mis resoluciones de casado.

—Ros, suelen ser los mejores maridos aquellos que de solteros conocieron tanto malo como hay en la tierra.

—Y tanto bueno. En Nápoles...

—Vuelve la hoja; piensa en tu mujer, y cree firmemente que nada hallaste tan cándido, inocente, puro y bello.

—Eso es verdad, pero...

—Ros, imítame, sin perder un solo instante de vista que tu esposa podrá ser la madre de tus hijos.

—Ya lo creo; tenedlo por seguro.

—¡Hola! ¿Hay sospechas?

—Cási seguridad.

—¿Tan pronto?

—Sí, señor.

—¿Y no la quieres más? ¿No ves en ella el sagrado depósito de un pedazo de tu corazon?

—Cierto.

—No la ofendas, Ros; ese lazo te aprisiona, y de faltarle, te creeria el más vil de los hombres. Yo seré el padrino.

—Gracias, señor; ¿cómo he de pecar si vos me lo prohibís? Os temo más que al infierno con todos sus horrores, y mi miedo no es aborto de la cobardía, sino del cariño que os profeso. Sois mi padre, mi maestro, mi señor; me habeis salvado la vida exponiendo la vuestra...

—Basta, hijo, basta; tu lealtad y afecto merecian todo eso y...

—El duque del Imperio es el más generoso de los hombres, y con su feliz criado estuvo siempre...

—Ya sabía yo que tú, á imitacion de tu amo, serías un modelo de casados.

—Seré lo que vos querais, lo que me mandeis, lo que me imponga el hombre á quien más amo en el mundo.

—¿Dónde vas á dormir?

—¿Dónde? ¿Y vos me lo preguntais? Aquí, cerca de vos, como en campaña; el lebrel nunca abandona á su amo.

—¡Todo un mayordomo del duque del Imperio sobre un

mal colchon tendido en el suelo! Ros, te van á criticar tus compañeros.

—Son mercenarios del duque y yo su hijo mayor. Si esta razon no sella sus labios, entónces... No enervó mis fuerzas el matrimonio, amo mio, estad seguro.

—Si murmuran recurre á otro medio, los despides, pertenezcan á mi servidumbre ó la de mis hermanos.

—Lo haré, mas saldrán por la puerta ó por el balcon; eso dependerá de las circunstancias.

—Durmamos.

—Es lo mejor; Morfeo cierre nuestros párpados, ínterin los espíritus se trasladan á Madrid para contemplar á aquellos ángeles... Mal se está de viudo, señor.

—Yo lo creo; pero mañana nos volveremos á unir otra vez.

Minutos después reposaban ámbos con sueño tranquilo que cortó el alba, anunciándoles que era llegada la hora de regresar á Madrid.

Habian trascurrido dos meses; era el 30 de Mayo, cumpleaños del príncipe de Italia, y éste, sus cinco hermanos, Zalla, Roch y familias se trasladaron al amanecer de aquel dia al castillo situado en los montes de Toledo, con objeto de celebrar el aniversario del nacimiento de Silva y el de permanecer hasta Setiembre entre aquellas frescas y elevadas montañas.

Una brisa juguetona y agradable movia las hojas de los árboles desde la llegada de la aurora; después saludó á los tímidos y nacientes rayos del sol, y cuando éstos cobraron todo su brillo y esplendor, comenzó á refrescar la ardorosa impresion que intentaban marcar en la tierra. Quedó, en consecuencia, un dia claro, sereno y apacible, un dia de deliciosa primavera, tan raro en Madrid como los faisanes.

Desde muy temprano se cuajó el *Mentidero* de curiosos, que comentaban la espléndida y sin igual fiesta que tenía lugar aquella noche entre las ásperas montañas de Tolelo; se decia que el nunca bien ponderado duque del Imperio era el director,

y que habia gastado la fortuna de un rey en la funcion más sorprendente y maravillosa que pudo ocurrirse á cabeza humana. Estaban convidados á ella los grandes, jefes superiores del ejército, alto clero é indivíduos del cuerpo diplomático, y desde muy temprano, añadian, limpian y preparan los trenes y carrozas, caballos y galas los afortunados que cuentan con una esquela de convite, firmada por los muy poderosos señores duques del Imperio.

Estas noticias y comentarios corrieron primero por la villa, luégo por los pueblos inmediatos, y como en muchas leguas en contorno debian miles de infortunados cuanto eran y tenían á los caudillos trasladados á los montes de Toledo, hubo uno que propuso ayudar al duque á hacer la fiesta inimitable, cientos de ellos lo aprobaron, y al ser de dia salieron de Madrid más de cinco mil personas, las cuales, prévio el permiso de la autoridad, levantaron arcos, fijaron banderas, trofeos, inscripciones, concluyendo por dejar el nuevo camino, abierto por órden de los *invencibles* desde Madrid á su castillo, como la ancha y deliciosa calle de un jardin.

A cada paso se leia: *A los Héroes. A los Invencibles. A los que aterraron y confundieron á los enemigos de España. A los padres del infortunado. A los hijos del Santo*, etc. etc.

A las tres de la tarde comenzaron á salir carrozas llenas de caballeros y damas, briosos corceles aguijoneados por generales y maestres de campo, y el pueblo todo de Madrid acudió en tropel á la ronda, ansioso de ver partir á los hombres y mujeres más elevados de la corte.

Adelantémonos.

Era el castillo de los *invencibles* extenso, y tenía más de alcázar que de fuerte. Antes de entrar se veian dos órdenes de muros, cuatro torres y vários puentes y zanjas. Parecia un gigante de la edad media rejuvenecido, compuesto, reformado. Estaba defendido por una compañía de piqueros y contaba con diez cañones, regalados por Felipe II á su primo el príncipe de Italia.

A derecha é izquierda de su extenso zaguan se veian dos salones; en el uno esperaban treinta doncellas la llegada de las damas para arreglar sus tocados y vestidos, y en el otro veinte sirvientes para ordenar el traje de los convidados.

Al anochecer se iluminó el camino con hachas de viento que llevaron los autores de los arcos y trofeos, y poco después comenzaron á entrar señores y damas en el suntuoso castillo. En la escalera de éste se situaron cien lacayos, y habia tiestos con flores y plantas odoríferas, cuadros de antepasados y más luz que á las doce del dia en el campo.

La descripcion de los salones, galerías, parque y jardin sería interminable; los grandes de España y los poderosos extranjeros se conceptuaban allí muy chicos, y Flaviano probaba en aquellos momentos que era el hombre más espléndido del universo y á la vez el de más gusto y acierto.

Ninguno de los convidados excusó la asistencia, y en verdad que se alegraban, pues no se oia otra que: «Es la primera fiesta del mundo; el primer baile; un eden con el que se sueña siempre y el que sólo ahora vemos.»

A las diez comenzó el baile; á la una se abrió el ambigú, y á las tres cantó Osorio un ária que arrobó á cuantos la escucharon. Desde este instante reemplazó el concierto al baile, causando el duque del Imperio lo que siempre, esto es, la admiracion de cuantos tenían la fortuna de oir su mágica y seductora voz.

Para que nada faltase, á las cuatro, y en los momentos que cantaban el duque de los Andes y su esposa Tolopalca, se presentaron de improviso el rey y el duque de Lerma, su favorito, primo de Osorio.

La funcion continuó por órden de S. M. hasta las siete de la mañana en que se retiró Felipe III, siendo acompañado hasta Madrid por el príncipe de Italia y el duque del Imperio.

Con sentimiento fueron todos abandonando tan encantadora mansion, no obstante haber pasado la noche en vela.

Lo mismo nos sucede á nosotros, sin embargo de llevar escritas para esta obra dos mil cuartillas y de atormentarnos el im-

somnio y cansancio; pero todo tiene su término: es preciso acabar, y vamos hacerlo.

Los *invencibles*, en cumplimiento de su palabra, deseo y bienestar, vieron impasibles la conducta de Felipe III, dejándole que gobernase á su antojo y aconsejado únicamente por el duque de Lerma. Desoian á cuantos osaban indicarles que se pusieran al frente de los destinos del país; habitaban la mayor parte del año entre los montes de Toledo; se rodearon de sacerdotes, modelos de caridad y sabiduría; partian el producto de sus rentas con los desgraciados, y vivieron dichosos, admirados y queridos.

Lo mismo sucedió con Roch y los Zallas.

Los hijos de unos y otros, como igualmente los hermanos de Mauro, ya en época diferente, observaron conducta digna de la brillante educacion que habian recibido; pero no tuvieron ocasion de imitar á sus padres y abuelos en la energía, decision y heroismo que aquellos patentizaron.

Al debilitarse la monarquía, al desmembrarse el reino, parece que el pánico, la indolencia y el hastío se apoderaban de los descendientes de aquellos héroes que tanto elevaron la nacion y sus nombres, durante los reinados del César y de Felipe II.

Del mismo modo que fueron poco á poco desapareciendo los imperios de Asia, Grecia y Roma, empezó á decrecer el nuestro hasta perder su fabulosa extension, su inmenso poder y hasta sus hombres, representacion genuina de la grandeza humana.

¿Volveremos á elevarnos? ¿Saldrán de nuestra pequeñez otro imperio y otros hombres que no tengan nada que envidiar á los del siglo XVI?

Eso es justamente lo que pensamos estudiar, y deducir del presente, en libros que, Dios mediante, daremos á luz, si, como hasta aquí, continúan nuestros lectores favoreciéndonos con predileccion, á que procuraremos corresponder por todos los medios que estén á nuestro alcance.

No por eso olvidaremos la historia antigua, ejemplo vivo de acontecimientos que debemos aprender y grabar en nuestra memoria. Posible es que todavía hallemos en algun libro, caido al acaso de nuestra pobre imaginacion, á los *invencibles*, á sus hijos y amigos, á Felipe III, al duque de Lerma y la nueva época, en fin, que empieza en ese reinado; si bien por el pronto nos concretaremos á EL ABISMO Y EL VALLE, novela enteramente diferente de cuantas hemos publicado hasta ahora; sólo guarda alguna analogía con EL CÁNCER DE LA VIDA, que tanta aceptacion tuvo, y de cuya obra se nos pide con insistencia una segunda parte ó continuacion. Pero áun cuando el género no sea igual, aunque varien en la forma, nuestros libros sucesivos tendrán el mismo fin moral, idéntica tendencia, respecto de nuestra religion y sanas costumbres, y á sernos posible, de alcanzar nuestro talento, cumpliremos por último nuestro propósito de instruir deleitando.

FIN DE LOS INVENCIBLES, EL MONARCA Y LA HOGUERA.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

		PAGINAS
CAPITULO I.....	De la ilusion á la realidad.—Los ayes de un criminal.—El solo nombre de la inquisicion aterra.—La cárcel más célebre de Nápoles.—Cambio completo.....	3
CAPITULO II.....	Terrible nueva.—Abatimiento de Osorio.—Una ráfaga de esperanza.—El protector y sus protegidos.....	16
CAPITULO III	La fe vence imposibles.—Alegría mal disimulada del duque del Imperio.—Breve reseña de lo que acontece en Francia.....	36
CAPITULO IV.....	Osorio busca la ampliacion de su sueño.—Su fe le anima y salva.—Preliminares de un viaje próximo.—Despedida.—Historia de los Navarros.....	54
CAPITULO V.....	Más preliminares sobre el viaje próximo.—La boda.—El convento y los dos penitentes.....	82
CAPITULO VI.....	Trasformacion.—No haria más Alberto de Silva.—Continúan los preliminares de marcha.	99

PAGINAS.

CAPITULO VII..... Regreso.—Conferencia.—Despedidas.—Principio de un viaje que Dios sabe cómo concluirá. 115

CAPITULO VIII.... Las costas de Italia.—Tierna despedida.—Génova, Cerdeña, Milan y Suiza.—Entrada en Francia..... 131

CAPITULO IX..... Los seis calabreses y la familia del conde de San German.—Diálogo atrevido.—Calma y prudencia de Osorio.—El interior de Francia. 165

CAPITULO X..... Continúa la marcha.—Accidentes.—El castillo de Usson..... 191

CAPITULO XI..... Conferencia entre el general y su guia.—Noticias é informes.—La serenata..... 214

CAPITULO XII..... Temores de Flaviano.—El milano y la tórtola.—Triunfo del héroe..... 235

CAPITULO XIII.... Preparativos de marcha.—La segunda y última serenata.—Sorpresa.—El camino de París... 256

CAPITULO XIV..... Encuentro misterioso.—Lealtad de Bonet.—Las sospechas del duque.—Segundo encuentro.—El camino de París brota espinas y abrojos.. 276

CAPITULO XV..... París.—Tres damas protestantes (1).—Noticias interesantes.—A Dreux..... 299

CAPITULO XVI.... De París á Dreux.—Los introductores.—Enrique de Lorena, duque de Guisa, y un pobre músico calabrés..... 316

CAPITULO XVII.... Lambert convertido en culebra.—Otro disfraz.—El principio de una nueva intriga..... 334

CAPITULO XVIII... Marolles.—Houdan.—La Queue.—Prevision de Osorio.—Otra vez á Dreux..... 354

CAPITULO XIX.... El padre adoptivo de Eugenia, la niña y un coronel protestante.—Los preparativos.—Flaviano de Osorio y Roberto Grimaud..... 369

CAPITULO XX..... Ataque y defensa.—Retirada vergonzosa.—Acaba la pelea.—A Versailles..... 381

CAPITULO XXI.... Los dos amigos.—Nuevo disfraz.—A Ibrí.—La libertad..... 404

CAPITULO XXII.... Encuentro inesperado.—Sorpresa agradable.—Se cumple la prediccion en todas sus partes.—La paz.—París..... 421

(1) Lo mismo en el índice que en el capítulo debe leerse: Tres damas católicas.

PAGINAS.

CAPITULO XXIII... El parte de Guzman.—Despedida.—Los seis hermanos..... 437
CAPITULO XXIV... Concluye el plazo.—La reina Margarita y el duque del Imperio.—Plan de difícil realizacion. 453
CAPITULO XXV.... El general y el coronel.—Los dos hermanos.—La segunda caja de oro..... 473
CAPITULO XXVI... El rey, dos secretarios y un bufon.—De potencia á potencia.—Triunfo completo..... 487
CAPITULO XXVII.. Otro suspiro.—El hombre y la mujer.—Eva propone y Flaviano dispone.—Dios nos libre de semejantes tentaciones..... 501
CAPITULO XXVIII.. La cámara del rey.—A Dreux.—Lo que sucede en Dreux..... 521
CAPITULO XXIX... Siguen los acontecimientos de Dreux.—El ejército católico.—Flaviano, Eugenia Depas y la superiora del convento.—Otra vez á Versailles. 540
CAPITULO XXX.... Abnegacion de un esposo.—Satisfaccion de la mujer sin freno.—A Madrid..... 555
CAPITULO XXXI... España.—Madrid.—Los hijos de los invencibles, sus esposas y el marino Roch..... 575
CAPITULO XXXII.. El escorial.—Felipe II.—El príncipe de Astúrias. 587
CAPITULO XXXIII. Ultima calaverada de Ros.—Entereza y valor de un moribundo.—La muerte..... 609
CONCLUSION..... 625

PLANTILLA

PARA LA

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

		PAGINAS.
La que empieza:	La batalla comenzó etc.	76
———————	Subian una pendiente etc.	160
———————	Duque, respeta etc.	242
———————	¡Ay de nuestros! etc..	306
———————	Las artes podrán etc.	346
———————	En esta casa etc.	489
———————	La náutica es etc.	575
———————	Te mando llamar etc.	620

LS
P2597in
235519
Author Parreño, Florencio Luis
Title Los invencibles, el monarca y la hoguera. Vol.2.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 10 014 8